

BV670
.2
F5
v.1

CONVERSACIONES

SOBRE ASUNTOS MORALES

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

BV670
.2
F5
v.1

GOBIERNO ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE MEXICO

México, Septiembre 21 de 1889.

Visto el parecer del R. P. José Soler, á cuya revisión y censura pasó la Obra titulada «Conversaciones sobre diferentes puntos de moral muy á propósito para imbuir y educar en la piedad á las jóvenes,» *damos nuestra licencia para que se reinprima y publique, con calidad de que antes de darse á luz, sea cotejada por el mismo R. P. Censor.—Lo decretó y firmó el Señor Provisor y Vicario general Gobernador de la Mitra.*

M.——DIAZ

José de Jesús Mota,
Pro-Srio.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GOBIERNO ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE MEXICO

EL SEÑOR VICARIO CAPITULAR *ha tenido á bien ordenarme recomiende á Ud., como tengo el gusto de hacerlo, que procure por su parte hacer cuanto le sea posible, á fin de que sus feligreses se suscriban á las obras tituladas:* «LOS BUENOS EJEMPLOS O LA MORAL EN ACCION;» «EL MUNDO DE LA EUCARISTIA O SIMBOLISMO DE LA SAGRADA HOSTIA» Y «CONVERSACIONES SOBRE DIFERENTES ASUNTOS DE MORAL,» *que va á publicar el Sr. D. Manuel Galindo y Bezares, por ser obras de suma utilidad; y espera Su Señoría, del celo y eficacia de Ud., que obsequiará ésta recomendación, cooperando así á una obra por mil títulos laudable*

Protesto á Ud. mi consideración y aprecio.

México, Abril 25 de 1891.

LIC. JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

Secretario

CONVERSACIONES

SOBRE DIFERENTES

ASUNTOS DE MORAL

MUY Á PROPÓSITO PARA IMBUIR Y EDUÇAR EN LA PIEDAD

Á LAS SEÑORITAS JÓVENES

Obra sumamente útil á todas aquellas personas que tuvieren á su cargo la educación de Niñas: escrita por Mr. Pedro Collot, cura de Chévreuse, en el Arzobispado de Paris, y Doctor de la Sorbóna.

TRADUCIDAS DEL FRANCÉS AL CASTELLANO, coordinadas con nuevo y más oportuno método, y exórnadas con algunas Notas, por el

DR. D. FRANCISCO FERNANDO DE FLORES,

Colegial Teólogo, Catedrático de Filosofía, y el primero que hubo de Lengua Griega en los Estudios generales y públicos del Real Seminario Conciliar, Palafoxiano de la Puebla de los Angeles; Substituto de la de Hebréo en la Universidad de Salamanca; y Capellán del Real Monasterio de la Visitación de esta Corte.

Precede á ellas un Discurso del mismo Traductor sobre la importancia suma de la buena Educación, y unos saludables Avisos á los Padres de familia.

TOMO I.

MEXICO

CASA EDITORIAL DE MANUEL GALINDO Y BEZARES

Primera de Santa Catarina número 2.

1891

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GOBIERNO ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE MEXICO

EL SEÑOR VICARIO CAPITULAR *ha tenido á bien ordenarme recomiende á Ud., como tengo el gusto de hacerlo, que procure por su parte hacer cuanto le sea posible, á fin de que sus feligreses se suscriban á las obras tituladas:* «LOS BUENOS EJEMPLOS O LA MORAL EN ACCION;» «EL MUNDO DE LA EUCARISTIA O SIMBOLISMO DE LA SAGRADA HOSTIA» Y «CONVERSACIONES SOBRE DIFERENTES ASUNTOS DE MORAL,» *que va á publicar el Sr. D. Manuel Galindo y Bezares, por ser obras de suma utilidad; y espera Su Señoría, del celo y eficacia de Ud., que obsequiará ésta recomendación, cooperando así á una obra por mil títulos laudable*

Protesto á Ud. mi consideración y aprecio.

México, Abril 25 de 1891.

LIC. JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

Secretario

CONVERSACIONES

SOBRE DIFERENTES

ASUNTOS DE MORAL

MUY Á PROPÓSITO PARA IMBUIR Y EDUÇAR EN LA PIEDAD

Á LAS SEÑORITAS JÓVENES

Obra sumamente útil á todas aquellas personas que tuvieren á su cargo la educación de Niñas: escrita por Mr. Pedro Collot, cura de Chévreuse, en el Arzobispado de Paris, y Doctor de la Sorbóna.

TRADUCIDAS DEL FRANCÉS AL CASTELLANO, coordinadas con nuevo y más oportuno método, y exórnadas con algunas Notas, por el

DR. D. FRANCISCO FERNANDO DE FLORES,

Colegial Teólogo, Catedrático de Filosofía, y el primero que hubo de Lengua Griega en los Estudios generales y públicos del Real Seminario Conciliar, Palafoxiano de la Puebla de los Angeles; Substituto de la de Hebréo en la Universidad de Salamanca; y Capellán del Real Monasterio de la Visitación de esta Corte.

Precede á ellas un Discurso del mismo Traductor sobre la importancia suma de la buena Educación, y unos saludables Avisos á los Padres de familia.

TOMO I.

MEXICO

CASA EDITORIAL DE MANUEL GALINDO Y BEZARES

Primera de Santa Catarina número 2.

1891

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tamquam parvulis in Christo, lac vobis potum dedi, non escam.

"Así como una Madre no da otro alimento á sus hijos, que la leche, por "considerar todavía muy debil su estómago para digerir manjares más sólidos; "así yo aquí os he descubierto los misterios más fáciles y más perceptibles." I. Corinth. cap. III. v 1. et 2.

Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat: sed siquis bonus, ad ædificationem fidei, ut det gratiam audientibus.

"Cuidad mucho de que no salga de vuestra boca ningún discurso ni palabra "indecente; sino por el contrario, haced que todas vuestras *Conversaciones* se "dirijan á edificar é inspirar piedad á quien os oyere." Ephes. cap. IV. v 29.

Es propiedad del editor en los términos que marca la ley.

demostraciones de respeto y honor, solamente con aquellos que són nuestros Superiores?

Blanca. No por cierto; es menester hacer esto mismo con toda género de personas, aunque de diverso modo, según su diferente clase y mérito; sin excluir de esta regla ni aun á los niños.

Ana. Debiendo conducirse de esta suerte una Doncella con todos los demás; ¿cómo deberá portarse con sus compañeras?

Blanca. Con mucho respeto y honor; pero un respeto y un honor que tenga todo cuanto se puede apetecer de amable y placentero; como que debe salir de un fondo de amistad, sincero afecto y ternura.

Amada. No se puede dar cosa más hermosa que la pintura que vas haciendo de una Niña que tiene educación. Dínos, si gustas, ¿si por ventura se hallan muchas que se parezcan á este retrato?

Blanca. Desde luego convengo en que el número de estas no es muy grande; pero son más apreciables, al paso que son más raras.

Ana. Y ¿qué? ¿Las querrás tan exactas en punto de educación, que no perdonarás que en tiempo alguno se descuiden ni falten á ella?

Blanca. Explicarse en estos terminos es suponer, que las personas bien educadas tienen un tiempo en que deben ser corteses y respetuosas; y otro en que pueden ser groseras y rústicas. Esto, á la verdad, es no conocerlas á fondo.

Amada. A lo menos, ¿no te harás desentendida, si

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llegare el caso de que se les escape una ú otra palabra menos regular, cuando estuvieren de mal humor?

Blanca. No hay necesidad de perdonarles nada; porque jamás les acontece una cosa semejante: saben dominar su mal humor, y nunca se dejan dominar de él.

Ana. Tus respuestas son tan fundadas, y al propio tiempo tan nerviosas, que nos dejan absolutamente sin tener que replicar. Enséñanos ahora, si quieres, ¿desde qué tiempo se debe pensar sériamente en dar principio á la educación de las Niñas?

Blanca. Si se aguardare á comenzar tarde, no se logrará el intento; cuanto antes es mejor. A un árbol, cuando es pequeñito, fácilmente se le doblega y dirige de la manera que se quiere; pero no así, en llegando á ser grande y á endurecerse. (1)

Amada. ¿Y no sería más útil aguardar á que la razón estuviése ya enteramente expedita y desembarazada?

(1) Cuán bien fundada sea esta saludable máxima, se puede colegir de lo que el mismo Oráculo Divino nos enseña por estas palabras: *Filii tibi sunt? Erudi illos, et curva illos á pueritiá illorum.* Es decir. "¿Tienes hijos? Puesedúcalos " bien, y aconstúmbralos *desde su infancia* á sujetarse al yu- " go; esto es, á ser dóciles y obedientes." (Eccli. 7. v. 25.) Porque, como dice el Sabio (Prov. 13 v. 24.) . "El Padre "que á su debido tiempo no usa de la vara, ó el castigo, abo- " rrece á su hijo, y por el contrario, el que le ama de veras, "leinstruye desde luego muy cuidadosamente." Léase al P. Calmet sobre estos dos pasajes; y véase también lo que se ha dicho en el *Discurso del Traductor*, n. V, X, XXVII y sig.; y en los *Avisos á los Padres de familia*, II. 6.

Blanca. Pudiera serlo muy bien, si los malos hábitos ó resabios no se formáran en el alma al mismo tiempo que la razón; más como es de tanta importancia cortar de antemano las malas constumbres y viciosos resabios, por muy temprano que se dé principio á esta obra, nunca será demasiado presto.

Ana. ¿Y no se les ha de disimular nada á las Niñas en su tierna edad en punto de educación?

Blanca. Nada, nada absolutamente, nada: es preciso llevar cuenta de todo. Y aun se necesita emplear más severidad en la corrección de las pequeñas faltas, que en la de las grandes; porque si les dejáis pasar las pequeñas, muy pronto se tomarán la licencia de cometer las grandes; y miraréis, no sin dolor vuestro, que cada día van tomando sensiblemente aumento en ellas unos modales ásperos y enfadosos.

Amada. Antes que concluyamos, ten á bien que te pregunte, ¿si por ventura el mundo pone cuidado en este género de faltas, que las Niñas cometen contra la educación?

Blanca. ¡Oh, si le pone! No lo dudéis. No sólo repara en eso, sino que suele no perdonarles nada.

Ana. Pero díme: ¿cómo sabes tú esto?

Blanca. ¿Cómo lo sé? Porque contínuamente oigo decir en el mundo: Fulanita tiene muy bellas prendas; pero la lástima es, que le falta educación; y así no sirve más que para vivir entre bestias, ó cuando mucho, entre salvajes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Amada. Y por el contrario: ¿Qué se dice en el mundo de las Niñas que tienen educación?

Blanca. Se dicen muy bien. A cada paso, y por todo se les alaba; incesantemente se les admira; por todas partes se les aplaude; y sin cesar se les está proponiendo por modelo y dechado á las demás Niñas de su edad.

Ana. Yo cayo ya, por dejar lugar á que hable mi compañera; y ella se encargará de darte las debidas gracias.

Amada. Con muchísimo gusto me encargo yo de eso. Bendita séas para siempre, por todas las instrucciones que acabas de darnos. Y quedamos esperanzadas de que nuestra conducta te informará muy presto del fruto que ellas han de producirnos en nosotras.

CONVERSACION II

SOBRE LA CIVILIDAD

Batilda. Si no se nos atribuyése á demasiada osadía, te interrumpiríamos por un momento, para hablarte de un asunto que nos parece muy importante para el comercio de la vida, y en el cual sin embargo, no paran muchas personas la atención.

Gertrudis. A lo que veo, receláis explicaros conmigo, y no sé ciertamente por qué; pues cuando yo vivo en la creencia de que soy una de vuestras mayores amigas, estoy muy lejos de poder inspiraros ninguna timidez ó cobardía. Hablad, pues, sin rodeos, si es que queréis hacerme agasajo en ello.

Clotilde. Pues la *Civilidad* es la materia sobre que deséabamos hablarte. Nos detenía para esto, el temor de que acaso te parecería éste un asunto muy poco serio para emplear el tiempo en él.

Gertrudis. Permitidme ahora, como en desquite que yo os hable con toda claridad, y os diga, que aun no me conocéis bien. Es verdad que yo no gusto de perder tiempo; pero el asunto propuesto es de suma impor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Amada. Y por el contrario: ¿Qué se dice en el mundo de las Niñas que tienen educación?

Blanca. Se dicen muy bien. A cada paso, y por todo se les alaba; incesantemente se les admira; por todas partes se les aplaude; y sin cesar se les está proponiendo por modelo y dechado á las demás Niñas de su edad.

Ana. Yo cayo ya, por dejar lugar á que hable mi compañera; y ella se encargará de darte las debidas gracias.

Amada. Con muchísimo gusto me encargo yo de eso. Bendita séas para siempre, por todas las instrucciones que acabas de darnos. Y quedamos esperanzadas de que nuestra conducta te informará muy presto del fruto que ellas han de producirnos en nosotras.

CONVERSACION II

SOBRE LA CIVILIDAD

Batilda. Si no se nos atribuyése á demasiada osadía, te interrumpiríamos por un momento, para hablarte de un asunto que nos parece muy importante para el comercio de la vida, y en el cual sin embargo, no paran muchas personas la atención.

Gertrudis. A lo que veo, receláis explicaros conmigo, y no sé ciertamente por qué; pues cuando yo vivo en la creencia de que soy una de vuestras mayores amigas, estoy muy lejos de poder inspiraros ninguna timidez ó cobardía. Hablad, pues, sin rodeos, si es que queréis hacerme agasajo en ello.

Clotilde. Pues la *Civilidad* es la materia sobre que deséabamos hablarte. Nos detenía para esto, el temor de que acaso te parecería éste un asunto muy poco serio para emplear el tiempo en él.

Gertrudis. Permitidme ahora, como en desquite que yo os hable con toda claridad, y os diga, que aun no me conocéis bien. Es verdad que yo no gusto de perder tiempo; pero el asunto propuesto es de suma impor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tancia: y apénas hay cosa en que mejor se pueda emplear el tiempo, que en instruirse bien sobre este particular.

Batilda. Gozosísimas estamos de oirte hablar de esa manera. Dínos pues, si gustas, en qué consiste, á tu parecer, la Civilidad.

Gertrudis. Consiste á mi modo de entender, en una modestia universal, que arregle y acompañe en todo tiempo nuestras palabras, nuestras acciones, nuestras miradas, nuestra postura, nuestros pasos, y todo nuestro exterior, de forma, que en todo esto no haya nada que desdiga ni dé en rostro á nadie.

Clotilde. ¡Admirable respuesta, por cierto! Mucho nos agrada este retrato que acabas de hacer de la Civilidad. Pérmitenos ahora que te preguntemos, ¿si por ventura será muy fácil conseguir esta modestia, en que dices consiste la Civilidad?

Gertrudis. Lo que si puedo asegurar es, que si no es muy fácil, á lo menos no es imposible. No se necesita para eso más que estudiarse cada una bien á sí misma, y observar cuidadosamente todo aquello que en nuestros modales exteriores pueda ofender al prójimo, para evitarlo; no se necesita más que aplicarse á todo aquello que pueda ceder en obsequio suyo, y complacerle. En suma: no se necesita más que consultar, para el modo con que en todo sabemos conducirnos con él, á la razón y á la virtud; y nunca al humor y al capricho.

Batilda. Pues dí: ¿qué diferencia hallas tú entre la Civilidad que nace del humor y del capricho, y la que proviene de la razón y la virtud?

Gertrudis. Aquí la tenéis en dos palabras: la primera es frecuentísimamente desigual; la otra siempre es uniforme: la primera suele no durar más que algunos momentos, y esos muy pasajeros; la otra permanece siempre igual en todo tiempo: la primera nos llena de satisfacciones y de honras, y mañana ya no hay nada de lo dicho; pero la otra no sabe de alteraciones ni novedades; siempre se la encuentra semejante á sí misma en cualquier tiempo que sea, en cualquier lugar, y para con todos.

Clotilde. Esta última es la que nosotras quisiéramos poseer: haznos el gusto de enseñarnos, por qué medios podríamos alcanzarla.

Gertrudis. Si en eso solo consiste, bien presto os satisfaré. Para ser modestas no necesitáis más que ser humildes: como séais humildes, nunca tendréis hacia vuestra persona sentimientos ventajosos y vanos. Nunca os consideraréis superiores á las demás, ni tendréis en menos á nadie. De esta disposición se irá formando en vosotras un fondo de estimación y aprecio para con todo el mundo; que en el exterior producirá una conducta llena de deferencia y de urbanidad con todos: que es lo que constituye la verdadera Civilidad, ó cortesía.

Batilda. ¿Y qué? ¿No puede una ser civil, sin ser humilde?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Gertrudis. Ya lo has dicho tú: sin la humildad no puede haber en la civilidad más que artificio y disimulo, afectación é hipocresía. Sola aquella virtud es la que hace que todo sea verdadero y sincero en nuestras demostraciones exteriores de Civilidad.

Clotilde. Jamás nos había venido al pensamiento, que la civilidad y la humildad fuesen una misma cosa.

Gertrudis. Y pensábais muy bien en eso. Porque de estas dos virtudes, la una no es la otra: sino que la una es fruto de la otra; y ordinariamente son inseparables entre sí.

Batilda. ¿Con que según eso, para ser civil no hay más que ser humilde.

Gertrudis. Absolutamente hablando, pudiera bastar esto: sin embargo, es preciso añadir á lo dicho ciertas decentes congruencias, que suelen practicarse en un tiempo, en una edad, y respecto de ciertas personas; que no vendría bien, se ejecutasen en otro tiempo, en otra edad, en otros lugares y con otras personas.

Clotilde. Díme: ¿será fácil conocer si es la humildad la que produce la civilidad; ó si ésta proviene de alguna otra causa?

Gertrudis. Ya he dicho, que eso se conoce por la uniformidad de conducta: como siempre se manifieste modestia en el exterior; siempre se den muestras de urbanidad, y siempre se tengan unos modales afables y corteses; es clara señal de que se obra á impulsos de la virtud; más, si se advierte desigualdad en la conducta; si hoy se está de buen humor, agradable y compasivo; y mañana de mal humor, grosero y rústico; es indicio cierto de que no se obra por virtud.

Batilda. ¿Y qué? ¿no será necesario observar estas reglas, sino con aquellas personas, que son superiores, ó más que nosotras?

Gertrudis. Sí por cierto; es menester observarlas con todo el mundo; bien que de diverso modo, según la diversidad de personas: y como por lo regular se observan puntualmente con nuestros Superiores; por tanto estas reglas que he dado, más bien se dirigen á aquellas personas que son iguales á nosotras, ó inferiores; porque por lo mismo que tratamos más con ellas, suelen observarse menos, y es mucho más frecuente el faltar á ellas.

Clotilde. Instruidas ya á fondo en lo perteneciente á la Civilidad, te damos palabra de ser muy cuidadosas en ejecutarlo al pié de la letra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CONVERSACION III

SOBRE LAS CUALIDADES QUE HACEN CONJETURAR FELIZMENTE DE UNA NIÑA SOLTERA.

Macrina. Nosotras andamos demasiado solícitas esperando hallar en tí lo que buscamos.

Marcelina. Pues ¿qué es lo que buscáis?

Marcia. Buscamos quien pueda instruirnos.

Marcelina. Y ¿qué es lo que deséais saber?

Macrina. En qué se podrá conocer si una Niña soltera será, ó no, persona de provecho en adelante.

Marcelina. Lo primero en esto: si se observare que, cuando ya es hora de levantarse, deja prontamente la almohada y la cama.

Marcia. Jamás habíamos dado nosotras en eso Pues dí: ¿no es esto una cosa indiferente?

Marcelina. ¡Cosa indiferente! No sabéis lo que os decís: de ahí depende, á mi juicio, todo lo demás.

Macrina. Demasiado apuras tú las cosas.

Marcelina. No hay tal, no; yo no las apuro mucho; y ciertamente de ahí depende todo lo demás: porque ¿para qué te parece á tí que será buena una muchacha.

así; ó, por mejor decir, un ídolo semejante? En su vida sabrá más que dormir.

Marcia. En eso me perdonarás; porque puede muy bien estar ocupada, y trabajando todo lo restante del día.

Marcelina. Yo no puedo creer eso; porque será tal la pesadez y entumecimiento que llegará apoderarse de ella, de resulta de mantenerse mucho tiempo entre las sábanas, que no estará para hacer nada en todo el día.

Macrina. Muy mal concepto te deben las muchachas que son aficionadas á estarse en la cama.

Marcelina. Por muy mal juicio que de ellas se haga, todavía le merecen justamente mucho peor.

Marcia. ¿Con qué no hay cómo desvanecer tus preocupaciones?

Marcelina. Esto no es preocupación, sino razón, conocimiento, experiencia: semejantes muchachas para nada son buenas: si son dueñas de sí propias, no hacen más que dormir; y si están casadas, no sirven á su marido sino de un contínuo tormento, por su flojedad é indolencia.

Macrina. Según eso, ¿supones que lo restante del día no hacen nada?

Marcelina. Decís bien, en lo restante del día; pues la mayor y mejor parte de él seguramente la habrán empleado en dormir; y lo demás del día en componerse, en comer, en beber y bostezar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Marcia. A la cuenta, ¿tu estás haciendo esta pintura, por ridiculizarlas, y por mofarte de ellas?

Marcelina. No, hablo seriamente; y si lo dudáis todavía, tomáos el trabajo de informaros.

Macrina. ¿De quién nos hemos de informar?

Marcelina. Entrad, si gustáis, en varias casas, donde las mujeres se están durmiendo hasta que el sol tiene ya fuerza bastante para desplegarles los ojos; y os convencerćis de la verdad de lo que digo.

Marcia. Sí, sí; ya nos hemos informado, y es así como tú dices.

Marcelina. Y, á no haberlo, visto por vuestros mismos ojos, ¿lo creeríais?

Macrina. Verdad es, que estas dormilonas son enemigas del trabajo y de toda sujeción.

Marcelina. Ya véis claramente cuales son las resultas de tan dilatados y perezosos sueños.

Marcia. No hay una cosa más cierta; siendo muy de temer, que semejantes muchachas han de ser en lo sucesivo unas bravísimas pescas.

Marcelina. Me alegro de que, ya desengañadas, convengais conmigo en este particular.

Macrina. ¿Con que en suma, lo que tú quieres es, que una Niña soltera madrugue competentemente, y que trabaje todo el día, sin desperdiciar ni un momento?

Marcelina. Solamente de aquellas Niñas, que así lo hicieren, se podrá esperar algo bueno en adelante; pues las demás, ni aun vivir merecían.

Marcia. ¡Muy severa es esta sentencia que acabas de pronunciar!

Marcelina. Pues no soy yo, sino el Apóstol, quien dice, que quiere que «las que no trabajen, no co-« man.» (1)

Macrina. No debemos perder las esperanzas de que estas tales se aprovechen algún día de tus saludables documentos; y dejando de hacer del día noche, trabajen luego todo el día seguido.

Marcelina. Harán muy bien en eso; pero no se han de contentar con eso solamente.

Marcia. Pues ¿qué más se necesita?

Marcelina. Es necesario que tengan también deseos de instruirse en todo lo que debe saber una Niña, para ser útil con el tiempo en aquel estado á que Dios la llamare.

Macrina. ¿Qué cosas son las que han de saber?

Marcelina. Oraciones, el Catecismo, leer, escribir, contar; y todo lo perteneciente á urbanidad ó cortesía, y á la economía y gobierno de una casa.

Marcia. Parece que no les pides tanto sobre este particular como en el antecedente.

Marcelina. Es que no basta, que sepan bien todas estas cosas; han de procurar así mismo con el mayor esmero, sobrepujar en esto á todas las demás de su edad.

(1) Thessalonic. 3, 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Macrina. Pero ¿esto no sería vanidad y orgullo?

Marcelina. No; lo que es, sí, una loable emulación: emulación que no se encuentra en las que son dormilonas.

Marcia. Y ¿por qué? Dí.

Marcelina. Porque al paso que el demasiado sueño condensa la sangre, espesa también los sentidos, y condensados ó embotados los sentidos, no son capaces de admitir emolución.

Macrina. Desde luego digo, que hay infinitas muchachas, y aun mujeres ya hechas, que ignoran todas estas cosas.

Marcelina. Tanto peor para ellas; y también para aquellos y aquellas, á quienes por razón de su estado, tuvieren obligación de enseñar.

Marcia. En verdad no creíamos que fuesen menester tantos requisitos para poder formar un feliz agüero de una Niña soltera.

Marcelina. Pues no os espantéis; que aun no lo he dicho todo.

Macrina. ¡Ay! Pues ¿qué más deben tener?

Marcelina. Un amor grande á la modestia.

Marcia. Eso es fácil en las Niñas; porque la modestia es como natural en ellas.

Marcelina. ¡Ojalá! ¡Pluguiese á Dios que eso fuera cierto!

Macrina. Pues ¿qué? ¿Hay algunas en quienes no sea natural?

Marcelina. Y cómo que las hay; y en gran número.

Marcia. Con una cosa así nos sorprendes ciertamente.

Marcelina. ¿Llamaríais acaso vosotras modestas á unas Niñas que son amantes de los atavíos; que hacen cuanto pueden porque las vean, en lugar de esconderse; que visten corto; que frecuentan los bailes y los teatros; que no huyen, no digo solamente de las compañías, pero ni aun de tratar y familiarizarse con jovenes solteros?

Macrina. No; semejantes Niñas no pueden pasar por modestas en nuestra inteligencia.

Marcelina. Sin embargo, ¿cuántas hay de éste carácter?

Marcia. Pues nosotras pensábamos que no las habría.

Marcelina. Habéis de decir más bien, que no debería haberlas.

Macrina. Según eso, muy pocas Niñas hay que sean modestas.

Marcelina. Yo no siento que vosotras lo digáis, sino que sea así enrealidad.

Marcia. A ese paso ¿pocas jóvenes habrá, de quienes se pueda pronosticar bien para lo sucesivo?

Marcelina. Muy pocas ciertamente; y entre un gran número de ellas, regularmente no hay ni aun dos siquiera.

Macrina. ¡Cosa muy deplorable á la verdad!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Marcelina. Y esto es á lo más, más; pero aun cuando tuviésen todas las circunstancias que llevo referidas, todavía les faltaba alguna cosa.

Marcia. ¿Cuál es? Dí.

Marcelina. El gusto á la piedad y devoción.

Macrina. ¿Pues no bastará que tengan esta afición, cuando se hallen ya en edad más avanzada?

Marcelina. No; es necesario que desde la primera edad tengan en su alma las semillas de devoción.

Marcia. Y ¿en qué consiste, á tu parecer, este gusto á la piedad?

Marcelina. En manifestar una alegre y gozosa inclinación á la Oración, á las cosas del Servicio de Dios, y á las instrucciones de piedad.

Macrina. ¿Con qué no serán de tu aprobación aquellas muchachas que dan lugar á que se les mande repetidas veces al día que recen, y hagan oración á Dios por la mañana y por la noche, y antes y después de comer?

Marcelina. Cuando yo veo que sucede así, hago una conjetura muy mala para lo venidero.

Marcia. ¿También vituperarás, según eso, á aquellas Niñas que estando en Misa, ó en los Divinos Oficios, no pueden disimular su disgusto, ni lo mucho que se alegrarían de hallarse muy léjos de allí?

Marcelina. Y ¿cómo podré menos de vituperarlas?

Macrina. ¿Repruebas igualmente á aquellas Niñas, bue siempre asisten de mala gana y refunfuñando

las instrucciones, sin haber aprendido lo que deben saber?

Marcelina. ¿Quién habrá que no desapruebe esto?

Marcia. Obra grande es para unas Niñas la que tú acabas de trazar.

Marcelina. Verdad es; pero sin eso no es posible presagiar acerca de ellas nada bueno.

Macrina. ¿Qué diremos, pues, de las que no tienen ninguna de esas señales?

Marcelina. Yo no digo más, sino que me la temo mucho á cualquiera que fuere así.

Marcia. Contentísimas vamos con tus instrucciones; cuya verdad y certeza se viene á los ojos. Aunque por otra parte muy desconsoladas, por las cosas que acabamos de saber.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CONVERSACION IV

SOBRE LO BUENO Y LO MALO QUE HAY EN LOS NIÑOS.

Celinia. Gustaríamos mucho de saber de una persona como tú, ¿qué juicio se debe hacer de los Niños?

Fortunata. Cosa fácil será el satisfaceros, diciéndoos desde luego, que más tienen de bueno, que de malo.

Hilaria. Particular gozo nos resulta de oirte hablar así: ¿querrás explicarte un poco más?

Fortunata. De muy buena gana: pues lo que me parece que hay de bueno en los Niños, es su sencillez, su candor, sus deseos de instruirse, y su facilidad para aprender.

Celinia. Si todo eso se encuentra en los Niños; tiene razón para decir, que lo bueno sobrepuja en ellos á lo malo. Pero pregunto: ¿Qué utilidad sacarás tú de su sencillez?

Eortunata. Grandísima: porque siempre los hallo muy prontos á creerme sobre mi palabra, sin pedirme jamás otras pruebas. Ventaja que no se encuentra en los adultos y grandes.

Hilaria. Y díme: ¿Qué bien produce el candor en los Ninos?

Fortunata. Hacerles ingénuos, y además, inpedir que sean desconfiados en orden á la conducta y manejo que se ha de guardar con ellos.

Celinia. Tanto es lo que nos agradan tus respuestas, que te suplicamos continúes declarándonos lo que has comenzado ya.

Fortunata. Me conformo gustosa. El deseo que los Niños tienen de instruirse, les inspira una atención siempre constante, para todo aquello que á ellos les parece nuevo. Lo cual ayuda infinito á su instrucción.

Hilaria. En cuanto á la facilidad que tienen para aprender, ¿qué dices? ¿De dónde les viene?

Fortunata. De una memoria del todo nueva, y dispuesta siempre á proveerse y equiparse de cuantas imágenes ó especies se quisiere estampar en ella.

Celinia. Verdaderamente con esto se puede compensar muy bien el trabajo que cuesta criarlos y lidiar con ellos.

Fortunata. Os confieso que cualquiera que considere atentamente todas estas ventajas, más bien se animará que se disgustará del trabajo que cueste su educación,

Hilaria. Vamos ahora más adelante. ¿Encuentras tú en los Niños mucho caudal de razón?

Fortunata. Sin que sea preocupación, os diré, que yo hallo en ellos mucho más de lo que comunmente se piensa.

Celinia. Eso lo diras, sin duda, por la vía de recreación y en chanza.

Fortunata. No, lo digo seriamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hilaria. ¡Qué! ¿Razón en los Niños? Ese es un lenguaje muy nuevo para mí.

Fortunata. Bien podrá ser nuevo el lenguaje; pero ésta verdad no es nueva, no.

Celinia. Con que ¿de veras estás persuapida á que hay razón en los Niños?

Fortunata. Sí, sí, de veras, y en esto no digo cosa que no esté viendo todos los días.

Hilaria. ¿Y encuentras esto mismo, por lo general, en todos los Niños?

Fortunata. Eso no, á la verdad, no en todos absolutamente; pero sí en muchísimos.

Celinia. Mas ¿en qué especie de Niños?

Fortunata. En aquellos que tienen ingenio y buena índole.

Hilaria. Embelesadas estamos en oirte hablar de esa manera; porque tus palabras son del mayor peso en nuestro concepto y estimación.

Fortunata. Discurrís muy juiciosamente en eso, pues yo no diría una cosa como esta, sino fuese verdadera del todo.

Celinia. Por lo mismo que estamos tan satisfechas de tu rectitud, nos cuesta muy poca dificultad el subscribir y conformarnos con tu dictámen.

Fortunata. Haced cuando queráis, la prueba de esto, y convencéos por vosotras mismas.

Hilaria. Pues siendo así, como tú dices, ya no nos haces tanta lástima, como antes de ahora.

Fortunata. Con todo, siempre podéis sin escrúpulo alguno, tenerme compasión; porque es preciso confesar, que los defectos de los Niños son sumamente gravosos y molestos.

Celinia. Pero ¿qué defectos pueden tener, por muchos que sean, á vuelta de tantas cualidades buenas como encuentras en ellos?

Fortunata. Sin embargo, no dejan de tener algunos que son enfadosísimos.

Hilaria. ¡Qué! ¿Será tal vez su ligereza, su disipación, su indocilidad, su repugnancia á todo género de sugeción, su propensión al juego, su oposición al trabajo, y su indevoción?

Fortunata. Todo eso lo cuento yo por nada, en comparación de su humor y su genio: esto sí, que es absolutamente intolerable.

Celinia. Pero una vez que llevas á bien todos los demás defectos, también harás lo mismo con este.

Fortunata. No, amiga; en eso me perdonarás; porque ese es un mal casi incurable.

Hilaria. Y de todos los genios ¿cuál es el que te parece menos llevadero?

Fortunata. El que hace que las muchachas sean desaliñadas, fastidiosas, é indóciles.

Celinia. Pero ¿de qué indocilidad hablas aquí?

Fortunata. De aquella que toca en el extremo de gruñir ó hablar entre dientes, de replicar á todo, de resistir con insolencia y descaro.

Hilaria. ¿Es posible que puedas aguantar á unas muchachas de esa clase? Yo, si fuera que tú, á todas horas las enviaría á la férula y las disciplinas; y daría

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

orden de que las estuvieran azotando, hasta que saliese de una vez por las heridas todo el mal humor.

Fortunata. Eso es lo que en efecto sería necesario ejecutar con ellas; mas no siempre se hace todo lo que era menester.

Celinia. Y entre todos los genios, ¿es éste el que más te dá en que merecer con las muchachas?

Fortunata. Otros hay todavía además de ese; pero ninguno llega á él, ni con mucho.

Hilaria. Pues dí: ¿Qué genios son esos?

Fortunata. Todo el mundo lo sabe. Hay entre las muchachas genios lentos ó tardos; los hay melancólicos y taciturnos; los hay altivos; los hay cosquillosos y disputadores; los hay groseros y zafios; los hay impertinentes; y los hay, en fin, como si estuviésen amasados con salitre, muy ardientes y fogosos.

Celinia. Y todos esos genios ¿te parecen fácilmente soportables? Yo, por mí, lo encuentro de muy difícil y dura digestión.

Fortunata. Es verdad; pero nada de eso se parece al humor terco, ceñudo é indócil; porque semejantes genios nunca hacen lo bueno más que por una especie de furor y atronamiento; y siempre lo malo por hábito y costumbre. Además, que con una sola muchacha de esta especie, que haya en una casa, basta para echar á perder á todas las otras, aunque tengan por otra parte muy buenas cualidades y prendas.

Hilaria. ¿Pero tales genios y condiciones no se mudan con la edad?

Fortunata. No, jamás, como no sea por un milagro,

si se les ha dado ya lugar á que sigan libremente su rumbo.

Celinia. ¿Y qué? ¿Siempre y por toda la vida ha de ser uno mismo el humor, y el genio ó condición?

Fortunata. Sí, á no ser, repito, que Dios haga un milagro. La diferencia toda consiste en que semejantes genios están como en pequeño en los Niños, y como en grande en las personas adultas.

Hilaria. Pero eso que dices, es un aburrimiento.

Fortunata. Convengo en ello; y tanto más, porque estas tales Niñas, en llegando á ser ya grandes, son ordinariamente la cruz, el suplicio, y el desconsuelo de las personas con quienes viven; dejando ahora á parte lo que ellas se atormentan á sí propias.

Celinia. Y ¿qué? ¿No habrá remedio para tan grave dolencia?

Fortunata. Ya he dicho que no hay otro que el castigo en la tierna edad; pero repitiéndole sin intermisión, hasta salir con el intento: sin el uso de este remedio se fijará para siempre la incorregibilidad en los Ninos.

Hilaria. Pues, ¿qué? ¿La razón no hará más mella en ellos, que tanto rigor?

Fortunata. No, porque esta pasión tiene siempre más fuerza que la razón.

Celinia. Pero al fin, parece no encuentras otro defecto insufrible en los Niños, más que el ya referido; y quitado este, todo lo demás será agradable en ellos: ¿No es así?

Fortunata. Es que solo éste basta para llenar de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

amargura á todo lo demás; porque un solo Niño de éste carácter, todo lo descompone y todo lo perturba.

Hilaria. ¿Con que solamente resta ahora buscar algún remedio á este mal: y entonces será delicioso y grato el empleo que ejerces?

Fortunata. Así lo deseo, y así lo estoy esperando.

Celinia. Pues nosotras vamos á buscarle; y así que demos con él, te lo participarémos inmediatamente.

CONVERSACION V

SOBRE LO QUE HACE RECOMENDABLE Á UNA NIÑA DE CALIDAD EN EL MUNDO.

Eustatia. Nos tomamos la confianza de venir á pedirte el favor de que nos ayudes á descubrir la verdad de lo que buscamos.

Ambrosia. Pues ¿qué es lo que buscáis? Hay, por ventura, alguna cosa difícil para vosotras?

Basilísa. Estamos impacientes por saber, qué es lo que en este mundo hace recomendable á una Niña.

Ambrosia. Yo alabo vuestro buen deseo; y cierto me parece muy loable.

Eustatia. Tendríamos, pues, mucho gusto en saber tu modo de pensar acerca de esto; porque respetamos sobremanera tus dictámenes.

Ambrosia. Si quiero decíroslo; pero me gustaría yo mucho de saber antes el vuestro.

Basilísa. Yo, por mí, juzgo que es la sabiduría.

Ambrosia. Varias Niñas hay que son instruidas, y por tales pasan; las cuales sin embargo no son recomendables,

Eustatia. Con todo eso, la sabiduría es una cualidad muy excelente en una Niña.

Ambrosia. Es verdad; pero como esta es una pren-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

da que se debe esperar se halle regularmente en todas; se desea alguna otra cosa más, para que se puedan llamar recomendables y dignas de aprecio.

Basilísa. No obstante, yo no veo que haya una cosa más hermosa que esta.

Ambrosia. Convengo en eso; pero digo, que esto no es suficiente para el designio que os habéis propuesto.

Eustatia. Lo que es por mí, yo la preferiría á todo lo demás.

Ambrosia. Yo no niego que la sabiduría es un adorno muy grande en una Niña: pero mi empeño es sostener, que se requiere alguna otra cosa más, para hacerse recomendable en el mundo.

Basilísa. No siendo la sabiduría, ¿será precisamente el entendimiento?

Ambrosia. Tampoco soy de ese parecer; porque yo conozco muchas que tienen entendimiento; y con todo, no son recomendables.

Eustatia. Pues yo, con tu licencia digo, que nada hay más á propósito para distinguir á una Niña, que el entendimiento.

Ambrosia. Me perdonarás, si á eso te digo yo, que el entendimiento en una mujer más es de tener que de desear, cuando este entendimiento no se contiene dentro de ciertos límites.

Basilísa. Y ¿por qué es eso, no me dirás?

Ambrosia. Porque ordinariamente una mujer qeu tiene entendimiento, y que sabe que le tiene, se precia demasiado, y se hace muy presumida; y la presunción á nadie puede agradar.

Eustatia. Pero una Niña que tiene talento, facilmente se hace erudita, y capaz de hablar de todo: ¿No es cosa ésta muy hermosa?

Ambrosia. Creedme: las mujeres no han nacido para ser sábias; el silencio es lo que propiamente les corresponde; y cualquiera de ellas que quisiere conservar la humildad, debe mirar la ciencia como uno de los mayores escollos de esta virtud.

Basilísa. Pues no siendo ni la sabiduría ni el entendimiento; ¿será sin duda la piedad y devoción?

Ambrosia. En mi juicio, tampoco es eso lo que hace recomendable en el mundo á una Niña; porque se supone, que todas deben tener piedad, á lo menos, hasta un cierto grado.

Eustatia. Quieres decirme, por qué añades *hasta un cierto grado*?

Ambrosia. Porque no sería de estimar en el mundo una mujer, que se estuviése todo el día en la Iglesia, ó en su gabinete, leyendo, rezando, ó meditando.

Basilísa. ¡Ah¡ Eso es porque el mundo es enemigo de la piedad.

Ambrosia. Por tu vida, no vituperes al mundo en lo que no es vituperable; porque el mundo, con todo de ser mundo sabe estimar una arreglada devoción.

Eustatia. ¿Qué quieres decir en eso de *devoción arreglada?*

Ambrosia. Entiendo aquella, que no desvía de ninguna de las obligacianes, á que cada una está sujeta por razón de su estado. En efecto, es una piedad mal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

entendida la de estarse en la Iglesia, cuando se debiera estar trabajando, ó cuidando de la casa.

Basilísa. No obstante esto, se ven muchas de esta clase.

Ambrosia. Pues cabalmente es lo que me obliga á decir, que no es eso lo que en el mundo hace recomendable á una Niña; y por otra parte, ya sabéis lo que se suele decir de éstas tales personas, que: "Los Angeles para la Iglesia, y para las casas las::::" No quiero acabar de decirlo.

Eustatia. ¿Será tal vez la hermosura?

Ambrosia. Dios me libre de pensar tal cosa, y mucho más de decirla.

Basilísa. Pues con todo, el mundo hace mucho caso de eso en una Niña.

Ambrosia. Concedo: pero no habiendo otra cosa, la hermosura sola ¿de qué sirve?

Eustatia. Algo rígida y escabrosa nos parece que estás en este punto.

Ambrosia. Pues á mí no me lo parece, no: y aun vosotras convendréis conmigo en que la hermosura sola, sin alguna otra recomendación, es una cualidad sumamente peligrosa, tanto para la que la tiene, como para los que la miran.

Basilísa. Pero al cabo ella ese un don de Dios.

Ambrosia. Eso es verdad; pero es don necesita de otros muchos dones, para dejar de ser un verdadero veneno.

Eustatia. Por esa regla, valdría más no tener hermosura.

Ambrosia. Una sola ventaja encuentro yo en ella; y es, ayudar á que una Niña, que no sea muy rica, se coloque un poco mejor. Quitada esta sola utilidad, yo la tengo por perjudicialísima.

Basilísa. No siendo nada de esto lo que hace recomendable á una Niña en el mundo; ¿serán desde luego los bienes de fortuna?

Ambrosia. Yo no negaré que estos sirven de mucho; pero aun no es esto el todo, en la presente materia.

Eustatia. Pues ¿qué más es menester?

Ambrosia. Una Niña dotada de sabiduría y de entendimiento, de piedad y de hermosura, y aun de bienes; como no tenga más que esto, no es buena más que ponerla en un escaparate, y que allí lo luzca.

Basilísa. ¿Y dirás ahora, que no eres mal contentadiza?

Ambrosia. Sí, lo repito; no es buena más que para eso: y sino ¿qué otra cosa queréis se haga de ella?

Eustatia. Pues ¿qué le falta? Dí, por tu vida.

Ambrosia. Lo que le falta es, lo más esencial en una casa.

Basilísa. Nosotras no podemos adivinarlo; pues nos parecía que con eso lo tenía ya todo.

Ambrosia. No, no; no lo tiene todo; porque con todas esas prendas que la atribuís, todo andará desordenado y revuelto; todo será confusión en su casa; allí se verán crecer á puñados las telarañas, como los hongos en el campo.

Eustatia. Vamos ya poco á poco descubriendo lo que pides que tenga una Niña, fuera de lo dicho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Ambrosia. Y como que sí; yo quiero que, además de eso, tenga un espíritu de orden, de disposición y de aseo; un espíritu de gobierno y de economía; un sincero amor al trabajo, á la labor; y una aversión grande al lujo y los placeres. Esto sí que es lo que, á mi modo de entender, hace recomendable en el mundo á cualquiera Niña.

Basilísa. Demasiadas cosas son esas; explícanoslas, si gustas.

Ambrosia. Lo que yo entiendo por espíritu de orden, de disposición y limpieza, es una atención, un esmero grande en no dejar nada fuera de su sitio, y en tenerlo todo muy aseado y muy brillante.

Eustatia. Explícanos, qué entiendes por espíritu de gobierno y economía.

Ambrosia. Consiste éste en que no se perdone gasto alguno, cuando sea necesario; y en que se haga con generosidad, cuando llegue el caso; pero sin que se gaste nada inútil y superfluamente; como también en no desperdiciar nada, á ejemplo de Jesucristo, que mandó se recogiesen los pedazos de aquellos panes, que había multiplicado milagrosamente (1).

Basilísa. Mucho me temo no sea que, con pretexto de economía, las vuelvas tan avaras y mezquimas, que disputen eternamente por un maravedí, por una alfiler; y que se lamenten, y aun lleguen á contar hasta los bocados que coman, y el agua que beban ellas mismas y todos sus domésticos.

(1) Joann. 6. 12.

Ambrosia. Ese ya sería un extremo, de que cualquier Niña debe guardarse con el mayor cuidado: porque ordinariamente á las que son así, todos las señalan con el dedo, y no hay Mercader que no tiemble tener que tratar y vender algo á estas regatonas.

Eustatia. Tú haces muy bien en darles éstas precauciones contra semejante vicio, que es demasiado comun y hace tan despreciable á una Niña, como la desidía y la indolencia.

Ambrosia. No solamente deseo yo que no caiga ninguna en este vicio; sino que también quiero, que sea liberal con los pobres, y tenga bien sentada su fama en este punto.

Basilísa. ¿Qué es lo que pides en una Niña tocante al sincero amor al trabajo?

Ambrosia. La pido que madrugue lo más que pudiere, para arreglarlo todo, y limpiar su casa; y que en el discurso del dia se ocupe útilmente, ya con la aguja, ya con el huso en la mano, á ejemplo de aquella Mujer fuerte tan elogiada en la Santa Escritura (1).

Eustatia. Y por lo que mira á separarse de todo lujo, y de los placeres, ¿qué es lo que la pides?

Ambrosia. Que no tenga cosa alguna que no sea sencilla y modesta, ni en sus vestidos ni en su ropa blanca, ni en sus muebles, ni en su mesa; que solo conceda á su cuerpo el descanso y comodidades que sean necesarias para conservar la salud; que se sujete á lle-

(1) Prov. 31. 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

var siempre cotilla, y el pañuelo de modo que la cubra bien todo el pecho; que no se haga esclava de ninguna moda; que en caso de seguir alguna, no sea de las del día, ó como dicen, de las últimas; y aun eso con disgusto suyo y á más no poder, que huya de todos los partidos de juego, diversiones, paseos y comilonas; ó á lo menos, que no sea demasiado amiga de estas cosas.

Basilísa. Pocas jóvenes hay, que se parezcan á este retrato.

Ambrosia. También habrá pocas que sean recomendables y acreedoras á estimación en el mundo.

Eustatia. ¿Y no haces mérito alguno de aquel buen orden y vistoso aseo, que en algunas suele notarse por de fuera?

Ambrosia. Eso no es más que una corteza despreciable, cuando falta lo demás.

Basilísa. Pero ¿no se podrá inferir de ahí, que ese mismo orden, y ese mismo aseo reinarán en su casa?

Ambrosia. Si llegáis á entrar en ella, observaréis, que aun aquellas galas y vestidos que ellas suelen tener en más estíma, y con mayor aseo, andan tirados ya por un lado, ya por otro, y entregados á la inmundicia y al polvo.

Eustatia. ¿Con qué lo que tu quieres es, que su casa se parezca en la limpieza á su exterior?

Ambrosia. Lo que yo quiero es, que el orden y el aseo de su exterior sea nada más que como una muestra del orden y limpieza de todo aquello que estuviese puesto á su cuidado.

Basilísa. Eso pide una gran vigilancia y una grande atención; y no es vivir como Señoritas.

Ambrosia. Perdona te diga, que ninguna cosa indica mejor el ser Señorita, que ese buen orden y aseo; y lo contrario no conviene sino á gente de baja esfera.

Eustatia. ¿Acaso la faltarán criadas que la ayuden, y que hagan lo que fuere menester en su casa.

Ambrosia. Dices muy bien en eso, de que la ayuden, porque supones, como realmente debe ser, que ella ha de ser la primera que eche mano á cuanto se ofrezca.

Basilísa. Pero esto no sería ser Ama ni Señora, sino como una criada asalariada.

Ambrosia. Con vuestra licencia digo á eso que es propiamente ser Ama, el saber enseñorearse de la desidia y la indolencia: es ser Ama el procurar conservar su hacienda en buen orden y en buen estado: es ser Ama el mandar, más con el ejemplo, que con las palabras.

Eustatia. ¡Qué! ¿Y es esto lo que en el mundo hace verdaderamente recomendable á una Niña?

Ambrosia. No lo dudéis; porque solamente á esta clase de Niñas se les alaba, y son acreedoras á que se les alabe, por cuanto saben unir el trabajo con la virtud.

Basilísa. Pues ¿cómo se les mira á las otras en el mundo.

Ambrosia. Como unas personas inútiles; porque no saben más que dormir, comer y beber, componerse mucho, jugar y pasear á todas horas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Eustatia. En resumidas cuentas, estas tales Niñas no son otra cosa que unas pesadas cargas que abruman la tierra, y arruinan las familias.

Ambrosia. Ya lo has dicho tú; y así es, que no se oye otra cosa por todas partes, que lamentos y quejas en las familias donde hay semejantes muchachas.

Basilísa. De eso no me admiro yo; porque Niñas de esta naturaleza no sirven más que de pensión y carga, y nunca de utilidad.

Ambrosia. me alegro de que al fin reconozcáis por vosotras mismas la verdad; porque no hay quien no la toque con el dedo.

Eustatia. ¡Que afortunadas son las Niñas, que desde luego han sido educadas con este noble gusto hacia el buen orden, el aseo y aplicación al trabajo; enemigas del regalo, del fausto y las modas!

Ambrosia. Pues por la mayor parte, las mismas madres, son las que tienen la culpa de que sus hijas sean unos ídolos, sin piés ni manos para obrar.

Basilísa. Confieso que yo nunca había pensado en nada de lo dicho.

Ambrosia. Sin embargo, pensad seriamente en todo ello, y veréis que estas mujeres, por otra parte tan ataviadas y tan compuestas, ordinariamente son unas criaturas muy poco á propósito para el gobierno, las haciendas y el cuidado de una casa.

Eustatia. Así lo vemos claramente, por la descripción que de ellas acabas de hacernos.

Ambrosia. Pues aprovecháos vosotras de ellas, ahora que sóis jóvenes; y acostumbráos desde luego á lo

que ya sabéis que hace recomendable y digna de aprecio en el mundo á una Señorita.

Basilísa. Nunca podremos, por más que hagámos, darte las correspondientes gracias, por habernos abierto los ojos en una cosa de tanta consecuencia.

Ambrosia. Decís bien, de tanta consecuencia; porque de ahí se sigue, ó la gloria y el lustre, ó la perdición y ruina de una casa.

Eustatia. Tal es el gusto que nos da el oirte, que te suplicamos tengas á bien que volvamos á conversar otra vez sobre este mismo asunto, ó sobre algún otro, cuando tuviéres lugar para ello.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CONVERSACION VI

SOBRE LA REPUTACIÓN

Agueda. Mucho me alegro de verte; y cuento seguramente con que esta conferencia y plática que no ha de serme inútil: Dime, pues: ¿Qué es lo que tu piensas acerca de la *reputación?*

Tecla. Lo que sobre ella pienso yo, no entiendas que es fruto de mis reflexiones, sino de las oportunas instrucciones que me ha dado cierta persona muy sábia. Pero como yo te estimo tanto, no tendré dificultad en explicarme contigo acerca de este asunto.

Valeria. Pues permite, que yo me agregue también á la conversación, para aprovecharme de tus luces: con eso logras dos ventajas; porque en lugar de instruir á una de tus compañeras, instruirás á dos.

Tecla. Me falta ahora saber ¿de qué reputación queréis hablar, si de la buena, ó de la mala? La primera es digna de que procuremos adquirirla; más la segunda solamente merece nuestra aversión.

Agueda. De la que es buena deseamos oirte hablar; porque la otra no es acreedora á la más leve atención.

Tecla. En eso me perdonarás; porque si es digna de nuestra atención; pues á proporción de la solicitud

con que hemos de buscar la una, debemos huir de la otra; y esto no puede hacerse sin una atención grande.

Valeria. Y ¿qué es necesario hacer para obtener la una, y evitar la otra?

Tecla. Con mucha propidad te explicas cuando dices, *merecer la una, y evitar la otra*: porque cuando para conseguirla se ha hecho todo lo que se necesita, es preciso aquietarse; sin tener empeño en averiguar si se ha logrado ó no.

Agueda. Razón tienes en alabar á mi compañera; pero lleva á bien que yo te diga, que no satisfaces enteramente á su pregunta.

Tecla. No por cierto, yo no rehuso dar satisfacción á ella; antes lo que digo es, que así como la mala reputación es consecuencia de una mala conducta; así la reputación buena es fruto de una conducta virtuosa. Con que el único medio para merecer la una, y evitar la otra, es vivir bien.

Valeria. Pero ¿y qué? ¿En esta edad tan tierna debemos ya ser muy solísitas de nuestra reputación? ¿No bastará el no hacer cosa alguna contra nuestra conciencia?

Tecla. No basta eso: se necesita además, no hacer cosa alguna que pueda desedificar ó dar mal ejemplo al próximo; y aun hacer todo aquello que sea capaz de edificarle.

Agueda. Más ¿qué podrá hacer para eso una Niña soltera; y que es lo que podrá adquirirle una buena reputación?

Tecla. Vedlo claro: conducirse en todas las cosas de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

una manera juiciosa y sólida; y mostrar en todo trance un amor sincero á la virtud.

Valeria. Aunque esta es una respuesta ciertamente muy digna de tí, no podemos menos de suplicarte, nos hagas el favor de explayarte un poco más en ella, para que logremos comprenderla mejor.

Tecla. No deseo yo otra cosa. Para conducirse, pues, en todo de una manera juiciosa y sólida, es necesario dar de mano á las bagatelas y entretenimientos pueriles; es necesario ocuparse continuamente en alguna cosa útil y seria; y es necesario, en fin, no apartar jamás la vista de una madre cuerda y vigilante.

Agueda. Esta pintura me agrada infinito, y desde luego conozco sería muy apreciable para mí una doncella que se portase de esta suerte: Pero dime, ¿qué entiendes tú por esas bagatelas y niñerías, á que es menester dar de mano?

Tecla. Lo que yo entiendo por estas cosas, son ciertos adornos ó atavíos supérfluos, que indican un alma vana: entiendo también aquellas lecturas y canciones peligrosas, que denotan mucha ligereza de espíritu; y entiendo finalmente las conversaciones sospechosas, y aquella especie de frívolos entretenimientos, de que no se saca otro fruto que la pérdida del tiempo.

Valeria. Yo escucho todas tus palabras como otros tantos oráculos: continúa, te suplico, y dínos ¿qué es lo que entiendes por ocupaciones útiles y serias, á que una doncella joven debe estar siempre aplicada?

Tecla. Lo haré con gusto: entiendo aquellas labores que son necesarias y útiles: entiendo aquellas labores

que sirven de adorno y de aseo en una casa, y para los que habitan en ella: entiendo aquellas labores que ayudan á la subsistencia de los que las hacen, ó de aquellos á quienes estas personas tienen obligación de socorrer.

Agueda. Ahora es cuando yo comprendo muy bien tu repuesta. Pero ¿por qué añadiste, que una doncella no debe apartar jamás su vista de una madre cuerda y vigilante?

Tecla. Porque sin este asilo, todo es peligroso para una soltera, tanto por lo que mira á su persona, como por lo tocante á su reputación. Y así, si ella ha de ser muy cuidadosa de uno y otro, necesita ser sumamente fiel en la observancia de esta regla.

Valeria. Y ¿qué más es menester juntar a todo lo dicho, para adquirirse una reputaciód perfecta?

Tecla. Es necesario añadir, como he dicho ya, un amor sincero á la virtud: es necesario amar con mucha intensión la verdad, la rectitud, la justicia, la sobriedad, la modestia, y todas las demás virtudes, que hacen verdaderamente grande á un alma.

Agueda. Sumamente contentas quedamos con tus instrucciones: ten á bien que en algún otro rato desocupado volvamos á tratar de esta propia materia, ó de cualquiera otra; porque nos agrada en extremo el oirte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CONVERSACION VII

SOBRE LOS DISCURSOS DEL MUNDO

Rosalía. Es tanta la solidez que yo encuentro en tus discursos, que no me canso de oirte. Volvamos, pues, si gustas, á tomar el hilo de la conversación; y prosigue instruyéndonos.

Escolástica. No cabe una cosa más atenta que vuestras palabras; y cierto se conocen fácilmente las personas que tienen crianza. Pero, sin detenernos en preámbulos, decidme sencillamente, que es lo que queréis de mí; en la inteligencia de que estoy pronta á satisfaceros.

Plácida. Lo que yo quisiera es, que nos diéses alguna instrucción tocante á lo que se debe pensar de los *discursos del mundo*. Ninguna cosa más común que ellos; pues de ordinario sucede, que los que habían de tener más interés en callar, son los que más hablan.

Escolástica. Gustosamente admirada estoy entre mí, al contemplar la solidez de vuestras preguntas; y me complazco ciertamente de ver, que en una edad tan tierna, ya empleáis vuestro talento en cosas tan útiles para la conducta de la vida. Nada hay en efecto más común, que los discursos del mundo; pero nada al propio tiempo más pernicioso, especialmente para las personas jóvenes, cuya virtud por lo regular está tan poco arraigada y firme.

Rosalía. Y ¿por qué razón dices, que los discursos del mundo son tan perniciosos, mayormente para personas jóvenes?

Escolástica. Porque se necesita un gran discernimiento para conocer el veneno y la ponzoña, y además mucha entereza y habilidad para preservarse de él: discernimiento que con dificultad se encuentra en las personas jóvenes; lo mismo que aquella entereza y habilidad de que voy hablando.

Plácida. Pues ¿qué? ¿Tan dificultoso es conocer y menospreciar á un propio tiempo lo que semejantes discursos tuviésen de malo?

Escolástica. Si la experiencia no nos enseñase, que es demasiado grande el número de los que se dejan llevar de ellos, y que no tienen más regla que esta para su conducta; desde luego abrasaría gustosa lo que acabas de proponer; más el caso es, que la experiencia decide contra tí en mi favor.

Rosalía. Y díme: ¿Qué se ha de hacer para no dejarse arrebatar de ellos?

Escolástica. De mejor gana elejiría yo enseñáros el medio de que los ignoráseis enteramente, que el uso de ellos se debe hacer; porque hay muy pocas personas en quienes estos discursos no hagan impresión.

Plácida. Pero en el mismo hecho de saber, como lo sabemos, que el mundo es digno de desprecio; ¿no po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

dremos conocer al mismo tiempo que sus discursos lo son también?

Escolástica. Una cosa es saber, y otra es hacer: no confundáis estas dos cosas tan diferentes. Creedme: estos discursos vienen á ser á manera de unos torrentes rápidos, que impetuosamente arrebatan aun á los más fuertes y mejor precavidos. Con que así, el modo más seguro es no fijar en ellos la atención; porque el oírlos solamente, basta para que se puedan temer malísimas resultas.

Rosalía. Eso es lo mismo que decirnos, que debemos malquistarnos con todo el mundo, y que con nadie absolutamente hemos de tratar: cosa ciertamente impracticable en una edad como la nuestra.

Escolástica. Perdonad; que yo no pretendo tal cosa: lo que solamente digo es, que procuréis desviaros prudentemente de aquellos sujetos cuyos discursos son perniciosos; sin prohibiros por eso la amable y dulce sociedad con personas juiciosas y arregladas. El reducir á la práctica este consejo, no hay duda que es algo costoso; pero esto se recompensa muy bien con la tranquilidad que él nos proporciona.

Plácida. Pero díme: si á pesar de todas nuestras precauciones sucediére que los discursos del mundo lleguen á nuestra noticia; ¿cómo habremos de manejarnos en tal coyuntura?

Escolástica. Antes de responderos, empiezo ya á miráros con lástima; por más esfuerzos que hiciéreis para rechazarlos; siempre os quedará alguna impresión de ellos. Estos discursos son unas imágenes ó representaciones de los pensamientos y de los juicios del mundo. Estos pensamientos y estos juicios contienen siempre alguna cosa falsa con apariencia de verdad. Y en la edad en que os halláis, es muy de temer que toméis por verdad lo que solo es apariencia.

Rosalía. Con que ¿dices, que no hay remedio, una vez oídos los discursos del mundo?

Escolástica. Disculpadme que os responda, que no es eso lo que digo: si hay remedio; pero no se yo si podréis atinarle. Consiste este en cotejar los discursos del mundo con los de la Religión, que nunca pueden ser falsos, para descubrir con el auxilio de esta luz la falsedad de aquellos: si así lo hiciéseis, como la falsedad ó la mentira no es capaz de agradar á nadie, muy presto daréis de mano á los discursos del mundo.

Plácida. Más, para que nunca padezcamos engaño en esta parte, haznos el favor de darnos una puntual idea de lo que son estos discursos del mundo.

Escolástica. Discursos del mundo son todos aquellos que se oponen á la Religión, á la piedad, y á la virtud: son todos aquellos que se encaminan á la relajación, á la exhorbitante libertad, y á la irreligión, ó á la impiedad.

Rosalía. Y dinos: ¿Qué interés tiene el mundo en fomentar y usar de tales discursos.

Escolástica. No lleva otro interés que el de perseguir á todo aquello que es contrario á sus acciones. Como él tiene á la virtud por un censor contínuo y molesto, que le condena á cada paso; quiere más bien perseguirla, que renunciar á su mala conducta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Plácida. ¿Y qué? El perseguir la virtud, ¿no es porque le aborrece?

Escolástica. Antes todo lo contrario; la ama, la respeta, y aun estíma de corazón á todos los que la practican.

Rosalía. Con que, según eso, el que el mundo persiga á la virtud, ¿será por malignidad suya, ó á lo menos por flaqueza?

Escolástica. Ya lo has dicho tú; tan presto es por malignidad, como por flaqueza; pero cabalmente esto mismo, que llena de confusión y de rubor al mundo, es lo que debe determinarnos á menospreciarle á él, y á todos sus discursos; puesto que no tienen otro origen que la malignidad ó la flaqueza.

Plácida. Mucho desearía yo, que tuviésemos siempre muy presentes estas máximas; pero aun desearía mucho más que las pusiésemos fielmente en ejecución, para estimularte por este medio á que en algún otro rato libre de otros cuidados nos diéses nuevas instrucciones.

CONVERSACION VIII

SOBRE LA MURMURACION.

Nelania. Háblanos ahora, si te parece, de la instrucción que acabas de oir sobre la *murmuración* ó *maledicencia*.

Constancia. ¿Qué necesidad hay de hablaros acerca de esto, siendo así, que vosotras lo habéis oido también?

Fabiola. Es verdad; pero tememos se nos haya escapado alguna cosa.

Constancia. Yo por mi parte, de buena gana os diré lo que se me hubiése quedado en la memoria, con tal que vosotras tengáis la bondad de hacer lo mismo.

Melania. Pues empieza cuando quisiéres.

Constancia. Os diré ante todas cosas, que murmurar ó decir mal de alguno, es difamar en secreto la buena reputación del prójimo con palabras injuriosas.

Fabiola. Pero si lo que con ella se dijere, fuese cierto, ¿será también malo? Porque esto sería decir la verdad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Constancia. Ese es un error muy grande; aunque yo estoy bien lejos de atribuírtele á tí; que no ignoro que eres más instruida que todo eso.

Melania. Si este es error, no somos nosotras solas las que le padecemos.

Constancia. No; yo no puedo creer que habláis ahora seriamente.

Fabiola. ¿Cómo que no? ¿Acaso es malo decir la verdad?

Constancia. Sí, sin duda, cuando esta verdad injuria al prójimo, y hace agravio á su reputación; mayormente cuando suele á veces perjudicársele más con estas verdades, que si se dijesen de él cosas falsas.

Melania. ¿Y cómo es eso? Dí.

Constancia. Porque lo que es falso, por sí solo se desvanece, ó á lo menos andando el tiempo; pero lo que es verdad, casi nunca se borra.

Fabiola. De ese modo igualas la murmuración con la calumnia.

Constancia. No hay nada de eso; puesto que la una es más criminal que la otra: lo que yo pretendo persuadir es, que ambas á dos acarrean terribles consecuencias.

Melania. Dános, si gustas, una idea cabal de entrambas.

Constancia. Se incurre en la murmuración, cuando se dice de otro una cosa mala, que es verdadera, y será calumnia, cuando la cosa mala que se dice, fuere falsa: en eso está la diferencia.

Fabiola. A vista de eso, el medio mejor para evitar semejantes pecados, es no hablar palabra.

Constancia. Habríais dado con ese medio tan seguro, si esta especie de pecados se cometieran solamente con la lengua.

Melania. Pues no se yo, que estos pecados se cometan de otra suerte que hablando; y es claro, que no se habla sino con la lengua.

Constancia. En esta materia se habla también por ademanes, por señas, por escrito, y aun callando, que es todavía más.

Fabiola. ¿Es posible que haya también un tal pecado?

Constancia. Aunque todos los pecados tienen su carácter peculiar, es preciso conceder que este los tiene muy singulares.

Melania. Pues explícanos, si quieres, todas las diferentes maneras en que este pecado se comete.

Constancia. Lo haré con mucho gusto; pero me habéis de dar palabra de no enojáros.

Fabiola. ¿Cómo enojarnos, oyendo unas cosas tan útiles?

Constancia. Aquí tenéis desde luego las cuatro primeras: decir mal de alguno falsamente: aumentar y abultar una falta al referirla: descubrir y publicar la que estaba oculta: interpretar en mal sentido, ó echar á mala parte una acción buena, haciéndola pasar por lo que realmente no es.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Melania. Prosigue, te suplico; pues te escuchamos con el mayor gusto.

Constancia. Ved aquí las otras cuatro: negar las buenas cualidades de una persona: disminuirlas ó debilitarlas: guardar silencio cuando debiera hablarse en su favor; y alabar sus buenas prendas pero muy escasamente y con frialdad.

Fabiola. A fé mía que en este supuesto muy pocas personas habrá que esten excentas de pecado.

Constancia. Yo te lo concedo; pero el que los pecadores sean muchos, no quita que los pecados sean graves.

Melania. Pues no hay sino buscar prontamente remedio á un mal tan grande.

Constancia. No puede ser más prudente ni más cuerda esa vuestra resolución; pero babéis de saber, que ante todas cosas es necesario reparar ó resarcir el agravio que se hubiése hecho á la reputación del prójimo.

Fabiola. ¿Y no hay que hacer más que eso?

Constancia. También es necesario reintegrar ó satisfacer enteramente los daños y perjuicios que al prójimo se le hubieren ocasionado, de resulta del agravio que se hizo á su reputación.

Melania. ¿Qué perjuicios podrán ser estos?

Constancia. El estorbar, por ejemplo, á un Mercader la salida ó venta de sus géneros; á un pobre jornalero su trabajo; el acomodo ó conveniencia á una criada; á un criado el que se ajuste y se ponga á servir á un amo, y otros á este tenor.

Fabiola. ¡Ay Dios! ¿Con qué es necesario recompensar todos estos perjuicios, además de la reputación del prójimo?

Constancia. Sí por cierto; y añadiendo de más á más los perjuicios que se causan en lo espiritual; arruinando y destruyéndo la reputación de aquellos que se ocupan y trabajan sobre esto.

Melania. A lo que yo comprendo, este mal es infinito en sí, y en sus resultas.

Constancia. Es verdad; y aun por esa razón todas las personas de cordura son tan circunspectas y tan miradas cuando se llega á tratar del prójimo.

Fabiola. Señálanos ahora, si gustas, los medios que el Sabio aconsejaba se tomasen contra este mal.

Constacia. «Tapáos los oídos (decía), poniendo al «rededor de vuestras orejas un cercado de espinas, y «no escuchéis las malas lenguas; poned una puerta con «cerradura á vuestra boca.» (1)

Melania. ¿Y por qué añade: «Cerrad vuestras ore«jas con un seto de espinas?»

Constancia. Porque el que presta sus oídos á la maledicencia, se hace igualmente reo que el murmurador.

Fabiola. ¿Qué oración era la que el Real Profeta dirigía á Dios contra este mal?

(1) Eccli. 28. 28.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Contancia. «Echad, Señor, (decía) un candado á mi «boca, y una puerta á mis labios, que los cierre estre-«chamente.» (1)

Melania. Mil gracias te damos por todos tus documentos, tan útiles ciertamente, como agradables.

(1) Psalm. 140. 3. 4.

CONVERSACION IX

SOBRE LA MENTIRA

Inés. Mucho tiempo há que deseo instruirme á fondo acerca de la *mentira*. Vicio, al parecer, tan común en el mundo, que estoy tentada por mirar la mentira como un mal inocente.

Cecilia. Jamás he oido explicarse de esta suerte á nadie, sino á tí. Si la mentira es cosa mala, ¿cómo ha de ser inocente? Y si es inocente, ¿cómo ha de ser cosa mala? No sin razón acabas de decir, que *estás tentada;* pues solamente la tentación pudiera hacer que habláses de esa manera.

Lucía. Yo por mí, aunque no apruebo enteramente el modo en que se explica mi compañera; tampoco puedo condenarle absolutamente: porque si la mentira fuése en realidad una cosa mala, ¿cómo la había de abrazar ni seguir el mayor número de personas? Y si no, ¿dónde encontrarás tú ni una sola, que diga, siempre, siempre la verdad?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Cecilia. Cierto es que la mentira es una cosa muy común y que el mayor número de jentes se dejan llevar en ella; pero tan léjos está esto de hacer que la mentira sea una cosa inocente, que antes bien eso mismo la hace mucho más culpable porque mientras más común es un vicio, tanto es mayor.

Inés. Quisiera yo saber, en qué consiste este mal.

Cecilia. Me admiro ciertamente de que me hagas semejante pregunta: pues no se necesita más que tener tal cual discernimiento para responder á ella. ¡Qué cosa más vergonzoso que engañar! Y ¡qué cosa más odiosa que hablar contra lo mismo que se piensa! Engañar y ofender á la verdad ¿te parece que no es un mal bien grande?

Lucía. Hasta ahora había yo entendido que solo era malo mentir, cuando con la mentira se hacía daño al prójimo, ó se le ocasionaba algún perjuicio; pero confieso que apénas podía yo creer, que esto fuése malo, cuando de ello no resultaba daño alguno al prójimo.

Cecilia. Permíteme que, hablándote con la confianza de amiga, te diga que en esto padecías un error. ¿Con que tú pensabas que se podía engañar al prójimo, sin dejar por eso de ser inocente? ¿Con que tú juzgabas que se podía faltar á la verdad, ó mentir, sin culpa? Vé ahí sin duda un gran error.

Inés. Poco á poco me voy instruyendo; pero me quedan todavía algunas dificultades que quiero me aclares. Pues ¿qué? No será permitido mentir por via de recreación, ó por complacer á una Amiga? A lo menos, unos motivos como estos parece deben hacer inocente la mentira.

Cecilia. Desengañáos, no hay motivo alguno, por honesto que sea, capaz de hacer que lo que es de suyo malo, sea bueno. Así; tengáis el motivo que tuviéreis, como uséis de la mentira, haréis siempre mal, y seréis culpables.

Lucía. Pero ¿no es una cosa inocente el divertirse? ¿No es acción loable el servir y dar gusto á alguna Amiga?

Cecilia. No por cierto, cuando esto se hace á expensas de la verdad, y con perjuicio de la propia conciencia; porque la más leve mentira ofende siempre á la verdad, y á la conciencia; y por poco amor que se tenga á la verdad, por poco cuidado que haya de la conciencia, no se puede mirar coma recreación y condescendencia inocente el descalabrar á una ó á otra.

Inés. Mas por libertar la vida á alguno, ó mirar por su salvación, ¿no sería lícito mentir? Estos dos motivos son sin duda mucho más poderosos que los dos primeros.

Cecilia. Te crees pillarme con estas dificultades; mas no lo has de lograr. Dios tiene dicho expresamente: (1) *No mentirás de ninguna manera.* Estas palabras no exceptuan caso alguno: y así yo decido resueltamente,

(1) Levit. 19. II., & Eccli. 7. 14. Vid. Du-Hamel. hic.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

que ni aun en semejantes ocasiones es permitido mentir.

Lucía. Las palabras de la Ley de Dios son á la verdad demasiado claras y terminantes, para osar contradecirlas: pero á lo menos en algunos lances ¿no será permitido usar de ciertas anfibologías y palabras ingeniosas, para dar á entender otra cosa muy diferente de la que se piensa?

Cecilia. Todos estos rodéos se oponen á la rectitud, á la verdad, y á la sencillez. Jamás se ha de responder otra cosa que *sí*, ó *no*; *sí*, cuando realmente deba decirse; y *no*, cuando haya de ser *no*. Portarse y hablar de otra suerte, siempre es engañar en substancia; y nunca nos es lícito engañar.

Inés. ¿Dónde has aprendido tú todas estas máximas tan buenas? Pues á fé, yo tendría por felices á los hombres, si pudiésen practicarlas puntualmente: ni hubiera cosa más deliciosa que la sociedad y el comercio de la vida, si todos los hombres dijesen siempre la verdad.

Cecilia. Apénas empezaba yo á hacer uso de la razón, cuando mi Madre me repetía sin cesar: «Hija mía, «querida hija mía: has de ser siempre muy amante de «la verdad; respétala sinceramente; no la ofendas ja«más; y procura siempre tenerla en el corazón, y en la «boca. Como tú no lleges nunca á abandonarla, tam«poco ella te abandonará á tí jamás, y así siempre se«rás amada de Dios.»

Lucía. Tus palabras han inspirado en nuestros corazones amor á la verdad: la mentira ya nos parece una coso horrible y fea; y desde luego renunciamos á ella para siempre jamás.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA

CONVERSACION X

SOBRE LA RAZON.

Eufrosina. Ya hace mucho tiempo que deseo oirte acerca de la *razón*; ¿Gustas de que sea en este día?

Gregoria. No necesitas consultarme, en siendo cosa de tu agrado; así, no tienes más que hablar para ser obedecida.

Honorina. Te confieso que no es menor el ancia que yo tengo de ser instruida sobre este punto, que la de mi compañera.

Gregoria. Sería muy de desear que solamente las bestias estuviésen destituidas de razón; pero hay no pocos hombres que padecen esta misma desgracia.

Eufrosina. Con que ¿semejantes hombres serán bestias? por que en faltando la razón, no se deben contar entre los hombres.

Gregoria. Eso no digo yo, con tu licencia; sino que tienen la desventura de semejarse bastante á ellas.

Honorina. A mi parecer no es muy grande la diferencia, nó.

Gregoria perdona te diga, que sí la hay; porque los hombres están dotados de razón, que las bestias no

tienen; pero por cuanto aquellos suelen obrar sin consultarla, por eso se hacen semejantes á ellas.

Eufrosina. Como nosotras tememos bastante llegar á un tal estardo, quisiéramos saber, qué es lo que se necesita hacer para evitarle.

Gregoria. Es menester seguir en todo la luz de la razón, sin desviarse de ella jamás.

Honorina. Para eso era menester ser Angeles.

Gregoria. No digo yo precisamente, que nunca, nunca se haya de faltar á ella en nada; sino que se deben hacer todos los esfuerzos posibles para conseguirlo.

Eufrosina. A lo menos era menester para eso estar dotada de una gracia muy particular.

Gregoria. Convengo en que es así; pero Dios no se la niega á los que se la piden como es debido, y que trabajan á este fin con todas sus fuerzas.

Honorina los que tuviéren esta gracia, y este don de Dios, se puede decir que estan ya en el Cielo.

Gregoria. Todavía no lo estan pero es cierto que caminan hacia él con mucha celeridad.

Eufrosina. Haznos, si gustas, la pintura de una tal persona.

Gregoria. Es, en breves palabras, la cosa más amable que se puede hallar sobre la tierra.

Honorina. Explícate más; porque el asunto lo merece ciertamente.

Gregoria. De muy buena gana. Una persona de este carácter, se aviene facilmente con todo el mundo, y todo el mundo se aviene facilmente con ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Eufrosina. Ya me haces comprender, que casi no hay en el mundo una cosa como ésta.

Gregoria. Es verdad; y eso mismo la hace más apreciable.

Honorina. Con que ¿será tan indiferente para esta persona el tropezar con genios broncos y enfadosos, como con genios apacibles y tratables?

Gregoria. Si eso estuviése en su mano, más bien querría los unos que los otros; pero cuando no tiene más arbitrio, toma por último su partido, y se determina.

Eufrosina. Eso no es tan fácil como parece.

Gregoria. Dices bien: pero con el socorro de la razón, ayudada y sostenida de la gracia, no hay cosa que no pueda alcanzarse.

Honorina. ¿Es también indiferente en orden á los bienes y los males que la sobrevienen?

Gregoria. Mucho mejor apetecería sin duda los bienes que los males; pero cuando llega el caso de haber de sufrir estos, se resuelve á ello gustosamente.

Eufrosina. Por lo menos, no dejará algunas veces de murmurar y de impacientarse.

Gregoria. No, jamás, con el auxilio de la razón y de la gracia; porque considera entonces, que ha llegado el tiempo de sufrir; procura recoger con cuidado esta preciosa cosecha; y en nada piensa menos que en añadir al mal que está padeciendo, el de la murmuración y la impaciencia.

Honorina. Y díme ahora: ¿cómo se porta en cuanto á las alabanzas y las injurias? cosas tan ordinarias en

la vida; pues mientras unos nos canonizan, suelen otros desbocarse contra nosotras.

Gregoria. No para la atención ni en una cosa ni en otra; todo lo menosprecia igualmente.

Eufrosina. Yo bien entiendo que se puede menospreciar las injurias; pero que suceda lo mismo con las alabanzas, eso me hace una no pequeña dificultad.

Gregoria. El que fuere de tal manera cuerdo, que viva conforme á razón, sabe que las alabanzas, no menos que los vituperios, son regularmente fruto de la pasión y del capricho, más bien que de la equidad y de la razón. Por lo mismo tiene por más acertado el no detenerse ni en unas ni en otras.

Honorina. Y en caso de que alguno se metiése á reprender á esa tal persona, y á zaherirla ó darla en rostro con sus defectos, ¿tampoco saldría de su aconstumbrado paso?

Gregoria. No; porque la razón la dicta, que se debe ser agradecidos á los que nos hacen algún bien: y es constante, que reprendernos, es hacernos bien.

Eufrosina. ¡Qué! ¿No ha de volver un vitupério por otro; ó á lo menos vengarse con alguna secreta indisposición ó desabrimiento?

Gregoria. No; porque creería que era faltar á las leyes de la razón el dejar de reconocer este beneficio por medio de acciones de gracias, procedidas del fondo de una verdadera amistad.

Honorina. Pero ¿y si la reprenden no por hacerla bien, sino por mortificarla ó darla que sentir, como sucede frecuentísimamente?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Gregoria. No importa eso; porque en no parándose más que en el bien que en ello recibe, no muda de disposición; antes se considera obligadísima á la merced que se la hace.

Eufrosina. Todo eso lo tengo por cosa muy grande; pero pasemos adelante, y haznos ver el porte de ésta misma persona en materia de devociones: ¿Llevará ella á bien que se las interrumpan y trastornen? Porque en esto está la verdadera piedra de toque.

Gregoria. A eso os digo que, conformándose para todo con la razón, no está servilmente atenida á ningún determinado método; ni la cuesta trabajo el acomodarse á todo lo que fuere razón.

Honorina. Pues ¿qué? ¿Deja fácilmente y siempre con un semblante sereno, aquello que estaba haciendo, por hacer otra cosa, aun en materia de devoción?

Gregoria. Sí; porque en todas las cosas no consulta más que á la pura razón, sin dar oidos ni á su gusto, ni á su voluntad, ni á su juicio, ni á sus inclinaciones. (1)

Eufrosina. Esta sí que es en realidad una devoción muy amable.

Gregoria. Así es, en efecto, como es necesario conducirse para tener una devoción razonable y arreglada.

(1) Ex D. Aug. lib. Catechiz. rud. cap. 14.ºpaulò post init. edit. Paris, 1555.

Honorina. Según se vé, ¿tú juzgas que la devoción depende de la razón?

Gregoria. No; lo que sí digo solamente es, que las dos deben estar muy unidas, para que en la devoción no haya nada que ofenda á la razón.

Eufrosina. Y en caso de ocurrir dificultades y contestaciones, ¿cómo se maneja?

Gregoria. Como recela no tener siempre razón, aun cuando la parece que la tiene más, siempre se la encuentra muy convenible y de fácil composición; ni queda por ella el que semejantes altercaciones dejen de desvanecerse desde el punto mismo en que se suscitan.

Honorina. Y cuando median intereses, y más si son de consideración, ¿se la encuentra tal como tú la pintas?

Gregoria. Sí; porque no teniendo ella otra mira, ni deseando otra cosa que la justicia; no la cuesta trabajo referirse y ponerse en manos de personas que sean capaces de aclararla.

Eufrosina. Con que según eso, ¿estará dispuesta á referirse al dictámen ó juicio de la primera que se le pusiére por delante?

Gregoria. No; porque entonces creería desviarse de la razón; la cual dicta, que en semejantes lances se escojan personas instruídas, desinteresadas, y que se distingan por su integridad.

Honorina. Para dar la última mano á la pintura que has empezado á hacer, nos dirás ahora, si gustas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UANL

¿si esa tal persona está expuesta á vicisitudes en punto de conducta, y á desigualdades de humor?

Gregoria. No; porque la razón no permite esas alternaciones, que son verdaderas flaquezas, y grandes imperfecciones.

Eufrosina. Pero cuando se la interrumpe, y se la hace perder tiempo, ¿no muestra tampoco mal humor?

Gregoria. Tampoco; porque la dicta la razón, que es menester soportar á estas tales personas así como se sufre á otras que tienen otros defectos.

Honorina. ¡Qué! ¿No la sucede nunca impacientarse á causa de los defectos que encuentra en los diversos sugetos que vé, ó con quienes vive y trata?

Gregoria. Si con impacientarse pudiera corregirlos, quizá se dejaría llevar de éste impulso, y aun así sería eso una imperfección y una falta, más como para nada es buena la impaciencia, ni suele hacer otra cosa que acrecentar el mal en vez de minorarle, procura no valerse de este medio.

Eufrosina. Siendo cierto que la razón produce tan maravillosos efectos, es muy alta la idea que de ella empiezo yo á formar desde hoy.

Gregoria. Bien puedes estar persuadida de que nada hay más apreciable en el mundo. Con ella se vive contenta, en aquello que cabe en ésta vida; y sin ella todo es trabajos y pesares.

Honorina. Eso de contenta, ¿querrá decir, que ninguna otra cosa se desea?

Gregoria. Cierto: así que, todo el que se conduce por la razón, nada apetece sobre lo que tiene, y sobre lo que él es, á no ser que la razón misma le obligue á hacer lo contrario.

Eufrosina. ¿Luego tampoco desearía crecer en gracia de Dios, y ser cada día más virtuoso?

Gregoria. Perdona, que no digo yo tal. Antes bien, á eso mismo dirige él todos sus deseos, igualmente que todos sus cuidados; más en todo lo que no pende de su arbitrio, como son honores, riquezas, espíritu, talentos, no piensa nunca; por no incurrir en deseos que, cuando menos, son inútiles.

Honorina. ¡Grandes ventajas son esas!

Gregoria. Pues añadid á todo lo dicho la de que nunca interpreta mal las cosas, sino que á todos las da siempre un sentido benigno, mirándolas por aquel lado que les es más favorable y ventajoso.

Eufrosina. Pero también suele haber tales cosas, en que, por más que se quiera, parece no cabe disculpa.

Gregoria. En eso me perdonaréis, que sí la hay, en queriendo tomarse el trabajo de pesar las razones, ó á lo menos la fragilidad de aquellos á quienes se pretende condenar.

Honorina. Yo convengo en que si se llegare á internar tanto, no habrá cosa que no pueda disculparse.

Gregoria. Pues si abrazáseis este partido, gozaréis de una paz muy grande; porque nada hay que tanto la turbe, y aun la haga perder, como la facilidad en condenar al prójimo.

Eufrosina. Ese sí que es un carácter de espíritu

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

verdaderamente amable: y no habría cosa que no diése yo por tenerle.

Gregoria. Pues en tí solamente consiste eso: tú posees el precioso tesoro de la razón: no le tengas inútilmente ocioso, y procura sacar de él todo el provecho que pudiéres.

Honorina. No es menor el ánsia que yo tengo de adquirir éste espíritu tan amable, que la que muestra mi compañera.

Gregoria. Pues para eso es necesario orar mucho, recapacitar mucho, y no hacer las cosas con precipitación; porque en esta materia nada perjudica tanto como la demasiada actividad.

Eufrosina. Bien fáciles son estos medios.

Gregoria. Pero advertid, que esa no es obra de solo un día; y que por temprano que se dé principio á ella, nunca debe parecer muy presto.

Honorina. A eso vamos á aplicarnos sin cesar.

Gregoria. Dios lo quiera así; pues lo deseo con ánsia: como también que lo consígais.

CONVERSACION XI

SOBRE EL BUEN ESPÍRITU

Anastasia. Ya hace mucho tiempo que oigo hablar del *buen espíritu*. Todo el mundo se esmera como á porfía en elogiarle, y cada cual se precia de poseerle. Quisiera yo, pues, saber ¿en qué consiste este buen espíritu? A ver si en efecto es tan común como se piensa.

Pulqueria. Celebro infinitamente tener esta ocasión de conferir contigo; porque siempre se puede una prometer algún provecho de tu conversación: pero te confieso, que más quisiera yo tener que preguntarte á tí acerca de este punto, que haber de responder á las preguntas que tú me hiciéres. Esta materia á la verdad, es de las más importantes; pero al propio tiempo de las más difíciles. Tened, pues, la bondad, si gustáis, de decir antes vuestro sentir acerca de esto.

Virgínia. A no tener yo bien conocida tu rectitud, miraría ciertamente ésta respuesta como un efugio ó una excusa artificiosa; pero no, no la atribuyo sino á un efecto de tu singular modestia. Y esto solo (aun cuando no hubiése otra cosa) muestra bien que tú, me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

jor que cualquiera otra persona, puedes satisfacer plenamente á la cuestión que se ha propuesto.

Pulqueria. Mas quisiera yo tener éste buen espíritu, que deciros en qué consiste. Pero, pues tanto me estrecháis á ello, os diré ingénuamente mi sentir; sin pretender por eso, que le miréis como una decisión. El buen espíritu consiste en pensar justamente, en juzgar sanamente, y en tomar en todas las cosas un partido razonable.

Anastasia. No envalde estábamos tan ansiosas de oir tu respuesta; porque en verdad, no puede ser más prudente ni más sólida: pero si ello es así, seguramente el buen espíritu no es tan común como se discurre.

Pulqueria. Y á fé, no os engañáis en eso: es aún más raro de lo que se puede decir. Porque ¿dónde se encuentran muchos que piensen ajustadamente, que juzguen sanamente, y que en todas las cosas tomen un partido conforme á razón? Ciertamente el número de tales personas no es muy grande, no.

Virgínia. Mas al paso que es tan raro este buen espíritu, es más digno de nuestra estimación, de nuestro amor, y de nuestra admiración. Por lo que á mí toca, puedo asegurarte, que estoy ya tan prendada de la pintura que has hecho de él, que no dejaré cosa por hacer para alcanzarle.

Pulqueria. La estimación y amor con que has empezado ya á mirar el buen espíritu, te ha hecho pensar, que solemente de tí pende el tenerle; y eso es demasiado adelantar. Merece, no obstante, alguna disculpa

lo que se conoce que nace puramente de una buena intención, y de unos eficaces deseos.

Anastasia. Pues acaba de instruirnos, si gustas, que es lo que nosotras buscamos; y despáchate.

Pulqueria. Yo me regocijo de ver en vosotras este noble ardor y anhelo, y cedo gustosamente á vuestras instancias. El buen espíritu, pues, no viene de nosotras mismas, sino de Dios. Al Señor solamente le corresponde dárnosle; y á nosotras el cultivarle: En una palabra: depende de Dios y de nosotras.

Virgínea. ¿Y qué se necesita hacer para obtenerle?

Pulqueria. Es necesario pedírsele incesantemente á Dios, y pedírsele sin cansarse nunca. Este es el tesoro de los tesoros; y así, es menester hacer cuanto hay que hacer para conseguirle.

Anastasia. Comprendo ya, de qué manera puede conseguirse: pero haznos ahora el favor de decirnos, cómo debe cultivarse.

Pulqueria. Para cultivarle es necesario empezar desde luego, desviando léjos de nosotras todos los pensamientos que provienen de preocupaciones; todos los juicios que nacen de terquedad nuestra; y todos los partidos que se toman por humor ó por capricho.

Virgínea. ¿No hay que hacer más que eso para cultivar el buen espíritu?

Pulqueria. Lo que he dicho no es más que una parte de lo que hay que hacer: se necesita, además de esto, examinar cómo piensan, cómo juzgan, y cómo obran aquellos que pasan comúnmente por gentes de buen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

espíritu; y conformarse con sus pensamientos, con su juicio, y con su conducta.

Anastasia. ¿Y no hay alguna otra cosa que añadir á estos medios?

Pulqueria. Aún se puede añadir muy bien el de considerar atentamente los pensamientos, los juicios y la conducta de Dios; y formarse cada una por éste modelo sus pensamientos, sus juicios y su conducta. Manejándose de esta suerte, siemore se pensará ajustadamente, siempre se juzgará sanamente, y siempre se tomará en todas lar cosas un partido justo.

Virgínia. Este último medio me parece demasiadamente elevado, y aun considero que es un poco difícil para reducirle á la práctica.

Pulqueria. Verdaderamente es elevado, sí; pero no difículso en la práctica, como á tí se te figura. Una vez que es regular leas todos los días algo de la Santa Escritura, es fácil adviertas, que estos sagrados Libros no contienen otra cosa que los pensamientos, los juicios, y la conducta de Dios. Y á no ser que los leas sin reflexión y sin utilidad, en cada linea podrás echar de ver si tú has pensado, si has juzgado, si te has conducido de esta suerte, ó no.

Anastasia. Por lo que hace á mí, yo estoy bien persuadida de la verdad y exactitud de cuanto acabas de proponer; y juzgo que absolutamente no hay que replicar á eso. ¿Nos harás ahora el gusto de exponernos las utilidades del buen espíritu?

Pulqueria. Son tantas y tan diversas, que casi no

se pueden contar; porque todo el que piensa justamente, el que juzga sanamente, y el que en todas las cosas toma un partido ajustado á la razón (lo cual viene á ser un conjunto de todos los bienes); no puede menos de empezar á ser feliz aún desde este mundo.

Virgínia. Esto que nos acabas de decir, no hace otra cosa que encender más y más en nosotras el deseo de saber una por una todas esas ventajas.

Pulqueria. Ya que he comenzando, justo será que acabe. Todo el que tiene buen espíritu, está íntimamente persuadido de que Dios no hace cosa alguna, que no sea justa; y que nada permite sino por unas razones llenas de suma sabiduría. Así, él adora á Dios igualmente en todo acontecimiento; y esta disposición es para él un manantial de sumisión, de tranquilidad y de confianza.

Anastasia. Pero ¿y qué? ¿por ventura no siente los infortunios y las desgracias que le suceden?

Pulqueria. Si, sin duda; las siente como los demás hombres: pero tiene sobre ellos la ventaja de que á beneficio del buen espíritu sabe hallar fortaleza y consuelo, aun enmedio de los trabajos.

Virgínia. Pues nos ofrecíste decirnos todas las utilidades del buen espíritu, te suplicamos continúes, porque tenemos una singular complacencia en escucharte.

Pulqueria. Ved aquí otra ventaja, que no es menor que la primera. El que tiene buen espíritu hace cuanto puede por no ofender á nadie; y en cuanto está de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

su parte, tampoco el se ofende de nadie; de manera que por lo que hace á él, vive en paz con todo el mundo.

Anastasia. ¿Y no le ocurre jamás algún motivo de disputa, de diferencia, ó de altercación?

Pulqueria. Sí por cierto; le ocurre como á otro cualquiera: pero en el buen espíritu encuentra ó con qué prevenirlas, ó con qué aplacarlas prontamente. En todo caso, lo que es por él, nunca deja de reinar perfectamente la paz.

Virgínia. Tanto es el gusto que tenemos en oirte, que recelamos lo has de dejar ya muy presto.

Pulqueria. Si hubiérais de estar siempre escuchándome, nunca tendríais tiempo bastante para poner en práctica lo que me oyéseis. En todas las cosas es necesaria la sobriedad, aun en las conversaciones más inocentes. Acabaré pues, exponiéndoos la última ventaja del buen espíritu. Aquel que le posee, discierne en sí mismo dos cosas, que es muy preciso discernirlas: lo que tiene de bueno y lo que tiene de defectuoso. De lo bueno procura sacar todo el bien que puede; y con lo defectuoso (al paso que hace porque se disminuya todos los días) se establece á sí propio un ejercicio de penitencia; y en él encuentra contínuamente con qué despertar su humildad, y su vigilancia.

Anastasia. Pero ¿no se engrié con el bien que hace, ni se desanima, viéndose siempre expuesto á mil defectos?

Pulqueria. No: ni se envanece, ni desalienta; lo que

hay es, que refiere á Dios todo el bien que hace; y se humilla y castiga á sí mismo, por todas las faltas que comete.

Virgínia. No hay para qué fatigarse ya más, quedamos gustosísimas con tus instrucciones; y vamos á hacer todos nuestros esfuerzos para practicarlas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CONVERSACION XII

SOBRE LA IGUALDAD DE ESPÍRITU

Alaúsia. Pues hace ya tanto tiempo que ofrecíste hablarnos de igualdad de espíritu; gustarás de cumplir ahora esta promesa?

Berenica. No es la voluntad, sino el tiempo el que me falta; y mucho más el talento necesario para desempeñar debidamente lo que os ofrecí.

Celerína. Lo primero páse enhorabuena; pero lo segundo no te lo podemos admitir.

Berenica. Creedme, uno y otro es: y casi tanto peligro hay en preocuparse á favor de una persona, como en prevenirse contra ella.

Alaúsia. Nosotras no juzgamos que esto sea preocupación, sino justicia, fundada en la verdad.

Berenica. Ya voy viendo que es preciso ceder; pero reservándome siempre el pensar sobre este punto según y como debe ser, para dar un testimonio á la verdad misma.

Celerína. Esperando estamos que nos hagas el favor de aclararnos nuestras dudas, según te lo tenemos pedido tanto tiempo há.

Berenica. La igualdad de espíritu ó de genio consiste en evitar los altos y bajos, en que se dejan precipitar todas las personas que no la tienen.

Alaúsia. Según eso, ¿muy necesaria será esta virtud para el comercio de la vida?

Berenica. Necesarísima: porque ¿cómo es posible vivir entre personas que no tienen estabilidad ni firmeza alguna de genio, sobre que se pueda contar?

Celerina. Alguna otra vez he encontrado yo de eso; y son propiamente como un manojo de espinas que no se sabe por donde tomarle.

Berenica. Dices muy bien: ellas tienen tantas locuras y extravagancias, como meses el año, días el mes, y horas el día.

Alaúsia. Eso es una lástima; semejantes personas no deben tener ni entendimiento ni razón.

Berenica. Uno y otro tienen; pero el humor les domina de tal suerte, que su entendimiento y su razón están como el Sol cuando padece algún eclipse.

Celerina. El Sol es entonces como si no fuera.

Berenica. Sí, siempre es Sol; pero lo que hay es, que su acción ó su influjo está impedido y debilitado.

Alaúsia. ¿Con que tú siempre les concedes entendimiento y razón?

Berenica. Sí; pero un entendimiento y una razón como eclipsados en una densa nube de humor.

Celerina. Pero una vez disipada esta nube, el Sol vuelve á aparecer con su antiguo resplandor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Berenica. Lo mismo sucede con estas tales personas: quitado aquel lúgubre aspecto de humor, ya quedan llenas otra vez de entendimiento y de razón.

Alaúsia. Aun si este espeso nublado no apareciése más que de cuando en cuando, pudiera pasar; pero la desgracia es, que se deja ver muy á menudo.

Berenica. Entonces son más dignas de compasión.

Celerina. Yo no sé nada; pero juzgo que ellas aún tienen menos que sufrir que las demás, que les han de aguantar.

Berenica. Y ¿en qué os fundáis para decir eso?

Alaúsia. En que ellas no echan de ver esta nube que ofusca su entendimiento y su razón; al paso que no hay quien no la vea, y tenga que sufrir por eso.

Berenica. Yo no quería decirlo; pero os confieso, que en discurrir así, pensáis juiciosamente.

Celerina. ¿Qué remedio habrá para eso?

Berenica. Como no hay arbitrio para desterrar de la Sociedad á semejantes personas, es forzoso soportarlas, como se soporta á otros enfermos.

Alaúsia. Otros enfermos son más fácilmente soportables, porque ó sanan, ó se mueren; pero estos ni uno ni otro hacen.

Berenica. Toda la diferencia está en que la enfermedad de estos es más larga: y así, no hay otro medio que armarse de más larga paciencia.

Celerina. Bien vemos que el mejor remedio es ese; pero á fé, cuesta bastante caro.

Berenica. Ya os entiendo yo: es que vosotras no

quisiérais tener nada que sufrir en un lugar donde no se debe esperar otra cosa que motivos de sufrimiento.

Alaúsia. Tienes razón; pero también se cansa la gente de unos sufrimientos á que no se les ve el fin.

Berenica. Que sufráis de una manera ó de otra, eso ¿qué importa? puesto que siempre es necesario sufrir.

Celerina. Y ¿es posible que no ha de haber remedio para tales personas?

Berenica. Bien hábil era menester que fuéses, si las habías de curar.

Alaúsia. Para eso no habría cosa mejor, que atraerles buenamente á la razón.

Berenica. Concedo que sí; mas yo no me encargo de tal cosa.

Celerina. ¿Y por qué? Dí.

Berenica. Os lo dije ya antes; porque como su razón está eclipsada y oscurecida con la espesa nube del humor, no está en paraje de que se la pueda reducir.

Alaúsia. Con que no hay otro medio que el de abandonar á estos enfermos por incurables, y resolvernos á sufrir.

Berenica. Creedme; ese es el camino más breve.

Celerina. Mas no todos son así.

Berenica. Harta lástima sería, que todos lo fuésen.

Alaúsia. ¿Luego hay algunas personas dotadas de esa virtud, que tú llamas igualdad de espíritu?

Berenica. Sí que las hay; y semejantes personas son muy amables.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Celerina. ¿Mucho gusto será vivir con tales personas?

Berenica. Así es; porque siempre se las encuentra iguales.

Alaúsia. Pues ¿qué? ¿los trabajos, los pesares, los infortunios no les alteran nunca?

Berenica. No; siempre están de un semblante sereno y apacible, aun en medio de los sucesos más desgraciados.

Celerina. Si no sienten, ni les hacen fuerza estas cosas, ¿luego serán insensibles?

Berenica. Antes al contrario; son muy sentidas para consigo mismas; pero se guardan mucho de dar lugar á que las demás las sientan.

Alaúsia. ¿Con que según eso, ellas ocultan estas cosas entre Dios, y entre sí mismas?

Berenica. Eso es lo que procuran hacer, con el socorro de la divina gracia.

Celerina. Y el ser ellas así ¿no podrá acaso atribuirse á un efecto de su temperamento ó complección?

Berenica. ¿Qué es lo que dices? ¿Temperamento? No hay complección ni temperamento, que pueda por sí solo hacer que toleremos ó llevemos cristianamente los trabajos.

Alaúsia. ¿Luego será efecto de la virtud?

Berenica. No lo dudéis. La igualdad de genio no es dádiva de la naturaleza, sino un dón de Dios.

Celerina. Según eso ¿será menester pedírsele á Dios con repetidas vivas instancias?

Berenica. Tenéis razón; pero es necesario no quedarse solo en eso; sino trabajar mucho para alcanzarle.

Alaúsia. ¿Y qué trabajo ha de ser?

Berenica. Es necesario, con la ayuda de la gracia, dominar sus humores, y resistir constantemente á sus propias inclinaciones.

Celerina. Yo casi estaba tentada por creer, que todos nacían con esta virtud.

Berenica. Pues desengañáos; porque la virtud no nace con nosotras; es fruto de la gracia de Dios y del trabajo de nuestra parte.

Alaúsia. Hé aquí que nos tienes ya mucho mejor instruídas, que lo estábamos antes.

Berenica. Aprovecháos, pues, y practicad estos documentos, que sin duda son bien seguros.

Celerina. Todavía nos queda una cosa que preguntarte, y es: ¿si estas personas son estables y permanentes en sus designios, en sus resoluciones, y en sus empresas?

Berenica. Lo son; muy firmes y muy constantes.

Alaúsia. ¿Qué? ¿No se les vé nunca formar designios, tomar resoluciones, seguir empresas; y después mudarse repentinamente?

Berenica. No; porque eso ya no sería tener el genio igual; y el genio que lo es, se asemeja en algo á Dios, que siempre es el mismo.

Celerina. ¿Tampoco se les vé andar como revoloteando de plaza en plaza, y de lugar en lugar?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Berenica. No; á no ser que algunas razones de la Divina Providencia les obliguen á ello.

Alaúsia. ¿Sucede esto mismo con el humor?

Berenica. ¿Qué quieres decir con eso?

Celerina. Lo que quiero decir es, ¿si tan presto están de buen humor, como de malo?

Berenica. Su genio firme y siempre igual, no les permite vicisitudes y alternaciones.

Alaúsia. ¿Con que siempre se podrá llegar á hablarles fácilmente y sin recelo alguno?

Berenica. Sí; porque cuenta una con ser escuchada siempre con toda apacibilidad.

Celerina. ¿No habrá, pues, necesidad de andar con largos preámbulos, con grandes rodeos, ni con circunloquios estudiados, para proponerles todo cuanto se les quisiére decir?

Berenica. No; porque la confianza en que se va de que son accesibles, y de hallarles siempre iguales, hace que se les diga lisa y llanamente de lo que se piensa decirles.

Alaúsia. ¿Y si lo que se les dice es algún despropósito que no viene al caso?

Berenica. Saben sufrirlo, sin que haya que temer el sonrojo de que lo reprendan; porque están persuadidos de que, cuando los que llegan á hablarles lo hacen así, será porque no podrán menos de hacerlo.

Celerina. ¡Ese si que es un carácter de espíritu y genio muy amable!

Berenica. Pues trabajad vosotras para ser también así, y de ese modo serviréis de un consuelo grande á cuantos tratéis, y á todos aquellos con quienes tengáis alguna relación.

Alaúsia. A trabajar vamos sobre esto.

Berenica. Yo deseo que salgáis con ello.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CONVERSACION XIII

CONTINUACIÓN DE LA CONVERSACIÓN ANTECEDENTE.

Alaúsia. Ahora que ya comprendemos lo que es la igualdad de genio, quisiéramos y celebraríamos tenerla

Berenica. Como ésta viene á ser la virtud de las virtudes, es menester para tenerla, no perdonar diligencia alguna.

Celerina. Pues enséñanos qué es lo que se debe hacer para eso.

Berenica. Lo primero, es menester estar dotadas de una gracia singular'

Aláusia. Decirnos eso, es decirnos lo que se debe tener; no lo que para esto debe hacerse.

Berenica. En eso me perdonaréis; pues el deciros que es necesario estar dotadas de una gracia particular, es deciros que necesitáis trabajar para tenerla.

Celerina. Pero ¿qué trabajo es el que para esto se ha de emplear?

Celerina. Es menester pedírselo á Dios con vivas instancias; y humillarse mucho para hacerse dignas de ello.

Alaúsia. Verdaderamente que ese si es trabajo.

Berenica. No os habéis de parar precisamente en el sonido de las palabras; pasad más adelante, y haced por calor el sentido de ellas.

Celerina. ¿Con que sin oración y sin el cuidado de humillarse, no se puede obtener esta gracia?

Berenica. No; porque ordinariamente es fruto de una y otro.

Alaúsia. Pues por ahí habremos de empezar.

Berenica. Si así lo hiciéres, atraeréis hacia vosotras el espíritu de gracia; y con esta gracia fácilmente conseguiréis todo lo demás.

Celerina. ¿Qué uso deberá hacerse de esta gracia?

Berenica. Será necesario con su auxilio, que os hagáis señoras absolutas de vuestros humores, y que sepáis mandarles con imperio, así como Jesucristo mandaba á los vientos y al mar. (1)

Alaúsia. ¿Dices tal vez eso, porque nuestro corazón es á manera de un mar, expuesto á los vientos y borrascas?

Berenica. Los humores hacen en nuestro corazón lo que los vientos y tempestades hacen en el mar.

Celerina. Y ¿cómo se ha de resistir á estos vientos y tempestades?

(1) Matth. cap. 8, v. 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Berenica. Si para eso hubiéseis de estar solas, mucha compasión os tendría yo; como se la hubiera tenido á los Apóstoles, si hubiésen estado solas, cuando se levantó aquella gran borrasca contra ellos.

Alaúsia. Pero ¿no fueron los Apóstoles los que apaciguaron aquella terrible tempestad?

Berenica. En cierto sentido sí fueron ellos los que la aplacaron, porque á ruegos suyos acudió Jesucristo á serenarla.

Celerina. ¿Con que eso es lo que se debe hacer cuando el viento y las tempestades de nuestros humores se levantaren contra nosotras?

Berenica. Eso es precisamente lo que debe hacerse: recurrid inmediatamente á Jesucristo, y suplicadle que diga una palabra no más, y al instante sobrevendrá una calma grande.

Alaúsia. ¿Y si Jesucristo estuviére durmiendo, como lo hacía entonces?

Berenica. Despertadle, como lo ejecutaron los Apóstoles; evitando no obstante el incurrir en desconfianza, como ellos.

Celerina. ¿Luego requieres en nosotras mayor perfección que la que tenían los Apóstoles?

Berenica. Yo os pido que imitéis sus virtudes, sin imitar sus defectos.

Alaúsia. Bien nos podíamos contentar con parecernos siquiera á ellos.

Berenica. Sí, en el hecho de recurrir á Jesucristo; mas no en su desconfianza. No sabéis ya que Jesucristo los reprendió por ésta, para enseñarnos á nosotras á evitarla?

Celerina. Demasiado es ya lo que nos pides.

Berenica. No os pido yo otra cosa, sino que en esas ocasiones de vientos y borrascas interiores, recurráis á Jesucristo sin desconfianza.

Alaúsia. Haremos todo esfuerzo por practicar lo que nos aconsejas.

Berenica. ¡Oh! qué bien, y qué prontamente seréis recompensadas! Pues con una sola palabra que hable este Divino Salvador, el cual está dentro de vuestro corazón, como en una barquilla expuesta á los vientos y tempestades, apaciguará el alboroto y agitación de todos vuestros humores; y será muy grande tranquilidad la vuestra.

Celerina. ¿Con que ese es el modo de llegar á enseñorear sus humores?

Berenica. Con la protección de Jesucristo, no solamente nos es posible todo, sino también fácil.

Alaúsia. En eso no parábamos nosotras la atención.

Berenica. Pues ya véis, por lo que dejo dicho, cuántas dificultades os he allanado.

Celerina. Ahora ya lo vemos claramente. Y ¿qué más es menester hacer para obtener esta igualdad de espíritu?

Berenica. Es necesario no querer más que lo que Dios quisiére, como lo quisiére, y á medida que lo quisiére.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Alaúsia. También eso es pedir una perfección demasiado grande para nosotras.

Berenica. Os concedo que es grande; mas sin esto, nunca llegaréis á conseguir la igualdad de genio.

Celerina. ¿Y por qué? dí.

Berenica. Porque siempre tentréis algunos antojos ó veleidades, opuestas á la volunta de Dios; y esta oposición causará en vosotras continuas rebeliones interiores; y por consiguiente un sin número de inconstancias de genio.

Alaúsia. Ya concebimos eso, y lo entendemos.

Berenica. Pues si lo concebís, no os deténgais en ponerlo en ejecución.

Celerina. Bien quisiéramos hacerlo así; pero nos parece dificultoso.

Berenica. Hablemos sencillamente y con toda verdad: ¿Acaso lo es menos, ó no es lo mismo, cuando no os sometéis á la voluntad de Dios? ¿Las cosas mudan por eso de semblante?

Alaúsia. Tienes razón en eso; pero es el caso que nosotras quisiéramos siempre hacer algún tanto nuestro gusto.

Berenica. Ya os entiendo; y bien conocía yo que esto era lo que os detenía.

Celerina. Pero, también y todo, ¡cómo se ha de vivir siempre sin hacer su voluntad! Esa es una cosa muy dura.

Berenica. Vuelvo á decir, que bien veía yo que esta era vuestra dolencia.

Alaúsia. Pues haznos el favor de curárnosla; y eso más tendremos que agradecerte.

Berenica. Yo no alcanzo otro medio mejor, que el de no tener más voluntad que la de Dios: entonces, sin hacer una su voluntad, la hace siempre.

Celerina. Y ¿cómo se ha de concordar esto?

Berenica. Es cosa bien fácil; por cuanto de ese modo no se hace nunca su voluntad propia é injusta? y se hace siempre la voluntad de Dios, justa y buena.

Alaúsia. Mas nosotras gustaríamos algunas veces de hacer nuestra propia voluntad.

Berenica. ¡Ah! Esa voluntad propia es la que quita la vida á la igualdad de genio.

Celerina. ¿Cómo, pues, hemos de hacerlo?

Berenica. Sacrificando la voluntad propia á la igualdad de espíritu; porque, ajustadas cuentas y tomadas todas las medidas, más vale que muera en nosotras la una que la otra.

Alaúsia. ¿Con que en suma no hay sino resolverse á ello? ¿Y es esto cuanto hay que hacer?

Berenica. Aún hay que hacer otra cosa.

Celerina. Dínosla por tu vida.

Berenica. Obrar siempre en paz y con tranquilidad.

Alaúsia. Mas ¿cómo es posible obrar en paz y tranquilamente, cuando ocurren muchas cosas que hacer, y cuando todo el mundo gusta de ser servido á un mismo tiempo?

Berenica. Creedme; nunca se adelanta tanto en una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

obra, como cuando se trabaja pacífica y tranquilamente; este es el verdadero medio de contentar á todos, sin perder la igualdad de genio.

Celerina. Pero uno pide una cosa á mano derecha; otro pide otra cosa á la izquierda: uno grita de un modo; otro grita de otro: ¿Cómo se ha de suponer una, si no se apresura?

Berenica. Como podáis apresuraros sin que os turbéis, enhorabuena; más eso apénas es factible.

Alaúsia. Así trataremos de hacerlo.

Berenica. Regularmente lograréis de esa manera ser más diestras y avisadas que Marta, cuya desmesurada solicitud fué reprendida por Jesucristo, (1) porque se turbaba en el mismo hecho de apresurarse.

Celerina. Nos guardaremos muy bien de tenernos por más hábiles que ella; y ni aun siquiera pensarlo.

Berenica. Creedme: andad despacio, que este es el medio de ir aprisa.

Alaúsia. Eso se contradice.

Berenica. No hay tal: pues nunca se va más de prisa en cualquiera obra, que cuando se va despacio.

Celerina. Bien se vé que eres enemiga de la precipitación y turbulencia.

Berenica. Yo sí gustaría de ella, como á vosotras os sucede, si viése que podía ser útil para algún fin.

Alaúsia. Pero al cabo se despacha más pronto.

Berenica. Dí más bien: se hace más ruido y más estrépito; es mayor también el atolondramiento; pero realmente se hace menos hacienda.

(1) Luc. cap. 10. v. 41.

Celerina. A mí me parece que se hace más.

Berenica. Pues yo estoy persuadida á que se hace menos; y por otra parte, fuera de que esos torbellinos están siempre expuestos á los vapores que se levantan del humor, acontece también, que no hacen las cosas más que á medias é imperfectamente.

Alaúsia. ¿Será, pues, forzoso que dejemos de obrar á manera de torbellinos, para poseernos á nosotras mismas; no mortificar á nadie; y hacer las cosas con mayor perfección?

Berenica. Si tomáreis este partido, veréis cómo, antes de mucho, llegáis á gustar la dulzura de la igualdad de espíritu.

Celerina. A lo que te oimos decir, ¿esta dulzura deberá de ser muy grande?

Berenica. Haced vosotras la experiencia, y luego me la diréis.

Alaúsia. Esa es una dulzura desconocida para nosotras hasta la presente.

Berenica. Lástima os tengo, ciertamente; porque esta es una suavidad y una dulzura que no tiene semejante: la sagrada Escritura la compara á la de un contínuo banquete. (1)

Celerina. Grande es el deseo que ya tenemos de gustarla

(1) Prov. 15. 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Berenica. Pues para eso es necesario no dejar pasar nada de lo que os he dicho.

Alaúsia. Estamos enteramente determinadas á hacerlo así.

Berenica. Yo lo deseo vivamente; y no habrá cosa que me dé más gusto.

Celerina. Tendrás seguramente esa satisfacción; y desde luego puedes contar con nuestra palabrs.

CONVERSACION XIV

SOBRE EL ESPÍRITU Ó EL ENTENDIMIENTO, Y EL JUICIO.

Antonia. Hace ya muchísimo tiempo que deseo oirte hablar sobre una materia, que excita justamente nuesta curiosidad.

Paulina. Como no tengo yo el dón de adivinar, no puedo saber, qué materia es esa.

Antonia. No estoy yo menos solícita que mi compañera, ni es menor mi curiosidad que la suya.

Paulina. Explicáos, pues; que yo procuraré satisfaceros del mejor modo que pueda.

Antonia. Pues sobre lo que deseamos oirte hablar, es sobre el *espíritu*, y el *juicio*.

Paulina. Á fé que en eso habéis escogido una materia bien ámplia y bien extensa. Decid, pues, qué es lo que deséais saber de ella en particular.

Antonia. Quisiéramos saber, ¿qué cosa son, y qué diferencia hallas tú entre uno y otro?

Paulina. El espíritu ó el entendimiento es el que produce en nosotros los pensamientos; y el juicio el que los dirige y pone por obra. Esa es la diferencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Berenica. Pues para eso es necesario no dejar pasar nada de lo que os he dicho.

Alaúsia. Estamos enteramente determinadas á hacerlo así.

Berenica. Yo lo deseo vivamente; y no habrá cosa que me dé más gusto.

Celerina. Tendrás seguramente esa satisfacción; y desde luego puedes contar con nuestra palabrs.

CONVERSACION XIV

SOBRE EL ESPÍRITU Ó EL ENTENDIMIENTO, Y EL JUICIO.

Antonia. Hace ya muchísimo tiempo que deseo oirte hablar sobre una materia, que excita justamente nuesta curiosidad.

Paulina. Como no tengo yo el dón de adivinar, no puedo saber, qué materia es esa.

Antonia. No estoy yo menos solícita que mi compañera, ni es menor mi curiosidad que la suya.

Paulina. Explicáos, pues; que yo procuraré satisfaceros del mejor modo que pueda.

Antonia. Pues sobre lo que deseamos oirte hablar, es sobre el *espíritu*, y el *juicio*.

Paulina. Á fé que en eso habéis escogido una materia bien ámplia y bien extensa. Decid, pues, qué es lo que deséais saber de ella en particular.

Antonia. Quisiéramos saber, ¿qué cosa son, y qué diferencia hallas tú entre uno y otro?

Paulina. El espíritu ó el entendimiento es el que produce en nosotros los pensamientos; y el juicio el que los dirige y pone por obra. Esa es la diferencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Antonia. Semejante respuesta nos satisface plenamente; pero ¿cuál de los dos es digno de preferirse?

Paulina. Dos alhajas son excelentes; ambas á cual más apreciable, cuando llegan á juntarse en un mismo sugeto.

Antonia. No dudamos que sea así; mas no es eso lo que preguntamos.

Paulina. Pues ¿qué es? Decidme.

Antonia. Que ¿cuál de las dos cosas debe anteponerse?

Paulina. Hay algunos que dan la preferencia al entendimiento; pero no todos son de este mismo parecer.

Antonia. ¿Con que hay dos opiniones acerca de eso? Yo por mí, también preferiría el entendimiento.

Paulina. Cuando os explicáis de esa manera, señal que no juzgáis más que por la apariencia, y que no ahondáis ni profundizáis.

Antonia. Pues ¡qué cosa más agradable que el entendimiento! Con él a donde quiera se va muy bien, y por todas partes se luce y sobresale.

Paulina. Eso sí es bastante para los entendimientos que son superficiales; mas no para toda especie de entendimientos.

Antonia. ¿Qué más se necesita? ¿Qué cosa más gustosa, que una persona á quien los pensamientos se le ocurren á borbotones; y todos ellos agradables, bien que unos más que otros? ¿Qué buenos cuartos de hora no se pasan con tales personas?

Paulina. Sin pensar en ello, habéis dicho una expresión graciosa, en eso de *buenos cuartos de hora:* esto sólo basta para decidir la cuestión.

Antonia. Pero una vez que semejantes personas hacen pasar buenos cuartos de hora, también harían pasar mucho más tiempo, si quisieran tomarse este trabajo.

Paulina. Bien está; yo quiero que sea así; pero al fin de la cuenta ¿á qué se encamina todo eso? ¿Qué fruto se saca de quedarse en esto solo?

Antonia. Esque este linage de personas son paratodo.

Paulina. Demasiado decir es; veámos si eso es verdad.

Antonia. Consentimos desde luego en este examen, y esperamos que nos salga bien la cuenta.

Paulina. Yo os permito eso de que sus discursos son joviales ó festivos, gustosos y agradables; pero ¿por ventura hallais siempre en ellos exactitud y solidez? Y ¡cuántos de estos discursos necesitarían de reforma, si se hubiesen de pesar con la balanza del Santuario!

Antonia. Eso bien puede ser; mas en las concurrencias no se piensa en esto; solo se atiende á lo que agrada, y á lo que divierte.

Paulina. Pero los hombres, mayormente siendo Cristianos, no deben decir cosa alguna que ofenda á la razón, ni á la religión.

Antonia. Convenimos en ello; más el aire y tono de jovialidad, con que se dice todo eso, hace que no se piense por entonces ni en la razón ni en la religión.

Paulina. Sin embargo, esta es una cosa que nadie debiera perder jamás de vista.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antonia. Es verdad; pero no todas las personas de entendimiento son así.

Paulina. Perdonad que os diga, que siempre que ellas no consultaren al juicio, la mayor parte de sus palabras serán inconsideradas, y estarán llenas de indiscreción.

Antonia. Ese es un defecto muy grande.

Paulina. Yo me alegro de que lo conózcais: pero pasemos adelante, y considerémosles en su conducta.

Antonia. Les temo ciertamente mucho, si llegas á este segundo examen.

Paulina. Pues quedémonos aquí, si queréis.

Antonia. No, no, por tu vida; continúa, pues lo que buscamos es instruirnos.

Paulina. Yo no diría una cosa como ésta, si todo el mundo no la viese; esto es, que sucede frecuentemente que los que más entendimiento tienen, son los que cometen mayores faltas.

Antonia. ¿Cómo puede ser eso?

Paulina. Ved la primera causa de esto; porque se fian demasiado de su entendimiento, y no toman consejo de nadie; y es una verdad constante, que por mucho entendimiento que se tenga, siempre es muy corto y muy limitado.

Antonia. Pero si con su entendimiento tienen cuanto necesitan, ¿á qué fin el ir á mendigarlo á otra parte?

Paulina. Con haberos dicho yo, que aun el mayor entendimiento es siempre muy corto y muy limitado,

¿no os he dado ya á conocer bastantemente, que ningún entendimiento es suficiente á sí propio?

Antonia. Yo quisiera que todos los hombres comprendiésen y se hiciésen cargo de esta verdad.

Paulina. No hay absolutamente quien no necesite entenderla y comprenderla bien.

Antonia. Ya vemos claramente, que de la inteligencia de esta verdad depende la buena conducta; y que aun es el fundamento de ella.

Paulina. Para tener acierto en cualquiera cosa, es necesario consultar á los que tuvieren mayores luces que nosotros, y seguir sus consejos: obrar de esta suerte, es un verdadero saber.

Antonia. No nos causa ya admiración, que las personas que pasan por muy entendidas, logren tan poco acierto algunas veces; eso que has dicho es la causa, y no hay que cansarse en ir á otra parte á buscarla.

Paulina. Sí; esta es una infelicidad grande.

Antonia. Y cómo que sí; de las mayores desdichas.

Paulina. Pues no es eso todo; su excesiva vivacidad no les da lugar muchas veces á preveer las consecuencias de aquello que emprenden, fundados confiadamente en su entendimiento, que ellos creen lo ve todo, y á veces no se nada.

Antonia. Este es un retrato que nos da compasión.

Paulina. Sin embargo, yo no digo cosa que no se eche de ver frecuentemente.

Antonia. Muchas reflexiones pides, antes de haber de meterse en cualquiera negocio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paulina. Lo que yo pido es, que se examine antes el éxito ó salida de todos los diferentes caminos que se pueden tomar, y no aventurarse jamás á tentar ninguno, sin saber cómo se saldrá de él, y no de cualquier manera, sino honorífica y airosamente.

Antonia. Pero al cabo, nosotras no descubrimos que para esto haya cosa más á propósito que el tener mucho entendimiento.

Paulina. Razón lleváis en eso, pero cuando el mucho entendimiento va guiado de mucho juicio.

Antonia. Todo eso nos hace comprender, que tú no estás por el entendimiento solo.

Paulina. Decís muy bien; pues los varios extremos en que suele precipitar el entendimiento cuando es solo, más bien me le hacen temer que desear.

Antonia. ¡Hay tal cosa! Y ¿qué extremos son esos? Dí, por tu vida.

Paulina. El de que con más entendimiento se vive á veces sin Religión; y en el importante negocio de la salvación se suele ser menos perspicaces que los más groseros Aldeanos.

Antonia. Sin duda, que ese es un extremo grande.

Paulina. Pues en los negocios domésticos ¿qué desorden? Frecuentemente se gasta cuatro veces más de lo que se tiene, y si se vive con profusión y despilfarro; si se viste soberbiamente es á costa del público.

Antonia. Aún es más deplorable este extremo.

Paulina. Mientras se vive, no se vé más Acreedores que claman por lo que es suyo, y que aspiran ambiciosamente á la herencia: y después de la muerte todo se vende, todo se abrasa, y aun no suele alcanzar para satisfacer la cuarta parte de las deudas.

Antonia. Ya no nos maravillamos de que no seas del dictamen de los que dan la preferencia al entendimiento.

Paulina. A la verdad, yo antepongo, y con muchas ventajas, el juicio.

Antonia. Mas el caso es, que con mucho juicio suele haber poquísimo entendimiento.

Paulina. Convengo en eso; pero como quiera que sea, el juicio, en mi sentir, siempre debe ser preferido.

Antonia. ¿Y por qué? Dí.

Paulina. Porque el juicio es el que hace buena la conducta; y ésta debe anteponerse á todo el entendimiento del mundo.

Antonia. Pero por este medio no se logra la reputación de ser personas de entendimiento.

Paulina. Es verdad; pero se consigue todo el fruto del entendimiento, que es la buena conducta; pues para eso se nos dió el entendimiento.

Antonia. Mejor fuera tener las dos cosas.

Paulina. Yo también sería de ese mismo gusto tuyo; pero como el tener entendimiento no depende de nosotras, es preciso contentarse con lo que Dios se ha servido darnos; y aplicarse, con la ayuda del Señor, á aquello que está de nuestra parte, que es hacer un buen uso de ello.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antonia. Esas son unas lecciones muy saludables.

Paulina. Mucho entendimiento y mucho juicio constituyen una persona cumplida y cabal; mas cuando no se pueden tener ambas cosas, digo que la una, conviene á saber, el juicio, es digna de anteponerse á la otra, quiero decir, al entendimiento.

Antonia. Nos conformamos con tu parecer; á la verdad, es demasiado juicio y fundado para dejar de acceder á él.

CONVERSACION XV

SOBRE LAS ALTERCACIONES Y PLEITOS.

Yucunda. Venimos á hacerte una consulta con motivo de una contestación ó una demanda que se nos acaba de poner.

Generosa. Harta lástima os tengo, si es que estáis de humor de mantener contestaciones y pleitos.

Honorata. ¿Cómo podremos menos de sostenerlas? ¿O quieres que pasemos por unas tontas?

Generosa. Yo os compadezco, vuelvo á decir, si os halláis de ese humor.

Yucunda. Pues ¿qué? ¿Hemos de dejar perder nuestra hacienda; desentendernos de nuestro genio; y dejar que prevalezcan opiniones contrarias á las nuestras?

Generosa. No digo yo eso; lo que sí digo es, que sóis bien dignas de compasión, si tenéis genio pleitista.

Honorata. Decirnos eso, no es darnos el consejo que solicitamos.

Generosa. ¿Vosotras querríais, según las señas, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antonia. Esas son unas lecciones muy saludables.

Paulina. Mucho entendimiento y mucho juicio constituyen una persona cumplida y cabal; mas cuando no se pueden tener ambas cosas, digo que la una, conviene á saber, el juicio, es digna de anteponerse á la otra, quiero decir, al entendimiento.

Antonia. Nos conformamos con tu parecer; á la verdad, es demasiado juicio y fundado para dejar de acceder á él.

CONVERSACION XV

SOBRE LAS ALTERCACIONES Y PLEITOS.

Yucunda. Venimos á hacerte una consulta con motivo de una contestación ó una demanda que se nos acaba de poner.

Generosa. Harta lástima os tengo, si es que estáis de humor de mantener contestaciones y pleitos.

Honorata. ¿Cómo podremos menos de sostenerlas? ¿O quieres que pasemos por unas tontas?

Generosa. Yo os compadezco, vuelvo á decir, si os halláis de ese humor.

Yucunda. Pues ¿qué? ¿Hemos de dejar perder nuestra hacienda; desentendernos de nuestro genio; y dejar que prevalezcan opiniones contrarias á las nuestras?

Generosa. No digo yo eso; lo que sí digo es, que sóis bien dignas de compasión, si tenéis genio pleitista.

Honorata. Decirnos eso, no es darnos el consejo que solicitamos.

Generosa. ¿Vosotras querríais, según las señas, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

os dijese yo, qué os mantuviéseis firmes, y que en nada cediéseis, para triunfar siempre de vuestros adversarios?

Yucunda. Ese ya sería un extremo que no debemos esperar de una persona de tu capacidad é instrucción.

Generosa. ¿Qué es, pues, lo que me pedís?

Honorata. Lo que te pedimos es, que peses las razones de una parte y otra; y nos digas, si deberemos proseguir, ó sobreseer y dejarlo.

Generosa. ¿De qué se trata, pues? ¿Cuál es la materia de vuestra contienda?

Yucunda. No es del caso saber sobre qué sea; pues tal vez hoy será sobre una cosa, y mañana sobre otra: dános algunas reglas para el modo de bandearnos en todo género de contestaciones.

Generosa. Bien está: supongamos desde luego, que la demanda fué sobre algunos bienes temporales.

Honorata. ¿Qué es lo que te parece se debe hacer entónces?

Generosa. A mí me parece que si pudiérais disponer libremente de estos tales bienes, sin perjudicar á nadie ni á vuestra conciencia propia; deberíais desampararlos y perderlos, antes que litigar por ellos.

Yucunda. Pero si abrazáramos este consejo que nos das, presto quedaríamos por puertas.

Generosa. No hayais miedo de que tal sucediése.

Honorata. ¿Y quién lo quitaría?

Generosa. Jesucristo; cuyo consejo seguíais en hacerlo así.

Yucunda. Pero el mundo pudiera fácilmente abusar de nuestra negligencia y blandura.

Generosa. Dios no había de permitirlo; y en caso de que por obedecer á Jesucristo perdiéseis algo de vuestra hacienda y bienes, él os lo restituiría á razón de uno por ciento, aun desde esta vida.

Honorata. Mucho nos consuela esto que ahora dices.

Generosa. Pues no os digo más que la pura verdad. Jesucristo es quien aconseja, (1) que: «Si alguno qui-«siére pleitear con vosotros por quitaros la túnica, le «déis también la capa.» ¿Y os parece que su Majestad dejaría sin premio una acción como ésta?

Yucunda. Las palabras de Jesucristo son ciertamente decisivas.

Generosa. ¡Ah! ¡Si por fin con los pleitos no se perdiése más qus los intereses temporales! Pero es el caso, que regularmente se pierde algo más.

Honorata. ¿Qué más se pierde? Dí, si gustas.

Generosa. Se pierde también la caridad; ó á lo menos se altera y perturba.

Yucunda. Es que nosotras tendríamos esperanzas de que no nos aconteciése tal cosa.

Generosa. Decís bien, tendríamos esperanzas: mas con todo, no quisiera yo salir por vuestra fiadora.

(1) Matth. 5. 40.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Honorata. À lo menos, haríamos todo cuanto pudiéramos para conseguirlo.

Generosa. Os quiero conceder por un momento el que saliéseis vosotras con la empresa; pero ¿acaso queréis haceros responsables de los demás con quienes disputáis?

Yucunda. ¿Y si nosotras no somos la causa de esto?

Generosa. Entonces, cierto es que no habrá que imputaros cosa alguna en cuanto á eso; pero siempre seréis en algún modo la causa, ó por lo menos la ocasión, si, pudiendo ceder sin perjuicio de nadie, ni aun de vuestra conciencia, no lo hiciéreis.

Honorata. Confieso que esta consideración merece examinarse atentamente.

Generosa. Y ¿qué? ¿Contáis por de ningún valor la paz del corazón, que seguramente llegaréis á perder, ó por lo menos la faltará poquísimo?

Yucunda. No por cierto; antes bien estamos persuadidas de que es una cosa digna de todo aprecio.

Generosa. Tenéis razón, pues esta paz interior es la que hace amable y dulce esta vida.

Honorata. Mucho deseamos, por lo mismo, el conservarla.

Generosa. Bueno es eso; mas no contéis con poder conservarla entre pleitos y contiendas.

Yucunda. Es que nosotras no nos meteremos en ellas, sino cuando fuere necesario; y de esa manera, casi no habrá para qué interrumpir la paz.

Generosa. ¿Con que tanto predominio y señorío tenéis sobre vosotras mismas? Si eso fuése así, no tendríais semejante en todo el mundo.

Honorata. No pretendemos con esto decir, que nunca, nunca nos pase por el pensamiento el tener altercaciones; sino que las desecharemos de él prontamente.

Generosa. Quiero que sea así enhorabuena; pero ¿sabéis si él os obedecerá? Cuando le echéis por una puerta, él entrará por otra.

Yucunda. Malísimo concepto debe de ser el que tú has llegado á formar de nuestra virtud.

Generosa. No hay nada de eso: yo bien creo que vosotras querréis sériamente hacer lo que decís; pero también juzgo, que nunca lo lograréis por ese rumbo.

Honorata. Cosa muy sensible fuera esto para nosotras.

Generosa. De nada sirve querer engañarse de propósito, y es excusado el ir contra la experiencia: por lo que ella enseña, seguramente este pensamiento os perturbará á todas horas, de día y de noche, hasta acarrearos mil vigilias y desvelos: no os dejará en paz, aunque estéis empleadas en la oración y en los ejercicios más santos: mas digo, aunque sea al ir á comulgar.

Yucunda. Esto último que has dicho es muy bastante para hacer abominar á cualquiera toda especie de altercaciones y pleitos.

Generosa. ¿Y vuestro reposo? Y el sueño ¿en qué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL

vendrá á parar, si estas demandas llegaren á ponerse ante los jueces?

Honorata. De cada vez vas abultando más las fatales consecuencias que traen los pleitos.

Generosa. Pero ved, si yo digo cosa alguna que no se esté experimentando todos los días.

Yucunda. Verdad es eso.

Generosa. ¡Qué de pasos y diligencias; qué de congosos afanes; qué de cortesías y acatamientos; y añadid, qué de gastos!

Honorata. Mas con todo, nosotras no nos dejaremos llevar de nada de eso; porque no nos empeñaremos en pleito alguno, sino cuando echemos de ver en él favorables indicios.

Generosa. No os prometáis esto con tanta seguridad, aun cuando para ello os asista la justicia más clara y más constante; porque si hay Jueces adornados de integridad y discernimiento, también los hay que ni uno ni otro tienen, á lo menos en igual grado: y sobre no saber vosotras en manos de quien caeréis; después de reflexionado todo con madurez, se ve que no hay cosa más falaz ni más incierta que los juicios de los hombres. (1)

Yucunda. ¿Luego nunca deberá una prometerse la victoria, aun con el derecho más legítimo y más cierto?

(1) Psalm. 61. 10.

Generosa. No; porque todos los días vemos que se están perdiendo buenas causas, y se ganan otras que no lo son.

Honorata. Mejor concepto, que todo eso, teníamos nosotras formado de los Jueces,

Generosa. Hacéis muy bien en pensar ventajosamente de ellos; ese es un respeto muy debido al empleo que ejercen; á su saber, y á sus cualidades personales; más al fin nadie hay que no pueda engañarse.

Yucunda. Pero con tales engaños dejan arruinados á los pobres litigantes.

Generosa. Esa es ordinariamente la suerte infeliz de los Pleitistas; y el justo castigo de su terquedad.

Honorata. No obstante lo dicho, hay algunos Pleitos que no se puede menos de defenderlos.

Generosa. Verdad es; pero son ciertamente una verdadera plaga para todos los que se vieren en semejante precisión.

Yucunda. Al oir cómo te vas explicando, era asunto éste de estar dispuestas á sacrificar hacienda y bienes, siempre que esto pudiera hacerse sin perjuicio alguno; pero, por consideración á su propio honor y reputación, no se puede nunca hacer esto.

Generosa. ¿Y por qué no se puede?

Honorata. Porque la honra es aun más apreciable que la misma vida.

Generosa. Justamente es esa una de las falsas máximas que corren en el mundo.

Yucunda. ¿Cómo así? ¿De falsa calificas una máxima como ésta?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Generosa. Sí; y creo ciertamente que me fundo en razón.

Honorata. Tú eres la primera á quien yo he oído hablar de ese modo.

Generosa. Sin embargo, no hay cosa más cierta que la que digo.

Yucunda. Pues ten la bondad de demostrárnoslo.

Generosa. Eso es muy fácil: ¿En qué (decidme os ruego) se funda lo que se llama honor y reputación en el mundo?

Honorata. En la idea y juicio de los hombres.

Generosa. Así es, como lo dices.

Yucunda. Yo siento y respondo lo mismo que mi compañera.

Generosa. Sentado este principio, en que ambas dos habéis convenido; ¿qué cosa hay ni más variable, ni más incierta, y muchas veces, más falsa que esta? Una nonada, una sola imaginación, una bagatela, desconciertan todas esas ideas y todos esos juicios.

Honorata. También convenimos en eso.

Generosa. Siendo esto así, lo que se llama honor y reputación en el mundo, no es ciertamente más que un bien deleznable y perecedero, como todos los demás bienes: y así, yo no hallo por qué sea necesario hacer tanto caudal ni aprecio de él.

Yucunda. No obstante, en la santa Escritura se nos encarga mucho, que tengamos cuidado de nuestra fama y buen nombre. (1)

(1.) Eccli. 41. 15.

Generosa. Ya lo se yo; pero eso no quiere decir otra cosa, sino que es necesario hacer todo lo que se pudiere para adquirirse una buena reputación, y no hacer cosa en contrario; pero hecho esto, es menester no embarazarse ni pararse en que las gentes piensen como quisieren; y contentarse con lo que Dios piensa.

Honorata. Pero ¿y si los hombres piensan mal, cuando debieran pensar bien?

Generosa. Consoláos entonces con que no os sucederá más que lo que sucedió á Nuestro Señor, y á tantos Santos. Decidme: ¿se les dió á estos mucho cuidado, ni pusieron pleito á nadie, por sacar la cara y defender su reputación y su honra?

Yucunda. Bien sabemos, que ni eso les dió pena ninguna, ni intentaron jamás contender con nadie por este motivo.

Generosa. Haced, pues, vosotras eso mismo, y obraréis en ello no solamente como cristianas, sino como mujeres de talento y de juicio.

Honorata. Pero eso de no darse por entendidas, es cosa muy sensible.

Generosa. Sí, para un corazón no mortificado y lleno de sí mismo, es verdad; más no para un corazón verdaderamente cristiano y lleno de cordura.

Yucunda. Eso ya es querernos demasiado perfectas.

Generosa. No os quiero sino cristianas y racionales; y al propio tiempo preservaros de las fatales consecuencias que acarrean los pleitos y contestaciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Honorata. ¿Hay todavía algunas otras malas resultas, además de las que nos has dicho, hablando de los bienes temporales?

Generosa. No; y son estas mismas: la pérdida ó alteración de la caridad, de la paz del corazón, y del sueño y del reposo: sin hablar ahora de los muchos gastos que son inseparables de los litigios.

Yucunda. Ea; todo eso queremos evitarlo ya.

Generosa. Bien está; pero ved aquí lo que puede serviros de consuelo en medio de esa resolución que tomáis; es á saber, que mientras más tiraren á obscurecer ó deslustrar una reputación bien sentada, mucho más la harán resplandecer y sobresalir.

Honorata. De verdad, no es pequeño consuelo éste.

Generosa. Creedme: lo mismo sucede con la reputación y fama, que con los cabellos; que mientras más á menudo se les corta, ó afeita mucho más espesos salen.

Yucunda. Si eso es así, no hay más que estarse quietas y sosegadas: y dejar que diga el mundo lo que quisiére.

Generosa. Eso es lo que yo os aconsejo y encargo con todo encarecimiento.

Honorata. ¿Y será preciso manejarse de esta misma suerte en aquellos pleitos que solo miran á las opiniones ó pareceres de las gentes?

Generosa. Lo mismo enteramente; y aún es necesario acalorarse todavía menos respecto de estos, que de todos los demás.

Yucunda. Y por qué? Dí.

Generosa. Porque es justo dejar á cada uno que piense como le agradáre, en aquellas cosas que de suyo lo permiten.

Honorata. No es eso lo que en el mundo se practica.

Generosa. Bien que no lo sea; pero esto no es saber ser prudentes. De ahí nacen esas guerras, esas pendencias que suelen trabarse con tanta ligereza, como inconsideración.

Yucunda. Eso consiste en que cada uno pretende estrechar y reducir á todos los demas á que piensen como él, cuando parece que hay más razón de una parte que de otra.

Generosa. Mientras las cosas fueren de tal naturaleza, que haya libertad para que cada uno juzgue según más le acomode, es una temeridad querer precisar á todo el mundo, y meterle en cintura.

Honorata. Pero si fuere alguna cosa concerniente á Religión, ¿no sería zelo el ejecutarlo?

Generosa. No: digo que siempre será un empeño indiscreto y temerario, porque es en perjuicio de la libertad que cada cual tiene para pensar conforme le agradáre; se entiende, en aquellos puntos que no estén aún formalmente declarados y decididos.

Yucunda. A fé mía, parece muy arreglado lo que sobre esto dices.

Generosa. Lo es en efecto; pues ¿á qué viene meterlo todo á riña por unas cosas en que cada uno es libre para pensar según y como se le antoje?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Honorata. ¿Con qué podrá cada cual arrimarse, por su elección y su gusto, á aquel lado que quisiére?

Generosa. Si vosotras fuéseis personas de estudio y de ciencia, os respondería que sí; pero no siendo ni uno ni otro, os digo que nó.

Yucunda. ¿Y por qué es eso? Dí.

Generosa. Porque esto no es de vuestra jurisdicción; ni os compete tampoco á vosotras.

Honorata. Mas lo que cede en interés de la Iglesia, también nos interesa á nosotras.

Generosa. Concedeoos eso; pero vosotras no estáis establecidas por Jueces, para dirimir ni ajustar las controversias que se suscitaren en la Iglesia.

Yucunda. ¿Qué es, pues, lo que en tales casos debemos hacer?

Generosa. Lo mismo que haríais si os halláseis á bordo de un navío que estuviése amenazado de naufragio: dejaríais desde luego el cuidado y dirección de él á los que estuvieran encargados de eso; y vosotras os contentaríais con alzar las manos al Cielo para implorar su protección.

Honorata. Cierto que esa comparación es puntual cuanto cabe.

Generosa. Pues nada más que eso tenéis que hacer aquí; y ejecutándolo de este modo, lograréis vivir en paz, y esperaréis tranquilamente el éxito ó el suceso, sea el que fuere.

Yucunda. ¿En paz y tranquilamente, dices, estando á punto de perecer?

Generosa. Vosotras sin duda adaptáis estas palabras al Navío que está para perecer, y yo las aplico á la Iglesia: Nave que puede muy bien ser combatida de la tempestad y borrasca; pero que jamás podrá perecer.

Honorata. ¿Y es eso lo que las personas particulares deben hacer en las controversias que se suscitaren en la Iglesia?

Generosa. Sí, y nada más; si es que desean conservar en toda su entereza la caridad, la paz y el reposo.

Yucunda. Pero manejarse así, es ser neutral é indiferente; y esto nunca es permitido, cuando se vé acometida la Iglesia de Dios.

Generosa. No hay tal; no es ser neutral el tomar á su cargo la defensa de la Iglesia, en el modo que os es propio, y queda ya explicado.

Honorata. Al cabo, siempre es en substancia mantenerse neutral entre los que contienden y pelean.

Generosa. Pero esa neutralidad es verdadera prudencia; puesto que ni os toca á vosotras decidir, quién de los dos tiene razón; ni tampoco tenéis el carácter y caudal de luces que para esto se requiere.

Yucunda. Esa ha de ser cabalmente la conducta que hemos de observar en lo succesivo.

Generosa. Me atrevo á decir, que esa es la conducta más cuerda y más sabia.

Honorata. Por tomada ya nuestra resolución en este punto.

Generosa. Atended por un momento á todas las de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vuestro estado, que lo practican de otro modo; y os ratificaréis todavía más en vuestra resolución.

Yucunda. Dánoslas á conocer.

Generosa. Son estas tales unas personas engañadas, que no saben ni lo que se dicen, (1) ni lo que con tanta satisfacción propia aseguran.

Honorata. Pero no obstante eso, ellas se arrogan por este medio el título de mujeres sabias, y de espíritu despejado.

Generosa. Mas quisiera yo que se les pudiése apropiar el de humildes y modestas.

Yucunda. Yo también sería de ese mismo gusto que tú.

Generosa. Pues si queréis ser de este gusto, en vosotras solo consiste. No tenéis más que ceñíros humilde y modestamente dentro de los límites de vuestro estado.

Honorata. Resueltas estamos á ejecutarlo así. Cuenta seguramente con nuestra resolución.

(1) 1 Timoth. 1. 7.

CONVERSACION XVI

SOBRE LO PRECIOSO QUE ES EL TIEMPO.

Ida. No pudiéras llegar más á tiempo para decidir una contienda que tenemos entre nosotras.

Verónica. Pues ¿qué contienda puede caber entre unas personas tan unidas?

Serena. La contienda no es cosa mayor; pero al fin, estamos divididas de pareceres.

Verónica. ¿De qué se trata? Decidme.

Ida. Se reduce la disputa á que mi compañera es de dictamen que no es cosa mala perder el Tiempo, con tal que solamente sea por breves interválos, aunque estos sean frecuentes; y yo juzgo todo lo contrario: ¿quién de las dos tiene razón?

Verónica. El tiempo es una cosa tan preciosa, que por poco que se pierda, siempre es una pérdida grande.

Serena. Mas á mí me parece, que no será perder tiempo el trabajar poco á poco; respirar de cuando en cuando; y recostarse algún corto rato sobre una silla ó sobre la cama.

Verónica. Es verdad que no se ha de trabajar has-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vuestro estado, que lo practican de otro modo; y os ratificaréis todavía más en vuestra resolución.

Yucunda. Dánoslas á conocer.

Generosa. Son estas tales unas personas engañadas, que no saben ni lo que se dicen, (1) ni lo que con tanta satisfacción propia aseguran.

Honorata. Pero no obstante eso, ellas se arrogan por este medio el título de mujeres sabias, y de espíritu despejado.

Generosa. Mas quisiera yo que se les pudiése apropiar el de humildes y modestas.

Yucunda. Yo también sería de ese mismo gusto que tú.

Generosa. Pues si queréis ser de este gusto, en vosotras solo consiste. No tenéis más que ceñíros humilde y modestamente dentro de los límites de vuestro estado.

Honorata. Resueltas estamos á ejecutarlo así. Cuenta seguramente con nuestra resolución.

(1) 1 Timoth. 1. 7.

CONVERSACION XVI

SOBRE LO PRECIOSO QUE ES EL TIEMPO.

Ida. No pudiéras llegar más á tiempo para decidir una contienda que tenemos entre nosotras.

Verónica. Pues ¿qué contienda puede caber entre unas personas tan unidas?

Serena. La contienda no es cosa mayor; pero al fin, estamos divididas de pareceres.

Verónica. ¿De qué se trata? Decidme.

Ida. Se reduce la disputa á que mi compañera es de dictamen que no es cosa mala perder el Tiempo, con tal que solamente sea por breves interválos, aunque estos sean frecuentes; y yo juzgo todo lo contrario: ¿quién de las dos tiene razón?

Verónica. El tiempo es una cosa tan preciosa, que por poco que se pierda, siempre es una pérdida grande.

Serena. Mas á mí me parece, que no será perder tiempo el trabajar poco á poco; respirar de cuando en cuando; y recostarse algún corto rato sobre una silla ó sobre la cama.

Verónica. Es verdad que no se ha de trabajar has-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta perder el aliento, como lo hacen ciertas personas que yo conozco, arruinando insensiblemente su salud; pero por otro lado, es menester no trabajar con tanta desidia, que más parezca pasar y desperdiciar el tiempo, que emplearlo inútilmente.

Ida. Pues ¿qué dirías de aquellos enfados, de aquellos bostezos, de aquellas vénias ó licencias que se piden y se toman á cada instante?

Verónica. Nada bueno diría yo, porque todo eso denota un gran dejamiento y una flojedad grande.

Serena. ¿Y cuando en efecto está uno muy cansada?

Verónica. Se debe aguardar apaciblemente á que llegue la hora del descanso, y no anticiparse á ella; á no ser que realmente se sienta muy incomodada.

Ida. Un poco severa y rígida me parece esa respuesta.

Verónica. Lo es á la verdad, para aquellas personas que no son aficionadas al trabajo, y que se imaginan siempre fatigadas.

Serena. Haste, si quieres, un poco más indulgente y benigna.

Verónica. Indulgencia que se dirige á apadrinar la decidia, no es indulgencia, sino una condescendencia, ó más bien una convivencia vituperable.

Ida. Pero ¿qué hallas tú de malo en esa lentitud, y en esos reposos interrumpidos, que se toman precisamente por ocurrir y precaver el cansancio?

Verónica. Se desobedece á Dios, que es quien ha intimado expresamente la ley del trabajo; se perjudican á sí mismas, adquiriéndose fama de holgazanas; y se causa daño á las compañeras, recargándolas con mayor tarea, ó privándolas del fruto de su trabajo.

Serena. Tú llevas las cosas hasta un extremo que no tiene aguante.

Verónica. Yo creo que no tienes razón en eso; ni habrá nadie que no vea, que en esto digo la pura verdad.

Ida. Por lo que á mí toca, yo apruebo estas razones: y lo que ahora deseo saber es, ¿si solamente en lo que mira al trabajo hay que temer la pérdida del tiempo?

Verónica. En todas las cosas debe temerse.

Serena. ¿Y qué es en todas las cosas?

Verónica. En el descanso, en las recreaciones, y en las conversaciones también.

Ida. ¿De qué modo se pierde el tiempo en el descanso? Dí, si gustas.

Verónica. Estándose en la cama más tiempo del que es menester para conservar la salud.

Serena. Yo, por mí, si fuése dueña de mí misma, juzgo que el hacerlo así, sería emplearle útilmente; porque eso dá vigor y fortaleza; y luego hay más gana de trabajar.

Verónica. Perdona te diga que el demasiado reposo lo que hace es debilitar, y hacer á la gente enemiga del trabajo, y quitar las fuerzas que se necesitan para soportar el peso del trabajo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ida. ¿Dices esto mismo por lo que mira á las recreaciones?

Verónica. Lo mismo digo enteramente; porque en llegando á enviciarse en ellas, ya no se quiere hacer otra cosa.

Serena. Pero ello, no hay duda, es muy preciso el recrearse.

Verónica. Es así; pero ha de ser con sobriedad, y solamente porque la necesidad lo pide: y quien pasáre de estos cortos límites, ya pierde el tiempo.

Ida. Á lo menos, déjanos en salvo las conversaciones; pues no solamente descansa el ánimo con ellas, sino que también instruyen: y eso no es perder tiempo.

Verónica. Tenéis razón, cuando las conversaciones son necesarias ó útiles; pero ¿cuántas hay que solo se encaminan á inútiles entretenimientos?

Serena. Mayormente entre muchachas; pues yo discurro que esto es lo que tú querrás decir; ¿no es así?

Verónica. No; también digo entre los hombres.

Ida. Según se vé, tú condenas todas las conversaciones.

Verónica. Todas no; pero sí gran número de ellas.

Serena. ¿Y cuáles? Dí.

Verónica. Os lo he dicho ya; las que no son necesarias ni útiles; ni se dirigen á otra cosa que al pasatiempo.

Ida. Pero aquellas, que conducen para que el espíritu descanse y se recree, ¿no podrán pasar por necesarias ó útiles?

Verónica. Sí; respecto de aquellas personas cuyo trabajo fatiga el espíritu; lo cual rara vez se encuentra entre la gente joven.

Serena. ¿Qué deben hacer estas tales personas, cuando tienen presición de conversar, para no perder el tiempo?

Verónica. No dejar, mientras dure la conversación, la tarea que tiene entre manos.

Ida. Y ¿á qué fin hacer tanto aprecio y tanto caso de la pérdida del tiempo?

Verónica. Porque el tiempo es uno de los bienes más preciosos que hay en el mundo.

Serena. Explícate algo más, si gustas.

Verónica. El tiempo es el fruto de la muerte de Jesucristo, y con él se pueden adquirir todos los demás bienes.

Ida. ¿Cómo se entiende eso de que el tiempo es el fruto de la muerte de Jesucristo?

Verónica. Porque sin los méritos de esta preciosa muerte, todos los hombres tenían merecido el morir, y por consiguiente, ser privados del tiempo.

Serena. Yo comprendo esto perfectamente; continúa, si gustas.

Verónica. También con el tiempo se adquieren todos los demás bienes; puesto que las Ciencias, las Artes, las riqueza, la gracia, la santidad, la eternidad misma; todo, todo se adquiere con el tiempo.

Ida. Si siempre se tuviera esto bien grabado en la memoria, no habría quien quisiése perder ni un solo instante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Verónica. Así lo hacen cabalmente las personas prudentes y cuerdas; las cuales son tan avaras del tiempo, como los avaros mismos lo son de su dinero.

Serena. Tienen sobrada razón para ello; puesto que todos los instantes de él son tan preciosos.

Verónica. Procurad con todo el esfuerzo posible, que vuestra conducta sea semejante á vuestras palabras; y de esa suerte seréis dichosas y dignas de serlo.

Ida. Esta es la resolución firme que nosotras tomamos hoy.

CONVERSACION XVII

SOBRE LOS CUENTOS Y CHISMES.

Isabel. Mucho me huelgo de encontrarte. Díme, te suplico, qué concepto haces tú de una persona que tiene la mala constumbre de ir á contar al instante todo cuanto oye?

Buena. El concepto que yo hago de una tal persona, no es muy favorable ni muy ventajoso; y por tanto, me detengo algo en manifestarle: pero, pues tú me lo pides en confianza, habré de decirte, que cualquiera que incurre en semejante defecto, es de un juicio débil, y de una lengua peligrosa.

Caliberta. Y ¿por qué dices, que ésta tal persona es de un juicio débil?

Buena. Porque no tiene sobre su lengua el dominio que es menester para callar; ni las luces necesarias para discernir entre las cosas que debe decir, y las que debe callar.

Isabel. Y ¿por qué dices también, que es de una lengua peligrosa?

Buena. Porque ésta tal persana no es capaz de re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ferir cosa alguna, sin ofender al propio tiempo á otras muchas personas.

Caliberta. Y ¿á qué personas ofende? Dí.

Buena. A aquellas de quienes habla; á aquellas con quienes habla; y aún á sí misma.

Isabel. Y ¿qué ofensas les hace?

Buena. Se las hace muy grandes; porque les perturba y quita la amistad, la unión y buena armonía; y quitándoles unos bienes tan preciosos, las enreda, las desune, y introduce discordia por todas partes.

Caliberta. ¿Con que será de mucha importancia evitar el trato con personas que gustan de ser chismosas?

Buena. Sí por cierto: Es menester huir de ellas, como se huye de los animales ponzoñosos que tienen debajo de la lengua la ponzoña y el veneno; y cuyas mordeduras son por lo regulas mortales.

Isabel. Y en caso de no poder evitar de todo punto su comunicación, ¿qué partido se deberá tomar?

Buena. Entonces es necesario echarse un candado á los lábios, para no hablar nunca delante de ellas; y se necesita además, poner un seto ó un cercado de espinas á los oidos, para no dar entrada á sus palabras.

Caliberta. Pero ¿y tampoco se les debe escuchar, aun cuando no refieran sino cosas indiferentes?

Buena. No; porque eso sería de algún modo fomentar en semejantes personas este vicio; y acostumbrarles insensiblemente á que pasasen de relaciones de cosas indiferentes á otras que fuésen perniciosas. Con

que, para cortar de raiz este mal, será lo más acertado el no prestarles jamás oídos.

Isabel. Pero una persona que sea capaz de instruirles en lo que deben saber, ¿tampoco podrá escucharles, á lo menos sobre cosas de suyo indiferentes?

Buena. Sí; pero con estas condiciones: 1ª que estas tales personas no hablen, sino cuando les manden hablar: 2ª que sea necesario ó útil el que hablen: 3ª que se les instruya, al propio tiempo que se les oye: 4ª que se haga esto siempre privadamente, aparte y sin testigos.

Caliberta. Y cuando los acontecimientos son públicos, ¿condenas también á los que los refieren?

Buena. No; porque estos son como una voz del cielo, dirigida á instruirnos.

Isabel. ¿Y qué instrucciones nos dan?

Buena. Si los tales sucesos ó acontecimientos son felices, publican las misericordias del Señor; si son adversos, regularmente anuncian su indignación y su ira.

Caliberta. ¿Y qué se debe hacer en tales ocasiones?

Buena. Es necesario bendecir y alabar á Dios, en consideración de los unos; y recurrir á la penitencia, en vista de los otros.

Isabel. ¿Cumplirán con solo recurrir á la penitencia, los que oyen semejantes relaciones?

Buena. No, deben también, á ejemplo de Jesucristo, persuadir á que la hagan los mismos que cuentan ó refieren los tales sucesos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Caliberta. Pues ¿en qué ocasión lo practicó así Jesucristo?

Buena. Cuando llegaron unos á referirle lo que había pasado con los Galileos, cuya sangre había hecho Pilatos derramar y mezclar juntamente con la de los sacrificios ó víctimas que ellos iban á ofrecer. (1).

Isabel. Y qué instrucción fué la que Nuestro Señor dió á los que le contaron aquel acaecimiento?

Buena. «¿Juzgáis, les dijo, (2) que porque estos Ga«lileos sufrieron tan inhumano tratamiento, eran los «mayores pecadores que había entre todos los de su «país? Yo os aseguro que no; pero también os digo, «que si vosotros no hiciéreis penitencia, todos perece«réis como ellos.»

Caliberta. ¿Qué otra cosa añadió Nuestro Señor á este primer ejemplo?

Buena. «¿Creeis asimismo, continuó, (3) que aque«llos diez y ocho hombres, á quienes cogió debajo y «quitó la vida la torre de Siloë, eran más deudores á la «Justicia Divina, que todos los demás habitadores de «Jerusalem? Pues no; yo os lo aseguro y os declaro al «propio tiempo, que si no hiciéreis penitencia, todos «pereceréis del mismo modo.»

Isabel. ¿Luego es este el ejemplo que deberemos imitar, siempre que llegue á nuestra noticia algún desgraciado suceso?

(1) Luc. 13. I.
(2) Ibid. v. 2.
(3) Ibid. v. 4.

Buena. Sí, desde luego; si es que deseamos aprovecharnos del aviso que el Cielo nos envía por medio de un tal acontecimiento.

Caliberta. Pues ésta es una cosa en que, por lo común, las gentes no paran la atención.

Buena. Está bien, que el mundo no piense en eso: Procuremos nosotras hacer caso de ello, y ser más cuerdas.

Isabel. Así lo haremos en adelante, con todo el esmero y atención posibles, para ocurrir por este medio á cualquier mal ó infortunio que pueda sobrevenirnos.

Buena. Por cierto, seréis bien prudentes en ejecutarlo así: y yo pido á Dios, nuestro Señor, se digne concederos esta gracia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XVIII

SOBRE LOS MEDIOS DE TENER PAZ CON TODO EL MUNDO.

Florida. Vengo á comunicarte una cosa en secreto.

Augusta. En eso lisongeas mucho á mi curiosidad.

Leonida. ¿Y qué? ¿Yo no soy del número, ni contáis conmigo?

Augusta. Quizá no podrás tú saber lo que es.

Florida. Pues en confianza te digo, que estoy ya muy cansada de vivir en discordia.

Augusta. Tienes razón en estarlo; porque ese es un malísimo oficio.

Leonida. No sé yo, que haya cosa más desagradable, ni menos tranquila.

Augusta. Y piensas muy juiciosamente en esto; porque vivir en discordia, no es vivir; es consumirse, es morir á fuego lento y con cuchillo de palo.

Florida. Quisiera, pues, saber, qué debe hacerse para tener paz con todo el mundo: y ese es el secreto que yo quería confiarte hoy.

Augusta. À la verdad, es un secreto muy acreedor á que se averigüe cuidadosa y diligentemente.

Leonida. También yo deseo mucho el saberlo.

Augusta. Aunque breve y corto en la pronunciación, no lo es tanto en la práctica.

Florida. Pues ¿qué? ¿De veras hay algún secreto para tener paz con todo el mundo?

Augusta. Vedle aquí: no ofender á nadie; ni tampoco darse por ofendidas de nadie.

Leonida. Ya entiendo el secreto: pero ¿qué? ¿Es cosa tan fácil ésta?

Augusta. No os he dicho yo que esto sea fácil; solamente digo, que éste es, y á eso se reduce el secreto que venís á indagar.

Florida. Pues ayúdanos á ponerlo en ejecución.

Augusta. Para no ofender á nadie, es necesario primeramente, dejar á cada uno la libertad de pensar y de obrar según le agradare; se entiende en cosas indiferentes.

Leonida. Desde luego descubro yo la utilidad de observar esta conducta con los demás.

Augusta. En efecto, el hacer lo contrario ¿no suele ser lo que desúne á tantas personas, y lo que turba la paz entre ellas?

Florida. Así lo vemos y lo experimentamos.

Augusta. Pues aprovecháos de este aviso; y convenid en que no hay cosa más insoportable, que aquella casta de genios que se empeñan en atraer como por fuerza á todos á discurrir y obrar como ellos.

Leonida. Semejantes personas debieran estarse re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tiradas en algún rincón del mundo, para no vivir sino consigo mismas.

Augusta. Tienes razón en eso; pues los génios de este carácter perturban la paz donde quiera que sehallen.

Florida. ¿No se necesita más que esto, para tener paz con todo el mundo?

Augusta. Aún es menester pasar más adelante.

Leonida. Pues ¿qué más se necesita?

Augusta. Es necesario no oponerse al mal que se encontráre, sino con una prudencia muy exquisita, y con una extremada circunspección.

Florida. Con todo, siempre es un bien muy grande el impedir el mal, ó el reprimirle.

Augusta. Es verdad; pero cuando no se hace como es necesario, se le puede aumentar, en vez de disminuirle.

Leonida. Pero cuando se tiene un poco de celo, ¿qué medio habrá para hacerlo con blandura?

Augusta. Una de dos: ó estáis en obligación de atajar el mal, ó no lo estáis.

Florida. ¿Acaso el celo necesita andar haciendo estas consideraciones?

Augusta. El celo indiscreto, y que no es según la ciencia, cree que no necesita de eso; más el celo que es sabio y prudente, juzga de muy diferente manera.

Leonida. Nosotras creíamos, que siempre se debía seguir ciegamente el celo.

Augusta. Eso es puntualmente lo que perturba y enreda á tantas personas.

Florida. Pues enséñanos cómo se debe hacer.

Augusta. Si no estuviéseis precisadas por obligación á estorvar el mal, será lo más seguro, que os contentéis con explicar en presencia de Dios vuestro dolor; y que se lo aviséis en secreto á los que por razón de su oficio estuviéren encargados de hacerlo.

Leonida. ¿Y si, aunque no sea esto de nuestro cargo, el mal se cometiere en presencia nuestra?

Augusta. Bastará entonces, si no tenéis otro arbitrio, que en lo serio del semblante, ó con vuestro silencio, y aun con retiraros de allí, déis á entender, que no podéis menos de desaprobar aquello; á no ser, que tuviérais algún motivo para presumir, que vuestras advertencias ó exhortaciones hubiésen de ser bien recibidas.

Florida. ¿Y si nos hallásemos con esta obligación, como sucede frecuentemente?

Augusta. Entonses es necesario emplear todos los medios que os sugiriese una sábia prudencia y una verdadera caridad.

Leonida. Pero cuando se tiene la autoridad en la mano, ¿no será mejor valerse de ella?

Augusta. Es cierto, que ese es el camino más breve; pero no siempre suele ser el más eficaz.

Florida. ¿Y por qué dices eso?

Augusta. Porque más vale ganar y atraer suavemente los espíritus, que irritarlos.

Leonida. ¿Y si estos son escandalosos, y aun incorregibles?

Augusta. Siempre es mejor no llegar al estrépito, sino después que se hubieren empleado los demás medios suaves.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Florida. Pero ¿y si se vé, que estos son inútiles y no alcanzan?

Augusta. En ese caso, una vez que obráis en fuerza de la autoridad que en vosotras reside, ya no tenéis cosa ninguna que reprenderos; y si al fin resultare discordia ó desunión, no será por defecto vuestro.

Leonida. No juzgábamos nosotras, que se necesitasen tantas precauciones para impedir el mal.

Augusta. Pues todo esto es menester, si queréis tener paz con todo el mundo: que es el blanco que os proponéis.

Florida. ¿A lo dicho, y no más, se reduce todo lo que hay que hacer para conseguirlo?

Augusta. Tadavía es menester, que cuidéis de no mezclaros sino en vuestros asuntos, y nunca en los agenos.

Leonida. Convenimos gustosas en que es muy bueno este tercer aviso.

Augusta. La experiencia enseña, que las personas que son entrometidas, por todas partes van sembrando turbación y discordia.

Florida. ¿Y es este el único inconveniente que tú encuentras en estas tales personas?

Augusta. Aún hay otro muy grande; y es, que descomponiendo los asuntos de los demás, dejan por lo regular sin poner en orden los suyos propios.

Leonida. Este es un mal que se viene á los ojos; y no habrá quien no lo vea y lo repruebe.

Augusta. Seguid vosotras estas reglas; y de ese modo tendréis paz con todo el mundo.

Florida. Mas también añadiste, que era necesario no darse por ofendidas de nadie.

Augusta. Sí, también es menester hacer esto; pero no todo se puede decir á un tiempo; y se dejará, si os parece, para otra ocasión.

Leonida. Venimos en ello; con tal que no se tarde mucho.

Augusta. Pues será en el primer rato desocupado.

Florida. Haz, por tu vida, lo que pudiéres, porque sea cuanto antes.

Augusta. No háyais miedo de que eso quede por mí.

Leonida. Con una tal promesa, nos despedimos de tí muy gozosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CONVERSACION XIX

PROSIGUE LA CONVERSACIÓN ANTECEDENTE.

Florida. A requerirte venimos con la palabra que nos tienes dada.

Augusta. Justo será, que yo la cumpla.

Leonida. No pudiéras darnos mayor gusto que éste.

Augusta. Pues, para tener paz con todo el mundo, no basta el no ofender á nadie; se necesita, además de eso, no darse tampoco por ofendidas.

Florida. Enséñanos qué es lo que se debe hacer para eso.

Augusta. Lo primero, es necesario acostumbrarse á tener un espíritu y un modo de pensar bueno, justo y recto.

Leonida. Al oirte explicar así, parece das á entender, que este espíritu bueno, justo y recto es solamente obra nuestra, ó que está en nuestra mano.

Augusta. También es obra nuestra en parte.

Florida. Y ¿por qué dices en parte?

Augusta. Porque juntamente depende de Dios.

Leonida. Explícate algo más todavía.

Augusta. De buena gana. La Divina gracia nos ayuda; pero nosotras debemos al propio tiempo cooperar ó trabajar con la gracia.

Florida. Con que un espíritu bueno, justo y recto ¿es á un mismo tiempo obra de la gracia, y obra nuestra también?

Augusta. Ya tú lo has dicho.

Leonida. Pero ¿qué trabajo es el que se debe poner de nuestra parte, para coadyuvar ó cooperar con la gracia?

Augusta. Es necesario considerar atentamente el espíritu de Dios y de los Santos; y conformar el nuestro con él.

Florida. ¿De esta suerte se podrá ir adquiriendo un espíritu bueno, justo y recto?

Augusta. Ya véis, que no es posible proponerse mejores ni más seguros modelos para el logro de este intento.

Leonida. ¿Qué ventajas se sacan de un tal espíritu?

Augusta. No tomar nunca las cosas á través, ó en sentido torcido y en mala parte.

Florida. ¿Qué quieres decir con eso?

Augusta. Lo que quiero decir es, que si una cosa tiene cien caras, se la mire siempre por aquel lado que la es más favorable.

Leonida. Y de eso ¿qué provecho se sigue?

Augusta. Muy grande; porque obrando de esta suerte, se evita el darse por ofendidas del prójimo; y siempre se mantiene la paz con él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA

Florida. Pero el conducirse así, es engañarse á sí misma.

Augusta. Ese es un engaño bueno é inocente; puesto que impide el que nos demos por ofendidas, y que perdamos la paz.

Leonida. Pues el engaño ó fraude ¿no es una cosa mala?

Augusta. Sí; el que es en perjuicio del prójimo; pero no el que le hace beneficio á él, ó á nosotras mismas.

Florida. No hay resistencia á tus razones. ¿Qué más es menester para no darse por ofendidas de nadie?

Augusta. El no juzgar de ninguna persona, solamente por la relación que otra hiciere.

Leonida. Pero ¿y si estas tales relaciones se oyen á personas de acreditada virtud?

Augusta. Desengañáos, y nunca más habléis de esta manera; porque las personas que son justificadas, son incapaces de hacer semejantes relaciones y chismes: eso se queda para espíritus llenos de debilidad y ligereza, y para lenguas todavía más débiles que ellos.

Florida. Sin embargo, no dejan de encontrarse algunos.

Augusta. Sí, en opinión de vosotras; pero no en la realidad.

Leonida. Bastante dificultad nos cuesta el haber de persuadirnos á eso que afirmas ahora.

Augusta. Lo siento, pero creedme, que así es; las personas que se señalan por su rectitud, no pueden nunca sembrar cizaña: eso es una implicación.

Florida. Y bien; te permitimos que sea así; que esto sea propio de espíritus débiles y ligeros, y de lenguas aún más débiles que ellos; ¿qué se infiere de ahí?

Augusta, Que si llegáis á hacer caso de ellos; si contáis con toda seguridad sobre su testimonio, y fundáis vuestros juicios sobre sus palabras; ¿no deberéis con razón temer el pasar vosotras mismas por de un espíritu mucho más débil que el suyo?

Leonida. No; no tememos tal cosa.

Augusta. Pero ¿quién os ha dicho que estos sujetos no pueden haber visto ú oído mal?

Florida. Ellos mismos nos aseguran que lo han visto y oído bien.

Augusta. Pues á eso os digo yo, que muchas veces suelen añadir algo de suyo, y aún exagerar muchísimo.

Leonida. Difícil de creer es eso.

Augusta. Creedme; que os engañan á vosotras, además de engañarse á sí mismos.

Florida. No podemos creer una cosa como esta.

Augusta. Bien está; pero aún cuando semejantes relaciones fuésen verídicas, ¿no pudiera acontecer que lo mismo que vosotras creeis haberse dicho por odio y con mala intención, se dijese con sencillez, y con intención buena?

Leonida. Ya veo, que tú tiras á disculparles, á cualquiera costa y por todos caminos.

Augusta. No es eso; lo que sí quiero es, curaros á vosotras de una dolencia perniciosísima. Decidme, os ruego: ¿con qué semblante recibiríais estas relaciones ó chismes si recayésen sobre alguna persona que fúese

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UANL

muy amiga vuestra? ¿No procuraríais excusarla todo cuanto pudiérais? ¿No interpretaríais siempre en un sentido favorable lo que de ellos dijésen? Pues ¿por qué no habéis de hacer esto mismo con aquellas otras personas á quienes miráis como enemigas vuestras?

Florida. Todas estas razones nos convencen; y es forzoso ceder á ellas.

Augusta. No hay otro medio para tener paz; y sin él, estaréis en guerra con todo el mundo.

Leonida. Con que, ello no tiene remedio; ¿es preciso crreerte, y tomar desde hoy otro sesgo ó rumbo muy distinto?

Augusta. Obraréis en eso ciertamente con gran cordura; pero aún os falta otra cosa que hacer.

Florida. ¿Cuál es ella? Dí.

Augusta. Es menester también, ser indulgentes y benignas en los juicios que hiciéreis sobre vuestro propio testimonio.

Leonida. Y ¿qué quieres decir con eso?

Augusta. Muchas veces vemos ú oimos nosotras mismas lo que se hace ó dice en perjuicio nuestro; y entonces es cuando hemos de emplear toda nuestra indulgencia.

Florida. Y en esos casos ¿nos dirás que se nos engaña, ó que se equivocan en lo que nos cuentan?

Augusta. No diré tal; y aun supongo, que la cosa es tan clara, que no admite duda alguna.

Leonida. ¿Con que entonces ya nos darás amplitud para que nos encolericemos y rompamos de una vez con los tales sugetos?

Augusta. Semejante consecuencia no está bien sacada, para una persona que quiere tener paz con todo el mundo.

Florida. ¿Y por qué dices eso?

Augusta. Porque esto sería pegar fuego por todas partes.

Leonida. Pero bien ligera y apacible era menerter tener la sangre, para no acalorarse en tales ocasiones.

Augusta. Téngase ó no la sangre ligera y apacible, lo que yo digo es, que en semejantes lances es necesario usar de benignidad en los juicios que se hicieren.

Florida. Y ¿qué haremos para eso? Dí, en amistad.

Augusta. Dos cosas; la 1ª pensar que las tales personas podrán tener razones para obrar de aquella suerte; la 2ª que nosotras somos demasiadamente delicadas, pues nos ofendemos de tan poca cosa.

Leonida. Es que á veces no suele ser tan poca cosa; pues llega á tocar en lo vivo.

Augusta. Sí; pero eso consiste en que tenéis demasiado amor propio, y sobrada delicadeza.

Florida. Eso es muy fácil de decir.

Augusta. Y ahora bien, decidme por vuestra vida: ¿cómo miráis vosotras lo que ofende á las demás? Por lo regular hacéis muy poco caso de ello; ¿no es así? Pues ¿por qué razón lo que ofende á otras, os parece que es nada; y lo que á vosotras os ofende, siempre es mucho? ¿Quién no vé, que el amor propio es quien abulta los objetos; y la nímia delicadeza, la que los hace tan sensibles?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Leonida. Tú nos tapas la boca de tal modo, que nada tenemos que replicar.

Augusta. Me alegro de eso: y lo que habéis de pensar en estas ocasiones, es que tal vez habréis vosotras mismas dado lugar á todo eso por vuestras imprudencias é indiscreciones; y que así, debéis culparos á vosotras mismas, no á las demás.

Florida. Estos documentos, convenimos desde luego en que son sumamente saludables.

Augusta. Yo, por lo menos, no alcanzo otros medios, que los ya explicados, para tener paz con todo el mundo, en cuanto es posible. Ponedlos, pues, por obra; y experimentaréis la verdad de cuanto os he dicho.

Leonida. A ello estamos firmemente resueltas: Dios nos asista con su gracia.

Augusta Así sea.

CONVERSACION XX

SOBRE LAS PASIONES.

Beatriz. Aprovechemos, queridas Compañeras mías, estos ratos que tenemos desocupados, entablando una conversación en que recojamos y juntemos todo cuanto puede apetecerse de útil y agradable.

Cándida. Desde luego entro yo gustosísima en ese partido; y tendré singular complacencia en oiros alternativamente, porque vuestros discursos tienen siempre para mí nuevos y marvillosos atractivos.

Faustina. Pues, sin detenernos más tiempo, sea de vuestra aprobación, si os parece, que hablemos hoy acerca de las Pasiones. Quizás yo me propasaré algún tanto en proponeros semejante asunto; aunque espero, disimuléis alguna cosa á mi buen celo.

Cándida. No por cierto, no tengas ese recelo de que te excedes: ¿no sabes que nada hay más gustoso entre amigas, que el tratarse con entera libertad y franqueza? Fuera de que, apénas se pudiera proponer otro asunto ni más útil ni más agradable.

Beatriz. Por lo que á mí toca, no puedo negar, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

es extremado el deseo que me asiste de oir hablar sobre esta materia; y que me he regocijado notablemente con solo oirle proponer.

Cándida. ¡Cuidado! No sea que ese regocijo se te convierta muy presto en pensar; por que tal vez, al paso que nos vamos instruyendo acerca de las pasiones, echarás de ver, que ese mismo deseo tuyo no era otra cosa que una pasión.

Faustina. Mucho me mortificaría esto, si sucediese así; pues os confieso, que á ninguna cederé en la viveza de este deseo.

Cándida. No te asustes ya, sin venir al caso, tomando al pie de la letra mis palabra: aunque es cierto, que ese deseo tuyo puede ser pasión, has de saber, que también hay pasiones buenas y virtuosas: y yo presumo, que la vuestra sea de esta especie.

Beatríz. En verdad, nos coje de improviso el oirte decir, que hay pasiones loables y virtuosas; cuando hasta ahora juzgábamos, que todas eran malas y culpables.

Cándida. Pues ya podéis con toda seguridad mudar de dictamen; por que no hay una cosa más cierta, que la que yo acabo de deciros.

Faustina. Date prisa, por Dios, á instruirnos sobre esto; y muéstranos con toda claridad, ¿qué se entiende, ó qué es pasión loable y virtuosa? Pues solamente así, podremos mudar de parecer en este punto.

Cándida. Es demasiado lo que os estimo, para que yo pudiera negaros una cosa tan justa. Una pasión es

loable, cuando lo que ella solicita es bueno y útil, y cuando lo solicita de una manera razonable y justa; según yo imagino que es el que vosotras anheléis á que yo os instruya tocante á las pasiones.

Beatríz. Y dime, por tu vida: ¿cuándo sabremos que se solicita una cosa buena, de una manera razonable y justa?

Cándida. Cuando se solicita conforme á las lúces de la razón ó de la virtud, con tranquilidad y moderación; sin entregarse precisamente á los vehementes impulsos de su natural.

Faustina. Prosigue con tus instruccionos; y enséñanos, ¿qué viene á ser una pasión mala y digna de vituperio?

Cándida. Es aquella que solicita una cosa mala y perjudicial; ó, aunque sea cosa buena en sí, la solicita de una manera injusta y viciosa.

Beatríz. ¿Acaso se puede solicitar aquello, que es bueno en sí, de una manera injusta y viciosa?

Cándida. No hay cosa más común, y esto acontece, siempre que en la solicitud de una cosa buena no se guardan las debidas reglas y medidas; y cuando una se entrega ciegamente á los movimientos precipitados y y violentos de su genio.

Faustina. Y ¿en qué se podrá conocer, cuando se obra por pasión?

Cándida. Para hallar respuesta á esa pregunta que me haces, no necesitas más que cosultarte á tí misma; y examinar qué es lo que dentro de tí pasa: pues todo lo que es pasión agita la sangre y los espíritus vi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tales; oprime, ó ensancha y dilata el corazón, hace que se inmute el semblante, y ofusca y turba la razón: y no hay cosa que más fácilmente se perciba y se eche de ver.

Beatriz. Lleva á bien que yo te pregunte, ¿qué remedio habrá contra todos estos desordenados movimientos?

Cándida. No hay otro que el de tener todas sus pasiones á raya y enteramente sujetas al imperio de la razón y de la virtud; y arreglar el curso y movimiento de ellas por las luces de una y otra: lo cual pide una vigilancia infatigable.

Faustina. Mientras más vas diciendo, más excitas en nosotras el deseo de oirte. ¿Gustas ahora de decirnos, cuántas son las pasiones?

Cándida. Yo siempre gusto de todo lo que á vosotras puede agradaros. Comunmente se cuentan once, que son: Amor y Odio, Deseo y Adversión ó Fuga, Gozo y Tristeza, Esperanza y desesperación, Audacia Ira y Temor; y si quisiéreis dividirlas y subdividirlas, hallaréis mayor número de ellas.

Beatriz. Pregunto: y de todas estas Pasiones ¿cuál es más frecuente en nosotras?

Cándida. Me tomo la libertad de responderos, que el inmoderado deseo de saber, que por otro nombre se llama curiosidad. Esta pasión es la que nos inclina y estimula á querer oirlo todo, verlo todo, y saberlo todo.

Faustina. Nosotras pensábamos, que sería más bien ó el Gozo, ó la Tristeza, ó el Amor, ó el Odio.

Cándida. Verdad es, que estas cuatro pasiones son también frecuentísimas en nosotras; pero cualquiera que lo reflexione, convendrá en que ninguna lo es tanto, como nuestra curiosidad.

Beatriz. ¿Conque te empeñas en sostener que la curiosidad es todavía más común en nosotras, que las demás pasiones?

Cándida. Sí, lo sostengo; porque las otras pasiones no duran más que por algún tiempo, ni son de todas las edades; en lugar, que la curiosidad es de todos tiempos y de todas edades.

Faustina. Mucha fuerza nos hace, ciertamente, tu modo de discurrir; pero como no deja de repugnarnos y de hallar alguna resistencia de nuestra parte, nos darías un gran gusto si quisieras fundarle un poco más.

Cándida. Me será muy fácil. ¿Por ventura ignoráis, que la curiosidad de una mujer fué la que introdujo en el mundo todos los males?

Beatriz. Hasta ahora, siempre habíamos oido decir, que fué la Gula, y no la curiosidad.

Cándida. Pues yo, con vuestro permiso, digo que fué la curiosidad, y no la Gula; porque, si bien lo miráis, Eva no tocó ni comió de la fruta vedada, más que por el deseo de hacerse semejante á Dios en luces y en conocimientos científicos: lo cual no viene á ser otra, cosa que curiosidad.

Faustina. Pero Eva no pensó que obraba siniestramente en aspirar á saber el bien y el mal, como Dios;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y creyó, que la era permitida una curiosida de esa naturaleza.

Cándida. Tenéis razón en eso; y cabalmente es en lo que las hijas de esta desgraciada madre se parecen perfectamente á ella; porque así como ella, creen poder en todas las cosas satisfacer su curiosidad, sin incurrir por eso en culpa alguna.

Beatriz. Quien te oiga explicar de ese modo, juzgará inmediatamente que se comete una infinidad de pecados á causa de la curiosidad.

Cándida. Y así es: se cometen aun mucho más de lo que se pudiera decir; y la mayor lástima es que nunca suele haber enmienda de ellos, porque nunca se para la atención en tal cosa.

Faustina. Pero ¿en qué, díme, se peca más considerablemente por razón de la curiosidad?

Cándida. Cuando ésta se extiende hasta querer entremeterse en los negocios de Familias; en averiguar los secretos de las conciencias, y aun en las agenas confianzas.

Bearriz. ¿Qué otro mal notable causa la curiosidad.

Cándida. El de que, después de haber importunado y atormentado á otros, para sacar, como por fuerza, lo que debiera estar sepultado en un perpetuo silencio; se tenga la ligereza de publicarlo indiscretamente.

Faustina. Semejantes personas ¿no serán reas delante de Dios, más que del pecado de curiosidad?

Cándida. No es posible contar los pecados de que se hacen culpables en la Divina Presencia; porque no tienen número, y casi, son irremediables.

Beatriz. Por tanto, nosotras no omitiremos cosa alguna, para poner remedio á ellos.

Cándida. Como así lo ejecutéis, seréis ciertamente muy dignas de alabanza.

Faustina. Bien puedes contar conque ésta es nuestra resolución: y que lo es de las más sinceras.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA

CONVERSACION XXI

SOBRE LA ENVIDIA Y LOS CELOS.

Tertúla. ¿Qué es lo que tienes? Yo hallo hoy en tí una mudanza grande.

Zelia. Mucho me alegro de encontraros aquí, para comunicaros una pena que me aflige bastante.

Sabina. ¡Ay! Pues ¿qué pena es la que tú puedes tener?

Zelia. Es tan extremada y tan grande, que me faltan voces para explicarla.

Tertúla. Pues nosotras te considerábamos como la persona más feliz del mundo.

Zelia. Infinito me falta para ser feliz.

Sabina. Y ¿qué es lo que puede turbar tu felicidad?

Zelia. No os lo ocultaré; el tormento que padezco, es de los más crueles.

Tertúla. ¡Qué! ¿Te falta algo por ventura? ¿No tienes entera libertad?

Zelia. Verdad es: nadie me incomoda ni me mortifica: yo hago lo que quiero, como quiero, y cuando quiero.

Sabina. Pues á fe mía, todo eso era suficiente motivo para estar contenta: ¿qué es, dí, lo que puede atormentarte?

Zelia. Ello es, que yo lo estoy horriblemente.

Tertúla. La expresión horriblemente, á la verdad, nos causa espanto. ¡Qué! ¿Por ventura te ves agitada y perseguida de las Furias, por algún enorme delito que hayas cometido?

Zelia. Yo no dificultaría creer, que sea algo de eso.

Sabina. Pues nosotras ni lo creemos, ni nos pasa tal cosa por la imaginación.

Zelia. Yo sí; ni más ni menos lo pienso.

Tertúla. ¿Que pruebas tienes para eso?

Zelia. Estas: que por las noches no duermo; y el sueño parece que huye lejos de mí.

Sabina. Digna eres ciertamente de compasión, si tal te sucede.

Zelia. No solamente no duermo nada, sino que los mejores y más bien sazonados manjares me parecen insípidos; y me veo consumida de un extraordinario calor, que me penetra hasta los huesos.

Tertúla. Tienes razón para llamar á todo eso un tormento, porque verdaderamente lo es.

Zelia. Si no fuera porque temo excederme, os diría, que padezco á manera de lo que padece el alma de un condenado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sabina. Expresión dura, y muy dura, me parece esa.

Zelia. La desgracia es, que es verdad lo que digo.

Tertúla. Pero ese mal que padeces, ¿no tiene remedio?

Zelia. ¡Ay de mí! Yo creo, que todos los remedios del mundo no alcanzarán á curarle; y que cuántos Médicos hay en el Universo; no harían otra cosa, que enjalbegarle é ir dando treguas.

Sabina. ¿Luego ese es un mal muy desesperado, y una enfermedad mortal?

Zelia. Yo por mí, así lo pienso; y tengo consentido en que él ha de costarme la vida.

Tertúla. ¡Recurso bien triste, por cierto! Pero creeme; no hay mal alguno en este mundo, que no tenga remedio.

Zelia. El que yo padezco, no es de esa especie.

Sabina. ¿Hé? ¿Podremos saber qué mal es el tuyo?

Zelia. ¡Ay! Si yo pudiese decirle, yo llegaría á sanar de esta dolencia.

Tertúla. Ahora mismo acabas de decir, que tu mal no tenía remedio: no sé yo que haya una cosa más fácil de curarse; pues solo consiste en abrir la boca y decirlo.

Zelia. Eso muy fácilmente se dice; pero el asunto es, que mi mal es de aquellos que uno suele no atreverse á confesarlos.

Sabina. Pero, sin que esto sea lisonja, nosotras estamos creyendo, que somos bastante amigas tuyas, para que de ninguna manera receles decírnoslo.

Zelia. Es verdad; más con todo, yo no puedo resolverme á ello.

Tertúla. ¡Qué! ¿Es posible, que has de querer más bien perecer infelizmente en ese tormento, que comunicárnosle?

Zelia. Y bien: forzoso me será decíroslo: pero con todo, yo no me atrevo á hacerlo.

Sabina. ¡Qué debilidad! Permite, que así te lo digamos.

Zelia. ¡Si en cuanto quiero abrir la boca, me lo vuelve á cerrar el empacho y la vergüenza!

Tertúla. Vaya, mujer; que un momento de vergüenza presto se pasa.

Zelia. Pues bien; voy á decirlo..... ¡Ay de mí! Yo no tengo valor para eso.

Sabina. ¡Qué irresolución! Ya pudiérais haber salido del aprieto.

Zelia. Ved, pues, á que se reduce..... No, yo no puedo decirlo.

Tertúla. Ea, bien está; si no quieres decirlo, estate siempre en ese miserable estado.

Zelia. Pero ¡si yo quisiera salir de él, y no puedo!

Sabina. Allá te lo hayas; allá te lo hayas con tus cosas.

Zelia. ¿Con que tan indiferentes os mostráis en medio de mis males?

Tertúla. Bien empleado te está, una vez que no te quieres curar, estando en tu mano.

Zelia. ¡Ah! Ved cuál es el estado de mi mal: (¡Qué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dificultád me cuesta decirlo!) Vedlo: es un espíritu..... Yo no puedo concluir.....

Sabina. ¡Qué! ¿Te quedas ahí?

Zelia. No falta más que una palabra que decir; pero ¡es tanto lo que se me resiste esta sola palabra!..... Es un espíritu de.....

Tertúla. Aca si quieres, de una vez; pues ya nos vamos enfadando de tantas dilaciones.

Zelia. Ultimamente, yo no puedo nombrarlo con su propio nombre: voy á deciros las letras de que se compone, y vosotras las iréis juntando: pues yo me moriría de vergüenza, si pronunciase toda la palabra entera.

Sabina. Pues bien: dínos las letras.

Zelia. Es una *T*, una *a*, una *l*: adivinad vosotras las demás. (1)

Tertúla. ¿Y para eso tantos melindres, y tantos rodéos? ¿Para decir al cabo, que la pasión ó el espíritu de Envidia y los Celos, es la que te atormenta?

Zelia. ¡Ah! ¡Y cómo pronuncias tú á boca llena esa palabra!

(1) Esta chistosa aprehensión, traducida al Castellano, nunca puede tener tanta oportunidad como en el original Francés; cuyo designio es apuntar la palabra jalousie para denotar la pasión de la envidia ó los celos. Y como enseña el P. S. Agustín (lib. 2. de Doctr. Christ. cap. II.): "Hay ciertas voces en algunas lenguas, que, habiendo de pasar á otra lengua, no admiten fácilmente interpretación," y dejándolas en la suya propia, tienen más energía y más gracia.

Sabina. ¿Sabes por qué? Porque nuestro corazón no está herido de ella, como el tuyo.

Zelia. Después de todo, ya me hallo tan descansada y tan llena de consuelo, á pesar del empacho grande que yo tenía.

Tertúla. ¡Qué! ¿Y es esto lo que tanto te atormenta; lo que te quita el sueño; lo que no te deja comer ni beber con gusto; y lo que te consume hasta la médula de los huesos?

Zelia. Sí; ese es todo mi mal; y no sé, que haya otro más cruel.

Sabina. ¡Qué simple eres en mortificarte tanto por tan poca cosa!

Zelia. ¡Cómo así! ¿Tan poca cosa? ¡No experimentar nunca, ni ser tratada sino con total indiferencia; al paso que las demás solamente reciben claras muestras de cariño y de benevolencia!

Tertúla. ¿Y es ese lo que te deseca y consume el espíritu y el corazón, y lo que te hace estar tan amilanada y tan abatida?

Zelia. Pues ¿qué? ¿No es muy bastante?

Sabina. A mi ver, todo ello es poco menos que nada.

Zelia. ¡Hé; cuidado con eso! Pues yo creo, que tú vas acrecentando mi enfermedad, en vez de disminuirla.

Tertúla. Si tú estuviéseis, aunque no fuera más que medio pie, levantada de la tierra y sobre tí misma, ni aun siquiera pensaras en esas cosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Zelia. Como esto pudiera hacerse tan fácilmente como tú lo dices, muy bueno sería.

Sabina. Yo por mí, como no pienso más que en ver si puedo adelantar y internarme bien en el espíritu de Dios, estoy siempre contenta, de cualquiera manera que se me trate.

Zelia. Pues, por lo que á mí taca, yo quisiera lo uno y lo otro á un mismo tiempo.

Tertúla. Justamente el mal de que tú adoleces, es el medio de no tener ninguna de estas dos cosas.

Zelia. ¿Cómo es eso? Decidme.

Sabina. Porque el espíritu de envidia no deja escapar ocasión de que perdamos la gracia de Dios, y todas las dulzuras que son inseparables de ella.

Zelia. Si eso es así, razón tenéis para decir, que yo todo lo pierdo de una vez; aquello y esto otro.

Tertúla. ¡Qué situación más deplorable se podrá dar?

Zelia. Yo bien lo conozco y bien lo veo; mas no puedo salir de este infeliz estado.

Sabina· Muy digna eres de compasión, ciertamente; pues para eso, has de saber que no se necesita más que un grano de verdadera humildad.

Zelia. Pero ¿y qué haré yo con este tal grano de verdadera humildad?

Tertúla. Harás morir, hasta su misma raiz, esa ventajosa opinión que tienes de tí misma, la cual te hace pensar, que mereces alguna cosa; y te sugiere el que te quieras igualar con las demás en todo.

Zelia. ¿Luego será necesario, según vuestro modo de sentir, no estimarse en nada absolutamente?

Sabina. Como que sin eso no hay verdadera humildad; y sobre de estimarse en nada, debe creer, que nada merece; y así, nunca se da por agraviada de que se la mire como tal.

Zelia. Si en eso consiste el remedio de mi enfermedad, á fé que es bien amargo.

Tertúla. Enhorabuena, yo quiero que sea tan amargo, como á tí se te figura; pero el fruto es bien dulce y bien suave.

Zelia. Y ¿qué fruto es el suyo?

Sabina. Una paz soberana y excelente, que da Dios á gustar al corazón que es verdaderamente humilde.

Zelia. Como yo soy amante de la paz, y estoy ya fatigada de esta mi situación; desde luego me determino á abrazar aquella.

Tertúla. Buen pensamiento es, pero es menester también remediar lo pasado.

Zelia. ¿Qué quieres decir con eso?

Sabina. Lo que quiero decir es, que si has recibido los Santos Sacramentos en un tal estado, debes pensar seriamente en disponerte mejor para este efecto.

Zelia. ¿Dices eso, porque haces juicio de que todos los Sacramentos que he recibido hasta aquí, han sido indigna y sacrílegamente recibidos?

Tertúla. Sobre esto puedes consultar á personas que sean más instruidas que yo; pero sí es muy de temer, que tal haya sucedido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Zelia. Esa es una cosa, que me hace temblar y que me estremece.

Sabina. Bien haces en estremecerte, mientras que hay todavía remedio para eso; pues si te hubiera cogido la muerte en este estado, no habria remedio alguno.

Zelia. Me ponéis con eso, ciertamente, en el mayor conflicto é inquietud.

Tertúla. No por cierto, nosotras no te ponemos; tú eres la que te has puesto, conservando y fomentando en tu corazón ese espíritu de envidia y de celos.

Zelia. Pues ya me retiro, para ir á recorrer y examinar despacio mi conciencia.

Sabina. No pudieras hacer cosa mejor en tu vida.

Zelia. Rogad al Señor por mí; que bien lo necesito.

CONVERSACION XXII

SOBRE LAS AFICIONES Ó INCLINACIONES PARTICULARES.

Luisa. Hace ya mucho tiempo que deseaba yo lograr la complacencia de verte, para hablar contigo de un asunto, que hoy en día tiene divididas á muchísimas gentes.

Cristina. No es cosa tan extraña ni tan nueva, el ver dividido al mundo; siendo esto como la consecuencia y el fruto de las tinieblas que el pecado difundió por todo él.

Enriqueta. Mucho celebrariamos oirte discurrir acerca de las Aficiones; y desearíamos al propio tiempo saber, ¿por qué unos las aprueban; y las reprueban otros?

Cristina. No todas son de aprobar, ni todas deben condenarse. Para tomar, pues, en esta materia un partido razonable y justo, es necesario distinguir entre las que son buenas, y las que no lo son.

Luisa. ¿Con que, según eso, las hay también buenas? Pues nosotras nos veiamos en la tentación de gra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

duarlas á todas de malas; y ahora ya estamos enteramente desengañadas.

Cristina. No lo dudéis; hay aficiones buenas, así como también las hay malas; y las buenas son las que se aprueban, al paso que se reprueban las que son malas.

Enriqueta. ¿Y cómo se ha de hacer la diferencia entre unas y otras, para no engañarse?

Cristina. Eso es fácil: no necesitáis más que considerar atentamente las cosas á que os aficionáis, y el modo con que os aficionáis á ellas.

Luisa. Yo no sé cómo lo haces: Ello es, que tú aclaras perfectamente las cosas más oscuras; y con gran facilidad descubres y explicas lo más intrincado y confuso.

Cristina. Todo eso, amigas, no sale de mí, sino que viene de Aquel que ilumina todos los entendimientos, y sin cuya luz todas nuestras luces no son más que tinieblas.

Enriqueta. Y ¿cuándo, dí, sabremos que nuestras aficiones son buenas?

Cristina. Cuando tengan por objeto el mérito y la virtud; y con tal que nunca se desvíen mucho de una prudente moderación.

Luisa. Con que ¿no basta, para que cualquiera sea reputado por inocente en sus aficiones, el solo hecho de no haberse propuesto en ellas más que el mérito y la virtud?

Cristina. No basta eso solo: es menester, además, guardar en esto una gran moderación; sin cuyo requisito, aun lo mejor que hubiere en el asunto, padecerá insensiblemente alteración.

Enriqueta. Dime (si gustas): ¿cuándo deberán tenerse por malas nuestras aficiones?

Cristina. Cuando en ellas hubiere alguna cosa viciosa y desarreglada.

Luisa. En esto no nos detengamos ya, por que todo el mundo lo entiende bastante bien. Vamos á otra cosa: ¿se podrá, sin temor alguno, formar cualesquier aficiones, con tal que en ellas nada se encuentre vicioso y desarreglado?

Cristina. Aun en eso mismo hay que guardar sus ciertas medidas; porque muchísimas veces se pasa desde el mérito y virtud de las personas, á las personas mismas.

Enriqueta. Pero, por tu vida, todo eso ¿no es una misma cosa?

Cristina. Aquí es donde os quería yo ver; sin detenerme ni un punto en deciros, que éste es un paso lleno de peligro, y expuesto á mil imperfecciones.

Luisa. Eso es hacer que volvamos á caer segunda vez en nuestro primer embarazo atolladero; cuando ya nos juzgábamos enterameete libres de él.

Cristina. Pues ¿no conocéis, ni os hacéis cargo de que, en llegando á aficionarse de las personas, se pierde las más veces de vista el verdadero mérito y la virtud; y que esto no puede dar de sí más que una afición puramente humana?

Enriqueta. Es que tú adelantas aun mucho más;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque dices que hay peligro en esto, y también imperfección: que es lo que nos causa novedad.

Cristina. ¿Y qué? ¿No lo véis bien claro? ¿Pues no hay cosa más peligrosa ni más imperfecta, que las aficiones puramente humanas?

Luisa. Pero ¿dónde está este peligro, y esta imperfección?

Cristina. ¡Me admiro ciertamente de que no le echéis de ver! ¿Pues no conocéis, que lo que es puramente humano, dejenera muy presto, y viene á parar frecuentemente, á lo menos, en inutilidad y pasatiempo?

Enriqueta. Con esto nos haces entender unas cosas que jamás habíamos comprendido. ¿Con que tampoco será lícito aficionarse ni aun á aquellas personas de quienes se ha recibido bienes espirituales?

Cristina. Al paso que te vas explicando más, descubres mejor la llaga de una alma, que adolece de aficiones. ¿No sabes que nunca se debe colocar la afición entre personas desiguales, así como en lo político y civil no se debe trabar amistad con aquellas personas, cuya edad, bienes y clase no guardan la debida proporción?

Luisa. Mientras más hablas, más nos abres los ojos, y más verdades nos dices, que nos llegan al alma.

Cristina. Sí; pues así es, no hay cosa más peligrosa: que las aficiones entre personas desiguales; y aún cuando en esto no hubiese peligro alguno, sería, á lo menos indecoroso y disonante.

Enriqueta. Con que ¿será forzoso vivir en una total indiferencia, y aun insensibilidad, con este género de personas?

Cristina. Esos son los extremos en que suele precipitar el amor propio, cuando se llega á confundir y á salir de su quicio. No es eso, no: lo que se debe hacer es, mirarlas siempre con respeto, con confianza y con benevolencia, á la manera que un niño mira á su Padre; pero sin afición ó apego; porque esto ya tocaría en demasiada familiaridad.

Luisa. ¿De qué modo se podrá conocer, que el respeto, la confianza, y el cariño dejeneran en afición y apego?

Cristina. Cuando el corazón se fia demasiado en las personas, cuando se apetece ansiosamente su presencia; cuando se lleva muy á mal y con impaciencia que se ausenten; en una palabra; cuando se tiene mucha repugnancia para poner en alguna otro persona su respeto, su confianza y su amor.

Enriqueta. Cierto, no esperaba yo recibir hoy tanta porción de claras ideas: todas ellas me hacen bastante impresión, y aun llegan á convencerme. Así que, éste es el partido que voy á abrazar resueltamente.

Cristina. Si le tomares como dices, tu corazón estará siempre rebosando paz; y esta misma paz se te introducirá hasta los huesos.

Luisa. Mil gracias y mil bendiciones, por tan excelentes como saludables instrucciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XXIII

SOBRE LA DEVOCIÓN.

Felicidad. Tarde se me hace ya para saber tu sentir acerca de la Devoción; deseosa yo de zanjar de una vez mis incertidumbres sobre este punto.

Anastasia. Pues ¡qué! ¿Por ventura caben incertidumbres en una materia como esta?

Perpetua. ¿Qué estraño será que se tengan; siendo así, que se oye hablar con tanta variedad acerca de este punto?

Anastasia. Pero ¿quiénes son los que así hablan? Probablemente serán los que no saben ni entienden, qué es Devoción.

Felicidad. Yo te lo diré en vreves palabras: casi todo el mundo.

Anastasia. A mi ver, eso consiste en que confunden la verdadera devoción con la falsa.

Perpetua. ¡Cómo así! ¿Pues acaso hay dos géneros de devoción?

Anastasia. ¡Qué! ¿No sabíais, que todo lo que es bueno tiene su contrario en este mundo?

Felicidad. No lo ignorábamos absolutamente; pero la preocupación, que es tan común entre las gentes, nos impedía fijar la atención en esto.

Anastasia. Sin embargo, es necesario contar con que también hay falsa Devoción, para salvar el honor de la que es verdadera.

Perpetua. Hasnos (si gustas) la pintura de una y otra, para que nunca vólvamos á padecer engaño en esta parte.

Anastasia. De buena gana: la verdadera Devoción, es semejante á un árbol cargado de esquisitos y excelentes frutos; la otra, para el contrario, es como un árbol que solo tiene hojarasca y bambolla.

Felicidad. Por cierto, no pudieras habernos dado otra idea más clara, para que lo entendiésemos y distinguiésemos bien: dínos ahora, si gustas, ¿qué frutos son esos?

Anastasia. Estos frutos son: una santa prontitud y fervor para todo lo que mira al servicio de Dios nuestro señor; una exacta fidelidad en el cumplimiento de todas sus obligaciones; y una atención continua, para agradar á Dios en todas las cosas.

Perpetua. ¡Cierto, que son unos frutos bien apetecibles! Al verlos ¿quién podrá menos de apreciar dignamente el árbol que los produce?

Anastasia. Así es; que no hay absolutamente quien no ame y admire la verdadera devoción.

Felicidad. ¡Es posible! ¿Nadie sin excepción?

Anastasia. Nadie, Nadie; sin exceptuar ni aun los que son más viciosos y desarreglados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Perpetua. Pues ¿por qué se levanta tantas veces el grito contra la devoción?

Anastasia. Eso proviene, vuelvo á decir, de que el mundo, ciego, confunde la verdadera devoción con la falsa.

Felicidad. Pues hasnos ahora un retrato de esta última, á ver si es tan vituperable, como vituperada.

Anastasia. Ya me parece que os la he pintado bastantemente, con haberos dicho que es semejante á un árbol, que no tiene más que hojas.

Perpetua. Con todo eso, aun queremos que nos digas algo más.

Anastasia. ¡Hay tal empeño! Pues ¿qué? ¿No comprendéis todavía con esta comparación ó símil, que la devoción falsa es la que se contenta solamente con las exterioridades de virtud, y con las apariencias de piedad, sin procurar tener ni el espíritu ni la realidad de ellas?

Felicidad. De esa manera no será devoción, sino hipocresía.

Anastasia. Con tu licencia digo, que esto pudiera suceder muy bien, sin que sea hipocresía; por que las tales personas pueden no llevar intención de engañar: aunque, para decir verdad, casi no puede ser esto, sin ilusión ó engaño.

Perpetua. Pero en substancia, tanto monta lo uno como lo otro.

Anastasia. Convengo en ello; más al fin, no son una misma cosa.

Felicidad. Pregunto más: ¿qué exterioridades y qué apariencias son estas de la falsa devoción?

Anastasia. Se reducen á un cierto exterior, á ciertos métodos, ciertas prácticas, ciertas maneras.....

Perpetua. Pero estas prácticas ¿no son en sí buenas?

Anastasia. Hablando generalmente, todo lo que es afectado pierde mucho de su mérito; más para responderte con puntualidad, te diré que sí; con tal que ellas compongan alguna parte de las obligaciones de cada uno; ó á lo menos, no se opongan á ellas: dos reglas, que deberán tenerse muy presentes.

Felicidad. Yo supongo, que siendo ellas buenas, á nada se opondrán.

Anastasia. Repito, que si no pertenecieren á la línea de lo que es obligación, deben dejarse para otros á quienes convenga mejor.

Perpetua. ¿Dices esto mismo en cuanto al exterior, en cuanto al método y maneras?

Anastasia. Lo propio; porque eso de tener dos balanzas ó dos pesos, no es para mí. En punto, pues, de devoción es necesario arreglar todas las cosas con proporción y respeto á la obligación: en conduciéndose de este modo, se edifica á todo el mundo, y á nadie se dá que decir.

Felicidad. Aunque al parecer estábamos muy encontradas con tus dictámenes, no podemos ya dejar de admirarlos, porque son tan cabales como sólidos.

Anastasia. Si los siguiéreis fielmente, no temáis des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caminaros jamás, porque seguiréis en ellos á la pura razón.

Perpetua. Y ¿á quién será menester dirigirse para conseguir el debido régimen en la série de sus obligaciones?

Anastasia. A aquellas personas que Dios ha establecido por Superiores nuestros; y á quienes ha encargado nuestra conducta.

Felicidad. De esa manera, será preciso tener que intervenir con muchaspersonas.

Anastasia. No por cierto: solo con aquellas á quienes debemos obedecer inmediatamente.

Perpetua. Yo discurriría, que no se necesitaba consultar más que á su Confesor.

Anastasia. Y tienes razón, cuando son asuntos de conciencia, ó de Religión: pero en todo lo demás hemos de sujetarnos precisamente á aquellos que tienen autoridad inmediata sobre nosatras.

Felicidad. Yo había oido decir, que se debía consultar á su Confesor generalmente para todas las cosas; y aún más, que en esto estaba la verdadera Devoción.

Anastasia. Pues te han engañado seguramente: todas esas circunstanciadas relaciones de cosas inútiles no sirven más que para desperdiciar el tiempo.

Perpetua. Pero ¿qué? ¿No se le podrá consultar al Confesor en lo tocante á cosas temporales?

Anastasia. Sí, cuando en ello puede interesar la conciencia; de otra suerte, es precisamente inutilidad y pasatiempo; lo cual no admite la verdadera Devoción.

Felicidad. Confieso, que no era ésta la idea que yo me había forjado de la Devoción. Yo pensaba, que consistía en estarse mucho tiempo con su Director; en leer muchos libros espirituales; en acudir con ansia á oir á los Predicadores afamados; en saber hablar, ó explicarse con erudición y magisterio; en vestir de otro modo que las demás; en comulgar casi todos los días; en oir muchas Misas; y finalmente, en rezar mucho.

Anastasia. No me meto yo en reprender lo que es bueno; y dejo, que cada uno piense del modo que más le agradáre; pero por lo que á mi toca, ya os he dicho mi sentir.

Perpetua. Soy de ese mismo parecer, lo confieso; y no dudo que mi compañera lo es ya también. ¡Te damos con el mayor rendimiento las debidas gracias; y si nos dispensas tu permiso, nos retiraremos ya, para ir á meditar sobre todas estas instrucciones, y hacer de ella la regla de toda nuestra conducta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XXIV

SOBRE LA VERDADERA Y LA FALSA DEVOCION.

Agripina. Ya que has empezado á darnos tan sólidas instrucciones acerca de la Devoción, ¿nos harás el favor de continuar?

Paula. De muy buena gana: no tenéis más que apuntar lo que deséais que os diga.

Austrúda. Quisiéramos, que bajo de un solo aspecto nos mostrases *la verdadera y la falsa Devoción;* para que de una vez notásemos bien la diferencia que hay de una á otra.

Paula. Lo que me pedís es muy puesto en razón, y os será al propio tiempo muy útil el saberlo.

Agripina. Comienza ya, si gustas.

Paula. Vengo gustosa en ello. La falsa Devoción es la que nos hace pasar por unas Santas á los ojos del mundo, al paso que Dios está ya para vomitarnos y arrojarnos de su boca.

Austrúda. ¡Espantosas palabras, por cierto, y que efectivamente nos atemorizan!

Paula. Concedo, que lo son; y no por eso tienen menos de verdaderas.

Agripina. ¡Es posible, que el error é inadvertencia en este punto, llegue á un extremo tal! Yo discurría, que lo más que podría resultar de aquí, era el estar un poco más, ó un poco menos dentro, allá en el Cielo.

Paula. No, no: se trata absolutamente ó de perder el Cielo, ó de ganarle.

Austrúda. Lejos de inspirarnos alguna seguridad, nos asustas más de cada vez.

Paula. Bien quisiera yo no atemorizaros; ¿pero cómo os he de decir la verdad, sin que suceda eso?

Agripina. Pues ¿qué? ¿La falsa Devoción excluye del Cielo? Yo no acabo de volver á mí, del sobresalto.

Paula. Tan cierto es esto, que no puede ser más.

Austrúda. Y ¿de dónde lo sabes tú?

Paula. Lo he aprendido en el Evangelio mismo; donde hallo, que las Virgenes fátuas ó necias fueron desechadas por Jesucristo, y no por otro motivo que por su falsa Devoción.

Agripina. ¡Qué! ¿No hubo otra causa que ésta?

Paula. No; porque ellas eran Vírgenes, y Vírgines de una vida irreprensible en lo exterior.

Austrúda. Pues ¿qué les faltaba?

Paula. Fuego y aceite en las lámparas; quiero decir, caridad y buenas obras.

Agripina. Pero una vez que vivían con las otras Vírgenes prudentes, y dentro de una misma casa; ¿no se ejercitaban en las mismas cosas que ellas?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paula. Es verdad; pero todo lo que no tiene por principio á la caridad, no puede ocupar lugar alguno entre aquellas obras, que Jesucristo recompensa con el Cielo.

Austrúda. Sin embargo, ellas no dejaban de trabajar y de afanar bastante.

Paula. Enhorabuena que esto fuése así; pero todo ello fué desechado, porque no tenían caridad,

Agripina. Cuanto vas diciendo, hace temblar las carnes.

Paula. Yo soy la primera que tiemblo.

Austrúda. ¿A esto solo se redujo la causa de tan ágria reprensión, esto es, el no tener caridad y buenas obras?

Paula. Se les reprendió, además, el haberse adormecido y descuidado demasiado (por la falsa persuasión en que estaban de su virtud) en aguardar al Esposo, como lo hacían las Vírgenes sábias; y contando entrar con ellas en la sala de las bodas.

Agripina. ¡Situación, por cierto, bien deplorable!

Paula. No puede serlo más; porque ¿dónde hay cosa más triste, que contar con llegar al Cielo, precisamente por el camino que guía á la perdición?

Austrúda. Con todo, ¡este era el estado de aquellas desventuradas Vírgenes!

Paula. Es cierto; y este mismo es el de todas las personas que no tienen más que una falsa devoción.

Agripina. ¿Y es grande el número de semejantes personas?

Paula. Según lo que nos dice el Evangelio, es grandísimo; puesto que de diez que eran aquellas Vírgenes, solo hubo cinco de ese número, que es justamente la mitad.

Austrúda. ¿De qué manera se llega á caer en un estado tan lastimoso?

Paula. Tomando la sombra por la realidad; y en lugar de la verdad, las apariencias.

Agripina. Explícate un poco más claro.

Paula. Quiero decir, que sucede esto, pasando toda la vida en inútiles entretenimientos, en vez de hacer una vida verdaderamente sólida.

Austrúda. Perfectamente nos has hecho comprender lo que es falsa Devoción; acaba (sigustas) haciéndonos entender igualmente, qué es Devoción verdadera.

Paula. Justo es ejecutarlo así, pues que os lo tengo ofrecido.

Agripina ¿Qué es necesario hacer para obtenerla?

Paula. Se necesita, á imitación de Jesucristo, cumplir toda justicia y santidad; y no hacer el bien á medias.

Austrúda, Y ¿por dónde se ha de empezar?

Paula. Por el interior: es menester, ante todas cosas, arreglar el corazón, el espíritu y todos los sentidos.

Agripina. ¿Qué es lo que ha de servir de cimiento á todo este edificio?

Paula. Una voluntad firme, constante é incontrastable de servir á Dios, cueste lo que costare y á cualquier precio que sea.

Austrúda. ¿Debe añadirse alguna otra cosa?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Paula. Una continua vigilancia, acompañada de una resolución absoluta de hacerse violencia en todo, y por todos los días de la vida.

Agripina. A estas dos primeras ¿qué otra cosa es necesario agregar?

Paula. Una humildad y una obediencia constantemente uniformes.

Austrúda. Y sobre este cimiento ¿qué es lo que se ha de colocar?

Paula. Un sincero y ardiente amor de Dios, que nos desprenda y aparte de todo lo que pueda ser nocivo para nuestra salvación.

Agripina. Y ¿hasta donde debe extenderse este desasimiento y esta separación?

Paula. Hasta sacarnos los ojos, y cortarnos las manos y los piés, en caso de que sirvan de obstáculo para nuestrà salvación eterna.

Austruda. ¿A qué otra cosa más, es necesario dedicarse con atención y esmero?

Paula. Generalmente á todas cuantas obras puedan contribuir á nuestra salvación y la del próximo, y á honra y gloria de Dios.

Agripina. Demasiado es, á mi parcer, esto que dices.

Paula. No, no es demasiado; con tal que todo ello se contenga dentro de los límites de nuestro estado.

Austruda. Con que, según eso, ¿bien se necesita discernimiento para la elección que se hiciere de las buenas obras?

Paula. Sin duda; porque todo lo que no fuere propio de nuestro estado, no debe emprenderse ligeramente.

Agripina. ¿Tienes algunos ejemplos en comprobación de esto?

Paula. Aun cuando yo no los tuviese, bastaría la razón sola, para comprenderlo: no obstante eso, dos son los que ahora me ocurren: Jesucristo no quiso hacer de Juez árbitro en el ajuste de cierta diferencia ó contestación que había ocurrido entre dos hermanos, con motivo de una herencia, y el mismo Jesucristo tampoco quería á lo primero curar á la mujer Cananéa, con todo que ella se lo rogaba tan encarecidamente; por no haber sido enviado (decía él) á buscar más que las ovejas descarriadas de la Casa de Israel.

Austrúda. Manejandose de esta suerte, ¿no habrá peligro de caer en ilusión ni engaño?

Paula. No; antes bien, se estará en disposición de salir prontamente con la antorcha encendida, á recibir al Esposo, á la primer señal que hiciere, y entrar con él en la sala del banquete.

Agripina. Explícanos, si gustas, ésta parábola.

Paula. De muy buena gana: el Esposo es Jesucristo: la primer señal es la que nos anuncia una muerte ya cercana: la sala del convite es el Cielo: el banquete es la eterna Bienaventuranza.

Austrúda. A pesar del gran gusto con que te estamos oyendo, es preciso finalizar ya nuestra conversa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ción, para retirarnos á meditar espacio estas grandes é importantes verdades.

Paula. ¡Ojalá hagais de ellas todo el buen uso que Dios aguarda de vosotras!

Agripina Sobre esto vamos á trabajar con todo empeño: pídele á Dios, que bendiga nuestros buenos designios.

CONVERSACION XXV

SE CONTINÚA LA CONVERSACIÓN PRECEDENTE.

Agripina. Sobremanera obligadas nos has dejado con la conversación pasada; y desearíamos vivamente nos hiciéces el favor de continuarla.

Paula. Lo haré de buena gana; no necesitando yo más, que saber que esto es lo que á vosotras os complace, para que á mi me dé todavía mayor gusto.

Austrúda. No es precisamente ya la falsa Devoción, sobre la que deseamos oirte; sino sobre una menuda série de ciertas cosas, que son muy ordinarias en la vida cristiana.

Paula. Pues explicáos; que yo estoy muy pronta á satisfaceros.

Agripina. Ante todas cosas nos has de dar, si gustas alguna regla por donde nos gobernemos para cuando el mal humor llegare á apoderárse de nosotras.

Paula. Entre todos los defectos que padecemos, no sé que haya otro más gravoso que éste; ni que más vigorosamente necesite ser combatido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ción, para retirarnos á meditar espacio estas grandes é importantes verdades.

Paula. ¡Ojalá hagais de ellas todo el buen uso que Dios aguarda de vosotras!

Agripina Sobre esto vamos á trabajar con todo empeño: pídele á Dios, que bendiga nuestros buenos designios.

CONVERSACION XXV

SE CONTINÚA LA CONVERSACIÓN PRECEDENTE.

Agripina. Sobremanera obligadas nos has dejado con la conversación pasada; y desearíamos vivamente nos hiciéces el favor de continuarla.

Paula. Lo haré de buena gana; no necesitando yo más, que saber que esto es lo que á vosotras os complace, para que á mi me dé todavía mayor gusto.

Austrúda. No es precisamente ya la falsa Devoción, sobre la que deseamos oirte; sino sobre una menuda série de ciertas cosas, que son muy ordinarias en la vida cristiana.

Paula. Pues explicáos; que yo estoy muy pronta á satisfaceros.

Agripina. Ante todas cosas nos has de dar, si gustas alguna regla por donde nos gobernemos para cuando el mal humor llegare á apoderárse de nosotras.

Paula. Entre todos los defectos que padecemos, no sé que haya otro más gravoso que éste; ni que más vigorosamente necesite ser combatido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Austrúda. Y ¿qué medios habrá para eximirse de él?

Paula. Hay muchos. Primeramente, es necesario echar mano de la reflexión, y consideran atentamente, cuan vergonzoso es dar lugar á que la razón, y aun la religión, queden como sepultadas en un humo, que en su principio y su fin no es más que un poco de polvo.

Agripina. A mí me agrada mucho este medio, y aun me parece harto bueno.

Paula. Lo es con efecto: pues ¿qué cosa más eficaz para destruir este defecto, que la consideración de ser él quien sojuzga y avasalla lo mejor y más noble que tenemos, á lo más vil y despreciale que hay en nosotras?

Austrúda. Pues ¿qué? ¿Tan mala cosa es dejarse llevar del antoja de sus humores?

Paula. Lo mismo es eso, que si preguntases: ¿qué? ¿Tan malo es obrar como bestias? ¿Hallas tú acaso mucha diferencia entre estas dos cosas? Yo por mí, no la encuentro.

Agripina. ¿No hay algún otro medio para curar esta dolencia?

Paula. El que nos propone el Apóstol Santiago, (1) mandándonos que recurramos á la oración.

Austrúda. Pero eso de orar, no es ocupación gustosa ni apropósito para desterrar el mal humor.

(1) Jacob. 5. 15.

Paula. Verdad es, que ésta no es una ocupación gustosa; pero, no obstante, es cuanto cabe para disipar los malos humores; porque en la oración hablamos con Aquel que tiene un imperio soberano sobre las pasiones, como sobre todas las cosas; y que por consiguiente puede alejarlas de nosotras y desvanecerlas, según y como el Señor le pluguiere.

Agripina. Ahora me haces entender lo que yo no comprendia; pero díme: ¿es esto todo lo que hay que hacer para disipar estos humores que tanto nos incomodan?

Paula. Aún hay otro medio eficacísimo; que es el de descubrir francamente desde luego el estado en que aun se halla, á alguna persona de confianza, que pueda ayudarnos; y hecho esto, usar de cánticos ú otras cosas semejantes, que puedan recrearnos inocentemente.

Austrúda. Esa instrucción que acabas de darnos, jamás se la había oido yo á otra alguna persona; y me parece de las más importantes para la vida cristiana.

Paula. Como esta es una enfermedad demasiado común, es bien forzoso, que haya para ella diferentes remedios.

Agripina. Pasemos ahora, si te parece, á la conducta que es necesario observar en los trabajos; que son una cosa tan contínua en esta vida, que apénas se puede respirar ni un momento con libertad.

Paula. Lo primero que se debe hacer en estos lances, es suspender por algunos instantes los primeros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

movimientos del alma, cuando se ve acometida de ellos.

Austrúda. Y ¿por qué, díme, se ha de hacer esta suspensión?

Paula. Porque si no dáis lugar á la reflexión, antes de hacer ó de hablar, no podréis menos de cometer alguna falta.

Agripina. Con eso descubro ya el verdadero orígen de las que yo suelo cometer, cuando me sucede algún trabajo, pues confieso, que no me paro á recapacitar nada, y que me entrego sin reflexión á cualesquiera impresiones que se me presentan.

Paula. ¿Véis ahora las consecuencias que de ahí se siguen? Pues á fuerza de dejarse llevar de esas primeras impresiones, se contrae un hábito ó constumbre de no querer sufrir nada, que dura hasta la muerte.

Austrúda. Y ¿qué inconveniente tiene esto?

Paula. Aunque no tuviése otro, que el dar mal ejemplo á todas horas y á cada paso; el ser débil y cobarde todo la vida, y no saber jamás tolerar nada con constancia; ¿te parece todavía poco?

Agripina. Mas, para tener una tal constancia, se necesita la gracia de Dios, y una gracia muy eficaz.

Paula. Es así; pero Dios, que quiere que tengas esa fortaleza, y que la espera de tí, seguramente te la comunicará, si deveras se la pides.

Austrúda. Fácilmente comprendo ya, que esta mi debilidad y flaqueza proviene de lá precipitación que

tengo para hablar ó hacer algo en semejantes ocasiones.

Paula. Pues conoces ya la enfermedad de que adoleces, trata seriamente de curarte de ella.

Agripina. Y ¿se reduce á esto solamente lo que hay que hacer en el asunto?

Paula. Esto no es más que el principio; y así, es necesario pasar más adelante.

Austrúda. ¿Qué más es menester todavía?

Paula. Es necesario acudir prontamente á Dios; postrarse humildemente en su presencia; reconocerse dignas de ser tratadas de aquella manera; aceptando y ofreciendo al Señor los trabajos.

Agripina. ¿Y es eso todo?

Paula. Se le han de pedir también á Dios las fuerzas necesarias para esto; pues por nosotras solas no somos capaces de sufrir nada como es debido.

Austrúda. ¿Con que en suma: lo que tú quieres es, que se ore, y que se ore mucho?

Paula. Sí; eso es preciso, porque sin el socorro de aquella nueva gracia, que Dios suele conceder á la oración bien hecha, conoceremos, sí, lo que debemos practicar; pero no tendremos fuerzas para ello.

Agripina. Ya no me espanto de no haber hecho nunca buen uso de mis sufrimientos; porque nada de eso que tú dices, ejecutaba yo; contentándome únicamente con decir, ó á lo menos, con pensar, que era una desdichada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paula. A todo lo expresado es menester añadir un amor sincero á los sufrimientos, y una disposición de alma, que nos halle siempre aparejadas á recibirlos.

Austrúda. Bien conozco, que todo es admirable; mas dudo tener fuerzas para cumplirlo, cuando llegue la ocasión.

Paula. Pues has de saber, no obstante, que cuando llegue la ocasión, y no fuera de ella, es cuando se ha de manifestar la virtud; porque el que no la muestra entonces, dá á entender, no que le falta la virtud, sino que la posee absolutamente.

Agripina. Todo cuanto dices nos haces suma fuerza y nos convence; prosigue con tus documentos.

Paula. Si quisiéreis acertarlo, comensad esta obra desde muy luego, y aplicáos particularmente á venceros en las pequeñas ocasiones; porque si en esto os descuidáreis, nunca, nunca seréis capaces de sostener las grandes.

Austrúda. Cuando dices, que es necesario mirar con amor los sufrimientos, ¿dás á entender, que también es menester buscarlos?

Paula. No, no hay necesidad de eso; porque á cada paso tropezamos con ellos, como nos sucede con las flores en la Primavera. A lo que vamos es, á que cuando se nos presentaren, los recibamos bien; y para recibirlos bien, es necesario amarlos, ó á lo menos, no tenerles demasiada repugnancia.

Agripina. No cabe más en el asunto. Enséñanos

ahora, como nos hemos de haber y portar en nuestras faltas diarias.

Paula. Sentad desde luego, como un principio cierto, que nunca jamás han de cometerse con propósito deliberado; que es menestes no tener nunca afecto á ellas; y que, luego que se hubieren cometido, debe concebirse un verdadero dolor de ellas, humillarse, y pedir perdón á Dios.

Austrúda. Te parece, que sería muy útil mantenerse por mucho tiempo en esta disposición?

Paula. Siempre que esta disposición venga, ó sea inspirada por el Espíritu Santo; nunca parecerá demasiada su duración; pero se necesita mucho cuidado en eso; porque sucede, y no pocas veces, tenerse por disposición de lo Alto, lo que es puramente un secreto disgusto del amor propio, que se enfada y se aflige de verse siempre imperfecto.

Agripina. Aquí nos descubres ya un nuevo lazo del demonio.

Paula. Pues haced todos los esfuerzos posibles, para no dejaros sorprender de él.

Austrúda. Enséñanos, si quieres, cómo se podrá hacer el debido dicernimiento en este punto.

Paula. Eso es fácil: el dolor que viene de parte del Espíritu Santo, es suave y apacible, el otro está lleno de turbación y amargura; el del Espíritu Santo, nos inclina á la humildad y nos hace más humildes; el otro no hace sino fomentar y fortalecer la soberbia; el del Espíritu Santo nos hace más precavidas, avisadas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y vigilantes; el otro nos lleva y encamina hacia el desaliento y el abandono.

Agripina. Y ¿darías tú á alguien el consejo de que estuviése pensando siempre en sus faltas?

Paula. Eso no sería útil; y aún recelo, que pudiera ser perjudicial. Bastará pensar en ellas el tiempo del examen, y cuando haya necesidad de algún contrapeso para reprimir el orgullo. El hacerlo de otra suerte, sería descaecer demasiado, y inhabilitarse para servir á Dios con libertad, confianza y alegría; disposiciones que indispensablemente se requieren para hallar dulzura en el servicio de Dios.

Austrúda. Siendo este el uso que se debe hacer de las propias faltas; ¿cuál es el que se ha de hacer de las agenas?

Paula. Es necesario tratar cuidadosamente de no notarlas; es necesario, en cuanto haya arbitrio, apartar de ellas la imaginación; y en caso de haber de pararla algún poco, es menester que se haga con el fin de disculparlas, ó con el de tomar algunos medios para precaverlas.

Agripina. ¿Y no será permitido el hacer conversación de ellas con personas juiciosas y de confianza, como veo se practica frecuentemente; an especial cuando las faltas de que se habla, no fueren muy substanciales?

Paula. Sean las que fueren las faltas; cualquiera que sin necesidad habláre de ellas, da á entender que no tiene mucha Religión.

Austrúda. ¿Cómo puede ser eso, á vista de los repetidos ejemplos que acabo de citarte?

Paula. Vedlo claro: porque la Religión nos obliga á que reprimamos nuestra lengua; á que ocultemos las faltas del próximo; á que jamás ofendamos á nadie. Y no tiene la menor duda, que el que sin necesidad habla de las faltas agenas, hace todo este mal.

Agripina. Otras muchas cosas teníamos que preguntarte, si no temiésemos serte ya molestas: dínos solamente, para concluir, aunque no sea más que una palabra acerca de los Sacramentos, la Oración, y lectura de buenos Libros.

Paula. Por lo tocante á los Sacramentos, á lo que se ha de tirar principalmente es, á sacar siempre fruto de ellos.

Austrúda. ¿Y qué será mejor? ¿Recibirlos con frecuencia, ó recibirlos pocas veces?

Paula. Lo que importa es, que no echéis en olvido, que el comulgar con frecuencia, ó el hacerlo raras veces, no es lo que nos santifica, sino el comulgar dignamente: aunque mejor sería comulgar frecuentemente, siempre que se estuviése en buena disposición para ello. (1)

Agripina. Por lo menos, el espíritu y la intención de la Iglesia es, que se comulgue con frecuencia.

Paula. Es verdad; con tal que esto se haga santamente.

(1) Véase la conversación LXVI. Tom. III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Austrúda. ¿Y qué regla hemos de seguir en esto?

Paula. La que os prescribiere el Confesor que Dios os hubiese dado; porque en el mismo hecho de dároslo, manifiesta ser su voluntad, que le obedezcais.

Agripina. Vituperarías tú el que se quisiera comulgar cau frecuencia, nada más que porque se vé, que otras comulgan á menudo?

Paula. Peligrosa sería esta conducta. Así, lo que debe hacerse es, exponer ó insinuar solamente sus deseos; después dejarse gobernar, y darse siempre por contenta con lo que dispusiere nuestro Director.

Austrúda. ¿Se ha de entender esto mismo respecto de la Oración?

Paula. Sí; tanto de la Oración interior que se llama *mental,* como de la exterior ó *vocal:* al Confesor le toca igualmente reglar el tiempo de la una, y la cantidad ó extensión de la otra.

Agripina. ¿No hay algún otro género de Oración, á que poder dedicarnos?

Paula. Todas las demás se reducen á una de estas dos. No obstante, hay una especie de Oración, que es sumamente útil, y consiste en tener siempre el corazón unido á Dios, y en elevarse de cuando en cuando hacia él, por medio de unos ímpetus ó afectos encendidos, y vivas aspiraciones, que se llaman Oraciones *jaculatorias;* las cuales debieran ser muy contínuas y muy fervorosas.

Austrúda. Por lo que hace á la lección de buenos Libros, ¿cuál es tu dictamen?

Paula. Que se deben leer pocos; que los que se lean, se hayan de leer bien; y que se escojan con preferencia aquellos, que corren con universal aceptación.

Agripina. ¿Qué es lo que se ha de buscar en su lectura?

Paula. Aquello que sea capaz de iluminar el entendimiento; de nutrir é inflamar el corazón; y también de hacer emplear las manos.

Austrúda. ¿Qué quieres decir con esa expresión de emplear las manos?

Paula. Lo que quiero decir es, que todas nuestras luces, y buenos movimientos interiores deben enderezarse á la práctica; pues de otro modo, sería exponerse á ilusión y engaño.

Agripina. No hay ya para qué detenerte más: nosotras quedamos plenamente satisfechas con tus instrucciones, y vamos á trabajar sobre ponerlas en ejecución.

Austrúda. Yo puedo asegurar, que mi sentir es en todo igual al de mi compañera; y que no cabe estar ni más contenta, ni más agradecida, ni más pronta que lo que yo estoy, para aprovecharme de todos tus documentos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LAS CONVERSACIONES QUE COMPRENDE ESTE TOMO.

		Págs.
Conversación I.	Sobre la Educación.....	1
II.	Sobre la Civilidad.....	7
III.	Sobre las cualidades que hacen conjeturar felizmente de una niña soltera.....	12
IV.	Sobre lo bueno y lo malo que hay en los Niños.....	20
V.	Sobre lo que hace recomendable á una niña de calida en el mundo...	27
VI.	Sobre la Reputación.....	38
VII.	Sobre los discursos del mundo.....	42
VIII.	Sobre la Murmuración.....	47
IX.	Sobre la Mentira.....	53
X.	Sobre la Razón.....	58
XI.	Sobre el buen Espíritu.....	67
XII.	Sobre la igualdad de Espíritu.....	74
XIII.	Continuación de la Conversación antecedente.....	82
XIV.	Sobre el Espíritu, ó el entendimiento y el juicio.....	91

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.

Conversación XV. Sobre las altercaciones y pleitos 99
XVI. Sobre lo precioso que es el Tiempo... 103
XVII. Sobre los Cuentos y chismes..... 9
XVIII. Sobre los medios de tener paz con todo el mundo..... 124
XIX. Prosigue la Conversación antecedente..... 130
XX. Sobre las Pasiones..... 137
XXI. Sobre la Envidia y los celos..... 144
XXII. Sobre las Aficiones ó inclinaciones particulares..... 153
XXIII. Sobre la Devoción..... 158
XXIV. Sobre la verdadera y la falsa Devoción..... 164
XXV. Se continúa la precedente..... 171

FIN DEL TOMO I.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACIONES

SOBRE ASUNTOS MORALES.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACIONES

SOBRE DIFERENTES

ASUNTOS DE MORAL

MUY A PROPÓSITO PARA IMBUIR Y EDUCAR EN LA PIEDAD

A LAS SEÑORITAS JOVENES

Obra sumamente útil á todas aquellas personas que tuvieren á su cargo la educacion de Niñas: escrita por

MR. PEDRO COLLOT,

cura de Chévreuse, en el Arzobispado de París, y Dr. de la Sorbona

TRADUCIDAS DEL FRANCES AL CASTELLANO

coordinadas con nuevo y más oportuno método, y exornadas con algunas notas, por el

DR. D. FRANCISCO FERNANDO DE FLORES,

Colegial Teólogo, Catedrático de Filosofía y el primero que hubo de Lengua Griega en los Estudios generales y públicos del Real Seminario Conciliar, Palafoxiano de la Puebla de los Angeles; Substituto de la de Hebreo en la Universidad de Salamanca; y Capellán del Real Monasterio de la Visitación de esta Corte.

Precede á ellas un discurso del mismo Traductor sobre la importancia suma de la buena educación y unos saludables Avisos á los Padres de familia.

TOMO II

MEXICO
CASA EDITORIAL DE MANUEL GALINDO Y BEZARES
Montepío Viejo núm. 7

1892

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tamquan parvulis in Christo, lac vobis potum dedi, non escam.

"Asi como una Madre no da otro alimento á sus hijos que la leche, por "considerar todavía muy debil su estómago para digerir manjares más sólidos; "así yo aqui os he descubierto los misterios más fáciles y más perceptibles." I. Corinth. cap. III. v, I. et, 2.

Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat: sed siquis bonus, ad aedificationen fidei, ut det gratiam audientibus.

"Cuidad mucho de que no salga de vuestra boca ningún discurso ni palabra "indecente, sino por el contrario, haced que todas vuestras "Conversaciones" "se dirijan á edificar é inspirar piedad á quien os oyere. Ephes cap. IV. v, 29.

Es propiedad del editor en los términos que marca la ley.

CONVERSACIONES SOBRE DIFERENTES PUNTOS DE PIEDAD.

CONVERSACION XXVI

Sobre la Virtud

Leonor. Hace ya tanto tiempo que no tengo el gusto de verte, que estoy enfadada de veras.

Sofía. Nunca pudieras estarlo tú tanto como yo lo estaba; y aun llegué ya á temer que me habrías olvidado enteramente.

Victoria. No era posible olvidar á una persona como tú; y más bien se pudiera una olvidar de sí misma.

Sofía. Yo aprecio, como es debido, la bondad con que me favorecéis; y para corresponder en algún modo á ella, estoy pronta á satisfacer á todo cuanto quisiéreis preguntarme.

Leonor. Pues, si gustas, háblanos hoy acerca de la *Virtud*; y dinos, ¿qué diferencia hallas entre ella y la *Devoción*? Pues, según parece, más caso hac es de una que de otra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sofía. A eso os diré, que la una no es la otra; pero que, cuando son verdaderas, casi nunca se separan.

Victoria. Pues ¿por qué haces más caso de una que de otra?

Sofía. Porque es más fácil padecer engaño en la una, que en la otra.

Leonor. ¿En cual de ellas? Dí.

Sofía. En la devoción.

Victoria. Ya decía yo, que esta no era tan amiga tuya, como aquella: ¿y podré, sin incurrir en la nota de curiosa, preguntarte, por qué razón?

Sofía. Porque la devoción, en no siendo verdadera, no tiene más que exterioridades y apariencias: lo cual no es capáz de acarrear un contentamiento sólido.

Leonor. Pero eso, en caso de ser así, ¿no será por defecto de la devoción, sino de los que la practican?

Sofía. Es verdad; pero esto no quita que se tenga disgusto, cuando se vé que frecuentemente se toma la sombra por la realidad, y en vez de la verdad, lo que es mera apariencia.

Victoria. ¿Y nada de esto hay que temer en la virtud?

Sofía. Con tu licencia, no es eso lo que yo quiero decir; pues también hay falsa virtud, así como hay devoción falsa; pero es más dificultoso engañarse en esta parte.

Leonor. ¿Me dirás porqué?

Sofía. Porque la virtud no consiste en exterioridades, sino en acciones realmente virtuosas, y estimadas de todo el mundo por tales.

Victoria. Con que en materia de virtud ¿no hay que contentarse ni estar pagadas de exterioridades y apariencias, como sucede en la devoción?

Sofía. No; se desea, además de eso, algo de real y de sólido; y alguna cosa que merezca la aprobación y estima de todos.

Leonor. Comprendo ya, que es difícil engañarse en este punto. Danos ahora á conocer la virtud si gustas.

Sofía. Pues digo, que en el interior es donde se la debe considerar primeramente; porque allí es donde empieza á arreglar todas las cosas, para pasar luego al exterior.

Victoria. Y ¿qué es lo que regla en el interior?

Sofía. Todo.

Leonor. ¡Ay! ¿Qué es eso de *todo*?

Sofía. Los pensamientos, los deseos, las inclinaciones, los movimientos del alma, del corazón, del espíritu, y aun la imaginación.

Victoria. Según eso, las pasiones el, genio, los gustos interiores, y las inclinaciones naturales ¿estarán igualmente sometidas á su imperio?

Sofía. Sí por cierto; nada se la escapa; y así, ella manda y sujeta á su arbitrio todo lo que necesita ser conducido por las reglas de la razón y de la Religión.

Leonor. ¡Qué gusto me da oirte! Y ¡qué de atractivos tiene ya para mí la virtud!

Sofía. Pues prosiguiré pintándotela. Del interior pasa al exterior; en el cual hace, que por la conducta y porte se eche de ver toda la belleza que ella tiene en el interior.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Victoria. Y qué es lo que hace ver en el exterior?

Sofía. En las palabras, un fondo grande de caridad y humildad; en las miradas, un fondo de circunspección y modestia; en las acciones, un fondo de justicia y equidad, de actividad y moderación.

Leonor. No comprendo bien estos dos términos, *actividad y moderación* ni sé tampoco, de qué manera puedan estar juntos en un mismo sugeto.

Sofía. Con todo, es cosa muy fácil: la actividad hace que él no sea lento ni perezoso; y la moderación hace, que no sea demasiadamente ligero ni precipitado. Y esto es lo que forma una conducta cabal y cumplida.

Victoria. ¿A eso, y nada más, se reduce todo lo que la virtud obra en quien la posée?

Sofía. Si se hubiera de decir todo, sería nunca acabar; porque no hay cosa buena ni amable que no sea efecto de la virtud.

Leonor. Pero ¿y qué otra cosa más?

Sofía. Te diré, que la virtud jamás se abandona enteramente ni al gozo, ni á la tristeza; porque tiene bien observado, que lo uno sucede muy presto á lo otro; y que el tiempo de lo uno es preparación para lo otro (1).

Victoria. ¿Se mantiene igual ó uniforme en la prosperidad y en el infortunio?

(1) Prov. 14. 13. Ipsae voluptates in tormenta vertuntur, dice Séneca.

Sofía. Por dondequiera se la encuentra sensible á todo; pero siempre fuerte y constante, sin abandonarse á movimiento alguno, que sea irregular; perseverando fijamente asida á la voluntad de Dios.

Leonor. Manifiéstanos, cómo se há y como se porta en medio de las tentaciones.

Sofía. Unas veces huye; otras veces combate; pero siemqre busca en Dios la fortaleza que necesita para vencer.

Victoria. Y si aconteciere, que llegue á ser vencida, ¿qué semblante pone entonces?

Sofía. El aspecto que muestra, es siempre vigoroso y constante. Se aflige y se humilla; pero sin descuidarse en hacer por levantarse prontamente; de forma, que tan presto como se la ve caída, se la ve levantada otra vez. En nna palabra; su dolor es un dolor sobrenatural y divino, que, al paso que la penetra hasta el alma, la muda, la convierte, y la realza por medio de uua firme confianza en Dios.

Leonor. !Oh, qué tesoro tan amable el de la virtud! ¡Ojalá le poseyésemos nosotras, y pudiésemos conservarle por todos los días de nuestra vida!

Sofía. Pues solo en vosotras consiste esto; con tal que en todas las cosas séais muy fieles para cooperar con la Gracia, y querrais trabajar sobre esto, sin intermisión, y aprovechando los instantes.

Victoria. Una vez poseída ya la virtud ¿no se podrá vivir con todo descuido?

Sofía. Nada menos que eso; porque todo conspira á robárnosla, ó por lo menos, á que se disminuya en nos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otras: así que la virtud es fruto de un trabajo que ha de durar tanto como la misma vida.

Leonor. Pero á lo menos, este trabajo se minorará y suavizará con el tiempo.

Sofía. Verdad es; con tal que no se interrumpa jamás; pues en cesando, aunque no sea más que por un momento, de remar contra la impetuosa corriente de las pasiones, cualquiera se verá muy luego arrebatado de ella.

Victoria. Esto es hecho: yo estoy resuelta ya á trabajar incesantemente para adquirir un tesoro, que ha de ir conmigo á la eternidad.

Sofía. ¡Cuán recocijada me siento, al ver tu modo de pensar! Pero lo que contribuirá mucho para que llegues á ser virtuosa es, que procures siempre acompañarte con personas que lo sean.

Leonor. Pues ¿qué ventajas son las que en esto se encuentran?

Sofía. Que la sola presencia de estas, aun cuando nada hablen ni hagan, mueve y anima á la virtud.

Victoria. Perfectamente satisfechas nos retiramos de esta conversación; y llenas de un justo reconocimiento á la bondad con que te has servido de comunicarnos tus luces.

CONVERSACION XXVII

SOBRE LOS DEFECTOS DE QUE ES NECESARIO DESCONFIAR MAS EN EL EJERCICIO DE LA VIRTUD.

Francisca. He aquí, que has venido muy á tiempo, para explicarnos ciertas dificultades que nos causan bastante embarazo.

Teresa. Favor, y no pequeño, me haríais vosotras, si tuviéseis á bien, que yo me aprovechase de vuestros conocimientos.

Helena. Los tullos son los que aguardamos con impaciencia, y sobre que contamos de positivo.

Teresa Creedme, dejémonos de cumplimientos, y hablemos con toda sencillez y alternativamente.

Francisca. Dínos, si gustas, ¿cuáles son los defectos de que es necesario desconfiar más en el ejercicio de la virtud?

Teresa. A mi parecer, son estos: la curiosidad, el hablar demasiado; las inclinaciones particulares, y la envidia.

Elena. Esas son muchas cosas á un tiempo.

Teresa. Es verdad; pero si ponéis cuidado, apénas hallaréis una virtud, que esté enteramente excenta de estos defectos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Francisca. Yo compadez comucho á la virtud, si á tantos defectos está sujeta.

Teresa. Tienes sobrada razón; pero ese es el triste estado de esta vida.

Elena. ¡Dichoso el que de ellos se preserva!

Teresa. Sobre eso es menester trabajar continuamente.

Francisca. Pero estos cuatro defectos no siempre se encontrarán juntos en una misma persona.

Teresa. Verdad es; pero has de saber también, que con uno solo que hubiere, basta para echarlo todo á perder.

Elena. ¿Tan malo, como todo eso, es tirar á satisfacer su curiosidad?

Teresa. Confieso, que no toda curiosidad es igualmente vituperable.

Francisca. Pues ¿qué curiosidad es la que tú condenas absolutamente en el ejercicio de la virtud?

Teresa. Aquella que solo sirve para apacentar vanamente el entendimiento, y para entretener inútilmente el corazón.

Elena. De esa manera, yo no me conozco muy delincuente en este punto.

Teresa. Sea así enhorabuena: pero ¿cuántas veces te sucede cada día, asomarte á la puerta, ó por algún balcón ó ventana; echar miradas sin necesidad, ya cuando vas por la calle, ó ya estando en la Iglesia; dar indiscretamente oidos á cosas en que no te va ni te viene; hacer á cada paso cien preguntas, que suelen

ser tan molestas para los demás, como perjudiciales para tí?

Francisca. Jamás he dado yo en que nada de esto pudiera servirme de perjuicio.

Teresa. Pues eso mismo indica, que casi no te conoces á tí propia. Porque, ¿de qué provienen esas distracciones perpetuas en el rezo, esas faltas de aplicación del espíritu en la oración, esas sequedades y aridezes en la comunión; esa tibieza, ese caimiento insoportable en todos los ejercicios de piedad cristiana?

Elena. Yo veo, que no se puede menos de ceder á la fuerza de esta puntual enumeración que acabas de hacer. Pero ¿te parece á tí, que el demasiado hablar es tan nocivo como la curiosidad?

Teresa. Has de estar en la inteligencia de que la curiosidad es el menor de los defectos que he especificado.

Francisca. Pues ¿en qué puede perjudicar el hablar mucho?

Teresa. ¿Te parece poco la pérdida del tiempo, la de la salud, y la de la Gracia?

Elena. Yo bien entiendo, cómo se puede perder el tiempo y aun la salud; pero que también se pierda la Gracia eso no lo alcanzo.

Teresa. ¿Por ventura se puede estar hablando largo tiempo; sin cometer muchos pecados?

Francisca. Yo, por mi parte, así lo pensaba.

Teresa. Eso es dar á entender, que tienes tú más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocimiento que el Sabio (1); el cual asegura que los discursos dilatados no estarán excentos de culpa.

Elena. Pero ¿qué pecados pueden cometerse por hablar mucho?

Teresa. Unas veces se falta á la caridad; otras á la humildad; otras á la verdad; y siempre al espíritu de mortificación.

Francisca. ¿Encuentras estos mismos inconvenientes en las aficiones ó inclinaciones particulares?

Teresa. No son menos, por cierto, los que encuentro.

Elena. Más no toda aficción es viciosa.

Teresa. Es verdad, pero ¿donde estan las que no llegan á hacerse tales, andando el tiempo?

Francisca. ¿Acaso el tiempo tiene que ver algo en eso?

Teresa. Sí, sin duda; porque aquello que al principio era inocente, suele á veces degenerar con el tiempo, y ya deja de ser inocente.

Elena. ¿Qué señales hay para conocer este linaje de aficiones?

Teresa. Más fácilmente pueden sentirse, que explicarse.

Francisca. Con que ¿no hay más arbitrio, que examinarse cada una á sí misma, para conocerlas?

Teresa. Mucho mejor y más acertado será prevenir este mal, que haber de buscar remedio para curarle.

Elena. Pero al fin, una vez conocido el daño, suplica más pronto el remedio.

(1) Prov. 10. 19

Teresa. No siempre sucede así; porque si este mal en su principio es á manera de una centella ó una chispa, fácil de apagarse; cuando llega á hacerse progresos, es como un incendio, que no se puede atajar.

Francisca. ¿Y dices otro tanto, por lo tocante á la envidia?

Teresa. Este defecto sobrepuja á todos los referidos, y acarréa mucho peores consecuencias.

Elena. Pues ¿qué? ¿No es justo querer cada una ser tratada como las demás, por aquellos qne son igualmente deudores á todos?

Teresa. Esa es puntualmente la capa con que se cubre este vicio: pero ¿quién no advierte el engaño?

Francisca. Yo por mí, confieso, qne no le descubro.

Teresa. Eso es muy propio de este vicio; tapar los ojos de aquellos que han llegado á ser aficionados de él.

Elena. ¡Qué! ¿No digo yo bien en eso, de que es razón que haya igualdad para todos?

Teresa. El que piensa con verdadera humildad, tiene creido que nada se le debe á él; recibe con todo agradecimiento aquella porción que se le dá; y mira el bien que se le hace, no como deuda, sino como pura gracia: así que, siempre está contento, de cualquier manera que se le trate.

Francisca. Pero ¿tampoco será permitido andar reparando en si se hace más con los otros que con él?

Teresa. Cabalmente es ese el escollo de los soberbios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Elena. Y ¿por qué esta emulación no se ha de atribuir más bien á un deseo de adelantar en la virtud?

Teresa. En lugar de *emulación*, dí *envidia*; y te explicarás con más propiedad.

Francisca. Pues ¿en que conoces tú, que esto es envidia, y no emulación?

Teresa. En las quejas, murmuraciones, descontentos secreros, y amilanamientos que de ahí se originan siempre: lo cual nunca se encuentra en la que es verdadera emulación.

Elena. ¿Con que en eso quieres darnos á entender, que un alma envidiosa se vé cogida y hecha presa de todas estas consecuencias de la envidia?

Teresa. No hay necesidad de decirlo; harto lo experimentan todos los que adolecen de este achaque.

Francisca. Muchos escollos son esos para la virtud.

Teresa. Tienes razón; por eso mismo, no en valde se nos recomienda tanto la vigilancia en el Evangelio (1)

Elena. Dándote las debidas gracias por este nuevo hallazgo. nos vamos á trabajar con todo empeño, para aprovecharnos de él.

(1) Matth. 24· 42.; Marc. 13. 33.; Luc. 21. 36 : Et alib.

CONVERSACION XXVIII

SOBRE LOS OBSTÁCULOS PARA EL ADELANTAMIENTO EN LA VIRTUD.

Delfina. Siendo muy grande el deseo que tenemos de hacer progresos en la virtud; me parece que atrasamos, más que adelantamos.

Eufemia. No obstante eso, ya sabéis, y se os repite frecuentemente, que *en el camino de la virtud el no adelantar es retroceder*.

Fructuosa. Ya se vé que lo sabemos; y eso mismo es lo que nos da pena.

Eufemia. Pero pregunto yo: ¿habéis indagado con toda seriedad, cuál pueda ser la causa de esto?

Delfina. Hasta ahora nos hemos contentado solamente, con lamentarnos de ello.

Eufemia. Eso no basta, no; es necesario llegar hasta la raiz del mal, para aplicar el conveniente remedio.

Fructuosa. Nosotras lo atribuiamos á nuestros pecados.

Eufemia, Pues no solamente los pecados son los que suelen atajarnos en el camino de la virtud.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Elena. Y ¿por qué esta emulación no se ha de atribuir más bien á un deseo de adelantar en la virtud?

Teresa. En lugar de *emulación*, dí *envidia*; y te explicarás con más propiedad.

Francisca. Pues ¿en que conoces tú, que esto es envidia, y no emulación?

Teresa. En las quejas, murmuraciones, descontentos secreros, y amilanamientos que de ahí se originan siempre: lo cual nunca se encuentra en la que es verdadera emulación.

Elena. ¿Con que en eso quieres darnos á entender, que un alma envidiosa se vé cogida y hecha presa de todas estas consecuencias de la envidia?

Teresa. No hay necesidad de decirlo; harto lo experimentan todos los que adolecen de este achaque.

Francisca. Muchos escollos son esos para la virtud.

Teresa. Tienes razón; por eso mismo, no en valde se nos recomienda tanto la vigilancia en el Evangelio (1)

Elena. Dándote las debidas gracias por este nuevo hallazgo. nos vamos á trabajar con todo empeño, para aprovecharnos de él.

(1) Matth. 24· 42.; Marc. 13. 33.; Luc. 21. 36 : Et alib.

CONVERSACION XXVIII

SOBRE LOS OBSTÁCULOS PARA EL ADELANTAMIENTO EN LA VIRTUD.

Delfina. Siendo muy grande el deseo que tenemos de hacer progresos en la virtud; me parece que atrasamos, más que adelantamos.

Eufemia. No obstante eso, ya sabéis, y se os repite frecuentemente, que *en el camino de la virtud el no adelantar es retroceder*.

Fructuosa. Ya se vé que lo sabemos; y eso mismo es lo que nos da pena.

Eufemia. Pero pregunto yo: ¿habéis indagado con toda seriedad, cuál pueda ser la causa de esto?

Delfina. Hasta ahora nos hemos contentado solamente, con lamentarnos de ello.

Eufemia. Eso no basta, no; es necesario llegar hasta la raiz del mal, para aplicar el conveniente remedio.

Fructuosa. Nosotras lo atribuiamos á nuestros pecados.

Eufemia, Pues no solamente los pecados son los que suelen atajarnos en el camino de la virtud.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Delfina. Descúbrenos, en amistad, los demás impedimentos que hubiere, para que los remediemos prontamente.

Eufemia. ¿Por ventura no consistirá también en que quizá no velaríais bastantemente sobre vuestras inclinaciones naturales, sobre el humor, sobre la propia voluntad y sobre el propio juicio?.

Fructuosa. Pero nosotras no advertimos, que en nada de todo eso pueda haber tanto daño.

Eufemia Como aquí no se trata de retroceder, sino de adelantar; sucede lo mismo que con un Mercader, el cual no se contenta con no perder, sino que también quiere ganar; y mira todas las ocasiones en que no gana, como verdaderas pérdidas, y como verdaderos obstáculos para enriquecerse.

Delfina. En eso no nos parábamos nosotras á pensar.

Enfemia. Pues ved ahí cabalmente la causa de que no adelantéis, y de que perdáis tanto en el comercio ó negociación de la vida espiritual.

Fructuosa. Hazlo de modo que lo comprendamos mejor.

Eufemia. Todas cuantas veces siguiéreisá ciegas vuestras inclinaciones naturales, sin otra razón ni motivo, que el querer seguirlas; faltáis á la mortificación, á la violencia que debéis haceros para ganar la victoria sobre vosotras mismas. Y pregunto: el obrar de esta suerte, ¿no es dejar de ganar?

Delfina. Pero no hay obligación á tanto, como todo eso.

Eufemia. Si la hay, con vuestra licencia, si es que se desea adelantar en la virtud.

Fructuosa. Vivir de esa manera, es hacer la vida muy pesada y muy tediosa.

Eufemia. ¡Hola! ¿Acaso á un Mercader se le hace molesta ni pesada la atención con que á todas horas está como en acecho, para no dejar escapar ocasión ninguna de ganar algo?

Delfina. Eso mismo nos parece á nosotras una incomodidad suma.

Eufemia. Verisímilmente nace esto de no tener vosotras tantos deseos de adelantar en la virtud, como tiene un Mercader de acrecentar sus ganancias.

Fructuosa. Pero eso no disminuye ni minora la gracia de Dios.

Eufemia: ¡Ojalá! Más tampoco la aumenta seguramente; y para adelantar en la virtud, es necesario se aumente la gracia; puesto que el adelantamiento en aquella consiste en el aumento de esta.

Delfina. ¿Dices eso mismo, tocante al humor?

Eufemia. Lo propio digo; pues cuando este llega á dominar, es respecto de la gracia, lo que la cizaña respecto de la buena semilla, que la quita que crezca y fructifique.

Fructuosa. Esa comparación da á entender mucho.

Eufemia Verdad es; pero ved bien, si acaso dice algo de más.

Delfina. No habíamos pensado nosotras jamás en tal cosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eufemia. Bien está; pues no os quejéis de que nada adelantáis: esa es la causa.

Fructuosa. ¿Qué otra cosa más debemos hacer en adelante?

Eufemia. Es necesario ir combatiendo poco á poco vuestro humor; y no dejarle que se apodere y prevalezca.

Delfina. Más bien quisiéramos abolirle y quitarle de todo punto.

Eufemia. Sin duda que eso sería lo mejor; más en caso de que no podáis salir con ello, á lo menos, no le dejéis dominar jamás.

Fructuosa. ¿Y se debe temer otro tanto por lo que mira á la voluntad propia?

Eufemia. Lo mismo absolutamente.

Delfina. Pues ¿qué hay de malo en dar gusto á su propia voluntad?

Eufemia. Yo te pregunto á tí, ¿qué es lo que puede haber de bueno en hacerlo?

Fructuosa. Fácilmente creo yo, que eso no puede ser bueno.

Eufemia. ¿No consideráis, que eso es vivir en una inmortificación contínua?

Delfina. Convenimos en eso.

Eufemia. Ahora bien, decidme: la inmortificación ¿será un medio bueno ni á propósito para aumentar la gracia, que es de donde depende el adelantamiento en la virtud?

Fructuosa. Ya vemos, y aun palpamos este inconveniente.

Eufemía. Hay otro aún; y es, que haciendo siempre su propia voluntad, se está muy poco dispuestas para hacer la de otros.

Delfina. Pues ¿qué? ¿No es bastante el estar siempre prontas á obedecer á Dios y á los Superiores?

Eufemia. Eso bueno es; pero, de gracia, decidme: una persona acostumbrada á hacer en todo su voluntad, ¿obedece siempre de buena gana ni á Dios ni á sus Superiores?

Fructuosa. Debe hacerlo, por lo menos.

Eufemia. Bien dices, que debe hacerlo; pero ¿lo hace siempre? La envejecida costumbre de hacer en todo su voluntad, ¿no la asalta de mil maneras en estas ocasiones, haciéndola sentir mil repugnancias?

Delfina. Harto lo experimentamos, ciertamente.

Eufemia. Yo me alegro de que convengáis conmigo en esto: y decidme: una persona que desea con ansia adelantar en la virtud, ¿deberá contentarse con obedecer á Dios, y á sus Superiores? Eso sería no hacer más que lo mismo que el más imperfecto de los Cristianos está obigado á hacer.

Fructuosa. Yo bien entiendo, que esa tal persona está obligada á hacer alguna cosa más.

Eufemia. Hacedlo, pues, así, y extended vuestra obediencia á toda clase de personas, y á toda ocasión indistintamente: ahí es donde haréis lucir y resplandecer vuestra virtud.

Delfina. Resueltas estamos á hacerlo puntualmente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eufemia. ¿qué mérito tuviérais, ni qué progresos haríais, si no llegaseis hasta ese grado?

Fructuosa. Y por lo que toca á nuestro propio juicio, ¿qué pides hagamos?

Eufemia. Lo que os pido es, que tampoco á este le déis oidos; lo mismo que he dicho de todo lo demás.

Delfina. Pues ¿qué peligro encuentras tú en que se le oiga y obedezca?

Eufemia. El de que, si le diéreis oidos, tirará á persuadiros, que tenéis siempre razón.

Fructuosa. Y ¿qué? ¿No será bueno el obrar siempre en esta persuación?

Eufemia. No; se entiende cuando por un efecto de presunción, de tema y de ceguedad, se cree tener siempre razón.

Delfina. Admiración nos causa lo que sobre esto nos dices.

Eufemia. El que de verdad es humilde, lejos de creer que tiene siempre razón, teme las más veces no tenerla.

Fructuosa. Más ¿qué importa que se piense lo que se pensare, con tal que se obedezca?

Eufemia. Sin duda, que vosotras no pensáis en lo que decís, cuando habláis de esta suerte.

Delfina. Pues ¿qué malo es eso?

Eufemia. ¿No véis, que de esa manera perdéis todo el fruto de la obediencia? Es ciertro, que obedeceréis exteriormente; pero no obedeceréis de corazón, puesto que en el mismo hecho de obedecer vuestro propio juicio os hará pensar ó que se os hace agravio en mandaros, ó que se os manda mal.

Fructuosa. Verdad es, que á veces sucede puntualmente esto que tú dices.

Eufemia. Bien; y ¿qué juicio hacéis de una tal obediencia? ¿Será á propósito para haceros adelantar en la virtud?

Delfina. No, sin duda.

Eufemia. Pues no me preguntéis ya, por qué no adelantáis; y por que os estáis siempre en un mismo estado, esa es la causa.

Fructuosa. Tan obligadas quedamos á tí por todos esos descubrimientos, que no cahe más: y procuraremos aprovecharnos de ellos, con el socorro de la divina gracia.

Eufemia. Yo lo deseo con todas aquellas veras con que os amo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XXIX

SOBRE LAS VIRTUDES CARDINALES.

Angela. De buena gana vendríamos á conversar contigo para escucharte, si supiéramos que tenías algunos ratos desocupados; pero no quisiéramos tampoco quitarte aquellos momentos preciosos, que tan útilmente empleas.

Dorotea. A la hora que se trate de complaceros y serviros, me tendréis siempre pronta; mirando yo como muy bien empleado el tiempo que pasare con vosotras.

Constancia. Las dificultades que nos ocurre proponerte, son acerca de las *Virtudes* que llaman *Cardinales*; deseando con ansia saber, cuáles son estas; y por que se nombran así.

Dorotea. Cosa fácil es satisfaceros. Las Virtudes *Cardinales* son: *Justicia, Fortaleza, Prudencia y Templanza.* Llámanse: *Cardinales,* porque todas las demás Virtudes se fundan y se apoyan sobre ellas; y porque sin estas mismas no se pueden practicar las otras, según y como es menester.

Angela. entendemos ya la causa de su denominación. ¿Quieres decirnos ahora, qué juicio haces de cada una de estas virtudes en particular?

Dorotea. Comenzaré por la *Justicia,* diciéndoos, que esta virtud está casi desterrada de la sociedad de los hombres. Suelen encontrarse muchos, que son caritativos y que tienen compación; pero hay muy pocos, que sean justos y equitativos, por lo menos, en lo general.

Constancia. En verdad, nos sorprende el oir eso. Ten la bondad de decirnos, en qué te fundas para asegurar una cosa como ésta.

Dorotea. Vedlo aquí: porque en el ejercicio ó administración de la Justicia, se necesita muchas veces olvidarse de sus propios intereses, para dar valor á los de los demás; se necesita frecuentemente agravarse la carga á sí propio y á los Suyos, á sus parientes y Amigos, por aliviársela al pobre á la Viuda, y al huérfano, y aun á su propio enemigo. Y es constante, que hay pocas personas que lo hagan así: de donde nacen todas esas atroces injusticias que inundan la tierra.

Angela. Y ¿qué es lo que piensas en orden á la *Fortaleza.* ¿Por ventura es algo más común que la Justicia?

Dorotea. Esta virtud es también rarísima. Como no consiste solamente en la fuerza ó fortaleza del cuerpo, sino en la fortaleza del alma; hay muchísimos que juzgan tenerla, y no la tienen en realidad.

Constancia. Pues haznos favor de decir quienes son los que poseen esta virtud.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dorotea. Aquellos que son dueños de sí mismos, y que saben enseñorearse de sus pasiones. Aquellos que no saben lo que es ceder al tempr, ni á la adulación. Aquellos en fin, que intrépidamente practican el bien, sin ladearse nunca á la diestra ni á la siniestra.

Angela. Al paso que vas hablando, avivas más nuestro anhelo por saber, y por instruirnos. Dí, dí, que cosa es *Prudencia*.

Dorotea. Es una virtud sumamente amable, y sin la cual no es posible tener ecierto en nada casi: y aun digo más; que sin ella, los negocios mejores y más bien concertados, se barajan y malogran.

Constancia. Explícanos, si gustas, en qué consiste esta virtud.

Dorotea. Consiste en escoger el tiempo y los momentos oportunos para cada cosa: consiste en elegir los medios seguros y proporcionados, para salir bien de cualquier negocio. Con el socorro de esta virtud se sabe callar y hablár á propósito; se sabe obrar con oportunidad, y dejar de obrar también: en una palabra; sabe cada uno conducirse con acierto en todas las cosas.

Angela. Habiéndonos dicho ya tantas cosas acerca de estas tres Virtudes; ¿te queda todavía algo que añadir tocante á la *Templanza?* Porque á mí me parece, lo has dicho ya todo.

Dorotea. Si conociérais bien esta virtud, sabríais, que ella tiene sus peculiares caractéres ó señales, y ventajas, como las demás virtudes; y que no es menos necesaria en esta vida, que la Justicia, Fortaleza y Prudencia.

Constancia. Pues explícanos esos caractéres; porque estamos ya muy deseosas de saberlos.

Dorotea. Eta virtud es absolutamente necesaria para el ejercicio de las otros tres. Porque sin la Templanza, la Justicia no guardaría en todas las cosas en justo medio ni una justa igualdad: la Fortaleza podría tal vez degenerar en temeridad; la Prudencia sería muy tímida, ó demasiado cautelosa: con que la Templanza es la que hace que estas tres Virtudes se contengan dentro de los límites de una justa moderación.

Angela. Y pregunto: La Templanza no se extiende más que á moderar el ejercicio de solas estas tres Virtudes?

Dorotea. También sirve para moderar todas las demás cosas; como son, la comida y la bebida; el descanso y las diversiones; el adorno y los muebles de casa; y generalmente, todo lo concerniente á los placeres, regalos y comodidades de la vida.

Constancia. Antes de concluir nuestra Conversación, permite que te pregunte, ¿si podrán separarse estas Virtudes entre sí?

Dorotea. No por cierto, si es que se han de obtener en un perfecto grado; porque de tal modo se necesitan y se ayudan mutuamente, que, quitada una, todas las demás se debilitan y destruyen: así que, el que quisiere ser verdaderamente virtuoso, debe reunirlas todas, y no separarlas jamás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Angela. Quedamos sobremanera obligadas y reconocidas á las lecciones que nos has dado, y que ciertamente no podemos apreciar ni practicar como es debido; pero, no obstante, nos ausentamos de aquí con ánimo de trabajar á este fin cuanto esté de nuestra parte.



CONVERSACION XXX

SOBRE LA TEMPLANZA.

Catalina. Te tengo por demasiado escrupulosa, mediante no atreverte á probar siquiera una fresa, una guinda, ni un grano de uvas, fuera de las horas de comer.

Coloma. No es por escrúpulo el abstenerme yo de ese modo; sino por razón.

Genoveva. Pues que razón puede haber para eso?

Coloma. El no tener entonces necesidad; y para mí, la necesidad sola es la única razón para comer.

Catalina. ¿No tienes más razón, que esa?

Coloma. Y es muy suficiente; pero, pues me pedís alguna otra, voy á satisfaceros: mirad: si yo comiese hoy, fuera de la hora señalada, una guinda, mañana quizá comería cuatro, y pasado mañana, doce; y á este tenor iría quebrantando las reglas de la Templanza.

Genoveva. Tampoco yo aprobaría el que se comiesen tantas; pero el gustar una ú otra como de paso, ¿qué puede tener esto de malo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Coloma. En habiendo prudencia, para nada se toma licencia una persona, por el miedo de excederse.

Catalina. Pero díme: ¿qué tiene eso de malo?

Coloma. Ya lo he dicho; quebrantarse la Templanza; y obrar no tanto por razón, como por sensualidad.

Genoveva. Pues ¿qué? ¿Hay alguna ley, que tal prohiba?

Coloma. La misma ley, que nos obliga á guardar Templanza, nos prohibe también lo que puede ser contra ella.

Catalina. ¿Solamente se contraviene á esta virtud, comiendo sin necesidad y fuera de las horas regulares?

Coloma. También se quebranta cuando se come, ó se bebe con exceso.

Genoveva. Ese vicio es propio de gentes brutales; y así, nosotras no necesitamos tomar precaución ninguna contra él.

Coloma. Hay diferentes géneros de excesos: y aunque no siempre se incurra en los más torpes, ó más considerables, que son los que tú atribuyes á la gente brutal, no se infiere de ahi, que se haya de estar libres de todos.

Catalina. A lo menos nosotras, por la gracia de Dios, juzgamos estar exentas de todos ellos.

Coloma. ¡Ojalá sea así! Con todo eso, los mayores se ponían á considerar, cuán corto es el paso ó tránsito que hay desde la necesidad hasta la sensualidad.

Genoveva. ¿Quieres citarme alguno? Pues lo que yo busco es convencerme.

Coloma. No tienes más que abrir y leer el precioso libro de las Confeciones de S. Agustín (1), y allí verás los muchos temores, que con este motivo tenía este grande hombre y Doctor insigne.

Catalina. Yo entendí, que ibas á citar alguna niña; ó alguna devota mujer; y eso no me causaría admiración.

Colóma. Te cito uno de los mayores hombres y de los más célebres Doctores de la Antigüedad; así, no puede sospechar de él la menor debilidad ni flaqueza.

Genoveva. Cedo desde luego á una tal autoridad; temiéndome ya mucho no ser tan inocente en esta parte, como yo pensaba: pero pregunto: ¿no hay otros escollos que temer, además de los referidos?

Colóma. También se debe temer el gastar en comer y beber, más de lo que permite el estado y condición de cada uno; y tener una mesa suntuosa y espléndida.

Catalina. Pues ¿qué? En habiendo dinero para ello, ¿no se podrá gastar todo cuanto se quiera, en tener una mesa abundante y exquisita?

Colóma. No por cierto: en materia de comer y vestir, siempre es necesario que cada uno consulte á su condición y clase, y no precisamente á su bolsillo; y en caso de que el dinero le incomode, fácilmente se eximirá de esa molestia, entregándoselo ó repartiéndolo á los pobres.

Genoveva. ¿Esto es todo lo que hay que hacer, para no faltar en nada á la Templanza?

(1) Vease el libro 10 cap. 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Colóma. Es menester así mismo evitar el regalarse con demasiada delicadeza.

Catalina. Según eso, habrán de buscarse siempre las cosas más mal compuestas, y más desaseadas?

Colóma. No tanto; pero sí es menester no buscar con demasiada solicitud, que las cosas estén lo más deliciosamente sazonadas que ser pueda.

Genoveva. Con que ¿no será lícito reñir ni alzar el grito, cuando las cosas no estén á medida del paladar?

Colóma. Se podrá, sí, advertir y aun reprender seriamente esto mismo en un tono de voz regular; pero no levantar el grito, porque eso denota un alma sensual.

Catalina. Acaba, acaba de instruirnos, pues nos da mucho gusto oirte.

Colóma. Para guardar Templanza, es necesario también, cuidar mucho de no comer con una precipitación y con una ansia, que más antes parezca engullir y tirar á ahogorse, que á nutrirse.

Genoveva. Pero ¿qué se ha de hacer para comer despacio y con pausa, cuando el hambre aprieta mucho?

Colóma. ¿Qué se ha de hacer? Comer como racionales, y no como bestias.

Catalina. Esta respuesta me hace acordar al presente, de que en otra Instrucción, antes de ahora, se explicaron los diferentes modos que hay de comer: si quisieras repetirlos aquí, nos darías un grandísimo gusto en ello.

Colóma. A lo que yo me acuerdo, son los siguientes. Comer como bestia, es comer por contentar la

sensualidad: comer como hombre, es comer conforme á la razón: comer como Cristiano, es comer por voluntad de Dios y para gloria suya: comer como Angel, es comer alimentándose interiormente con la presencia de Dios.

Genoveva. Después de haber recibido de tí tantas instrucciones, solo nos resta ahora darte las debidas gracias, y suplicarte pidas al Señor, nos haga la merced de que las pongamos fielmente en práctica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XXXI

SOBRE LA HUMILDAD.

Atanasia. Después de haberte dejado descansar todos estos días de fiesta, ¿tendrás á bien, que te interrumpamos por uu instante, para aprovecharnos de tus luces.

Teodosia. Yo extraño ciertamente, que gastéis preámbulos conmigo: ¿no sabéis ya, que estoy enteramente dedicada á todo aquello que os pueda complacer?

Cornelia. Unas palabras como estas, nos ensanchan el corazón, y nos inspiran confianza. Dinos, pues, (si gustas) qué juicio haces de la virtud de la *Humildad*; porque ha mucho tiempo que deseamos oirte sobre este particular.

Teodosia. Gustosamente admirada estoy de ver el celo que manifiestas por esta amable virtud; pues ella es el fundamento y basa de todas las demás virtudes: con ella todo se hace, y todo es virtud; sin ella, aun las mismas virtudes suelen volverse vicios.

Atanasia. No perdamos tiempo: empieza ya á tratar derechamente del asunto; porque lo deseamos en extremo.

Teodosia. Justo es ceder á vuestros deseos. Pues, para que esta virtud sea verdadera, debe estar universalmente difundida por toda la persoua que la posée; quiero decir; en su espíritu, en su corazón, en sus palabras, y en sus acciones.

Cornelia. Y díme: ¿qué impresión debe hacer en su espíritu?

Teodosia. Debe desterrar de él toda estimación propia; y hacer que en su lugar se engendre y suceda un menosprecio cristiano.

Atanasia. Con que, una persona que es humilde, ¿no puede formar de sí propia unas ideas ventajosas?

Teodosia. No por cierto; porque nada vé en sí, como suyo, que merezca en estimación; y sino, decidme: ¿qué otra cosa vé en sí, que la nada y el pecado? La nada, que es su orígen y su centro; y el pecado, que es la única cosa que posee como propia.

Cornelia. ¿Acaso no vé también en sí los dones de Dios? Y en consideración á ellos ¿no puede estimarse por razón de sus dones?

Teodosia. Bien puede verlos; pero no por eso debe estimarse más; pues estos dones no son ni ella misma, ni propios de ella misma; y aun de ordinario nada ha hecho para obtenerlos, ni le queda las más veces otra cosa de estos dones, que el abuso y el mal uso de ellos.

Atanasia. Pero á lo menos, los que están adornados de estos dones, ¿no son más dignos de estimación. que los que no los tienen?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Teodosia. Sí, indubitablemente; pero de ahí no se sigue, que ellos deban por eso estimarse más; puesto que estos dones nada absolutamente añaden á lo que ellos son por sí mismos.

Cornelia. Eso será tal vez, por el peligro que habría de que cada uno los confundiése consigo mismo.

Teodosia. Seguramente es así; pues esto sería expouerse á apropiárselos á sí mismo, y atribuirse á sí propio esta gloria: lo cual sería un robo sumamente enorme.

Atanasia. Todo eso pudiera pasar muy bien, si te contentaras con decir, que el que es de veras humilde, no debe estimarse á sí propio; pero es el caso, que añades, que debe también menospreciarse.

Teodosia. En efecto; ¿qué cosa más despreciable, que una obra enteramente desfigurada por el pecado? Pues eso viene á ser todo hombre, mirado en su propio fondo.

Cornelia. Pero, y el entendimiento, la voluntad, la salud, y todas las demás buenas cualidades del hombre, ¿no son cosas bien dignas de estimación?

Teodosia. Sí; pero ha de ser un entendimiento de buenas luces, una voluntad recta é inocente, un cuerpo sano y robusto; no un entendimiento lleno de tinieblas, ni una voluntad del todo corrompida, ni un cuerpo sujeto á mil enfermedades.

Atanasia. A unas razones tan palpables, forzosamente hemos de ceder. Pasemos ya, si te parece, al corazón; y dínos, ¿qué impresión debe hacer en en él la Humildad?

Teodosia. Debe grabar en él profundamente el amor á los abatimientos, á los desdenes, á las contradicciones, á los menosprecios y trabacuentas ó disensiones de parte de los Deudos y Amigos; pues sin este amor, nadie puede ser humilde, más que en su fantasía.

Cornelia. Pero ¿cómo es posible tener amor á unas cosas tan poco amables en sí, y al mismo tiempo tan insoportables para nuestro orgullo?

Teodosia. Cuando yo digo, que es necesario amar todas estas cosas, no pretendo persuadir, que sean amables; y mucho menos el que hayan de amarse por ellas mismas.

Atanasia. Pues ¿cómo, y por qué se han de amar?

Teodosia. Han de amarse, porque hay necesidad de amarlas; casi de la misma manera que se aman los medicamentos, usando de ellos contra las enfermedades del cuerpo.

Cornelia. Pero díme; ¿qué utilidad pueden acarrear semejantes humillaciones?

Teodosia. Es necesario haberlo experimentado, para saberlo. Sirven maravillosamente para castigar el orgullo pasado, para curar el orgullo presente, y para precaver el orgullo futuro.

Atanasia. Al propio tiempo que nos inspiras amor á las humillaciones, ¿das á entender igualmente, que es menerter desearlas?

Teodosia. No, no hay que confundir estas dos cosas. Léjos de desearlas, es necesario temerlas, en consideración á nuestra flaqueza; y con todo eso, amarlas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á vista de la necesidad que de ellas tenemos, cuando Dios permite, que nos sobrevengan.

Cornelia. Esta respuesta, al mismo tiempo que me instruye, me aquieta; porque estaba yo en la inteligencia, de que no solamente era menester amarlas, sino desearlas también.

Teodosia. Eso de desearlas, se queda únicamente para los que son perfectos; pero para los demás será bastante, que cuando les acontezcan, las reciban con tranquilidad y sumisión, amando la utilidad que ellas traen consigo.

Atanasia. Mucho nos alegramos de oir este modo de explicar las cosas. Véamos ahora, ¿qué impresión debe hacer en las palabras la Humildad?

Teodosia. Como las palabras son según fueren los pensamientos y los sentimientos; siempre que en unos y otros hubiere humildad, la habrá igualmente en las palabras.

Cornelia. Pero dime: ¿qué efecto producirá en ellas la Humildad?

Teodosia. Arreglará el tiempo, el modo, los asuntos, y hasta el acento ó la pronunciación.

Atanasia. Haznos el favor de explicarte un poco más, para que comprendamos mejor lo que quieres decir.

Teodosia. De muy buena gana. Reglará el tiempo á las palabras, dictándonos que no hablemos sino cuando fuere necesario ó conveniente. Reglará el modo de hablar, inspirándonos, que hablemos con mucha deferencia y sin apego á nuestro propio dictamen. Reglará los asuntos, sugiriéndonos, que no hablemos de nosotras mismas sino con extremada moderación, y con una sobriedad muy grande. Reglará hasta el mismo acento, inspirándonos, que hablemos siempre con un tono de voz modesto y sumiso.

Cornelia. Pues ¿qué? La Humildad ¿no permite nunca, que una hable de sí misma?

Teodosia. Perdona, que yo no he dicho tal cosa: lo que yo he dicho es, que se puede hacer, con tal que sea con extremada circunspección, y con una gran sobriedad.

Atanasia. Y ¿cuándo, y en qué ocasiones se puede hacer eso?

Teodosia. Todas las veces que hubiere necesidad; y cuando el hacerlo, ceda en honra y gloria de Dios, y en utilidad del prójimo, ó de sí misma. Más, como esto último es sumamente delicado, regularmente lo más seguro es callar

Cornelia. Y dime, por tu vida: ¿en qué ocasiones será necesario poner un gran cuidado para no hablar de sí propia?

Teodosia. Cuando no hubiere necesidad alguna de ello; cuando se hiciese por un espíritu de vanidad y ostentación: lo cual se conoce cuando una se jacta cuando se propone á sí misma por ejemplo y modelo; cuando no se lleva otra mira que ensalzarse á sí misma, y abatir á los demás.

Atanasia. ¿Y podrá una hablar de sí para justificarse, sin que eso sea contra la Humildad?

Teodosia. Se podrá muy bien, con tal que no se lle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ve otro fin en esto que atestiguar la verdad; procurar la edificación del prójimo; ó impedir que éste se escandalice.

Cornelia. Pero ¿no podrá esto hacerse con la mira de rechazar ó rebatir la humillación, ó por libertarse de ella?

Teodosia. Sí; en caso de que se tema ceder al peso de la humillación; pero sin pensar por esto, que no se tenía merecida; y guardándose mucho de dar fomento á su orgullo.

Atanasia. ¿Qué? ¿No se podrá pedir resarcimiento ni compensación alguna por las ofensas recibidas?

Teodosia. Con tu permiso, no es eso lo que digo: bien se puede, sí; con tal que esto se haga con espíritu de justicia, y no con espítitu de orgullo.

Cornelia. Y ¿cuando se conocerá, que esto se hace con espíritu de justicia?

Teodosia. Cuando se hiciere con ánimo de reducir á otros á la razón y á su deber, y por atajar sus injustos prosedimientos.

Atanasia. ¿Y cuando se hace esto con espíritu de orgullo?

Teodosia. Cuando no se piensa más que en triunfar de sus contrarios, y llenarlos de confusión y sonrojo.

Cornelia. Según estos principios, ¿será lícito humillarse á sí misma?

Teodosia. Yo no veo, que se infiera tal cosa de mis palabras; antes, por el contrario, no sé yo, que haya

Humildad más sospechosa que ésta, ni más expuesta á falsedad.

Atanasia. ¿Por qué razón? Dí; ¿qué pruebas tienes para eso?

Teodosia. Porque ordinariamente los que se humillan á sí mismos, no son los que de mejor gana sufren ser humillados por otros; y aun muchísimas veces no es esto otra cosa que un puro artificio, por asegurarse más de las alabanzas agenas.

Cornelia. Baste ya lo dicho, por lo tocante á la Humildad de las palabras; pasemos ya, si gustas, á la de las acciones; y dinos, ¿qué impresión debe hacer en ellas.

Teodosia. Justo es ejecutarlo así, pues que os lo he ofrecido. La persona que es verdaderamente humilde, se contenta con el último lugar ó puesto, y con los oficios más bajos.

Atanasia. ¿Ella misma pide y solicita el último puesto, y los oficios más inferiores?

Teodosia. No; ni los pide, ni los busca; se contenta con aceptarlos, cuando se la presentan.

Cornelia. Y cuando se la quiere elevar, ó hacerla que deje lo que su Humildad apetecería, ¿de qué modo se maneja en tales coyunturas?

Teodosia. Entonces cede y obedece; por que no encuentra otro partido más seguro que el de la sumisión y obediencia.

Atanasia. Pero ¿y no puede hacer presente su indignidad?

Teodosia. Sí puede; como lo haga con la debida mo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

destia, y con absoluta determinación á obedecerlo que la manden.

Cornelia. ¿En qué otra cosa más colocas la Humildad en las acciones de aquella persona, que es verdaderamente humilde?

Teodosia. En el esmero que pone para evitar cuidadosamente toda la afectación y toda singularidad generalmente en todo lo que pertenece á su persona.

Atanasaia. Un retrato es éste, á mi parecer, pefectamente acabado: ahora nos toca á nosotras meditar despacio todo lo que nos ha dicho, para que podamos comprenderlo bien.

Teodosia. Si os contentáreis con solo rumiar y entender bien mis palabras, os quedaréis á la mitad de la obra, y nada más: es necesario pasar adelante, y llegar á la ejecución.

Cornelia. Ea pues; manos á la obra, para que tantas y tan bellas instrucciones no queden inútiles y sin fruto alguno.

CONVERSACION XXXII

SOBRE LOS MEDIOS PARA ADQUIRIR LA HUMILDAD.

Atanasia. Después que nos has enseñado perfectamente, en que consiste la virtud de la Humildad; quisieramos ahora saber ¿qué se necesita hacer para adquirirla?

Teodosia. Es necesario pedírsela á Dios muy devéras. Ella es la virtud de las Virtudes; y así, todo se debe poner por obra para conseguirla.

Cornelia. Yo tengo por muy bueno este medio; pero es un medio que hace á todo.

Teodosia. Es verdad; pero sin embargo, por aquí es preciso empezar; porque debiendo todos ser humildes, importa mucho, que conozcamos nuestra impotencia para serlo, y la necesidad que hay de implorar el socorro del Cielo, para lograrlo.

Atanasia. Yo pensaba, que para ser luego humilde, no se necesitaba hacer otra cosa más que humillarse.

Teodosia. ¡Àh¡ ¡Bien se conoce que todavia no tienes una idéa cabal de lo que es Humildad¡

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cornelia. Por ventura, humillarse y ser humilde no es una misma cosa?

Teodosia. No, repito: ser humilde es amar sinceramente y de corazón su propio abatimiento; es llenarse de regocijo á los pies del Señor; y es encontrar en esto mismo, placer y contento.

Atanasia. Aún no habia yo comprendido eso.

Teodosia. Pues en esto está la verdadera humildad; y en faltando esto, no se tiene más que asomos y apariencias de ella.

Cornelia. Hasta ahora siempre he temido yo mucho la humillación; y así, cuando me ha sobrevenido el color, y mi corazón quedaba sumamente dolorido.

Teodosia. Todo eso denota un orgullo de los más desmedidos.

Atanasia. Lejos de allar yo placer y contento en la humillación, no encuentro sino amargura y pesar.

Teodosia. Otra prueba de un orgullo muy grande.

Cornelia. ¿Y qué remedio para este mal?

Teodosia. Yo no alcanzo otro que el de amar el abatimiento, á proporción de lo que la gente mundana ama la elevación y altaneria.

Atanasia. Ese es un remedio muy duro y muy violento.

Teodosia. Al contrario; no puede ser más suave, y sino, haced la experiencia.

Cornelia. Pero, y si llegaren á decir de mí, que soy una mujer de poco espíritu, de poco mérito, de pocas conveniencias, de cortos alcances, de poca abilidad, de capacidad muy limitada, y á este tenor otros mil defectos; ¿también deberé mirar con amor y con gusto estas cosas?

Teodosia. Sí, es necerario amar el abatimiento que de ahí resultáre, si es que deseas ser humilde.

Atanasia. Pero todo esto es sumamente costoso.

Teodosia. Cierto; para un corazón que huye del abatimiento; más no para el que de veras le ama.

Cornelia. Mejor quisiera yo decir todas estas cosas de mí misma, que oir que me las dijesen.

Teodosia. Algo es, sin duda, el decir cada uno de sí propio esas cosas; pero el oir de buena, gana, que las digan otros, sean los que fueren, sin darse por ofendido; en eso sí que está la perfección de la Humildad.

Atanasia. Tus palabras van introduciendo insensiblemente en nuestro corazón el amor al abatimiento.

Teodosia. Como lleguéis á tener este amor, soportaréis también con paciencia el que aun se diga de vosotras el mal que no hay en realidad.

Cornelia. Pues yo creía, que no se debiera sufrir semejante cosa.

Teodosia. En eso me perdonarás. El que es verdaderamente humilde se contenta en estas ocasiones con deponer en favor de la verdad, negando tranquila y pacíficamente lo que en realidad no hay: hecho esto se mantiene con la mayor serenidad, gustando en silencio la dulzura que Dios comunica al corazón que es verdaderamente humilde.

Atanasia. Con que ¿nunca será lícito pedir resarcimiento por los agravios recibidos?

Teodosia. Hay algunos casos en que no solamente es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

permitido, sino que también es preciso hacerlo: pero en estos mismos casos es necesario examinar bien, por qué espíritu ó con qué intensión se obra; guardándose especialmente de hacer nunca esto por un espíritu de venganza.

Cornelia. Siendo, pues esto así; ¿cómo tomará esta tal persona los consejos, las reprenciones, los desaires, las palabras groseras ó desdeñosas, las preferencias de otras personas á ella, y generalmente todas las pequeñas humillaciones, que son tan ordinarias en la vida humana?

Teodosia. Con paz, con sosiego, con tranquilidad: su corazón, preparado de antemano y que ama ya el abatimiento, ni aun siquiera se inquietará.

Atanasia. ¡Oh, cuánto me agrada este retrato! Y ¡cuánto celebraría yo parecerme á él!

Teodosia. Pues, amiga mía: oración, y trabajar; pero ha de ser oración contínua, y un trabajar con todas tus fuerzas; de esa manera lo conseguirás.

Cornelia. Yo lo deseo con impaciencia; y no pudiera acaecerme una cosa más agradable.

CONVERSACION XXXIII

SOBRE LA OBEDIENCIA.

Antonia. Es tal el deseo que tengo de aprovecharme de tus luces, que ya se me hacía que se retardaba demasiado el verte.

Berta. Mucho más necesito yo de las tuyas.

Julita. Las tuyas son las que aguardamos con impaciencia.

Berta. Una vez que os empeñáis en eso, decidme sobre qué deséais, que conversemos hoy.

Antonia. Acerca de la Obediencia, si fuere de tu agrado.

Berta. De muy buena gana; tanto más, porque esta virtud puede llamarse la virtud de las Virtudes.

Julita. Y ¿por qué razón?

Berta. Porque ésta es, á lo que entiendo yo, la única virtud que no está sujeta á ilusión ni engaño.

Antonia. Pues ¿y la Humildad no está igualmente exenta de todo engaño?

Berta. No; porque muchas veces se cree ser humilde, no lo siendo; en lugar que no es posible creer que se odedece, dejando de obedecer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

permitido, sino que también es preciso hacerlo: pero en estos mismos casos es necesario examinar bien, por qué espíritu ó con qué intensión se obra; guardándose especialmente de hacer nunca esto por un espíritu de venganza.

Cornelia. Siendo, pues esto así; ¿cómo tomará esta tal persona los consejos, las reprenciones, los desaires, las palabras groseras ó desdeñosas, las preferencias de otras personas á ella, y generalmente todas las pequeñas humillaciones, que son tan ordinarias en la vida humana?

Teodosia. Con paz, con sosiego, con tranquilidad: su corazón, preparado de antemano y que ama ya el abatimiento, ni aun siquiera se inquietará.

Atanasia. ¡Oh, cuánto me agrada este retrato! Y ¡cuánto celebraría yo parecerme á él!

Teodosia. Pues, amiga mía: oración, y trabajar; pero ha de ser oración contínua, y un trabajar con todas tus fuerzas; de esa manera lo conseguirás.

Cornelia. Yo lo deseo con impaciencia; y no pudiera acaecerme una cosa más agradable.

CONVERSACION XXXIII

SOBRE LA OBEDIENCIA.

Antonia. Es tal el deseo que tengo de aprovecharme de tus luces, que ya se me hacía que se retardaba demasiado el verte.

Berta. Mucho más necesito yo de las tuyas.

Julita. Las tuyas son las que aguardamos con impaciencia.

Berta. Una vez que os empeñáis en eso, decidme sobre qué deséais, que conversemos hoy.

Antonia. Acerca de la Obediencia, si fuere de tu agrado.

Berta. De muy buena gana; tanto más, porque esta virtud puede llamarse la virtud de las Virtudes.

Julita. Y ¿por qué razón?

Berta. Porque ésta es, á lo que entiendo yo, la única virtud que no está sujeta á ilusión ni engaño.

Antonia. Pues ¿y la Humildad no está igualmente exenta de todo engaño?

Berta. No; porque muchas veces se cree ser humilde, no lo siendo; en lugar que no es posible creer que se odedece, dejando de obedecer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Julita. Según te explicas, esta virtud merece más atención de la que yo pensaba.

Berta. La merece ciertamente mucho; pues por ella se conoce, si se tiene ó no, las demás virtudes, aun la Humildad también.

Antonia. No sin razón deseaba yo tanto el oirte hablar sobre esta virtud.

Berta. Considerad que á esta virtud había Dios, desde el principio del mundo, aligado la salvación del género humano.

Julita. Esta sola consideración realza infinito el precio y el mérito de esta virtud.

Berta. También á esta propia virtud fijó después Dios la Reparación del mismo Linaje humano.

Antonia. Al paso que más nos dices, más alta es la idea que nos das de la Obediencia.

Berta. Pues todavía añadiré á lo dicho, que á esta misma virtud está aneja la salvación de cada persona en particular.

Julita. Con que ¿nadie, nadie se podrá salvar sin Obediencia?

Berta. No; es indispensablemente necesario caminar por esta senda, para llegar á la salvación.

Antonia. Yo creía que no todos estaban igualmente obligados á obedecer.

Berta. Es verdad que la materia de la Obediencia, no es una misma para todos; aunque la obligación de obedecer es para todos una misma.

Julita. Me parece bastante dura una sujeción como esa.

Berta. ¡Oh! ¡Y qué preciosa es esta sujeción, cuyo fruto es una libertad eterna!

Antonia. Una tal sujeción, á la verdad, es preciosa en ese sentido; pero en otro ¿no te parece demasiado violenta? ¡Qué! ¿Y es poco ser una jamás señora de sí misma?

Berta. Cabalmente esa independencia, de que tanto gustáis al parecer, es la que causa en las almas una debilidad tan grande.

Julita. Yo no quisiera experimentar esa flaqueza; pero sí gustaría mucho de ser señora de mí misma.

Berta. Con que ¿gustaríais al propio tiempo de no pareceros en nada á Jesucristo?

Antonia. ¿Acaso Jesucristo no era dueño de hacer todo cuanto quería?

Berta. Consultad el Evangelio, y allí encontraréis que Jesucristo no hacía absolutamente en todas las cosas y en todo tiempo, más que lo que su Eterno Padre le prescribía y mandaba. (1)

Julita. ¿Dices esto mismo por lo respectivo á los Santos?

Berta. Como quiera que ellos estaban enteramente llenos del espíritu de Jesucristo, se conducían todos de la misma manera que él.

Antonia. No deja de hacernos bastante dificultad esto que acabas de decir.

(1) Joann 8. 29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Berta. Pues si os queréis tomar el trabajo de reflexionarlo, veréis, que esta autoridad es de las más decisivas.

Julita. Sin embargo de eso, yo encuentro que es muy penoso el haber de ir siempre contra sus luces naturales, y contra sus propias inclinaciones.

Berta. Digo que sí; para una alma que todavía es esclava de sí misma; pero no para la que ya se vea libre de esta esclavitud.

Antonia. ¿Con qué no hay cosa como desprenderse del amor de sí misma, para que no se haga costosa la Obediencia?

Berta. Una vez, que has dado en el secreto, has por hallar también el medio de ponerle en práctica.

Julita ¿Con que el amor de nosotras mismas es el que hace que encontremos tantas dificultades en la Obediencia?

Berta. Ya lo has dicho tú; has, pues, el sacrificio de ella, y lo verás.

Antonia. Sobre esto sí que quiero yo ensayarme seriamente.

Berta. Pues no se requiere más que una buena resolución, para hallarse repentinamente libre de esta dura esclavitud.

Julita. Aun si las personas que ejercen sobre nosotras el mando, fuesen de nuestro gusto, y procuraran con su buen modo hacernos amable la Obediencia; pudiera pasar.

Berta. Seguramente no lo pensáis bien, cuando así

habláis: entonces no sería una virtud completa; y además, en eso perderíais mucho mérito, y mucha Obediencia.

Antonia. Perdona; que nosotras estamos hablando conforme pensamos.

Berta. Eso ya lo veo yo; pero dejad, os ruego, de pensar de esa suerte, y hablad más en razón; debiendo estar persuadidas de que mientras más trabajo os costare obedecer, tanto mayor mérito tendréis en la Obediencia.

Julita. No obstante eso, todavía necesitamos exponer aquí una inquietud que nos resta; y es, la de pensar si aun después que hubiéremos llegado á una edad avanzada, estaremos obligadas á obedecer lo mismo que ahora.

Berta. Esos son unos temores mal fundados; porque tal vez no llegaréis á esa edad avanzada; y aun dado el caso de que lleguéis, la larga constumbre que ya habréis contraído de obedecer, hará que la Obediencia no se os haga cuesta arriba.

Antonia. Yo suscribo gustosamente, y me conformo con esta razón, porque la tengo por muy sólida.

Berta. ¿Sabes á quien comparo yo una persona que quiere valerse de su edad, por no obedecer? A aquel que habiendo hecho una feliz navegación, al fin estrellase su nave dentro del puerto.

Julita. Es una comparación esta de las más adecuadas.

Berta. Y pues Jesucristo no dejó de obedecer has-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta la muerte (1), tampoco vosotras debéis pretender el dejar de hacerlo antes.

Antonia. Consentimos en ello con todo nuestro corazón: enséñanos ahora, de que modo es necesario obedecer.

Berta. Con sumisión, y con amor.

Julita. Yo entendí que ibas á decir, con gusto y con prontitud.

Berta. La que obedece con sumisión y con amor, obedece también con gusto y prontitud, en cuanto está de su parte.

Antonia. ¿Por qué añades *en cuanto está de su parte?*

Berta. Porque no siempre pende de nosotras el sentir este gusto de la Obediencia.

Julita. Y ¿será buena la Obediencia sin este gusto?

Berta. Sí; porque Jesucristo cuando iba á morir estaba poseido de una tristeza mortal (2), y no por eso dejó de ser perfectísima su Obediencia.

Antonia. Esto nos alienta y nos anima en gran manera.

Berta. Con tal que la sumisión y el amor acompañen á vuestra Obediencia, como sucedió á la de Jesucristo, basta eso.

Julita. ¿Se podrá mostrar el mal humor cuando se ha de obedecer?

(1) Philipp 2. 8.
(2) Matth. 26. 37, 38., & Marc. 14 33. 34.

Berta. No; porque eso sería faltar entonces á la sumisión, y al amor.

Antonia. Explícate algo más, si quieres.

Berta. Lo que digo es, que si no depende de nosotras, como poco antes insinué, el sentir gozo en la Obediencia; está en nuestra mano, con el socorro de la Divina gracia, resistir al mal humor.

Julita. Ahora comprendo ya lo que antes no había comprendido: pero Obediencia y sumisión ¿no son una misma cosa?

Berta. No; porque no todos los que obedecen, tienen sumisión: testigos de esto son los demanios; los cuales obedecen sin tener sumisión (1).

Antonia. Todavía no advierto yo esa diferencia entre obedecer y ser sumisos.

Berta. Es cierto, que no la hay entre obedecer y ser sumisos exteriormente.

Julita. Y ¿qué? ¿No basta eso?

Berta. No basta para con Dios, que considera y ve nuestro corazón.

Antonia. Pues ¿qué otra cosa más quieres?

Berta. Una sumisión interior, al paso que exteriormente se ejecuta lo que está mandado.

Julita. Eso sí, que es cosa muy perfecta.

Berta. No has de decir como quiera, que es cosa muy perfecta; sino que sin esta sumisión interior no hay Obediencia á los ojos de Dios; y que sería en realidad

(1) Jacob. 2. 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ser inobediente á sus ojos, mientras se aparenta ser obediente á los ojos de los hombres.

Antonia. Muy pocas son la personas que piensan en esto.

Berta. Sin embargo, este es el punto, sobre que más debieran examinarse.

Julita. Dinos, si gustas, ¿en qué consiste esta sumición que tú pides?

Berta. En cierta demisión ó sumisión de espíritu, y en un abatimiento de voluntad hacia la persona que manda, y hacia la cosa mandada.

Antonia. Con que ¿no nos será permitido replicar, ni aun cuando se conozcan los defectos de la persona que manda, y de la cosa mandada, que se supone que es justa?

Berta. No; porque entonces no fuera eso obedecer con la simplicidad que inspira una verdadera sumisión.

Julita. Has dicho también, que se debe obedecer con amor.

Berta. Sí; y ha de ser con aquel amor, que da perfección á la Obediencia.

Antonia. ¿Qué es lo que entiendes tú por este amor.

Berta. Lo que yo entiendo es, que no solamente se ha de obedecer; sino también que se tenga particular gusto en ello.

Julita. Eso es pedir demasiado.

Berta. Pues en faltando esto, muy presto se siente disgusto, y se sacude cuando antes el yugo de la Obediencia.

Antonia. Y ¿por qué es eso?

Berta. Porque no es posible, se haga por mucho tiemyo, lo que se hace sin amor y sin gusto; ó si se hace, es por intervalos, imperfectamente, y de mala gana.

Julita. Y ¿hasta qué grado debe extenderse este amor, en tu juicio?

Berta. Hasta preferir el estado de Obediencia á cualquiera otro, como lo practicaron Jescristo y los Santos.

Antonia. Poquísimos hay que quieran tener este gusto.

Berta. Según eso, también habrá muy pocos que tengan el espíritn de Jesucristo.

Julita. ¿Por ventura nadie se podrá salvar sin tener este tal gozo en la Obediencia?

Berta. Muy dificultoso es; señaladamente á aquellas personas, que Dios ha llamado á este estado.

Antonia. Todo cuanto nos has dicho, pide muy serias reflexiones.

Berta. Pues como lo examinéis bien, veréis como nada os he dicho de más.

Julita. A eso mismo estamos persuapidas, y en esta persuación nos retiramos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XXXIV

SOBRE LA DEPENDENCIA.

Leocadia. Mientras el tiempo nos lo permite y estamos solas, hablemos, si gustáis, acerca de los diferentes estados que pueden convenir á una niña.

Clemencia. Nosotras somos ahora muy pequeñas para pensar en eso.

Gorgonia. Aunque séamos todavía muy niñas para pensar en eso, no lo somos para instruirnos en este punto.

Clemencia. Ya sabéis cuanta es mi diferencia y respeto á vuestros modos de pensar; y así yo estoy dispuesta á todo lo que vosotras juzgáreis á propósito.

Leocadia. Una vez que esto no te sirve de molestia, nosotras tendremos mucho gusto en ello; y para comenzar, dinos qué es lo que piensas acerca de nuestra actual situación.

Clemencia. para hablaros según lo que siento, os diré, que yo la tengo por la más feliz del mundo; porque nosotras vivimos sin cuidados y sin afanes, y nada nos falta.

Gorgonia. Yo encuentro que nos falta una cosa, y es la libertad.

Clemencia. Esa no juzgo yo que nos falte, pues echo de ver, que en nada nos la quitan.

Leocadia. ¿Por ventura duermes tú hasta la hora que quieres?

Clemencia, Duermo lo suficiente para conservar la salud; y eso me basta.

Gorgonia. ¡Pobre de mí! Pues que regularmente, cuando vienen á despertarme, suelo estar muriendome todavía de sueño; y á veces estoy ya enteramente vestida, y aún no puedo abrir los ojos.

Clemencia. ¿Es la necesidad, ó más bien la sensualidad, á la que consultas entonces? ¿Cual de las dos es?

Leocadia. He aquí una nueva expresión, *sensualidad* en dormir: es la primera vez que la oigo.

Clemencia. Sin duda, que para tí sola es nueva esta expresión; porque sensualidad hay en dormir, como también en comer y beber, y en todo lo demás; con esta diferencia, que en el dormir se encuentra una sensualidad más extensa y más amplia que en todo lo demás, porque mira á todo el cuerpo; y en consideración á esto se han arreglado tan cuidadosamente las horas de dormir en las Comunidades Religiosas.

Gorgonia. Bien necesitábamos de esta explicación; porque como lo dejasen á nuestro arbitrio, creeríamos que se podía dormir cuanto quisiéramos, sin pensar que esto fuese malo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Clemencia. Pues parad la atención, y veréis que puede haber exceso en el dormir, no menos que en otras necesidades de la vida; y que también se puede en esto satisfacer perfectamente á la sensualidad; dejando á parte una buena porción de tiempo qne en eso se pierde.

Leocadia. Ya no nos quejaremos en lo sucesivo de que no dormimos bastante; puesto que sabemos ya, que dormimos lo suficiente para mantener una buena salud. Pero ¿y qué dices en orden á comer y beber? ¿Comes tú cuando te da la gana?

Clemencia. Os puedo decir que sí; porque nunca la tengo sino á las horas de comer.

Gorgonia. ¡Mucha templanza es esa! Yo por mí, bien quisiera comer, siempre que tengo hambre.

Clemencia. No puedo yo creer una cosa como esa; pues sé que eres demasiado racional, para que quisieses imitar á las bestias.

Leocadia. Es verdad que haciendo, como hacemos, cuatro comidas al día, con dificultad se podrá tener hambre fuera de las horas: pero últimamente, más quisiera una tener libertad en este punto.

Clemencia. Sin duda, que eso lo decís en chanza; porque tenéis bastante juicio, para que pudiérais pensar de esta suerte.

Gorgonia. Pero esas horas fijas de asistir á las Aulas ó clases, que todos los días empiezan de nuevo, y nunca se acaban, ¿te acomodan á tí mucho? Ella es una aplicación contínua, y eso fatiga demasiado. Unas

veces leer, otras escribir, otras calcular, ó sea aprender de memoria; todo esto ¿te parece que es tan cómodo?

Clemencia. Indubitablemente; para una niña que piensa en la necesidad que tiene de todas estas cosas y en la utilidad que podrá sacar de ellas.

Leocadia. Pues ¿qué utilidad puede sacar?

Clemencia. Saber bien su Religión; ser á propósito para abrazar cualquier estado; poder hallar por su trabajo con qué subsistir, cuando lo necesite: no cabe cosa más útil.

Gorgonia. Vé ahí lo que tiene ser una joven; que de nada de eso se hace cargo, ni se pienza más que en lo presente, y en apartar de sí todo lo que incomoda.

Clemencia. Es verdad que con un poco de juicio se harían todas estas reflexiones; pero es preciso confesar, que en nuestra edad no hay mucha capacidad para ello.

Leocadia Demasiado lo experimentamos todos los días.

Clemencia. convengo en eso; pero es necesario, aun en esta misma edad, irnos descartando más y más de la infancia.

Gorgonia. Todo eso lo hallo yo mny bueno; pero, en una palabra, yo no quisiera depender de nadie.

Clemencia. Para eso, amiga, no hay más arbitrio que morirse, y irse al Cielo, y allí encontrarás lo que pides; porque allí en la Tierra no se halla de eso en ningún estado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Leocadia. No obstante es cosa muy incómoda esto de tener siempre alguna persona á quien mirar á la cara, y no poder cada una hacer lo que quisiere.

Clemencia. Cuando hay entendimiento y se le obedece, no se tiene esto por incómodo: y aun adelanto más; cuando no se tiene demasiedo apego á su propia voluntad, no cuesta trabajo hacer la de los demás.

Gorgonia. Lo que acabas ahora de decir, supone ya una perfección grande; y has de hacerte cargo de que nosotras acabamos de nacer, como quien dice; y aun no tenemos alas para volar tan alto.

Clemencia. No me parece que se necesita tanta perfección como todo eso; y lo que yo digo es, que, pues todos hemos nacido para depender unos de otros toda nuestra vida, es menester que nos acostumbremos desde luego á esto, y que vivamos sin voluntad propia.

Leocadia. La que en una edad como la nuestra, pudiera dejar de tener voluntad, conseguiría ciertamente un gran triunfo; y la obra estaría sumamente adelantada para el resto de su vida.

Clemencia. A eso os exhorto yo, y esto es lo que os aconseja; porque en saliendo de aquí, habréis de volver á estar sujetas á la dirección de vuestros Padres; y estos seguramente no os disimularán ni contemplarán tanto como vuestras Maestras.

Gorgonia. Sin embargo, yo cuento con hacer un poco más que ahora, mi voluntad, en volviendo á casa de mis Padres. A lo menos tondré libertad en punto de levantarme y acostarme.

Clemencia. Acordaos, os ruego, que poco antes convenisteis conmigo en que era sensualidad el dormir más de lo necesario: por otra parte, si durmiéseis algunas veces á vuestra voluntad y placer, ¿cuántas ocasiones os sucederá que no podréis alcanzar ni aun lo que habréis menester?

Leocadia. Por lo menos, comeré y beberé siempre y cuando se me antoje.

Clemencia. No respondo yo de que haciéndolo así, te conserves mucho tiempo sana; pues, además de que esto te acarreará una infinidad de achaques y dolencias, eso no es vivir como racional.

Gorgonia. Y bien; yo seré dueña de salir cuando me diere la gana de visitar á menudo á quien yo quisiére, y de divertirme con mis amigas.

Clemencia. Creedme, ó no me créais; una niña que quiere conservar una buena reputación, no debe apartarse de la vista ni de la presencia de su Madre; y la que hiciere lo contrario, se expone muchísimo.

Leocadia. Que te oiga, juzgará que es menester vivir entonces en mayor dependencia que la que ahora tenemos.

Clemencia. Sobre eso debes contar absolutamente, si quieres vivir como buena hija, y como racional.

Gorgonia. Pues siendo eso así; lo mismo me da estarme aquí; donde logro ciertos gustos, que quizá no conseguiré en casa de mis Padres.

Clemencia. En eso discurrirías ajustadamente, si

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esto dependiese de tí; pero también tenemos que virir en dependencia, todo el tiempo que hubiéremos de permanecer aquí.

Leocadia. Demasiado depender eso ya, pues según parece, nunca se acaba.

Clemencia. Aunque estuviéses en casa de tus padres, siempre deberías estar trabajando, y en unos trabajos que no tendrías arbitrio á elegirlos, y tal vez serían más duros que los que aquí tenemos, los cuales propiamente no son otra cosa que una pura recreación.

Gorgonia. ¿Con que no hay estado alguno en esta vida, donde no haya que depender de alguien? ¡Qué desconsuelo!

Clemencia. No; por lo menos yo no lo sé. Y quien pudiése deciros por menor las diferentes especies de dependencia en que necesitan estar aquellas muchachas que se ven obligadas á servir, sería ciertamente bien hábil.

Leocadia. Nosotras, por la misericordia de Dios, estamos libres de esto.

Clemencia. De eso nada sé yo: pero lo cierto es, que ha habido algunas, y no en corto número, que eran como nosotras, y se han visto reducidas á ese estado.

Gorgonia. Pero una cosa así ¿Podrá por ventura acontecer á las que han nacido de Padres acomodados, y que adquieren cada día más riquezas?

Clemencia. Yo tengo noticia de algunas, cuyos Padres con más de cien mil florines de Patrimonio, se han visto precisados á morir en un Hospital, y sus hijas reducidas á ponerse á servir.

Leocadia. Según eso que dices, es fácil comprender, que más tiene sobre qué contar cualquiera con su habilidad é industria, que con sus bienes; y que así es menester acostumbrarse desde luego á la Dependencia, porque no se sabe en qué vendrá á parar

Llemencia. Mucho me regocijo de ver, que al fin habláis conforme á razón: continuad así; que de este modo os grangearéis una gran reputación.

Gorgonia. Pero no todas suelen ser tan desgraciadas; pues la mayor parte de ellas se establecen, y son felices.

Clemencia. En parte es cierto lo que dices.

Leocadia. ¡Cómo *en parte!* Esa palabra no me gusta.

Clemencia. Pues no te ofendas de eso; que es mucha verdad.

Gorgonia. Ya escampa: ¡verdad eso!

Clemencia. Sí; porque no todas las que se establecen son felices.

Leocadia. A lo menos lo parecen.

Clemencia. Sea lo primero, que no todas lo parecen: y lo segundo, que aunque lo pareciesen, no es oro todo lo que reluce.

Gorgonia. Por de contado, tienen un marido que no dará lugar á que les falte nada, y que usará de mil condescendencias con ellas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Clemencia. Para un marido que haya de esa clase, habrá millares que no son así.

Leocadia. Yo creí, que todos eran lo mismo.

Clemencia. Falta muchísimo para eso: ¿cuántas hay que se ven precisadas á volverse á casa de sus Padres, ó ponerse á servir, después de haber casado bien?

Gorgonia. No serán muchas, no.

Clemencia. Enhorabuena; yo quiero que no sean muchas; pero finalmente, sí las hay; y eso basta para que se diga con verdad, que falta mucho para que todas sean felices.

Leocadia. ¿Y á eso se reduce todo lo que hay que temer en este estado?

Clemencia. ¿Quien será capáz de referiros todo cuanto una mujer tiene que sufrir de un marido, cuyo genio es brutal, el humor caprichudo, y la conducta estragada? Solamente la que lo ha pasado, podrá explicarlo bien.

Gorgonia. Algunos hombres hay, que son cuerdos y racionales, de buen genio, y muy Cristianos; afables y contemplativos.

Clemencia. Yo quiero creer que los hay; pero son pocos: y entre tan corto número, apénas encontraréis uno que no sea imperioso, y celoso de su autoridad; lo cual es un martirio para una mujer.

Leocadia. Pero al fin, ella es Señora de su casa.

Clemencia. Ya veo yo que solamente eso es lo que respira tu corazón; y que la independencia tiene para tí un atractivo de los más violentos: sí, yo te concedo que es Señora, es Ama; pero Señora con un Señor, con un Amo, que quiere ser servido y obedecido en todo.

Gorgonia. Sobre este pie, el estado de casadas es una verdadera esclavitud.

Clemencia. No quería yo decirlo tan claro; pero me alegro de oírtelo: ¿y no es eso muy justo, habiendo sido una mujer la que arrastró á todos los hombres al pecado?

Leocadia. Con que está visto, que no hay medio alguno de evitar la Dependencia; cosa que tanto nos agradaría, y que iriamos á buscar, aunque fuese al otro lado de los mares.

Clemencia. Os he dicho ya, que no; y no me canso de repetirlo: eso no se encuentra en ninguna parte en esta vida.

Gorgonia. À lo menos, una mujer casada tiene el consuelo de sus hijos.

Clemencia. Lo confieso; más cuando son honrados y virtuosos; pero de no ser así, ¡que cruz más amarga ni más pesada! Y aun cuando son cuerdos y virtuosos, ¡que tormento no es para una madre, el temer á cada paso, que se mueran antes que ella!

Leocadia. Pero por último, los hijos son un recurso admirable para cuando llegue á la vejéz

Clemencia. Sí; pero es un recurso éste, sobre el cual se puede contar muy poco; porque ¿dónde ves tú, ni que hijos hay que se sacrifiquen por sus Ma-

dres, como se vé todos los días, que las Madres se sacrifican por sus hijos?

Gorgonia. ¿Con que el estado de viudas es el más feliz; porque ya no tienen un señor á quien obedecer?

Clemencia. Verdad es que no lo tienen; pero en desquite se ven cercadas de mil géneros de aflicciones.

Leocadia. ¿A cuáles, pregunto?

Clemencia. Todo el mundo las molesta con importunidades y vejaciones; les pone mil pleitos; y las infelices no tienen quien las proteja.

Gorgonia. Como solo atendía yo á que son independientes, ya juzgaba que su estado sería el mejor de todos.

Clemencia. Es cierto, que en este sentido no dependen de nadie; pero dependen de otras maneras que son todavía más penosas y más incomódas. A todo el mundo necesitan, y todos las abandonan: ¡que estado puede haber más triste!

Leocadia. Yo encuentro un medio para desenredarse de todas esas penosas dependencias; y es, el de entrarse Religiosa; y de ese modo con nadie hay que hacer.

Clemencia. Te engañas mucho en eso; porque con toda clase de personas hay que hacer, mientras se haya de vivir con ellas.

Gorgonia. Pero eso ya es muy distinto; porque no se depende de ellas, y solamente hay una á quien contemplar, que es la Prelada ó Superiora.

Clemencia. ¡Oh, qué admirable Religiosa, la que abraza este estado, solamente por no depender más que de una sola, que es su Prelada!

Leocadia. Y ¿qué? ¿No es eso bastante?

Clemencia. No os engañéis: entre todos los estados, el de Religión es el que más dependencia tiene puesto que ninguna debe hacerse Religiosa sino para morir al mundo, y así misma: lo cual no se puede efectuar sin una Dependencia general, entera y absoluta.

Gorgonia. Bien veo yo, por lo que te oigo decir, que esto de la Dependencia es una cosa inevitable en este mundo; pero dame siquiera un poco de tiempo para pensar sobre ello, y determinarme; pues te aseguro, que siento en mí una repugnancia de las más fuertes.

Clemencia. En eso está todo el daño; y es lo que hará que séais infeliz, si no tratas de mudar prontamente de sistema.

Leocadia. Pero yo advierto que solo las mujeres tienen esta pensión.

Clemencia. Verdad es que Dios las ha criado en estado de Dependencia; y para hacérselo entender así, formó Dios á la primera Mujer de una de las costillas del hombre (1).

(1) Genes. 2. 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gorgonia. Pues ¿qué? ¿Los hombres no están sujetos á nadie?

Clemencia Con vuestra licencia digo, que sí lo están; y que antes bien ancontraréis que todos tienen Dependencia entre sí, hasta los Reyes, hasta los Soberanos; pero es menester confesar que su Dependencia es menos onerosa que la nuestra.

Leocadia. Yo creía que los Reyes y los Soberanos de nadie dependían.

Clemencia. No dependen de sus Vasallos, para obedecerlos; pero sí dependen en algún modo de ellos, porque sin Vasallos no serían lo que son. A este tenor podéis juzgar de todos los demás.

Gorgonia. Finalmente yo pienso ya conforme te lo prometí; he tomado ya mi partido, y quiero abrazar animosamente de hoy más, cualquier género de Dependencia, que Dios me impusiere, y en cualquier estado que me colocare.

Clemencia. Si así lo cumplieres, seráz feliz, y digna de serlo: este estado, que suele ser para otras un suplicio, te servirá á tí de consuelo; y todo él será meritorio para tí, ante Dios y los hombres.

Leocadia. Como yo deseo también ser dichosa, abrazo desde luego este mismo partido.

Clemencia. Pues por igualmente loable te juzgo á tí; y me faltan voces para explicar el gozo que siento,

al ver que tomáis un partido tan prudente y tan racional.

Gorgonia. De seguro puedes contar con nuestra resolución; pues con el socorro de lo Alto, esperamos perseverar firmes en ella por toda nuestra vida.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XXXV

SOBRE LA RECTITUD.

Angela. Tanto tiempo hace ya, que estamos careciendo de la suavidad de tus Conversaciones, que nos es preciso manifestarte nuestro disgusto.

Esperanza. Mucho gozo me causa el ver, que me echáis menos; señal fija de que no me miráis del todo con indiferencia.

Agapa. ¿Como pudiéramos dejar de echarte menos, después de las muchas luces que hasta aquí hemos logrado con tus discursos; y cuando esperamos que nos continues tus favores?

Esperanza. Lo haré desde luego con todo el gusto posible; pues no hay arbitrio para resistirse á unas insinuaciones tan atentas. Así que, no tenéis más que significarme, sobre qué materia deséais que tratemos ahora.

Angela. Quisiéramos nos dijeses ¿cual es el carácter ó la prenda más amable que tú encuentras en una persona?

Esperanza. Yo sé que unos gustan de la vivacidad; otros del primor y finura en el porte; otros del talento; pero yo estoy, y me declaro en favor de la *Rectitud*, ó justificación en las operaciones.

Agapa. Es verdad, que la Rectitud tiene sus ventajas; pero ¿juzgas seriamente, que prepondera ésta á las demás buenas cualidades que acabas de nombrar?

Esperanza. No se yo si me engañaré; pero así lo siento; porque te digo ingenuamente, que la vivacidad y la finura, la afabilidad y aun el talento no me parecen apetesibles, si se separan de la *Rectitud*.

Angela. Fuerza será sin duda, que te asistan razones muy poderosas para explicarte de esta manera; cuando nos consta bien la moderación suma que observas en todo.

Esperanza. Aunque yo no tuviera otra razón, que la que me dicta que no se puede fiar de una persona destituida de Rectitud, por más cualidades buenas que por otra parte la adornen; ¿no sería ella sola muy suficiente?

Agapa. Sin dejar de conocer que esta razón es muy fuerte, no puedo persuadirme á que no tengas otras muchas.

Esperanza. Verdad es que tengo todavía otras; pero ésta sola es la que me determina á este modo de pensar; porque has de hacerte cargo de que sin esta virtud, la Sociedad misma, que es uno de los mayores bienes de esta vida, no tiene cosa alguna agradable, ni puede menos de ser una pura superchería y engaño.

Angela. Yo por mí, me rindo á la fuerza de ésta razón: pero dínos ahora una vez que no se debe fiar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de personas que carecen de Rectitud, ¿se podrá desde luego fiar de las que están dotadas de ella?

Esperanza. Casi siempre se puede fiar; porque aun cuando estas personas no sean discretas y prudentes por su naturaleza, suelen serlo con el tiempo; y luego que se les hace reparar, que el violar un secreto que se les ha confiado, es faltar á la Rectitud.

Agapa. Con que ¿es fortuna tener parte en esta virtud; puesto que anda junta con la discreción, virtud tan necesaria para el comercio de la vida?

Esperanza. No solamente la discreción, si también la sinceridad son inseparables compañeras suyas; porque las personas de rectitud hablan siempre como piensan, y siempre obran como hablan.

Angela. Esas sí que son unas prendas ó caracteres muy amables; continua, si gustas, descubriéndonolos.

Esperanza. Poco ó nada serviría conocer solamente esta virtud; lo que importa únicamente es, hacérsela familiar por medio de la práctica; y en ejecutándolo así, no hay género de satisfacción de que no se pueda gozar.

Agapa. En caso de que las personas de Rectitud llegaren á pensar con poca estimación de alguno, ¿están en obligación de manifestárselo?

Esperanza. Hay ocasiones en que deben hacerlo, y otras en que no: á una prudente discreción toca arreglar esto. En todo caso, nunca deben decir ni dar á entender ninguna cosa que sea contraria á lo mismo que piensan.

Angela. Cada vez comprendemos más y más, cuanta razón tienes para preferir la Rectitud á todas las demás buenas cualidades, que tanto se aprecian en el mundo.

Esperanza. Yo me huelgo infinito de ver que os declaráis en mi favor; y que últimamente aprobáis la elección que yo he hecho.

Agapa. Y dí: las personas de rectitud ¿no se toman nunca la licencia de decir privadamente de las demás, lo que no quisieran decir en presencia suya?

Esperanza. No; jamás lo hacen, á no ser que lo requiera así alguna necesidad; pero fuera de este caso, procuran poner el mayor cuidado en callar, por no incurrir en doblez y malicia.

Angela. Mientras más hablas, más admiración nos causas. Dínos ahora, si quieres: estas tales personas ¿no extienden todavía algo más su Rectitud?

Esperanza Ya os dije antes, que no solamente hablan segúu y como piensan, sino que también obran como hablan.

Agapa. Y el temor de los discursos del mundo, ó del *¿Qué dirán?*, ¿nunca las detiene?

Esperanza. No por cierto; porque ellas no entienden de obrar por respetos humanos; ni consideran en las cosas más que la obligación, la regla y el buen orden.

Angela. Pero conduciendose de este modo, ¿no se expone mil veces á la crítica y á la censura?

Esperanza. Así es; pero su Rectitud misma, que es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la que da en rostro á todo el mundo, las hace quedar bien, casi siempre.

Agapa. Y ¿qué personas son las que están más expuestas á lo dicho?

Esperanza. Las que piensan de una manera, y obran de otra; las que obran muy diferentemente de lo que hablan; en suma, las que como dice el adagio, no tienen *ni palabra mala ni obra buena.*

Angela. Semejantes personas ¿no las condena y abomina el mundo mismo?

Esperanza. No solamente el mundo; también las condena el mismo Dios en sus Santas Escrituras (1); y el Espíritu Santo las declara abominables (2).

Agapa. ¿Tan mala cosa es esa? ¿Y qué? ¿No se puede practicar de modo alguno sin hacerse culpable?

Esperanza. No; porque esto es injuriar y contravenir á la verdad, á la amistad, y á los principios fundamentales de la Sociedad: Lo cual ciertamente es una detestable abominación.

Angela. Con la mayor sumisión te damos mil gracias por las admirables luces que nos has comunicado; quedando nosotras en la firme resolución de hacer siempre de ellas el mejor uso que nos fuese posible.

(1) Eccli. 1. 40.
(2) Prov. 11. 1., & 20. 10. & 23.

CONVERSACION XXXVI

SOBRE LA AFABILIDAD Y MANSEDUMBRE.

Adelaida. Aunque es grande el gusto que tengo de verte, me prometo que ha de ser mayor el que te tendré en oirte.

Clara. Te agradezco debidamente el ventajoso concepto que has formado de mí: solo me falta el merecerle.

Atenesa. Le mereces tanto como la que más; pero considerando que sería ofender tu modestia, no pasamos adelante.

Clara. Mi silencio responderá por mí: decidme, os ruego; ¿cuál es el motivo que os ha traido aquí?

Adelaida. En verdad, es un poco interesado: venimos en solicitud de una Conversación acerca de un asunto que es preciso que te agrade.

Clara. Pues no tenéis más que escoger el que más os acomode, en la inteligencia de que para mí será bueno cualquiera que viniera por eleción vuestra.

Atenesa. Ya que nos das libertad para elegir, mi compañera desearía que la Conversación fuese sobre la *Afabilidad y mansedumbre.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Clara. Habéis escogido una virtud, á la verdad, de las más amables; pero al propio tiempo de las más raras.

Adelaida. No obstante eso, es cosa bien frecuente encontrar personas que hablan con afabilidad.

Clara. Es verdad; pero no todos los que hablan con afabilidad, tienen de contado la virtud de la Afabilidad.

Atenesa. Yo por mí, cuando me pongo á pensar sobre la Afabilidad, me parece que no hay otra cosa mejor que ella.

Clara. Y ¿te quedarías, muy contenta, si hablándote con afabilidad, te dijesen palabras desabridas y picantes?

Adelaida. No por cierto; y semejante modo de hablar le tendré yo por muy ageno y distante de la Afabilidad.

Clara. Con que ¿tú buscas alguna cosa más que todo eso, en la Afabilidad?

Atenesa. Busco en ella también, que las palabras no sean ásperas ni picantes.

Clara. Eso bien lo conocía yo; que tú no te habías de contentar simplemente con un tono afable de voz.

Adelaida. Ya se vé que no; yo quiero, á más de esto, que no se diga cosa alguna que sea desapacible ni ofensiva.

Clara. No deseas todavía en este punto alguna otra cosa mas.

Atenesa. Nada más, nada; y aun reputamos del todo perfecta á esta virtud, cuando llega á ser así.

Clara. Según eso, ¿gustarías tú de tratar á una persona, cuyas palabras fuesen muy melosas, y que á la vuelta de eso, tuviese el corazón lleno de acrimonia y desabrimiento?

Adelaida. De ninguna manera; antes, lo que yo deseo es, que se piense y se sienta conforme se habla: de otra suerte, es tirar á engañar.

Clara. Sin embargo, tú misma confiesas, que el mundo está lleno de este linaje de gentes, cuyos lábios son benignos, y el corazón cruel (1).

Atenesa. Convengo en ello; pero eso mismo es lo que hace tan odioso y abominable al mundo.

Clara. Pues confiesa al propio tiempo, que la virtud de la Afabilidad no es tan común como lo piensas.

Adelaida. Yo por mí, confieso, que hasta ahora no había parado la consideración más, que en lo que toca al hablar.

Clara. Pero ya vez que es preciso pasar más adelante; porque toda Afabilidad que no consiste más que en palabras, no es otra cosa, que una afabilidad contrahecha, hipócrita, y falsa.

Atenesa. Apoya eso que dices, con alguna buena razón.

Clara. Es cosa fácil. Jesucristo no dijo: "Aprender

(1) Psalm. 61. 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"de mí, que soy manso y humilde de palabra, sino de corazón (1)."

Adelaida. Con que ¿alguna vez será permitido hablar con severidad, con tal que esto se haga sin perjuicio de la afabilidad ó mansedumbre?

Clara. Se puede sin la menor duda; puesto que el mismo Jesucristo lo practicó así.

Atenesa. Y ¿en qué ocasiones podrá esto tener lugar?

Clara. Cuando se halla de corregir el mal; reprimir el vicio; y humillar á los que hayan incurrido en excesos y culpas.

Adelaida. ¿Eso se ha de extender en todo género de males, vicios y Culpados?

Clara. Principalmente se ha de entender respeeto de los que son incorregibles, y de los males ya envejecidos.

Atenesa. Con que en tales casos ¿se podrá sin recelo hablar no solamente con firmeza, sí también con severidad?

Clara. Sí; con tal que esto sea, como antes dlje, sin detrimiento de la Afafabilidad y mansedumbre.

Adelaida. Muchas precauciones se necesitan sin duda, para llegar á este punto.

Clara. Nada más, que la de no separar nunca la Dulzura de la humildad; á la cual debe estar siempre unida como la fruta con el árbol que la lleva.

(1) Matth. 11. 29

Atenesa. ¿Cómo se entiende eso de que la humildad produce la Dulzura, á la manera que un árbol produce su fruto?

Clara. Ni más ni menos sucede; de suerte que la Dulzura que no nace de la humildad, no puede ser nunca ni durable, ni constante.

Adelaida. En eso nos dices una cosa bien extraña y bien asombrosa.

Clara. Pues yo no necesito para esto, otro fiador que las palabras mismas de Jesucristo, en que ambas á dos virtudes están enteramente unidas.

Atenesa. Más ¿qué? ¿No se puede ser afables sin ser humildes?

Clara. Se podrá, cuando mucho, en alguna otra ocasión, y respeto de ciertas personas; pero no absolutamente en toda ocasión, ni con todos tampoco.

Adelaida. Te confieso ingenuamente, que me cuesta dificultad comprender lo que acabas de decir.

Clara. Con todo, es bien fácil; porque el que no es verdaderamente humilde, fácilmente se irrita, y lo da bien presto á entender por medio de palabras desentonadas y ofensivas.

Atenesa. No obstante, se ven personas que, sin ser demasiadamente humildes, son muy afables en su trato.

Clara. Verosimilmente sucederá así, cuando se salgan con lo que quieran, y cuando no hubiere quien las contradiga; pero fuera de ahí ¿te parece que han de mantener esa afabilidad y esa dulzura?

Adelaida. Tienes razón en eso; pues yo he notado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frecuentemente, que con una ú otra palabrita menos cometida que se les hable, echan al instante por esos trigos.

Clara. Con que ¿ya comprendéis ahora cómo, para ser afables es necesario ser humildes?

Atenesa. Lo comprendemos á la perfección; y no podemos menos de admirar al propio tiempo la claridad y sencillez con que explicas todas estas cosas.

Clara. Pues no perdamos de vista, si os parece, nuestro asunto, llevando á otra parte nuestra mira.

Adelaida. De muy buena gana volveremos á él. Según los principios que dejas establecidos, ¿se pierde una vez perdida la Mansedumbre y la dulzura?

Clara. No tanto se pierde, cuanto se da á ententer que no se tenía.

Atenesa. ¿Luego tú sostienes absolutamente, que estas dos virtudes son inseparables?

Clara. No soy yo sola quien lo asegura; la verdad misma lo dice así; la evidencia lo hace ver; y la experiencia nos convence de ello.

Adelaida. Mientras más te explicas, más aumentas en nosotras el gozo.

Clara. ¡Oh! Pues si vosotras conociéseis á fondo esta virtud, aún habíais de estar más prendadas de ella.

Atenesa. No cabe estarlo más de lo que ya estamos.

Clara. Sin embargo, todavía no la habéis visto más

que en las palabras, y en los sentimientos; consideradla ahora por un instante en la conducta y porte.

Adelaida. Pues ¿de qué manera se deja ver en la conducta?

Clara. Siempre uniforme, siempre igual, y nunca desemejante á sí misma.

Atenesa. ¿Con qué será cosa agradable vivir con tales personas?

Clara. No puede serlo más; porque ellas todo lo toman á su cargo, sin dejar nada que hacer á los demás; quieren todo lo que los otros quieren; nunca molestan á nadie; ni nadie les sirve jamás de molestia á ellas.

Adelaida ¿Y qué? ¿No suelen otros abusar de una bondad tan grande?

Clara. No: Porque su virtud se hace respetar de todos.

Atenesa. Una vez que, según dices, quieren siempre lo que quieren los demás, ¿nunca se les ofrecerá motivo de alteraciones ni disputas con nadie?

Clara. Aunque me tome esta licencia, digo, que sí lo hacen cuando es menester; pero siempre con modestia, y determinadas á ceder á la razón, luego que se les diere á conocer.

Adelaida. Al paso que me hago cargo de como no incomodan á nadie; no veo como pueda ser eso de que de nadie sean incomodadas.

Clara. Porque en nada se dan por ofendidas; antes por todo pasan, y todo lo ejecutan; y siempre conser-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

van su Mansedumbre en medio de cualesquier acontecimientos.

Atenesa. Pues vamos, vamos á pedir á Dios una virtud tan grande y tan amable; y á trabajar con tesón para adquirirla,

Clara. Así lo deseo muy deveras; y ruego al Señor, que os sea propicio.

CONVERSACION XXXVII

SOBRE LA DULZURA DE CONDUCTA.

Adelaida. Habiéndote oido ya discurrido acerca de la Dulzura en las palabras, deseamos vivamente escucharte ahora sobre la Dulzura en la conducta.

Clara. Razón tenéis en distinguir estas dos cosas; pues con efecto son distintas.

Atenesa. Eso mismo es lo que nos obliga á que deseemos oirte sobre este punto, para no engañarnos.

Clara. Pues para tener suavidad y dulzura de conducta, no basta hablar con afabilidad y blandura; se necesita además, tener unos modales apacibles, aseadas y llanas.

Adelaida. Muy poco se encuentra de eso en el mundo.

Clara. Todo lo que es virtud; es de esta especie.

Atenesa. Con efecto, algunas personas hay que hablan con harta melosidad; y sin embargo, no se puede vivir con ellas.

Clara. Verosimilmente, mejor querrias tú vivir con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

van su Mansedumbre en medio de cualesquier acontecimientos.

Atenesa. Pues vamos, vamos á pedir á Dios una virtud tan grande y tan amable; y á trabajar con tesón para adquirirla,

Clara. Así lo deseo muy deveras; y ruego al Señor, que os sea propicio.

CONVERSACION XXXVII

SOBRE LA DULZURA DE CONDUCTA.

Adelaida. Habiéndote oido ya discurrido acerca de la Dulzura en las palabras, deseamos vivamente escucharte ahora sobre la Dulzura en la conducta.

Clara. Razón tenéis en distinguir estas dos cosas; pues con efecto son distintas.

Atenesa. Eso mismo es lo que nos obliga á que deseemos oirte sobre este punto, para no engañarnos.

Clara. Pues para tener suavidad y dulzura de conducta, no basta hablar con afabilidad y blandura; se necesita además, tener unos modales apacibles, aseadas y llanas.

Adelaida. Muy poco se encuentra de eso en el mundo.

Clara. Todo lo que es virtud; es de esta especie.

Atenesa. Con efecto, algunas personas hay que hablan con harta melosidad; y sin embargo, no se puede vivir con ellas.

Clara. Verosimilmente, mejor querrias tú vivir con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

personas que hablasen rústica y desaliñadamente; y que por otra parte tuvieran bondad de corazón.

Adelaida. ¿Qué tiene que hacer eso? Mil veces preferiría yo estas á las otras.

Clara. Aunque estas últimas son, sin duda, muy imperfectas y muy molestas; juzgo que lo son menos que las primeras.

Atenesa. También yo las preferiría desde luego.

Clara. Investiguemos, pues, que es lo que en este particular puede hacer lo que nosotras llamamos Dulzura y suavidad de conducta.

Adelaida. Eso mismo es lo que aguardábamos con impaciencia.

Clara. Pues á mi parecer, no se necesita pará eso otra cosa que un espíritu ó un genio cabal y equitativo, sostenido de la Divina gracia.

Atenesa. Y ¿qué es lo que se requiere para ser conforme tú piensas?

Clara. Es necesario que no sea ni muy porfiado, ni contradecidor, ni sospechoso.

Adelaida. Mucho negocio y mucho embarazo es ese.

Clara. Con todo, no menos que esto que he dicho, se necesita para que un espíritu sea y pueda llamarse cabal y razonable.

Atenesa. Aunque entendemos y lo que quieren decir todos esos vocablos; ten sin embargo, la bondad de explicárnolos un poco más.

Clara. Genio ú espíritu *porfiado* es aquel que gusta de disputar por cualquier cosa, por un alfiler: el genio

contradecidor es el que nada encuentra en los demás que esté bien dicho, ni bien hecho: el genio *sospechoso* es el que continuamente anda dando mala interpretación, ó tomando las cosas en un sentido siniestro.

Adelaida. ¡Qué tres caracteres de genio tan extraños!

Clara. El que fuese capaz de expresar puntualmente lo mucho que estos genios hacen sufrir á los demás, era preciso que fuese muy hábil y muy diestro.

Atenesa. ¿No será posible vivir con semejantes genios?

Clara. A beneficio y con el socorro de la virtud, sí se puede vivir muy bien.

Adelaida. Mejor dirías: hay muy bien que sufrir con ellos.

Clara. No se oponen estas dos cosas; porque bien se puede vivir con ellos, y al propio tiempo tener bien que sufrir y que aguantar.

Atenesa. ¿Y si no hay virtud?

Clara. Será necesario darse prisa para adquirirla; y aun hacer una competente provisión de ella.

Adelaida. Pues la virtud ¿no es un dón de Dios?

Clara. Cierto; pero Dios no favorece con él, sino á los que trabajan mucho por adquirirle y grangearle.

Atenesa. Después de todo, á mí me costaría un trabajo sumo el haber de aguantar á semejantes genios.

Clara. Cuidado con eso; que os desviáis del intento.

Adelaida. Yo no advierto tal cosa.

Clara. Vosotras me preguntásteis, ¿qué era lo que se necesitaba para tener Dulzura de conducta? Y lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que yo veo es, que os váis acalorando ya contra los que no la tienen.

Atenesa. Ahora sí caigo en la cuenta; pero como que es una cosa natural enardecerse, cuando se oye hablar de esta clase de genios.

Clara. Sí; más la prudencia pide que no nos dejemos llevar siempre de nuestro ardimiento.

Adelaida. No podemos menos de admirar lo muy adecuadas que son todas tus palabras. Enséñanos ahora, ¿qué es lo que se ha de hacer para sanar de estas dolencias?

Clara. Para dejar de ser nimiamente porfiadas, ó tercas de genio, no hay más que prohibirse enteramente toda disputa y toda contestación.

Atenesa. El caso es, que hay lances, en que una no puede eximirse de ellas.

Clara. Pues lo que se ha de hacer en esas ocaciones es, decir modestamente las razones que asisten, por modo de reconvención ó cargo, y no de alteración; y dejarse siempre juzgar con docilidad.

Adelaida. Si no hay más que hacer que esto, es cosa fácil.

Clara. Concedo que sí, para un genio racional, más no para el que sea sobradamente rencilloso; porque semejantes genios, por materia de un alfiler serán capaces de dejarse despedazar.

Atenesa. ¡Eso es una compasión!

Clara. Así es; pero todo el mundo vé, que en esto nada digo de más,

Adelaida. Y para libertarse del genio *contradecidor*, ¿qué medidas es menester tomar?

Clara. Es necesario tener á todos los demás por superiores á nosotras en instrucción, en talento, en prudencia, en hadilidad y generalmente en todo.

Atenesa. Pero eso es lo mismo que renunciar á su propia razón, y á su juicio.

Clara. ¡Ay! ¿Qué no se debe hacer por tener paz, y por procurar que los demás la tengan?

Adelaida. ¿Es igualmente fácil desechar el genio *sospechoso ó desconfiado*?

Clara. No por cierto; no es tan fácil.

Atenesa. Y ¿por qué? Dime.

Clara. Porque el genio *sospechoso* tiene profundamente echadas sus raíces en una imaginación tan dañada y pervertida; y no hay cosa más difícil, que curar una tal imaginación.

Adelaida. Según eso ¿será éste un mal incurable?

Clara. Absolutamente no lo es; pero le falta muy poco: porque ¿cómo es dable curar á unas personas, á quienes su trascordada imaginación representa como blanco lo que es negro, y negro lo que es blanco?

Atenesa. ¡Terrible trastorno de cerebro es ese!

Clara. Y ¿no es esto lo que se está viendo todos los días?

Adelaida. Ahora conozco yo bien, que semejantes genios son los más dignos de lástima, y aún los más temibles.

Clara. Tú tienes mucha razón; porque estos genios casi nunca vuelven, ni sanan de su trastorno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Atenesa. ¡Infelicidad grande, por cierto!

Clara. Seguramente que es de las mayores: pero aun hay otro carácter de genio, del cual es muy difícil guardarse, por más que se haga.

Adelaida. Y ¿cuál es?

Clara. El genio *extremado*.

Atenesa. Y ¿en qué consiste éste?

Clara. En no guardar en nada un justo temperamento; sino llevándolo todo por unos extremos sumamente peligrosos.

Adelaida. Para curarse de este genio ¿qué se necesita hacer?

Clara. Lo primero que se ha de hacer es, no tener nunca por amigas á gentes de este carácter.

Atenesa. ¿Y será necesario quedarse ahí?

Clara. Se deberá demás de eso, pesar juiciosamente todas las razones de una y otra parte; y desconfiar siempre de todo aquello que se desvía de un justo medio.

Adelaida. ¿No pides todavía algo más que esto?

Clara. Que no entabléis amistad sino con personas de genio moderado, si es que podéis encontrarlas.

Atenesa. ¿Y si no las hay?

Clara. Sin pensarlo, das ya en un extremo.

Adelaida. Pues ¿donde las hallaremos?

Clara. Aunque, á la verdad, son raras; pero sí las hay.

Atenesa. No habría cosa que yo hiciése por unos genios de esta naturaleza: son envidiables; yo me los comería.

Clara. Ese es otro extremo también; á lo menos, así lo indican sus expresiones.

Adelaida. Cierto, que son demasiado exageradas; pero al cabo ¿no son verdaderas?

Clara. Yo no niego que lo serán, siempre que vayan acompañadas de una justa moderación.

Atenesa. ¿Con que en tales persona si se encontrará suavidad de conducta?

Clara. ¡Ah! Eso viene á ser ya como un paraíso anticipado.

Adelaida. Pues ya deseo yo con ansia encontrarlas, para tratar con ellas.

Clara. No os habéis de contentar solamente con tratarlas; sino que también habéis de hacer por ser como ellas; para que en vosotras se encuentre igualmente este paraíso anticipado.

Atenesa. Como eso no consista más que en trabajar, yo no omitiré diligencia alguna por salir con la empresa.

Clara. Yo me regocijo de esa vuestra resolución; y deseo que tenga feliz suceso.

Adelaida. Dios lo quiera así; y nos conceda esta gracia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XXXVIII

SOBRE LA PACIENCIA.

Marcela. Siendo así que nos has hablado ya de otros varios asuntos, nada nos has dicho aún acerca de la *Paciencia*.

Amalia. Yo me huelgo de que me empeñéis en este asunto; porque es uno de los más importantes de que se puede tratar.

Ursula. Aunque yo soy muy amante de esta virtud, y no acabo de admirar á los que la poseen; no me considero muy á propósito para ella.

Amalia. No obstante eso, has de saber, que ésta es la virtud de las almas generosas, y la que caracteriza los grandes personages.

Marcela. Si eso es así, como yo no aspiro á semejante cosa, bien podré dejar con toda seguridad á otros esta virtud tan recomendable.

Amalia. Mucha compasión te tuviera yo, si tomases un tal partido; porque eso sería renunciar enteramente á la virtud.

Ursula. Yo sí deseo mucho, y celebrára ser virtuosa; mas no aspiro al honor de que me coloquen entre

las heroinas, ni á ocupar asiento entre los grandes personages.

Amalia. Es que para llegar á un mediano grado de Paciencia, se necesita dirigir la mira á no menos alto grado que el ya referido.

Marcela. Pero ¿acaso es tanta la necesidad que tiene de esta virtud una Señorita, que tal vez solo ha nacido para tener una vida tranquila y oscura! ó desconocida?

Amalia. Sí, porque sin esta virtud no puede obtener ni conservar ninguna otra.

Ursula. Esa es una respuesta que necesita de explicación.

Amalia. ¿No véis que sin la virtud de la Paciencia, no sería posible sufrir nada; y que sin sufrir como e debido, uo se puede adquirir ni conservar ninguna otra virtud?

Marcela. Tú seguramente llevas las cosas tan al cabo, que no es posible seguirte.

Amalia. No por cierto, no las llevo tal; y aun juzgo me contengo dentro de los límites de la verdad.

Ursula. Pues explícate algo más, si quieres; y haznos entender lo que todavía no comprendemos.

Amalia. La castidad, la justicia, y la Religión misma, ¿no son unas virtudes de las más recomendables, que hay en el Cristianismo? Pues sin la Paciencia ni se pueden alcanzar, ni mantener.

Marcela. Todavía no acabo yo de comprender cómo estas virtudes dependan de la Paciencia.

Amalia. Pues no tienes más que registrar los Ana-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

les de la Historia, y verás, que el temor de los sufrimientos ha hecho á muchísimos renunciar á todas estas virtudes.

Ursula. Con eso me haces abrir de una vez los ojos para qur vea claramente lo que antes no podía percibir.

Amalia. Ya vés, pues, con cuánta razón digo yo, que sin la Paciencia no puede haber virtud sólida.

Marcela. Yo creía únicamente, que sin esta virtud, lo más que podía suceder, era dejarse llevar algunas veces de la impaciencia, de la murmuración, de palapras descompasadas; y que no había que temer más que esto.

Amalia. Y ¿qué? Aun cuando no hubiese otra cosa que temer, ¿te parece que no sería éste siempre un mal bastante grande?

Ursula. Es verdad; pero este linage de pecados no me parece de mucha consecuencia.

Amalia. Cualquiera que hable de éste modo, casi no conoce ni lo que es Dios, ni lo que es pecado, porque conociendo uno y otro, había de saber forzosamente, que todos los pecados son de consecuencia.

Marcela. Pero estos, cuando mucho, ofenderán al próximo, más bien que á Dios.

Amalia. Me pasma todavía un lenguaje como ese: y cierto no sé dónde lo habéis aprendido. Pues ¿qué? ¿Ignoráis que todo lo que ofende al prójimo, ofendo también á Dios; y que todo lo que ofende á Dios y al prójimo, es sumamente perjudicial á nuestra propia conciencia?

Ursula. Yo no pienso en nada de eso, cuando llego á impacientarme: lo que hago únicamente es, seguir mi humor y mi temperamento, sin poder por entonces acallarle, ni contenerle.

Amalia. Dí más bien, que no quieres hacerlo; pues con la gracia de Dios todo lo pódemos; y no hay quien no pueda alcanzarla, si de veras lo solicita.

Marcela. Cuando oigo hablar de esa manera, me entran fuertes deseos de tener esta virtud, y aun hago mil esfuerzos para adquirirla; más luego mi humor y mi temperamento me irritan y me enfurecen.

Amalia. Hasta ahora había yo entendido, que solamente las bestias feroces se irritan de esa suerte; pero no me cabía en el juicio, que unas gentes de razón, y sostenidas con el auxilio de la Divina gracia, obrasen como fieras.

Ursula. Ya veo que es preciso ceder á la fuerza de, tus raciocinios; pero ¿á qué grado, ó hasta dónde debe extenderse la Paciencia?

Amalia. Es necesario ejercitarla hasta el punto de no llegar á desasonarse, por más motivos de sufrir que á Dios le pluguiere enviarnos.

Marcela. ¿Y que? ¿Bastará no disgustarse á causa de ellos?

Amalia. Tienes mucha razón; algo más es menester todavía; pues también es necesario hacer el ánimo á rccibirlos de buena gana, y llevarlos con paz y en silencio.

Ursula. ¿Se entiende eso con toda especie de sufrimientos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Amalia. Con todos generalmente, hora vengan de parte de Dios, hora de las criaturas; de nuestros amígos ó enemigos; de nuestros iguales é inferiores, ó de nuestros superiores; hora. en fin, acometan á nuestro cuerpo, ó á nuestra alma; á nuestros bienes ó á nuestra honra.

Marcela. Sin duda, es muy grande y de una vasta extensión esta virtud.

Amalia. Verdad es; pero ¿de cuanta gloria no será coronada, siempre que no llegue á bastardear, persevere hasta el fin?

Ursula. Yo por mí, nada tengo ya que replicar, quedándome únicamente el sonrojo de haberme explicado en tales términos, y de haberme conducido así.

Amalia. Razón tienes para avergonzarte; bien que yo espero, no te quedes solo en eso.

Marcela. Cabalmente este es todo el objeto de nuestros deseos.

Ursula. Pues pedidle á Dios, que se digne de bendecirlos.

CONVERSACION XXXIX

SOBRE EL ESPIRITU DE MORTIFICACION.

Agapa. Dinos, te ruego, ¿en que consiste, que, siendo la Mortificación tan común en el mundo; con todo *el espíritu de Mortificación* sea tan raro en él?

Cunegunda. Y ¿por qué, decidme á mí vosotras, habiendo en el muudo tantas personas humilladas, hay tan pocas que sean humildes?

Flavia. A tí te corresponde declararnos uno y otro.

Cunegunda. No es difícil de encontrar la razón de ambas cosas.

Agapa. Sí, para una persona instruida como tú.

Cunegunda. Vedlo bien claro: porque nunca, por lo regular, se reciben voluntariamente las mortificaciones y las humillaciones: casi siempre está á disgusto y pesar nuestro; y así, sucede el estar mortificadas y humilladas, sin tener por eso el espíritu de mortificación ni el espíritu de humildad.

Flavia. ¿Con que es menester abrazarlas voluntariamente, para tener estas dos virtudes?

Cunegunda. No lo dudéis; de otra suerte es pade-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Amalia. Con todos generalmente, hora vengan de parte de Dios, hora de las criaturas; de nuestros amígos ó enemigos; de nuestros iguales é inferiores, ó de nuestros superiores; hora. en fin, acometan á nuestro cuerpo, ó á nuestra alma; á nuestros bienes ó á nuestra honra.

Marcela. Sin duda, es muy grande y de una vasta extensión esta virtud.

Amalia. Verdad es; pero ¿de cuanta gloria no será coronada, siempre que no llegue á bastardear, persevere hasta el fin?

Ursula. Yo por mí, nada tengo ya que replicar, quedándome únicamente el sonrojo de haberme explicado en tales términos, y de haberme conducido así.

Amalia. Razón tienes para avergonzarte; bien que yo espero, no te quedes solo en eso.

Marcela. Cabalmente este es todo el objeto de nuestros deseos.

Ursula. Pues pedidle á Dios, que se digne de bendecirlos.

CONVERSACION XXXIX

SOBRE EL ESPIRITU DE MORTIFICACION.

Agapa. Dinos, te ruego, ¿en que consiste, que, siendo la Mortificación tan común en el mundo; con todo *el espíritu de Mortificación* sea tan raro en él?

Cunegunda. Y ¿por qué, decidme á mí vosotras, habiendo en el muudo tantas personas humilladas, hay tan pocas que sean humildes?

Flavia. A tí te corresponde declararnos uno y otro.

Cunegunda. No es difícil de encontrar la razón de ambas cosas.

Agapa. Sí, para una persona instruida como tú.

Cunegunda. Vedlo bien claro: porque nunca, por lo regular, se reciben voluntariamente las mortificaciones y las humillaciones: casi siempre está á disgusto y pesar nuestro; y así, sucede el estar mortificadas y humilladas, sin tener por eso el espíritu de mortificación ni el espíritu de humildad.

Flavia. ¿Con que es menester abrazarlas voluntariamente, para tener estas dos virtudes?

Cunegunda. No lo dudéis; de otra suerte es pade-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cer y sufrir como los demonios, sin virtud ni mérito alguno en ello.

Agapa. Según eso, es muchísimo lo que se pierde en este caso.

Cuneguuda. Es tan grande esta pérdida, que no hay humano entendimiento que sea capaz de comprenderla.

Flavia. Pues á mí me parece, que sí la comprendo: ¿no es que se pierden otros tantos grados de gracia y de gloria?

Cunegunda. Tú dices muy bien en eso de *me parece*: pues para comprender esta pérdida en toda su extensión, era necesario saber el precio de cada grado de gracia y gloria; y juntar luego todos estos grados: lo cual compone una pérdida que es infinita; y por consiguiente, incomprensible al entendimiento humano.

Agapa. Yo por mí, me atengo á eso que tú dices; y lo que entiendo solameute es, que esta pérdida sobrepuja á todo cuanto se pueda decir, y aun pensar; puesto que el menor grado de graeia vale más que todos los tesoros del mundo juntos.

Cunegunda. Lo piensas con muchísima razón así; y te explicas aún mucho mejor.

Flavia. Pues ya que ésta pérdida es incomprensible, por lo menos, enséñanos á evitarla.

Cuneguuda. Ante todas cosas os habéis de persuadir á que como la virtud reside principalmente en la voluntad; no hay ni puede haber virtud en lo que

padecemos involuntariamente, y sin aceptación de parte de la voluntad.

Agapa. ¿Qué? ¿La voluntad por sí sola, no es capaz de hacer esta aceptación?

Cunegunda. No os digo yo lo contrario, no: lo que sé es, que para todas las cosas concernientes á nuestra salvación, necesitamos de la gracia de Dios; y también sé, que con esta misma gracia todo lo podemos.

Flavia. Comienza, pues, si gustas, á hablar directamente sobre el asunto propuesto; y dínos, ¿qué es lo que entieudes por espíritu de mortificación?

Cunegunda. Así como hay diferencia entre la humildad, el hábito de humildad, y el espíritu de humildad; así también la hay entre la mortificación, el hábito de mortificación; y el espíritu de mortificación.

Agapa. Jamás se nos ha hablado á nosotras de esta diferencia.

Cunegunda. Sin embargo, es real y efectiva.

Flavia. Haznos el favor de demostrárnosla.

Cunegunda. La humildad consiste en hacer alguna acción que sea á propósito para humillarse: el hábito de humildad en hacer estos actos en todo trance y en toda ocasión: y el espíritu de humildad no es otra cosa que complacerse en la humillación; amar y buscar el abatimiento en todas las cosas; y tener por blanco principal en todo cuanto hiciéremos, dijéremos ó deséaremos, el humillarnos y envilecernos.

Agapa. Esta diferencia es ciertamente de bulto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cunegunda. Igual diferencia se halla también en la mortificación.

Flavia. Aunque sobre poco más ó menos, la alcanzamos ya: con todo, nos serviría de satisfacción el oirla de tu boca.

Cunegunda. Os obedeceré gustosa, y repetiré lo mismo que acabo de decir, mudando únicamente los términos. Mortificación es hacer algún acto con intención de mortificarse: el hábito de mortificación es repetir estos mismos actos en cualquier lance y en cualquier coyuntura: y el espíritu de mortificación es complacerse en la mortificación misma; amarla y buscarla en todas las cosas; tener por blanco principal en todo lo que hiciéremos, dijéremos ó deseáremos, el mortificarnos siempre.

Agapa. Según eso, nadie habrá que tenga este espíritu; porque nadie hay que se complazca en la mortificación.

Cunegunda. Eso de nadie, ya es demasiado decir; y consiste en que tú no conoces á todo el mundo.

Flavia. Cuando nosotras decimos que *nadie*, lo entendemos precisamente de aquellas personas con quienes tratamos.

Cunegunda. A lo menos no podréis negar que Jesucristo tuvo este espíritu en un grado muy sublime.

Agapa. No, no por cierto: ¿quién había de negar una cosa como esa?

Cunegunda. Observadle desde el primer momento

de su vida hasta el instante mismo de su muerte; y no advertiréis en este señor otra cosa.

Flavia. Pero Jesucristo era Dios, y nosotras no tenemos ni su fortaleza, ni su santidad.

Cunegunda. Ya me hago cargo; más también tenéis el honor de ser miembros suyos; y así, debéis vivir de su espíritu, conformándoos con él en todo, sopena de renunciar á esta cualidad tan excelente.

Agapa. No decimos esto, porque pretendamos renunciarla; sino porque todavía no somos Santas.

Cunegunda. Sóis cristianas; y eso basta.

Flavia. Más este espíritu es sumamente opuesto á los sentimientos é inclinaciones naturales.

Cunegunda. Pues á eso os digo yo, que es muy conforme á los sentimientos é inspiraciones de la gracia.

Agapa. Mucha gracia y mucho amor de Dios será necesario para eso.

Cunegunda. Convengo en ello; pero á este espíritu son llamados todos los cristianos por aquellas palabras del Apóstol (1): "despojáos del hombre viejo, y revestíos del nuevo."

Flavia. ¿Es ese el sentido genuino de estas palabras?

Cunegunda. Sí, á este espíritu de Mortificación intenta elevarnos el Apóstol por medio de las palabras referidas, después que nos hallamos despojado enteramente de la culpa, y revestídonos de inocencia.

---

(1) Coloss. 3. 9. 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Agapa. Haznos, si gustas, el retrato de una persona que posée el espíritu de Mortificación.

Cunegunda. Viene á ser una persona que no busca con anhelo ninguna satisfacción, por amor de la satisfacción misma: es una persona, que no toma satisfacción ninguna, aun cuando ella sea necesaria, sino con dolor y pesar suyo: es una persona que se complace en las mortificaciones, así como las gentes mundanas se complacen en sus gozos y alegrías.

Flavia. Quisiéramos ahora que nos hiciéses ver á esta misma persona en toda su conducta; en sus comidas, en el sueño, en sus recreaciones, en el modo de vestir, en los muebles de su casa, en sus enfermedades, en sus dolencias, en sus contratiempos, en sus pérdidas, en sus contradicciones, en sus humillaciones, en sus prosperidades; en sus conversaciones, en medio de las hablillas y rumores; en medio de las murmuraciones, de las calumnias, de las envidias, de las emulaciones, de los menosprecios, de las irrisiones y burlas.

Cunegunda. Como os toméis el trabajo de examinar atentamente á los pies de Jesucristo la pintura que os voy haciendo, allí encontraréis todo cuanto pudiérais desear; y las luces que recibiéreis de Jesucristo, os harán comprender mejor lo que yo no pudiera deciros.

Agapa. Nos conformamos con que nos remitas allá; porque en estas materias, el espíritu de Dios enseña mucho más qne cuantos discursos hay.

Cunegunda. Con hablar de esa manera, me edificáis mucho:

Flavia. Lo que nosotras entendemos, después de haberte oido á tí, es; que estamos sumamente distantes de este espíritu de Mortificación; y casi desesperamos de poder llegar nunca á él.

Cunegunda. Eso no; porque lo que es imposible al hombre, para Dios no solamente es posible, sino también muy fácil; así, no hay que desesperar: confiad en su bondad infinita, y trabajad sobre esto fiel y humildemente: Dios sabe hacer de las piedras hijos, de Abrahán (1); esto es, volver dóciles á su Divina gracia los corazones más duros: si trabajaréis en esto sin desmayar, con el socorro de la gracia adelantaréis infinito.

Agapa. Aguardando estamos esta misma gracia, y suspiramos en pos de ella, para adelantar mucho en este camino.

Cunegunda. Buen ánimo; pues el término de este camino es la vida eterna, en donde gozaréis de unos placeres puros, y sin mezcla alguna de mortificación.

(1) Matth. 3. 9., & Luc. 3. 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XL.

SOBRE LA CUARESMA.

Inés. Hé aquí ya mudado todo.

Cecilia. Y ¿qué mudanza es esa que tú quieres decir?

Lucía. Pues ¿no echas de ver que la gente no vá ahora como suele?

Cecilia: ¡Qué! ¿Es acaso el Estado el que se ha mudado?

Inés. No es el Estado, sino la Iglesia:

Cecilia. Pues ¿qué mutación es la que en ella adviertes?

Lucía. Las gentes no comen; los Templos todos están de luto; y hasta por las calles se nota tristeza en las gentes.

Cecilia. ¿Qué es lo que dices ¿Nadie come absolutamente?

Inés. Cuando decimos que *la gente no come*, no queremos decir, que enteramente no coma nada; sino que se come muy poco.

Cecilia. Más ¿al fin se come?

Lucía. Sí, al medio día, y ya se acabó; ó cuando más, si se hace otra comida es tal, que ni allí se come cosa de carne, ni huevos; y lo más frecuente es legumbres.

Cecilia. Y ¿qué? ¿No cuentas la colación?

Inés. ¡Ay! No; porque esa es tan poca cosa, que apénas merece mentarse: á lo más viene á ser como los postres de otra comida, y apénas se siensa una á la mesa, ya se levanta otra vez.

Cecilia. Verdad es; pero aun eso poco, es todavía mucho; porque antigüamente no se hacía más que una comida á la caída de la tarde, y ésta sin colación.

Lucía. Eso ya era demasiado rigor.

Cecilia. Mejor dijeras que es demasiada la relajación de hoy en día.

Inés. ¿Y se pudiera aguantar ahora aquel rigor de los primeros siglos?

Cecilia. Sin duda; pues este modo de ayunar duró más de mil y docientos años.

Lucía. No es posible replicar á eso: dinos, si gustas: ¿por quién está de luto la Iglesia?

Cecilia. Por su querido esposo: la muerte de Jesucristo es la que la Iglesia llora; y al propio tiempo los pecados de sus hijos, qne son los que dieron muerte á este señor.

Inés. Y ¿á qué se reduce este luto de la Iglesia?

Cecilia. ¿No advertís, que no se ven más que las paredes, y que todo esta cubierto, hasta las Imágenes del mismo Jesucristo, y de los Santos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lucía. Todo ese exterior, tal como tú le pintas, indica ciertamente una tristeza muy grande.

Cecilia. ¡Ay de mí! ¡Nada tiene de más, cuando el objeto que lo motiva, es la muerte de un Dios hombre.

Inés. Pero ¿á que es ocultar las Imágenes de Jesucristo, y de los Santos? A mí me parece, que valdría más, y sería mejor manifestarlas, para estimular á todos á penitencia.

Cecilia. Hay dos razones muy oportunas para practicarlo de aquel modo: la primera, para quitar de la vista aun aquello mismo que pudiera cebarla santamente; y que los ojos se empléen solamente en llorar.

Lucía, Dinos, cual es la segunda razón, si quieres.

Cecilia. Lo haré con gusto: es para significar, que los que no hicieren penitencia de sus pecados en esta vida, no verán jamás en el Cielo ni á Jesucristo, ni á sus Santos.

Inés. Estas razones me parece son bien dignas de atención.

Cecilia. Lo son en efecto.

Lucía. Continúa, si gustas; y dinos ¿por qué el mundo se muestra igualmente triste?

Cecilia. Porque cada cual se dedica entonces á hacer penitencia.

Inés. Y ¿no se echa de ver por las calles otra cosa más, que la tristeza en los semblantes?

Cecilia. También se advierte más modestia en e

exterior, más circunspección en la conducta, y menos excesos que de ordinario.

Lucía. Todo eso que dices es verdad.

Cecilia. Convenid, pues, en que este tiempo es sumamente apetecible y loable; puesto que la gente es entonces más racional y más juiciosa.

Inés. Pero nosotras, á pesar de nuestra corta edad, ¿debemos también tomar parte en toda esta general mudanza?

Cecilia. ¿Quién duda eso? Una vez que sóis Cristianas, y de más á más pecadoras.

Lucía. ¿Luego tampoco deberemos nosotras hacer más que una sola comida al medio día, y por la noche una ligera colación?

Cecilia. Vuestra edad, por ser todavía tierna, os dispensa de este rigor; pero no os exime de hacer penitencia á vuestro modo.

Inés. Y ¿de qué manera debemos hacer penitencia nosotras?

Cecilia. Mostrando mayor modestia y compostura en todo vuestro exterior; guardando mayor silencio y más estrechamente; cercenando en ciertos días algún poquito del desayuno y á la merienda; aplicándose más al estudio; y trabajando y orando más.

Lucía. Con demasiado poco te contentas, ciertamente.

Cecilia: Si estuviérais ya algo más cerca de la edad en que hay obligación de ayunar; os diría que ayuné

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seis dos ó tres días á la semana, poco más ó menos, según el dictamen de vuestro Confesor.

Inés. Pues que nos pides tan poco, vamos nosotras á ejecutarlo, con mucho celo y aplicación: haznos el favor de encomendarnos á Dios.

CONVERSACION XLI

SOBRE EL SECRETO.

Macaria Muy pocas niñas conozco yo, que sean calladas; y aun las que lo son, no siempre lo son generalmente en todo: y yo, sin embargo, quisiera poder llegar á este grado.

Magnencia. Demasiado alta pones la mira: y, no obstante eso, no se necesita menos para llegar al grado que te has propuesto.

Melitina. A ese mismo grado desearía yo llegar también; pues no quiero ser callada solamente á medias: y así, dános algunos medios para esto, si gustas.

Magnencia. Es una prenda ésta, que me agrada tanto, especialmente en una niña que no omitité cosa alguna, para ayudarnos á adquirirla.

Macaria Un gran gusto nos darás en eso; porque yá no veo, que haya una cosa mas digna de estimación, que esta cualidad, señaladamente en una niña.

Magnencia. Os diré primeramente, que el saber

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guardar secreto, es de las cosas más importantes en el comercio de la vida:

Melitina. Pues siendo eso así, ¿por qué los libros no hablan de ello, ni en los Púlpitos tampoco se nos dice nada?

Magnencia. Es verdad, que hay pocos libros que traten de eso; y que rara vez se oye hablar de ello en los Púlpitos.

Macaria. ¿De dónde nace, pues, este silencio tan granJe en una materia, que tú misma aseguras, ser de la mayor importancia?

Magnencia. Verosimilmente dependerá eso de la persuación en que se está, de que todos echarán de ver fácilmente lo muy importante que es.

Melitina. Más algunas instruccienes en este punto. no dañarían.

Magnencia. Así es; pero con que solo consulte cada uno su propio corazón, encontrará escrito allí mismo en gruesos caracteres todo cuanto se le pudiera decir.

Macaria. Es el caso, que hay algunas personas, que apénas se dedican nunca á leer en el libro de su corazón; y por tanto, estas instrucciones les harían pensar en ello algunas veces.

Magnencia. Si el libro del corazón no fuere suficiente para este linage de personas, no tienen más que volver los ojos á los males y perjuicios que se siguen de violar ó quebrantar un secreto; y se instruirán perfectamente.

Melitina. ¿Qué juicio, pnes, haces tú de aquellas personas que no son capaces de guardar un secreto?

Magnencia el juicio que hago es. que estas tales debieran irse á vivir entre bestias; allí no había que temer, que violasen ningún secreto.

Macaria. Ya; pero ese es un remedio sumamente violento.

Magnencia. Vaya; pues aquí tenéis otro más suaves y es, el enmudecer siempre delante de ellas.

Melitina. Mucho más á propósito me parece sería; que ellas enmudeciésen.

Magnencia. Tienes razón en eso; pero si no se puede conseguir que ellas enmudezcan, más vale que nosotras callemos por nuestra parte.

Macaria. Eso sería pagar justos por pecadores; y que estos quedasen impunes.

Magnencia. Siempre y cuando no pueda hacerse de otra suerte, necesariamente habrá de elegirse este partido.

Melitina. También es una muerte, eso de estar toda la vida alerta y sobre aviso.

Mágnencia. Los males que se originan de la violación de un secreto, son tantos y tan grandes, que no habrá persona alguna racional, que no se determine fácilmente á abrazar este partido.

Macaria. Pero esa atención contínua es una pensión más que mediana.

Magnencia. Aun es mucho mayor la de ver incesantemente, que se revelan ó descubren los secretos.

Melitina. Forzoso será, pues, tomar este partido: pero ¿no haces diferencia alguna de secretos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Magnencia. Preciso será hacerla; porque los secretos de las demás son diferentes de los nuestros.

Macaria. ¿Cuál es, pues, la diferencia?

Magnencia. El que nosotras somos dueñas de nuestros secretos, y no lo somos de los de las demás.

Melitina. Con que ¿nunca, nunca se deben descubrir los secretos agenos?

Magnencia. Yo no sé que haya más que un solo caso, en que esto se pueda hacer.

Macaria. Nosotras quisiéramos saberlo.

Magnencia. Ved aquí: cuando de no ejecutarlo, la Religión el Estado ó el bien público tuviésen que padecer algo, y aun cuando el bien particular tuviése que sufrir notablemente.

Melitina. ¿Por qué en el caso dicho estaría cualquiera dispensado de la ley del secreto?

Magnencia. Porque la ley de la caridad, de la justicia, del celo por la Religión, es superior y obliga más estrechamente que la ley del secreto.

Macaria, Pero á mí me causa cuidado una cosa; y es, saber ¿si en este caso se peca, descubriendo el secreto?

Magnencia. No; porque entonces deja de obligar la ley del secreto: y lo que debe mirarse mucho es, no descubrir la persona por descubrir el secreto.

Melitina. ¿Y si este secreto estuviése bajo de Confesión?

Magnencia. Entonces no se pudiera descubrir; por-

que el siglo sacramental no admite excepción alguna.

Macaria. Según eso ¿el Siglo sacramental debe ser un secreto muy sagrado?

Magnencia. Sí, lo es muchísimo; tanto que no hay caso alguno en que se pueda violar.

Melitina. Sin embargo, importa mucho el atajar ó cortar todo aquello que pudiera ceder en daño de la Religión, del Estado, del bien público ó también del particular.

Magnencia. A aquellas personas que tienen conocimiento y noticia de ello, les toca emplear toda su industria y maña, para tirar á cortarlo; pero sin que por eso se falte ni ofenda en nada al sigilo, porque esto no se puede hacer.

Macaria. Y esta obligación ¿comprende también á aquellos que casualmente y sin querer, oyesen lo que se dijera en Confesión?

Magnencia. No lo dudéis; y si llegásen á manifestarlo, se harían muy culpados en ello.

Melitina. ¿Sucedería esto mismo con aquellos que por descuido de otro se encontrasen escrita una Confesión, y tuviésen la imprudencia de leerla?

Magnencia. Lo mismo, sí; y no pudieran revelarla, sin hacerse en extremo culpables; prescindiendo ahora del pecado que cometerían en leerla.

Macaria. De ahí lo que se infiere es, que aquellos secretos que no están debajo de Confesión, pueden no guardarse tan escrupulosamente.

Magnencia. A eso os diré, que aunque hay su dife-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rencia entre ellos; con todo, no se pueden descubrir fuera del caso que he dicho, sin hacerse también culpabilísimos.

Melitina. Y ¿por qué? Una vez que la cosa confiada bajo de secreto, no sea de consecuencia.

Magnencia. Que la cosa sea de consecuencia, ó no lo sea, la obligación de guardar secreto, siempre es una misma.

Macaria. Más ¿el pecado no será el mismo?

Magnencia. No es, á la verdad, tan grande pero siempre es una gráve culpa.

Melitina. A lo que yo veo, es preciso ser muy circunspectas y muy miradas en esta materia.

Magnencia. Por mucho que lo séais, nunca deberá parecer demasiado: á esto se junta, que quien no fuere fiel en las cosas pequeñas, tampoco lo será, ó le costará mucho trabajo el serlo en las grandes.

Macaria. Y ¿por qué es eso? Dí.

Magnencia. Porque la falta de fidelidad en las cosas pequeñas conduce insensiblemente á la infidelidad en las grandes.

Melitina. Tú por todas partes nos pones barreras y cortapisas: ¿luego será forzoso condenarse á un eterno silencio tocante á los secretos agenos?

Magnencia. Ese es el partido que debéis tomar.

Macaria. A lo menos, si nos permitirás que dispongamos libremente de nuestros propios secretos.

Magnencia. Ya os dije antes, que de estos érais dueñas absolutas; yo no mudo de lenguaje.

Melitina. Esta respuesta nos da muchas ensanchas.

Magnencia. Sí; pero como vosotras séais prudentes, á muy pocas personas se los confiaréis.

Macaria. ¿Con que eso es querer, que seamos también reservadas aun con nunestros propios secretos?

Magnencia. Claro está, que lo quiero; sin pretender por eso, que hagáis alarde de ser misteriosas ni reservadas, como algunas personas, que gustan de andar siempre apuntando las cosas con mil ademanes, y nunca acaban de decirlas.

Melitina. ¿Y por qué es eso? Dí, si gustas.

Magnencia. Porque rara vez se encuentran amigas verdaderas; y no todas las que son amigas, tienen siempre las calidades necesarias para guardar nuestros secretos.

Macaria. ¿Qué calidades deben tener?

Magnencia. Solamente les pido una con el Sábio; y es, "que tengan la lengua en el corazón, y no el cora-"zón en la lengua."

Melitina. Yo creo, que será muy rara la que se encuentre así.

Magnencia. Por eso el Espíritu Santo aconseja que se escoja una entre mil (1).

Macaria. Y una vez que se halle alguna amiga de esta especie se la podrán confiar todos los secretos, sin ocultarla nada de cuanto se tiene en el corazón.

(1) Eccli. 6. 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Magnencia. Sí; luego que se llegue á tener seguridad de ella, y se la hubiere experimentado bien, y por bastante tiempo.

Melitina. ¿Luego para todas las demás amigas se debe tener cerrado y escondido el corazón?

Magnencia. Tanto como eso, no: pero solo se les debe este franquear hasta un cierto término; no dando á cada una más que aquella medida y dosis de confianza que convenga, según el grado de amistad que se tuviere con ellas.

Macaria. Nos tienes ya perfectamente instruidas, y aseguradas tocante á nuestras dudas.

Magnencia. Más, también habéis de cuidar de huir de dos escollos.

Melitina. ¿Cuáles son?

Magnencia. El desconfiar siempre de las alabanzas que os dieren; y así mismo de vuestra propia vivacidad.

Macaria. Y ¿por qué es eso? Dí.

Magnencia. Porque con el cebo de las alabanzas os sacarían, sino estuviéseis alerta, los más importantes secretos.

Melitina. Has añadido á lo dicho, que también es necesario desconfiar de su propia vivacidad.

Magnencia. Eso es, porque en medio de la vivacidad suelen escaparse algunos secretos, que se tenía muy resuelto el guardarlos.

Macaria. Pero ¿todas estas reglas se dirigen, y hablan también con las personas jóvenes?

Magnencia. Mucho más que con las otras que no lo son.

Melitina. Y ¿por que dices *más que con las otras*?

Magnencia. Porque en toda la vida será una capaz de guardar un secreto, no habiéndose accstumbrado á ello desde muy pequeña.

Macaria. ¿En qué edad es necesario comenzar?

Magnencia. Luego inmediatamente que empieza á despuntar la razón.

Melitina. Y ¿á qué fin comenzar tan presto?

Magnencia. Para que se vaya criando una larga costumbre de hacerlo así.

Macaria. ¿Qué? ¿Se necesita para eso una larga costumbre?

Magnencia. Como que sin ella, nunca debéis contar con ser firmes en la fidelidad, para guardar un secreto.

Melitina. Tenemos ya cuantas precauciones se pudieran apetecer acerca de todo lo concerniente al secreto.

Magnencia. Lo que yo deseo es, que procuréis hacer buen uso de ellas; y que os sirvan para toda vuestra vida.

Macaria. Sobre eso contamos seguramente con el socorro de lo Alto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XLII

SOBRE LA PRÁCTICA DEL SILENCIO.

Eudosia. Hablando ahora con la claridad y sencillez de verdaderas amigas; esto de guardar silencio ¿no se te hace á tí algo gravoso y molesto?

Eugenia. Tan léjos está de serme molesto, que antes bien, me agrada muchísimo.

Eulalia. ¿Cómo puede ser, que te agrade el silencio?

Eugenia. Porque aun cuando le guarde, no dejo por eso de hablar.

Eudosia. ¿Con qué según eso, eres inobediente, y quebrantas la regla?

Eugenia. Muy alcontrario; en lugar de desobedecer, obedezco de dos maneras.

Eulalia. Semejante respuesta, confieso que es un enigma para mí.

Eugenia. No hay enigma ninguno en esto; es la pura verdad: Callo, y bablo.

Eudosia. Acaba por Dios de despenarme; y explícame este misterio.

Eugenia. ¿Es posible, que no entiendes una cosa tan clara? Callo para con las criaturas; pero no callo para con Dios: mi lengua enmudece; pero mi corazón no. Este es todo el misterio que hay.

Eulalia. Ahora ya te comprendo; y no puedo menos de oirte con admiración: enséñame, si gustas, este secreto.

Eugenia. Es un secreto muy fácil. En el silencio digo yo á Dios todo lo que me dicta ó inspira mi corazón; y después oigo todo lo que el Señor se digna responderme.

Eudosia. Eso es dar á entender, que Dios te habla también á tí; ¿hé?

Eugenia. Sí; Dios me hace esta honra, en medio de ser él tan grande; y yo tan despreciable y vil:

Eulalia. Pero esto, en un Dios tan grande, es demasiado abatirse.

Eugenia. Verdad es; pero no hay que maravillarse de eso; pues el mismo Dios nos declara en sus Santas Escrituras, que á los sencillos de corazón se complace de comunicar sus secretos (1.)

Eudosia. Y pregunto: ¿qué dices tú á Dios, cuando le hablas?

Eugenia. Lo que yo le digo son los designios que

(1) Matth. 11. 25. & alib.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tengo de amarle y servirle; y los deseos que me acompañan de verle en el Cielo.

Eulalia. Pues tienes la bondad de que yo te pregunte; díme, te ruego ¿de qué manera te habla Dios á tí?

Eugenia me habla per medio de las celestiales luces que dirige á mí espíritu, y de los sentimientos divinos que imprime en mi corazón.

Eudosia. Pero ¿Y qué es lo que el Señor te responde?

Eugenia. Aprueba los designios que tengo de amarle y sergirle; y fortalece mis deseos de verle en el Cielo.

Eulalia. ¿Y no se te hace demasiado largo el tiempo del silencio?

Eugenia. Lejos de hacérseme largo, quisiera yo que durase todo el día, para no interrumpir jamás una conversación y un trato tan amable.

Eudosia. Pero cuando Dios retarda algún tiempo el oirte y responderte, ¿qué haces tú entonces?

Eugenia. Llamarle con interiores gemidos, y estrecharle á que acuda, á fuerza de los continuos clamores que yo encamino hacia él.

Eulalia. Estoy ya hecha cargo de cómo tratas y conversas con Dios: ¿y qué? ¿No sueles hacer alguna otra cosa en el tiempo de silencio?

Eugenia. Algunas veces pronuncio diferentes oraciones en voz baja, otras recorro, pero sin quebrantar

nunca el silencio, aquellas cosas y ejercicios que se me han encargado.

Eudosia. Nos tienes ya perfectamente instruidas: lejos de mirar en adelante con desagrado el Silencio, no habrá cosa que más nos agrade.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XLIII

SOBRE LA PERFECCION.

Pomposa. Pues que há ya tanto tiempo que nos estás haciendo esperar una Conversación acerca de la Perfección; ¿gustarás de que sea hoy?

Praxedis. Si queréis creerme, dejemos á los que son perfectos, que hablen de la Perfección.

Publia. Como no fuera porque temo ofender tu modestia, yo sé lo que había de responder á eso.

Praxedis. Si tus palabras pudiesen darme lo que me falta, me tendría por muy feliz.

Pomposa. No sé yo que haya otro medio mejor, paro inflamarse al seguimiento y consecución de una cosa buena, que el de hablar frecuentemente de ella.

Praxedis. No es porque yo rehuse hablaros acerca de este asunto; sino porque temo hablar mal.

Publia. Pues no se hable ya de otra cosa, si queréis creerme.

Praxedis. Comenzad cuando gustéis.

Pomposa. Dínos, por tu vida, si todo género de personas son llamadas á la Perfección,

Praxedis. No tenéis más que abrir el libro del Evangelio, y allí encontraréis estas palabras: "Sed perfec-"tos así como vuestro Padre Celestial es perfecto." (1)

Publia. Estas palabras ¿se dirigen á todos indistintamente?

Praxedis. Pues ¿no ves que no incluyen excepción alguna?

Pomposa. Y ¿quién será capaz de llegar á una tal Perfección?

Praxedis. Cuidado no os engañéis; Jesucristo no dijo eso de llegar á ella, sino de imitarla.

Publia. Pero ¿no dijo Jesucristo: "Sed perfectos, "así como vuestro Padre Celestial es perfecto?"

Praxedis. Verdad es que así lo dijo; pero estas palabras solamente dan á entender una cierta semejanza y una imitación; no una perfecta igualdad.

Pomposa. ¿Cómo se hubiera explicado, se hubiese querido denotar una igualdad perfecta?

Praxedis. Hubiera dicho así: "Sed tan perfectos co-"mo lo es vuestro Padre Celestial."

Publia. Esta sola palabrita nos ha hecho al instante comprender lo que no entendíamos.

Praxedis. La misma prudencia pide, que en nada absolutamente nos preocupemos.

Pomposa. Tienes razón: pero díme: ¿En qué consiste, á tu parecer, esta Perfección que Jesucristo pide á todos?

(1) Matth. 5. 48.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Praxedis. Antes que yo diga mi sentir, es muy justo que antes os oiga á vosotras.

Publia. Yo, por mí, cuando me pongo á pensar lo que es Perfecto, se me representa una persona sin defecto alguno.

Praxedis. Esta noción ó idea conviene propiamente á la Perfección de los Bienaventurados, que están ya en el Cielo; mas no á unas frágiles criaturas, que viven aún sobre la tierra.

Pomposa. Sin embargo, quien dice perfecta una cosa, es como si dijese, una cosa que no tiene absolutamente defecto.

Praxedis. Ya; pero en esta vida no se entiende otra cosa que aquello que es cabal ó cumplido, en cuanto puede serlo.

Publia. ¿Con que en los que viven en este mundo, á pesar de ser perfectos, como dices, les dejas estos defectos?

Praxedis. Se los dejo, á la manera que se dejan las sombras en una pintura; la cual, con todo eso se dice, que es cabal y perfecta.

Pomposa. Pero esas sombras hacen su papel en una pintura; en lugar que los defectos solamente sirvan para desfigurar la Perfección.

Praxedis. Pues has de saber, que la misma utilidad tienen estos, que en un hermoso Cuadro las sombras.

Publia. ¿Cómo puede ser eso?

Praxedis. Porque así como las sombras sostienen y hacen resaltar los demás colores; así los defectos

sostienen y hacen sobresalir más aquellas virtudes, que componen la Perfección.

Pomposa. Capaz eres tú de encontrar semejanza, donde yo ni aun siquiera pensaría que pudiese haberla.

Praxedis. Ya ves, sin embargo, que es bien exacta la comparación.

Publia. Con todo, yo no alcanzo, cómo pueda ser eso, de que los defectos sostienen y hacen relucir las virtudes.

Praxedis. Pues ¿no te haces cargo de que los defectos considerados cristianamente, son los que fomentan y mantienen á la humildad, de donde todas las demás virtudes reciben su apoyo y su lustre?

Pomposa. Ahora sí, que lo entiendo; pero yo, por lo menos, cuando llego á fijar el pensamiento en una persona perfecta, se me representa como dotada de unos talentos y de unas virtudes extraordinarias.

Praxedis. Verdad es, que ha habido muchos Santos de esta clase; pero debéis convenir conmigo en que no todos poseyeron estos talentos y estos dones extraordinarios.

Publia ¿Podrás buenamente citar alguno?

Praxedis. Un gran número de ellos pudiera citar; pero porque no te quede nada que replicarme, únicamente citaré á la Santísima Virgen. ¿Qué notáis de extraordinario ó de raro en ella? Y no obstante esto, fué la más perfecta entre todas las Criaturas.

Pomposa. Este ejemplo es decisivo, y hace cerrar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la boca: pero á lo menos covendrás en que la mayor parte de los Santos tuvieron alguna cosa de extraordinario.

Praxedis. Convengo en que muchos se aventajaron en amor al retiro, á la penitencia, á la oración; pero á vueltas de eso, encontraréis no pocos, en quienes exteriormente y por de fuera, nada se veía, que no fuese muy común.

Publia. Supuesto que llegaron á ser Santos, forzosamente se distinguirían por algún lado.

Praxedis. No niego yo, que se distinguiesen por algunas cosas extraordinarias.

Pomposa. Muchos de ellos hicieron milagros.

Praxedis. Es verdad; pero no siempre es ésta una señal fija de perfección; supuesto que Dios permite á veces, que aun los que son malos, los hagan también (1): *aunque estos no son verdadera y propiamente milagros.* (2).

Publia. Ya que en nada de esto se debe colocar la Perfección, dínos últimamente, en qué consiste.

Praxedis. No sé si me creeréis; pero voy á deciros que yo juzgo consiste en cumplir fielmente cada uno con todas sus obligaciones.

Pomposa. Siendo eso así, no es tan difícil llegar á ser perfecto, como yo pensaba.

(1) Exod. 7. 22. 8. 7., etc. Sap. 17. 7.
(2) Leges. D. Thom. I. p. c. 114. a. 4.; etc. 2. 2. c. 178. a. 2., etc. alib. sæpé

Praxedis. Es menester ahora saber, cómo entiendes tú eso.

Publia. ¡Qué! Por poco que una se aplíque, ¿no es fácil que cumpla con sus obligaciones?

Praxedis. Con intención, ó sin ella, omites dos palabras que son el todo en la presente materia.

Pomposa. ¿Tan esenciales son estas dos palabras?

Praxedis. Lo son absolutamente.

Publia. Sin embargo, son muy cortas.

Praxedis. Para pronunciarlas, sí; mas no para ponerlas en ejecución.

Pomposa. Bien sé yo, que has dicho fielmente, y todas.

Praxedis. Pues eso es puntualmente lo que cuesta tantos trabajos y sudores.

Publia. ¿Con qué no bastará desempeñar las obligaciones para ser perfecto?

Praxedis. No; es necesario cumplirlas todas, y cumplirlas fielmente: y eso es lo que nos obliga á vivir con aquella vigilancia, y en aquella violencia contínua, que arrebata el Cielo (1).

Pomposa. Si no consiste más que en eso, fácil es arrebatarle.

Praxedis. Yo me alegro mucho de ver en vosotras un ardor tan noble.

Publia. El Cielo es demasiadamente hermoso, y

(1) Véase la Conversación LXXXI. Tom. III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muy preciosa la posesión de él, para no hacerlo todo por alcanzarle.

Praxedis. Haced lo que decís; y dentro de muy breve tendréis por vuestra, toda una eternidad.

Pomposa. con el tiempo la virtud se hace fácil.

Praxedis. Es verdad; pero habéis de saber, que siempre cuesta mucho, cuando se pretende llevar como arrastrando, este cuerpo de barro por mil rumbos que él no quisiera.

Publia. Más vale llevarle á él á rastra, que dejarse arrastrar de él.

Praxedis. Cuando nosotras le llevamos á l, nca-minamos hacia el Cielo; pero cuando él nos lleva á nosotras, nos arrastra al Infierno.

Pomposa. Entre estos dos extremos, el que fuere cuerdo y rudente, presto habrá de tomar su partido.

Praxedis. El verdadero partido es, determinarse desde luego á cumplir fielmente con todas sus obligaciones.

Publia. Explícanos estas dos palabras, todas y fielmente.

Praxedis. Quien dice cumplirlas todas, supone que todas, todas se han de cumplir, sin omitir ninguna: y quien dice cumplirlas fielmente, supone que se han de cumplir según y cómo es menester.

Pomposa. Las obligaciones que tenemos que cumplir ¿son muchas, muchas?

Praxedis. Vosotras por de contado, estáis dotadas de entendimiento; sóis Cristianas: sóis de una profesión particular; sóis miembros del Estado, y de vuestra Parroquia; tenéis parientes, amigos, vecinos: todas éstas son otras tantas obligaciones que debéis cumplir con respecto á estas diferentes personas, y bajo de estas cualidades diferentes.

Publia. Demasiadas obligaciones son éstas.

Praxedis. Es verdad; pero no las he inventado yo.

Pomposa. ¡Eh! Aun si no hubieras puesto esa palabra fielmente, vaya por fin.

Praxedis. Pero yo os tengo por demasiado instruidas, para que dejéis de conocer que una cosa sin otra no puede guiar á la Perfección.

Publia. Explícanos qué es lo que se necesita hacer para cumplir fielmente con todas las obligaciones.

Praxedis. Es necesario cumplirlas en cuanto al tiempo, en cuanto al lugar, en cuanto al modo, y en cuanto al motivo.

Pomposa. Por ventura Dios lleva tanta cuenta con todas estas circunstancias.

Praxedis. Atended, si no, á aquel solo ejemplo de la Esposa de los Cantares, la cual no volvió á encontrar á su Esposo amado, nada más que por haber diferido un instante el abrirle la puerta. (1)

Publia. Ya entendemos muy bien, cuan del caso es la fidelidad en cuanto al tiempo, al lugar, y modo de cumplir con las obligaciones; explícanos ahora, qué entiendes por motivo.

(1) Cant. 5. 5. etc. 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Praxedis. Quiero decir, que en el cumplimiento de las obligaciones, únicamente se ha de mirar á Dios; no buscando otra cosa, que su gloria, la salvación de nuestras almas.

Pomposa. Eso sí, que me parece demasiadamente perfecto.

Praxedis. ¿Acaso se pueden decir cosas demasiado perfectas, cuando se trata de la Perfección?

Publia. Yo confieso que todo cuanto has dicho, me hace fuerza; y que jamás me había pasado por la cabeza, que la Perfección consistiera en estas cosas.

Praxedis. Sin embargo, en esto mismo debe colocarla cualquiera que no intente trastonarlo todo.

Pomposa. También estaba yo en ese mismo error: pensando, que para ser perfectos, se necesitaba hacer cosas extraordinarias; y eso era lo que me retraía.

Praxedis. Con eso ya entendéis ahora, que no hay persona alguna, sea la que fuere, que con la ayuda de Dios y de su propio trabajo, no pueda arribar á la Perfección.

Publia. Esa es una cosa que enteramente nos anima á ello; y yo no desespero de poder llegar allá algún día.

Praxedis. Me huelgo infinito de veros en tan loable disposición.

Pomposa. Yo por mí, aunque supiese que nunca había de llegar á la Perfección, estaría muy contenta con trabajar á este fin.

Praxedis. Sea en hora buena, con tal que trabajes

incesantemente sobre eso: pues delante de Dios un trabajo semejante, es ya reputado como tal Perfección.

Publia. Cuanto más nos dices, tanto más nos animas.

Praxedis. Eso consiste en que es muy propio de la verdad inflamar el corazón en seguimiento de la virtud.

Pomposa. Tú habrás de tener mucha parte en nuestros adelantamientos; puesto que serán fruto de tus instrucciones.

Praxedis. Alguna parte en vuestras oraciones, lo que yo os pido con vivas ansias.

Publia. Las tienes todas bien grangeadas; siendo obligación nuestra el hacerlo así, todos los días de nuestra vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION XLIV.

SOBRE LA MODESTIA.

Médula. La Modestia que resplandece en tí, nos hace pensar, que nadie mejor que tú, nos instruirá sobre este punto.

Natalia. De ningún modo merezco yo la buena opinión que tenéis de mí.

Odíla. Nadie la merece con mejor justicia que tú.

Natalia. Gran cuenta tiene eso de tratar con personas tan cultas y tan atentas, como vosotras sóis.

Médula. Pues desde luego preferimos nosotras la Modestia á la urbanidad y cultura. Así que, instrúyenos acerca de aquella, si gustas.

Natalia. Y ¿de qué Modestia queréis que os hable?

Odíla. ¿Acaso hay muchas especies de Modestia?

Natalia. Llámase en el mundo Modestia, lo que se opone á la grosería, á la altivez, y á la ambición: y se llama también Modestia lo que es conforme á la decencia, al pudor y á la urbanidad.

Médula. Acerca de esta última deseamos ser instruidas.

Natalia. Pues esa es una virtud que atrae dulcemente, no sólo nuestros ojos, sino también los de Dios y de los Ángeles.

Odíla. Según eso, ¿ésta es una virtud muy amable?

Natalia. Con solo mirarla en Nuestro Señor Jesucristo, y en la Santísima Virgen, no podían menos de quedar todos prendados de ella.

Médula. No dudamos que así sería; pues aun nosotras, con solo verla en cualquiera persona, sin poderla remediar, experimentamos igual efecto.

Natalia. Ya estoy enterada de que os gusta sobremanera en las demás; pero me estoy temiendo, no sea que os desagrade en vosatras mismas, cuando yo os diga todo lo que es menester hacer para tenerla.

Odíla. No temas, no; porque ningún trabajo será capaz de disgustarnos.

Natalia. Sea Muy enhorabuena; y no se necesita menos celo que éste, para salir con ello.

Médula. Explícate, pues, y cuenta seguramente con nuestros buenos deseos.

Natalia. Pues ved aquí lo que es Modestia: una virtud que regla y compone todo el interior y todo el exterior, según dictan la razón, la decencia y la urbanidad.

Odíla. ¿Qué es lo que regla en el interior?

Natalia. Regla el corazón, el espíritu, y hasta la imaginación misma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Médula. Y ¿qué es lo que hace en el corazón?

Natalia. Allí es donde reside principalmente, y está siempre alerta y en vela, porque no entre en él cosa que pueda ofender á la virtud.

Odíla. ¿Por ventura el corazón puede ser inmodesto?

Natalia. Sin duda que sí; es verdad que los mortales no lo echan de ver; pero esto no se oculta á los ojos de Dios que lo vé todo.

Médula. ¿En qué consiste la inmodestia de corazón?

Natalia. Consiste en dar consentimiento á pensamientos inmodestos.

Odíla. Mucho, pues, es menester guardarse de dar entrada en él á nada que sea inmodesto.

Natalia. Sí, es necesario guardar cuidadosamente todas las puertas, y aun todas lar avenidas y conductos.

Médula. ¿Qué debe hacer cuando se le pone delante alguna cosa inmodesta?

Natalia. Es necesario que se mantenga bien cerrado, sin preguntar siquiera: ¿Quién vá allá?

Odíla. Pues ¿no pudiera á lo menos informarse de lo que era aquello?

Natalia. Se necesita guardarse mucho de tal cosa; porque quien se detenga no más que un momento á deliberar y replicar en semejantes ocasiones, está ya medio vencido.

Médula. Con qué ¿en estos lances no importa que una sea záfia, grosera y descortés?

Natalia. Nunca estará de más cualquiera diligencia en esta parte. Un *no* prontamente dicho; un *no* pronunciado con firmeza, es siempre lo mejor.

Odíla. Y ¿por qué dices, que se requiere tanta vigilancia sobre el corazón?

Natalia. Porque el corazón es la principal fortificación del alma, y una vez rendida ésta, todo se rinde.

Médula. Con que ¿ninguna cosa deberá temerse tanto, como el que esta fortaleza se rinda?

Natalia. Mientras ésta no se rindiere, el alma siempre permanece toda entera de su Dios, y por más progresos que hiciere el enemigo, todavía no ha ganado cosa alguna.

Odíla. ¿Y si el espíritu llega á rendirse?

Natalia. No hay que tener con todo eso; el enemigo bien podrá hostigarle y combatirle; pero no apoderarse de él, sin consentimiento de la voluntad.

Médula. Tengo mucho gusto en saber eso; porque yo todo lo daba por perdido ya, á la hora que mi espíritu se veía acometido.

Natalia. Pues es una verdad constante, que el espíritu por sí solo, ínterin la voluntad no concurra también, no es capaz de hacernos reos.

Odíla. Con que ¿ninguno será culpable, por solo tener su imaginación ó espíritu lleno de malos pensamientos, aun cuando estos durasen bastante tiempo?

Natalia. No; mientras la voluntad no condescien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da á ellos: porque solo por la voluntad nos hacemos reos.

Médula. ¿En qué se conoce que la voluntad no asiente á ellos?

Natalia. Cuando estos pensamientos nos desagradan; cuando nos es muy sensible el tenerlos; cuando si esto pendiese en nuestro arbitrio, no tendríamos jamás ninguno.

Odíla. Y ¿en qué otra cosa se conoce, que la voluntad no presta su consentimiento?

Natalia. Siempre que procuráremos evitar todas las ocasiones; siempre que desviemos inmediatamente la atención, luego que lo echemos de ver; y cuando al instante nos humillemos en la presencia de Dios.

Médula. Pero muchas veces sucede, que todo lo dicho no basta á ahuyentar estos pensamientos.

Natalia. Eso no os aflija; mediante que estos no son pensamientos vuestros, sino del enemigo; mientras que la voluntad se resistiere, y vosotras no diéreis ocasión ni consentimiento á ellos.

Odíla. ¡Oh! Pero ¡qué tormento tan grande no son estos pensamientos para una alma, que ama sinceramente á su Dios!

Natalia. Consoláos con que es muy buena señal el hallar en eso un tormento grande; pues si llegárais á consentir y á tener complacencia en ello, ya no os parecería tan gran tormento.

Médula. Y para disiparlos ¿qué remedio hay?

Natalia. Como el demonio es quien por lo regular

os los sugiere; en ahuyentándo á éste, los ahuyentaréis también á ellos.

Odíla. Mas para ahuyentar á éste ¿qué se ha de hacer?

Natalia. Recurrir á la seña de la Cruz; santiguarse muchas veces sobre el corazón; llamar en vuestro amparo al Santo Angel de la Guarda; arrojarse entre los brazos de Jesucristo; invocar á la Virgen Santísima, que es Madre de la pureza, y á toda la Corte Celestial.

Médula. Grandemente nos parecen todos estos medios.

Natalia. Pues añadid estos otros: levantad primero los ojos al Cielo, y después inclinadlos hacia el Infierno, diciendo: "¡Un solo consentimiento, aunque no "dure más que un instante, puede excluirte de aquel "para siempre, y precipitarte en éste por toda una "eternidad!"

Odíla. De esta suerte bien se puede ahuyentar al enemigo, y desvanecer sus tentaciones.

Natalia. Así mismo será del caso que mudéis también de lugar y de postura, como en ademán de huir; y que os ocupéis en alguna cosa que sea capaz de haceros variar repentinamente de pensamientos.

Médula. Contentas con extremo nos dejas con estos medios tan oportunos. Enséñanos ahora á defender nuestra imaginación de las fantasmas ó engañosas visiones del enemigo.

Natalia. No solamente cuando se está despierta,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

también mientras se duerme es menester procurar defenderla de ellas

Odíla. Pero ¿cómo es posible estorbar lo que acontece en sueños, si entonces no se tiene libre el uso de la razón?

Natalia. ¿Cómo? Desechando, antes de tomar el sueño, todo aquello que mientras él duráre, pueda causar estas imágenes ó idéas funestas; pidiendo á Dios con vivas instancias, antes de dormirse, que nos preserve de ella; y cuidando de pedir al Angel de la Guarda, qne no permita se acerque á nosotros el enemigo, mientras estuviéramos durmiendo.

Médula. ¿Es por ventura hacerse reos de semejantes imágenes, el haber dado voluntariamente ocasión á ellas, antes de tomar el sueño?

Natalia. No necesito decíroslo; bien claramente lo véis.

Odíla. Pero es que entonces no hay libertad.

Natalia. Verdad es, que no la hay; y aun por sola culpa no está en lo que sucede en el discurso del sueño; sino en los momentos que á él precedieron, pues voluntariamente se dió ocasión para ello.

Médula. Díme por tu vida: ¿cómo se detienen eso de haber dado voluntariamente ocasión á una cosa?

Natalia. Haciendo, antes de dormirse, cosas que en el dircurso del sueño provoquen y exciten semejantes especies.

Odíla. Pon, si gustas, algunos ejemplos sobre esto.

Natalia. Ved lo que ordinariamente suele excitar

aquellas ideas: las lecturas de malos libros; las perniciosas reflexiones, que sobre esto se hacen; los cantares obcenos las conversaciones peligrosas; las familiaridades indecentes; las miradas prohibidas; los exesos en la comida y bebida; y otras mil cosas de esta naturaleza.

Médula. ¿Con qué todas estas cosas nos hacen reos de las imágenes impuras; que nos sobrevienen durante el sueño?.

Natalia. No lo dudéis ni por un instante siquiera.

Odíla. Según eso ¿será menester estar con un cuidado muy grande?

Natalia. Por mucho que tengáis, nunca estará de sobra: pero no basta esto.

Médula. Pues ¿qué otra cosa nos pides, á mas de lo dicho?

Natalia. Lo que os encargo mucho es, que aunque no hayáis dado anteriormente ocasión alguna á ello, luego que despertáreis, os habéis de humillar delante de Dios, guardandoos mucho de deteneros muda en aquellas especies.

Odíla Ya vemos que no sería conveniente el detenerse en ellas; pero eso es de humillarse, ¿á qué propósito? Una vez que no hay culpa en esto.

Natalia. para merecer ser preservadas de estas cosas en adelante, si es que con efecto no ha habido culpa de vuestra parte en ello; y asimismo, para reconocer delante de Dios, cuán miserables sois por vosotras mismas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Médula. Quedamos ya perfectamente enteradas de los efectos que obra la modestia en el interior. Muéstranos ahora, que es lo que hace tocante al exterior.

Natalia. Eso será para mañana, si os parece; dejadme respirar un poco.

Odíla. De muy buena gana; y nos tendrás aquí sin falta, á la hora señalada.

CONVERSACION XLV.

SE CONTINÚA LA MISMA CONVERSACIÓN SOBRE LA MODESTIA.

Médula. Hemos visto ya de que suerte regla la Modestia el interior, haznos ver ahora, si gustas, de que modo arregla el *exterior*

Natalia. Fuerza será contentaros.

Odíla. En eso nos darás mucho gusto.

Natalia. Os diré ante todas cosas, que, una vez que ésta virtud ha llegado ya á ganar el corazon y á dominarle, prontamente se difunde por todo el exterior.

Médula. De esto no nos queda duda; ¿pero qué es lo que en el exterior arregla la Modestia?

Natalia. Arregla todos los sentidos, todos los movimientos, los ademanes, la postura, los pasos, el trage y los adornos, y hasta el modo de vestirse.

Odíla. Háznosla ver en cada cosa de éstas.

Natalia. Pues advertiréis en todo una gran exacti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tud, y no menor delicadeza; y no sé yo si esto os acomodará, ó no.

Médula. ¿Qué ley impone á los ojos?

Natalia. El que no se abran nunca, para ver cosa alguna en que se pueda ofender, ni siquiera en lo mas leve el pudor y hubo algún Santo tan sumamente escrupuloso en este punto, que ni aun quería mirarse á sí propio los piés, descalzos por no foltar á la modestia.

Odíla. mucha niniedad es esa.

Natalia Ni aun sufre la modestia, que nadie se ponga á mirar con demasiada curiosidad ni atencion el rostro á otra persona.

Médula. ¿Acaso es malo que una niña se detenga á mirar la cara á otra niña; y así de las demás personas?

Natalia. no digo yo que esto sea malo; lo que digo es, que la Modestia no lo permite, cuando se hace con demasiada curiosidad y atención.

Odíla. ¿Y qué malas consecuencis puede esto acarrear.

Natalia. No me engañaba yo cuanda os dije, que tal vez nos acomodarían las leyes de la Modestia.

Médula. Pero finalmente muéstranos que consecuencias puede traer esto.

Natalia. Yo no tengo consecuencia ninguna que manifestaros, ni tampoco se necesitan aquí raciocinios ni réplicas; lo que os he dicho es, que ésta es una de sus leyes: á vosotras os toca el someteros á ella si es que deseáis poseer esta virtud.

Odíla. Eso es lo que propiamente se llama hablar. Dinos que leyes son las que impone á los oidos.

Natalia. Que jamás escuchen nada que pueda ofender á la honestidad y decencia.

Médula. Pues para eso sería preciso, no ver ni tratar con nadie.

Natalia. Tened presente para toda la vida, que jamás devéis contar en el número de vuestras amigas á aquellas personas que sean capaces de olvidarse de sí mismas, y de llegar á un tal extremo.

Odíla. Es que á veces, sin querer, se suele tropezar con semejantes personas.

Natalia. Pues luego que las reconozcáis por tales, huid de todos aquellos parages donde juzguéis se les pude encotrar.

Médula. De esa manera será preciso no salir á la calle; pues donde quiera se encuentran no pocas de este caracter.

Natalia. En ese caso cerrad de tal modo los oidos, que lo que ellas dijeren no llegue á vuestro corazón.

Odíla. Aunque lo oigamos procuraremos que esto sea con indiferencia y sin poner mucha atención en ello.

Natalia Eso es lo que á vosotras os parece ahora; mas la experiencia muestra, que el demonio sabe aprovecharse de la ocasión para traéroslo á la memoria frecuentemente.

Médula. No hay arbitrio para resistirse á la evidencia de esto que dices; por que es sobradamente cierto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Natalia. Uno de los artificios del enemego es, haceros como insensible al tiempo que escucháis alguna cosa para luego hacer él que os deis por muy entendidas de ellas.

Odíla. Convenimos en que eso es así ¿Que leyes impone la Modestía á la lengua?

Natalia. Hacer que enmudesca á cualesquiera palabras que puedan ofender el pudor.

Médula. Sin dificultad ninguna subscribimos desde luego á esto; pues por muy poca crianza que se tenga, nunca se dicen semejantes palabra: eso es bueno para gentes de la ínfima plebe.

Natalia. La hace tambien enemiga de lo que se llama delicadeza en materia de viandas y licores.

Odíla. Pues ¿qué? ¿ésta delicadeza ofende tal vez á la modestia?

Natalia. Habéis de saber, que todo aquello que favorece y fomenta á la sensualidad, expone á peligro de perder la Modestia; y que esta virtud y la templanza son dos hermanas inseparablemente unidas.

Médula. Eso si es cosa nueva para nosotras.

Natalia. Pues, por poco que reflecionéis, veréis, que es verdada esto que os digo.

Odíla. Así lo conocemos. ¿Tiene tambien la Modestia sus leyes tocante á las manos?

Natalia. Sí por cierto: y quiere que siempre se mantengan puras, sin tocar cosa alguna que pueda mancillarlas.

Médula. ¿Es esto solamente lo que prescribe para las manos?

Natalia. Muchas acciones hay, que no manchan las manos, y con todo eso no las permite la Modestia.

Odíla. ¿Permite que se toque ó manosee á las demás, y dejarse manosear de ellas?

Natalia toda persona que quisiere ajustarse exactamente á las leyes de la Modestia, ni ha de tocar á nadie, ni de nadieha de dejarse tecar ni aun con la punta del dedo.

Médula. Exceiva parece ya tanta exactitud y formalidad.

Natalia. Pues los Santos hasta ese punto la han observado; recomendándola además de eso, con el mayor encarecimiento.

Odíla. ¿Hay algo de malo en esto?

Natalia. No sienpre suele haberlo; pero peligro siempre le hay: y la Modestia no permite que nos expongamos á peligro.

Médula. En resumidas cuentas, vemos que apuras las cosas hasta el último término.

Natalia. Bien os decía yo; que os acomodaríais á todas estas leyes.

Odíla. Yo no me atrevo ya á pedir que nos digas, que malas consecuencias pudiera esto acarrear; porque me acuerdo muy bien de la respuesta que diste á esta palabra de *Consecuencias*.

Natalia. Puedes excusar ya el preguntármelo, ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

biendoos dicho, que á lo menos hay peligro en ello; y y esto os debe bastar.

Médula. Con qué ¿ello no tiene remedio? ¿Es preciso hacerlo conforme tu dices?

Natalia. Sí; si es que quieréis obedecer las leyes de la Modestia.

Odíla. ¿Que leyes son las que da en orden á los movimientos, ademanes, postura y modo de andar?

Natalia. Que en todo eso no haya cosa que indíque sensualidad ni afectacion.

Médula. No permite que se crucen las piernas, ni el recostarse delante de la gente, sobre el respaldo de una silla ó un canapé; ni andar con precipitacion ó con insolencia y dejamiento, ni el tener un porte ó una traza afectada?

Natalia. Digo que nó; por que todo es incompatible con la Modestia.

Odíla. Y pregunto; ¿tiéne esto algo de malo?

Natalia. No habéis de mirar si esto es malo, ó no es malo; atended solamente á que lo contrerio es bueno y muy conforme á las reglas de la Modestia.

Médula. Pero quisieramos saber si és molo ó no.

Natalia. Un alma que deveras ama á Dios; se ocupa mucho más en averiguar lo que es bueno para hacerlo, que en saber lo que es malo para evitarlo.

Odíla. Bien está; pero esto mismo nos aseguraría más.

Natalia. Vuelvo á decir que eso denota que casi no tenéis amor á lo bueno.

Médula. por todas partes nos las mulles muy bien.

Natalia. Yo lo siento, ciertamente; pero lo tenéis bien merecido.

Odíla. Pues ya que por aquí no podemos sacar de tí ningún partido, acabemos con ello; y dínos que reglas es necesario guardar tocante á los vestidos, adornos, y al modo de vestirse.

Natalia. La Modestia pide un punto de vestidos y adornos, que nada haya en ellos de superfluo, nada de soberbio, nada de muy sobresaliente.

Médula. Pero ¿y si la condición ó clase de las personas lo requiere así?

Natalia. seguid en hora buena las reglas de vuestra condición; pero tirando; siempre mas bién á disminuir que á aumentar; y usando siempre en vuestro estado de aquello que sea mas sencillo y mas modesto.

Odíla. y en cuanto al modo de vestirse ¿qué reglas se han de observar?

Natalia. Guardad siempre en este punto la mas cabal Modestia, ahora sea en cuanto al estilo, aire y corte de los mismos vestidos; ahora en cuanto á la manera de ponérselos, ó de quitárselos.

Médula. Y en caso de que la moda autorice unos vestidos muy cortos ó muy escotados, ¿se podrá entrar en este estilo?

Natalia. Como deis en seguir semejantes modas, abandonaréis vosotras á la Modestia, y la Modestia os abandonará á vosotras; pues la mujer que llega á perderla en una cosa la pierde en todo lo demas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Odíla. Ya está visto que contigo no hemos de sacar nada en limpio; y que nada, nada quieres rebajar de cuanto has dicho.

Natalia. No soy yo quien no quiere rebajar, sino que es la Modestía; sus leyes son tan sagradas como inexorables; así por mas escrupulosamente que las observéis, nunca temáis exederos en este particular.

Médula. ¿Se extienden tambien sus leyes aun á los muertos?

Natalia. Sí; queriendo que se les trate con el mismo respeto, que si estuviesen vivos.

Odíla. Pero ¿qué cuidado puede darles esto á los muertos, ni tampoco lo contrario?

Natalia. ¿Qué cuidado? No tenéis mas que leer el Cap. 18. tom. 3.º de las *Vidas de los Santos Padres del Desierto;* y veréis, si es verdad ó no lo que os digo (1).

Médula. Ea, pues; esto es hecho; nuestro partido por tomado ya; que es, el de seguir puntaulmente todas las leyes de la Modestia.

Natalia. Yo lo deseo así; y nada podrá darme mayor gusto que esto.

---

(1) El siguiente caso hace comprender bien, cuanta es la Modestia, con que es necesario portarse con los muertos.

"Habiendo llegado á mi noticia, dice cierto joven, que la hija de uno de los Sugetos principales de la Ciudad había fallecido; y que para llevarla á enterrar fuera de la poblacion ó extramuros de ella (*), la habian amortajado con muchos y muy preciosos vestidos; la perversa constumbre que yo tenia de hacer mal, me sugirió que yo entrase por la noche en el lugar donde estaba su sepulcro; desenterréla; despojándola enteramente sin perdonar ni aun la camisa la dejé tan desnuda como estaba cuando nació"

"Hecho esto y queriendo yo salir de allí, veo que se levan-

CONVERSACION XLVI.

SOBRE LAS MODAS.

Camila. Como hoy en dia nada hay mas de moda

---

* Los repetidos ejemplos de esta especie, que se encuentran en la Historia Eclesiástica (muchos de los cuales pueden verse en el erudito informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia en 10 de Junio de 1783,) no solo confirma la loable constumbre y disciplina tanto antigua como moderna de enterarr los Cadáveres fuara de los Pueblos; sino que recomiendan gran en manera las sábias y paternales intenciones de nuestro Augusto Monarca explicadas últimamente en su Real Cédula de 3 de Abril del presente año tocante á cementerios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Odíla. Ya está visto que contigo no hemos de sacar nada en limpio; y que nada, nada quieres rebajar de cuanto has dicho.

Natalia. No soy yo quien no quiere rebajar, sino que es la Modestía; sus leyes son tan sagradas como inexorables; así por mas escrupulosamente que las observéis, nunca temáis exederos en este particular.

Médula. ¿Se extienden tambien sus leyes aun á los muertos?

Natalia. Sí; queriendo que se les trate con el mismo respeto, que si estuviesen vivos.

Odíla. Pero ¿qué cuidado puede darles esto á los muertos, ni tampoco lo contrario?

Natalia. ¿Qué cuidado? No tenéis mas que leer el Cap. 18. tom. 3.º de las *Vidas de los Santos Padres del Desierto;* y veréis, si es verdad ó no lo que os digo (1).

Médula. Ea, pues; esto es hecho; nuestro partido por tomado ya; que es, el de seguir puntaulmente todas las leyes de la Modestia.

Natalia. Yo lo deseo así; y nada podrá darme mayor gusto que esto.

---

(1) El siguiente caso hace comprender bien, cuanta es la Modestia, con que es necesario portarse con los muertos.

"Habiendo llegado á mi noticia, dice cierto joven, que la hija de uno de los Sugetos principales de la Ciudad había fallecido; y que para llevarla á enterrar fuera de la poblacion ó extramuros de ella (*), la habian amortajado con muchos y muy preciosos vestidos; la perversa constumbre que yo tenia de hacer mal, me sugirió que yo entrase por la noche en el lugar donde estaba su sepulcro; desenterréla; despojándola enteramente sin perdonar ni aun la camisa la dejé tan desnuda como estaba cuando nació"

"Hecho esto y queriendo yo salir de allí, veo que se levan-

CONVERSACION XLVI.

SOBRE LAS MODAS.

Camila. Como hoy en dia nada hay mas de moda

---

* Los repetidos ejemplos de esta especie, que se encuentran en la Historia Eclesiástica (muchos de los cuales pueden verse en el erudito informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia en 10 de Junio de 1783,) no solo confirma la loable constumbre y disciplina tanto antigua como moderna de enterarr los Cadáveres fuara de los Pueblos; sino que recomiendan gran en manera las sábias y paternales intenciones de nuestro Augusto Monarca explicadas últimamente en su Real Cédula de 3 de Abril del presente año tocante á cementerios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que siguir las *Modas;* quisiéramos saber si esto es uua cosa inocente, ó no.

---

ta con denuedo, y asiéndose con su mano izquierda de mi derecha me dijo: ¡Oh hombre malvado y el mas perverso de los nacidos! ¿Es posible que hallas tenido el grande atrevimiento de dejarme así desnuda? Pues ya que el justo temor de los juicios de Dios, y de tu condenación eterna no han bastado á amedrentarte; ¿Por qué, dí, no me has tenido lástima, siquiera viéndome muerta? ¿Cómo, siendo tú Cristiano no te has abergonzado de desnudar de esta manera á una muger Cristiana? ¿Por qué no has respetado á mi sexo este sexo á quien debes la vida; y no has temido, ultrajándome de ésta suerte á mí, el ultrajar también á tu madre? ¡Miserable y aun más infeliz de lo que puede ponderarse! Cuando hubieres de comparecer, como es inevitable ante el Tribunal tremendo de Jesucristo, ¿Qué escusa, qué descargo podrás tú dar del horrible delito que contra mí acabas de cometer? Ningún hombre extraño, miéntras he vívido, ha logrado verme la cara; y ¿tú, el mas osado de todos después de muerta yo has tenido valor para entrar en mi sepulcro; despojarme enteramente; y y mirar desnudo todo mi cuerpo?"

"Este horroroso espectáculo, y sus enérgicas palabras, me llenaron, añade el citado joven, de tan extraordinario terror, que todo despavorido, y lleno de mie lo, apénas la pude responder: Suelta, suelta; déjame salir de quí; que en toda mi vida volveré á hacer una cosa semejante."

"Á lo cual me replicó ella: espera; no pienses que te has de ir así; tú has entrado en mi sepulcro cuando has querido; pero no has de salir de él cuando quieras; en él entraremos los dos; y no imagines que te vas á morir luego al punto; antes

Basilia. Si acaso llegaráis á pensar que esta era una cosa inocente, os alejarías infinito de la verdad.

---

de eso, padecerás aquí crueles tormentos por espacio de muchos días; y después has de espirar miserablemente, entregando con indecibles congojas esa desdichada alma, que no temiste perder por medio de un pecado tan detestable."

Entónces yo, reiterando mis ruegos, y acompañándolos con lágrimas, para que me dejase ir, la supliqué por Dios Todopoderoso, que tuviese compasión de mí; y la protesté y juré que nunca jamás me volvería á acontecer el incurrir en semejante falta."

"Por fin, aplacándose á fuerza de tantos ruegos, lágrimas y suspiros, me respondió: si quieres salir de aquí con vida, y librarte de una desventura tan grande, dame luego palabra de que no solo has de dar de mano á todas esas abominables acciones sino que también has de renunciar sinceramente el siglo, y te has de hacer desde ahora solitario por servir á Jesucristo, y hacer penitencia de tus enormes pecados."

"Yo se lo juré así y en estos términos: Protesto por el Dios á quien he de entregar algún dia mi alma que cumpliré, no solamente lo que tú acabas de intimarme, sí también que no volveré mas á mi casa; sino que desde aquí me iré derecho á un Monasterio"

"Díjome ella entónces: Pues ea, vísteme ahora en la propia conformidad que antes estaba: lo cual efectuado por mí, se volvió ella á poner en el mismo estado en que la hallé; tornándose á su antiguo reposo y yo ejecuté fielmente cuanto la había prometido."

(Vidas de los Santos Padres del Desierto, tom. 3. cap. 18. de la traducción de Mr. Arnauld d' Andilly.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Domitila. Pero aquello que se ve que todo el mundo lo hace, no ha de mirarse como uua cosa inocente?

Basilia. No es esa la regla que se debe seguir, para saber si una cosa es inocente ó nó: pues el que haya multitud de culpados, no hace que sea inocente lo que es malo.

Camila. Segûn eso muchísimas personas habría que hiciesen mal.

Basilia. Para hablaros con la debida claridad en esta materia, es necesario distinguir tres especies de Modas: unas que son *inmodestas*; otras que son *fantásticas*, extravagantes y ridículas; y otras, que pueden llamarse *indiferentes*.

Domitila. Esa distinción nos agrada ciertamente porque desde luego echamos de ver que, no las condenas todas.

Basilia atended bien para que podáis formar un juicio cabal, á lo que voy á decir sobre cada una de ellas.

Camila. De vuena gana: ¿á qué modas, pues, llamas *inmodestas?*

Basilia. A aquellas que ofenden el pudor y la Modestia; como el llevar descubiertos los brazos la espalda y el pecho.

Domitila. Esas también nosotras las condenamos, igualmente que tú; pues no creemos que puedan ser inocentes.

Basilia. Tenéis razón; así que son muy dignas de condenarse.

Camila. Demuéstranoslo, si gustas.

Basilia. Sea lo primero, que casi no es posible dar en tales Modas, sino por una corrupcion secreta del corazón.

Domitila. Pero tal vez las que entran en ellas, no sabrán que esto sea malo; y solamente cuidarán de seguir la Moda.

Basilia. Digan lo que quisieren sobre eso, de que *no piensan* si no tuvieran corrompido el corazón, ya procurarían evitarlas.

Camila. ¿Con qué estas tales no conocen su corazon?

Basilia. Es propio de toda pasión el cegar, y hacer que se piense que no se obra mal en lo que mas daño suele haber.

Domitila. ¡Lastimoso estado es ese!

Basilia. No solo esto: ¿no veis, que aunque no fuera otra cosa, que una de las consecuencias de estas Modas inmodestas es dar muerte á las almas, por quienes murió Jesucristo?

Camila. ¡Qué! ¿hasta ese extremo llega?

Basilia. Pues ¿no sabéis, que no se necesita mas que un mal pensamiento, deteniéndose voluntariamente en él para dar muerte al alma?

Domitila. Y ¿qué? ¿tendrán ellas la culpa de todos estos malos pensamientos?

Basilia. No lo dudéis; puesto que ellas son voluntariamente causa de tales pensamientos.

Camila. De esa manera muchos pecados tendrán á su cargo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Basilia. Sí por cierto; y todos estos pecados son otros tantos homicidios espirituales

Domitila. Pero ¿y si nadie ha llegado á tener malos pensamientos con esta ocasión?

Basilia. Eso es casi imposible; pero aun cuando fuese posible, ellas hacen de su parte lo que basta para causar estos homicidios espirituales. Dios, que vé claramente su corazón, lleva cuenta con estas culpas. Ellas han preparado y puesto delante el veneno: si nadie ha llegado á beberle y á emponsoñarse, no ha quedado por falta de diligencia suya; y así siempre son culpables en esto.

Camila. Mas quizá ellas no han llevado tal intención; ó á lo menos, nosotras no debemos presumirlo.

Basilia. Yo bien creo, que algunas de ellas no la llevarán directa y expresamente; pero todas la tienen tácitamente, y de una manera disfrazada y encubierta en las tinieblas de su corazón

Domitila. ¡Terrible cosa es esto que nos dices; y cierto, que hay mucho que temer de estas tales!

Basilia. ¡Que espanto no será el suyo á la hora de la muerte, viendo que en el tremendo juicio de Dios se le imputa un número casi infinito de homisidios espirituales!

Camila. No, no; ya no tendremos á estas Modas por tan indiferentes, como hasta ahora las habíamos creido.

Basilia. Yo me alegro mucho de que vayáis abriendo los ojos sobre un mal tan grande, y tan universal.

Domitila. Pero finalmente, no todas las Modas son

inmodestas; ¿qué juicio pues debe hacerse de las que llamas *fantásticas* y ridículas?

Basilia. A la verdad, yo no pienso tan mal acerca de éstas; pero, para deciros lo que siento, casi, casi no pienso mucho mejor que de las otras.

Camila. ¿Qué es lo que dices? nos espantas con eso.

Basilia. Reflexionad estos bocablos de *fantástico* y ridículo; que suenan bastante mal á los oidos de una persona cristiana.

Domitila Con, todo no suenan tan mal, como *inmodestas* y contrarias al pudor.

Basilia. Es verdad; pero cuando se consideran los diversos enlaces, que una persona cristiana tiene con Jesucristo, no se puede comprender, como tiene valor para cargarse toda de adornos extralagantes y ridículos.

Camila. ¿Por ventura recae todo esto sobre Jesucristo?

Basilia. Supuesto como es así, que tales personas son miembros de Jesucristo, ¿Cómo queréis que no recaiga sobre este Señor lo que recae sobre los que son miembros suyos?

Domitila. En habiendo de atender á eso, desde luego convenimos en que ya no es cosa tan inocente como al principio juzgábamos.

Basilia. ¿Cómo es posible que sea inocente lo que hace agravio á Jesucristo?

Camila. No podemos menos de confesar, que esta razon merece se pese y medite despacio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Basilia. Mucho gusto tengo en que conozcáis vosotras mismas, que lo fantástico y ridículo no se puede atribuir á una persona que está enlazada por medio de tantos y tan sagrados nudos con lo mayor, lo mas augusto y lo mas santo que hay, que es Jesucristo.

Domitila. Pero semejantes personas no piensan sin duda, que hacen injuria á Jesucristo en sujetarse á estas Modas.

Basilia. Que lo piensen ó no, es lo que menos importa: añadid á lo dicho, que todo lo ofende á Jesucristo, ofende á Dios y al espíritu Santo, cuyas imágenes y templos son estas mismas personas.

Camila. Capaz eres tú de descubrír que hay mal, donde á nosotras no nos habia pasado hasta aquí por la imaginación siquiera.

Basilia. ¡Que sobresalto también á la hora de la muerte, cuando estas personas vean claramente, de que manera han tratado la imágen de Dios, los miembros de Jesucristo, y el templo del Espíritu Santo!

Domitila. Basta ya eso para convencernos plenamente sobre este particular. Pasemos ahora, si te parece al tercer género de Modas; y dinos, qué concepto formas de las que se pueden llamar y tener por *indiferentes*.

Basilia. Yo entiendo por estas Modas, aquellas que ni son inmodestas, ni tampoco extrabagantes ó ridículas.

Camila. De esa suerte ¿no será malo seguir estas Modas?

Basilia. Tú lo dices; pero yo no digo tal.

Domitila. ¿Y porqué? Dí.

Basilia. Porque basta que ellas se conformen con el siglo, para que dejen de ser ya cosa inocente.

Camila. Pero si estas Modas nada tienen de malo; ¿cómo puede ser malo esto?

Basilia. Sí tienen; el espíritu del mundo; y el espíritu del mundo no puede ser compatible con el Espíritu de Jesucristo.

Domitila. ¿Hay sobre este punto alguna prohibición?

Basilia. Una se encuentra en la Epístola de San Pablo (1) en estos términos: "Cuidado no os confor-"méis con el presente siglo" como si dijera; con el espíritu y porte de la gente del siglo.

Camila. Ignorabamos, que hubiese una prohibición semejante.

Basilia. Ya no lo ignoráis; procurad conformaros puntualmente con ella.

Domitila. Que juicio pues haces tú de aquellas personas, que á cada paso se conforman, y abrazan todas cuantas Modas nuevas ven?

Basilia. Yo no puedo discurrir que estas tales personas tengan mucho del espíritu de Jesucristo; puesto que tan adictas son al espíritu del mundo.

Camila. Mucha desgracia es esa, de no tener el espíritu de Jesucristo.

---

1 Rom. 12. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Basilia Sí, grandísima; pues el Apóstol nos declara, que "quien no tiene el Espíritu de Jesucristo, no pertenece á Jesucristo. (1)

Domitila. Y ¿que remedio para eso?

Basilia. El no ser nunca de las primeras en seguir ninguna Moda, aun de las que se llaman *indiferentes* (pues por lo que mira á las otras, jamás es lícito abrazarlas); y ser siempre de las últimas en esto: el que en caso de seguirlas, sea con disgusto y como por fuerza, y lamentándose siempre de tan enfadosa presición.

Camila. Nosotras temíamos que nos condenases todavía á alguna cosa mas de lo dicho.

Basilia. Esa palabra *temíamos*, me hace á mí concebir algún tumor de vosotras; quiero decir; el que aun os quede alguna afición y gusto á las Modas.

Domitila. No hablamos ahora precisamente en nuestro nombre, sino en el de las demás; y así nada temas de nosotras porque esta nos prontas á subscribir á todo cuanto nos has dicho sobre este asunto.

Basilia. Por fin eso me consuela y me inspira seguridad; pues, como os amo deveras, me afligiría en gran manera el saber que pensabáis de otra suerte.

Camila. No; porque lo que nos has dicho nos convence de que no hay Moda alguna, aun de las indiferentes que no sea una servidumbre, á la cual por consiguiente es necesario no sujetarse, sino lo mas tarde que se pudiere, y siempre con dolor y sentimiento.

1 Rom. 8. 9

Basilia. Regocijada estoy de oír, que os espliquéis de esa manera.

Domitila. En suma: ¿hay algun tiempo, en que se pueda seguir las Modas y sugetarse á ellas?

Basilia. Por lo que toca á las primeras, que son *inmodestas*, y que ofenden al pudor y la modestia, no hay tiempo alguno en que se deban seguir.

Camila. ¿Con qué se quedará esto para las segundas y terceras?

Basilia. Es necesario mirar á las segundas casi lo mismo que á las primeras; porque lo que es fantástico y ridículo, y que consiguientemente repugna á la razón y al buen sentido; jamás puede seguirse, á no querer pasar por unas locas.

Domitila. ¿Sólo, pues, se extiende tu condescendencia á las terceras?

Basilia. No, no se extiende á mas; y eso, porque, despues de pasado ya algún tiempo, la que se resistiese á ellas, ó no las adoptase, habría de pasar precisamente plaza de mujer singular; en cuyo caso la razón misma pide, que por evitar el vicio de la singularidad, nos conformemos con el mayor número.

Camila. Con que, á no temer el incurrir en este vicio de la singularidad, ¿jamás debiera una conformarse con estas Modas?

Basilia. No por cierto, nunca.

Domitila. Ahora ya comprendemos muy bien todo esto; y de ello haremos la regla de nuestra conducta en lo sucesivo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Basilia. Perseverad en esos sentimientos, y hallaréis gracia ante los ojos de Dios y de los Angeles, que gustan y se complacen mucho de todo lo que es serio, grave y modesto.

CONVERSACION XLVII

SOBRE EL LUJO EN LOS VESTIDOS

Crescencia. Todos los días estamos oyendo declamar contra el *Lujo*; y quisieramos saber, si en esto llevan razón ó no.

Emilia. Esa es una pregunta que merece se examine despacio.

Florencia. Por lo mismo, te suplicamos, que te sirvas de hacerlo así; pues tenemos mucha confianza en tus luces.

Emilia. ¿De qué Lujo queréis hablar? ¿Del de los vestidos, del de los muebles, ó del de la mesa?

Crescencia. ¿Tan grande es la extención del Lujo.

Emilia. Sí; á todas esas cosas se extiende y aún algo mas todavía.

Florencia. Pues al presente, solo tendremos la mira en el Lujo de los vestidos.

Emilia. Tampoco yo quiero hablaros ahora mas que de eso; pero con la condición de que todo lo que yo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Basilia. Perseverad en esos sentimientos, y hallaréis gracia ante los ojos de Dios y de los Angeles, que gustan y se complacen mucho de todo lo que es serio, grave y modesto.

CONVERSACION XLVII

SOBRE EL LUJO EN LOS VESTIDOS

Crescencia. Todos los días estamos oyendo declamar contra el *Lujo*; y quisieramos saber, si en esto llevan razón ó no.

Emilia. Esa es una pregunta que merece se examine despacio.

Florencia. Por lo mismo, te suplicamos, que te sirvas de hacerlo así; pues tenemos mucha confianza en tus luces.

Emilia. ¿De qué Lujo queréis hablar? ¿Del de los vestidos, del de los muebles, ó del de la mesa?

Crescencia. ¿Tan grande es la extención del Lujo.

Emilia. Sí; á todas esas cosas se extiende y aún algo mas todavía.

Florencia. Pues al presente, solo tendremos la mira en el Lujo de los vestidos.

Emilia. Tampoco yo quiero hablaros ahora mas que de eso; pero con la condición de que todo lo que yo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

os fuere diciendo acerca de este, lo habéis extender y aplicar al de los muebles y la mesa; y al de todo aquello en que pueda tener lugar el Lujo.

Crescencia. Dinos primeramente, ¿qué se entiende por Lujo en los vestidos?

Emilia. Se entiende todo aquello que sobrepuja y excede al estado de cada una, en los vestidos, atavíos y adorno, de que usa no por necesidad, sino por lucirlo, y para que todos la miren.

Florencia. Y ¿por qué dices *para que todos la miren?*

Emilia. Porque ese es el fin, que principalmente se propone el Lujo de los vestidos.

Crescencia. Y ¿qué? ¿No se mira también á sí misma en estas cosas?

Emilia. No digo yo, que no se mire también á sí misma; lo que digo es, que lleva por fin principal, el que todos la miren: porque ¿quién había de querer tomarse el trabajo de vestir con magnificencia, de adornarse soberbiamente, si no hubiera de ser vista?

Florencia. Pero ¿qué se pretende con eso?

Emilia. Hacerse mirar y admirar de todos; grangearse mas recomendación; y atraerse mayo consideración y respeto.

Crescencia. Mas ¿esto no es mas que una pura vanidad?

Emilia. lla loveis; pues ¿qué cosa mas vana. que alimentar el espíritu y el corazón con unas cosas tan frívolas? Yo confieso, que se necesita tener un espíritu bien pequeño, para contentarse con solo este humo.

Florencia. Pero ¿tú llamas humo y cosas frívolas, á la estimación, honor y consideración de las gentes?

Emilia. Sí; cuando todo esto no cae mas que sobre los vestidos, compostura y adornos.

Crescencia. Reputas igualmente á toda especie de estimación, de honor y consideración?

Emilia. No; cuando tienen por fundamento á la virtud y al mérito; y aun en esto mismo habría vanidad, si no se buscase la virtud y el mérito mas que con esta mira.

Florencia. ¿Qué regla, pues dede observarse en punto á vestirse y adornarse de una manera conveniente?

Emilia. es necesario, que cada uno consulte su estado y clase; porque verdaderamente sería un trastorno del buen orden y de la razon, el que un artesano se vistiese como un mercader; y un mercader como un magistrado.

Crescencia. Pero, en vistiendose cada una segun y como visten las de su clase, ¿no iría bien eso?

Emilia. No; si las de su clase se han excedido ya; pues siguiendo á éstas, forzosamente se habra de exceder ella tambien.

Florencia. Yo por mí, me consolaría, si á lo menos hubiesemos de quedar allí.

Emilia. ¡Ah! Tú tienes razón en parte; pero ordinariamente no nos contentámos con igualarles, sino que se procura tambien excederles; y sobrepujando siem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pre un poco á las demás, ya no es posible distinguir cada, clase de personas; y todo es una confusión.

Crescencia. Verdad es esto que dices.

Emilia. Y ¿cuantas mujeres de artesanos se ven hoy, que igualan á las de los mercaderes; y entre las de estos últimos cuántas hay que corren parejas con las marquesas y duquesas? Y no sé yo, si también hay algunas que compiten con las princesas mismas.

Florencia. Ciertamente que éste es un horroroso desorden, y un abuso muy grande.

Emilia, Sí, sí; y es un desorden y un abuso, sobre el cual no se hace absolutamente réflexión; y en que, por lo comun, se muere conforme se ha vivído.

Crescencia. Sin duda, que esas tales personas se acusarán de semejantes excesos en el santo Tribunal de la penitencia.

Emilia. Yo creo, que antes se acusarán muy exacta y muy escrupulosamente de cualquier exseso, por ligero que sea, en la comida y bebida, que pensar siquiera en acusarse de estos excesos escandalosos.

Florencia, Pero un confesor celoso y sabio debe hacer que ábran los ojos en este punto.

Emilia. Por mas celoso, por mas instruido que me supongáis á un confesor; si estas personas no se acusasen de ello, ó si, siendo preguntadas, lo negasen; es muy difícil que él pueda poner remedio.

Crescencia. Verosimilmente nacerá eso de que dichas personas no creran que haya mal alguno en esta parte.

Emilia. Con todo, sí le hay, y muy grande; como que ninguna cosa es tan opuesta al espíritu de religión,

Florencia. Hásnos el favor de mostrárnos y ponérnos palpable esta oposición.

Emilia. de buena gana. ¿Qué cosa hay que la religión nos predique con mayor eficacia, que el menos precio de nuestro propio cuerpo?

Crescencia. ¡Qué¡ Nuestro cuerpo es despreciable? ¿No dice San Pablo, que "ninguno aborrece á su pro-"pia carne? (1)"

Emilia. Así es; pero estas palabras del apostol no quieren decir otra cosa, sino que cada uno, por el natural amor á la conservación de la vida, tiene cuidado de su cuerpo; mas este cuidado del cuerpo no quita, que se le desprecie por aquel lado que le hace despreciable.

Florencia. Pues ¿por dónde es despreciable nuestro cuerpo? Dí.

Emilia. Considerad su origen, que es la tierra; mirad su fin, que son los gusanos, la podredumbre y el polvo; atended á su compuesto ó á su ser físico, que es un manantial de enfermedades y dolencias; contemplad los pecados sin número con que tal vez ha sido manchado; y por todos estos lados le hallaréis sumamente despreciable.

1 Ephes. 5. 29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cresencia. Es verdad; pero, á pesar de todo eso, se debe cuidar de él.

Emilia. Yo no me aparto de eso; y solo os he dicho en esta parte, que desaprobaba los cuidados excesivos, que son inseparables del lujo; pero todo lo que pasare de un cuidado racional y justo, no es disculpable.

Florencia. ¿Qué razón tienes para decir eso?

Emilia. El que los inmodera los cuidados no pueden estar nunca de acuerdo con aquel menos precio cristiano que nos inspira la Religión, por lo relativo á todas esas humillaciones corporales que os acabo de esponer.

Cresencia. ¡Grandes, por cierto, son todas estas humillaciones!

Emilia. No solamente son grandes; sino que son ciertísimas: que bien viene, despues de todo esto, no ocuparse en otra cosa que en el esmero de este cuerpo; y en hacer de por vida, todo su ídolo de él; sacrificándolo todo, por tenerle bien vestido, adornado y engalanado?

Florencia Nada de eso podemos negarte.

Emilia. Pues obrar de esta manera, es olvidarse de que se tiene una alma de infinitamente mayor excelencia, que el cuerpo.

Cresencia. Pero tales personas acaso podrán cuidar á un mismo tiempo de uno y de otro.

Emilia ¿Has visto por ventura muchas que lo hagan así? ¿Como es posible que puedan cuidar de su alma, cuando ponen toda su atención y esmero en el cuerpo?

Florencia. Nosotras no creíamos, que esto fuese incompatible.

Emilia. La experiencia convence, que quien no piensa mas que en su cuerpo, casi no puede ocuparse en el cuidado de su alma.

Cresencia. Pero ¿qué cosa es necesario hacer por el alma, que no se pueda hacer también, al propio tiempo que se está ocupadas en cuidar del cuerpo?

Emilia. Es menester adornarla de todas las virtudes; y este adorno pide muchas cosas.

¿Florencia. Cuáles son?

Emilia. Para decirlo todo en dos palagras, es necesario colocar en ella una entera conformidad ó semejanza con Jesucristo; pues según el Apóstol, sin esta conformidad nadie puede salvarse (1)

Cresencia. Desearíamos una individual enumeración de ella; para comprender mejor, que obra es la que hay que hacer para esto.

Emilia. Vedla. Es necesario colocar en el alma la penitencia de Jesucristo, su humildad su menos precio de las cosas terrenas; su amor á los bienes del Cielo, su celo por la gloria de su Eterno Padre, y por la salvación de las almas; y su compasión para con los pobres y miserables: cosas todas incompatibles con el Lujo.

Florencia Muéstranos en qué está esa incompatibilidad que dices.

1 Rom. 8. 29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Emilia. vosotras mismas convendréis desde luego en que el Lujo es incompatible con la penitencia de Jesucristo; pues el Lujo no se ocupa en otra cosa que en el continuo cuidado del cuerpo; al paso que la penitencia de Jesucristo, le hacía que se olvidase aun de las necesidades del cuerpo.

Cresencia. Esplica eso mismo un poco mas.

Emilia. Me conformo: este Divino Salvador no tenía mas que un vestido (1) y ese muy simple, para cubrirse como lo pedía la decencia, y librarse de las injurias del aire; andaba siempre á pie, auque tuviese que hacer viajes muy largos: muchas veces le faltaba tiempo aun para comer; y reusaba tomar el suoño necesario, por pasar las noches enteras en oración (2). Añadid á todo lo dicho, que siquiera no tenía una dura piedra en que reclinar su cabeza sacrosanta.

Florencia. Confesamos, que semejante pintura es diametralmente opuesta á la conducta de aquellas personas, que gustan del lujo. Emilia. No es menos incompatible el lujo con la humildad de Jesucristo: esta humildad le hacía ocultar cuidadosamente todo aquello que pudiera grangearle la atención, á precio y veneración de los hombres; y al contrario, las personas que se dan al lujo, no lo hacen sino por que todo el mundo las vea, y por atraerse toda su estimación y respetos.

* Luc. 6. 12.

* Véase la erudita y sólida Obra del P. Ayala, Pint. Christ. lib. 3. cap. 9.

Cresencia. Tampoco podemos contradecir á esa verdad; es muy clara y muy constante.

Emilia. Comparad ahora el lujo con el menosprecio que Jesucristo hacía de las cosas de la tierra; y veréis, que el espíritu de los que se abandonan al lujo, nada mas respira, que lo mismo que Jesucristo menospreciaba.

Florencia. Esa es una gran deformidad, sin duda.

Emilia. Pues haced ahora un paralelo ó un cortejo entre el lujo y el amor de Jesucristo á los bienes del Cielo; y veréis, que los que están embriagados con el amor del lujo, no piensan tan siquiera en estos mismos bienes, y casi ni aun les pasa por la imaginación el desearlos; de forma, que si Dios lo dejase á la elección de estos tales, yo no dudo preferirían las delicias de esta vida á las delicias de la eternidad.

Cresencia. ¡Asombrosa ceguedad sería esa!.

Emilia. Se puede asímismo asegurar con toda firmeza, que el lujo es sumamente opuesto al celo que Jesucristo tenía por la gloria de su Pedre Celestial, y por la salvación de las almas; pues la conducta de esas personas, que están tan metidas en el lujo, es un escándalo perpétuo.

Florencia. ¿Qué escándalo, por tu vida, puede haber en semejante conducta?

Emilia, aquí le tenéis bien claro; por cuanto estas personas no predican continuamente otra cosa, que vanidad, orgullo, sensualidad, complacencia para consigo mismas; ponzoña que á cada paso se tragan in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sensiblemente todos aquellos que las admiran y aplauden, y que les acarrea la muerte. ¿Qué cosa mas opuesta al celo de la gloria de Dios, y de la salvación de las almas?

Crescencia. Hasta ahora jamás habiamos pensado en semejante cosa.

Emilia. Fuera de eso, ¿qué cosa mas opuesta á la compasión de Jesucristo para con los pobres, que el Lujo? Al paso que por todos lados se contraen deudas, y que llegan á ruinarse por fomentar el Lujo; ¿cómo es posible tener con qué socorer á los pobres, y partri su pan con ellos, como lo hacía Jesucristo, en medio de su gran pobreza?

Florencia. Pero no es pecado el dejar de socorrer á los pobres; cuando no hay con qué.

Emilia. Eso es verdad, cuando el no haberlo, no es por culpa de las tales personas, como sucede regularmente á todas aquellas que se dan al Lujo.

Crescencia. Pero estas personas bien pueden tener un corazón compasivo para con los pobres, aun cuando no les den nada.

Emilia. Acordaos de lo que pasó en la persona de aquel malvado rico del evangelio [1], que rehusó dar al pobre Lázaro aun lo que no le costaba nada, como eran las migas que caían de su mesa: así que no os engañeis; la dureza para con los pobres es una cosa

(1) Luc. 16. 21.

inseparable del Lujo.

Florencia. Mayor mal es todavía éste de lo que discurríamos.

Emilia. Sí por cierto; y lo mas deplorable es, que nadie piensa en él; y asi, es un mal este casi universal.

Crescencia. ¿Y qué se ha de hacer para librarse de este mal?

Emilia. Lo primero: vestirse y adornarse siempre un poco menos de lo que nuestro estado requiere, y no exederse mas. Lo segundo: conformarse siempre en este punto con las personas mas modestas de su clase segun aconsejan los santos. Lo tercero: manifestar dolor y sentimiento, cuando hubiere precición, por razón de estado, de llevar ciertos adornos sobresalientes, como lo hacía la Reina Estér (1); que le decía á Dios en tales lances: "Vos sabéis, Señor, la necesidad "en que me hallo; y que los días en que me veo obli- "gada á presentarme con magnificencia y esplendor, "abomino de la soberbia insignia de honor y gloria "que llevo sobre mi cabeza; y que la detesto como un "lienzo, ó un trapo feamente manchado y asqueroso: "y que yo no uso de ellos en los días de mi silencio;" es decir, cuando no salía en público. Lo cuarto: juntar dentro de su corazón una buena porcion de sentimientos de humildad, á proporción de la necesidad que

1 Cap. 14. 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

haya de dejarse ver exteriormente en elevación, por la pompa y gala de vestidos y adornos.

Florencia. Infinitas gracias te damos por tantas y tan buenas instrucciones; asegurándote, que procuraremos hacer de ellas todo el buen uso, que de nosotras pudieras esperar.

CONVERSACION XLVIII

SOBRE EL BAILE

Balsamia. Veniamos á convidarte para una recreación, que sin duda te agradará.

Cesaria. Antes que os empeñe mi palabra, quiero me expliquéis, qué viene á ser ella.

Eusebia. Un Baile en público en que contamos con divertirnos muy bien.

Cesaria. ¡Qué! ¡En mitad de la calle, delante de todo el mundo, y con libertad de tomar cada una el lugar que se le antoje!

Balsamia. Sí; y ese es el gusto.

Cesaria. Era menester ser de vuestro humor y de vuestro gusto, para hallar diversión en eso.

Eusebia. ¡Ay! pues ¿qué humor y gusto, te parece que es el nuestro?

Cesaria Un humor y un gusto que ha borrado de todo punto en vosotras toda vergüenza y todo pudor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

haya de dejarse ver exteriormente en elevación, por la pompa y gala de vestidos y adornos.

Florencia. Infinitas gracias te damos por tantas y tan buenas instrucciones; asegurándote, que procuraremos hacer de ellas todo el buen uso, que de nosotras pudieras esperar.

CONVERSACION XLVIII

SOBRE EL BAILE

Balsamia. Veniamos á convidarte para una recreación, que sin duda te agradará.

Cesaria. Antes que os empeñe mi palabra, quiero me expliquéis, qué viene á ser ella.

Eusebia. Un Baile en público en que contamos con divertirnos muy bien.

Cesaria. ¡Qué! ¡En mitad de la calle, delante de todo el mundo, y con libertad de tomar cada una el lugar que se le antoje!

Balsamia. Sí; y ese es el gusto.

Cesaria. Era menester ser de vuestro humor y de vuestro gusto, para hallar diversión en eso.

Eusebia. ¡Ay! pues ¿qué humor y gusto, te parece que es el nuestro?

Cesaria Un humor y un gusto que ha borrado de todo punto en vosotras toda vergüenza y todo pudor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Balsamia. Con que, según eso ¿no serás tu de nuestro bando? Siendo así, que nosotras gustaríamos mucho de que tú nos acompañases.

Cesaria. Pues no; para eso no tenéis que contar conmigo.

Eusebia. Si tú no vienes, aguarás enteramente nuestro gozo.

Cesaria. No solamente desearía yo turbar vuestro gazo; si también suprimirle y apagarle del todo.

Balsamia. ¿Tan mala cosa te parecen estos Bailes?

Cesaria. No lo dudéis.

Eusebia. Veamos en que te fundas para eso.

Cesaria. Me conformo; pero ha de ser con una condición; y es, que habéis de ser dóciles á mis palabras.

Balsamia. Asi te lo prometemos.

Cesaria. Decidme ante todas cosas, ¿si alguna vez han visto en semjantes Bailes niñas virtuosas y bien nacidas?

Eusebia. Te confesamos que no.

Cesaria. Pues ya por esta respuesta os condenáis á vosotras mismas, y renunciáis á la cualidad apreciable de las niñas virtuosas y bien nacidas.

Balsamia. Sacas de ahí una conseqüencia, que ciertamente nos hace poquísimo honor.

Cesaria. Verdad es; pero de vuestra misma boca la he sacado.

Eusebia. Aun eso ya no nos hace tanto deshonor, como lo primero.

Cesaria. Pues ello, no hay medio; si lo primero no

os hace honor, segun ya habéis convenido, eso otro es preciso que os haga deshonor.

Balsamia. ¿Y qué deshonor es ese?

Cesaria. El acreditaros, cuando otra cosa no sea, de unas niñas livianas, ligeras de cascos y disipadas.

Eusebia. La verdad es esa, sin que podamos negarla.

Cesaria. Pues yo no necesito mas que esto, para prohibirme para siempre jamás unas recreaciones semejantes.

Balsamia. Demasiadamente severa es esa sentencia que has pronunciado.

Cesaria. Antes, mas tiene de razonable y equitativa, que de severa; pues al cabo, por mas que digáis, yo no quiero pasar plaza de ser un alma liviana, levantada de cascos y evaporada.

Eusebia. ¿No hay mas que esto que temer?

Cesaria. Vamos mas adelante. Decidme, os ruego; ¿qué caso se hace de las niñas que son aficionadas á ír á los bailes?

Balsamia. Bien sabemos, que se hace muy poco caso de ellas; y que se las señala con el dedo, diciendo: "Esas son, ahí van las bailarinas."

Cesaria. Y ¿qué tal? ¿Os acomoda eso á vosotras? Yo, por mí, no entro de ninguna manera en ello.

Eusebia. Tampoco á nosotras nos gusta demasiado; y al paso que en lo exterior tiramos á disimular, interiormente nos dá muchísimo enfado.

Cesaria. Solamente envosotras consiste el ahorraros de esos disgustos y pesares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Balsamia. Eso se dice mas presto que se hace; mientras te estamos oyendo, nos parece que daríamos de mano á estas cosas; pero, puestas luego en la ocasión, nos dejamos llevar facilmente.

Cesaria. ¿Con qué eso es decir, que casi no tenéis firmeza en vuestras resoluciones, ni amor tampoco á vuestra reputación?

Eusebia. Pero efectivamente, eso no es capaz de hacer en ésta mucha mella.

Cesaria. Mayor de lo que vosotras pensáis.

Balsamia. Nosotras no la echmos de ver.

Cesaria. Ya es preciso ponéroslа delante de los ojos sin repetir lo que ya he dicho, pasaré mas adelante: ¿os parece que es, ni os hará mucho honor el mezclaros entre una cuadrilla de disolutos y disolutas?

Eusebia. Es que no todos ni todas lo son.

Cesaria. A lo menos, segun vosotras, lo es la mayor parte: y entre todo y la mayor parte, yo no veo: que haya gran diferencia; y de cualquier manera que lo toméis ó entendáis, seguramente no os hace esto ningun honor.

Balsamia. Pero nosotras no tomamos parte en su licencia ni en su disolución.

Cesaria. ¿Ha de llegar á tanto vuestra ceguedad, que juntándose con licenciosos y licenciosas, digáis todavía, que no tomáis parte en sus disoluciones? Veamos bien, i esto es verdad, ó no.

Eusebia. Nos conformamos con que se haga este examen.

Cesaria. Prontamente es hecho: reflexionad todas las canciones que allí se oyen; pesad todas las palabras que se dicen; y considerad todas las libertades que allí se toman: ¿no entráis vosotras, por vuestra parte, en todas estas cosas, que son las que forman una descarada disolución?

Balsamia. No hay resistencia para tí; la fuerza y evidencia de tus razones nos obligan á ceder.

Cesaria. Considerad asimismo todas las desgraciadas consecuencias, que acarréan esos enlaces, esas amistades que se contraen en tales bailes.

Eusebia. Por ese lado nada hay que temer; pues una vez acabado el Baile, cada cual se retira á su casa.

Cesaria. Yo bien lo entiendo; mas ¿por ventura se van ellos solos? ¿Y cuántas citas funestas no se originan de ahí?

Balsamia. Ya vamos viendo, que sin ir tú á los bailes, sabes tanto como las que los frecuentan.

Cesaria. Mejor sería ignorarlo que saberlo; pero el ruido de estos escándalos es tan estrepitoso, que no hay quien no oiga hablar de ellos.

Eusebia. Todo eso que dices, hace que vayan empezando á disgustarnos ya los bailes.

Cesaria. ¡Pluguiese á Dios que mis palabras no solo empezasen, sino que acabasen de inspiraros el mayor disgusto hacia hellos, tanto á vosotras como á todas las demas!

Balsamia. Tú, segun parece, solamente hablas de las niñas doncellas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cesaria. Es que una vez que éstas se retiren y dejen de ir, se acabarán los bailes; porque no es regular, ni se vé, que los muchachos ó jóvenes solteros gusten de bailar solos.

Eusebia. Mientras mas vas proponiendo, mas nos confundes y sonrojas.

Cesaria. Todavía quisiera yo me dijeséis, ¿si es muy conforme á la modestia, que deben observar las Doncellas, hacer aquellos movimientos, y dar aquellos saltos que son inseparables del baile?

Balsamia. Pues ¿qué inmodestia hay en eso?

Cesaria. La decisión de este punto se la dejo á personas mas instruidas que yo; pero así en globo ó en cerro digo, que no lo tengo por muy modesto.

Eusebia. De esa suerte ya no queda cosa en que una se pueda recrear.

Cesaria. Pues ¿qué? ¿No hay en todo el mundo otra especie de recreación que ésta? ¿No hay infinítas otras, que son mucho mas propias para unas niñas solteras?

Balsamia. Cierto, que contigo no sabe una como valerse.

Cesaria. Reflexionad ahora por un instante las funestas consecuencias de esos Bailes; y yo os prometo, que cuanto antes os habéis de dar á partido.

Eusebia. Muéstranoslas, si quieres.

Cesaria. Primeramente, perder la inocencia y el honor; además de eso, los odios que se sucitan; las envidias, las pendencias, las riñas, son las consecuencias ordinarias que acarrean los Bailes.

Balsamia. Ya es eso demasiado exagerar.

Cesaria. Pues en un solo ejemplo, que nos refiere la Sagrada Escritura [1], vemos verificadas todas estas consecuencias.

Eusebia. ¿Qué ejemplo es ese?

Cesaria. El de Diana, que era hija única de Jacob, y hermana de los doce Patriarcas.

Balsamia Refierenos esa desgraciada historia de ella pues nosotras no la sabemos.

Cesaria. Aquella, doncella pues, era de las mas instruidas y mas bien educadas, habiendo tenido la curiosidad de ir á ver un Baile, fue robada y desflorada: injuria que vengaron luego sus hermanos á costa no menos que de toda una ciudad, en donde hiciaron una matanza horrible.

Eusebia. Bien está; pero las consecuencias de nuestros Bailes no llegan á tanto, como todo eso.

Cesaria. Yo quiero permitiros, que no sea tanto; pero seguramente os exponen á esto; y las menos culpadas no vuelven de ellos tan inocentes como fueron.

Balsamia. No podemos negar que siempre sacamos de alli algún pecado, además de los que llevamos antes de ir allá.

1. Genes. 34. 2. seqq.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cesària. Pues, aunque no hubiera mas que eso ¿no debería ser bastante para despedirse de los Bailes para siempre jamás? ¿En donde está el temor de Dios, y el amor de vuestra propia conciencia?

Eusebia. Es verdad así; mas el caso es, que se deja una á rebatar de la fuerza vehemente del ejemplo y de la constumbre.

Cesaria, ¡Ah! ¡Si pensaráis que Dios os está viando; que os oye; y que os ha de juzgar! ¿Comó os habiáis de resolver á concurrir á ellos?

Balsamia Si tuviesemos unos pensamientos semejantes, sin duda nos estariamos en casa.

Cesaria, ¿Con qué está visto, que no se puede ir á los bailes, sino olvidándose enteramente de Dios, y de sus juicios? ¡Qué compasión! ¡Qué locura!

Eusebia. A la verdad, esa es una extremada locura, en que ni aun siquiera pensábamos.

Cesaria. ¿Habéis acaso pensade alguna vez, los demonios se juntan allí de tropel con vosotras; que cada uno anda en busca de su presa; y que quizá no hay ninguno ni ninguna de la cuadrilla, que no tenga su demonio particular?

Balsamia. No digas mas. Eso ya no atemoriza; y en toda nuestra vida volveremos á poner los piés allá.

Cesaria. Eso es lo que yo os pido, tanto por mirar vuestro honor, como por consultar á vuestra conciencia.

Eusebia. Ya haremos porque quedes contenta; seguiremos fielmente de hoy mas tu ejemplo; y nosotras estaremos también mas satisfechas de todas maneras.

Cesaria. Haced la esperiencia, y despues me daréis noticias de lo que sobre esto ocurra. A Dios; que así lo espero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACIONES XLIX

PROSIGUE LA MISMA CONVERSACION SOBRE EL BAILE.

Balsamia. Meditado atentamente por nosotras cuanto nos has dicho sobre el baile; hallamos felizmente, que nada de eso nos coge á nosotras.

Cesaria. Sí os coge; y mucho mas aún de lo que pensáis.

Eusebia. Es que nosotras no vamos á los Bailes públicos, que es de lo que hasta hora nos has hablado.

Cesaria. Verdad es; pero todo lo que he dicho de estos, conviene y debe extenderse á todos los demás.

Balsamia. De esa manera, confundes unos con otros; los que son públicos, y los que se hacen en secreto.

Cesaria. No hay tal, no los confundo; lo que digo, es, que unos y otros son igualmente peligrosos. Fuera de eso, ¿llamáis Bailes secretos á aquellos, de que se da aviso al público, y cuyo estrépito es preciso que se deje oir de todos cuantos pasan por la calle?

Eusebia. Es verdad que en este sentido no se pueden lamar secretos; pero en otro sentido si lo son, porque se tienen entre cuatro paredes. Ademas, que para ellos no convidamos sino á gentes de forma y escogidas.

Cesari . Aunque eso sea así, los tales Bailes no son mejores que los otros; por que los mismos peligros se encuentran en ellos. Despues de eso: ¡qué gente de forma¡ Nadie hay que deje de conocer, en que sentido debe tomarse esta palabra; y por cierto, que no hace ningun honor á esas personas, que se dicen escogidas.

Balsamia. Da el sentido que quisieres á esta expresión; ello es puntualmente como te decimos.

Cesaria. Si es que estas tales personas son escogias, verosimilmente lo serán por cuanto se distinguen por su osadía, por la profanación que hacen de los dias festivos, y porque no se les vé asistir á los Divinos Oficios.

Eusebia. Mucho decir es eso.

Cesaria. Yo concedo que es mucho; pero la lástima es que es verdad.

Balsamia. Permíteme te diga, que no es eso de lo que ahora se trata.

Cesaria. Pues tú me harás el gusto de entrarme en camino, si es que me voy desviando.

Eusebia. Tú has dicho, que los Bailes privados ó en secreto, no son mejores, que los que se tienen en público; y esto es lo que deseamos nos expliques, como puede ser.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cesaria. Hasta aquí nada hemos dicho, que se aleje de este intento.

Balsamia. Sin embargo, hay muchas personas, que no vituperan los Bailes que se tienen privadamente.

Cesaria. Tampoco yo los vitupero, cuando concurren tales circunstancias; que los hagan inocentes; que es en los tiempos de huelga, cuando no se trabaja; cuandono se emplean ó destinan para Bailes los dias de fiesta, ni tampoco las horas señaladas para los Divinos Ofiicios; cuando no se tienen entre gente propia; y en fin, cuando se guardan todas las reglas de la modestia y de la descencia que corresponde.

Eusebia. Cabalmente nuestros Bailes son así.

Cesaria. Si eso fuese cierto, nadie los condenaría: y se vé, que antes bien todos los condenan.

Balsamia. Dejemos aquí los nuestros, pues que tú lo quieres; y por mas que nos empeñemos en dorarlos y darles buenos coloridos, siempre han de parecer negros á tus ojos preocupados.

Cesaria. Como los vuestros no lo estuvieran un poco mas que los mios, vosotras los veriáis negros, igualmente que yo.

Eusebia. Pues ¿como es, que la Sta. Escritura habla de Bailes, sin vituperarlos?

Cesaria. Trabajo os mando, para que me lo demostréis.

Balsamia. ¿No está escrito, que David da nzó delante del Arca al son de los instrumentos [1]?

Cesaria. Decidme: ¿y con esto pretendéis vosotras autorizar vuestros Bailes?

Eusebia. Y como que sí; es nada menos que un santo, un rey un profeta quien Baila; y nadie se lo reprende.

Cesaria. Si vuestros Bailes fuesen como aquel nadie os lo reprendería tampoco á vosotras. El Bailaba solo; y agitado de un santo embeleso con la presencia del Arca, explicaba de ésta suerte á Dios su gozo y su agradecimiento.

Balsamia, es que á nosotras nos habían hecho entender otra cosa muy distinta.

Cesaria. Leed vosotras mismas tado este pasage y veréis que no hay mas que lo que he dicho.

Eusebia. Pero los licenciosos se valen de este ejemplo, para autorizar sus Bailes.

Cesaria. Basta esa palabra *licenciosos*, para decidir esta materia; y con eso conoceréis cuan torpemente os engañan, haciendoos creer lo que no hay.

Balsamia. Ahora si lo vemos claramente.

Cesaria. ¿Por qué no citan mas bien á su favor el ejemplo de los Israelitas, que danzaron al derredor del

1 2. Reg. 6. 14. 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

becerro de ero, mientras que Moisés estaba conversando con Dios sobre el monte (1)

Eusebia. No; de éste no hacen caso, porque saben muy bien, que aquél baile fue un baile lleno de idolatria y de otros muchos excesos, que fueron castigodos con la muerte de veinte y tres mil personas.

Cesaria. Con todo no sé yo, que halla otro algún ejemplo, que les sea favorable, si no es este.

Balsamia. Pues nosotras sabemos otro, que se refiere en el Evangelio (2) sin que en él se halle de ninguna manera reprendido. Este es mucho mas fuerte, y no te dejará nada que replicar

Cesaria. Ese es menester examinarle con toda atencion: y confieso desde luego, que deberé callar, en caso que el Evangelio esté en vuestro favor, y en contra mia.

Eusebia. Este tal ejemplo es de la hija de Herodías que danzó delante del Rey; á quien agradó en tanto extremo, que prometió darla todo cuanto le pidiese, aunque fuese la mitad de su reino. allí no se lee otra cosa que aprobacion; y no hay una palabra siquiera de condenación: ¿qué podrás, pues, responder á eso? El pasaje es decisivo á nuestro favor y contra tí.

Cesaria. No cantéis victiria todavía, no; esperad, y examinémoslo antes.

1 Exod, 32. 6. 19.

2 Matt 14. 6 v. 6 seqq.; & Marc. 6 á v. 17. seqq.

Balsamia. Aguardaremos todo cuanto quisieres; porque estamos muy seguras de que al cabo hemos de salir triunfantes.

Cesaria. Repito que no cantéis todavía victoria; pues no sé yo, que haya cosa que tanto os condene, como este mismo ejemplo.

Eusebia. Tú dirás eso; pero en el Evangelio no se encuentra cosa semejante; y esto es lo que hace que nos mantengamos tan firmes.

Cesaria. Si en eso consiste toda vuestra fuerza yo os tengo por muy débiles.

Balsamia. Ya, pero todo eso no es mas que hablar Ya está conocido, que el andar con esos rodeos consiste en que no tienes cosa sólida que responder contra este ejemplo.

Cesaria. Bien está; veamos si es verdad eso; yo, por mí no encuentro circunstancia ninguna en esa historia, que no sentencie en contra vuestra.

Eusebia. A ver, cómo es eso.

Cesaria. Una princesa, nada menos, era la que bailaba delante del Rey, y en presencia de su corte; lo hizo esto una sola vez, como de paso en un dia de regocijo extraordinario: dejo ahora á vuestra consideracion el que veáis, si acaso esta primera circunstancia os favorece demasiado.

Balsamia. Mucho nos falta, en verdad, para llegar á la clase de aquella Princesa; y lo mismo á nuestros espectadores. Tampoco aguardaremos para tener Baile, á que haya algun motivo extraordinario; cuales-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quiera ocasion son buenas para nosotras, y las aprovechamos.

Cesaria. Por confesión propia vuestra, estáis ya condenadas, tocante á esta primera circunstancia.

Eusebia. Quizá las otras nos serán algo mas favorables.

Cesaria. Eso es lo que necesitamos examinar. Tenemos aquí á la verdad, una Princesa; pero una Princesa, que es hija de una madre sin vergüenza, de una madre adúltera.

Balsamia. Y ¿qué consecuencia es la que de ahí pretendes deducir?

Cesaria. A tí te toca sacarla.

Eusebia. ¿Por ventura quieres decir con eso, que todas aquellas madres que tienen hijas bailarinas, son desvergonzadas y adúlteras?

Cesaria. No permita Dios tal cosa.

Balsamia. Pues ¿qué? Esta circunstancia no da á entender bastante?

Cesaria. Demasiado, sí.

Eusebia. Hé! ¿y qué viene á ser por fin?

Cesaria. Harto se dá ello mismo á entender, sin decirlo.

Eusebia. Vaya; eso es gana de hacer misterio; habla claro.

Cesaria. Lo menos que yo puedo decir es, que ninguna madre prudente y modesta, ha tenido jamás una hija que sea bailarina de profesión.

Eusebia. Te permitimos que eso sea así.

Cesaria. Pues ved ahí, que esto basta para nodecarn

á todas aquellas madres, que no solamente consienten que sus hijas concurran á Bailes, sino que también las llevan ellas mismas.

Balsamia. Está ya visto que tú eres inflexible en este punto.

Cesaria. Considerad el desgraciado fin que tuvo este Baile de que vamos hablando; todavía le miraréis con mas horror.

Eusebia. ¿Qué fin tuvo, pues?

Cesaria. Vosotras lo sabréis aun mejor que yo, puesto que propusistéis este Baile, para autorizaros.

Balsamia. ¿Habl .s tal vez de la muerte de San Juan Bautista?

Cesaria. ¡Ah! yo no quisiera prestar mis oídos á tan bárbara inhumanidad; ni permitir que mi lengua hablase de ella.

Eusebia. Y ¿por qué? ¿No nos dirás?

Cesaria. ¡Por Dios! no me habléis de un Baile, que así se disolvió, y que tuvo un paradero de esta naturaleza.

Balsamia. ¿Es esto acaso lo que hace que tengas tanto horror á los Bailes?

Cesaria. Confieso, que sí contribuye mucho esto: pues ¡qué! Un santo del carácter de San Juan; un santo, que desde el vientre de su madre fué santificado y que siempre conservó la inocencia; un santo á quien el Rey mismo miraba con el mayor respeto, ¡perecer de esta manera por un Baile fatal; y queréis yo que no les tenga horror!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eusebia. Pero nuestros bailes no tienen nada de eso.

Cesaria. Yo os digo, que ordinariamente tienen un paradero todavía mas triste y desastrado.

Balsamia. Explícate; que no te entendemos bien.

Cesaria. Porque en esos Bailes no se dá muerte á San Juan, sino al mismo Jesucristo.

Eusebia. siendo eso así, tienes muchísima razón para decir que nuestros Bailes tienen un fin mas funesto aun, que el otro.

Cesaria. ¡Cuantas almas no pierden allí la inocencia! Lo cual no se puede hacer sin dar muerte á Jesucristo.

Balsamia. Todo esto que dices, es muy cierto.

Cesaria. Y que de enormes pecados no cometen allí los que han llegado á perder la inocencia? Y esto no se puede hacer tampoco, sin dar nuevamente muerte á Jesucristo.

Eusebia. Mucho celebrariamos poderte negar esto; pero no hay arbitrio para ello.

Cesaria. A consecuencia de eso, podéis luego venirme con que son inocentes estas diversiones.

Balsamia. Nosotras no lo decimos, mas no falta quien lo diga.

Cesaria. ¡Ah! Si se viese palpablemente la atroz carnicería que los demonios hacen de las almas en esas tenebrosas concurrencias y juntas, ¿quién se había de atrever á asistir á ellas?

Eusebia. ¿Con que los demonios encontrarán allí mucho con que engordar y cebarse?

Cesaria. Sí; y con la sangre de unas almas, que costaron la Sangre de un Dios-Hombre.

Balsamia. ¿Pues, según eso, gran regocijo será para los demonios el hallarse allí?

Cesaria. Añadid á esto: y una gran tristeza para los Angeles.

Eusebia. Pues nosotras ya no queremos ni dar regocijo á los demonios, ni entristecer á los Angeles.

Cesaria. Para eso necesitáis vedaros para siempre este linage de recreaciones.

Balsamia. Ya por tomada esta resolución; y con la gracia de Dios procuraremos ejecutarla.

Cesaria. Creedme: ni de Jesucristo, ni de la Virgen, ni de los Apóstoles leemos, que jamás se hubiesen entretenido en semejantes diversiones.

Eusevia. Yo así lo discurro: ¡tan indignas eran de unos personajes como de estos!

Cesaria. Ahora bien, decidme: en calidad de Cristianas ¿no sóis vosotras miembros de Jesucristo? ¿No reconocéis á la Santísima Virgen por madre vuestra, y á los Apóstoles por Maestros? Pues ¿por qué no habéis de querer pareceros á ellos?

Balsamia. Ese es nuestro ánimo, y á eso aspiramos

Cesaria. Jesucristo no consta que riese jamás, y aun en cierto modo maldijo á los que rien (1) ¿Y vosotras? habéis de tomar parte en los goces locos del mundo

1 Luc. 6. 25.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eusebia. Para siempre jamás los renunciamos.

Cesaria. En eso de renunciarlos no hacéis mas, que ejecutar lo mismo que prometistéis en vuestro Bautismo.

Balsamia. Pues ¿qué? ¿Los Bailes son parte de las pompas del demonio, á las cuales renunciamos en el Bautismo?

Cesaria. Sí por cierto; lo son, igualmente que los espectáculos, y todas las máximas y vanidades del mundo.

Eusebia. Esto nos afianza maravillosamente en nuestra resolución.

Cesaria. No hay Paraíso; recapacitadlo bien; no hay Cielo, si no cumplís exactamente con las promesas que en el Bautismo hicistéis.

Balsamia. Incomparablemente mas vale el paraíso, que todos los locos gozos de este mundo: así, ni siquiera por un instante titubeamos ya sobre el partido que hemos de tomar.

Cesaria. Yo os felicito por tan cuerda resolución; y gustaré infinito de saber la fidelidad con que procurais mantenerla.

Eusebia. El tiempo, que es buen testigo, te dirá aun mas que nuestras palabras.

Cesaria. A Dios. Yo lo deseo vivamente.

CONVERSACION L

CONTINÚA LA PROPIA CONVERSACIÓN SOBRE EL BAILE

Balsamia. Escucha todavía una palabrita, si gustas, acerca del mismo asunto de que ayer tratamos.

Cesaria. ¡Como así! pues ¿qué? ¿Habéis mudado ya de parecer y de religión?

Eusebia. No á Dios gracias; lo mismo pensamos hoy, que pensábamos ayer.

Cesaria. ¿Pues qué otra cosa mas queréis?

Balsamia. Una breve explicacion de cierta duda.

Cesaria. ¡Eh! ¿Y Sobre qué?

Eusebia. Han llegado á decirnos, que San Francisco de Sales, cuyas opiniones sabemos que son respetables para tí, está en contra tuya sobre este punto.

Cesaria. Como sea verdad eso que os han dicho, desde luego estoy pronta á abandonar mi dictámen, por conformarme con el suyo.

Balsamia. Lo seguro es, que este santo dice en su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eusebia. Para siempre jamás los renunciamos.

Cesaria. En eso de renunciarlos no hacéis mas, que ejecutar lo mismo que prometistéis en vuestro Bautismo.

Balsamia. Pues ¿qué? ¿Los Bailes son parte de las pompas del demonio, á las cuales renunciamos en el Bautismo?

Cesaria. Sí por cierto; lo son, igualmente que los espectáculos, y todas las máximas y vanidades del mundo.

Eusebia. Esto nos afianza maravillosamente en nuestra resolución.

Cesaria. No hay Paraíso; recapacitadlo bien; no hay Cielo, si no cumplís exactamente con las promesas que en el Bautismo hicistéis.

Balsamia. Incomparablemente mas vale el paraíso, que todos los locos gozos de este mundo: así, ni siquiera por un instante titubeamos ya sobre el partido que hemos de tomar.

Cesaria. Yo os felicito por tan cuerda resolución; y gustaré infinito de saber la fidelidad con que procurais mantenerla.

Eusebia. El tiempo, que es buen testigo, te dirá aun mas que nuestras palabras.

Cesaria. A Dios. Yo lo deseo vivamente.

CONVERSACION L

CONTINÚA LA PROPIA CONVERSACIÓN SOBRE EL BAILE

Balsamia. Escucha todavía una palabrita, si gustas, acerca del mismo asunto de que ayer tratamos.

Cesaria. ¡Como así! pues ¿qué? ¿Habéis mudado ya de parecer y de religión?

Eusebia. No á Dios gracias; lo mismo pensamos hoy, que pensábamos ayer.

Cesaria. ¿Pues qué otra cosa mas queréis?

Balsamia. Una breve explicacion de cierta duda.

Cesaria. ¡Eh! ¿Y Sobre qué?

Eusebia. Han llegado á decirnos, que San Francisco de Sales, cuyas opiniones sabemos que son respetables para tí, está en contra tuya sobre este punto.

Cesaria. Como sea verdad eso que os han dicho, desde luego estoy pronta á abandonar mi dictámen, por conformarme con el suyo.

Balsamia. Lo seguro es, que este santo dice en su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Filotea [1], que los Bailes, por su naturaleza y de suyo, son cosas indiferentes.

Cesaria. Eso mismo digo yo también con este santo, y ya antes os lo insinué; sino que probablemente no os acordáis de ello. Todos los Escritores, sientan esto mismo; y así, no es ésta una opinion particular de aquel Santo Obispo.

Eusebia. No necesitabamos nosotras mas que eso; y es muy suficiente para echar por tierra todo cuanto has dicho de mas fuerte y mas enérgico contra los Bailes.

Cesaria. Hablar de esa suerte, es manifestar que no entendéis lo que quieren decir las palabras del Santo Obispo.

Balsamia. Quien llama indiferente una cosa, no se quiere significar con esto una cosa que puede hacerse ó no hacerse, segun se juzgare á propósito?

Cesaria. Aquel Santo Obispo no solamente dijo que el Baile era una cosa indiferente; sino que añadió, *por su naturaleza ó de suyo;* para denotar, que por sí mismo no era ni bueno ni malo; pero que podía hacerse malo ó bueno, según el fin que en él se llevase, y según las circunstancias que interviniesen.

Eusebia. Nosotras no habiamos, por cierto, formado tal idea.

1. Introducc. á la Vida devota. 3. Part. cap. 33.

Cesaria. Pues esta es, no obstante, la idea que es necesario tener.

Balsamia. Ya entre nosotras cantábamos la victoria; y por lo que se ve, todavía no estamos en este caso.

Cesaria. Me alegro de que así lo conozcáis, y de que lo digáis vosotras mismas.

Eusebia. Pero en suma: este Santo Obispo permite los Bailes.

Cesaria. También los permito yo, de la manera que os he dicho: no obstante, examinémos en que términos los permite el Santo; que entónces creo habrá que arrepentirse mucho de lo cantado.

Balsamia. Nos conformamos desde luego.

Cesaria. Oid como se explica en el propio lugar: "Con los Bailes sucede lo mismo que con los hongos "ó setas; de las cuales las mejores no valen nada, y "siempre hacen daño si no están aderezadas con toda "advertencia. Cuando, pues, ocurriere alguna ocasión, "en que no podáis razonablemente excusaros, será pre- "ciso concurrir al Baile; pero cuidado siempre con que "éste vaya bien preparado y guisado: ¿y qué condi- "mento deberá llevar? El de la modestia, gravedad y "vuena intención. Comed pocos y pocas veces, (Dicen "los Médicos hablando de los hongos;) pues por muy "bien guisados que estén, la cantidad se vuelve veneno "en ellos, Bailad poco y pocas veces, porque de otro "modo os expondréis á peligro de aficionaros y em- "ponsoñaros"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eusebia. Yo no descubro en esas palabras nada que favorezca al Baile, como nos lo habiamos imaginado.

Cesaria. Reflexionad bien sobre lo que dice, de que los Bailes, los mejores no valen nada; que solamente se debe ir á ellos en algun lance, de que una no se pueda racionalmente excusar; que es necesario llevar y estar en ellos con toda modestia y buena intención; y que se ha de Bailar poco y pocas veces, para no ir tomándoles demasiada afición.

Balsamia. Confesamos que hay muy pocas personas, si es que hay alguna, que observen estas reglas.

Cesaria. Pues eso es cabalmente lo que hace que los Bailes sean tan vituperables; y que todas las personas prudentes y cuerdas los vituperen.

Eusebia. Sobrada razón tiene para ello, siempre que les falten todos estos condimentos.

Cesaria. No digáis, pues, que San Francisco de Sales favorece los Bailes; cnando vemos que está léjos de eso.

Balsamia. Ya nos guardaremos muy bien de decirlo de hoy mas, habiendo oido lo que nos ha dicho.

Cesaria. Pues escuchad lo que añade: "Mas, según "el modo ordinario con que se hace este ejercicio, es-"tá muy propenso é inclinado hácia el extremo del "mal; y por consiguiente, lleno de riesgo y de pe-"ligro: en cada cual de los concurrentes sobresale la "vanidad como á porfía; y la vanidad es una disposi-"ción tan grande y tan á propósito para depravadas

"aficiones y amores peligrosos, que fácilmente se en "gendra todo en los Bailes."

Eusubia. ¡Terrible está eso! No advierto yo en estas palabras toda aquella dulzura y moderación, que es ordinaria es este santo Obispo.

Cesaria. A mí no habéis de decirme eso; sino á los que os han imbuido en que San Francisco de Sales estaba en vuestro favor.

Balsamia. Es que si se lo decimos, apénas podrán creerlo.

Cesaria. Fácilmente se convencerán de ello; pues no tionen mas que leerlo.

Eusebia. ¡Qué! ¿Son las mismas palabras del Santo Obispo esas que has referido?

Cesaria. Si acaso os queda alguna duda en eso; no tenéis mas que desengañaros por vuestros propios ojos.

Balsamia. No hay necesidad de eso; bien sabemos que tú no eres capaz de decirnos una cosa por otra.

Cesaria. Esa es mucha cortesía; mas sin embargo, yo os aconsejo que las leáis.

Eusebia. Continúa, por tu vida, y acaba de instruirnos.

Cesaria. Oíd todavía lo que dice este Santo Obispo:

"Así como los hongos, por lo muy esponjosos y porosos que son, atraén y embeben fácilmente toda la infección que está alrededor de ellos, aun hasta el veneno de las serpientes; de la misma forma, los Bailes ordinariamente atraén aquellos vicios y pecados que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reinan en el mismo paraje: riñas, envidias, burlas y los amores: y así como estos ejercicios, con su agitación hacen que abran los poros del corazón: por cuyo medio, si llega entónces alguna serpiente á echar el aliento en los oídos con alguna palabra lasciva, con alguna terneza, con algún requiebro; ó si algún basilisco llega á arrojar miradas impuras y ojeadas amorosas; los corazones tienen una facilidad suma para dejarse apoderar y envenenarse."

Balsamia. Ni lengua, ni palabras nos quedan para replicar á eso: tal es nuestra admiración y asombro.

Cesaria. Pues, ya que habéis empezado á escuchar, atended hasta el fin. "Estas impertinentes recreaciones "[continúa el Santo] ordinariamente son peligrasas: "ellas disipan el espíritu de devocion y de piedad; de- "bilitan las fuerzas del corazón; resfrian la caridad; "despiertan en el alma mil géneros de afecciones: y por "tanto es necesario usar de estas diversiones con una "prudencia grande."

Eusebia. Todo esto, ciertamente no es aprobar los Bailes; sino antes bien condenarlos severísimamente.

Cesaria. Oid ahora como concluye el Santo su discurso: "Mas (advierten los médicos) con particulari- "dad, que despues de comer hongos, se beba un poco de "vino generoso; y yo digo, que despues del Baile es "necesario usar de algunas santas y buenas conside- "raciones, que impidan las peligrosas impresiones, que "el placer vano que se ha tomado, pudiera causar "en nuestros espíritus"

Balsamia. ¿No propone el mismo Santo algunas de estas consideraciones?

Cesaria. Estas son las que propone á renglón seguido.

"1.ª Al propio tiempo que estabas tú en el Baile, otras muchas almas quizás ardian en el fuego del infierno, por pecados cometidos en el Baile, ó por causa de él.

2.ª Muchos religiosos y otras personas piadosas estaban á aquella misma hora delante de Dios, cantando sus alabanzas y contemplando su bondad infinita.

¡Cuánto mas felizmente era empleado este tiempo, que el tuyo!

3.ª Mientras que tú bailabas, muchas almas partieron de esta vida en medio de grandes ánsias y congojas: mil millares de hombres y mujeres estaban padeciendo grandes trabajos en sus lechos, en los hospitales y por las calles á causa de la gota, de la piedra y de una calentura ardiente. ¡Ay de mí! ¡Estos y éstas quizá no han logrado alivío ni descanso alguno! ¿Es posible que no has de tener lástima de ellos? ¿Por qué no piensas, que llegará algún día, en que tú gemirás como éstos, al paso que otros estarán bailando, del mismo modo que tú lo haces ahora?

4.ª Nuestro Señor, nuestra Señora, los Angeles y los Santos te han estado mirando ahí. ¡Ah! ¡Qué compasión les ha causado, viendo tu corazón embebecido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en una simpleza tan grande, y atento á una friolera como á ésta.

5.ª ¡Ay de mí! Mientras tú estabas allí, el tiempo se pasó y la muerte se iba acercando; mira cómo se burla de tí y te convida á su Baile, en el cual los gemidos y llantos de tus parientes, servirán de violines; y á tí solamente te quedará que hacer una mudanza, que es el paso ó tránsito desde la vida á la muerte. El Baile viene á ser propiamente el pasatiempo de los mortales; pues de él pasan en un momento desde el tiempo á la eternidad, ó de bienes ó de penas."

Eusebia. Ya nos tienes enteramente desengañadas; y vamos á procurar desengañar á otras.

Cesaria. Dios lo quiera; pues deseo que suceda así; y espero me aviseis los resultados.

CONVERSACION LI

SOBRE EL BAUTISMO.

Gregoría. Muchísimo tiempo hace ya, que estoy deseosa de oirte conversar acerca de las ceremonias del *Bautismo*: ¿gustarás de hacerlo ahora?

Benita. No necesitas mas que hablar, para tenerme ya dispuesta á hacerlo.

Julia. La respuesta no puede ser mas atenta ni mas cortés.

Benita. Como que no deséo otra cosa, que el contentarnos.

Gregoria. Persuadidas estamos á que lo harás, sin que te cueste trabajo.

Benita. Hablemos ahora de las ceremonias que preceden al Bautismo; y dejaremos las demás para otro tiempo.

Julia. De muy buena gana. ¿Por qué lo primero que se hace, es bendecir solemnemente el agua que ha de servir para el bautismo?

---

1. Génes. 2. 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en una simpleza tan grande, y atento á una friolera como á ésta.

5.ª ¡Ay de mí! Mientras tú estabas allí, el tiempo se pasó y la muerte se iba acercando; mira cómo se burla de tí y te convida á su Baile, en el cual los gemidos y llantos de tus parientes, servirán de violines; y á tí solamente te quedará que hacer una mudanza, que es el paso ó tránsito desde la vida á la muerte. El Baile viene á ser propiamente el pasatiempo de los mortales; pues de él pasan en un momento desde el tiempo á la eternidad, ó de bienes ó de penas."

Eusebia. Ya nos tienes enteramente desengañadas; y vamos á procurar desengañar á otras.

Cesaria. Dios lo quiera; pues deseo que suceda así; y espero me aviseis los resultados.

CONVERSACION LI

SOBRE EL BAUTISMO.

Gregoría. Muchísimo tiempo hace ya, que estoy deseosa de oirte conversar acerca de las ceremonias del *Bautismo*: ¿gustarás de hacerlo ahora?

Benita. No necesitas mas que hablar, para tenerme ya dispuesta á hacerlo.

Julia. La respuesta no puede ser mas atenta ni mas cortés.

Benita. Como que no deséo otra cosa, que el contentarnos.

Gregoria. Persuadidas estamos á que lo harás, sin que te cueste trabajo.

Benita. Hablemos ahora de las ceremonias que preceden al Bautismo; y dejaremos las demás para otro tiempo.

Julia. De muy buena gana. ¿Por qué lo primero que se hace, es bendecir solemnemente el agua que ha de servir para el bautismo?

---

1. Génes. 2. 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benita. Para extraer á esta agua de su estado y su sér común, y ensalzarla á la clase de las cosas santas.

Gregoria. ¿Qué es lo que la Iglesia hace para eso?

Benita. Reza dirigiendo su discurso á la misma agua, unas oraciones magníficas que denotan los milagros que Dios ha obrado por medio de este elemento. Emplea el soplo del sacerdote, y hace que introduzca en ella el Cirio Pascual, para significar con este soplo y con este fuego la virtud del espíritu santo, que invisiblemente desciende sobre el agua y la hace capaz de borrar los pecados y de purificar las almas; á este mismo efecto ordena tambien la Iglesia, que se mezcle el santo Crisma con el agua.

Julia. ¿No se puede bautizar mas que con esta agua, así bendita y santificada?

Benita. Cuando el Bautismo se confiere y hace solemnemente, no se puede; pero en caso de necesidad, se puede usar de cualquiera otra agua, con tal que sea natural.

Gregoria. Todo eso lo entiendo yo muy bien. ¿Porqué á la criatura que va á ser bautizada se le hace aguardar á la puerta de la Iglesia?

Benita. Porque como la Iglesia es la Casa de los Ficles, no se puede entrar en ella, mientras se estuviese todavía en la infidelidad. Se hace asimismo para denotar, que nadie puede entrar en el Templo de la santidad mientras sea enemigo de Dios por el pecado. Finalmente se hace, para que nos acordemos que Adán or su pecado, no solamente nos hechó del Paraíso terrenal sino que también nos cerró las puertas del Cielo.

Julia. Bastante tiene que reflexionar todo eso. ¿Por qué al Bautizado se le pone el nombre de algún Santo ó Santa?

Benita. Para mostrar que, dejando ya la familia del demonio (que es la de los malos,) va á entrar en la familia de Jésucristo (que es la de los Santos:) se le pone además de eso, para darle un protector ante Dios, y un dechado de la vida que debe hacer después del Bautismo.

Gregoria. Esa también es una leccion muy buena ¿Por qué el Sacerdote alienta blandamente, ó echa su respiracion sobre la cara del niño, diciendo: "Sal demo-" nio, de esta imagen de Dios, y cede el lugar al Espí-" ritu Santo."

Benita. Para echar al demonio del cuerpo de aquel niño se vale del soplo, dando á entender con esto la felicidad suma con que el demonio queda disipado por la virtud divina.

Julia. ¿No tiene algun misterio este ¿soplo?

Benita. Hace asimismo que nos acordemos de que en otro tiempo Dios, por medio de un soplo animó á Adán con un alma racional; (1) como también de que por el soplo ó inspiración de Jesucristo, los apóstoles fueron animados del Espíritu Santo el dia de la Resurrección de este Divino Salvador. (2)

1 Genes, 2. 7.
2 Juann 30. 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gregoria. ¿Qué es lo que todo eso quiere insinuarnos?

Benita. Que aquél niño va muy presto á recibir una vida de todo nueva, y enteramente divina, por el soplo del Divino Espíritu.

Julia. Todo eso que vas diciendo, nos encanta. ¿Por qué hace el secerdote la señal de la Cruz en la frente del niño, diciéndole: "Yo pongo en tu frente la señal "de la Cruz de Jesucristo, nuestro Salvador: En el "nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén?" Y ¿por qué hace esto mismo sobre el pecho repitiendo las propias palabras?

Benita. Para sellar ó marcar el entendimiento y el corazón del niño con el sello de Jesucristo; y para indicar con esto, que Jesucristo le mira ya desde entónces como cosa suya. Se hace igualmente, para impedir que el demonio emprenda nada contra el Espíritu y el corazón de aquella criatura.

Gregoria. Y ¿por qué mas?

Benita. Para enseñarle, que todos sus pensamientos y todos sus afectos no deben fijarse sino en la Cruz de Jesucristo.

Julia. Y ¿por qué se hace la señal de la Cruz en estos parajes que están descubiertos y patentes?

Benita. Para que todo el mundo lo vea; y para que el bautizado se gloríe en adelante de llevar con todo denuedo la marca y divisa de Jesucristo.

Gregoria. ¿Pero esa divisa no traé consigo algo de ignominioso?

Benita. No; Jesucristo la quitó toda su ignominia, y la llenó de gloria para siempre, escogiéndola por instrumento de su triunfo.

Julia. Después de esto, ¿qué mas hace el sacerdote?

Benita. Reza tres Oraciones, dirigiéndose hacia el niño, y teniendo puesta la mano sobre él.

Gregoria. ¿Qué pide á Dios por medio de estas oraciones?

Benita. Lo que pide á Dios es, que se digne llevar á este niño á que reciba el Santo Bautismo; y llenarle de las virtudes cristianas.

Julia. ¿Por qué tiene extendida la mano sobre el niño?

Benita. Es para significar, que permanecerá siempre bajo la protección de la Iglesia; la cual ha tomado ya poseción de él.

Gregoria. Yo hallo que todo esto es sumamente instructivo. ?Por qué echa el Sacerdote un poco de sal bendita en la boca del niño, diciendo al propio tiempo: "Recibe la sal de sabiduría, para que el Señor te sea propicio para la vida eterna: Amén?"

Benita. Como la sal es símbolo ó indicio de la sabiduría, nos da á entender esta ceremonia la afición y gusto que el bautizado debe tomar á la Doctrina Cristiano y á todas las cosas que miran á la salvación; y además de eso, el cuidado que debe tener de sazonar todas sus operaciones con la sabiduría cristiana, para que sean sabro sas y á gusto de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Julia. ¿No hay todavía otro misterio en esa sal que se echa en la boca del niño?

Benita. Como la sal tiene virtud para preservar de corrupción, se le advierte con esto al bautizado, que se conserve puro del contagio del siglo.

Gregoria. Yo nunca pudiera persuadirme á que hubiesen tantos misterios en unas operaciones que parecen tan simples á la vista.

Benita. Siendo inspirado por Dios cuanto la Iglesia practica en estas ceremonias, no es de extrañar que todo ello encierre tantos misterios.

Julia. ¿Qué es lo que hace después el Sacerdote?

Benita. Dice en alta voz otras dos oraciones, implorando todavía la protección de Dios sobre aquel niño; después hace el primer Exorcismo, al cual sigue también una oración dirigida al mismo fin.

Gregoria. Y ¿qué quiere decir eso de Exorcirmo?

Benita. Es un mandato solemne, que el Sacerdote intima al demonio, de parte de Dios y de la Santísima Trinidad, para que deje á aquel niño, y abandone la posesión que sobre él tenía.

Julia. ¿De qué modo trata el Sacerdote al demonio en este Exorcismo?

Benita. Le trata con menosprecio, llamándole espíritu inmundo, maldito, condenado.

Gregoria. Y ¿de qué le hace que se acuerde con esto?

Benita. De la sentencia de condenación, que Dios pronunció contra él.

Julia. ¿Que es lo que le ordena, llamándole demonio maldito?

Benita. Le ordena, que glorifique al Dios vivo y verdadero, á Jesucristo su Hijo, y al Espíritu Santo dejando libre á este niño, á quien Dios llama á la gracia del Santo Bautismo.

Gregoria. Y ¿qué es lo que le prohibe también, llamándole demonio meldito?

Benita. Le prohibe el que jamás tenga la osadía de violar la señal de la Santa Cruz, que él ha formado en la frente del niño.

Julia. ¿Por qué está el Sacerdote sin bonete mientras dice las oraciones; y se le pone para decir los Exorcismos?

Benita. Mientras reza las oraciones, está con la cabeza descubierta, porque entónces habla con Dios, á quien dirige sus humildes súplicas en favor del niño: y está con el bonete puesto mientras los Exorcismos, porque en ellos habla con el demonio, á quien manda con todo imperio y con toda autoridad de parte de Dios.

Gregoria. Y ¿por qué el Sacerdote vuelve á exorcizar segunda vez, amenazando al demonio con los suplicios que le aguardan en el dia último, y mandándole nuevamente que salga de aquel niño, para dar gloria á Dios, el cual por su gracia, va á hacer de su alma un templo suyo?

Benita. Este segundo exorcismo denota la terquedad y obstinación del demonio, que es un espíritu re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

belde y desobediente, que no cede sino á la autoridad de Dios; ni cedería tampoco, si no se le forzase á ello por medio de una autoridad tan grande.

Julia. ¿Por qué, así el Sacerdote, como el Padrino ó Madrina, tienen la mano extendida sobre la cabeza del niño, mientras dura el Exorcismo?

Benita. Eso es para dar á entender mejor, que la Iglesia toma posesión de él, poniéndole como la sombra de la poderosa protección de Dios: y también para denotar que el Espíritu Santo va á descender ya sobre él por el Bautismo, y á descansar dentro de su alma.

Gregoria. Admirada estoy de oir cosas tan hermosas' ¿Por qué el Sacerdote unta con un poco de saliva las orejas y ventanillas de las narices del niño, formando con ella la señal de la Cruz, y diciendo: *Ephpheta*, que es decir: "Abrete en olor de suavidad?"

Benita. Para significar, que por la gracia y sabiduría de Jesucristo, nuestra cabeza, figuradas en la saliva, que desciende de la cabeza, las orejas de aquel niño, señaladamente las del corazón, van á abrirse para oir las Verdades cristianas, y á la mentira y el error; y que el buen olor de estas mismas Verdades va á introducirse en su alma, la cual estará también siempre cerrada al mal olor de la mentira y del error.

Julia. ¿Qué dice después el Sacerdote, hablando al demonio?

Benita. "Y tú, ó demonio, sal prontamente de este "niño; huye de aquí; y sabe, que tu juicio está ya cer-

"ca: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu "Santo: Asi sea.

Gregoria. Y ¿qué dice el sacerdote al niño, cuando alarga un extremo de la estola al Padrino ó Madrina, ó con su mano izquierda toma al niño de la derecha(1)?

Benita. "Entra en el templo de Dios, para que al- "cances la vida eterna. Asi sea."

Julia. ¿Todas estas son las ceremonias que prceeden al Bautismo?

Benita. Sí; y estoy bien segura de que os han encantado los muchos misterios que encierran.

Gregoria. Así es mas el gusto grande que esto nos da, no entibia en nosotras el vivo deseo que tenemos de saber las restantes.

---

1 Por estar algo escaso el Autor en la explicación de este pasaje, ha juzgado el Traductor debe arreglarse á lo que previenen las Rúbricas acerca de la administración del Bautismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION LII

CONTINÚA LA MISMA CONVERSACIÓN SOBRE EL BAUTISMO.

Gregoria. El gusto que hemos tenido en oirte acerca de las ceremonias que preceden al Bautismo, hace que esperemos con impaciencia lo demás que sigue.

Benita. También á mí me complace el ardor grande que advierto en vosotras de ser instruidas. La primer ceremonia, pues, así que el niño ha entrado en la Iglesia, es rezar el Credo y el Padre nuestro.

Julia. ¿Cuál es el origen, y la razón de esta ceremonia?

Benita. Su origen viene de que antiguamente se hacía aprender de memoria uno y otro á los catecúmenos, es decir, á aquellos á quienes se instruía para que recibiesen el Bautismo.

Gregoria. Pues ¿qué? ¿No se les daban por escrito?

Benita. No; por dos razones: la primera, porque al

copiarlos no se deslizase alguna equivocación ó errata; y la segunda, porque no cayesen en manos de Infieles.

Julia. ¿Por qué se hace, que los Padrinos y Madrinas lo digan?

Benita. Para suplir en lugar del niño, que no está en edad de poder ejecutarlo. También se hace esto por asegurarse mejor de la fé de los Padrinos y Madrinas.

Gregoria. Y ¿por qué se hace que los recen, luego que el niño ha entrado á la Iglesia?

Benita. Para mostrar, que no se entra en la Iglesia sino por la Fé; ni se persevera en ella, sino por la Oración.

Julia. ¿Por qué los rezan en pie?

Benita. Para significar, que están prontos á combatir por la Fé que se profesa, hasta derramar la sangre. Se guarda asimismo esta postura, cuando se reza el *Padre Nuestro*, en señal de que se tiene el espíritu y el corazón levantados hacia los bienes que se piden por medio de esta Oración.

Gregoria. Y ¿por qué se reza el *Credo* antes del *Padre nuestro*?

Benita. Es porque no se puede pedir nada á Dios, si no se cree antes en él.

Julia. ¿Acaso no se observa este propio orden en las oraciones ordinarias?

Benita. También se observa en la Misa; donde se dice el *Credo* antes del *Padre Nuestro*: si bien, cuan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do se tiene Fé, no es del caso que se empieze por uno ó por otro. Y tal vez en las oraciones ordinarias se comienza por el *Padre Nuestro* por ser la primera y mas excelente de todas las oraciones.

Gregoria. ¡Admirable cosa es todo esto! ¿Por qué el niño es llevado al Bautismo por su Padrino y Madrina?

Benita. Por que él, por sí, no solamente es incapaz, sí también indigno de presentarse. Incapaz, por que no está en situación de pedir cosa alguna: Indigno, por estar en pecado.

Julia. ¿A qué se obligan los Padrinos y Madrinas, haciendo esta función de sacar de Pila?

Benita. Hacerse responsables de aquella criatura, y salir por fiadores suyos para con Dios, y con la Iglesia.

Gregoria. ¿De qué tienen que responder á Dios y á la Iglesia?

Benita. De que aquel niño será fiel en guardar las promesas que va á hacer, y todas las condiciones de estrecha obligación que va á contraer por el Bautismo.

Julia, ¡Grande obligación es la de los Padrinos y Madrinas!

Benita. Añadid á eso: y muy solemne; puesto que se hace en presencia de los ángeles, y á la faz de los santos Altares.

Gregoria. ¿Con qué los Padrinos y Madrinas tendrán que dar una rigurosa cuenta en el Tribunal Divino?

Benita. Sí, muy rigurosa, en caso de no haber cumplido con sus obligaciones.

Julia. Esa es una cosa que hace temblar respecto de los Padrinos y Madrinas; quienes regularmente no miran esta función, sino como una acción de urbanidad y pura ceremonia.

Benita. Pues ya veis, que esta es una cosa mas seria de lo que comunmente se piensa en el mundo.

Gregoria. Ya lo veo, y estoy asombrada de eso. ¿Qué hace después el sacerdote?

Benita. Preguntar al niño, ¿si renuncia á satanás, á todas sus pompas y sus obras? A lo cual responde el niño por boca de sus padrinos y madrinas, que renuncia á todo lo dicho: y preguntado por tres veces, otras tantas responde esto mismo.

Julia. ¿Qué es lo que declara solemnemente el niño por estas tres renunciaciones?

Benita. Declara, que no quiere jamás tener unión ni compañía con el demonio; que detesta y aborrece todas sus obras, que son los pecados; y que extiende su aborrecimiento hasta sus pompas, que son el lujo y el fausto, y todas las vanidades del mundo.

Gregoria. Ya se deja entender por aquí; ¡Cuánta es la dicha de un Cristiano, que renuncia después á esta misma renunciación que hizo, y que se entrega sin vergüenza á todo aquello que da motivo á esta renunciación.!

Benita. No se puede ponderar lo grande que es; pues con semejante conducta se hace un pérfido en or-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

den á Dios, por la injusta preferencia que hace del demonio á Dios.

Julia. Esto es digno de reflexionarse muy despacio: ¿por qué el sacerdote unge con el Santo Oleo entre el pecho y la espalda del niño y en forma de cruz?

Benita. Le unge en el pecho para darle á entender, que la gracia, que está representada en el Oleo, va á hacerle suave y amable el yugo de Jesucristo y le unge después entre las espaldas, para darle á entender, que esta misma gracia va á hacerle liviana la carga de Jesucristo.

Gregoria. Pues ¿como es que á nosotros se nos hace tan poco amable y save este yugo de Jesucristo; y su carga tan pesada?

Benita. Es porque no conservamos esta primera gracia, que es sola la que puede hacer que hallemos esta dulzura, y esta falta de peso.

Julia. ¿Con qué importará mucho el conservar siempre esta gracia, que se nos indica por me lio de estas dos unciones?

Benita. Es mucho mas importante de lo qué se puede decir ni explicar.

Gregoria. ¿Po rque se muda aquí la estola el sacerdote?

Benita. Hasta aquí ha usado el sacerdote de estola morada, para denotar el funesto estado de la culpa, en que hasta entónces ha estado el niño; después toma otra estola, blanca para significar el estado de inocencia, en que la criatura va á entrar: y así como el color

morado representa el luto y la tristeza del primer estado; así el color blanco denota el gozo del segundo estado: gozo que se difunde por toda la Iglesia; y que llega también al cielo; pues los ángeles mismos se regocijan.

Julia. ¿Qué mas pregunta después el Sacerdote al niño?

Benita. Le pregunta como en resumen, si cree todas las verdades que se contiene en el símbolo ó Credo; y si quiere ser bautizado.

Gregoria. ¿Por qué le hace esta pregunta antes de bautizarle?

Benita. Es para asegurarse de su Fé y de su voluntad; porque no se debe bautizar sino á aquellos que quisieren serlo, y que prometan creer todo lo que es de Fé.

Julia. Y ?qué hace después el sacerdote?

Benita. Bautizarle. Detengamos aquí un poco y considerar atentamente esta gran maravilla.

Gregoria. Decláranos esta maravilla, si gustas.

Benita. Al mismo tiempo que el Sacerdote echa el agua y pronuncia las palabras, se abre el Cielo para aquel niño, y el Infierno queda cerrado: el Padre Eterno se deja ver [á los ojos de la Fé;] y el demonio huye de allí; el Espíritu Santo desciende sobre aquella alma, y difundiendo en ella sus dones, todas las manchas del pecado se borran, y Dios le declara á aquel niño por hijo suyo muy amado y de hijo de ira é indignación

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que antes era (1), y de enemigo de Jesucristo, se hace uno de sus miembros, componiendo un solo cuerpo con este mismo Señor, y con todos los demás Fieles, que también son miembros suyos; y todo esto en un instante: ¡qué mayor maravilla!

Julia. Con que por el poder y la misericordia de Dios se hace aquí una nueva generación de aquel niño?

Benita. En un momento adquiere nuevo ser, nueva vida, y nuevas inclinaciones; es decir, un ser, una vida y unas inclinaciones del todo divinas. Pasa repentinamente de la deformidad horrible de los demonios, á la belleza de los Angeles; de la muerte á la vida; y de un estado de condenación eterna, á un estado de salvación, que no tendrá fin.

Gregoria. ¿Hás dicho ya cuanto tenías que decir? ¿A esto se reduce todo lo concerniente á tan grande maravilla?

Benita. No no; es esto todo: el recien bautizado queda hecho templo de la Santísima Trinidad; heredero de Dios y co-heredero de Jesucristo; y adquiere un légitimo derecho á participar de todos los bienes de los fieles; particularmente el de alimentarse con el sagrado Cuerpo y Sangre de Jesucristo por todos los días de su vida; y hasta que vaya al Cielo, para gozar allí de

(1) Ephes. 2. 3.

Dios mismo, y de todos sus bienes por toda una eternidad.

Julia. ¡Ay de mí! ¡Después de tantos favores y mercedes, ya no se debiera nunca pecar mas!

Benita. Tu tienes razón, si es que intentas hablar de pecados mortales; pues verdaderamente es un asombro, que, después de recibir tanta gracia, caigamos tadavía en unos pecados que nos hacen incurrir de nuevo en desgracia de Dios, como antes, y que perdamos tan hermosas prerogativas.

Gregoria. Yo también digo, que absolutamente no se debería pecar de nigún modo.

Benita. Así acontecería puntualmente, si nosotras siguiésemos en todas las cosas los movimientos secretos del Espíritu de Dios y de su gracia: mas, como aun después del Bautismo, queda todavía en nosotras la concupiscencia, es decir, la inclinación al pecado; esta concupiscencia es causa de que no podamos evitar enteramente todo género de pecado; porque ella siempre nos hace cometer algunos, á pesar de nuestra atención y vigilancia.

Julia. Y ¿cómo es que Dios, siendo nosotros sus hijos muy amados, ha querido dejar en nustra alma este desdichado manantial de culpas?

Benita. Bien pudiera, si hubiera querido, quitárnosle, mas si no lo ha hecho ha sido porque siempre estemos en una continua humildad, y con una vigilancia infatigable.

Gregoria. Todo esto lo tengo por tan admirable, co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo instructivo: pasemos ya, si gustas, á las ceremonias que siguen al Bautismo.

Benita. Está bien; con tal que me deis siquiera un momento para respirar.

CONVERSACION LIII

PROSIGUE EL MISMO ARGUMENTO SOBRE EL BAUTISMO.

Georgia. Perdona, si acaso volvemos demasiado pronto á molestarte; pues esto es efecto del buen deseo y grande ansia que nos acompaña de oirte.

Benita. Yo nada tengo que perdonaros; porque nada encuentro en ese buen deseo vuestro, que no sea muy loable.

Julia. Quisieramos todavía saber las demas ceremonias que restan del Bautismo.

Benita. La primera ceremonia después del Bautismo, es la unción que el sacerdote hace con el Santo Crisma por encima de la cabeza del bautizado, diciendo: "Dios "Todo Poderoso, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, "que te ha hecho renacer del agua y del Espíritu San- "to, y que te ha perdonado todos tus pecados, te un- "ja con el Crisma de salud en Jesucristo nuestro Se- "ñor, para la vida eterna. Asi sea."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo instructivo: pasemos ya, si gustas, á las ceremonias que siguen al Bautismo.

Benita. Está bien; con tal que me deis siquiera un momento para respirar.

CONVERSACION LIII

PROSIGUE EL MISMO ARGUMENTO SOBRE EL BAUTISMO.

Georgia. Perdona, si acaso volvemos demasiado pronto á molestarte; pues esto es efecto del buen deseo y grande ansia que nos acompaña de oirte.

Benita. Yo nada tengo que perdonaros; porque nada encuentro en ese buen deseo vuestro, que no sea muy loable.

Julia. Quisieramos todavía saber las demas ceremonias que restan del Bautismo.

Benita. La primera ceremonia después del Bautismo, es la unción que el sacerdote hace con el Santo Crisma por encima de la cabeza del bautizado, diciendo: "Dios "Todo Poderoso, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, "que te ha hecho renacer del agua y del Espíritu San- "to, y que te ha perdonado todos tus pecados, te un- "ja con el Crisma de salud en Jesucristo nuestro Se- "ñor, para la vida eterna. Asi sea."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Georgia. Y ¿qué nos quiere dar á entender esta unción?

Benita. Nos da á entender que el bautizado participa de la unción espiritual, que es de donde viene el nombre de Cristo y de cristiano.

Julia. ¿En calidad de qué recibió Jesucristo esta unción?

Benita. La recibió en calidad de Rey, de Sacerdote y de Profeta.

Georgia. ¿Con qué aquel que se Bautiza, al paso que recibe la unción del Santo Crisma, participará tambien de estas tres cualidades de Jesucristo?

Benita. Sí; participa de su Reinado, de su Sacerdocio, y de su cualidad de Profeta,

Julia. ¿De qué modo participa de su Regia Dignidad?

Benita. Recibiendo la gracia; la cual le debe hacer reinar sobre sus pasiones y sobre todas sus inclinaciones desarregladas.

Georgia. ¿Cómo participa de su sacerdocio?

Benita. Porque recibe la gracia, que le pone en estado y proporción de ofrecer todos los dias á Dios un sacrificio de agradable olor; que son, santos pensamientos, santos deseos y santas acciones.

Julia. Y ¿en qué manera participa de su cualidad de Profeta?

Benita. En cuanto, estando lleno del Espíritu Santo prevee con la luz de este mismo Espíritu, la nada de

las cosas de la tierra, y la solidez y grandeza de los bienes eternos.

Georgia. ¿No hay algún otro misterio en el santo Crisma?

Benita. Todavía encontraréis mas si consideráis las propiedades del aceite y del bálsamo, de que el Crisma se compone.

Julia. Descúbrenos tú estos misterios, porque nosotras no damos con ellos.

Benita. El aceite, por la propiedad que tiene de cundir ó extenderse, denota la efusión y comunicación de las gracias del Espíritu-Santo en el alma del recien Bautizado; y por la otra propiedad que tiene de lucir, sustentar y ablandar, denota cuanto alumbra al alma; cuanto la sustenta; cuanto suaviza sus penas la Divina gracia.

Georgia. Explícanos iguelmente las propiedades del bálsamo.

Benita. El bálsamo por su buen olor, nos representa el que el recien bautizado debe difundir en toda la Iglesia, por la santidad de su vida; y como el bálsamo suele emplearse en uso de los cadáveres para sepultarlos; hace que nos acordemos de que nosotros estamos muertos y sepultados con Jesucristo, para no vivir ya mas al grado de nuestras pasiones, y del hombre viejo; y que debemos amar, despues de recibir el Bautismo, la vida de una persona que está sepultada; escondiéndonos del mundo con retirarnos de él; y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desviándonos cuidadosamente de sus constumbres y maximas (1)

Julia. ¡Abmirable modo, por cierto, de explicar las cosas! continúa, si gustas.

Benita. Después pone el sacerdote el Capillo por encima de la cabeza del niño, diciéndole.

"Recibe esta blanca ropa; la cual has de llevar pu-
"ra y sin mancha delante del tribunal de Jesucristo;
"para que alcances la vida eterna. Asi sea"

Georgia ¿Cuál es el origen de esta ceremonia?

Benita. Aquel capillo está en lugar de la vestidura, ó de un trage blanco que antiguamente se ponía á los recien bautizados, al salir de la Sagrada Pila, con el cual andaban vestidos por espacio de siete días; esta es la semana entera de Pascua, ó la de Pentecostés.

Julia. ¿Qué significa este trage blanco?

Benita. Significa muchas cosas.

1ª La exencion ó sultura de la tiranía del demonio, y la libertad de hijos de Dios, que se da al recien bautizado: porque antiguamente se les vestía de blanco á los esclavos, cuando se les ponía en libertad.

2ª Denota asimismo, que el bautizado es despojado del sucio trage de la culpa, y revestido de la blancura y candor de la inocencia.

3ª Tambien sirve para que tengamos muy presente, que debemos mantener siempre en nuestras acciones la pureza que hemos recibido en este segundo nacimiento, y conservar la novedad y belleza de la claridad angélica, que en él habemos adquirido.

1. Rom. 6. á v. 3. seqq.; & Coloss. 2. 12.

4ª Además de esto, para hacer ver, que hemos sido lavados y blanqueados en la sangre del Cordero inmaculado, que es Jesucristo.

5ª Para significar la gloria de la Resurrección del Hijo de Dios, que obra una nueva resurrección en el alma del recien bautizado, y que le da derecho á participar de esta gloria, aun en cuanto al cuerpo.

6ª Igualmente, para representar aquella ropa nupcial que da derecho y entrada al banquete de las bodas del Cordero.

7ª Finalmente nos representa al mismo Jesucristo, del cual hemos sido revestidos en el Bautismo, y con el cual de tal manera debemos estar cubiertos y vestidos, que nada se vea en nosotros sino Jesucristo; su humildad, su caridad, su mansedumbre, su paciencia y las demás virtudes suyas.

Georgia. Yo ciertamente no cría que pudiese encerrar tantas maravillas esta ropa ó traje blanco ¿Por qué el sacerdote da luego al niño una vela encendida, diciendo.

"Recibe esta antorcha encendida, y guarda tu Bau-
"tismo de un modo irreprehensible; para que cuando el
"Señor venga á las bodas, puedas ir delante de El, con
"todos los sontos de la corte celestial; y vivas por los
"siglos de los siglos. Asi sea?"

Benita. Esta vela encendida significa, lo primero:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su[tres virtudes teologales ó divinas, que se infunden en el alma del bautizado: la fé por su luz; la esperanza, por su llama, que sube hacia arriba; y la caridad, por el calor que da.

2.° Significa, que el bautizado debe consumirse todo entero por Dios.

3.° Representa aquella lámpara ó antorcha encendida, con que á la hora de la muerte debemos salir al encuentro al divino Esposo, á imitación de las vírgenes. [1]

4.° Avisa al propio tiempo al bautizado la obligación de poner en práctica aquella máxima de Nuestro Señor.

"De esta manera busca vuestra luz delante de los "hombres, para que vean nuestras buenas obras, y glo-"rifiquen á vuestro Padre que está en los cielos." (2).

Y aquellá otra sentencia de San Pablo: (3) "Ahora sois ya luz en el Señor: caminad como hijos de lu luz, y sabed, que el fruto de la luz consiste en todo género de bondad, de justicia, y de verdad."

5.° Se da asimismo aquella vela encendida, en señal de gozo por la victoria que se ha alcanzado del demonio, y por esta misma razón, en algunas iglesias se suelen también repicor las campanas.

---

1 Matt. 25, 10.
2 Ibid. 5, 16.
3 Ephes. 5, 8. 9.

Julia. ¿Por qué el sacerdote le pone al niño en la mano derecha esta vela encendida?

Benita. Es para darle á entender, que no vasta tener interiormente las virtudes cristianas; si no que es menester, además de eso, manifestarlas exteriormente con las obras.

Georgia. ¿Con qué se terminan ó acaban todas estas ceremanias?

Benita. Rezando el evangelio de San Juan; echando la bendición; y haciendo acentar en el libro de partidas de bautismos el nombre del niño.

Julia. Y ¿á qué fin viene á rezar el Evangelio, y echar la bendición; puesto que el niño está lleno de gracias?

Benita. Se hace para pedir á Dios, que conserve en él todas estas gracias; y para atraer sobre su alma este socorro, por la virtud de las palabras del Verbo Eterno, por la bendición del sacerdote.

Georgia. ¿Hay también algún documento en eso de acentar la partida en el libro del bautismo?

Benita. Esto es para dar á entender, que aquel niño queda alistado en la milicia de Jesucristo, para pelear y combatir debajo de sus banderas. Denota asimismo, que su nombre está escrito en el cielo, en el libro de la vida, si guardáre fielmente la gracia de su bautismo.

Julia. ¿Por qué ha querido y dispuesto la Iglesia, que se tenga este libro de partidas para nosotros?

Benita. Lo ha hecho con el fin de que nunca nos ol-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

videmos de este dia de gracia y de bendición; y para que nos acordemos eternamente de él. También ha llevado en esto la mira de facilitarnos el medio de que todos los años hagamos una solemne conmemoración de este dia, en reconocimiento de tan grande beneficio.

Georgia. Con muchísima razón, á la verdad, anhelábamos saber el significado de todas estas ceremonias; porque sin esa explicación, las veíamos, sí; mas sin entenderlas.

Benita. ¡Ojalá todo cuanto os he dicho, inspire un respeto sumo, no solamente hacia las que ya comprendéis; sino tambien á las que no podéis alcanzar; porque en la Iglesia de Dios no hay cosa que no sea grande, y digna de la mayor veneración!

Julia. Ahora es cuando yo lo entiendo; y en adelante viviré bien hecha cargo de que las cosas mas menudas, que en ella se prectican, esconden grandes misterios; y me dedicaré á respetarlas todas.

Benita. Cualquiera que estubiese animado del Espíritu Cristiano, pensará de ese mismo modo; no despreciará ninguna de cuantas prácticas hay en la Iglesia, y aun lo tendrá eso á mucho honor.

Georgia. Esta ha de ser de hoy mas, la regla de nuestra conducta.

Benita. Si asi lo hicieréis, os grangearéis la consideración y aprecio de todas las personas virtuosas; y lo que es mucho mas, la bendición de Dios en esta vida y en la otra.

CONVERSACION LIV

SOBRE EL RESPETO EN LAS IGLESIAS.

Modesta. Antes que nos separemos de tí, desearíamos oírte sobre cierto asunto, que nos parece muy importante.

Luminosa. Ya sabéis, que no tenéis mas que hablar, para ser luego obedecidas.

Neomisa. Pues es sobre el respeto en las *Iglesias*.

Luminosa. Un punto es ese tanto mas importante, porque es una obligación que se observa muy mal.

Modesta. Nosotras advertimos esto mismo, y no cesamos de lamentarnos de ello.

Luminosa. ¡Quién no ha de lamentarse, al ver las profanaciones que en ellas se cometen todos los días!

Neomisa. ¡Ay de mí! Por todas partes no se ve otra cosa que inmodestias é irreverencias.

Luminosa. Lo cierto es, que apénas se distinguen los lugares sagrados de los profanos.

Modesta. En mi juicio, eso es lo que trae sobre todos nosotros tantos castigos del cielo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luminosa. No lo dudéis; porque estas profanaciones irritan á Dios justamente, y le obligan á castigarnos con severidad.

Neomisa. Haznos si gustas el favor de prevenirnos contra ese mal.

Luminosa. Para hacerlo, no es menester mas que despertar un poco nuestra Fé dormida.

Modesta. Despiértanosla por tu vida.

Luminosa. Considerad ante todas las cosas, que cada Iglesia es como un cielo en la tierra.

Neomisa. Ya nos da esto desde luego una idéa grande de nuestras Iglesias.

Luminosa Es una verdad constante, que Dios tiene en ellas su morada como en el cielo; y que allí reside dia y noche.

Modesta. Ningún cristiano duda de esta verdad.

Luminosa. ¿Por qué, pues, no dudando nadie de esta verdad, se portan tan mal como si la dudasen?

Neomisa. Su poca Fé es la causa de eso.

Luminosa. ¿Con que yo tengo razón en decir, que para atajar tantas profanaciones como se cometen en los templos, no se nececita mas que despertar nuestra Fé dormida?

Modesta. Enséñanos los medios que hay para esto.

Luminosa. ¡Ah! Sí cada Iglesia es un cielo, donde Dios recide como en su casa, ¿Con cuan santo temblor y respeto no debemos entrar en ellas, y con cuan santo pavor no debemos allí presentarnos?

Neomisa. Pero esta casa no está rodeada de Centinelas, como vemos que lo están los palacios de los Reyes.

Luminosa. Hablar de esta manera es dar á entender, que vosotras no veis ni atendéis mas qué á lo que es sensible y de bulto; pues si tuvieras bien abiertos los ojos del corazón, veriáis también allí á los ángeles haciendo su centinela, como lo hacen los soldados en los palacios de los Reyes.

Modesta. Cosa nueva, por cierto, para nosotras.

Luminosa. Pues no dudéis, ni aun por asomo, que el Señor de los Señores tiene siempre al derredor de su persona una corte numerosísima, compuesta de Espíritus celestiales, que son sus valídos y los que tienen privanza.

Neomisa. ¿Luego hay unos ángeles que están al derredor del trono de este gran Dios de Magestad; otros repartidos por el ámbito de la Iglesia, para observar todo cuanto pasa; y otros guardando las puertas?

Luminosa. ¿Qué duda puede haber en eso?

Modesta. ¿Tienes alguna prueba de esto que acabas de afirmar?

Luminosa. S. Juan Crisóstomo nos dice, que la Iglesia es el retrete ó aposento de los ángeles y los arcángeles; el palacio de Dios, y el cielo mismo. Imaginaos dice, cuando se corren las cortinas del altar, que veis abrirse el cielo, y que los ángeles bajan á la tierra [1]

Neomisa. ¿No dice este santo alguna otra cosa?

1. Hom. 36. in 1 ad. Cor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luminosa. Añade (1), que él veia casi á todas hora la Iglesia llena de una gran multitud de ángeles, espes cialmente mientras se ofrecía el santo sacrificio de la Misa "Inmediatamente, dice que el sacerdote empieza á ofrecer el santo sacrificio, un sin número de bienaventurados Espíritus descienden del cielo, vestidos de unas resplandecientes ropas; y bajando los ojos, é inclinándose profundamente, rodean el altar con un silencio y un respeto grande, hasta que se concluye el misterio adorable; después esparciéndose á un lado y otro por toda la Iglesia, acompañan á los obispos á los sacerdotes, y á los diáconos cuando distribuyen á los fieles el Sagrado Cuerpo y la Sangre preciosa de del Señor; y les asisten con el mayor esmero y atención en este ministerio." Otros muchos Santos nos ofrecen semejantes ejemplos (2).

Modesta. Confesamos ingenuamente, que jamás habiamos pensado hasta ahora en tales y tantas maravillas.

Luminosa. Pues pensad sobre esto en adelante; y veréis como no os cuesta ya trabajo alguno el estar en la Iglesia con la modestia debida.

Neomisa. Si esto fuese asi, los ángeles impedirían el que entrasen en nuestras Iglesias aquellos que son indignos de eso; como lo hacen los centinelas en los palacios de los reyes.

1 Hom. 3. in. Ep. ad. EPh.

2. Ep. de San Nil Anastas, tom. 5 p. 2 Bibl. Patr.

Luminosa. A ninguno estorban la entrada, porque todo el mundo va allí, y con razón, á implorar las gracias de aquél supremo Rey, cuyas riquezas, como son inmensas, no pueden agotarse ni disminuirse.

Modesta. Mas, á los indignos parece que se les debiera alejar de allí, como se hacía antiguamente.

Luminosa. Yo te concedo que así era: mas hoy, al paso que cualquiera es mas miserable y mas digno de compasión, tanto mejor se le recibe, con tal que reconozca sinceramente su miseria, y sinceramente quiera dejarla.

Neomisa. Pero en caso de no manifestar estas disposiciones, debes convenir, que es indigno de entrar en la Iglesia.

Luminosa. Convengo en que sí; y que aunque visiblemente entre en ella; pero invisiblemente es arrojado de allí.

Modesta. Ello es, que en esta parte siempre logramos lo que pedimos.

Luminosa. Tampoco yo os lo he disputado en ese sentido.

Neomisa. Y dime: esa inmensa muchedumbre de gentes que vemos en nuestras Iglesias, ¿no fatiga nunca la atención de este gran Rey?

Luminosa. No por cierto; antes, esas son todas sus delicias; y solamente se aflige cuando vé, que no tiene á quien comunicar sus favores. Fuera de eso: este Señor sabe muy bien escuchar y responder á un mismo tiempo á millares de personas; lo que no pueden ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cer los soberanos de la tierra, cuya atención y riquezas no son infinitas, como lo son las de Dios.

Modesta. Eso ya lo comprendemos facilmente.

Luminosa. Pues no os contentéis solamente con entenderlo; nunca ceséis de admirarlo.

Neomisa Pero un rey tan grande debiera, según á mí me parece, tener unos Palacios mas ricos y mas magníficos que estos que vemos.

Luminosa. Si hubiesemos de erigirle Templos proporcionados á su grandeza, toda la tierra con sus riquesas y preciocidades, aun no sería suficiente: mas, como este Señor siempre es amante de la pobreza, se contenta con lo poco que nosotros podemos darle.

Modesta. Todo eso nos encanta y nos arrebata dulcemente.

Luminosa. En los siglos anteriores á Jesucristo, en que los hombres tenian aún mas necesidad que ahora, de cosas sensibles y de bulto, que excitasen su atención había mandado Dios, que le edificasen un templo, tan suntuoso, que era una de las maravilas del mundo.

Neomisa. Haznos, si gustas una descripción de él.

Luminosa. Su estructura era toda de piedras exquisitas y de gran precio; estaba todo vestido y cubierto por dentro de madera de cedro, con unas planchas ó láminas de oro sobrepuestas que resplandecían vistosísimamente por todas partes (1)

1 3. Reg. cap. 6. per tot. Léase el doctisime P. Rivera en su célebre obra de "Templo," especialmente lib. 1. cap 11. y sigg.

Modesta. A mí se me figura, que si ahora tuviesemos unos templos de tanta riqueza y tanta magnificencia, causaría esto mucho mas respeto y devoción.

Luminosa. Es verdad que sí, á los ojos de la carne; mas no á los ojos del espíritu, iluminados por la Fé. La magestad sola de Jesucristo es suficiente para causar todo este respeto.

Neomisa. Señalános por menor, que respeto es el que quieres que tengamos, y el que se necesita para honrar á Jesucristo en nuestras Iglesias.

Luminosa. Puesto que cada Igesia es como un cielo acá en la tierra, es necesario que nos portemos en ellas al modo que los ángeles y los santos se portan en el cielo.

Modesta. El caso es, que nosotras ni somos ángeles ni santas.

Luminosa. Tampoco yo me empeño en que lleguéis á su perfección en este punto; y bastará que procuréis acercaros á ella lo mas que pudieríes.

Neomisa. ¡Qué hacen, pues, los ángeles y los santos en el cielo?

Luminosa. Gustosamente satisfaré á vuestra pregunta, con tal que me dejéis respirar un instante.

Modesta. De muy buena gana: no puede ser mas puesto en razón lo que pides.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION LV

CONTINÚA LA ANTECEDENTE SOBRE EL RESPETO EN LAS IGLESIAS.

Modesta. Ahora que ya has descansado un poco, ¿tendrás á bien. que volvamos á tomar el hilo de nuestra conversación?

Luminosa. Hablad que pronta estoy á responderos.

Neomisa. Una vez que nos has propuesto á los ángeles y á los santos por modelos de la conducta que hemos de observar en las Iglesias; eseñános si quieres, que es lo que estos hacen allí.

Luminosa. Honrar á Dios por su pureza, por sus acciones deu gracias, y por sus alabanzas

Modesta. En cuatro palabras lo has dicho todo.

Luminosa. Lo hago así, para que lo retengáis mejor.

Neomisa. Verosimilmente eso será lo que tú quieres que hagamos nosotras en la iglesia

Luminosa. Sí; en aquello que alcanzare vuestra capacidad.

Modesta. Con que ¿es necesario ser puros para entrar en las Iglesias?

Luminosa. Sí; ó realmente, ó con el deseo, á lo menos.

Neomisa. Explícanos, si gustas, que entiendes por *realmente ó con el deseo.*

Luminosa. Lo que yo entiendo es, que no tengáis ningún pecado de equellos que nos hacen enemigos de Dios; ó que en caso de tenerle, forméis un verdadero dolor de él y un firme propósito de enmendaros.

Modesta. Obra grande es la que en eso nos proponnes.

Luminosa. Con todo no menos pureza que esta se necesita, para ser dignas de entrar en la Iglesia, y para merecer que nuestro Dios nos oiga.

Neomisa. Pero el publicano, sin embargo que estaba lleno de culpas, no por eso dejó de entrar en el Templo. (1)

Luminosa. Entrad enhorabuena vosotras como él; yo os lo permito: él se quedó á la puerta y á los piés del Templo, contemplándose indigno de pasar adelante; no levantaba los ojos al cielo, sabiendo que sus culpas le tenían cerrado para él; se daba golpes de pecho en señal de contrición, y para denotar los sinceros deseos que tenía de verse puro y limpio de sus pecados.

1 Luc. 18. 10. Seqq.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Modesta. ¿Con qué sin esta disposición no se puede entrar en la Iglesia, ni asistir al Santo Sacrificio de la Misa?

Luminosa ya os dije antes, y lo repito ahora, que esto sería esponerse á ser arrojadas de Dios invisiblemente.

Neomisa. Mas por la virtud y gracia de este Santo Sacrificio se obtiene la de la conversion.

Luminosa. Dices muy bien, cuando se asiste á él con unas disposiciones, como las del Publicano.

Modesta. Quien asista á él de otro modo, ¿no conseguirá la gracia de la conversión?

Luminosa. Nó; porque asiste á él á manera de aquellos que derramaron la sangre de Jesucristo sobre el Calvario; ó á lo menos, como aquellos que consintieron en que esta misma sangre fuese derramada, y no para aprovecharse ni eplicarse el mérito de ella.

Neomisa. Esto que acabas de decir, nos hace temblar.

Luminosa. Bien hacéis en temblar; mas no os quedéis solo en eso.

Modesta. Pues ¿qué otra cosa tienes que pedirnos?

Luminosa. Que trabajéis seriamente para adquirir y tener la pureza necesaria.

Neomisa. Ya comprendemos muy bien esto: pero ¿qué entiendes tu por adoraciones?

Luminosa. Todo aquello que se practica en la Iglesia para denotar, que reconocemos á Dios por nuestro Soberano, y á Jesucristo por Dios y Salvador nuestro.

Modesta. ¿De qué modo manifiestan los ángeles y los santos sus adoraciones en el cielo?

Luminosa. Postrándose delante de Dios; cubriendo sus rostros en presencia de tan gran magestad; y rindiendo sus coronas á los piés de su excelso trono (1).

Neomisa. ¿Y qué? ¿Todo esto es necesario hacer en nuestras Iglesias, para imitar á aquellos?

Luminosa. Sí; es menester, que estemos siempre postradas, á lo menos de corazón y de espíritu; es necesario cubrirnos el semblante en presencia de la grandeza de Dios; es menester abatir á sus piés todo aquello que nos distingue en el mundo, para tributarle el debido vasallage.

Modesta. Y ¿por qué razón se ha de estar siempre postradas?

Luminosa. Para significar el convencimiento en que vivimos, de nuestra nada y de nuestra vajeza, á los ojos de la mejestad suprema de nuestro Dios.

Neomisa. ¿Qué diremos pues, y que se podrá pensar de aquellas personas, que apénas se ponen nunca de rodillas?

Luminosa. Que se han olvidado de su nada y de su bajeza; y que vienen á insultar atrevidamente á las humillaciones de su Salvador y su Dios.

Modesta. Y ¿por qué es menester cubrirse el rostro?

Luminosa. Para dar á enter, que no se puede sufrir el golpe y resplandor de su grandeza.

1 Apocal. 4. 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Neomisa. ¿Con qué será muy mal hecho el presentarse en las Iglesias con adornos sobresalientes, y magníficos vestidos, mayormente si estos fueren inmodestos?

Luminosa. Eso es olvidar de una vez, cuán pequeño es el hombre, y cuan grande es Dios: es perder de vista la nada de donde salió, y el polvo en que se ha de convertir: en una palabra; es querer parecer algo, no siendo nada.

Modesta. ¿Por qué se ha de arrojar á los piés del Trono de Dios cualquiera señal de distinción?

Luminosa. Para indicar con esto, que solo Dios es grande y poderoso.

Neomisa. ¿Por qué mas?

Luminosa. Para denotar, que toda grandeza viene de él y solamente subsiste por él,

Modesta. Aquellos, pues, que sin mas fundamento que su ambición, disputan el lugar y la precedencia de asiento en las Igesias, ¿estarán muy distantes de estos sentimientos cristianos?

Luminosa. Como que eso es borrar en su alma toda religión; y no guiarse mas que por el Espíritu del mundo.

Neomisa. Con un poco que se tuviese de verdadera humildad, se atajarían todas esas contiendas, que solo sirven de dar muy mal ejemplo en el lugar santo.

Luminosa. Tú lo has dicho, y bien: pero ¡qué rara es esta virtud, particularmente entre las gentes del siglo!

Modesta. Estamos ya perfectamente instruidas por lo que mira á las adoraciones; pasemos ahora á las acciones de gracias; y dinos ¿de qué? ó por qué los Angeles y los Santos dan gracias á Dios en el Cielo?

Luminosa. De su eterna felicidad, y de todo lo que á ella les ha encaminado.

Neomisa. ¿Luego los Santos no dan gracias á Dios solamente por los bienes que recibieron en este mundo?

Luminosa. También se las dan por todas las cruces, con que les afligió; y los Mártires se las dan en particular, por todos los suplicios que padecieron.

Modesta. ¿Pretendes qué les imitemos también en este punto, cuando estamos en la Iglesia?

Luminosa. En pretenderlo así, juzgo que no pretendería cosa, que no fuese racional y justa.

Neomisa. Por lo que toca á los bienes, eso pase; mas en cuanto á los males, esto á la verdad, nos detiene un poco. ¿Por ventura los males pueden ser asunto de acción de gracias?

Luminosa, Sí; porque Dios no nos lo envia, sino con el designio de que sirvan para llevarnos al cielo.

Modesta. Es verdad, que si los cristianos se condujesen de esta manera, estarían muy lejos de quererse murmurar en medio de sus trabajos.

Luminosa. Como se condujeran por las luces de la Fé, no solo no se quejarían ni murmurarían en sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contratiempos, sino que darían continuamente gracias á Dios.

Neomisa. No es posible negarse á la evidencia de tus razones: pasemos á la cuarta ocupación de los ángeles y los santos, que son las alabanzas; y dinos ¿Cómo alaban á Dios.

Luminosa. Diciendo sin cesar y sin intermisión: "Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios omnipotente, "que era, que es y que será siempre,, (1)

Modesta. ¿Y no tributan alabanzas mas que á Dios?

Luminosa. También alaban al Salvador diciendo: "El Cordero que fué degollado, es digno de recibir el "poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el ho- "nor, la gloria y la bendición" [2]

Neomisa. ¿Nó se cansan nunca en este ejercicio de alabanzas?

Luminosa. Aunque no cesan ni tienen reposo, no se cansan, no; porque la complacencia que hallan en esto, les parece siempre nueva.

Modesta. ¿Y es esto lo que nosotras necesitamos hacer en la Iglesia, para acabar de imitar á los ángeles y á los santos en el cielo.

Luminosa. Sí; es necesario ocuparse en alabanzas del Criador y del Redentor.

---

1. Apocal. 4. v. 8. Véase la Conversación LXXVIII. Tom. III.

2. Ibid. v. 11.

Neomisa. ¿Cómo hemos de alabarlos?

Luminosa. Con gozo y complacencia; y es necesario dejar todo lo demás por una amable obligacion.

Modesta. ¿Y si los negocios y ocupaciones nos esparan de esto?

Luminosa. Ningún negocio, por mas importante que sea, tiene comparación con este.

Neomisa. Pero ¿y si estos negocios son indispensables, como á veces sucede?

Luminosa. Entónces es necesario dolerse de verse privadas de un consuelo tan grande; estar con el espíritu en las Asambleas de los Fieles, y reparar esta pérdida con oraciones hechas á sus solas.

Modesta. ¿Con que no permitirías tú, que se prefiriesen á esto las concurrencias á los placeres y diversiones?

Luminosa. No por cierto; pues para nosotras no debe haber en este mundo ningun deleite ni diversión tan agradable como esta.

Neomisa. Todo esto nos parece admirable; solamente que nada dices en cuanto á orar.

Luminosa. Ser puras, adorar, dar gracias, y alabar, ¿no son excelentes oraciones?

Modesta. Es que nosotras quisiéramos, ademas de esto, algunas oraciones particulares.

Luminosa. Yo os contentaré en esta parte, cuando os hable de la *Misa*.

Neomisa. Un gran gusto nos darás en eso; pero no tardes mucho por tu vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION LVI

SOBRE LA MISA.

Alfonsa. Tu misma nos empeñaste tu palabra acerca de la Misa, y de lo que es necesario hacer para oirla digna y fructuosamente.

Querubina. Verdad es; y no me he olvidado de ello.

Dulcísima. Eso mismo aguardaremos con el mayor anhelo.

Querubina. Justo es el satisfaceros.

Alfonsa. Para lugo es tarde.

Querubina. En desempeño, pues, de mi palabra, no necesito mas haceros presente qué cosa es la *Misa*; que de lo que tiene relación con ella; y que es lo que en ella se hace.

Dulcísima. Lo dicho es muy bastante para satisfacernos.

Querubina. Os diré ante todas, cosas que el Sacrificio de la Misa y el de la Cruz, no son dos sacrificios distintos, sino uno mismo; puesto que es una misma la Hostia y uno mismo el sacrificador.

Alfonsa. Sin embargo, nosotras advertimos una gran diferencia.

Querubina. Cierto es que la hay; pero es solamente en cuanto al modo: porque Jesucristo se ofreció él mismo en la cruz de una manera sangrienta; y en el altar se ofrece por el ministerio de los sacerdotes de un modo incruento ó no sangriento.

Dulcísima. Eso ya lo comprendemos; pero ¿no hay otra diferencia?

Querubina. Aún hay otra; y es, que Jesucristo, con haberse ofrecido una sola vez en la cruz, nos mereció todas las gracias de la santificación; y ofreciéndose todos los días en el altar, nos aplica estas mismas gracias.

Alfonsa. Y ¿éstas gracias se aplican igualmente á todos?

Querubina. No á todos igualmente; sino según las disposiciones de cada uno.

Dulcísima. ¿Con qué será muy importante el llegar á oir Misa bien preparadas.

Querubina. Sí; lo es mucho.

Alfonsa. ¿Y qué disposiciones se requieren?

Querubina. La principal es estar en gracia de Dios, ó á lo menos, tener un sincero deseo de estarlo.

Dulcísima. Y ¿cuándo se tiene este sincero deseo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Querubina. Cuando se tiene un verdadero dolor de los pecados; una sincera resolución de dejarlos todos; y una voluntad positiva y firme de confesarse cuanto antes.

Alfonsa. Aún estamos ansiosas de saber una cosa; y es, si el sacrificio de la Misa aprovecha tanto á los ausentes como á los presentes.

Querubina. No dudéis, que aproveche mas á unos que á otros; observada en todos la debida igualdad y proporción.

Dulcísima. Y ¿á quiénes aprovecha mas?

Querubina. A los que estan presentes.

Alfonsa. Siendo eso así, precisamente será una práctica muy santa el oir Misa todos los días.

Querubina. Sí; es una de las mas santas, y al propio tiempo de las mas provechosas.

Dulcísima. Y ¿por qué de las mas provechosas? Dí.

Querubina. Porque asistiendo á ella como se debe, se alcanzan siempre muchas gracias.

Alfonsa. Con eso que te oímos decir, ya estamos en no faltar dia ninguno á Misa.

Querubina. Esa es ciertamente una resolución, que edifica mucho; y así cuando no podáis asistir á ella con una presencia corporal, estad allí á lo menos con el espíritu, para no perder los muchos bienes que este Santo Sacrificio acarréa.

Dulcísima. Enséñanos ahora, qué es necesario hacer para sacar provecho de él.

Querubina. Al ir á Misa os habéis de figurar, que

vais entre aquella cuadrilla de piadosas mujeres de Jerusalem que iban en seguimiento de Jesucristo cuando se encaminaba hacia el calvario (1) con la cruz á cuestas y juntad vuestras lágrimas á las de aquellas.

Alfonsa. Pues ¿qué? ¿se ha de llorar por Jesucristo?

Querubina. Principalmente hemos de llorar por nosotras; puesto que nustros pecados fueron causa de su muerte.

Dulcísima. Cierto que son muy á propósito estos pensamientos, para ir con todo recogimiento por el camino.

Querubina. Sabed, que todas las distracciones que solemos padecer mientras estamos oyendo Misa, regularmente no nacen de otra cosa, que de la falta de recogimiento que tuvimos al ir á la Iglesia.

Alfonsa. No podemos menos de palpar la verdad de lo que dices.

Querubina. Pues una vez que la palpais aprovechaos de ella, por vuestra vida: y veréis, como es mucho mayor vuestro recogimiento cuando estéis en Misa.

Dulcisima. ¿Qué se debe hacer al entrar en la Iglesia?

Querubina. Es necesario tomar agua bendita con espíritu de fé y de compunción.

Alfonsa. ¿Por qué con espíritu de fé?

Querubina. Para que nos acordemos de la virtud de

1. Luc. 23. á v. 27 seqq.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta agua en el Bautismo (1), y la miraremos como una agua santificada por las oraciones de la Iglesia.

Dulcísima. Y ¿por qué con espíritu de compunción?

Querubina. Para merecer por el uso santo de esta agua santificada, la remisión de nuestras culpas veniales cuotidianas.

Alfonsa. ¿Cómo se debe considerar la Iglesia cuando se entra en ella?

Querubina. Se la debe mirar como el palacio donde Dios reside dia y noche, rodeado de ángeles; y dejarse apoderar de aquél pavor religioso que inspira un lugar tan santo (2), y una majestad tan grande.

Dulcísima. Habiéndo entrado ya en la Iglesia; ¿qué acción es la primera que se ha de hacer?

Querubina. Adorar á Dios con un santo temblor.

Alfonsa. Y ¿qué se ha de hacer después?

Querubina. Dirigir y formar la intención

Dulcísima. ¿Qué intención se debe llevar, oyendo la santa Misa.

Querubina. Primeramente la de honrar á Dios, por medio de Jesucristo: lo segundo, de alcanzar el perdón de nuestros pecados: lo tercero, de pedir al Señor todas las gracias y mercedes que necesitamos: lo cuarto, de dárselas por todas las que ya hemos recibido. Estos son los cuatro fines que tiene el santo sacrificio, y los que siempre debemos proponernos,

1. Véase la Conversación LI. en este Tom. II.
2. Levit. 26. 2.

Alfonsa. ¿Con qué en esto podemos muy bien estar pensando, ínterin se empieza la Misa?

Querubina. Eso es lo que yo os aconsejo que hagáis, para que no os enfadéis de estar aguardando á que salga la Misa, como sucede algunas veces.

Dulcísima. Así procuraremos hacerlo de hoy mas.

Querubina. También podéis estar pensando en el Vervo Eterno, vistiéndose de nuestra humanidad y tomando carne en el puro seno de María Santísima, mientras que el sacerdote se reviste en la sacristía; y considerar el amor excesivo de este buen Dios para con los hombres, que le redujo á tan profundo abatimiento.

Alfonsa. Con tales reflexiones no hay miedo, que nos cansemos, aun cuando tuviesemos que esperar bastante.

Querubina. Yo celebro mucho el heber hallado el medio de ayudaros á esto.

Dulcísima. Vamos ahora, si gustas, á lo que concierne y tiene relación con la Misa.

Querubina. Lo haré con toda voluntad; pero dadme siquiera algún rato para pensar un poco sobre ello; y entretanto, reflexionad bien lo que acabo de deciros.

Alfonsa. Eso vamos á hacer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION LVII

CONTINÚA LA PRECEDENTE SOBRE LA MISA.

Alfonsa. Ya te hemos dado el tiempo que nos pediste.

Querubina. Bien lo necesitaba: hablad ahora; que estoy dispuesta á escucharos y responderos.

Dulcísima. Tendríamos mucho gusto en saber las razones de todo lo que dice con relación á la Misa.

Querubina. Proponédmelo vosotras; y yo os diré lo que supiere.

Alfonsa. Quisieramos saber primeramente; por qué se encienden luces en la Misa, y también en otras ocasiones.

Querubina. Cuando ha entrado ya el dia y está claro no se encienden por necesidad, sino por otras razones.

Dulcísima. Pues cabalmente esas razones son las que deseamos saber.

Querubina. Hay muchas; se hace esto para honrar á Jesucristo, y significarle nuestro respeto: para manifestar nuestro gozo: para dar á entender, que Jesucristo es la verdadera luz, y que nosotros mismos somos hijos de la luz.

Alfonsa. Hermosas por cierto son estas cuatro razones.

Querubina. En todos tiempos ha sido constumbre llevar luces delante de aquellas personas calificadas y de distinción, á quienes se quiere hacer el debido obsequio: también es un uso recibido y practicado en todas partes, el poner luminarias en ocasiones y tiempos de regocijo.

Las otras dos razones vienen á ser unos documentos mudos pero que dicen no poco.

Dulcísima. ¿Acáso por estas mismas razones se llevan también ciriales con luces al lado de la Cruz en las procesiones; al primer Evangelio en las Misas solemnes; y delante del sacerdote cuando va hacia el altar, ó á hacer las incensaciones?

Querubina. Sí; es por honrar á la Santa Cruz, al Evangelio y al sacerdote que representa á Jesucristo: Y fuera de eso, es también por las tres razones dichas.

Alfonsa. Mucho nos agradan todas ellas; pero aún nos queda otra dificultad.

Querubina. ¿Se podrá saber?

Dulcísima Es tocante á los difuntos; al derredor de los cuales se aconstumbra poner luces; lo cual podrá hacerse muy bien, por lo que mira á honrarles; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por lo que toca á manifestar nuestro gozo eso no puede ser puesto; que todos estan de luto.

Querubina. Pues habéis de saber, que se hace por uno y por otro. Es verdad, que atendiendo á los sentimientos que inspira la naturaleza, es regular que todos esten tristes; pero si se atiende á los sentimientos de la Fé, todos debieran regocijarse.

Alfonsa. ¡Como así! ¿Regocijarse viendo que los muertos van á ser pasto de la corrupción y podredumbre?

Querubina. Eso es lo que nos aflige, junto con la pena de perderlos, para no volverlos á ver mas en este mundo; pero cuando consideramos que sus almas estan ya libres de las miserias y peligros de esta vida devemos alegrarnos de esto.

Dulcísima. Lo que has dicho ahora ha poco, está demasiadamente claro, para dejar de conformarse con ello: pero la cuarta y última razón ¿podrá tener lugar en cuanto á los muertos?

Querubina. Sí; puesto que son hijos de la luz y las luces que les ponen, son el símbolo de la verdadera luz que cerca sus almas.

Alfonsa. Estas respuestas son sobre manera satisfactorias. Y el tener una lámpara encendida delante del Santísimo Sacramento, ¿es también por estas mismas razones?

Querubina. Sí; por las mismas razones; y también á imitación de aquella lámpara que debía estar ardiendo siempre delante del santuario en el Viejo Testamento. (1)

Dulcísima. Dinos ahora: ¿por qué se quema incienso en las Iglesia, y especialmente al tiempo del Santo Sacrificio de la Misa?

Querubina. También se hace esto á imitación del incienso que se quemaba en el antiguo Templo, en el cual había un altar, destinado únicamente para eso, que se llamaba el altar de los perfumes (2).

Alfonsa. ¿Qué significa este incienso?

Querubina. Tres cosas; el buen olor de las virtudes; el fervor y elevación de nuestras oraciones; y la obligación que tenemos de consumirnos en obsequio de Dios.

Dulcísima. Y ¿dónde hayas tu estas tres cosas?

Querubina. En el buen olor del incienso; en el humo que se levanta á lo alto; y en el uso del incienso, que ardiendo se consume.

Alfonsa. ¿Dónde mas vemos estas mismas tres cosas al primer encuentro?

Querubina. En nuestro Señor Jesucristo; cuyas virtudes esparcieron un olor suavísimo, capaz de embalsamar todos los corazones; cuyas fervorosas oraciones se elevaban incesantemente hasta el Trono de Dios; y cuya vida fué un holocausto perpetuo, igualmente

1. Exod. 27. 20. 21.
2. Ibid. 30. 1., & alibi. sœpé.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que su muerte en la Cruz porque el fuego de su caridad le consumió siempre, en vida y en muerte

Dulcísima. Y después de Jesucristo, ¿en quién vemos también estas tres cosas?

Querubina. En la Santísima Virgen, en los apóstoles, en los mártires, y generalmente en todos los santos, por el buen olor de sus virtudes: por el fervor de sus oraciones; y por el fuego de su caridad, que los consumió á todos.

Alfonsa. ¿Dónde mas pueden hallarse todabía estas tres cosas?

Querubina. En todos los Cristianos; cuya vida debe exhalar por todas partes olor de santidad; cuyas oraciones deben dirigirse incesantemente hacia el Cielo y á quienes el fuego de su caridad debe contínuamente, consumir por Dios.

Dulcísima. ¿Por qué se ofrece incienso á Dios nuestro Señor?

Querubina. En reconocimiento de su Soberana Magestad; y por esta misma razón se ofrece á Jesucristo, cuando se inciensa la Cruz.

Alfonsa. ¿Por qué se inciensan todos lon dones, ó la ofrenda que hay sobre el altar?

Querubina. Para pedir á Dios que los reciba como un incienso de agradable olor.

Dulcísima. Es que también se inciensan las Imágenes de la Santísima Virgen y de los santos, y sus reliquias; los fieles vivos, y aun los difuntos; ¿por qué?

Querubina. Para que nos acordemos de que los santos, mientras vivieron, cumplieron con las tres significaciones del incienso; y para advertirnos, que seamos nosotros muy cuidadosos en cumplirlas también.

Por lo tocante á los muertos, se practica esto, porque piadosamente creemos, que ellos las cumplieron conforme debían.

Alfonsa. Hay también instrucciones en los ornamentos que los sacerdotes usan en el altar?

Querubina. No dudéis que las hay.

Dulcísima. Quisieramos saberlas.

Querubina. Las hay hasta en la diversidad de color de estos ornamentos.

Alfonsa. En efecto, ¿á qué son estas diferencias de colores? ¿No sería mas cómodo el que hubiese uno solo?

Querubina. Hácese esto, para dar á entender las diferentes virtudes que han resplandecido en los misterios que se celebran, ó en los santos cuya memoria se honra.

Ducísima. Señálanoslas si gustas.

Querubina. El *blanco* denota la inocencia y la pureza; el *encarnado*, la caridad; el *morado*, la modestia y la paciencia; el *verde* la constancia y firmeza; el *negro* la tristeza y el luto.

Alfonsa. ¿Cáda ornamento tiene también su significación particular?

Querubina. Sí; el *amito*, que se pone por encima de la cabeza, significa la continencia ó parsimonía en las palabras y en las miradas; el *alba*, la pureza y la ino-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cencia; el *cíngulo* la castidad; el *manípulo*, la paciencia; la *estola*, la suavidad y ligereza del yugo de Jesucristo; la *casuya*, el cojunto de todas las virtudes.

Dulcísima. ¿Por qué suele haber una cruz en la casuya?

Querubina. Para representar con mas propiedad á Jesucristo con su cruz á cuestas.

Alfonsa. Alguna cosa me queda todavía que prguntarte acerca de la agua bendita y las proseciones; pero esto se dejará para otra vez que nos veamos.

Querubina. Elegid vosotras el rato que queráis: yo siempre estaré pronta.

CONVERSACION LVIII

CONTINÚA LA PROPIA CONVESACIÓN SOBRE LA MISA.

Alfonsa. ¿Tiene algún misterio el bendecirse el agua los Domingos, antes de empezarse la Misa?

Querubina. Sí; todo está lleno de misterios.

Dulcísima. Dánoslos á conocer.

Querubina. No solamente bendice el Sacerdote el agua, sino que rocía con ella al Pueblo.

Alfonsa. Y ¿por qué es eso? Dí.

Querubina. Para advertir á los fieles que es necesario estar puros para asistir dignamente al Santo Sacrificio.

Dulcísima. ¿Qué virtud tiene el agua bendita?

Querubina. Ahuyenta al demonio; sirve también de remedio á los enfermos; y atrae sobre nosotros los socorros de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Álfonsa. ¿Con que será una práctica muy buena el tener siempre agua bendiia en casa; tomarla por la mañana y por la noche, y cuando se esté amenazadas de alguna tentación, ó en algún peligro, como sucede cuando hay tempestades?

Querubina. Sí; es muy buena práctica; y siempre se recibe algún socorro cuando se emplea con piedad y religión.

Dulcísima. Yo he oido decir que también tiene virtud para borrar los pecados veniales.

Querubina. Eso ya os lo dije cuando os encargué estrechamente que la tomaseis al entrar en la Iglesia (1).

Alfonsa. Ahora ya comprendemos por qué se usa tanto del agua bendita; pero ¿por qué se echa sobre los muertos?

Querubina. Para hacer un recuerdo del agua del bautismo en que fueron santificados: es también para denotar que les deseamos todavía la misma pureza y la misma inocencia que tenían entónces: es así mismo para ahuyentar de ellos al demonio, y que no les perturbe en su reposo: es finalmente, para mitigar los tormentes que tal vez estarán padeciendo por sus pecados.

Dulcísima. Yo bien entiendo las tres primeras razones; pero por lo que mira á la cuarta, no dejo de encontrar alguna dificultad.

1. Véase la Conversación LVI de este Tomo

Querubina. Si el agua bendita, tomada con espíritu de compunción, tiene virtud para borrar los pecados veniales, ¿cuánto mejor la tendrá para mitigar las penas debidas por estos pecados, siempre que al echar el agua bendita sobre los muertos, cuidemos de pedir á Dios que los perdone?

Alfonsa. ¿Con qué no nos hemos de contentar solamente con echarles agua bendita?

Querubina. No; es menester, además de eso, humillarse delante de Dios, y pedirle que use misericordia con ellos.

Dulcísima. Pasemos ahora á las Procesiones. Yo no descubro qué utilidad puedan acarrear. ¿No sería mejor estarse recogidas y quietas en la Iglesia, como lo practican algunas personas?

Querubina. No por cierto; mejor es seguir cada uno á la Iglesia en sus prácticas, que á su propio antojo.

Alfonsa. Haz, pues, que veamos esa utilidad.

Querubina. El orígen de que las Procesiones se hagan antes de la Misa, viene de las Estaciones, que estaban en uso en los primeros siglos de la Iglesia.

Dulcísima. Explícanos ¿qué es lo que entiendes por Estaciones?

Querubina. Como había muchas Iglesias en una misma Ciudad, el Obispo iba á decir Misa á ellas por turno con su Clero, acompañado del Pueblo: y esto se llamaba Estación (1).

1. Por Estación se entiende en la Santa Primada Iglesia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alfonsa. Pero Estación y Procesión son cosas diferentes.

Querubina. Tienes razón; pero no hay Estaciones sin Procesión; puesto que la Procesión no es otra cosa que el acto de ir el Clero y el Pueblo hacia el lugar de la Estación.

Dulcísima. No se puede explicar mejor lo que es Procesión; pero no se echa de ver para qué sean necesarias, puesto que siempre se hacen en la misma Iglesia donde se dice la Misa.

Querubina. Aunque no sirvieran más que para hacernos á la memoria esta antigualla, no se deberían calificar de inútiles; pero fuera de eso hay otras muchas razones.

Alfonsa. Dínoslas por tu vida.

Querubina. Para imitar á aquellas santas Mujeres que fueron de Galiléa á Jerusalém á embalsamar el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo (1); para honrar á este mismo Divino Salvador, que pasó después de su Resurrección á Galiléa (2): para rociar con agua bendita los sitios ó lugares inmediatos á la Iglesia:

---

de Toledo cierta Procesión que se hace desde el Coro, al acabar Vísperas y antes de Completas, á la Capilla ó Altar del Santo ó Misterio que se celebra, cantando un Responsorio de Maytines; y en llegando, inciensa el Preste el Altar, y canta la Oración del Oficio. Hay en el discurso del año muchos días de Estación en aquella Santa Iglesia.

1. Marc. 16, 1., et Luc. 24. 1.

2. Matth. 28. 16. 17.

para recordarnos que somos viandantes acá en la tierra, y que estamos siempre en movimiento hasta que entremos en el Cielo, que es nuestra patria.

Dulcísima. ¿Con qué se puede contemplar la Iglesia de donde se sale, y aquella á que se vá, como una imagen del Cielo, de donde fuimos arrojados por el pecado, y donde esperamos volver á entrar por la penitencia, después de la penosa peregrinación de esta vida?

Querubina. Sí; y es un pensamiento este, en que se puede ir reflexionando mientras las procesiones.

Alfonsa. ¿Por qué se lleva en ellas la Cruz como en triunfo?

Querubina. Para dar á entender, que caminamos en seguimiento de Jesucristo, que es nuestra cabeza, bajo del estandarte de la Cruz.

Dulcísima. Y el llevar pendón ó estandarte en las procesiones, ¿es por esta misma razón?

Querubina. Es para denotar, que para seguir á Jesucristo, es necesario caminar por las mismas huellas que nos dejaron los Santos, cuyos ejemplos son mas adoptables á nuestras comprehensión; se hace también para significar, que caminamos con toda confianza bajo de su protección.

Alfonsa. Y ¿por qué se llevan los ciriales con luz al lado de la Cruz?

Querubina. Por las razones que ya hemos dicho antes.

Dulcísima. ¿Por qué se llevan capas en ciertos días?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Querubina. A los principios se establecieron estas capas, para librarse de las lluvias, y por esta razón se llaman "pluviales:" después se han convertido en uno de los ornamentos eclesiásticos.

Alfonsa. ¿Cómo se debe ir en las Procesiones?

Querubina. Con orden, modestia, piedad y silencio: en caso de no cantar, se debe ir rezando.

Dulcísima. Las demás Procesiones ¿tiénen el mismo objeto que las de los domingos?

Querubina. No; algunas de ellas tienen sus razones particulares. Unas se hacen en acción de gracias; otras hay que llaman "Procesiones de penitencia;" otras para solemnizar algún Misterio de Jesucristo; otras finalmente, en honor de la Santísima Virgen ó de los Santos. En cada una de ellas es necesario enterarse bien del espíritu é intención de la Iglesia. (1)

---

1 Fuera de las Procesiones mencionadas, se hace en Toledo otra que llaman de "Mortalidad," la cual tiene su dia fijo en el Miércoles de cada semana; pero si este está ocupado ó impedido por alguna fiesta particular, la Procesión se antepone ó pospone á otro dia, según lo permita el tiempo, ó la clase del Oficio.

Se reduce esta función á cantar procesionalmente, como en tono ferial, y al rededor de la Iglesia (bien que por dentro) los Salmos Penitenciales, con su antífona "Ne reminiscaris," acabándolos en el coro de rodillas, y sin las letanías ni preces que siguen á ellas; solo si el Preste, respondiéndole el coro canta: "Pater noster" (que se continúa en secreto;) "Ora pro-

Alfonsa. Ya queremos dejarte descansar algún rato, para que respires: y nosotras vamos por nuestra parte á meditar sobre todo lo que acabamos de oirte.

---

nobis, Sancta Deigenitris; Dominus vobiscum;" y la Oración de nuestra Señora; "Concede, nos famulos tuos." Después se sigue la Misa votiva de la Virgen y se acaba con la Salve y preces siguientes, respondiendo también el coro:

"Ora pronobis, Sancta Deigenitris: domine, non secundum peccata nostra facias nobis: salvum fac Regem: Salvum fac Populum tuun, Domine. Fiat pax in virture tua. Domine, exáudi orationem meam. Dominus vobiscum. Oremus." (Y después estas ocho Oraciones.) "Deus, qui culpa affenderis." (Como en la misa de la feria y después del Miércoles de ceniza. Parce, Domine, parce populo tuo, allí mismo. Deus qui B. Blasium, propia del Santo. Deus, á quo sancta Desideria, como en la Misa por la paz. interveniat pronobis, quesumus, domine Jesucristi, apua tuam clementiam nunc in hora mortis gloriosa virgen Maria, deus qui non mortem, de la misa para librarse de la mortandad. deus, qui meritir beatissimi ac gloriosissimi martiris tui Sebastiani que es propia del Santo. Y Exáudi, que sumus domine, supplicum preces, de la misa por la remisión de los pecados.

La cuota ó distribución de los que asisten á esta procesión de mortalidad, como que es dotación antiquísima, se reduce á cuatro maravedís para cada canónigo, y dos á los demás prebendados y ministros; pero el designio de esta procesión, atendidas todas sus circunctancias, seguramente no puede ser mas piadoso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION LIX

SIGUE EL MISMO ARGUMENTO SOBRE LA MISA

Alfonsa. Continuemos este asunto, si lo tienes á bien.

Querubina. Yo por mí, estoy enteramente dispuesta.

Dulcísima. Recorramos, si te parece, todo lo que se hace en la Misa; y danos la explicación de ello.

Querubina. De muy buena gana.

Alfonsa. ¿A quién representa el Sacerdote, puesto en pie, y en medio del altar, antes de principiar la Misa?

Querubina. Representa á Jesucristo, cuando estaba meditando su gran Sacrificio.

Dulcísima. Y ¿á quién representa el Sacerdote bajando del Altar?

Querubina. A Jesucristo, cuando iba hacia el Huerto ó Jardín de las Olivas.

Alfonsa. ¿A quién representa el Sacerdote, estando ya junto á la grada del Altar, orando, inclinándose y dándose golpes de pecho?

Querubina. Representa á Jesucristo, orando y humillándose en el Huerto, al considerar el amargo Cáliz que se le presentaba.

Dulcísima. ¿Qué representa el Sacerdote volviendo á subir al Altar?

Querubina. Representa á Jesucristo, levantándose del suelo después de concluir su oración; y caminando con denuedo delante de sus enemigos y aun de la muerte misma.

Alfonsa. ¿Por qué tiene el Sacerdote juntas las manos en todo este siempo, y de otros muchos pasajes de la Misa?

Querubina. Eso es para testificar, que se contempla como un reo en presencia de su Juez.

Dulcísima. Mientras el Sacerdote dice la Confesión, ¿qué se ha de hacer?

Querubina. La debe cada uno decir con un dolor muy grande de sus pecados.

Alfonsa. Y ¿por qué, al decir la Confesión, nos damos tres golpes de pechos?

Querubina. Para denotar que habiendo el pecado tomado su orígen en nuestro corazón, quisiéramos, si posible fuera, romperle y convertirle en polvo, para tomar otro en su lugar, que no estuviese mancillado con ninguna culpa.

Dulcísima. ¿Qué es lo que dice el Sacerdote cuando sube hacia el Altar?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Querubina. "Borrad, Señor, nuestras iniquidades; "que así os lo pedimos humildemente; para que de "este modo merézcamos entrar en nuestro Santuario "con toda pureza de espíritu."

Alfonsa. ¿Por qué besa el Sacerdote el Altar, luego que ha llegado á él?

Querubina. Es por respeto y por amor á aquél lugar, en que Jesucristo va á ser inmolado: para implorar el socorro de aquellos santos, cuyas reliquias están colocadas en el mismo Altar; y para unirse de corazón y de espíritu á los merecimientos de estos: es también en señal de reconciliación con Jesucristo, de quien el altar es imagen.

Dulcísima. ¿Qué oración es la que dice el Sacerdote al propio tiempo?

Querubina. La siguiente: "Os rogamos, Señor, por "los méritos de vuestos Santos, cuyas reliquias están "aquí, y por los de todos los demás Santos, que os "dignéis de perdonar todos mis pecados. Así sea."

Alfonsa. ¿Por qué, después de haber el Sacerdote incensado la imagen del Crucifijo, inciensa todo el Altar de un lado á otro?

Querubina. Eso es por las razones que ya expuse, hablando del incienso.

Dulcísima. ¿Qué viene á ser el *Introito*?

Querubina. *Introito* es el principio de la Misa. Hace entónces el Sacerdote la señal de la Cruz, para comenzarla bien; á imitación de los primeros cristianos,

que acostumbraban practicarlo así, al empezar todas sus acciones. Este Introito se compone de Antífona, de un versículo tomado del Gloria Patri. Antiguamente se decía ó se cantaba el salmo todo entero.

Alfonsa. Y ¿de dónde viene este nombre de Introito?

Querubina. De que antiguamente se cantaban estas palabras mientras que el pueblo entraba en la Iglesia, y se colocaba cada uno en su respectivo sitio; y hoy retienen ese mismo nombre, porque ínterin se canta, entra el Sacerdote en el Altar.

Dulcísima. Dinos, si gustas, ¿qué significa "Kirie eleison", que se repite hasta nueve veces?

Querubina. "Kirie eleison" se compone de dos palabras Griegas, que quieren decir: "Señor, ó Cristo, apiádate de nosotros." Se dirigen tres veces al Padre, tres al Hijo y otras tres al Espíritu Santo: repítense tantas veces, para manifestar la gran necesidad que tenemos de la Misericordia de Dios; y se esfuerza un poco mas la voz al contarlos, para denotar el vivo sentimiento que tenemos de nuestras miserias.

Alfonsa. ¿Qué es el "Gloria in excelsis?"

Querubina. Es un Himno ó cántico de la alabanza, que se llama el Himno Angélico, porque empieza con las palabras de que usaron los Angeles para anunciar á los pastores el Nacimiento de Jesucristo. (1)

Luc. 2. 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dulcísima. ¿Quién compuso lo demás de él?

Querubina. La Iglesia.

Alfonsa. Y ¿qué otro nombre se le da, además del ya referido?

Querubina. Se llama también el Himno de glorificación.

Dulcísima. ¿Por qué? Dí.

Querubina. Porque no habla de otra cosa, que de alabar á Dios, bendecirle, adorarle, glorificarle y darle gracias por su grande gloria; de la cual hace luego una puntual descripción.

Alfonsa. ¿Qué se debe hacer mientras se dice el 'Gloria in excelsis?

Querubina. Es necesario unirse á los ángeles, para glorificar á Dios sobre la tierra, así como estos bienaventurados espíritus le glorifican en el Cielo.

Dulcísima. ¿Cómo se llama la oración que se dice después del "Gloria in excelsis?

Querubina. Se llama colecta.

Alfonsa. Y ¿por qué? Dí.

Querubina. Porque el Sacerdote junta y recoge (para decirlo así) todos los votos ó ruegos de los que están presentes.

Dulcísima. ¿Qué hace el Sacerdote antes de decir esta oración?

Querubina. Besa el altar; se vuelve hacia los que están allí; extiende los brazos, y dice en latín estas palabras: El Señor sea con vosotros; inclinándose un poco.

Alfonsa. Explícanos todas estas ceremonias, si gustas.

Querubina. Besa el Sacerdote el altar, para dar á entender, que de Jesucristo recibe todo cuanto puede desear y dar á los fieles; se vuelve hacia ellos, y se inclina, como para saludarlos; extiende los brazos, para denotar, que ninguno está excluido de su caridad: les dice: El Señor sea con vosotros, para advertirles, que va á orar en su nombre, y para intimarles, que nadie puede orar útilmente, si Jesucristo no está con nosotros, animando nuestras oraciones con su espíritu.

Dulcísima. ¿Qué responden al Sacerdote los asistentes, ó los que le ayudan?

Querubina. Responden asimismo en latín: El Señor sea también con tu espíritu. Viene á ser este un deseo recíproco de los asistentes, por el cual muestran igualmente sus deseos de que Jesucristo anime la oración que el Sacerdote va á hacer en nombre de toda la Congregación de los fieles.

Alfonsa. ¿Por qué tiene el Sacerdote elevadas las manos, mientras dice esta oración y todas las demás que ocurren en la Misa?

Querubina. Como para significar, que quisiera ya tener y poseer aquello que pide á Dios. Antiguamente se levantan también los brazos en ademán de abrazar á los circunstantes: y también hace esto, por imitar el modo con que Jesucristo oró en la Cruz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dulcísima. Qué responden los fieles al fin de esta oración y las otras?

Querubina. *Amén;* palabra Hebrea, que quiere decir: *Eso es verdad, ó así sea; ó Yo asiento á eso;* y por este *Amén* ratifican los fieles lo que el Sacerdote ha pedido á nombre suyo.

Alfonsa. Mientras se dice esta oración y todas las demás, ¿qué se debe hacer?

Querubina. Es menester estar con mucha atención hacia Dios, y pedirle interiormente todo lo que el Sacerdote pide para los que están allí presentes.

Dulcísima. ¿Qué cosa es la *Epístola?*

Querubina. Es una lección ó lectura, que se nombra así, porque ordinariamente está tomada de as Epístolas de San Pablo, ó de alguno de los demás Apóstoles.

Alfonsa. ¿Qué se ha de hacer interin el Sacerdote lee la Epístola?

Querubina. Se debe leer también, y alimentarse interiormente de las verdades que allí se encierran.

Dulcísima. ¿Y sí no se puede leer?

Querubina. Es necesario excitarse al amor de estas verdades.

Alfonsa. ¿Cómo se llama lo que se sigue á la Epístola?

Querubina. Se llama *Gradual.*

Dulcísima. Y ¿qué viene á ser eso?

Querubina. Son unas oraciones sacadas de la San-Escritura.

Alfonsa. ¿Por qué se llama *Gradual?*

Querubina. Porque antiguamente se cantaba esto desde las gradas del Púlpito.

Dulcísima. Y ¿por qué se dicen estas oraciones entre la Epístola y el Evangelio?

Querubina. Para hacer algún intervalo entre la lectura de estas dos cosas: para dar al pueblo un poco de tiempo para que medite la primera lectura: y también para que el Diácono tenga lugar de prepararse al Evangelio que ha de cantar.

Alfonsa. ¿Qué significa el *Aleluya,* que de ordinario se canta juntamente con el Gradual?

Querubina. Esta es una palabra Hebrea, que quiere decir *Alabad á Dios*; y por consiguiente, es una nvitación ó convite que el Sacerdote hace al Auditorio, para que se difunda en alabanzas á Dios, en vista de sus grandes misericordias.

Dulcísima. ¿Qué es lo que en algunas fiestas de las mas solemnes, se canta después del *Aleluya?*

Querubina. Una promesa, que también se llama Secüencia, y se reduce á un himno en alabanza del misterio ó del santo, de quien se hace la fiesta; y cuya lectura se expresan los carácteres particulares del misterio que se celebra, ó del Santo á quien se honra.

Alfonsa. Y cuando no hay *Aleluya,* ¿qué se canta en su lugar?

Querubina. Se canta el *Tracto*; llamado así, ó porque se canta todo seguido por uno solo; ó quizá por-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se canta con mucha pausa y como prolongando la voz.

Dulcísima. ¿Por qué antes del Evangelio se muda el Libro, ó el Misal al otro lado?

Querubina. Eso es para denotar, que, habiendo rehusado los Judíos dar crédito al Evangelio, ha sido transferido y llevado á otra parte.

Alfonsa. ¿Qué advertencia se le da en esto á los fieles?

Querubina. Que se guarden mucho de ser rebeldes al Evangelio; no sea que les acontezca también á ellos un castigo semejante.

Dulcísima. Mas, por la gracia de Dios, el Evangelio todos los días es anunciado entre nosotros.

Querubina. No basta que sea anunciado; es menester, además de eso, tomarle el gusto, amarle y practicarle; pues de otra suerte, es como si ya nos le hubiesen quitado.

Alfonsa. ¿Habrá, según eso muchos cristianos, á quienes en este sentido se haya despojado ya del Evangelio?

Querubina. Muchísimos hay, por desgracia: pues ¿cuántos vemos, que no tienen gusto ni amor al Evangelio, y que por consiguiente, no piensan en practicarle?

Dulcísima. Esa es una cosa que hace temblar.

Querubina. Temblad enhorabuena; pero que no quede solo eso: haced ver por toda vuestra conducta, que

vosotras gustáis, que amáis, que practicáis el Evangelio.

Alfonsa. ¿Qué es lo que hace el diácono, para prepararse á cantarle?

Querubina. Hincándose de rodillas, reza en voz baja una oración; toma del altar el libro con gran sumisión; se inclina delante del preste; le pide su bendición, y la recibe besando su mano.

Dulcísima. Todo esto ¿qué significa?

Querubina. Hace oración de rodillas, para obtener de Dios un corazón y unos labios puros: toma del altar el libro con tanto respeto, para dar á entender, que es Jesucristo quien le envia: se inclina delante del Sacerdote, le pide su bendición, y le besa la mano, para significar su dependencia del sacerdote, el cual representa á Jesucristo.

Alfonsa. ¿Con qué aparato va el diácono á cantar el Evangelio?

Querubina. Precediendole los ciriales y el incienso, leva arrimado al pecho el Evangelio como en triunfo; luego que comienza, todos se levantan y mantienen en pie.

Dulcísima. Y ¿qué quiere decir eso; ó á qué viene todo ese aparato?

Querubina. Al llevar el diácono el Evangelio, van delante de él los ciriales y el incienso para significar que el Evangelio es aquella luz, y aquel buen olor que disipó todas las tinieblas y toda la corrupción del error y del pecado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lleva el Evangelio como en triunfo, para denotar la victoria que alcanzó del error y del pecado. Se levantan todos cuando se canta, y están en pie, por respeto al Evangelio; y tambien para indicar, que están prontos á obedecer cuanto él ordena y manda.

Alfonsa. ¿Qué ceremonias son las que acompañan al canto del Evangelio?

Querubina. El diácono saluda al pueblo, usando de las mismas palabras que el sacerdote; hace la señal de la cruz con el dedo pulgar, primero sobre el principio del Evangelio, después en su frente, boca y corazón [lo cual ejecutan igualmente los que allí se hallan]; y ultimamente inciensa el libro.

Dulcísima. ¿Contienen alguna significación estas ceremonias?

Querubina. Vedla aquí: el diácono en el mismo hecho de saludar al pueblo, le desea, que el Señor sea con él, para que abra los ojos de su entendimiento y de su corazón á las verdades que va á anunciarle; y para advertirle al propio tiempo que redoble su atención y respeto: y el pueblo responde: *Dios sea tambien con tu espíritu*, deseandole con esto la gracia que necesita anunciar bien y dignamente el Evangelio.

Hace la señal de la cruz sobre el Evangelio, para atraer esta gracia por los merecimientos de la cruz de Jesucristo; la hace en su frente, boca y corazón (ejecutando esto mismo los circunstantes,) para denotar que nunca se avergonzarán del Evangelio; que le confesarán de boca y estará grabado en su corazón: viene á

ser como un sagrado sello que ponen sobre su frente, boca y corazón para que el demonio no intente jamás hacerles mudar de resolución: en fin se inciensa el libro, por reverencia al Evangelio, que el diácono va á tomar en voca.

Alfonsa. ¿Por qué se da á besar después el Evangelio al preste y al clero [1] y tanbién se lesi nciensa?

Querubina. Para significar con esto, que, después de publicado el Evangelio en Jerusalem, se difundió por todo el orbe con el olor de su virtud.

Dulcísima. ¿Qué hace luego el sacerdote ó el preste?

Querubina. Sube al púlpito, ó se sienta en la silla, para explicar el Evangelio, que acaba de anunciarse. [2]

Alfonsa. ¿De qué va acompañada esta explicación?

Querubina. De ciertas deprecaciones por toda la Iglesia, y de la publicación de aquellas cosas que se necesitan saber; como son los días de ayuno y los de fiesta en cada semana, las amonestaciones ó proclámas; los Edictos de los Prelados, y otras cosas semejantes.

Dulcísima. ¿Qué nombre se ha dado á todo esto?

Querubina. Se llama *Proné*, por que todo ello se hace á causa de los fieles que estan en la nave de la Iglesia; Pues este nombre *Proné*, que es griego quiere decir Nave (3)

1. En españa solamente se da al preste (cuando no está presente el propio prelado); y al clero nunca.

2. Tampoco está esto en práctica en la Iglesia de España

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alfonsa. ¿Por qué se canta también el Credo?

Querubina Para hacer una solemne profeción de las verdades que se acaban de anunciar, y de todas las demás que se creen (1.)

---

por lo menos en las Misas solemnes, de que principalmente habla el autor aquí, y en que por lo común no es el celebrante el que predica.

1. Este vocablo "Prone" (que se usa en el francés para significar aquella especie de sermón que hace un Cura todos los Domingos en su parroquia, pero que está bastante corrupto) viene del Griego "Apovaos prónaos," que esta es la parte anterior y menos principal, ó la entrada y pórtico de la Iglesia, donde antiguamente se les permitía la entrada á los catecúmenos, para que oyesen la lección de la santa escrirura los Sermones etc.

2. Para mayor ratificación de esto mismo; en la Sta. Iglesia de Toledo (de la cual no puedo acordarme sin una particular compacencia, ni citarla sin un profunda veneración) se observó constantemente en este punto una ceremonia muy digna de atención; y es, que todos los Domingos, fiestas de guardar, y días en que hay procesión, cuando, la misa tiene Credo luego que el preste lo ha entonado, para que lo prosiga el coro de los dos Turiferarios (que allí se nombran regularmente los Incensarios) toman de encima de la mesa de la Credencia dos láminas de plata sabredorada, á manera de Portapaces sin asas, como de media vara de altos y una cuarta de anchos: Y repartidos por los dos, y principiado por los dos capitulares mas dignos de cada coro, se los van dando á besar á todos por su orden, diciendo al propio tiempo cada uno: Corde

Dulcísima. ¿Qué es lo que se sigue á esta profesión de la Fé?

Querubina. El Ofertorio ó la Ofrenda. Repasad un poco lo que acabo de deciros; que dentro un breve rato soy con vosotras.

Credo ore confiteor 1 Palabras que están grabadas y se leen en uno de los referidos Testes (que así se llaman en dicha Sta. Iglesia): El otro que parece haber servido antiguamente de relicario, tiene grabado el Sto. Sepulcro y la Resurrección del Señor, y se leen en él los nombres de algunos de los santos cuyas reliquias tal vez estarían allí colocadas.

Son palabras tomadas substancialmente del cap. X V. 10 de la Epístola de S. Pablo á los Romanos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION LX

CONTINÚA EL MISMO ASUNTO SOBRE LA MISA.

Alfonsa. Bien se hecha de ver, por la prontitud y diligencia con que has vuelto, que eres mujer de tu palabra.

Querubina. Esto consiste en que yo no quiero rehusar cosa alguna á vuestra solicitud.

Dulcísima. Nos hallábamos ya en el Ofertorio: continúa por tu vida.

Querubina. El Sacerdote da principio al Ofertorio por la salutación ordinaria. Acordaos de lo que os dije que hacia antes de la Oración ó Colecta; pues aquí es lo mismo.

Alfonsa. Lo tenemos bien presente.

Querubina. Pues así que el preste ha dicho en alta voz *Oremus Hagamos Oración*, para advertir á los circunstantes, que redoblen sus oraciones; lee en voz ba,

ja una antífona, que suele tener conexión con el Ofertorio, y esta la canta el coro.

Dulcísima. Mientras esta antífona se dice ¿qué se debe hacer?

Qurubina. Es necesario prepararse para el Ofertorio

Alfonsa. ¿Qué es lo que hace el preste después de esta antífona?

Querubina. Ofrece la Hostia, y entretanto el Diácono echa el vino en el Cáliz, y el subdiácono el agua. la cual bendice el preste y la ofrece juntamente con el vino.

Dulcísima. ¿Por qué bendice el sacerdote la agua, y no el vino?

Querubina. Porque el agua representa al pueblo, y el vino á Jesucristo.

Alfonsa. Y ¿por qué se mezcla el agua con el vino?

Querubina. Por imitar á Jesucristo, que se cree la puso en el cáliz que consagró: para representar la unión de la naturaleza humana con la Divina, y la unión de los fieles con Jesucristo: y también para renovar la memoria de la sangre y agua que salió del costado de Nuestro Señor. (1)

Dulcísima. No creía yo que se encerrasen tantos y tan sublimes misterios en esta mezcla de agua y vino.

Querubina. Pues no soy yo quien las ha inventado sino que así consta to lo por la tradición.

1 Joann. 19 34

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alfonsa. Esto nos da una idea muy alta de todas las ceremonias de la Iglesia; pues aun en las mas menudas se encuentran cosas tan grandes.

Querubina. Yo me alegro mucho de que esto os haga una tal impresión; porque de ese modo concebiréis mayor estimación y respeto hacia ellas.

Dulcísima ¿Por qué ofrece el Diácono el cáliz juntamente con el sacerdote, diciendo la misma oración, y sosteniendo con su mano derecha el pie del cáliz?

Querubina. Por que el Diácono representa al pueblo.

Alfonsa. ¿Qué debe hacer el pueblo al mismo tiempo?

Querubina. Debe unirse al Diácono y ofrecerse á Dios.

Dulcísima. ¿Qué oración hace después el preste cuando está profundamente inclinado?

Querubina. Esta "Con un espíritu de humildad, y "con un corazón contrito nos presentamos, Señor, de- "lante de vos: recibidnos benignamente, y haced que "nuestro sacrificio sea tal hoy, que os sea agradable "oh Dios, Señor nuestro"

Alfonsa. Y ¿qué oración hace luego incorporándose y levantando los ojos y las manos hacia el Cielo, y haciendo la señal de la cruz sobre el pan y el vino?

Querubina. Dice entónces "Venid oh santificador, "Dios Omnipotente y Eterno, y bendecid este sacrifi- "cio, que está ya preparado para gloria de vuestro Santo Nombre."

Dulcíssima. ¿Por qué inciensa el preste la Oblata y el altar, diciendo en el interin ciertas Oraciones?

Querubina. Es para honrar uno y otro, y pedir á Dios que sean elevados hacia El, como el humo agradabe del incienso.

Alfonsa. Después de esto ¿qué hace el preste?

Qurubina. Recibir las ofrendas ó dones del pueblo.

Dulcísima. Hoy en dia ¿cuál es la principal ofrenda?

Querubina. La del pan bendito, que por otro nombre se llama Eulogia; palabra griega que vale ló mismo que alabanza, bendición ó acción de gracias, á causa de la oración y bendición que sobre este pan echa el preste.

Alfonsa. ¿Qué otra cosa se ofrece con este pan?

Querubina. Una vela con alguna moneda clavada en ella según las frcultades de cado uno.

Dulcísima. Pues ¿qué? ¿Las ofrendas deben ser proporcionadas á las facultades de las personas?

Querubina. Sí; Dios lo había prescrito y mandado así en la ley antigua. Por lo tanto, no corresponde que los que fueren ricos no ofrezcan mas á Dios que los son pobres.

Alfonsa. Tu has dicho que estas ofrendas se hacen á Dios; y nosotras juzgabamos que se hacian al Peste.

Querubina. Si no considerasèis en vuestra ofrenda mas que la persona del siervo y no la del Señor, segu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ramente habéis perdido todo vuestro mérito y recompensa.

Dulcísima. Muy sensible nos fuera eso.

Querubina. Yo os digo la verdad: Dios no llevará cuenta mas que de lo que hubieréis dado.

Alfonsa. Pues yo, por mí, en nada de eso pensaba; contentándome con seguir simplemente la constumbre.

Querubina. Creedme, si queréis yo os aconsejo que santifiqnéis esta constumbre, considerando siempre, que es Dios á quien hacéis vuestra ofrenda.

Dulcísima. ¿Pero estas ofrendas no son para el preste?

Querubina. Sí, que son para el preste; porque como Dios no necesita de ellas, se las cede: pero siempre es Dios á quien se hacen, y á El le pertenecen realmente.

Alfonsa. De hoy mas, procurarémos aprovecharnos de estas luces.

Querubina. Lo deseo ciertamente, por el provecho que de allí os resultará.

Dulcísima. Y ¿qué provecho podremos prometernos?

Querubina. El ciento por uno en este mundo, y después la vida eterna.

Alfonsa. ¡Gran premio este á la verdad¡

Querubina. Sabed que Dios que es infinitamente rico, jamás se deja vencer de nadie en liberalidad; y que cualquiera que le da un óbolo, ó el valor de seis maravedís, recibira del Señor á razón de ciento por uno.

Dulcísima. ¡De mucho consuelo puede servir esto!

Querubina. Sí, para aquellos que todo eso obran con espíritu de religión.

Alfonsa. ¿Por qué da el preste á besar la paz á los que se presentan á la ofrenda?

Querubina. Para denotar que se ha de ir á ella con un espíritu de paz y de unión con el prójimo, segun la sentencia del mismo Jesucristo.

Dulcísima. ¿Con qué será menester abstenerse de ir á la ofrenda, cuando se tuviere algún motivo de desazón ó queja con el prójimo?

Querubina. Jesucristo no dijo que fuese mester abstenerse de ir sino que era necesario reconsiliarse antes con su hermano; y después venir á ofrecer su presente.

Alfonsa. Yo creía que no había que hacer mas que quedarse cada cual en su puesto.

Querubina. Entónces cometeriás dos faltas: la primera, no reconciliarte: y la segunda, frustrar á Dios de la Ofrenda que le es debida por tantos títulos.

Dulcisima. ¿Y qué titulos son esos?

Querubina. ¿Por ventura no es suya la tierra y todos cuantos bienes hay en ella? Además, ¿poseéis vosotras alguna cosa en este mundo, que no sea fruto de su bendición, mas bien que de vuestro trabajo é industria?

Alfonsa. A lo que veo, parece pretendes que esto sea una deuda de rigurosa obligación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Querubina. Sí por cierto; y no como quisiera, sino una deuda divina.

Dulcísima. Yo creí que esta era una cosa libre é indiferente.

Querubina. De este modo se piensa cuando se carece de la instrucción nesasaria, ó cuando apenas se tiene Religión.

Alfonsa. En este presupuesto, ¿todos, todos estarán en obligación de acudir á la Ofrenda.

Querubina. La Iglesia, para decir verdad, no lo ha mandado expresamente: lo deja á la piedad de los fieles: Pero si consultamos á la religión, nadie, nadíe debe dispensarse de ello, sino quiere ser una persona indigna.

Dulcísima. ¿Quiénes son los que se reputan por indignos?

Querubina. Los que á su debido tiempo ne han pumplido con la Iglesia; los que viven siempre en enemistad; los que hiciésen la Ofrenda con cosas que no fueren suyas: y aquellos finalmente, cuya vida es escandalosa.

Alfonsa. En siedo pobres y no teniendo nada que dar á Dios, ¿qué se ha de hacer?

Querubina. Siempre es necesario asistir á la Ofrenda, aunque no sea mas que para manifestar públicamente, que no se tiene mala voluntad ni motivo de sentimiento con nadie; y para ofrecer su misma pobreza á Dios, con un corazón lleno de sumisión por este estado en que le ha puesto.

Dulcísima. Aquellos que tienen facultades bastantes para hacer sus ofrendas á Dios, ¿deberán contentarse con ofrecerle solamente una parte de sus bienes?

Querubina. Deben también ofrecerse á sí mismo y todas sus cosas; pero principalmente su corazón y su voluntad.

Alfonsa. ¿Por qué después de la ofrenda se distribuye el pan bendito á todos los que han asistido?

Querubina. En señal de comunión y de unión; y para poder decir con toda verdad, que participamos todos de un mismo pan, tanto los que comulgan, como los que no.

Dulcísima. ¿Y se debe comer aquél pan dentro de la misma Iglesia?

Querubina. Si se hubiese de practicar lo que en esta parte ordenaron varios Concilios, no se debería hacer distribución del pan, hasta después de concluida la Misa: claro indicio de que la intención de la Iglesia no es, que se coma dentro de ella; sino que cada uno se lo lleve á su casa; que dé parte de él á los que se hallen ausentes; y que se coma con grande veneración; cuidando mucho de no dejar caer nada en el suelo, para evitar toda irreverencia.

Alfonsa. ¿Por qué se lava el Preste los dedos después del Ofertorio?

Querubina. Es para tener mas limpieza exterior: lo cual indica al propio tiempo, cuánta debe ser la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pureza interior que ha de tener, para tocar y tratar el cuerpo de Jesucristo.

Dulcísima. ¿Qué hace después el Sacerdote?

Querubina. Teniendo juntas las manos sobre el borde del altar, y profundamente inclinado en medio de él, ofrece nuevamente el pan y el vino á la Santísima Trinidad, en memoria de la Pasión, Resurrección, y Ascensión de nuestro Señor Jesucristo; en honor de la Bienaventurada siempre Virgen María, de San Juan Bautista, de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y de los santos; y en particular de aquellos, cuyas reliquias se veneran allí presentes.

Alfonsa. ¿Y qué hace después de eso?

Querubina. Se vuelve hacia el pueblo, por última vez hasta la comunión, como para despedirse de él, y no ocuparse ya en otra cosa mas, que en la grande acción que va á hacer; y se encomienda á sus oraciones, diciendo: "Orad, hermanos mios, para que mi "sacrificio y el vuestro sea agradable á Dios, Padre "Omnipotente."

Dulcísima. A estas palabras del Preste ¿qué responden los circunstantes?

Querubina. "Reciba de tus manos el Señor este Sa-"crificio, á honra y gloria de su santo nombre, para "utilidad nuestra, y de toda la Iglesia santa."

Alfonsa. Después de esta respuesta ¿qué hace el Sacerdote?

Querubina. Ora en secreto, y reza una oración, que por esta causa se nombra "Secreta. Otros juzgan,

se llama así, porque antiguamente no se decía hasta después que los Catecúmenos y los penitentes habían salido de la Iglesia: lo cual dió ocasión á que esta parte de la Misa se llamase "de los Catecúmenos," porque podían estar allí hasta después de la Homilía ó el Sermón; y á lo restante de la misa se le dió el nombre de "Misa de los Fieles," porque solamente estos podían asistir ya á ella, cerradas y bien custodiadas las puertas de la Iglesia. Otros piensan que esta Oración se llamó así porque se decía solamente con relación á los dones que habían de ser consagrados, y después que se habían puesto ya á parte y separado aquellos que no debían serlo.

Dulcísima. ¿Qué es lo que se sigue á esta Oración "Secreta?"

Querubina. El "Prefacio;" que se explicará en otra Conversación, si os parece y gustáis de ello.

Alfonsa. Y cómo que gustaremos; porque no es nuestra ánimo ni intentamos fatigarte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION LXI

PROSIGUE Y SE FINALIZA EL MISMO ARGUMENTO SOBRE LA MISA.

Alfonsa. Acaba, por tu vida, la explicación que has prometido hacernos.

Querubina. No lo deseo yo menos que vosotras; pues tengo mucho gusto en tratar con personas, que muestran tanto anhelo por instruirse.

Dulcísima. La última pregunta fué esta: ¿Qué sigue después de la Oración "Secreta?"

Querubina. Sigue el "Prefacio," que es como la introducción á las oraciones del "Cánon," y un convite que se hace á los circunstantes, para que den gracias al Señor por la estupenda maravilla que se va á obrar por medio de la Consagración.

Alfonsa. ¿Cómo empieza el Prefacio?

Querubina. Empieza por estas palabras; "Per omnia," con las que se termina la Oración Secreta.

Dulcísima. ¿Qué hace el Preste después?

Querubina. Saluda al pueblo con las mismas palabras de siempre; pero sin volverse hacia él, por haber entrado ya como en lo interior del Santuario y en el Gabinete de Dios, de donde ha de salir ya hasta después de la Comunión.

Alfonsa. Por aquellas expresiones "Sur sum corda, Levantad vuestros corazones:" ¿qué advertencia es la que intenta hacer el Sacerdote?

Querubina. Advierte á los fieles, que dejen todos los pensamientos mundanos y terrenos, para no pensar ya mas que en Jesucristo, que va á ser inmolado sobre el Altar.

Dulcísima. ¿Qué responden á eso los fieles?

Querubina. "Habemus ad Dominum: Ya los tenemos hacia el Señor:" Dando con esto al Sacerdote una seguridad de que están según y como él los desea; sin cuya seguridad de parte de los fieles, el Sacerdote no continuaría su sacrificio.

Alfonsa. ¿A qué les exhorta luego?

Querubina. Les exhorta á que den humildísimas acciones de gracias á Dios: á lo que responden los fieles: "Eso es cosa digna y justa."

Dulcísima. ¿Qué contiene el Prefacio?

Querubina. Una solemne acción de gracias, por medio de Jesucristo nuestros Señor, en la cual se hace mención de los diferentes órdenes ó gerarquías de Angeles que alaban al Señor, le glorifican y adoran con un temblor santo: y al acabarse el Prefacio, pide

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Sacerdote, que nuestras voces se unan á la de los Angeles, para tributar al Señor igual honor sobre la tierra.

Alfonsa. ¿Cómo finaliza el Prefacio?

Querubina. Con una protestación solemne de la Santidad de Dios, repitiendo tres veces: "Santo, San-"to, Santo es el Señor, Dios de los Ejércitos; vuestra "gloria, ó Dios, llena los Cielos y la tierra. "Hosan-"na" en lo mas alto de los Cielos: Bendito el que vie-"ne el nombre del Señor: "Hosanna" en lo mas alto "de los Cielos."

Dulcísima. ¿Qué quiere decir esta palabra "Hos-sanna?"

Querubina. Es un vocablo Hebréo, que significa "Salvad," ó mas bien, Salvad os ruego." El primer Hosanna se dirige á Dios; y el segundo á Jesucristo.

Alfonsa. ¿Qué hace el Sacerdote al comenzar las oraciones del Cánon?

Querubina. Levanta los ojos y las manos hacia el Cielo; y luego se inclina profundamente, y besa el altar.

Dulcísima. Y ¿por qué hace eso? Di.

Querubina. Para denotar nuevamente la gran necesidad que tiene del socorro de Dios y de los Santos, á vista de su indignidad.

Alfonsa. Y ¿por qué se ha dado á estas Oraciones el nombre de Cánon?

Querubina. Porque estas Oraciones nunca se mu-

dan; y son siempre las mismas, sea el que fuere el oficio del dia.

Dulcísima. ¿Eso es lo que quiere decir la palabra Cánon?

Querubina. Sí; ella es una palabra Griega, que vale lo mismo que orden, regla, ley, que no se muda.

Alfonsa. ¿Qué es lo que debe entenderse especialmente por "Cánon de la Misa."

Querubina. Debe entenderse la regla fija é invariable de la Consagración.

Dulcísima. Eso nos agrada en extremo; pues aquella palabra nos había hecho concebir otra idea muy distinta.

Querubina. Pues esa idea debéis de ponerla entera mente.

Alfonsa. ¿Cuántas Oraciones contiene el Cánon?

Querubina. Contiene cinco.

Dulcísima. ¿Por quiénes pide el Sacerdote en la primera de ellas?

Querubina. Pide por toda la Iglesia en general; y señaladamente por el Papa, que es su cabeza visible; por el Obispo de la Diócesis; por el Rey; por aquellos á quienes quiere ó debe recomendar en particular; y por todos los circunstantes en común.

Alfonsa. ¿De quiénes se hace allí mención?

Querubina. De la Santísima Virgen, de los Apóstoles, y de algunos mártires; implorando el socorro de sus oraciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dulcísima. ¿Qué hace el Sacerdote al pronunciar la segunda Oración?

Querubina. Extiende las manos sobre la oblación; pide á Dios, que le sea agradable; y que se digne por su bondad disponer y conducir nuestros días en paz; preservarnos de la eterna condenación, y ponernos en el numero de sus escogidos.

Alfonsa. La tercera Oración ¿qué contiene?

Querubina. Contiene la preciosa historia de la institución de la Eucaristía, y al propio tiempo la Consagración.

Dulcísima. ¿Por qué se pone de rodillas el Sacerdote, luego que ha consagrado la Hostia ó el pan?

Querubina. Para adorar á Jesucristo, que está realmente presente en el Sacramento del Altar.

Alfonsa. ¿Y por qué alza la Hostia de modo que sea vista del pueblo?

Querubina. Para imitar la elevación de Jesucristo en la Cruz; para ofrecerle á su Eterno Padre; y también para que los que allí están presentes le tributen sus adoraciones.

Dulcísima. Y ¿por qué hace lo propio el Sacerdote, después que ha consagrado el vino?

Qurubina. Por las mismas razones.

Alfonsa. ¿Nos hemos de contentar con solo postrarnos exteriormente?

Querubina. También es menester postrarse interiormente; reconociendo á Jesucristo, vuestra víctima, por Dios y Salvador nuestro.

Dulcísima. Dinos si gustas ¿por qué razún el Sacerdote hace tantos signos ó cruces sobre la Hostia y el Caliz, así antes como después de la consagración?

Querubina. Antes de la Consagración es para bendecir y santificar aquellos dones ya ofrecidos; y después de la consagración, es para dar á entender, que el Sacrificio de la Misa y el de la cruz no son mas que un sacrificio; y que todas las gracias se nos aplican en el de la Misa, son frutos de el de la Cruz.

Alfonsa. ¿De qué hace mención el sacerdote en esta Oración.

Querubina. Hace mención de la bienaventurada Pasión y Resurrección de nuesero señor, y de su gloriosa Asención á los Cielos: pidiendo á Dios que se digne aceptar aquellos dones, como aceptó los de Abél (1) Abrahán (2), y Melchísedech (3); para que todos los que participaren de ellos, sean llenos de gracia y de celestial bendición.

Dulcísima. ¿Por quiénes ruega el sacerdote en la cuarta Oración?

Querubina. Ruega por los fieles difuntos, tanto por los que le han sido particularmente encomendados, como por todos en general; pidiendo á Dios un lugar de refrigerio, de luz, y de paz.

---

1 Genes. 3 3.
2. Ibid. 22, 13. Hebr. 7.1,
3. Genes. 14 18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alfonsa. Explícanos esas tres últimas palabras.

Querubina. Pide á Dios un lugar de refrigerio contra los ardores del fuego; un lugar de claridad y de luz contra las tinieblas que allí reinan; y un lugar de paz contra las angustias y aflicciones que padecen aquellas pobres almas, viéndose todavía privadas de la vista clara de Dios.

Dulcísima. ¿Qué hace el sacerdote en la quinta Oración?

Querubina. Hace memoria en alla de muchos Santos y Santas; pidiendo á Dios que nosotros, pecadores, tengamos por su bondad infinita alguna parte en la bienaventuranza de que ellos gozan.

Alfonsa. Después de esto ¿qué hace el Sacerdote?

Querubina. Eleva un poco la Sagrada Hostia poniéndola sobre el Cáliz; glorificando á la Trininidad beatísima por Jesucristo, con Jesucirsto y en Jesucristo.

Dulcísima. Por dónde comienzan las Oraciones que sirven de preparación á la comunión sagrada?

Querubina. Por la Oaración dominical ó *Padre Nuestro*; en el cual pedimos á Dios el pan de cada dia; aquel pan que bajó del Cielo (1), sobre puja en la sustancia á cualquiera otro alimento.

Alfonsa. El subdiácono y el diácono ¿por qué tienen

1 Joann. 6 33

levantada la patena, mientras se canta el *Pater Noster?*

Querubina. Para advertir á los fieles que se acerca ya el tiempo de la Comunión; y que así es necesario que redoblen su fervor.

Dulcísima. Y ¿por qué divide el Sacerdote la Hostia en tres partes?

Querubina. Para emitar á nuestro Señor, que partió el pan cuando le consagró.

Alfonsa. Y ¿por qué echa una parte de la Hostia en el Cáliz con la sangre preciosa?

Querubina. Para mejor hacer ver, que es uno solo el Sacramanto del cuerpo y sangre de Jesucristo.

Dulcísima. ¿Por qué repite tres veces el preste: *Agnus Dei*, que quiere decir "Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros:" y la tercera vez añade: "Danos la paz?"

Querubina. Para denotar la necesidad que hay de pureza y de paz, para comulgar dignamente.

Alfonsa. Y ¿por qué luego inmediatemente da, y hace que todos besen la paz?

Querubina. Eso es para manifestar, que no se puede comer dignamente la carne del Cordero inmaculado, sin estar en paz y concordia con el prójimo.

Dulcísima. ¿Por qué el sacerdote besa, el altar antes de besar la paz, deseándosela al Diácono y todos los asistentes?

Querubena Es para significar, que no se la da á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otros sino después de haberla recibido él del mismo Jesucristo.

Alfonsa. ¿Por qué reza todavía el sacerdote algunas oracionesantes de la comunión?

Qurubina. para pedir nuevamente las disposiciones que se necesitan para comulgar dignamente.

Dulcísima. Y ¿por qué se da tres golpes de pechos, diciendo á cada vez; "Señor yo no soy digno de que "entréis en mi pobre morada, mas decid solamente una "palabra, y mi alma quedará sana y salva?"

Querubina. Es para protestar abiertamente su indignidad.

Alfonsa. ¿Qué dice el sacerdote antes de recibir el Cuerpo de Jesucristo?

Querubina. Dice esto: "Yo comeré el pan del Cie-"lo, y invocaré el nombre del señor"

Dulcísima. Al tiempo de tomar el Cuerpo de Jesucristo ¿qué es lo que dice?

Querubina. Lo que dice es: "El cuerpo de nuestro "Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eter-"na. Así sea"

Alfonsa. ¿qué dice el celebrante antes de tomar la Sangre Preciosa?

Querubina. Dice así: "¿Qué podré yo dar Señor en "recompensa de tantos y tan señalados beneficios co-"mo me ha hecho? Yo tomaré el Cáliz de salud, y in-"vocaré el nombre del Señor, publicando sus alaban-"zas; y me libertaré de mis enemigos"

Dulcísima. Al tomar la Sangre preciosísima ¿qué es lo que dice?

Querubina. Esto es lo que dicen: "La Sangre de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Así sea."

Alfonsa. Despues de dar la Comunión á los Fieles, ¿qué hace el Sacerdote?

Querubina. Hace las abluciones ó purificaciones, rezando entretanto unas oraciones, que se encaminan á pedir á Dios la conservación de las gracias que acaba de recibir por la santa Comunión.

Dulcísima. ¿Por qué, despues de concluida ésta, se pasa otra vez el Misal al lado de la Epístola? ¿Hay algun misterio en eso?

Querubina. Le hay muy grande.

Alfonsa. Y ¿cuál es? Dí, si gustas.

Querubina. En eso está significado, que el Evangelio volverá por fin á los Judíos; y que estos se convertirán, antes que se acabe el mundo.

Dulcísima. Cosa muy admirable es ésta. Y dí: ¿con qué se termina la misa?

Querubina. Con una antífona, que se llama *Comunión;* la cual se canta en el coro, mientras comulgan los fieles: y con una oración llamada *Post Comunión,* que contiene en resumen la acción de gracias, y petición de las que necesitamos.

Alfonsa. ¿Qué quieren decir estas palabras *Ite Misa est?*

Qurubina. Es una especie de permiso ó licencia que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se da á los circunstantes para que se retiren; así como el *Benedicamus Domine* es convidarles á que se queden.

Dulcísima. ¿Que es lo que reciben los asistentes antes de retirarse?

Querubina. Reciben la bendición del sacerdote, que es una imagen de la que Jesucristo dará á sus escogidos en el dia del juicio final.

Alfonsa. ¿Qué Evangelio es aquel que el preste reza después ó bien en el mismo altar, ó de vuelta á la sacristía?

Querubina. Es el Evangelio de San Juan; que habla de la eternidad del hijo de Dios y de su inefable Encarnación

Dulcísima. Ahora queremos que nos enseñes, que se debe hacer para oir misa con atención y con fruto.

Querubina. Os aconsejo que tengáis un libro donde está el ejercicio Santo de la misa; y que leáis atentamente todas las oraciones que hubiere en él.

Alfonsa. Y quien no supiere leer; ¿qué hará?

Querubina. Tomar el Rosario, y rezarle con igual atención y devoción.

Dulcísima. No sería bueno estar contemplando la Pasión y muerte de nuestro Redentor?

Querubina. Tambien es ese muy buen modo de oir Misa, si pudieréis practicarlo.

Alfonsa. ¿Qué nos aconsejas tocante á la Comunión?

Qurubina. Que nunca asistáis á Misa sin comulgar en ella, ó sacramentalmente, ó á lo menos, espíritualmente y de corazón.

Dulcísima. Muy perfectas necesitábamos ser para eso.

Querubina. Pues no es menester para hacerlo, mas que vivir como verdaderas cristianas.

Alfonsa. Es que nosotras no podemos comulgar sacramentalmente, cuando no tenemos permiso para ello.

Querubina. Verdad es; mas para la comunión espíritual no necesitáis licencia de nadie.

Dulcísima. Enséñanos el modo de hacerla

Querubina. De buena gana: habéis de saber, que comulgar espíritualmente, es atraer á Jesucristo á nuestro corazón con su espíritu y sus gracias, deseando ardientemente recibirle; doliéndose mucho de verse privadas de esta felicidad; y humillándose de no estar en situación de poder efectuarlo.

Alfonsa. ¿Y és eso todo lo que hay que hacer?

Querubina. Si á lo dicho juntaréis la resolución firme de ejecutar todo lo que pendeiere de vosotras, para poneros en estado de comulgar en estado de comulgar sacramentalmente; vuestra Comunión espíritual será todavía mejor y mas fructuosa.

Dulcísima. Ya procurarenos no omitir nada de cuanto nos has prescrito

Querubina. Como lo hagáis así sacaréis un provecho grande.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alfonsa. Después de la misa, ¿qué se debe hacer?

Querubina. Es menester estarse allí un rato, dando gracias á Dios.

Dulcísima. Al volver de Misa ¿en qué se debe ir pensando?

Querubina. Se debe ir pensando sobre la contrición ó arrepentimiento de aquellos judíos, que, habiendo visto crucificar á Jesucristo, se retiraban dandóse golpes de pecho: (1) ó bien en el gozo enexplicable de los Pastores al volver del peslbre y establo de Beleo, después de haber visto y adorado á Jesucristo recien nacido. (2]

Alfonsa. Nosotras sentimos ciertamente un verdadero deseo de practicar todo esto.

Querubina. Yo me regocijo mucho de ver en vosotras unas tales dispocisiones: y cuento con que cada vez os acarrearán nuevas y mayores gracias.

Dulcísima. Asi lo deseamos con todas veras.

Querubina. Esto mismo os deseo yo también.

---

1 Luc. 23 48
2 Ibid. 2, 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LAS CONVERSACIONES QUE CONTIENE ESTE TOMO II

Conversación XXVI sobre la virtud..... 5
XXVII Sobre los defectos de que es necesario desconfiar mas en el ejercicio de la Virtud..... 11
XXVIII Sobre los obstáculos para el adelanto en la Virtud..... 17
XXIX Sobre las Virtudes cardinales..... 24
XXX Sobre la Templanza..... 29
XXXI Sobre la Humildad..... 34
XXXII Sobre los medios para adquirir la Humildad..... 43
XXXIII Sobre la Obediencia..... 47
XXXIV Sobre la Dependencia..... 56
XXXV Sobre la Rectitud..... 70
XXXVI Sobre la Afabilidad y Mansedumbre. 75
XXXVII Sobre la Dulzura de Conducta..... 83

XXXVIII Sobre la Paciencia..... 90
XXXIX Sebre el Espíritu de Morti6cación..... 95
XL Sobre la Cuaresma..... 102
XLI Sobre el Secreto..... 107
XLII Sobre la práctica del Silencio..... 116
XLIII Sobre la Perfección..... 120
XLIV Sobre la Modestia..... 130
XLV Se continúa la misma conversación..... 139
XLVI Sobre las Modas..... 147
XLVII Sobre el lujo en los vestidos..... 159
XLVIII Sobre el Baile..... 171
XLIX Paosigue la misma conversación sobre el Baile..... 180
L Continúa la propia conversación..... 191
LI Sobre el Bautismo..... 199
LII Coetinúa la misma Conversación..... 208
LIII Prosigue el mismo argumento sobre el Bautismo..... 217
LIV Sobre el respeto en las Iglesias..... 225
LV Continúa la antecedente Conversación..... 232
LVI Sobre la Misa..... 239
LVII Continúa la precedente sobre la Misa... 246
LVIII Dontinúa la propia Conversación..... 253
LIX Sigue el mismn argumento sabre la Misa. 260
LX Continúa el mismo asunto sobre la Misa.... 274
LXI Prosigue y se finaliza el mismo argumento sobre la Misa..... 284

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACIONES

SOBRE ASUNTOS MORALES

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CONVERSACIONES

SOBRE DIFERENTES

ASUNTOS DE MORAL

MUY A PROPOSITO PARA IMBUIR Y EDUCAR EN LA PIEDAD

A LAS SEÑORITAS JOVENES

Obra sumamente útil á todas aquellas personas que tuvieren á su cargo la educación de Niñas: escrita por

MR. PEDRO COLLOT

Cura de Chèvreuse, en el Arzobispado de París, y Dr. de la Sorbona

TRADUCIDAS DEL FRANCES AL CASTELLANO

Coordinadas con nuevo y más oportuno método, y exornadas con algunas notas, por el

DR. D. FRANCISCO FERNANDO DE FLORES

Colegial Teólogo, Catedrático de Filosofía y el primero que hubo de Lengua Griega en los Estudios generales y públicos del Real Seminario Conciliar, Palafoxiano de la Puebla de los Angeles; Substituto de la de Hebreo en la Universidad de Salamanca; y Capellán del Real Monasterio de la Visitación de esta Corte.

Precede á ellas un discurso del mismo Traductor sobre la importancia suma de la buena educación y unos saludables Avisos á los Padres de familia.

TOMO III

MEXICO
CASA EDITORIAL DE MANUEL GALIÑDO Y BEZARES
Montepío Viejo núm. 7

1892

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tamquan parvulis in Christo, lac vobis potum dedi, non escam.

"Así como una Madre no da otro alimento á sus hijos que la leche, por ' considerar todavía muy debil su estómago para digerir manjares más ' sólidos; así yo aqui os he descubierto los misterios más fáciles y más "perceptibles." I. Corinth. cap. III. v. I. et, 2.

Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat: sed siquis bonus, ad aedificationen fidei, ut det gratiam audientibus.

"Cuidad mucho de que no salga de vuestra boca ningún discurso ni "palabra indecente, sino por el contrario, haced que todas vuestras "Conversaciones" se dirijan á edificar é inspirar piedad á quien os oyere. Ephes cap. IV. v, 29.

Es propiedad del editor en los términos que marca la ley.

CONVERSACIONES

SOBRE DIFERENTES PUNTOS DE PIEDAD

CONVERSACION LXII

SOBRE LA ORACIÓN

Aurelia. Si no fuese porque me tendriáis por demasiado espiritual y devota, os propusiera hoy, que entablásemos un coloquio ó plática acerca de la Oración.

Aura. No necesitaba yo, que tú me hiciéses semejante proposición, para tenerte por tal.

Aurelia. Yo por mí, nada tengo que temer de una reputación como esta; cuando todo el mundo sabe, cuan poco lo soy.

Aura. Mas también sabe todo el mundo, que nada te falta de lo que se necesita para hacerlo.

Aurelia. Pues, si gustas, considéranos á las dos como novicias ó principiantes en esta materia; y hasnos favor de instruirnos sobre ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aura. ¿Qué? ¿Pensáis que es cosa tan fácil? Eso es bueno para personas consumadas en esta ciencia; las cuales os hablarían de ella conforme se debe.

Aurelia. Nosotras nos contentaremos con lo que tú gustares de enseñarnos.

Aura. Empecemos, pues, á tartamudear, ya que así lo queréis.

Aurelia. Con vivas ánsias te lo pedimos.

Aura. La Oración, que es acerca de la cual con tanto anhelo deseáis ser instruidas, no viene á ser otra cosa, que un santo comercio del alma con Dios.

Aurelia. Estas solas palabras nos dan desde luego una alta idea de lo que es la oración.

Aura. El alma que aspira á ella, pretende nada menos que entrar y ponerse á conversación con Dios.

Aurelia. Demasiada pretención es esa, para una débil criatura.

Aura. Concedo que lo es; pero es preciso callar, cuando es Dios el que gusta honrarnos de esa manera.

Auralia. Pero esto, parece, que es en algún modo usar de familiaridad con Dios.

Aura. Es verdad pero ¿por ventura Dios no es dueño de sus favores?

Aurelia. Ya empiezo á sentir mi corazón todo inflamado y lleno de unos vivos deseos de tener parte en tan celestial y divina conversación.

Aura. Nuestra desventura está en que somos muy negligentes en procurar conseguir unos favores tan grandes.

Aurelia. Enséñanos un arte tan divino.

Aura. Para proceder con acierto en esto, es necesario presentarse con una conciencia muy limpia, un corazón despegado y un espíritu recogido.

Aurelia. Obra muy grande es esa.

Aura. Cierto que lo es; pero sin estas dispociones, jamás contéis con sacar nada ni hacer ningún progreso.

Aurelia. ¿Será quizás esta la causa de que saquemos tan poco fruto de la Oración.

Aura. A vosotras toca examinaros atentamente sobre este particular; lo que yo sé es, que sin esta pureza de conciencia, sin este desasimiento de corazón y sin este recogimiento de espíritu, no se pueden recibir las benignas influencias del Cielo.

Aurelia. No nos cansemos yà en indagar por otro lado la inutilidad de nuestras oraciones; ese es sin duda el origen de todo.

Aura. Pues si habéis de ser prudentes, necesitáis buscar cuanto antes el remedio.

Aurelia. Una vez dispuestas ya en la conformidad que dices, ¿por dónde deberemos empezar?

Aura. Debéis ante todas cosas persuadiros de que Dios está presente; que os está viendo; y que está pronto á escucharos.

Aurelia. ¿Convendrá, pues humillarse luego inmediatamente en presencia de una magestad tan grande?

Aura. Á esta diligencia nunca habéis de faltar;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

echando una ojeada sobre la nada de vuestro ser, y sobre vuestros pecados.

Aurelia. ¿Se reducen únicamente á eso las preparaciones que se requieren?

Aura. También es menester implorar el socorro del Espíritu Santo; la asistencia de la Santísima Virgen y de los Santos.

Aurelia. Hecho esto, ¿se podrá luego dar principio á la Oración?

Aura. No habéis de confundir la Oración con la meditación; porque son distintas.

Aurelia. Yo si las había confundido hasta ahora.

Aura. Pues de hoy mas, no hagas tal cosa, si no quieres engañarte.

Aurelia. ¿Qué diferencia hay entre estas dos cosas?

Aura. Esta: la Oración consiste en la súplica ó ruego del corazón; y la Meditación en las reflexiones que hace el entendimiento: la Oración es el fin de la Meditación y la Meditación solamente es camino y como introducción para la Oración.

Aurelia. ¿Con qué será necesario principiar por la Meditación?

Aura. Sí; porque esta es la que nos instruye; é instruyéndonos, nos dispone para rogar, gemir, y suspirar delante de Dios; que es en lo que consiste la verdadera Oración.

Aurelia. La Oración ¿no viene á ser otra cosa que una invocación y un gemido del alma delante de Dios.

Aura. Es á mas de eso, una unión del alma con Dios que, reclinándose y descansando en el Señor, como san Juan sobre el pecho de Jesucristo (1), saca de esta sagrada fuente todas las gracias, todas las luces y toda la fuerza que necesita para mantenerse firme en el servicio de Dios.

Aurelia. ¿Sólo esto hace el alma en la Oración?

Aura. Algunas veces olvidándose santámente de sí misma, no piensa mas que en regocijarse de que Dios sea tan grande y tan perfecto; y entónces se difunde en alabanzas y bendiciones al Señor.

Aurelia. Ya veo claramente ahora, que no se debe confundir la Oración con la Meditación; y que en realidad son muy distintas.

Aura. Me alegro mucho de que percibas palpablemente la diferencia que hay entre ambas.

Aurelia. Dime: ¿qué es lo que se debe meditar á los principios?

Aura. Lo mejor de todo es, ceñirse alguna cosa sensible y que pueda grabarse fácilmente en el corazón; como son los ejemplos de virtud que se en cuentran en la vida sacrosanta de Jesucristo, de la Santísima Virgen, y de los Santos.

Aurelia. Yo creía, que estos ejemplos habían de meditarse no solamente á los principios, sino por toda la vida.

1 Joann. 13. 23. & 25

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aura. Y lo pensabas muy bien; pues así es necesario hacerlo; como que para cualquiera edad no pueden darse reglas mas seguras de conducta.

Aurelia. Pues ¿por qué dices, que por aquí se ha de comenzar?

Aura. Lo hago porque entiendas, que se necita el mayor cuidado para no entrar desde luego en aquellas Meditaciones abstraídas, que regularmente no acarrean otro fruto que la pérdidada del tiempo.

Aurelia. Y ¿cómo se han de meditar estos ejemplos

Aura. Con toda sencilléz; preguntándose cada uno á sí mismo: pienso yo, hablo yo, obro yo de esta suerte ¿son cómo estos mis sentimientos, mis ideas, mis pensamientos, mi conducta? ¿por qué no seré yo así también? ¿en qué consistirá esto?

Aurelia. Pensaba yo, que para meditar bien, eran necesarias unas grandes reflexiones, unos bellos pensamientos; y salir de allí capaz de hacer unos hermosos discursos.

Aura. No por cierto el mas sencillo, el mas nutural en esta materia, es siempre el mas útil, por ser mucho mas propio para internarse en el corazón.

Aurelia. ¿Será menester hablarse siempre á sí misma en estos términos.

Aura. No es necesario, no; porque á veces se ha de contentar una con enterarse bien de estos ejemplos, sin hablar palabra; otras, reposando apaciblemente en el amor de ellos mismos, y en el deseo de practicarlos.

Aurelia. ¿Es esta la manera mas útil de meditar?

Aura. ¿Qué duda tiene? Pues los que andan revoloteando y saltando de pensamientos en pensamientos, sin dar lugar á que ninguno haga asiento en el corazón; se parecen á aquellas abejas, que pasando velozmente de unas flores á otras sin chupar el jugo nunca llegan á fabricar miel.

Aurelia. Comprendo ya lo que me dices; de que lo que importa en la Meditación es, dejarse imbuir bien de las verdades, y sacar de ellas todo el jugo que se pudiere, para alimentarse luego á placer; de forma que el alma se haga como una misma cosa con aquellas verdades.

Aura. Lo has entendido grandemente; y así, no hay mas que observar esta conducta en la práctica.

Aurelia. Y cuando, á pesar de estas precauciones, el corazón se mantuviere seco ¿qué se ha de hacer?

Aura. Lo que entonces se ha de hacer, es excitarse, animarse, darse golpes pechos, como dice San Francisco de Sales, á manera de aquellos pobres que, no teniendo leña para calentarse en el ínvierno, se golpean para entrar en calor.

Aurelia. Háblanos sin figuras retóricas.

Aura. Quiero decir en esto, que es menester inflamar el corazón á fuerza de repetidos actos, unas veces de humildad, otras de confianza, hora de contrición, hora de amor de Dios.

Aurelia. Y si no obstante eso, continúa por mucho tiempo la sequedad, ¿qué arbitrio se ha de tomar?

Aura. Es necesario no perderder jamás la dacieu

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia; porque tarde ó temprano volverá el divino esposo, y sobrevendrá una calma grandre (1)

Aurelia. Y ¿qué se deberá hacer en aquellos ratos, en que el corazón se siente todo inflamado y como fuera de sí, por la consolación que Dios le hace esperimentar?

Aura. Es menester no engreirse nunca, ni contar sobre eso con demrsiada confianza; sino antes bien, comenzar luego á prepararse para el tiempo nebuloso, que podrá acaso sobrevenir muy pronto.

Aurelia. Quiere eso decir que en todo tiempo es necesario mantenerse delante de Dios con una profunda humildad y una gran dependencia.

Aura. Bien dicho, ciertamente; pues nada hay mas necesario que esto, para hacerse digna de sus celestiales favores.

Aurelia. Además de los ejemplos de Jesucristo de la Virgen Santísima y de los Santos, ¿qué otras cosas se podran meditar?

Aura. No hay cosa mas de sobra, que asuntos de Meditación: pues nunca faltan.

Aurelia. Sin embargo yo he oido decir, qué había muy pocos buenos libros de Meditaciones.

Aura. Con tu licencia digo, que eso es ya mudar de preguta: yo hablo de puntos de meditación; y tú hablas de libros de Meditaciónes.

1 Matth 8, 26., Marc. 4 39., etc Luc. 8 24.

Aurelia. Muy bien; pero ¿no son los libros de Meditaciones los en que se encuentran los puntos de Meditación.?

Aura. Es verdad pero cuando el Espíritu Santo quiere, él mismo nos provee de ellos; y no hay necesidad de ir á buscarlos en otra parte.

Aurelia. Pues ¿qué? ¿solamente se ha de recurrir á los libros cuando el Espiritu Santo deja de hablarnos?

Aura. Una sola palabra, un solo pensamiento, un sentimiento solo, que el Espíritu Santo se digne inspirar al corazón, y con el cual alimente interiormente á este; vale mas que todas cuantas meditaciones hay en el mundo.

Aurelia. ¿Con que en ocasiones semejantes, bien se podrá dejar el punto que se estaba meditando, por seguir esta dulce moción ó instinto del Espíritu Santo?

Aura. No has de decir se podrá; sino se deberá: ¿no ves que el Dspíritu Santo es dueño absoluto de guiarnos por aquél camino que mas le pluguiere; y que á nosotras solamente nos toca obedecerle y seguirle paso á paso?

Aurelia. Encantada estoy de seber esto: porque yo creía, que era menester fijarse precisamente en aquel punto, sin desviarse nunca de él.

Aura. El espíritu de Dios es un espíritu de libertad (1); y así es menester gurdarse mucho de ese otro espíritu de constreñimiento y apremio.

1 2. Cor. 3. 17.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aurelia. No te puedo ponderar el consuelo que me da saber ese secreto: enséñame, si gustas como se debe meditar.

Aura. En recorriendo sucesivamente todas las perfecciones de Dios, tendréis asuntos para mediatr mucho tiempo.

Aurelia. Pero esos asuntos son sumumente elevados.

Aura. Si estos os parecen muy elevados, podréis meditar consecutivamente todas las virtudes de Jesucristo.

Aurelia. Aun estas ya son mas proporcionadas á nuestra capacidad y comprención.

Aura. Tomad luego en consideración las verdades de la salvación eterna; y alimentaos con cada una de ellas en particular.

Aurelia. Mientras mas nos vas diciendo, mas llana y facil nos haces esta empresa.

Aura. ¿Queréis todavía otros asuntos mucho mas fáciles? Pues repasad todos vuestros defectos, uno por uno; y en no dejándolos de la mano hasta haberlos desarraigado enteramente, tendréis con esto para meditar toda la vida.

Aurelia. Pero pregunto: ¿qué libros aconsejarias tú a una persona que quisiera dedicarse á ese santo ejercicio?

Aura. Se puede leer en el libro de los *Pensamientos Cristianos*, el de la *Imitación de Cristo*, *los dos Sermones*

de nuestro Señor; y los pasages mas instructivos de las Epístolas de San Pablo y demás Apóstoles (1)

Aurelia. Ademas de estos quisieramos algún otro libro de Maditaciones.

Aura. Con tal que esté aprovado, elejid el que mas os agrádare

Aurelia. Y concluida la Meditación, ¿de qué manera debe una retirarse del divino acatamiento?

Aura. Toda penetrada de gratitud por el honor grande que acaba de recibir; toda penetrada de las verdades que ha meditado; y toda penetrada de un vivo deseo de ponerlas en ejecución.

Aurelia. ¿Será conveniente escojer alguna Oración particular, y retener algún pensamiento general, para ocuparse en él por todo el dia?

Aura. Los Santos que han tratado de Oración, lo han aconsejado muy de veras; y cualquiera que pudiere practicarlo así, hará muy bien en ello.

Aurelia. Te damos infinitas gracias por una instrucción tan util y tan necesaria.

Aura. Lo que yo deseo es, que os aprovechéis de ella.

Aurelia. Sobre esto vamos á trabajar con todo empeño.

---

1 Entre los libros que propone aquí el Autor es justo ocupen tambien un lugar muy distinguido las Obras del glorioso San Francisco de Sales las del V. P. M. Granada, las del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION LXIII

SOBRE LA ELECCIÓN DE CONFESOR

Isidra. La parte que yo tomo en los progresos que haces tocante á la piedad, bien puedes creer que es muy grande.

Pascasia. Mas no lo atribuyas, te ruego, sino á los socorros con que Dios me favorece.

Teognia. ¿Podremos saber, que socorros son esos?

Pascasia. Es cosa muy fácil: unos son interiores y exteriores otros.

Isidra. ¿Qué son esos que tú llamas interiores?

Pascasia. Son todas aquellas gracias con que Dios sostiene y fortalece al alma en los esfuerzos que ella hace por elevarse hasta el mismo Dios.

---

elocuentísimo Obispo y V. Siervo de Dios el "Sr Palafox, y las de otros muchos no menos piadosos y sabios, que célebres escritores Españoles

Teógnia. Y los exteriores ¿cuáles son?

Pascasia. Hay un gran número de ellos; pero los mas útiles son los sabios consejos de una buena guia.

Isidra. ¿Nos haces el gusto de participárnoslos?

Pascasia. Ahora no se trata de eso; y por otro lado ya sabéis cuan estrechamente se nos prohibe á nosotras, que hablemos de estas cosas sin necesidad.

Teógnia. ¿Qué razones podrá haber par.. una prohibición semejante?

Pascasia. ¿Ignoras acaso, que nosotras las muchachas fácilmente damos en inútiles entretenimientos y juegos pueriles; y que es muy conveniente el que con tiempo se nos prevenga contra este escollo?

Isidra. Ea; pues ya que nos enseñas á que no hablemos acerca de los confesores; enséñanos siquiera á hacer una acertada elección en este punto.

Pascasia. Vosotras no ignoráis que no todas las personas están en parage de escoger.

Teógnia. Yo compadezco mucho á estas tales.

Pascasia. Pues yo no las compadezco; porque estas están libres de las inquietudes y zozobras, que ordinariamente acarrea semejante elección.

Isidra. ¿Cómo es eso? Dí.

Pascasia. Porque no tienen que hacer mas, que tomar el que Dios les da; y eso pronto se hace.

Teógnia. Y ¿qué ventaja hallas tú en eso?

Pascasia. Grande por cierto; pues ni hay que hacer examen ni porque tener escrúpulo sobre una elección que no ha dependido de nosotras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Isidra. Y si Dios por un efecto de su indignación (como puede suceder) nos diere este tal Confesor en castigo de nuestros pecados, ¿qué haremos?

Pascasia. Entónces lo que se ha de hacer, es trabajar pora aplacar la ira de Dios; llevando este castigo con espíritu de humildad y de penitencia.

Teógnia. ¿Y si este tal Confesor llega por fin á ser causa de nuestro extravío?

Pascasia. Eso no hay que temerlo, mientras os mantengáis en ese espíritu de humildad y de penitencia que he dicho.

Isidra. ¿Pues quién podrá estorbarlo?

Pascasia. Dios que no permite que los que son verdaderamente humildes y penitentes, se descaminen fácilmente.

Teógnia. En eso nos enseñas un excelente remedio.

Pascasia. Lo es en efecto; y si en esos lances os supiesèis manejar de la manera que acabo de decir, Dios os dará por otros caminos lo que os escasea por este del Confesor y tendréis el gran consuelo de ver, que se convierte en bendiciones un castigo que es de los mas temibles

Isidra. Al fin no se puede negar que es sumamente penoso el hallarse en una tal situación; mucho mejor sería tener que elegir.

Pascasia. Convengo en eso; pero cuando no se puede otra cosa, es mucho mayor dicha tener á mano un remedio tan saludable.

Teógnia. Ultimamente lo que yo deseo saber es,

¿qué se requiere para una buena elección, cuando se está en estado de hacerla?

Pascasia. Esta elección es mas importante de lo que se piensa; por que muchas veces depende de ella la salvación.

Isidra. Pues siendo eso así, ¿como hay tantas personas que se determinan á hacerla, aun á la mas leve apariencia, y sin un maduro exámen?

Pascasia. Verdad es, que muchos se conducen de esa suerte; al paso que estarían muy pesarosos de hacer otro tanto en negocios de la menor consecuencia.

Teógnia. ¿Según eso, es grande la ceguedad que hay en las cosas concernientes á la salvación?

Pascasia. Y aun puedes añadir: y muy temeraria la tal ceguedad.

Isidra. En efecto, yo no se, cual es mayor si la ceguedad ó la temeridad.

Pascasia. Puntualmente esto es lo que decidirá de la condenación de muchos, que obran en la elección referida sin la menor atención.

Teógnia. Y pregunto: ¿Qué examen deseas tú que se haga en este particular?

Pascasia. Deseo que se ore mucho; que se consulte á una persona sabia y desinteresada; y que se haga esta elección como si estuviesemos ya para morir

Isidra. Y conduciéndose de este modo, ¿será infalible tener acierto en esto?

Pascasia. Eso mismo es lo que se ha de apetecer y buscar con ansia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Teógnia. Pero ¿qué es lo que principalmente se ha de buscar en un Confesor? ¿La entereza, ó la blandura?

Pascasia. Ninguna de las dos ha de ser precisamente.

Isidra. Pues ¿qué ha de ser?

Pascasia. Un compuesto de ambas; porque la firmeza sin la dulzura desanima y retrae; y la dulzura sin la firmeza hace á los penitentes desidiosos y relajados.

Teógnia. ¿Convendrá acudir á aquel Confesor que haga leer todo género de libros, aun los que no se leen comunmente?

Pascasia. En materia de libros el nuevo testamento y la *Imitación de la vida de los Santos* son muy suficientes para el común de los Penitentes.

Isidra. Pero censuras tú el que se lea algún otro Libro mas?

Pascasia. No, por cierto; simpre que para ello os aconsejéis de personas prudentes. Lo que yo digo solamente, es, que los libros que he nombrado, son suficientes para el común de los Penitentes.

Teógnia. ¿Se debe apetecer un Confesor que hable mucho, ó uno que hable poco?

Pascasia. Debe desearse uno que hable lo suficiente.

Isidra. Pero unas instrucciones buenas y dilatadas ¿no serían tal vez mejores?

Pascasia. Sea lo primero, que aquel no es lugar de eso: lo segundo, que esto regularmente no sirve mas que para divertir la imaginación; y muy rara vez sucede, que llegue al corazón ni haga efecto.

Teognia. Y ¿en qué lo conoces tú eso?

Pascasia. En la inmortificación que se nota en tales personas; en las cuales se echa de ver, que esta crece cada dia mas en vez de disminuirse; ó si se disminuye por un lado solamente es para tomar por otros nuevos aumentos.

Isidra. Con el dedo se toca la verdad de lo que dices.

Pascacia. Yo me regocijo de ver, que la verdad os hace impresión y fuerza.

Teognia. Pero cuando hubiere muchas cosas que decir, y no menos que escuchar; ¿qué medio se ha de tomar para ser breves en la Confesión?

Pascasia. Si se reflexionase bien, que allí todo debe ser sagrado; y que no hay palabra, chica ni grande, de que no se haya de dar una rigurosa cuenta (1), ya se tendría buen cuidado de no alargarse mas de lo preciso.

Isidra. Al cabo, siempre se necesita bastante tiempo para dar cuenta del interior, sin hacer aquí mención de lo demás; para recibir la exhortación y santas prácticas ó ejercicios que se nos impongan; y tomar nuevo método de vida.

Pascasia. Todo eso se puede hacer brevemente, cuando se trata con el debido respeto este sacramento: ade

1 Matth 12. 36.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más, que lo que ya oimos una vez de boca del Confesor, debe servir para toda la vida.

Teognia. Y ¿si por ventura se hubiere olvidado?

Pascasia. Ya sabéis el remedio; que es escribirlo.

Isidra. Cuando mucho, mucho, no es mas que el tiempo que se pierde; si es que puede llamarse perder tiempo, el emplearle en decir cosas buenas.

Pascasia. ¡Ah! ¡si no fuera mas que el tiempo el que se pierde! Pero á veces se pierde mucho mas que el tiempo.

Teógnia ¿Cómo es eso? Dí.

Pascasia. Porque en dando en entretenerse demasiado, se expone cualquiera á muchos peligros.

Isidra. ¡Fuerte cosa es esta que dices!

Pescasia. Verdad es; pero ¿no advertís cuán cierto es esto, por la afición con que semejantes personas hablan sin cesar de su Director, levantándole hasta las nubes?

Teógnia. Pues ¿acáso es malo hablar de una persona á quien se mira con respeto y afición; y á quien se tiene motivo para respetar y querer, en reconocimiento á los bienes que de este sujeto se reciben?

Pascasia. Sí, indudablemente; cuando el hablar de él en términos tan afectuosos y exagerados proviene únicamente que el corazón está mas lleno del hombre que de Dios.

Isidra. ¿Con qué vienen á ser una enorme ilusión todas esas direcciones, en el que se desliza é introduce el espíritu de inútil entretenimiento?

Pascasia. No necesito decirlo; bastante claro está.

Teógnia. Mas, al principio no se llevan sino unas intenciones santas y buenas; su propia perfección es la que cada una busca.

Pascasia. Dices muy bien, que *al principio*; porque luego suele mezclarse el demonio, y todo se descompone insensiblemente; encontrándose así muchas veces la perdición, donde se creía hallar la salvación del alma.

Isidra. Meditadas pues, atentamente todas estas cosas, ¿preferirías tú aquellos Confesores, que dicen todo lo necesario para salvarse, y fuera de eso, ya no dicen mas?

Pascasia. Sí; los preferiría sin detenerse ni un punto.

Teógnia. Y ¿por qué? dime

Pascasia. Por parecerme, que estos confesores imitan mas de cerca á Jesucristo, el cual se ceñía con los pecadores á los documentos puramente necesarios; como lo comprueban los que dió á la Samaritana (1); á la Mujer pecadora [2]; al Paralítico (3), y aquél otro que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo [4].

Isidra. Nos tienes ya perfectamente instruidas, y con suficientes precauciones contra esta ilusión.

---

1 Joann 4. á v. 5 seqq.
2 Luc. 7. á v. 37. seqq.
3 Matth. 9 á v. 2., seqq. Marc. 2 4. etc Luc. 5. 18.
4 Joann 5. 5. etc. seqq.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Poscasia. Pues ninguna está de mas, particularmente en un tiempo en que hay muchísimas personas que abusan de las cosas mas santas.

Teógnia. Mas ¿qué cualidades, á tu porecer, debe tener un Confesor?

Pascasia. Ha de tener en primer lugar, un buen entendimiento, una intención recta, y un juicio sano: con tal que todas estas cualidades naturales vayan acompañadas de ciencia y de piedad.

Isidra. Pero un hombre de este caracter no sería á propósito para condescender y manejar la delicadeza del amor propio.

Pascasia. Pues aquel Confesor que tuviere el talento de hacer morir en nosotras todo amor propio, es el que se debe escoger, no solo entre mil, sino entre diez mil [1]

Teógnia. Y una vez que se llegue á encontrar un Confesor así, ¿cómo se ha de mirar?

Pascasia, Como á un Angel del Señor; ó mas bien, como al mísmo Jesucristo: puesto que verdaderamente ocupa su lugar.

Isidra. ¿Qué disposiciones se deberán tener para con él?

Pascasia. Como Padre que es, se necesita tenerle la docilidad y el afecto de hijas: como Médico, es menes-

1 Así lo decía (y con razón) S. Francisco de Sales Director incomparable de las almas

ter decirle con lisura y confianza todas las enfermedades y dolencias de nuestra alma: como Juez, debemos llegar á sus piés con todo respeto.

Teógnia. Observando todas estas reglas, ¿se podrá vivir con entera seguridad?

Pascasia. Sí; en cuanto cabe aquí en esta vida.

Isidra. Yo entiendo, que un Confesor de carácter y prendas que tú acabas de pintarle, es un tesoro de tesoros.

Pascasia. Tú lo has dicho: así, cuando se llegare á poseerle, es necesario, á imitación del antiguo Patriarca Joseph, (1) hacer abundantes provisiones para los años de esterilidad que puedan sobrevenir.

Teógnia. Mil gracias te damos por tan sólidas instrucciones: pídele á Dios, que no las echemos jamás en olvido, y que las pongamos fielmente en práctica.

Pascasia Así lo haré de buena gana.

Isidra. Este será para nosotras un nuevo favor, que agregaremos á todos los demás que te hemos merecido.

1 Gens. 41. 47 & seqq.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION LXIV

SOBRE DIFERIR Ó RETARDAR LA PRIMERA COMUNIÓN.

Beata. Cierto que estás bien triste; ¿qué tienes? ¿Se podrá saber?

Blandina. ¿Cómo pudiera menos de estarlo?

Brígida. ¡Ay! Pues ¿qué es eso? ¿Qué es lo que tanto te aflige?

Blandina. ¿Por ventura ignoras tú lo que todo el mundo sabe? ¿Qué ha de ser? Que tampoco este año logro el gusto de empezar á comulgar.

Beata Yo alabo tu tristeza, que en verdad es loable.

Blandina. Mitigas no poco mi pena, con calificarla de justicia.

Brígida. También yo te acompaño en ella; y quisiera ciertamente tener arbitrio para aliviártela: pero

¿no me dirás, aunque perdones, cuál es la causa de semejante dilación?

Blandina. No estoy ahora para responderte; ni puedo pensar en otra cosa, que en esta pena que tanto me acongoja.

Beata. Yo juzgo, que sería lo mas acertado el indagar la causa de este mal, para aplicar prontamente el remedio.

Blandina. Tienes razón en eso; pero cuando una está afligida, no piensa mas que en el sentimiento que la oprime.

Brígida. ¿Será acaso porque han sido negligente en estudiar el Catecismo, ó en el cuidado de enmendarte? ¿O quizá porque has estado con poquísima devoción, especialmente en la Iglesia?

Blandina. Confieso, que casi á ninguna de estas cosas me he aplicado de provecho.

Beata. Pues eso es cabalmente lo que ha obligado á diferirte la Comunión para otro año: mas no te desconsueles; que buen remedio hay para eso.

Blandina. ¡Ay! ¿Cuál es? Dímelo pronto.

Brígida. Estudiar con mayor aplicación; poner mas cuidado en corregirte; y tener mas devoción que hasta aquí.

Blandina. Eso es mucho pedirme.

Beata. No es mucho pedir, cuando esto se hace con el fin de que te proporciones á merecer una gracia tan grande, cual es la de la primera Comunión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Blandina. Forsozo me será seguir tus consejos; y dedicarme sériamente á esto.

Brígida. Tiempo sobrado tienes ahora: creeme; procura aprovecharle; y en lo sucesivo te hallarás tan contenta de haberlo hecho así, como al presente estás afligida.

Blandina. Pues ¿qué? ¿El hallarse mejor dispuesta consiste en estarse preparando para ello con mucha anticipación? Y quien no lo estuviere hoy, ¿podrá acaso estarlo mañana?

Beata. No lo dudes: y si no dime: David que empleó siete años en prevenir y juntar materiales para la fábrica del Templo (1), ¿hubiera podido aprontar tantos, si solo hubiese gastado en esto siete días?

Blandina. ¿Luego, según el ejemplo propuesto, será necesario estar siete años preparándose para la primera Comunión?

Brígida. No es eso lo que quiere decir aquel ejemplo; sino que cuando mas una se prepare, mejor dispuesta estará.

Blandina. Y después de todo ¿crees tú, que hay quien sea digno de acercarse á comulgar, por mas bien aparejado que esté para ello?

Beata. Confieso que no, si se considera la grandeza

---

1 Paralip. c. 22 & seqq. según el erudito Calmet y otros sabios Expositores, empleo David algo mas de 30 años en la prevención de materiales para el Templo.

y santidad de Jesucristo pero juzgo que sí, si se atiende a la bondad con que Jesucristo se contenta con lo poquito que podemos darle.

Blandina. ¿Te darás por ofendida, si te digo que no esperaba tantas luces ni tanta discreción en una persona de tu edad!

Brígida. No atiende Dios á las edades para distribuir sus dones; y así, se los da á quien mas le place. Daniel á los doce años de edad supo mas que los ancianos de su tiempo. (1)

Blandina. Basta solamente oirte, para darte la razón en todo. Pero pregunto mas; ¿qué disposiciones son necesarias para comulgar dignamente?

Beata. Las que previene la Iglesia, nuestra Madre, y nada mas.

Blandina. ¿Cuáles son? dime.

Brígida. Hay muchas cosas pero yo las reduzco todas á una grande pureza, y un grande amor.

Blandina. Y ¿qué pureza es la que pides?

Beata. Pureza de alma y cuerpo: en una palabra, una pureza ganeral.

Blandina. ¿En qué consiste la pureza de alma?

Brígida. En que esté exenta de todo pecado, y de toda afición á pecado.

Blandina. Y ¿en qué consiste, á tu parecer, la pureza de cuerpo?

Daniel. 13. 45. Vide du-Hamel hic.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Beata. En huir y alejarse de todo lo que pueda mancillar su santidad.

Blandina. Parece que pudiera ser suficiente esta sola dispocisión.

Brígida. Como añadas á ella un amor grande, tu disposición será perfecta.

Blandina. Pues ¿qué? ¿no basta ser pura?

Beata. Yo por mí, quisiera un corazón todo abrazado en amor de Jesucristo.

Blandina. Dime, si gustas, ¿por qué?

Brígida. Para recibir con amor al que es todo puro amor.

Blandina. ¿Con qué ya no se necesitará ni humildad ni contrición, ni reconocimiento, ni las demás dispocisiones que suelen pedirse?

Beata. En esa me perdonarás; que no digo yo tal cosa; sino que todas esas están incluidas en un corazón puro é inflamado.

Blandina ¿Cómo es eso, por tu vida?

Brígida. Porque no hay verdadera pureza, ni verdadero amor sin humildad, contrición y reconocimiento, y todas las demás disposiciones.

Blandina. ¿Luego se necesita mas que amar y ser pura, para estar bien dispuesta á la Sagrada Comunión?

Beata. Nada mas se necesita: porque todo se encierra, en estas dos disposiciones.

Blandina. Me reconozco sumamente obligada á todas tus instrucciones; las cuales me ilustran tanto, como me consuelan.

Brígida. Pues nosotras celebramos sobremanera el haber podido contribuir en algo para, disipar tu pena: cuenta seguramente con nosotras como con tus mas fieles amigas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conversacion LXV

SOBRE LA FELICIDAD DE LA PRIMERA COMUNIÓN

Beata. Pues has comulgado ya por primera vez, dinos la verdad: ¿has quedado tan satisfecha como te lo habías prometido?

Blandina. ¡Cómo pudiera menos de estarlo, habiendo conseguido una honra tan grande!

Brígida. Responder de ese modo, es dar á entender que sabes lo que es comulgar.

Blandina. Es, os lo confieso, la cosa mas deliciosa que puede hallarse en este mundo.

Beata. ¡Qué gozosa estoy al ver, que hayas gustado así de Jesucristo.

Blandina. Bien insensible era necesario ser, para no gustar de un Dios tan lleno de dulzura.

Brígida. El que una vez ha llegado á gustar de veras de este Dios de amor, no tiene ya corazón para gustar de cosa alguna sobre la tierra.

Blandina. Tienes sobrada razón; porque lo que este Señor hace sentir en el corazón, es superior á todo sentimiento.

Beata ¡Cuánto gusto me da el oirte hablar de esa manera!

Blandina. Sí; yo estoy tan contenta, que se me figura no cabe otro gozo mayor que el mío, como no sea el de los Bienaventurados en el Cielo.

Brígida. Pues ea; saboreate bien con este gozo; y que todo se convierta en vigor y fortaleza para las ocasiones en que lo hubieres menester.

Blandina. Ese es todo mi designio; porque yo no hago aprecio de los gustos de piedad que se encaminan á debilitar el alma, en lugar de fortalecerla.

Beata. Ninguna precaución estará de mas contra un lazo como este.

Blandina. Como he oido muchas veces hablar de él, estoy enteramente resuelta á no dejarme cojer nunca.

Brígida. Muy cuerda serás en hacerlo así.

Blandina. A eso estoy absolutamente determinada; porque solo pienso en procurar ser virtuosa, y nada mas: creo, que ya me entendéis.

Beata. Tus resoluciones no pueden ser mas prudentes ni mas racionales. Dínos ahora, si gustas; ¿qué acogimiento te ha hecho á tí Jesucristo; y que acogida le has hecho tú á este Señor?

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Blandina. ¡Ay de mí! Mucha dificultad me costará explicároslo; porque tan poseída me sentí de admiración y de gozo, que no puedo expresar lo que Jesucristo me dijo, ni lo que yo dije á Jesucristo.

Brígida. ¿Tan grande cómo todo eso, fué tu admiración y tu gozo?

Blandina. Sí; tan grande, que no puedo explicarlo.

Beata. Ya veo yo, que es menester que vuelvas á comulgar, para que puedas decirnos algo de esto.

Blandina. No deseo yo otra cosa; ni omitiré diligencia alguna, para lograr cuanto antes esta dicha.

Brígida. Y ¿cómo te compondrás tú, para conversar con un Dios tan grande?

Blandina. Me retiraré sola con su Magestad dentro de mi corazón ó del suyo; y allí gustaré tranquilamente de todo lo que este buen Dios dijere á mi alma.

Beata. ¿Acáso Jesucristo habla á nuestra alma?

Blandina. Sí; y de un modo muy claro y perceptible.

Brígida. ¿Cómo es eso? Dí.

Blandina. Es un modo de hablar muy breve y muy conciso; pero mucho mas eficáz, que el nuestro.

Beata. Pues explicánosle prontamente.

Blandina. Preciso será ceder á vuestras instancias. Pues ejecuta esto Jesucristo por medio de unos pensamientos que imprime en nuestro espíritu, y por medio de unos sentimientos con que penetra y mueve el corazón.

Brígida. Razón tenías para decir, que este modo de hablar es mucho mas breve y eficaz, que el que nosotros usamos.

Blandina. Lo es en efecto: y ese es también el que usan los Angeles y los Bienaventurados en el Cielo.

Beata. Pero ¿podrás retener bien en la memoria todo lo que Dios te dijere?

Blandina. Yo procuraré escucharle con la mayor atención, sin perder ni una palabra.

Brígida. ¿Y podrás luego hacernos participantes de lo que este Señor te diga?

Blandina. Sí; siempre que sean cosas que puedan comunicarse.

Beata. Pero ¿tú no has de hacer mas que escuchar á este Divino Salvador?

Blandina. Eso no: también me tomaré á veces la libertad de preguntarle.

Brígida ¡Ah! Y ¿qué le dirás?

Blandina. Todo cuanto su amor me inspirase.

Beata. ¿Y solamente le has de hablar de tí, y de tus necesidades?

Blandina. Le hablaré de todo cuanto hay, según me lo fuere sugiriendo su divino espíritu.

Brígida. Pero ¿nunca temerás excederte, y serle importuna?

Blandina. No; porque yo sé que el Señor gusta de que se le hable con sencillez y confianza.

Beata. Demasiado tiempo necesita emplear en eso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Blandina. Es que si el tiempo destinado para la acción de gracias, no alcanzare; me tomaré algunos otros ratos en el decurso del dia.

Brígida. Con decirme tú lo que has de hacer, me enseñas lo que yo debo practicar; y ese es el ánimo que tengo,

Blandina. No necesitabas tú oirme, para saber lo que debe hacerse, y como te has de portar en semejantes ocasiones.

Beata. Perdona te diga, que todo eso que nos has referido, instruye y agrada en gran manera.

Blandina. ¡Bueno está por cierto! Cuando antes bien esparaba yo recibir de vosotras las luces que necesito, que pensar en dároslas á vosotras.

Brígida Permíteme te pida el favor de que volvamos á tratar de este asunto, porque me gusta en extremo.

Blandina. Eso será siempre y cuando gustáreis; pues inmediatamente que me aviséis, acudiré sin falta alguna á complaceros.

CONVERSACION LXVI

SOBRE LA FRECUENCIA DE SACRAMENTOS

Erminia. Venimos á pedirte algunos consejos, para cuando llegue el tiempo de que no estemos ya en esta casa.

Faustina. Y ¿sobre qué, decidme deseáis que yo os de consejos?

Anisa. Sobre lo tocante al uso de los sacramentos.

Faustina. Os diré en pacas palabras, que no tenéis que hacer, cuando ya no estéis aquí, sino lo mismo que hacéis, estando ahora.

Erminia. Nos daríamos por muy contentas de poder practicarlo así.

Faustina. Pues decid por vuestra vida; ¿qué es lo que podrá inpedíroslo?

Anisa. El mundo y sus diferentes embarazos.

Faustina. ¿Y habéis de ser tan débiles, que temáis los discursos ó hablillas del mundo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Erminia. Bien sabemos que esto sería una debilidad grande.

Faustina. Creedme: dejad que diga el mundo cuanto quisiere; y haced siempre lo que sea de vuestra obligación.

Anisa. Pero á veces, con la mejor voluntad, se ve una atajada por los varios obstáculos, que son tan frecuentes en el mundo.

Faustina. Cabalmente estos impedimentos son los que mas necesaria nos hacen la frecuencia de Sacramentos; para que enmedio de tontos estorbos, nos conservemos en aquella santidad que requiere el Cristianismo.

Erminia. Ya sabemos, que son muy grandes los socorros que se encuentran en los sacramentos.

Faustina. El uso santo de ellos os llenará de gracia, de vigor y de luz; y os impedirá, que os dejéis oprimir del peso de estos embarazos.

Anisa. Asi lo comprendemos; y desearíamos tener arbitrio para ejecutar tus buenos consejos

Faustina. ¡Ah! Cualquiera que está íntimamente convencido de la virtud de los Sacramentos, tiene buen cuidado de frecuentarlos.

Erminia. Nosotras bien sabemos, que es muy grande su virtud y eficacia.

Faustina. Por el sacramento de la penitencia conservaréis vuestra alma siempre exenta de la mancha del pecado.

Anisa. Estamos ya enteradas de que este Sacramento produce ese efecto en los que debidamente le reciben.

Faustina. Aquella pureza atraerá sobre vuestra alma al Espíritu-Santo; el cual, residiendo allí como en su Templo, derramará en ella mil luces, que os impedirán descaminaros.

Erminia. Esa es una bentaja muy considerable.

Faustina. Jesucristo hará tambien consistir sus delicias en habitar dentro de vuestro corazón; y allí os comunicará innumerables gracias.

Anisa. Maravillosamente nos anima lo que nos vas diciendo.

Faustina. De esta presencia de Dios en vuestra alma resultará, una paz, cuya dulzura sobrepuja todo pensamiento (1); una tranquilidad, que será como un continuo banquete (2); y un gozo que se difundirá hasta por todo vuestro exterior.

Erminia. Si este sacramento obra tantas maravillas; ¿qué será el de la Eucaristía, que es el Sacramento de los Sacramentos?

Faustina. Vuestra alma, alimentada y como engrasada con la carne y sangre del Cordero inmaculado, se verá llena de una fortaleza y de un ánimo capaz de resistir á todo.

---

1 Phili 4. 7.
2 Prov. 15. 15

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Anisa. ¿Con qué después de esto no tendremos ya que temer cosa alguna de parte de nuestros enemigos?

Faustina. Por lo que mira á vosotras mismas, siempre tendréis que temer; mas con Jesucristo aventajaréis á todos vuestros enemigos en fortaleza.

Erminia. ¿Qué enemigos son estos?

Faustina el demonio con todos sus ardides; el mundo con todos sus artificios; y la carne con todos sus atractivos.

Anisa. Y con la comunión se vencen todas estas cosas.

Faustina. Sí; nos hacemos terribles aun á los mismos demonios (1)

Erminia. Luego el haber tantas personas que cedan á los esfuerzos de todos estos enemigos; no será culpa sino de ellas mismas.

Faustina. Así es; porque siendo así, que todos los días reciben diferentes heridas, descuidándose en curárselas, llegan ha hacerse mortales; y siendo asi tambien, que cada dia se van debilitando mas y mas por su negligencia en fortificarse y cobrar vigor, se inabilitan para el combate.

Anisa. Una conducta semejante no nos parece cristiana, ni racional.

Faustina. Ya se ve ¿qué juicio se pudiera hacer de un Soldado, que no tomase el sustento necesario, antes

1 Chrysost. homil. 61 Popul. ad Antioch.

de ir á pelear; ó que, herido en una refriega, fuese negligente en procurar, que le curasen las llagas? Esto mismo hacen los que son descuidados en el uso de los Sacramentos.

Ermina. Mas para sacar fruto de ellos, ¿no es preciso preperarse bien, de antemano?

Faustina. Tú dices muy bien en eso; porque los Sacramentos nunca se pueden recibir indiferentemente.

Anisa. Explícanos ¿qué es lo que entiendes por esta palabra *indiferentemente?*

Faustina. Lo que quiero decir es, que si los Sacramentos no aprovechan, seguramente dañan.

Ermina. Y ¿qué se ha de hacer para que esto no suceda así?

Faustina. Primeramente es necesario no recibirlos nunca por solo hábito ó constumbre.

Anisa. ¿Cuándo acontece el acercarse á recibirlos de esta manera?

Faustina. Cuando se va por la sola razón de ser aquel el dia en que hay la constumbre de Comulgar; sin meditar atentamente, si se tienen ó no, las disposiciones que se requieren para hacerlo con utilidad y provecho.

Ermina. Y ¿qué mas hay que evitar?

Faustina. El llegarse á recibir los Sacramentos por respetos humanos.

Anisa. ¿Cuándo se llega de este segundo modo?

Faustina. Siempre que se hace por la mera razón de temerse, que el mundo repare que se deje de comulgar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ermina. ¿No pides algo mas, que lo hasta aquí indicado?

Faustina. Pido, además de lo dicho, que os acerquéis á recibir los Santos Sacramentos con las disposiciones necesarias para ejecutarlo dignamente.

Anisa. Gustaríamos mucho de hacerlo con toda individualidad.

Faustina. Como son dos los Sacramentos de que vamos tratando, y las disposiciones que ambos requieren, son diferentes; si os parece, hablaremos separadamente de uno y otro.

Ermina. Eso nos servirá todavía de mayor complacencia.

Faustina. Pues bien está; será cuando vosotras queráis: yo siempre estoy pronta.

Anisa. Te quedarémos por esta razón las mas obligadas: como que estas son unas instrucciones, que nos han de servir toda la vida.

——

CONVERSACION LXVII

SOBRE LA CONFESIÓN

Ermina. Ya veniamos á pedirte las instrucciones que nos ofreciste.

Faustina. De buena gana: ¿por dónde queréis que comenzemos?

Anisa. Por la *confesión*, si fuere de tu agrado.

Faustina. Ante todas cosas, es necesario elegir un buen Confesor.

Ermina. ¿Qué prendas debe tener un Confesor, para que se le pueda reputar por bueno?

Faustina. Es menester, que no sea extremado en nada; y que á esto acompañen las demás cualidades que suelen desearse en un buen confesor (1)

1 Véase la Conversación LXIII. de este Tom. III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ermina. ¿No pides algo mas, que lo hasta aquí indicado?

Faustina. Pido, además de lo dicho, que os acerquéis á recibir los Santos Sacramentos con las disposiciones necesarias para ejecutarlo dignamente.

Anisa. Gustaríamos mucho de hacerlo con toda individualidad.

Faustina. Como son dos los Sacramentos de que vamos tratando, y las disposiciones que ambos requieren, son diferentes; si os parece, hablaremos separadamente de uno y otro.

Ermina. Eso nos servirá todavía de mayor complacencia.

Faustina. Pues bien está; será cuando vosotras queráis: yo siempre estoy pronta.

Anisa. Te quedarémos por esta razón las mas obligadas: como que estas son unas instrucciones, que nos han de servir toda la vida.

——

CONVERSACION LXVII

SOBRE LA CONFESIÓN

Ermina. Ya veniamos á pedirte las instrucciones que nos ofreciste.

Faustina. De buena gana: ¿por dónde queréis que comenzemos?

Anisa. Por la *confesión*, si fuere de tu agrado.

Faustina. Ante todas cosas, es necesario elegir un buen Confesor.

Ermina. ¿Qué prendas debe tener un Confesor, para que se le pueda reputar por bueno?

Faustina. Es menester, que no sea extremado en nada; y que á esto acompañen las demás cualidades que suelen desearse en un buen confesor (1)

1 Véase la Conversación LXIII. de este Tom. III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Anisa. Y ¿cuál te parece á tí el mejor entre los que son buenos?

Faustina. Aquel que nos haga caminar con dulzura y con prudencia por la senda estrecha del Evangelio, que es la que conduce seguramente al Cielo (1).

Ermina. ¿De qué cosas se ha de tratar con él?

Faustina. Sobre todo lo que mire á la conciencia, y nada mas absolutamente.

Anisa. Con todo, yo quisiera un Confesor que, después de haber satisfecho á todo lo perteneciente á la conciencia, me instruyese acerca de lo concerniente á erudición y literatura, para poder hablar de ello cuando llegase la ocasión.

Faustina. Pues para oir hablar de eso, se debe ir á la Universidad, no al Confesonario; y no ignoráis, que por justas razones se nos ha cerrado la puerta y prohibido esto á nosotras (2).

Ermina. No obstante eso, la ciencia es una cosa muy agradable.

Faustina. Hablar de esa suerte, es hablar como

1 Matth. 7. 14.

2 La justa prohibición que aquí se insinúa, no raecae seguramente sobre los diversos ramos de instrucción, que con tan feliz empeño se promueben y fomentan en estos tiempos á favor de las mujeres; y así, solo debe entenderse de aquella erudición ó literatura, que es impropia de su sexo, inútil, y aun acaso perniciosa, como poco daspués lo explica el Autor.

nuestra primera madre Eva, la cual se perdió á sí propia, á su marido y á toda su posteridad, por el deseo de ciencia. (1)

Anisa. ¿Luego tú quieres, que toda nuestra vida seamos unas ignorantes?

Faustina. Sí, y no.

Ermina. ¿Qué quieres significar con ese *sí?*

Faustina. Es decir, que quiero que ignoréis aquellas cosas que no necesitáis saber, ni podéis saberlas sin un gran peligro.

Anisa. Y ¿qué nos quieres insinuar con ese *no?*

Faustina. Que no quiero que ignoréis aquello que necesitas saber para salvaros.

Ermina. Y nada mas que esto nos permites que sepamos?

Faustina. No por cierto, nada mas; porque no sería amaros debidamente, el permitiros cosas que os pudieran ser perjudiciales.

Anisa. ¿Luego será forzoso limitarnos a esto, sin salir de aquí?

Faustina. Si así lo hicierés, os proporcionaréis una tranquilidad grande, y os adquiriréis una gran reputación.

Ermina. A eso estamos ya determinadas.

Faustina. Después de elegido un buen Confesor, es

1 Genes. 3. 6., etc 2. Cor 11. 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

necesario trabajar en registrar y conocer á fondo el estado de vuestra conciencia.

Anisa. ¿Qué axamen se necesita para eso?

Faustina. Es menester que os examinéis como Criaturas racionales, como Cristianas, y Cristianas de un cierto estado, y de una cierta profesión y modo de vida.

Ermina. Y ¿qué examen se tiene que hacer como Criaturas racionales?

Faustina. Habéis de mirar si en todas las cosas seguís la luz de la recta razón, y no los impulsos de la carne y de la sangre; quiero decir las pasiones del humor y del capricho.

Anisa. ¿Qué examen se debe hacer como Cristianas?

Faustina. Es necesario ver, si os conducis en todo, conforme á las reglas del Evangelio, y las máximas del Cristianismo.

Ermina. Como Cristianas de un cierto estado de profesión, ¿qué examen ha de hacerse?

Faustina. Viendo si cumplís hasta los ápices, todas las obligaciones de vuestra profesión y estado.

Anisa. ¿Con qué no basta vivir con regularidad, como racionales y como Cristianas?

Faustina. Aun cuando viviérais, si fuese posible, como ángeles; en contentandoos con únicamente con estas dos cualidades, seríais para simepre comañeras de los demonios, si faltaséis al cumplimiento de las obligcionesde vuestro estado y profesión.

Ermina. ¡En muy alto grado colocas las obligaciones del estado y profesión!

Faustina. Sí; y tan alto, que de eso juzgo ciertamente depende vuestra salvación, tanto como del cumplimiento de vuestras obligaciones, en calidad de Criaturas racionales y cristianas.

Anisa. Yo tengo esto, que acabas de decir por demasiado rígido.

Faustina. Reclamad todo cuanto queráis sobre este punto: yo no puedo rebajar de ahí cosa alguna; no solo yo, pero ni nadie tampoco.

Ermina. A nosotras, pues, nos toca parar cuidadosamente la atención sobre este particular.

Faustina. Yo os aconsejo, que así lo hagáis, si es que tenéis grabado en la alma el amor á vuestra salvación.

Anisa. ¿Bastará conocer el estado de su conciencia, para ir al instante á confesarse.

Faustina. No; se necesita, además de eso, tener una contrición verdadera.

Ermina. Dinos, ¿qué cosa es Contrición?

Faustina. Es un intenso dolor del alma, y una seria detestación del pecado, con propósito firme de no volver mas á cometerle.

Anisa. Haz de suerte que comprendamos hasta donde debe llegar este dolor.

Faustina. Contemplad á la Magdalena á los piés de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesucristo, deshaciéndose en llanto [1]: considerad á San Pedro, que una vez que comenzó á llorar su pecado, no lo dejó nunca [2]: mirad al mismo Jesucristo en el huerto de las Olivas, postrado en tierra y bañado en un copiosísimo sudor de sangre [3]; y comprenderéis perfectamente lo que me preguntáis.

Ermina. No se puede negar, que los modelos que nos propones, son excelentes; pero tambien son muy superiores á nuestras fuerzas.

Faustina. ¡Ah! Si concibiérais bien lo que es el pecado no diriáis eso.

Anisa. Pues haz, que lo comprendamos.

Faustina. Es nada menos que perder á Dios; perder la eterna Bienaventuranza; perder el alma y precipitarse en unos males que no tienen término ni fin; estas son las consecuencias de un solo pecado mortal.

Ermina. Verdaderamente que es muy bastante esto para afligirse, hasta derramar arroyos de lágrimas por todos los días de la vida.

Faustina. ¡Qué dolor! ¡Solemos lamentar continuamente y con la mayor amargura la pérdida de aquellas cosas, en que tenemos colocada nuestra afición y cariño, por pequeñas que sean; y á vuel de eso, nos ha-

1 Luc. 7. 38.
2 Matth. 26. 75. & Luc. 22. 62.
3 Luc. 22. 44.

cemos como insensibles á una pérdida que es infinita.

Anisa. ¿Según eso el pecado debe de ser una cosa muy abominable?

Faustina. Lo es mucho mas, que todos los males de este mundo juntos.

Ermina. Eso ya lo comprendo yo; puesto que nos priva de todos los verdaderos bienes, y nos hace caer en eternos males.

Faustina. Comprendeislo como es justo: así que, trabajad seriamente en detestarle, á proporción de lo muy detestable que es.

Anisa. Sobre eso vamos á trabajar con todo empeño.

Faustina. Ninguna cosa hay mas acreedora á este trabajo.

Ermina. Enteramente resuelta estamos á ello.

Faustina. Bien haréis en eso: pero luego es menester que de ahí paséis al propósito firme.

Anisa. Explícanos con toda claridad, ¿qué viene á ser éste?

Faustina. Es una determinación plena, entera y absoluta de dejar el pecado, y de no volver jamás á cometer ninguno, ni aun venial, con propósito deliberado.

Ermina. ¿Y no bastará hallarse en disposición ó en ánimo de ensayarse y probar, si se podrá no volver mas á cometer pecado?

Faustina. No por cierto, porque ese no es un propósito firme, sino solamente un designio, ó cuando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas, una tal cual resolución de hacer lo que se pudiere, si las cosas se dieren bien.

Anisa. Eso ya es pedir demasiado.

Faustina. Yo no soy quien lo pide, sino Dios: y sin lo dicho, no hay que prometerse reconciliación con su Divina Magestad.

Ermina. Nosotras creiamos que bastase tratar de hacer una ú otra prueba para corregirse.

Faustina. Pues no; es necesario estar plena, entera y absolutamente determinadas á ponerlo por obra.

Anisa. Bajo de este supuesto, seguramente hay muy poco de verdadero firme propósito entre los Cristianos.

Faustina. Esa es también la causa de que haya tantas desgraciadas recaídas, que deshonran en gran manera al Cristianismo.

Ermina. Dispuestas ya del modo que has dicho, ¿qué es lo que se ha de hacer?

Faustina. Es necesario ir á postrarse á los piés del Confensor, como si estuvieséis á los piés de Jesucristo.

Anisa. Y ¿por qué razón, cómo á los piés de Jesucristo?

Faustina. Para que se disipen todos los vanos temores, y perjudiciales empachos que el demonio suele suscitar frecuentemente en nosotras, cuando estamos para llegar al Confesonario.

Ermina. ¿Siempre es el demonio quien excita en nosotras estos temores y empachos?

Faustina. También pueden nacer de nuestro propio orgullo, ó de nuestra flaqueza; aunque por lo común, el demonio es quien los agita.

Anisa. Pues sin duda es un remedio muy bueno, para desvanecerlos, el no mirar entónces mas que á Jesucristo.

Faustina. Lo es con efecto, pues nadie absolutamente dejaría de tener una desembarazada confianza, para confesarse con nuestro Señor, cuando vivía sobre la tierra de una manera visible.

Ermina. Así quiero yo hacerlo de hoy mas, engañándome santamente á mí misma: yo no pensaré ya en otra cosa, sino en que es Jesucristo con quien voy á confesarme.

Faustina. Hazlo como lo dices; y así no padecerás rubor ni empacho alguno: fuera de que en eso no debes temer ningún engaño; porque todo Confesor ocupa y está en lugar de Jesucristo; le representa, y está revestido de su autoridad.

Anisa. Yo también haré esa misma cuenta; por cuyo medio no tendré ya el mas leve reparo en confesarme.

Faustina. Ultimamente, aun cuando os quedase todavía alguno, no por eso debierais afligiros; porque esto mismo sería una parte de vuestra penitencia.

Ermina. Muy digno de saberse es eso también.

Faustina. Habéis de estar igualmente persuadidas de una cosa; y es, que de ordinario es Jesucristo quien pone en boca del Confesor las palabras que él os di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ce; y que por consiguiente, debéis escucharlas como palabras del mismo Jesucristo.

Anisa. Esa es una cosa en que casi no se suele pensar.

Faustina. Por no recapacitar sobre ella, se privan los penitentes de las luces y maravillosa unción, que son inseparables de las palabras de Jesucristo.

Ermina. ¡Admirables secretos nos van descubriendo en esto!

Faustina. Yo lo creo que son muy buenos; y así, os exhorto á que los pongáis en práctica.

Anisa. ¿Cómo debemos explicarnos en la Confesión.

Faustina. Lo mas humilde, sencilla, ingénua, breve y claramente que podáis.

Ermina. ¿Qué es lo que se ha de procurar evitar cuidadosamente?

Faustina. Lo inútil, lo supérfluo y lo confuso.

Anisa. Y ¿por qué? Dí.

Faustina. Para que el Confesor vea de una vez y como de un golpe, el estado de vuestra alma; y pueda fácilmente aplicar el remedio oportuno.

Ermina. ¿Con qué disposiciones se debe oír al confesor?

Faustina. ¿Con igual docilidad, que oirías al mismo Jesucristo, si El os hablase.

Anisa. Y ¿cómo se ha de cumplir la penitencia que nos impusiere?

Faustina. Con una fidelidad grande en cuanto al tiempo, el lugar y la materia sobre que recaiga. (1).

Ermina. ¿Es de alguna importancia este requisito?

Faustina. De muy grande, sí; pues los pecados no se nos perdonan, sino con esta condición.

Anisa. ¿Con qué los pecados no se perdonan, mientras la penitencia no se cumpla?

Faustina. No; no se perdonan de todo punto además de que el Sacramento no queda íntegro ni cabal como que le falta una de las partes que le componen.

Ermina. ¡Hola! ¿Hasta ese extremo llega ese asunto?

Faustina. Yo no os digo en esto mas, que lo que hay en realidad.

Anisa. ¿Luego es preciso ser muy puntuales en el cumplimiento de la penitencia?

Faustina. Por muy grande que sea vuestra exactitud en esta materia, nunca estará de mas, á causa de las consecuencias que acabo de explicaros.

Ermina. ¿Y no habrá arbitrio para retardarla, ni para mudar ó alterar nada de ella?

Faustina. Es menester guardarse mucho de tal cosa; porque esto sería hacer injuria al Sacramento y aun á sí mismas.

---

1 Nec plus, nec minus, nec aliter. D. Bernard. Serm. 3. de Circumsis. Dom.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Anisa. Y ¿en qué postura y con qué disposición de ánimo es necesario recibir la absolución.

Faustina. En la postura mas humilde, y con el corazón mas contrito.

Ermina. Para ecxitarse á una verdadera contrición, ¿qué se ha de hacer?

Faustina. Es necesario imaginarse, que se está al pie de la cruz de Jesucristo; y que la sangre de sus llagas Sacrosantas está corriendo sobre nosotras para purificarnos.

Anisa. Después de salir del Confesonario, ¿qué se debe hacer?

Faustina. Se debe dar gracias á Dios por una merced tan grande; cumplir fielmente la penitencia; y guardar un profundo silencio sobre todo cuanto se nos ha dicho dentro de la Confesión.

Ermina. Y ¿por qué se ha de guardar un silencio tan grande.

Faustina. Porque todo lo que allí se nos dice, es sagrado; y sería una especie de profanación el propalarlo indiscretamente.

Anisa. Nosotras creíamos que solamente el Confesor estaba obligado á guardar secreto.

Faustina. También los penitentes deben mirar con toda reserva cuánto allí les diga; y no tener jamás la inconsideración de ir á contarlo.

Ermina. ¿Y si por ventura pudiera ser útil á otros?

Faustina. Entónces decidlo enhorabuena; pero no como lo que habéis sabido en confesión, ni citando jamás para eso al confesor, porque sería una imprudencia y una inconsideración muy grande.

Anisa. ¿Qué resolución se ha de tomar, después de haberse confesado?

Faustina. La de ser mas fieles en lo venidero; evitando cuidadósamente las ocasiones de pecado, y trabajando con aplicación para vencer todas vuestras malas inclinaciones.

Ermina. Y ¿á qué se ha de determinar cada cual?

Faustina. A hacerse continuamente violencias en este mundo, mas bien que exponerse á estar ardiendo eternamente en el otro.

Anisa. Cierto, que aunque lo primero es cosa dura y fuerte, no tiene comparación con esto otro.

Faustina. Tienes razón; y no es posible hacer comparación entre estos dos partidos.

Ermina. Dalo ya por hecho: nuestra resolución está tomada.

Faustina. Yo me regocijo mucho de ver ese buen ánimo que os acompaña.

Anisa. Pues ¿qué cosa habrá á que una no se determine, cuanda se trata nada menos que de toda una eternidad?

Faustina. Ved ahí lo que yo llamo hablar con juicio; pero con un juicio, muy prudente, y muy discreto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ermina. Mil gracias por esta instrucción que nos has dado; y que, cierto nos deja sumamente satisfechas: ahora aguardános la que nos ofreciste acerca de la *Comunión*.

Faustina. Será siempre y cuando gustaréis; en la inteligencia de que yo estoy eternamente dedicada á todo aquello que pueda serviros de complacencia.

Conversacion LXVIII

SORRE LA COMUNIÓN

Ermina. Completamente satisfechas de lo que nos dijiste acerca de la Confesión, venimos á pedirte otro tanto para la *Comunión*.

Faustina. Yo estoy enteramente dispuesta; y ninguna cosa puede darme mayor gusto, que ver el anhelo que manifestáis por instruiros.

Anisa. Deseamos, pues, saber, ¿qué es lo que debe hacerse para comulgar dignamente?

Faustina. Aquí es donde yo no omitiré cosa alguna, para satisfaceros plenamente.

Ermina. Muy obligadas te estaremos siempre por tantos favores.

Faustina. Primeramente desearía yo, que os tomaséis tres días para prepararos á la comunión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ermina. Mil gracias por esta instrucción que nos has dado; y que, cierto nos deja sumamente satisfechas: ahora aguardános la que nos ofreciste acerca de la *Comunión*.

Faustina. Será siempre y cuando gustaréis; en la inteligencia de que yo estoy eternamente dedicada á todo aquello que pueda serviros de complacencia.

Conversacion LXVIII

SORRE LA COMUNIÓN

Ermina. Completamente satisfechas de lo que nos dijiste acerca de la Confesión, venimos á pedirte otro tanto para la *Comunión*.

Faustina. Yo estoy enteramente dispuesta; y ninguna cosa puede darme mayor gusto, que ver el anhelo que manifestáis por instruiros.

Anisa. Deseamos, pues, saber, ¿qué es lo que debe hacerse para comulgar dignamente?

Faustina. Aquí es donde yo no omitiré cosa alguna, para satisfaceros plenamente.

Ermina. Muy obligadas te estaremos siempre por tantos favores.

Faustina. Primeramente desearía yo, que os tomaséis tres días para prepararos á la comunión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Anisa. Y ¿qué hemos de hacer en estos tres días?

Faustina. Vacar al retiro y á la oración, al recogimiento y á las elevaciones del corazón á Dios: ocuparse en las santas lecturas; en visitar al Santísimo Sacramento; en mortificaros, y hacer algunas limosnas, si estubieréis en paraje de ello.

Ermina. ¿Qué hemos de practicar después de esto, para no hacernos reas de la sacrílega profanación del Cuerpo y Sangre de Cristo?

Faustina. Os habéis de probar cuidadosamente antes de recibir la Sagrada Eucaristía (1); y después de examinar bien el estado de vuestra conciencia, se le habéis de descubrir fielmente á vuestro confesor, para que según las dispocisiones que halláre en vosotras, os permita, ú os defiera la sagrada Comunión.

Anisa. ¿Qué tiempo será mas á propósito para ir á verse con el Confesor?

Faustina. Si pudieséis hacerlo la víspera de comulgar, será lo mejor; para que en el dia de la Comunión tengáis lugar de no pensar en otra cosa, que en Jesucristo, á quien vais á recibir.

Ermina. Y ¿qué nos aconsejas que hagamos la noche que precede á la comunión?

Faustina. Os aconsejo que os retiréis temprano á Casa, para meditar despacio sobre las disposiciones de

1 I. Cor. 11. 28.

vuestra alma, y sobre la grandeza del beneficio de la Eucaristía.

Anisa. ¿Qué libros nos aconsejas que leamos, para aprovechar más en esta meditación?

Faustina. Escojed aquellos, que sean más propios para encender en vuestro corazón una devoción fervorosa al Santísimo Sacramento.

Ermina. ¿Cuál debe ser el fruto de esta meditación?

Faustina. El penetraros de amor y reconocimiento á Jesucristo.

Anisa. ¿Con qué oración deberemos concluir esta meditación.

Faustina. Con ésta: "Dios mio: preparad mi corazón; haced por vuestra gracia, que yo me prevenga con unas disposiciones dignas de vos: disipad mi tibieza; fortaleced mi debilidad; abrazadme en fervor; haced que yo reciba con amor lo que vuestro amor me prepara: Dadme una fé como la de Zaquéo; una humildad como la del Centurión; unos lágrimas como las de San Pedro; una penitencia como la de la Magdalena; una pureza como la de San Juan; y unas santas disposiciones como las de la Bienaventurada Virgen Maria y todos los Santos."

Ermina. ¿Qué nos aconsejas que hagamos por la noche?

Faustina. Si despertaréis en el discurso de ella, ocupaos inmediatamente en considerar la felicidad grande que os espera. Decid en el enagenamiento de vues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro amor: "¡Quién me dará oh divino Jesús mío, que yo os reciba en mi corazón; que me una estrechamente con vos, y que os posea para siempre! ¡Oh! ¡Y cuánto se me retarda este feliz momento!"

Anisa. ¿Qué hemos de mostrar á Jesucristo desde el amanecer?

Faustina. Así que abráis los ojos, habéis de manifestar á Jesucristo los vivos deseos, en que vuestro corazón se inflama, y decidle: "Mi alma, Señor, os ha deseado toda la noche, y desde el amanecer os está buscando: yo me abrazo en una ardiente sed por vos, y mi corazón os desea con ardor increible: como el siervo agitado y sediento anhela con impaciencia por las fuentes de aguas que refrigeran; así en mi alma sedienta os desea con el mayor ardor."

Ermina. ¿Cómo se ha de comenzar el dia?

Faustina. Luego que os levantéis, os habéis de postrar delante de Dios, adorándole humildemente, y haciendo por un rato oración, para recibir con el socorro de ella, las gracias y virtudes que necesitamos para comulgar dignamente.

Anisa. ¿De qué consideraciones nos podremos valer para esto?

Faustina. Considerad, poseidas de asombro la bondad con que Jesucristo se dá á vosotras; y exclamad llenas de admiración: "¿quién es el hombre, Señor, para merecer, que vos os acordéis de él, y le honraréis de esta suerte con vuestras visitas? ¿De dónde á mi tanta dicha, oh Dios mío, que vos os dignéis abatiros

hasta el extremo de hospedaros en mi pecho? ¿Quién soy yo para recibiros, oh Dios lleno de magestad? ¡La Iglesia no cesa de admirar vuestro profundo abatimiento en el sagrado vientre de la mas pura de todas las Vírgenes! ¡Los Judíos mismos se escandalizaron en otro tiempo de veros entrar en las Casas de los pecadores, y comer con ellos¡ ¡Ah! ¡Yo debo temer que los ángeles se asombren de que vos me admitáis y toleréis en vuestra mesa!"

Ermina. Señálanos si gustas, que es lo que debemos hacer ínterin dure la misa.

Faustina. Mientras la Misa habéis de estar atentas á todas las ceremonias del Santo Sacrificio; dejandoos apoderar de todos los pensamientos afectuosos de reconocimiento, de amor, y de anonadamiento que inspira el ver á Jesucristo inmolado sobre el Altar.

Anisa. Asimismo señálanos lo que hemos de hacer, al paso que se va acercando el tiempo de la Comunión.

Faustina. Entónces es necesario hacer con todas veras actos de Fé y Esperanza de Caridad, y Humildad, de adoración y reconocimiento; y mantener siempre un exterior lo mas modesto, lo mas recogido y mas respetuoso que sea posible.

Ermina. Guianos como por la mano, con tus consejos hasta el momento de recibir la Comunión.

Faustina. En este momento habéis de adorar interiormente á Jesucristo dentro ya de vuestro pecho con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vidando al Cielo y á la tierra á que tomen parte en vuestra felicidad; y exclamad, absortas como si estuvieséis fuera de vosotras: "Alma mía bendice al Señor; y vosotras, potencias mias, uníos todas para alabar su Santo Nombre: ahora sí, que yo no encuentro ya cosa alguna sobre la tierra que sea estimable; la vida misma me parece molesta; y me estaría mucho mejor dejar este mundo, ahora que mis ojos han visto á su Salvador, y que mi alma ha encontrado ya á su amado: pues que he llegado á poseerle, no le dejaré jamás."

Anisa. Después de la Comunión ¿qué se ha de hacer?

Faustina. Poseer pacicamente un tesoro tan precioso y exquisito, y gustar en silencio de un bien tan delicioso: juntad todas las potencias de vuestra alma al derredor de Jesucristo, para que le rindan vasallage oidle en el retrete de vuestro corazón, y recibid gozosamente las palabras que salierón de su boca: depositadas en lo mas oculto de vuestro pecho; y entregaos sin recelo alguno á todos los diversos afectos que os inspirasen vuestro amor y agradecimiento hácia aquel Señor.

Ermina. ¿Qué hemos de hacer despues?

Faustina. Unas veces os habéis de abatir en precencia de Jesucristo, á vista de vuestras miserias; otras veces os habéis de animar por medio de una confianza grande, en su bondad; otras os habéis de unir

á Jesús por amor, implorando su socorro en todas vuestras necesidades; y pidiéndole, que tenga siempre fijos sobre vosotras los ojos de su misericordia.

Anisa. ¿Cómo se debe pasar lo restante del dia?

Faustina. Habéis de conservar en todo él un profundo recogimiento; echando de cuando en cuando una ojeada hacia Jesucristo, que está en vuestro corazón, y suplicándole, que os abrase en el fuego de su divino amor: al propio tiempo os habéis de dedicar á cosas de piedad y de Religión; cercenando algo del juego, de las diversiones y compañías del mundo, por temor de disminuir, ó de apagar en vosotras el espíritu de Jesucristo.

Ermina. ¿Qué es necesario hacer para ponerse en estado de comer con mas frecuencia este pan de ángeles?

Faustina. No pensar en otra cosa, que en hacer incesantemente nuevos progresos en la virtud; desarraigar de vuestra alma hasta la mayor afición á la culpa; desprender vuestro corazón de las cosas de la tierra; y enderezar todos vuestros pensamientos hacia el Cielo: de forma, que vuestra contínua ocupación sea domar vuestras pasiones, destruir los malos hábitos ó constumbres, vencer vuestras inclinaciones desrregladas quebrantar vuestra propia voluntad; mortificar vuestros sentidos; para de ese modo conformar vuestra vida con las acciones de Jesucristo, y con las reglas del Evangelio.

Anisa. Ya que nos has pedi lo tres días para prepa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rarnos á la Comunión; ¿cuántos nos prescribes para la acción de gracias?

Faustina Otros tres os señalo.

Ermina. Y ¿qué es lo que se ha de hacer en ellos?

Faustina. Ocupar incesantemente la consideración en la inestimable felicidad que habéis conseguido; gustar y saborearse con este gozo y este placer, con una gran efusión ó esparcimiento de corazón; y dar gracias á Dios, aun mas con vuestras buenas obras que con vuestras palabras.

Anisa. Nos retiramos ya, contentas en extremo para ir á menitar despacio todas estas verdades, de que nuestro corazón queda bien imbuido.

Conversacion LXIX

SOBRE EL DESEO DE COMULGAR.

Isabel. Yo siento en mí un atractivo ó un impulso muy vehemente hacia la Comunión; mas no sé, si deberé seguirle, ó no.

Ifigenia. A mí no has de consultarme sobre eso; sino aquel Sujeto que tengas por Director.

Isidra. También yo experimento igual atractivo; y me hallo en la propia duda.

Ifigenia. Pues no puedo responderte mas, que lo que ya he dicho.

Isabel. No entiendas, que es consejo el que te pedimos, sino una instrucción.

Ifigenia. Enhorabuena; porque de otra suerte yo no pudiera responderos.

Isidra. Dínos solamente qué juicio es el que tú ha-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ces acerca de esto; pues ya sabemos, que al Padre espiritual es á quien toca decir sobre esta materia.

Ifigenia. Para satisfaceros, no se necesita mas, que examinar la calidad y naturaleza de ese vuestro atractivo ó impulso.

Isabel ¿Acaso hay muchos géneros de atractivos?

Ifigenia. Lo mismo sucede con el atractivo hacia la Comunión, que con la hambre corporal.

Isidra. Pues ¿qué? ¿Hay diferentes hambres corporales?

Ifigenia. Hay dos suertes de hambre: una que proviene de la buena digestión; y otra, que se causa por el desconcierto del calor del estómago.

Isabel. ¿Cómo se ha de conocer esto?

Ifigenia. La digestión se conoce que es buena, cuando se experimenta un nuevo vigor en todo el cuerpo; vigor producido por la distribución general del alimento en todo el cuerpo.

Isidra. Eso ya lo comprendemos muy bien.

Ifigenia. Conócese el desorden del calor del estómago, cuando los alimentos no aprovechan, dejándole siempre en la misma debilidad.

Isabel. Haznos, si gustas, el favor de aplicar esa comparación misma á la Sagrada Comunión.

Ifigenia. Es cosa fácil: entónces se hace una buena digestión de esta vianda espiritual, cuando se siente un nuevo vigor en todas las partes ó potencias del alma, por la distribución general de este santo alimento.

Isidra. ¡Cosa muy maravillosa, ciertamente!

Ifigenia. Sí; una Comunión bien hecha debe transformarnos en Jesucristo, según aquellas palabras que San Agustín pone en boca de este Divino Salvador: "Yó, dice el Señor, no seré mudado en tí, sino que tú "serás mudado en mí. "[1]

Isabel. ¿Luego forzosamente se ha de echar de ver, que Jesucristo obra y ejerce sus operaciones en todos aquellos que comulgan?

Ifigenia. Sí; estas personas deben tener á Jesucristo en el corazon, en el cerebro, en el pecho, en los ojos, en las manos, en la lengua, en los oídos y así en lo demás.

Isidra. Y ¿qué hace Jesucristo en todas esas partes?

Ifigenia. Dirigirlo todo; purificarlo todo; mortificarlo todo; vivificarlo todo; amar en el corazón; entender en el cerebro; animar en el pecho; ver en los ojos; hablar en la lengua; escuchar en los oídos; y á este tenor en las demás.

Isabel. ¿Con qué tú quieres que la persona que comulgue, venga á ser como Jesucristo?

Ifigenia. No soy yo quien quiere esto; sino que la razón misma lo dicta así: porque ¿cómo es posible alimentarse del mismo Dios, sin hacerse en alguna manera divinos? ¿No es esto lo que el Apóstol quiere de-

1 Confess. lib. 7. cap. 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cir, cuando al que ha comulgado, le hace explicarse de esta suerte: "Yo vivo: ya no yó; sino que es Jesu-„cristo quien vive en mí?" (1)

Isidra. Todo eso que dices, es muy justo; pero al propio tiempo muy difícil de practicarse.

Ifigenia. No es tanto como vosotras imagináis; puesto que Jesucristo es quien obra todo eso en aquel, á quien una vez ha llegado á mudar ó transformar en sí mismo: pára lo cual no es menester mas, que dejar á este Señor obrar, cooperando fielmente con su acción y guardándose mucho de hacerles resistencia.

Isabel. ¿Y no se echarán ya de ver algunas fragilidades en estas tales personas?

Ifigenia. Las fragilidades involuntarias no perjudican á esta perfección que he dicho; antes bien, la ayudan y fomentan.

Isidra. ¡Hé! ¿Cómo puede ser esto?

Ifigenia. Porque hacen que el alma se mantenga siempre en un profundo abatimiento delante de Dios, á vista de sus flaquezas; y en una total dependencia de su soberano socorro.

Isabel. Ahora ya comprendemos los efectos de una buena Comunión. Haznos ver igualmente los de la Comunión infructuosa.

Ifigenia. Vedlo. Cuando el alma permanece siempre en un mismo estado, sin hacer progreso alguno en la virtud.

1 Espist. ad Galat. II. 20.

Isidra. Esa es una idea demasiado general.

Ifigenia. Pues aquí tenéis otra mas particular y mas contraída: cuando el alma no se vuelve ni mas humilde, ni mas obediente, ni mas desprendida de sí propia, ni mas mortificada, ni mas afable, ni mas sufrida; en una palabra; cuando vive siempre según sus pasiones.

Isabel. Esa expresión "pasiones" es demasiado áspera.

Ifigenia. No entiendo yo por esta palabra las pasiones groseras, sino las pasiones finas, ó bellacas, desenfrenadas que se suelen fomentar cuidadosamente.

Isidra. ¿Luego el vehemente deseo de comulgar que tienen estas tales personas, es semejante á el hambre que proviene del desorden ó descomposición del calor del estómago?

Ifigenia. Sí; en un todo es semejante á ella.

Isabel. ¡Muy dignas son de compasión tales personas, á la verdad!

Ifigenia. Otras hay aún, que no lo son menos.

Isidra. Y ¿cuáles son?

Ifigenia. Las que, dando en otro extremo, comulgan sin tener hambre ninguna espiritual de la Santa Comunión.

Isabel. Y ¿por qué dices, sin tener ninguna hambre espiritual?

Ifigenia. Para significaros, que ésta es suficiente; pues la otra, que es y se llama "sensible" ó "material," no depende de nosotras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Isidra. ¿Es muy malo comulgar sin tener absolutamente ninguna hambre espiritual, ni sensible?

Ifigenia. Bien podéis vosotras conocerlo; supuesto que eso es denotar mucha inapetencia ó disgusto hacia una vianda tan excelente.

Isabel. Y ¿qué remedio hay para eso?

Ifigenia. El mismo que se suele aplicar á los estómagos estragados, ó que abundan en humores.

Isidra. Con ¿qué será preciso recurrir para esto á los Médicos espirituales?

Ifigenia. Sí; y ejecutar con la mayor docilidad y exactitud todo lo que os ordenaren.

Isabel. ¿Y si nos mandaren guardar dieta, ó usar de otros remedios penosos?

Ifigenia. Como vosotras estéis bien resueltas y deseeis recobrar la salud, nada se os hará costoso.

Isidra. Forzoso, pues, nos será el haber de seguir tu consejo.

Ifigenia. Haciéndolo así, comeréis con inexplicables delicias este celestial alimento, y encontraréis en él una dulzura incomparable.

Isabel. Por tomada ya nuestra resolución. Mil gracias por todas tus instrucciones.

CONVERSACION LXX

Sobre la Comunión de cada ocho días.

Lorenza. Ansiosa estaba yo porque vinieses, para hablarte de una materia que me parece bien importante.

Macaria. Demasiado honor me haces en eso; y cierto, que te lo estimo mucho.

Paulina. Si no estuvieramos bien hechas cargo de tu capacidad; á buen seguro, nadie se apresuraría por oírte.

Macaria. Dejémonos ya si os parece, de cumplidos; y vamos á la substancia.

Lorenza. Pues para no perder tiempo, te diré desde luego, que aunque yo siento en mí un grande atractivo á la Comunión; con todo, no quisiera yo condescender á él en cosa que no fuese conforme á reglas: enséñame, pues, si gustas, cuáles son éstas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Isidra. ¿Es muy malo comulgar sin tener absolutamente ninguna hambre espiritual, ni sensible?

Ifigenia. Bien podéis vosotras conocerlo; supuesto que eso es denotar mucha inapetencia ó disgusto hacia una vianda tan excelente.

Isabel. Y ¿qué remedio hay para eso?

Ifigenia. El mismo que se suele aplicar á los estómagos estragados, ó que abundan en humores.

Isidra. Con ¿qué será preciso recurrir para esto á los Médicos espirituales?

Ifigenia. Sí; y ejecutar con la mayor docilidad y exactitud todo lo que os ordenaren.

Isabel. ¿Y si nos mandaren guardar dieta, ó usar de otros remedios penosos?

Ifigenia. Como vosotras estéis bien resueltas y deseeis recobrar la salud, nada se os hará costoso.

Isidra. Forzoso, pues, nos será el haber de seguir tu consejo.

Ifigenia. Haciéndolo así, comeréis con inexplicables delicias este celestial alimento, y encontraréis en él una dulzura incomparable.

Isabel. Por tomada ya nuestra resolución. Mil gracias por todas tus instrucciones.

CONVERSACION LXX

Sobre la Comunión de cada ocho días.

Lorenza. Ansiosa estaba yo porque vinieses, para hablarte de una materia que me parece bien importante.

Macaria. Demasiado honor me haces en eso; y cierto, que te lo estimo mucho.

Paulina. Si no estuvieramos bien hechas cargo de tu capacidad; á buen seguro, nadie se apresuraría por oírte.

Macaria. Dejémonos ya si os parece, de cumplidos; y vamos á la substancia.

Lorenza. Pues para no perder tiempo, te diré desde luego, que aunque yo siento en mí un grande atractivo á la Comunión; con todo, no quisiera yo condescender á él en cosa que no fuese conforme á reglas: enséñame, pues, si gustas, cuáles son éstas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Macaria. Tus disposiciones son tan racionales y tan cristianas, que no se puede menos de admirarlas.

Paulina. Como quiera que yo me siento agitada de este mismo deseo, te hago también igual súplica.

Macaria. ¿Quién será capaz de resistirse á unas expresiones tan llenas de sumisión y modestia?

Lorenza. Instrúyenos cuanto antes, si gustas, acerca de esto, porque lo deseamos ya con impaciencia.

Macaria. Pues no he de ser yo quien os instruya; sino que ha de ser San Francisco de Sales, aquel hombre tan versado en los caminos de Dios, y tan admirablemente dotado de gracia para la dirección de las almas.

Paulina. Y ¿qué disposiciones, díme, son las que pide este gran Sacramento para la Comunión de cada ocho días? Porque ese es el término á que nos proponemos llegar.

Mac ria. "Para comulgar constantemente de ocho "á ocho días, se requiere, dice este Santo Obispo, (1) "estar exento de todo pecado mortal; no conservar "tampoco la mas mínima afición ó apego al venial; y "tener un grande y vivo deseo de comulgar."

Lorenza. Sobre manera nos animan estas palabras; pareciéndonos ya, que con el socorro de la gracia de Dios, nada hay que sea superior á nuestras fuerzas.

Macaria. Tenéis razón en eso: mas, porque uo ima-

1 Pilot. ó Introducc. á la Vida Devot. part. cap. 20.

ginéis, que es muy corto el camino que hay que andar para esto, habéis de enteraros bien de la extensión que tienen todas estas palabras.

Paulina. Pues en temiendo á Dios, como se debe, fácil es eximirse de caer en pecado mortal.

Macaria. Sí; de esta suerte se piensa cuando no se reflexiona mucho, que el pecado mortal tiene demasiadas puertas por donde entrar en nuestra alma.

Lorenza. Nosotras discurriamos, que solamente había una, que es, el quebrantamiento de algún precepto en materia grave y de entidad.

Macaria. He aquí lo que se llama propiamente responder con ingenio y sutileza, y hablar doctamente y con magisterio: pero, por vuestra vida, decidme: ¿qué precepto había violado aquel Siervo negligente, que, atado de piés y manos, fué arrojado á las tinieblas exteriores; (1) aquellas Vírgenes que fueron desechadas del Esposo para siempre jamás; (2) aquel Obispo del Apocalypsi, á quien Dios estaba ya para arrojar ignominiosamente de su boca, porque su corazón no le podía sufrir. (3)

Paulina. Irresistible es, ciertamente, la fuerza de estos ejemplos.

Macaria. Ya veis, cómo no basta examinarse solamente acerca de los pecados de acción.

1 Matth. 22. 13.
2 Ibid. 25. 12.
3 Apoc. 3. 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lorenza. Pues ¿sobre qué mas es necesario examinarse?

Macaria. Sobre los pecados de omisión, y sobre las disposiciones habituales del alma; que son los pecados sobre que es menester examinarse todavía con mayor cuidado; porque muchos mas cristianos se han perdido por este linaje de culpas, que por las de acción.

Lorenza. ¡Ay Dios mío! Pasmada estoy de las cosas que hoy me vas enseñando: en la vida había yo pensado siquiera en eso.

Macaria. Los ejemplos del Siervo perezoso, de las Vírgenes descuidadas; y de aquel Obispo que se había hecho fastidioso á los ojos de Dios, son demasiado claros y terminantes, para que pueda quedar duda en la materia.

Paulina. A la verdad, es así; y por eso estoy muy lejos de dudar: lo que sí me sucede es, estar asombrada.

Macaria. Pues lo que se necesita es, que esa admiración y ese espanto no sean inútiles; sino que tratéis seriamente de aprovecharos de uno y otro.

Lorenza. Muy buen consejo es ese que nos das; mas para ponerle por obra, era menester que supiésemos, qué cosa son esos pecados de omisión, y esas disposiciones habituales del alma.

Macaria. Los pecados de omisión son aquellos de que nos hacemos reos, por no cumplir con nuestras obligaciones, ó por cumplirlas no mas que imperfectamente. Los pecados de disposiciones habituales son,

ciertos hábitos ó constumbres arraigadas en el alma, que haciéndose poco á poco dominantes, llegan á arruinar insensiblemente la caridad: pecados todos, que apenas se echan de ver, á no tener una perspicacia muy grande.

Paulina. Ese modo de explicarnos las cosas, nos instruye, sí; pero no disipa nuestros temores.

Macaria. Pues no, no les deis mas rienda; porque con el socorro de la Divina gracia conoceréis bien todos estos pecados, y conseguiréis impedir que entren en vuestro corazón.

Lorenza. Mas estos pecados son muy temibles.

Macaria. Es verdad que lo son; pero es menester no temerlos de tal modo, que se pierdan las fuerzas que son necesarias para combatirlos.

Paulina. Con oirte esto, vamos poco á poco cobrando alimentos; y se nos excita el deseo de saber, ¿si es tan difícil tener la segunda disposición, como la primera?

Macaria. Difícil no es; pero sí mas rara; porque ¿cuántas personas hay, que siempre conservan alguna secreta afición ó apego al pecado venial?

Lorenza. ¿Es posible, que eso sea así, como lo dices?

Macaria. ¡Ay de mí! Demasiado cierto es!

Paulina. Pues nosotras estamos en la inteligencia de que no conservamos amor á ningún pecado.

Macaria. Si es cierto que no se le conserváis, ¿en qué consiste que le tengáis tanto miramiento, y que no acabéis de desecharle de una vez para siempre!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lorenza. No obstante eso, le detestamos cada y cuando vamos á confesarnos.

Macaria. Yo convengo en que así lo haréis; pero regularmente la boca y la imaginación suelen tener mas parte en esto, que el corazón.

Paulina. Es el caso, que á nosotras nos parece, que le destestamos sinceramente y deveras.

Macaria. Si eso es así, ¿por qué no os separáis de él? ¿Acaso puede nadie guardar por mucho tiempo una cosa que aborrece con sus cinco sentidos?

Lorenza. Estas razones son convenientes, y no es posible contrarrestarlas: pero preguntó: San Francisco de Sales, al propio tiempo que prohibe toda afición al pecado venial, ¿quiere también, que se llegue á comulgar sin esta especie de culpas leves?

Macaria. El Santo no hace mención de eso; y supone, que cada uno procurará no tener pecado venial en ese caso.

Paulina. Pues ¿qué? ¿Sería muy malo comulgar en pecado venial?

Macaria. Por lo que á mí toca, yo te aconsejaría que lo hicieses, sin haber antes procurado con todo esfuerzo purificarte de él.

Lorenza. Díme: ¿y por qué es eso?

Macaria. Porque mientras mas pura está el alma, mas gracia recibe.

Paulina. Una vez que este Sacramento tiene virtud para borrar los pecados veniales, no parece tan precisa aquella diligencia.

Macaria. Concedo que tiene esta virtud: pero no es ese el fin principal, para que este sacramento fue instituido.

Lorenza. ¿Qué ventaja pues, encuentras tú en que se llegue á este Santo Sacramento, sin pecados veniales?

Macaria. Muy grande; porque entónces toda la eficacia de este Sacramento se convierte en aumento de la pureza misma que ya se tenía.

Paulina. Esa razón me parece muy buena, ciertamente.

Macaria. Lo es en efecto; porque como la virtud de este Sacramento es limitada y fija á determinado efecto, si se emplea en una cosa, no puede emplearse en otra.

Lorenza. Instrúyenos ahora, si gustas, acerca de la última disposición, que es, tener gran deseo de comulgar.

Macaria. Esta disposición es indicio y prueba clara de las otras dos.

Paulina. ¿Cómo es eso? Dí.

Macaria. Porque este gran deseo es como una consecuencia natural de la pureza de corazón, y del amor á Jesucristo.

Lorenza. Yo creía, que no se necesitaba mas que concebir este deseo, y que no había cosa mas fácil.

Macaria. Si lo hubiese de ser este un deseo puramente natural, tenías razón para discurir de ese modo; pero aquí se trata de un deseo mucho más excelente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paulina. Pues ¿Cómo debe ser, para que sea conforme tú lo pides?

Macaria. Debe nacer de un corazón puro, y lleno de un ardiente afecto á Jesucristo.

Lorenza. ¿Y qué? ¿Sin eso no habrá absolutamente deseo?

Macaria. Podrá haberle, sí; pero será aquél gran deseo que requiere San Francisco de Sales.

Paulina. siendo esto así; ¿qué disposiciones no se necesitarán para comulgar aun mas frecuentemente, que cada ocho días?

Macaria. ¡Ay de mí! Para eso era menester ser enteramente un Angel y un Serafin: un Angel en pureza; y un Serafin en amor. Más, como eso no es posible en esta vida, San Francisco de Sales pide solamente, que, además de las disposiciones que acabamos de referir, se haya vencido ya la mayor parte de las malas inclinaciones.

Lorenza. ¿De que modo y en qué podrán conocerse estas?

Macaria Consultando á vuestro corazón; oyendo á vuestras amigas; inquiriendo todo lo que aflige al prójimo; lo que á vasotras mismas os sirve de molestia, y lo que pueda desagradar á Dios: Eso es lo que se necesita tener ya destruido por la mayor parte.

Paulina. Bajo de este supuesto, muy pocas personas hay que sean capaces de comulgar frecuentemente.

Macaria. Caso que hay pocas que sean capaces de

eso, podrán llegar á serlo, si trabajan y se aplican á este fin.

Lorenza. Pero será muy costoso este trabajo,

Macaria. No tanto como vosotros pensáis ? pues apenas se ha puesto mano á la obra, cuando todo se allana y facilita.

Paulina. Mucho es lo que con eso nos animas.

Macaria. Pues, como el impulso que manifestáis tener á la Sagrada Comunion, sea sincero; nada se os hará costoso, para procurar disponeros dignamente á ella.

Lorenza. Sostenidas y alentadas con lo que nos has dicho. vamos á trabajar sobre esto con todo el esfuerzo posible: ruega á Dios nuestro Señor, que bendiga nuestras resoluciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conversacion LXXI

SOBRE LA MEDICINA

Melania. Por cierto, estás bien triste y bien abatida: ¿qué es lo que tienes? Dí, si gustas.

Fabiola. ¡Como podré menos de estarlo! ¿Ignoráis acaso, á qué me veo sentenciada?

Melania. ¡Qué! ¿Has caido por ventura en manos de la Justicia?

Fabiola. No por cierto: pero yo no encuentro diferencia alguna entre esto, y entre caer en manos de la Medicina.

Melania. ¿Qué es lo que dices? ¿Tú sabes lo que hablas? ¿Lo has pensado bien? Mira, que esa disposición en que te hallas, toca ya en desesperación.

Fabiola. Tienes razón en eso: y cualquiera desesperaría gustosamente, al mirar delante de sí á los médicos y cirujanos.

Melania. Y ¡qué! ¿Es eso lo que te tiene tan triste y tan abatida? Yo creí, cuando te ví de esa suerte, que todos tus Deudos se acaban de morir repentinamente.

Fabiola. Un medicamento, ó una sangría, os confieso que me afligen casi tanto como todo eso: ¿acaso estamos en este mundo para ser de esa manera despedazadas, ó entregadas á la amargura? A tanta cosa, yo no estimo la vida.

Melania. Permíteme que te hable como amig.; esa es una debilidad muy grande. Seguramente no es la razón la que te hace explicarte de este modo; sino la viva ixpresión de la pena que padeces: ¿dónde está la virtud? Cree que es faltar notablemente á ella, el temer tanto una picadura como de un alfiler, ó un momento de disgusto. ¿Qué? ¿No debes apreciar en algo mas que esto, tu salud?

Fabiola. Yo sí soy amante de la salud; pero no amante á tanta cosa.

Melonia. De esa misma suerte discurria yo cuando niña; mas, después que he dejado de serlo, ya no pienso así, ni me cuesta trabajo resolverme á todo, cuando es menester.

Fabiola. Ese es gran valor, sin duda: ¡qué no tuviera yo tanto entendimiento, para tener tanto ánimo!

Melania. Mucho gusto me da ver, que piensas mejor; y no menos goso, el que te avergüences de tu misma cobardía.

Fabiola. No puedo ocultarla: mi rubor es tan gran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de, como mi flaqueza; pero en adelante quiero ser mas racional, por no ser ya tan pusilánime.

Melania. Según eso, ¿no has de ser, como hasta aquí, enemiga de los remedios; ni tampoco de los que los recetan y ordenan?

Fabiola. No por cierto, siempre que fueren necesarios; pues sí yo te digera, que había de ser amante de ellos, acaso no lo creerías muy bien.

Melania. Cosa bien descaminada sería el amarlos, cuando no fuesen menester: y así yo me daré por muy contenta de que te sujetes á ellos, cuando llegue el caso.

Fabiola. Si no me pides mas que esto, yo me rindo, y te cedo la victoria.

Melonia. Después que estés ya curada y buena, hablaremos acerca de la salud, que será un asunto mas agradable; y entretanto cuenta conmigo como verdadera amiga suya.

Conversacion LXXII

SOBRE LA SALUD.

Alodia. Ahora tenemos que hablar acerca de la *Salud*. Y desde luego confieso ingénuamente lo mismo que pienso: yo no pido ni deseo tampoco vivir largo tiempo; pero sí quisiera mantenerme siempre sana y robusta.

Asela. Yo por mí, uno y otro apetecería.

Atala. ¿Cómo se puede apetecer vivir mucho tiempo en una tierra, donde se vive tan felizmente?

Asela. No sé yo, qué deciros; ello es, que siempre gusta el vivir.

Alodia. Sí; el vivir felizmente.

Asela. Feliz ó infelizmente, yo tengo mucho gusto en vivir.

Atala. Tú no sabes lo que dices: ¿por ventura es vivir felizmente?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de, como mi flaqueza; pero en adelante quiero ser mas racional, por no ser ya tan pusilánime.

Melania. Según eso, ¿no has de ser, como hasta aquí, enemiga de los remedios; ni tampoco de los que los recetan y ordenan?

Fabiola. No por cierto, siempre que fueren necesarios; pues sí yo te digera, que había de ser amante de ellos, acaso no lo creerías muy bien.

Melania. Cosa bien descaminada sería el amarlos, cuando no fuesen menester: y así yo me daré por muy contenta de que te sujetes á ellos, cuando llegue el caso.

Fabiola. Si no me pides mas que esto, yo me rindo, y te cedo la victoria.

Melonia. Después que estés ya curada y buena, hablaremos acerca de la salud, que será un asunto mas agradable; y entretanto cuenta conmigo como verdadera amiga suya.

Conversacion LXXII

SOBRE LA SALUD.

Alodia. Ahora tenemos que hablar acerca de la *Salud*. Y desde luego confieso ingénuamente lo mismo que pienso: yo no pido ni deseo tampoco vivir largo tiempo; pero sí quisiera mantenerme siempre sana y robusta.

Asela. Yo por mí, uno y otro apetecería.

Atala. ¿Cómo se puede apetecer vivir mucho tiempo en una tierra, donde se vive tan felizmente?

Asela. No sé yo, qué deciros; ello es, que siempre gusta el vivir.

Alodia. Sí; el vivir felizmente.

Asela. Feliz ó infelizmente, yo tengo mucho gusto en vivir.

Atala. Tú no sabes lo que dices: ¿por ventura es vivir felizmente?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asela. Es verdad; mas el placer de vivir, prepondera á todo lo demás.

Alodia. Creedme; pensad solamente en vivir sanas; y será mayor vuestra complacencia.

Asela. Decidme: y ¿por qué deseáis con tanto anhelo vivir sanas?

Atala. Lo primero, para estar en parage de poder trabajar útilmente.

Asela. Veo, que ese es un motivo muy racional.

Alodia. Lo es en efecto: porque cuando no hay salud, ¿para qué será nadie bueno?

Asela. Verdaderamente, que cualquiera es entónces molesto para así, y todavía mas para otros.

Atala. Eso sí me hace fuerza; pero aún me la hace mas el ver, que es inútil para todo el mundo.

Asela. ¿Y sólo eso es lo que te hace fuerza en la falta de salud?

Alodia. También me la hace el verme, una vez perdida la salud, en precisión de caer en manos de los Médicos,

Asela. Pero es un bien no pequeño el hallar semejante socorro en una enfermedad.

Atala. ¡Ah! ¿Qué bien había de ser ese?

Asela. Sí por cierto; es un verdadero bien.

Alodia. Pues yo te le cedo gustosa á tí, y á otra cualquiera que quisiere tomarle.

Asela. Es que has de saber, que Dios es quien crió

la Medicina, y el que nos ordena, que obedezcamos al Médico [1].

Atala. Verdad es eso; pero no nos manda Dios, que tengamos necesidad de él; y así nos permite, que hagamos todo cuanto pudieremos por pasarnos sin él.

Asela. ¡Dichoso cualquiera que pudiera pasarse sin él!

Alodia. Cuando nosotras manifestamos tan vivos deseos de tener salud, no lo hacémos porque miremos con ojeriza á la Medicina ni á los Médicos.

Asela. Pues ¿por qué razones?

Atala. Si es que no las ves, por lo menos debes conocerlas: lo que es por mí, yo entendería de buena gana, que cuando Dios habló en esos términos de la Medicina y de los Médicos, no estaban las cosas en el pie que hoy en día.

Asela. Y ¿sobre qué pie están ahora?

Alodia. ¡Ay de mí! Hoy en día casi tanto querría cualquiera morirse, como caer en sus manos.

Asela. Esa ya es mucha ponderación; y aun es una expresión descompasada.

Atala. Pues ¿no estás viendo, que para haber de curar ó sanar en sus manos, es necesario verse antes casi reducidas á ir á la sepultura?

Asela. Según eso verosímilmente es su severidad, y no su arte, la que vosotras desaprováis.

---

1 Eccli. 38. 1. seqq.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alodia. Tú lo has dicho: no es otra cosa: su arte es buena, y aun necesaria; mas en el día no se como se maneja.

Asela. No os admiréis de eso; pues en el día es moda la severidad.

Atala. Sealo todo cuanto tu quisieres; pero semejante moda no es posible que agrade á los pobres pacientes.

Asela. A lo que yo veo, probablemente quisieráis vosotras unos Médicos, que os curaran sin debilitaros, y sin haceros mal alguno.

Alodia. Sí, cierto; así lo quería yo; y les llamaría entónces buenos y sabios Médicos.

Asela. Según nos explicáis, será menester mandarlos pintar apropósito para vosotras.

Atala. No pedimos tanto, por tu vida; pero á lo menos busquemos algunos medios, para ver si podemos pasar sin ellos enteramente.

Asela. Como vosotras déis con estos medios, no tendré el menor reparo en alistarme y ser de vuestro partido.

Alodia. Finalmente, hay personas que en toda su vida han necesitado echar mano del Médico.

Asela. Yo quisiera ser como ellas; enséñame ese importante secreto.

Atala. Lo primero, es menester que tengas un buen temperamento ó complexción; pues sin este cimiento es difícil levantar muy alto el edificio de la salud.

Asela. Desde luego empiezas por una cosa, que no

pende de nosotras: eso sería bueno, si estubiese en nuestra mano el escogernos ese buen temperamento.

Alodia. Hablas en eso ciertamente con la mayor cordura; mas lo que no admite duda es, que sin una buena complexción no podéis contar con una salud robusta.

Asela. ¿Con qué no siendo bueno el temperamento no hacemos nada?

Atala. Pues ¿cómo queréis fundar nada bueno sobre unos fundamentos ruinosos?

Asela. Eso si me aflige á mí bastante.

Alodia. Pero esto se entiende respecto de aquellas personas que no tienen buena complexción: mas la vuestra, sí es muy buena, á Dios gracias.

Asela. ¿Luego sobre éste cimiento ya se podrá edificar sin recelo alguno?

Atala. Sí no tenéis mas que ponerlo por obra.

Asela. Dínos que es necesario para eso.

Alodia. Temed á Dios en primer lugar; y amadle en primer lugar y amadle con todas vuestras fuerzas.

Asela. Y ¿qué tiene que ver esto con la salud?

Atala. Vedlo claro: que el temor de Dios y su amor nos impiden el pecar; y el pecado es causa de muchas enfermedades (1)

Asela. Verosimilmente por esa razón Jesucristo nuestro Señor, perdonaba anses los pecados á aquellos

1 Job 20. 11, etc. Eccli. 19. 3. Véase á Du-Hamel.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á quienes quería curar; y después de curados ya, les decía: "Id en paz, y ya no pequéis" (1)

Alodia. Sin duda, tu has dicho aquello, por aquello, para hacernos entender esta verdad.

Asela. ¿Con qué será muy importante recurir á la Penitencia, en etsando enfermas?

Atala. Por ahí es menester comenzar; con tal que al propio tiempo se cuide de reparar ó resarcir el mal que se hubiere hecho, y el agravio que se pudiere haber causado próximo.

Asela. ¿Qué? ¿No bastará pedir perdon?

Alodia. No; es menester, además de eso hacer las restituciones necesarias: y como muchas veces no se hacen debidamente, por eso muchos enfermos ó no sanan, ó tardan mucho en conseguirlo.

Asela. Eso es sin duda, lo que hace tan defectuosa y tan falible á la Medicina; y lo que embota y enerva la eficacia de los remedios mas selectos.

Atala. No busquéis otra causa de su falibilidad.

Asela. A lo que te oimos decir, ¿será preciso guardarse mucho de pecar si es que se desea conservar la salud?

Alodia. Sí; pues por muy buen regimen de vida que guardéis, si ofendieréis á Dios, os esponéis á que os castigue con dolencias y males, caso que no haga de de otra suerte.

1 Jonn. 5. 14: 8. 11, etc alib.

Asela. Con todo eso, hay no pocas personas de estragada conducta, que disfrutan Salud; al paso que otras, que son virtuosísimas, padecen mil achaques.

Atala. No os detengáis en esos ejemplos, que ciertamente son ecepciones de la regla general fuera de que, lo que hasta aquí no les hubiere sucedido, podrá acontecerles en adelante.

Asela. Bien está eso; pero tu respuesta nada dice tocante á aquellas personas que siendo virtuosas, carecen de Salud.

Alodia. Caso que esto no sea un castigo de sus pasadas culpas, es á lo menos, para exitar su paciencia; ó para que por este medio merezcan mayor corona en el cielo.

Asela. Yo por mí, pondré una atención muy particular sobre todas estas razones: continúa por tu vida.

Atala. Os he dicho ya lo principal; porque la salud depende mucho mas de la bendición de Dios que de todos cuantos esmeros podáis emplear en su conservación.

Asela. Bien se yo, que la salud es un don de Dios; mas tampoco ignoro, que Dios quiere que cuidemos mucho de conservarla.

Alodia. De eso mismo estamos persuadidas, igualmente que tú; pero antes de hablarte acerca de la atención que se debe tener con la salud nos falta aun alguna cosa que decirte.

Asela. Hablad en hora buena; que yo pronta estoy á escucharos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Atala. Con una cosa has de tener también cuidado.

Asela. ¿Cuál es ella?

Aladia. Es sobre el modo con que has de recibir el Cuerpo de Jesucristo en la Santa Comunión.

Asela. Pues ¿qué? ¿Tiene esto alguna conexión con la Salud?

Atala. Sí, muy grande; puesto que San Pablo (1) nos asegura, que ya en su tiempo había muchos enfermos y débiles, y que aun morían muchos, por falta de dicernimiento, y por el poco respeto, con que miraban y recibían el Cuerpo del Señor.

Asela. Ahora ya percibo yo la relación que tienen estas dos cosas.

Alodia. Conocedla á fondo; y aplicad de hoy mas toda vuestra atención, para recibir bien y dignamente este preciosísimo Cuerpo.

Asela. Las enfermedades, los desfallecimientos, y aun la muerte misma, ¿son por ventura algunas veces castigo de las comuniones sacrílegas y mal hechas?

Atala. El Apóstol mismo es quien así lo asegura: no se os pudiera citar una autoridad mayor ni mas grave.

Asela. Bien merece esto meditarse despacio.

Alodia. Haceos también cargo, si queréis, de que si las comuniones indignas son causa de todos estos ma-

1 Cor 11, 30

les las Comuniones bien hechas producen efectos muy contrarios.

Asela. ¿Qué quieres decir con eso?

Atala. Lo que quiero decir es, que las Comuniones bien hechas ahuyentan los males, la debilidad y la muerte misma, cuando conviene así á la Salud del enfermo.

Asela. Esas sí, que son unas ventajas muy grandes, y en las cuales yo antes no pensaba.

Alodia. Sin embargo, son bien acreedoras á que se piense mucho en ellas.

Asela. Y ¿cómo se hace eso por tu vida?

Atala. Velo aquí, y es muy fácil entenderlo; porque si Jesucristo en la Sagrada Eucaristía comunica á nuestros cuerpos su inmortalidad para la vida futura; ¿cómo no lés comunicará Salud, robustez y vigor para la vida presente?

Asela. Encantada estoy de oir explicar estas cosas con tanto primor: pasemos ahora la atención y esmero que se debe poner en la conservación de la Salud.

Alodia. De muy buena gana; pero con vuestro permiso, iré antes á decir una palabra á cierta persona; que dentro de un instante seré con vosotras.

Asela. Yo aquí te aguardo á pie quedo; pero hazme el gusto de no aprasurarte por mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conversacion LXXIII

SE CONTINÚA LA ANTECEDENTE SOBRE LA SALUD

Atala. Cuando tú gustares, proseguiremos nuestra conversacion acerca de la salud.

Asela. Tan contenta estoy yo con que se haya principiado esta nuestra conversacion, que aspiro con todo anhelo á lo restante de ella.

Alodia. Y ¿Qué mas queréis saber?

Asela. Qué es lo que nos queda que hacer, para conservar la Salud.

Atala. Pues ante todas cosas es necesario que no os escuchéis ni tengáis demasiada contemplación con vosotras mismas; y que dejáis pasar una porción de pequeños accidentes y quebrantos, que suelen experimentar aun las personas de mayor robustez, no haciendo caso de ellos.

Asela. Un poco severa me parece esta primera lección.

Alodia. Si por ventura sois de aquellas, que á cada instante se toman el pulso, no esperéis jamás gozar buena Salud; pues por cualquiera friolera llaman al Médico; y éste de una ligera indisposición suele hacer una enfermedad seria y grave.

Asela. Bien veo las consecuencias que trae consigo esta demasiada delicadeza.

Atala. Pues si las conocéis, evitadlas con todo cuidado; porque semejantes personas se imaginan estar malas á todas horas, aun cuando suelen estar mejores.

Asela. Desde ahora tomo la resolución de huis de este escollo.

Alodia. Además de lo dicho, os habéis de acostumbrar, todo lo mas que podáis, al trabajo y la faena, no apoltronandoos ni cuidandoos con demasiado esmero, sino racionalmente; pues por este medio adquiriréis una Salud fuerte y robusta.

Asela. Con que ¿tú no quieres ni apruebas eso de tener mamparas, vidrieras y contravidrieras, puertas y contrapuertas?

Atala. Creedme; todos y todas las que se crian entre pluma-viva, y entre huecos y blandos algodones no pueden menos de gastar una Salud muy enfermiza.

Asela. Yo creía, que antes bien, todo eso contri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buiría no poco, para tener una buena Salud, y que la conservaría por mucho tiempo.

Alodia. Al contrario; eso es lo que la arruina y la pierde; y por lo mismo conviene mucho el hacerse á experimentar algún tanto el rigor de las estaciones.

Asela. He haquí unos documentos muy nuevos para mí.

Atala. Os habéis de aconstumbrar tambien á unos alimentos simples y groceros; porque los manjares delicados jamas producen sino una Salud muy debil y muy achacosa.

Asela Yo así lo comprendo; y me conformo sin dificultad con lo que dices.

Alodia. No basta eso; es menester asimismo, viviendo de esta suerte no tomar á ninguna hora mas que aquello que sea necesario para mantener la Salud, y no otra cosa.

Asela. Eso ya es mas difícil.

Atala. Pues no véis que si dáis á vuestro estómago mayor tarea de la que puede, llevar os esponéis á arruinarle, y hacer en él un depósito de humores, que en llegando á corromperse, os causrán inevitablemente varias enfermedades y dolencias?

Asela. ¿Con qué seaá necesario comer y beber con peso y medida?

Alodia no se necesita tanto: pues cualquiera persona acostumbrada á una vida simple y frugal ó templada, conoce, sin necesidad de peso ni medida, en donde ha de detenerse.

Asela. Y si por casualidad llega á exederse de esta regla?

Atala. Siempre que este sea un ligero exceso, y que suceda una rara vez, nada hay que temer; porque le queda el arbitrio de poder cercenar á la siguiente comida, aquello en que conoce se excedió en la antecedente.

Asela. ¿No hay ya mas que observar tocante al uso del alimento?

Alodia. También es menester no usar mas que de alimentos provechosos y convenientes al estómago de cada uno.

Asela. Pero ¿y si las personas que nos acompañan, se empeñan alguna vez en que lo hagamos de otro modo?

Atala Siempre es menester recibir con estimación agasajo lo que os dieren; pero dejadlo con disimulo sobre el plato; y si os estrecharen á que lo comáis, deberéis hacerlo sin hablar palabra; sí bien con mucha moderación.

Asela. ¿Y si ello fuere perjudicial á la salud?

Alodia. Lo que se come una sola vez, como de paso y con moderación nunca puede hacer daño, á lo menos notablemente.

Asela. Te agradezco mucho todas estas lecciones.

Atala. Igualmente es necesario, en cuanto tengáis arbitrio, comer siempre á unas mismas horas: y no permitiros jamás, á no haber un motivo justo, el tomar nada fuera de ellas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asela. Este punto poca ó ninguna fuerza me hará porque yo estoy muy aconstumbada á eso.

Alodia. Aconstumbraos tambien á costaros y á levantaros todos los días á una misma hora; porque no hay cosa que contribuya tanto á la buena salud como el guardar orden y regla fija.

Asela. Pero ¿y de qué manera se ha de trabajar por el día?

Atala. Habéis de evitar todo cuanto pudieréis, el apresuramiento y la precipitación; haciendo cada cosa como si no hubiese mas que hacer, y como si ninguna otra se hubiese de seguir despues de aquella: de esta manera todo lo haréis bien y jamás alteraréis vuestra Salud.

Asela. Mas ¿cómo es posible trabajar con sorna cuando hay alguna priesa?

Alodia. El verdadero modo de trabajar apriesa, es trabajar espacio.

Asela. Ya oigo lo que dices pero á fé mía no lo entiendo.

Atala. No tienes mas que observar á dos personas cuando estén trabajando; de las cuales la una vaya muy espacio y la otra se precipite: verás al fin, que la primera ha hecho mas labor y hacienda que la otra.

Asela. Mas antes quiero creerte sobre este particular, que hacer la prueba.

Alodia. Juntad á todas estas reglas el cuidado de

evitar el exceso en todas las cosas; no solamente en la comida y bebida, como ya os he dicho, sino también en el descanso y en el trabajo; en el sueño y en la vigilia; en el gozo y en la tristeza; en los recreos y en las mortificaciones; en una palabra, en todo.

Asela. Sin duda con esto has dicho ya todo cuanto tenías que decir.

Atala. Aun tengo una cosa de grande importancia que recomendaros.

Asela. Y ¿cuál es? Dí: ¿es posible que, después de habernos dicho tanto, te quede todavía alguna cosa?

Alodia. Vedla aquí: oidla bien, y practicadla mejor: esto es, que desterréis lejos de vosotras la melancolía y la tristeza; porque no hay cosa mas opuesta á la Salud (1).

Asela. Eso fuera bueno, si dependiese de nosotras.

Atala. Decidme os ruego: ¿de qué sirve la tristeza; y si se ha visto jamás ningún buen efecto suyo?

Asela. Yo bien sé, que no sirve mas que para atormentarnos; y que nunca ha sido capaz de mudar en nada el semblante de las cosas.

Alodia. Pues por tu misma boca te condeno yo ahora: ¿por qué pues te entregas á ella?

Asela. Bien quisiera yo no hacerlo así; pero no puedo.

1 Prov. 17. 22. etc. 25. 20., etc. Eccli. 25. 17., etc. 30. 25. alibique.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Atala. Vosotras pudieráis, si consultaséis á vuestra Fé y os condujeséis en todas las cosas por su luz.

Asela. Es verdad que la tristeza no es capaz de remediar nada.

Alodia. Luego ¿cuánto mejor y mas acertado será, que adoréis á Dios en todos los acontecimientos, y que os sometáis humildemente á sus santas disposiciones?

Asela. Eso es sin duda lo que debiera hacerse, y no se hace.

Atala. Pues entónces, ya se deja de obrar como corresponde á un cristiano que reconoce á Dios por Autor de todo cuanto sucede, á ecepción del pecado; y aun como racional, que sabe y le consta por las luces de la razón, que la tristeza no puede precaver ni remediar mal ninguno.

Asela. Con que ¿es una simpleza grande el dejarse apoderar de la tristeza?

Alodia. No se yo que haya en este mundo mas que una sola cosa que deba apesadumbranos, que es el pecado; y aun esta pesadumbre ó tristeza, como venga de parte del Espíritu Santo, siempre es moderada, y se convierte muy presto en paz y consolación.

Asela. Y cuando falta el sustento necesario, ó se está en vísperas de carecer de él, ¿no sería éste un justo motivo de apesadumbrarse?

Atala. Como yo no dejo de ser compasiva, os disimularía esto, en caso de que la tristeza diese pan cuando no le hay, ó proporcionarse en tenerle cuando

está para faltar: mas como la tristeza nunca produce estos efectos, no os aconsejo, que aun en este caso os entreguéis á ella.

Asela. Pues ¿qué se ha de hacer entónces?

Alodia. Recurrir á Dios, que jamás desampara á los que verdaderamente confían en su Providencia y que emplean fielmente los talentos que el Señor les ha dado en adquirirse el sustento que necesitan.

Asela. Mas al cabo, de algún alivio y consuelo sirve el entristecerse.

Atala. ¡Qué alivio ni que consuelo puede ser para nadie, el anegarse en un abismo de pesar!

Asela. Pues enséñanos algun otro medio.

Alodia. Ya os he dicho, que os arrojéis confiadamente entre los brazos del Señor (1), suplicándole, que acuda á socorreros: y para no tentarle, echad mano de todos aquellos medios que su Majestad os ha dado, para que os ayudéis á vosotras mismas.

Asela. Bien quisiera yo poner en práctica esta última lección.

Atala. Pues como no lo ejecutéis así, no os prometo que disfrutéis de cabal Salud; porque la tristeza ha quitado mas vidas que la espada.

Asela. Con que en haciendo todas estas cosas, ¿podremos contar con tener una buena Salud?

Alodia. Si, con la ayuda de Dios y su bendición; pues esto es lo que siempre habéis de mirar principalmente.

1 Psalm. 54. 23. 1. Peter. 5. 7. etc alib.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asela. Esto es también lo que yo no cesaré de pedir á Dios, y esperarlo de su bondad, para ponerme en estado de poderle servir bien, y de merecer por este medio gozar, después de esta vida, de la Salud eterna en la otra.

Atala. Ved ahí al propio tiempo el fin que os habéis de proponer en la conservación de la Salud.

Asela. Ese mismo objeto es el que yo quiero también proponerme, y no simplemente el de disfrutar una Salud robusta.

Alodia. Unas disposiciones como esas nos edifican y consuelan.

Asela. Deseo, no obstante, para mostrarme agradecida, como debo, á vuesras instrucciones, poder emplearla también en todo aquello que contemplaréis os pueda ser útil.

Atala. Nunca esperábamos menos de una persona de tu virtud y urbanidad.

Conversacion LXXIV

Sobre la Muerte.

Serápia. Condescendemos con toda prontitud á tus deseos.

Rogata. En ello, ciertamente me haceis mucho favor y agasajo; pues me hallo en una perplexidad muy grande.

Tálida. ¿Cuál podrá ser la causa de tu irresolución?

Rogata. No es otra, que el pensamiento de la Muerte: yo veo que mis mas caras y estimadas amigas se están muriendo todos los días; y así, al verlas partir de esta vida, pienso que ha de llegar muy presto mi vez; y este pensamiento me pone en el estado en que me veis.

Serápia. El caso es, que por mucho consuelo que podamos darte; esto no es capaz de impedirte la Muer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asela. Esto es también lo que yo no cesaré de pedir á Dios, y esperarlo de su bondad, para ponerme en estado de poderle servir bien, y de merecer por este medio gozar, después de esta vida, de la Salud eterna en la otra.

Atala. Ved ahí al propio tiempo el fin que os habéis de proponer en la conservación de la Salud.

Asela. Ese mismo objeto es el que yo quiero también proponerme, y no simplemente el de disfrutar una Salud robusta.

Alodia. Unas disposiciones como esas nos edifican y consuelan.

Asela. Deseo, no obstante, para mostrarme agradecida, como debo, á vuesras instrucciones, poder emplearla también en todo aquello que contemplaréis os pueda ser útil.

Atala. Nunca esperábamos menos de una persona de tu virtud y urbanidad.

Conversacion LXXIV

Sobre la Muerte.

Serápia. Condescendemos con toda prontitud á tus deseos.

Rogata. En ello, ciertamente me haceis mucho favor y agasajo; pues me hallo en una perplexidad muy grande.

Tálida. ¿Cuál podrá ser la causa de tu irresolución?

Rogata. No es otra, que el pensamiento de la Muerte: yo veo que mis mas caras y estimadas amigas se están muriendo todos los días; y así, al verlas partir de esta vida, pienso que ha de llegar muy presto mi vez; y este pensamiento me pone en el estado en que me veis.

Serápia. El caso es, que por mucho consuelo que podamos darte; esto no es capaz de impedirte la Muer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te: tarde, ó temprano, forzosamente ha de sucederte á tí lo mismo que vez está pasando por las demás.

Rogata. Con todo, yo desearía me dieséis algún consuelo; porque con solo pensar en la Muerte, me estremezco toda; y absolutamente yo no puedo resolverme á morir.

Tálida. Sin embargo, es preciso que te resuelvas á ello; puesto que nadie, nadie está excento de esta ley, ni aun los Reyes, ni nada de cuanto hay mas respetable en el Mundo.

Rogata. Me falta muy poco para desfallecer enteramente, cada vez que pienso en eso, y para entregarme á la desesperación.

Serápia. Ese ya es demasiado extremo: á lo que veo: tú quisieras vivir siempre; ¿nó es esto?

Rogata. Sí; y cómo que quisiera.

Tálida. Ya; pero ¿piénsas bien lo que dices?

Rogata. Sí; bien pensado lo tengo.

Serápia. Pues yo digo, que no lo piensas bien: y aun añado, que si la Muerte no viniera por sus pasos contados, serás tú la primera en llamarla.

Rogata. ¿Llamarla yó? No, en la vida: el pensarlo solamente, me horroriza.

Tálida. Ahora, que estás gozando deliciosamente de la vida, bien creó yó, que no la llamarás; pero dentro de algunos años te hallarías bien impaciente, si no viniese.

Rogata. No os canséis; yó jamás la llamaré.

Serápia. Creedme, esa es exageración tuya: tiempo

vendrá, en el pensamiento de la Muerte te dará tanto gusto, como horror te causa ahora.

Rogata. ¿Darme gusto á mí el pensamiento de la Muerte? ¡Oh! No sabes lo que se te dices.

Tálida. Perdona, que bien sé lo que me digo.

Rogata. Pues en amistad díme: ¿Cuándo llegará ese tiempo?

Serápia. Cuando la Muerte, una vez que haya empezado ya á tentarte la mano, te haya arrancado los cabellos, los ojos y los dientes, en todo ó en partes; cuando te vaya dejando hundidas las mejillas, y arrugada la cara; cuando de tí hubiere ahuyentado el sueño y las ganas de comer; cuando, en fin, te haya reducido á una tal debilidad y falta de fuerzas, que te harás fastidiosa á tí misma, y molesta á las demás.

Rogata. Es que entónces como entónces, y ahora como ahora: yo lo que quiero es vivir; y así, es una cosa insufrible para mí, que me hablen de la Muerte.

Tálida. Hablar de ese modo, es hablar sin juicio; es, en sumo, renunciar á aquella hermosa antorcha, que puso Dios en nuestra alma, para que la alumbrase y condujese con toda seguridad.

Rogata. Fuera de eso; ¿para qué es morir? Mas cuenta nos tuviera no haber nacido.

Serápia. Has de saber, que fué un efecto de la infinita misericordia de Dios el haber condenado al hombre á morir, después que pecó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rogata. ¿Misericordia? Dí mas bien justicia y lo aciertas.

Tálida. Yo digo, que mas bien fué misericordia, que justicia.

Rogata. Tú lo dices, y yo bien lo oigo; mas no lo concibo.

Serépia, ¡Ah! pues si el hombre, en medio de la miseria á que fué reducido por el pecado, no debiera morir, sería este el mayor castigo para él.

Rogata. Eso no puede ser; puesto que la muerte misma es todavía un castigo mucho mayor

Tálida. No hay tal, con tu licencia; pues ella es el fin de todos los males de esta vida.

Rogota. Convengo en eso; pero ¡qué cosa tan triste, acabar todos los males de esta vida con un mal todavía mayor que todos ellos!

Serápia. Este es un mal grande, á la verdad; pero en alguna manera deja de ser mal, cuando él da fin á todos los otros males.

Rogata. Mas insoportable aún es ese remedio, que el mismo mal.

Tálida. Sí, según la preocupación en que tú estás; mas no porque sea verdad en sí.

Rogata. ¡Qué! El no existir ya; el no ver, ni oir, ni hablar, ni sentir, ni obrar; el estar sin moviento alguno, pálida y desfigurada; y exhalar un hedor de podredumbre, que hace que luego que se nos ha amortajado y sacado afuera, se den prisa por llevarnos cuanto antes á enterrar; ¿os parece todavía poco?

Serápia. Pues aquí es donde la Fé, si es que la tienes, ha de acudir á socorrerte.

Rogata. Tú te explicas como si dudases, que yo tengo Fé.

Tálida. Cuántas respuestas nos has dado hasta ahora, merecen justamente que se dude.

Rogata. No, no hay que dudar, os ruego; yo hago profesión de ser Cristiana.

Serápia. Permíteme te diga, que nada de eso se echa de ver en tus palabras.

Rogata. ¿De qué modo, pues, se ha de hablar, para explicarse como Cristiana?

Tálida. Es necesario hablar de la Muerte, como de una misericordia que Dios ejerce justísimamente con el pecador; y considerarla también como materia muy á propósito para una penitencia sumamente meritoria.

Rogata. ¿Con qué vosotras queréis que una no piense ni haga caso de su cuerpo, y que le entregue desapiadadamente á los gusanos y á la podredumbre?

Serápia. Que hagas aprecio de él, ó no le hagas, no por eso ha de dejar de sucederte puntualmente así: con que mejor cuenta te tendrá hacer de esto mismo la materia de una penitencia, que sera muy meritoria ante Dios.

Rogata. ¿Por ventura un cádaver desfigurado y hediondo puede ser materia de una penitencia muy meritoria?

Tálida. Sí; por la aceptación voluntaria y resignada que se hace de este estado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rogata. ¡Qué! ¿No es bastante el haber de venir á parar á un estado tan abatido; sino que también se ha de hacer de esto una aceptación voluntaria?

Serápia. Sí; si es que quieres que esto te sirva de penitencia á los ojos de Dios.

Rogata. ¡Oh! ¡Qué cosa tan dura!

Tálida. ¿Vuelves otra vez á incurrir en tu antiguo modo de hablar pagano, después de habernos asegurado que hacías profesión de ser cristiana?

Rogata. Con todo eso, yo no quisiera volver á caer en semejante defecto, antes bien, me desdigo de ello enteramente, y lo detesto de corazón.

Serápia. Pues admite de una vez los piadosos sentimientos, que yo te voy sugiriendo; y acepta voluntariamente ese estado, con intención de que te sirva de materia para una penitencia sumamente agradable á Dios.

Rogata. Enseñadme vosotras á hacer esta aceptación voluntaria.

Tálida. Ante todas cosas, has de sentir gustosamente en que que tu alma sea separada de tu cuerpo, en castigo de los pecados que ella hubiere cometido, siguiendo mas bien las desordenadas inclinaciones de este mismo cuerpo, que la voluntad de Dios.

Rogata. Ese primer paso que me pedís, hallo que es muy justo; pero ¡cuán costoso me es!

Serápia. Después de eso, has de consentir también en que este cuerpo, en castigo de su orgullo y ambición, sea entregado á la tierra, y luego pisoteado.

Rogata. También conozco, que esta disposición es muy razonable; mas no por eso puedo negar, que se me hace igualmente costosa.

Tálida. Has de consentir además de esto, en que, por el amor desarreglado que has tenido á tu cuerpo, y el excesivo cuidado que has puesto en concederle sus gustos y comodidades, sea convertido en hediondez, y venga á ser pasto de gusanos.

Rogata. Gran dificultad me cuesta el subscribir á todo eso; no obstante, yo hallo que es muy justo.

Serápia. Consentirás asimismo en que, por el demasiado apego que has tenido á los bienes perecederos de este mundo, y á las criaturas; y por el abuso enorme que de todo ello has hecho; te sean ya quitadas y alejadas de tí.

Rogata. Aun esto no me parece tan sensible; y así, de buena gana me resuelvo á ello.

Tálida. Fuera de lo dicho, has de aceptar, en castigo del olvido en que tú has vivido de Dios, el olvido en que á tí se te echará después de tu Muerte.

Rogata. Yo encuentro, que todo eso es mucha razón; y por tanto, también me someto á ello con toda voluntad.

Serápia. Todavía no lo he dicho todo: aceptarás al propio tiempo, el verte privada de toda sensación ó ejercicio de los sentidos, en pena de haberte servido de todos ellos, para ofender á Dios.

Rogata. Igualmente cedo con gusto á todo eso; porque veo claramente la justicia con que se nos pide.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tálida. Aún tengo otro sacrificio que proponerte: y es, que consientas en quedar hecha por la Muerte un objeto horroroso á las criaturas, en castigo de haber tú solicitado tantas veces el complacerlas á ellas.

Rogata. Y ¿qué? ¿Abrazando una todos estos humil les sentimientos, podrá hacer con su Muerte una penitencia agradable á los Divinos Ojos?

Serápia. Sí; y todos los que Mueren sin estos sentimientos, se hacen á sí mismos un perjuicio muy grande.

Rogata. ¡Ay de mí! ¡Pues la mayor parte de los moribundos no piensan en aquel trance, mas que en su mal; y casi no atienden á ninguna de estas cosas!

Tálida. Ese nace de que la mayor parte de los cristianos no están bien imbuidos en los sentimientos de la Religión que profesan.

Rogata. Pero algunas personas instruidas, caritativas y celosas debieran sugerírselos.

Serápia. No; esto no es en lo que se suele faltar regularmente; pero cuando la continuación y el hábito de estos religiosos sentimientos no está arraigada en el corazón, el mal hace que aquellos olviden muy presto cuanto pudieran escuchar de mejor y mas piadoso.

Rogata. Y os suplico encarecidamente, que cuando me vieres en este momento tan terrible, me recordéis todo eso.

Tálida. Así te prometo hacerlo; pero todavía quiero decirte otra cosa, aun mas particular.

Rogata. Pues yo no alcanzo que haya nada absolutamente, que lo sea mas, que lo que me has dicho.

Serápia. Con tu permiso, si lo hay: no solo puedes hacer de tu muerte la materia de una penitencia singularmente meritoria; sino que tanbién puedes servirte de ella, para glorificar á Dios de modo muy excelente.

Rogata. Enseñame cómo; pues ya me muero de ancia por saberlo.

Tálida. Como en Dios se hallan los atributos de Eternidad, Grandeza infinita, Magestad sublime, y una Misericordia y una Justicia sin límites; puedes muy bien con tu Muerte rendir vasallage á todas estas Perfecciones Divinas.

Rogata. ¿Dequé modo podré con mi muerte tributar homenage á la eternidad de Dios?

Serápia. Conformándote gustosa con no existir ya, ni ser lo que ahora eres, porque solo Dios subsista siempre y sea eterno.

Rogata ¿Lo propio dices tocante á la grandeza infinita de Dios?

Tálida. Si; puedes hacerla este mismo obsequio, mostrando tu voluntad de volverte en algun modo al estado de la nada en cuanto á una parte de tí misma, que es el cuerpo; porque solo Dios sea el grande.

Rogata. Y ¿cómo podré rendir mi homenage por medio de mi muerte, á la alta majestad de Dios?

Serápia. Consintiendo con todo gusto en verse reducida al est.do de humillación á que nos conduce

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la muerte á todos; porque su magestad toda sea reconocida por tal.

Rogata Y ¿le qué modo podré con mi muerte tributar vasallage á la Justicia Divina?

Tálida. Satisfaciéndola completamente, por medio de la destrucción entera y voluntaria de tu cuerpo.

Rogata. ¿Cómo podrá verificarse, que yo con mi muerte hago homenage á la misericordia de Dios?

Serápia. Porque habiéndo la Justicia Divina ejercido todos sus derechos sobre tí con la Muerte; deja lugar á la Misericordia, para que ejersa también los suyos contigo, en toda su exsención.

Rogata. Al paso que admiro todas esas cosas tan preciosas que me vais diciéndo, me ocurre al pensamiento, que muriendo, es mucho lo que perdemos; ¿no es así?

Tálida. Respecto de los desdichados pecadores, es verdad eso; mas no respecto de los justos.

Rogata. Eso aumenta todavia mas mi admiración.

Serápia. La verdad es que solamente los malos son los que muriendo. pierden mucho.

Rogata. Con todo eso, tanto unos como otros, pierden igualmente la vida, la Hacienda, los Parientes,, los los amigos, y el mundo entero.

Tálida. Mas con esta diferencia; que los malos pierden todo eso sin recurso ni provecho; en lugar que los justos no hacen mas que trocar todo eso en una cosa, que es incomparablemente mejor que la que dejan.

Rogata. Despues de todo, tampoco los malos pierden en cierto sentido todas las cosas; supuesto que no las necesitan.

Serápia. Aunque no tengan la misma necesidad que en vida, sin embargo, las aman y las apetecen siempre, como antes: viniendo á ser para ellos la privación de estas cosas, uno de los mayores suplicios que padecen.

Rogata. Yo creía, que después de la muerte se miraban con la mayor indiferencia todas estas cosas.

Tálida. Contempla si acaso eso es verdad, en el ejemplo del rico avariento; el cual, no pudiendo ya disfrutar nada de cuanto poseía en este mundo limitaba todos sus deseos á una gota de agua, que al cabo no pudo conseguir (1).

Rogata. ¿Luego si él hubiese tenido arbitrio, apeteciera todavia aquellos mismos vinos exquisitos, y aquellos mismos manjares deliciosos que se servían á su mesa?

Serápia. Sin duda; y si él no pedía sino una gota de agua, y consideraba todavía con eso una gran felicidad en el extremado rigor de sus tormentos, era porque veía que sería inútil pedir todas aquellas cosas.

Rogata. Finalmente, yo creía, que ninguna cosa de este mundo se apetecía ya después de la Muerte.

---

1 Luc 16.24. 25.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tálida. En eso te engañas seguramente; porque si se apetece, y si se ama siempre lo que se ha apetecido y amado en este mundo; pues no porque el alma se aparte del cuerpo y del mundo, deja por eso sus deseos y sus inclinaciones.

Rogata. Con que ¿será un cruel suplicio verse en una imposibilidad eterna de poder jamás satisfacer ninguno de sus dseos ni de sus inclinaciones?

Serápia. Aunque los repróbos no tubiesen por toda la eternidad mas suplicio que este, estarían bastante atormentados; pero el caso es, que éste no es mas que el menor de sus suplicios

Rogata. Y por lo que mira á todos estos deseos é inclinaciones, ¿nó sucede lo propio con los Justos? ¿no los llevan tambien consigo?

Tálida. Sí; mas como su deseo y su inclinación dominante era Dios; una vez saciado plenamente este deseo y esta inclinación, estan del todo contentos y no apetecen nada; porque encuentran en Dios con plenitud, todo cuanto dejaron en este mundo, al cual no amaban sino por Dios.

Rogata. ¿Luego la muerte de los justos es un bien muy amable?

Serápia. El exacto conocimiento que los Santos tenían de todas estas cosas, hacía que ellos suspirasen tan ardietemente porque llegase el momento feliz de su muerte.

Rogata. Yo bien entiendo, que si nosotras tubiésemos mucha Fé y mucho amor de Dios, hariamos lo mismo que los santos hacían.

Tálida. Se han visto algunos Mártires llamar, y aun desafiar á los mas terribles tormentos, para que los libertasen prontamente del cautiverio de esta vida, y les hiciesen ir á gozar de Dios. (1)

Rogata. Pues ¿en qué consiste, que nosotras nos retrahemos siempre, y deseamos que la muerte se aleje de nosotras mas y mas?

Serápia. No busques otra causa de eso, que nuestra poca Fé y nuestro poco amor de Dios.

Rogata. Sin embargo, personas de vida ejemplar y edificante, son las que hablan y piensan también de esa propia suerte.

Tálida. Lo que eso prueba es, que se puede tener una conducta ejemplar; y con todo, no tener casí mas que muy poca Fé y muy poco amor.

Rogata. Esa es una cosa, que me sorprende ciertamente.

Serápia. No dijera yo esto, si no me lo enseñara el Gran Padre y Doctor San Agustín; el cual decía, que "un cristiano, si es cristiano verdadero y perfecto, so-

1 Baste, entre otros muchos, el ejemplo del Ilustre Mártir y Obispo de Antiochía San Ignacio, de cuyo esforzado y prodigioso valor nos hace formar una idea muy clara el mismo Santo en la elegante Carta que dirigió á la Iglesia de Roma, y es la mas famosa de todas las que escribió.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"brelleva esta vida con paciencia, y recibe con gozo la "muerte." (1)

Rogata. Yo quisiera parecerme á esta pintura.

Tálida. Ahora sí, que me da gusto ver, que has mudado ya de lenguaje; pues este es muy diferente del que al principio habías usado.

Rogata. Regocijaos enhorabuena; pues vosotras me habéis convertido: ya no temeré á la muerte; sino antes bien, la miraré siempre bajo del aspecto en que acabáis de representármela.

Serápia. Yo no extraño el que se la tema, ni que ella cause horror, cuando se la mira de otro modo.

Rogata. Pues para encontrarla siempre amable nunca la miraré yo de otra manera.

Tálida. ¿Quién hay, que deba tenerla por cosa horrible, después que Jesucristo, Nuestro Divino Caudillo, se dignó experimentar y sentir sus estímulos, por hacérnosla sumamente dichosa?

Rogata. ¿Luego Jesucristo nos mereció por su Muerte, no solo el que no muriésemos eternamente, sino también, que podamos morir santamente?

Serápia. Esas dos ventajas hemos recibido por el saludable fruto de su Muerte sacrosanta.

Rogata ¿Con qué á la hora de la Muerte será menester pensar en Jesucristo, espirando en la Cruz?

Tálida. Sí, por cierto; es necesario pensar en este Señor, y morir por amor suyo.

1 D. Aug. Exposit. la Epist. 1. Joann. trac. 9.

Rogata. De mucho consuelo nos sirve esto.

Serápia. Pues á fin de intimar estas disposiciones á los moribundos, se les pone delante la imagen de Jesucristo crucificado; para que unan sus sufrimientos á los de este Divino Señor, y su Muerte á la suya.

Rogata. Yo no tengo expresiones capaces de manifestaros todo el agradecimiento que siento en mí, por unas instrucciones tan amables y llenas de consuelo.

Tálida. Medítalas de espacio; entérate bien de ellas; y cuenta seguramente con que te ayudarán á conseguir una Muerte dichosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conversacion LXXV

SOBRE LA BUENA MUERTE.

Serápia. Venimos á saber, qué es lo que has pensado acerca de nuestra última Conversación sobre la Muerte.

Rogata. Considerando la Muerte como una misericordia de Dios, que pone fin á todas nuestras miserias; como una penitencia que espía todas nuestras culpas; y como un medio excelente para glorificar á Dios: confieso, que ya no la tengo tanta oposición ni repugnancia.

Tálida. Mucho nos regocijamos de ver, que por último has cedido á la fuerza de estas verdades, que deponen con tanta energía en favor de la Muerte.

Rogata. Yo confieso, que en nada de esto pensab a antes de ahora; dejándome llevar solamente de lo que la Muerte tiene de horrendo y espantoso.

Serápia. Eso era pensar y obrar segun lo humono, y no conforme un Cristiano debe hacerlo; y eso es tambien consultar y regirse por los sentidos, no por la razón iluminada con las luces de la fé.

Rogata. Forzoso, pues, será mudar de sentimentos, igualmente que de lenguaje. Enseñadme vosotras á bien morir.

Tálida. Todo lo que sobre la muerte te hemos dicho hasta aquí, no servirá poco para proporcionarte una buena muerte.

Rogata. Pero quisiera yo saber, ¿si no se necesita algo mas que esto?

Serápia. A este propósito te diremos lo que cierto día respondio un gran santo. "El hecho de una buena muerte (decia) debe tener por colchon la caridad; pero convendrá tambien tener la cabeza reclinada sobre las dos almohadas de la humildad y la confianza; y asi espirar con la humilde confianza en la misericordia del Señor.

Rogata. Yo encuentro en esa respuesta no solamente mucha oportunidad; si tambien agudeza y chiste.

Tálida. Probablente, porque se retuviese mejor en la memoria, usaria este Santo de aquellas exprsiones figuradas y metafóricas.

Rogata. Yo por mí, te prometo no echarlas jamás en olvido.

Serápia. Exáminemos, pues, qué es lo que quiso de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cirnos aquel Santo con esta respuesta, que tan bella y tan ingeniosa te ha parecido.

Rogata. Lo mismo quería yo preguntar.

Tálida. Tenéis razón pues muchas veces; se suele una quedar en solas las palabras, sin saber lo que significan.

Rogata. Así es como tú lo dices. ¿Qué es pues, necesario hacer para tener caridad, de suerte que se pueda decir, que el alma está como tendida, recostada y descansando sobre, ella como en un colchón?

Serápia. Es necesario tener esta virtud en toda su extención.

Rogata. Y ¿qué extensión necesita ella tener?

Tálida. Necesita ella subir hasta el cielo; difundirse luego por la tierra; y últimamente decender hasta el purgatorio.

Rogata. Grande es la extencin que con esto la dais.

Serápia. Pues no debe tener menos, para semejarse á un colchón; el cual se extiende por todos lados al derredor y debajo del enfermo.

Rogata. ¿Qué es lo que hace esta virtud en el cielo?

Tálida. Hace que amemos á Dios con un amor sumo; y á la Santísima Virgen y á todos los Espíritus bienaventurados, con un amor muy íntimo.

Rogata. ¿Qué quieres dar á entender cnando dices que la caridad hace que amemos á Dios con un amor sumo?

Serápia. Lo que quiero decir es, que hace que le

amemos con un amor tan superior á cualquiera otro amor, como lo es él mismo Dios respecto de todas las criaturas.

Rogata. Y ¿cuándo amaremos á Dios con este amor sumo?

Tálida Cuándo ya podamos decir, como san Pablo, con afectos de humilde confianza: "¿Quién nos sepa-"rará del amor de Jesucristo? ¿Será acaso la tribula-"ción, ó la aflicción y congoja, ó la persecución ó la "hambre, ó la desnudez, ó los peligros, ó la espada y "la violencia (1)?"

Rogata. ¿Qué es lo que el santo apóstol quría decir, explicándose de esta suerte?

Serápia. Quería significar, que su amor á Jesucristo era tan vehemente y tan intenso, que todas aquellas cosas, ó juntas, ó separadas no serían capaces de arrebatársele.

Rogata. ¿Y será necesario estar en igual disposición que San Pablo, para tener este amor sumo?

Tálida. Si; es menester estar prontas á sufrir todas estas cosas, antes que renuuciar al amor de Jesucristo.

Rogata. Eso es ya demasiado pedirme.

Serápia. No se te pide mas de lo que es debido. El apóstol san Pablo se extendía todavia mucho mas, cuando decía: (2) "Estoy seguro, por medio de una

1 Rom. 8. 35.
2 Ibid. vv: 38. 39.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"firme confianza en el Señor, de que ni la muer-
"te, ni la vida, ni los Angeles, ni los principados, ni
"las potestades, ni las cosas presentes ni las futuras
"la violencia, ni nada de cuanto hay de mas elevado
"ó mas profundo, ni ninguna criatura, podrá nunca
"separarme del amor de Dios en Jesucristo Nuestro
"Señor"

Rogata. Veo, que todo esto es una cosa grande; pero hay algunos vocablos que yo no entiendo.

Tálida. Justo será darte la inteligencia de todos ellos. Por Muerte entiende el Santo Apóstol el miedo de la Muerte; por vida, el amor de la vida; por Angeles los demonios; por Principados, aquellos que entre los mismos demonios tienen este nombre, por ser de mas alta gerarquía que otros (aunque pertenecen y son realmente si bien los primeros, pero de la ínfima ó última gerarquía;) (1) por Potestades, los Grandes y Poderosos del siglo; "por cosas presentes," los males que al presente nos afligen; por "cosas futuras," los males venideros; por "violencia" las crueldades que se pueden ejercer contra nosotros; por "lo que hay de mas elevado," la esperanza de los honores y por lo "mas profundo" el temor de las mas profundas humillaciones.

Rogata. Todos estos heróicos sentimientos son muy

1 Véase el Angélico Dr. Sto. Tomás en la 1ª parte quaest. 108. art. 6., y en otros lugares.

dignos de tan grande Apóstol; mas nosotras, que somos tan débiles, ¿cómo osaremos hablar de esa manera?

Serápia. Si tuvieras Caridad, precisamente hablarías así, y tendrías estos mismos sentimientos.

Rogata. ¡Ojalá! Yo pido á Dios, que me haga esta merced. Decidme, si gustáis, ¿por dónde se extiende después la Caridad.

Tálida. Por la tierra; en donde hace que se ame á todos y á cada uno, con un amor cordial y sincero.

Rogata. ¿Con qué la Caridad á nada excluye de su corazón?

Serápis. A nadie absolutamente; porque con una sola persona que quedase excluida, ya no sería perfecta Caridad.

Rogata. No obstante, hay muchas personas en el mundo, á las cuales casi no se les puede amar, y que aun son fastidiosísimas.

Tálida. Es verdad; pero cabalmente esa especie de personas son mejor que otras, el objeto de la Caridad.

Rogata Una cosa das ahí por sentada, que es bastante desconocida, por lo menos en la práctica.

Serápia. Sin embargo, debes conceder, que no se necesita tener mucha Caridad (si es que de algún modo se necesita,) para amar aquellas personas que de suyo son amables, y de quienes no recibimos mas que beneficios y favores.

Rogata. Verdad es; pero en nada menos que en eso suele pensar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tálida. Pues recapacítalo, por tu vida; y verás, que es muy cierto lo que digo.

Rogata. Mas, al fin ¿qué es lo que pedís se haga con estas tales personas? Cuando mas, será que se les tolere con paciencia.

La Caridad no se contenta con solo eso; quiere también, que se les ame verdaderamente; y que se les haga todo el bien que se pudiere.

Rogata. Es que eso es una cosa que cuesta mucha repugnancia.

Tálida. Yo quiero que sea así; pero si tuvieres Caridad, pasarás por cima de esa repugnancia, y te portarás con estas personas, como si les mirases con mucha inclinación.

Rogata. ¡Grán perfección requiere esto que acabas de decir!

Serápia. A la verdad, la necesita; pero con la Caridad sola se llega á este punto de perfección.

Rogata. Pues, según eso, mucho me temo, que no la tengo yo; porque siento dentro de mí uua tal aversión y un oculto menosprecio hacia estas personas, que me cuesta no poco trabajo el contenerme; sin hablar aquí precisamente de la indiferencia con que siempre les miro, aunque no la manifiesto sino en ciertas ocaciones.

Tálida. Tú dices muy bien en eso, de "que temes no tener Caridad;" porque cuando todo eso es voluntario y se hace de propósito, no puede menos de ofender á la Caridad.

Rogata. De hoy mas, ya quiero hacer sobre este punto reflexiones mas serias, que las que hasta ahora he hecho.

Serápia. Obrarás en eso con la mayor prudencia; pues el menosprecio en este particular, es siempre grande y de mucha consecuencia

Rogata. Habéis dicho también, que la Caridad desciende hasta el Purgatorio: ¿por ventura podrá haber quien no tenga Caridad con las almas que están allí?

Tálida. Así como es faltar á la Caridad no socorrer las necesidades, cuando esto se puede hacer; así también es no tenérsela á aquellas almas, el no procurar aliviarlas cuando hay arbitrio y facultades para ello.

Rogata. Pero una vez que la Iglesia tiene buen cuidado de hacerlo, ¿no podrá una vivir descuidada en este punto?

Serápia. Eso no te dispensa de hacer por tu parte todo lo que pudieres. ¡Cuántas almas habrá en el Purgatorio, que eran de tu cariño cuando vivían acá en la tierra! Pues ¡qué inhumanidad no sería dejarlas estarse abrasando dia y noche en aquellos voraces fuegos, por falta de sufragios!

Rogata. Os confieso, que jamás he pensado en tal cosa, como no sea el dia de los Finados.

Talida. Si tuvieras mucha Caridad con estas almas, no dejarías pasar dia ni noche alguna, sin acordarte de ellas; y de una manera que les fuese útil y provechosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rogata. ¿Con qué esto es lo que se debe hacer, para tener esa amplia y extens. Caridad que vosotras pedís?

Serápia. Sí; y no te parezca, que es tan poca obra esta.

Rogata. Mas, al fin: ¿no bastará tener todos estos sentimientos á la hora de la Muerte?

Tálida. Bien está; yo quiero que sea así; pero ¿quién te ha dicho que los tendrás en aquella hora, no habiéndolos tenido antes?

Rogata. Dios podrá dispensarme esta gracia.

Serápia. Concedo que podrá, porque todo es posible para Dios; pero según el curso y orden regular, las constumbres ó hábitos no se forman tan aprisa; y así, serás mucho mas prudente en ejecutar esto con tiempo.

Rogata. Yo procuraré no desperdiciar ni un momento.

Tálida. Así te lo aconsejo; y por muy presto que empezares, nunca será de mas.

Rogata. Decidme, en amistad; ¿es una misma cosa morir en Caridad; morir por la Caridad; y morir de Caridad?

Serápia. No es lo mismo: porque morir en Caridad, es morir como los Justos, con la Caridad en el corazón: morir por la Caridad, es morir como los Mártires; por la causa de la Caridad; morir de Caridad, es morir á impulso de un ardor y un exceso santo de Caridad; como la Santísima Virgen y algunos santos, á quienes Dios ha favorecido singularmente.

Rogata. Me alegro infinito de saber esta diferencia; y también quisiera saber, cual es la que hay entre el amor de complacencia, y el amor de benevolencia ó de amistad.

Tálida. La diferencia está en que por el amor de complacencia nos regocijamos y complacemos en considerar las grandes perfecciones que hay en Dios; y por el amor de la benevolencia le deseamos todo el bien que somos capaces de desearle; y este bien que le deseamos, se reduce á que Dios sea debidamente honrado por sus Criaturas. (1)

Rogata. Yo apruebo y aun aplaudo lo primero, porque ciertamente hay mucho campo para regocijarse de las grandes Perfecciones de Dios; mas no apruebo lo segundo; porque eso es dar á entender, que á Dios le falta alguna cosa; y esto no es pasible.

Serápia. Es que este bien, que parece le falta á Dios de parte de las criaturas, en nada disminuye su eterna felicidad ni su grandeza; porque Dios es esencialmente feliz, y siempre grande por si mismo; y así, no menos debes confesar lo segundo que lo primero.

Rogota. No obstante, siempre se verifica, que le falta algo, puesto que se le desea.

1 Santo Tomás explica perfectamente esta diferencia en su Prim. Secund. Quaest. Artic. 2. corp.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tálida. Ese es un bien puramente exterior y accidental, que nada añade á su bienaventuranza esencial ni á su grandeza; pero que, debiéndosele por tantos títulos, se refunde y convierte en veneficio de sus Criaturas, cuando ellas se le dan.

Rogata. Ahora ya entiendo yo eso; y lo califico de bueno enteramente, cuanto cabe.

Serápia. Y nosotras admitimos con gusto esta tu aprobación.

Rogata. Además de la Caridad, habeis dicho también, que para alcanzar una buena muerte, son necesarias la humanidad y la confianza: explicadme en pocas palabras lo que viene á ser una y otra.

Tálida. Ya sabes que lo son estas dos virtudes; y así es excusado, que preguntes nada sobre ellas.

Rogata. Perdonad; que una explicasión por menor de una y otra, me dará mucho gusto.

Serápia. Forzoso será ceder á tus instancias: la humildad es una virtud que nos hace estar siempre como sumergidas en nuestra nada y en nuestra miseria, siendo el pecado la mayor que tenemos; y en este humilde convencimiento gusta pe vernos el Señor, para participarnos sus gracias y sus misericordias.

Rogata. Y ¿no es muy de temer que semejante disposición llegue á precipitarnos en el extremo de abatimiento y desesperación?

Tálida. No; siempre que, después de habernos humillado de esta suerte á vista de nuestra nada y de nuestra miseria; nos alentemos inmediatamente, por

medio de la confianza en Dios, considerando la inmensidad de su misericordia, y la superabundancia de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.

Rogata. Con que ¿es menester juntar ambas á dos virtudes?

Serápia. Es necesario no separarlas jamás, si es que deseamos tener siempre á nuestra alma en un santo equilibrio.

Rogata. No entiendo yo esa última palabra.

Tálida. Quiero decir: si es que deseamos no ladearnos ni hacia el extremo de la desesperación, ni tampoco hacia el de la presunción y orgullo.

Rogata. ¿Luego será menester espirar con una humilde confianza en la misericordia de Dios?

Serápia. Sí; y haciéndo de este modo, seguirás el consejo que nos dan los Santos, y morirás con la muerte de los justos (1).

Rogata. A eso aspiro yo con todo el anhelo que cabe.

Tálida Haz puntualmente todo cuanto te hemos dicho; y serás favorecida con esta dicha tan grande.

---

1 Núm. 23.10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conversacion LXXVI

SOBRE LA MALA MUERTE.

Rogata. He hecho ya diferentes reflexciones sobr todo cuanto me habéis dicho hasta aquí, acerca de la Muerte: y sin embargo, me ha quedado todavía alguna cosa que preguntaros.

Tálida. Pues nosotras creíamos habértelo dicho ya todo.

Rogata. Sí es verdad; tocante á la Muerte en general, y á la buena Muerte; pero nada me habeís hablado aún acerca de la Muerte mala y desastrada.

Serápia, Y ¿qué es lo que quieres saber sobre este punto?

Rogata. Quisiera saber, cuál es la causa de que la Muerte sea mala.

Talida. Así como la presencia de la Caridad en el

corazón, es causa de que la muerte sea buena; así su ausencia ó falta es la que la hace infeliz.

Rogata. ¡Qué! ¿Sólo eso es lo que hace y es causa de una mala muerte?

Serápia. No decimos nosotras, que sea eso solo lo que decimos es, que solo esto basta para hacer que sea mala y desdichada.

Rogata. ¿Luego hay todavia otra cosa además de esta?

Tálida. Tú no dudes, que así como la Caridad trae consigo, y introduce en el alma otras muchas virtudes; así la falta de caridad acarrea muchísimos pecados.

Rogata. ¿Y es esto todo lo que hace, que la Muerte sea mala?

Serápia. Sí; pero el origen de esto es siempre la falta de caridad.

Rogata. Juzgaba yo que para morir desastradamente, se necesitaba ser muy perversos.

Tálida. No por cierto; el no tener caridad es suficiente motivo.

Rogata. ¿Qué prueba tenéis para asegurar esto?

Serápia. Tenemos muchas: la primera en el Evangelio; en donde vemos que las vírgenes imprudentes y necias fueron arrojadas de la sala del banquete, que es figura del Cielo, no por otro motivo que por no tener el olio de la Caridad.

Rogata. En efecto, no les faltaba mas que eso; pues

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por otro lado eran irreprensibles, y en el concepto de las gentes pasaban por unas santas.

Tálida Mucho celebramos, que, sin pensarlo tú, estes hablando en nuestro favor, y contra tí.

Rogata. Consiste eso en que no puede una excusarse de reconocer la verdad, cuando es tan palpable.

Serápia Ve aquí otra prueba: "El que no ama, di-"ce el Apóstol San Juan (1), se entiende con un amor "de Caridad, permanece en la Muerte; anda en tinie-"blas, y no sabe á donde va."

Rogata. Estas palabras confirman admirablemente lo mismo que vosotras habéis propuesto.

Tálida. Permanecer en la Muerte, caminar entre tinieblas, no saberse á donde se va; ¿no te parece que es un estado bien deplorable? Pues este es el estado de los que mueren sin Caridad.

Rogata. Imposible es resistirse á la luz de estas verdades tan claras.

Serápia. Mira todavía otra prueba, que no es menos robusta que las precedentes: "Aun cuando yo ha-"blase, dice el Apóstol (2), en todos los idiomas de "los hombres, y el lenguaje mismo de los Angeles, "si no tengo caridad, no soy mas que como el soni-"do de un metal, ó el eco de una campana; y aun "cuando yo poseyera el don de profecía, y penetrara

1 Jonn. 3, 14.
2 Cor. 13. á v. 1 seqq.

"á fondo todos los Misterios, y tuviese una perfecta "ciencia de todas las cosas: aun cuando tuviese tam-"bien toda la fé que es posible, hasta transportar de "una parte á otra los montes; si no tengo Caridad, "nada soy: aunque yo hubiese distribuido todos mis "bienes, por socorrer y alimentar á los pobres; y hu-"biese entregado mi cuepo á las llamas; si no tengo ca-"ridad, todo eso de nada me sirve."

Rogata. Comprendo bien, que se puede saber todas las lenguas, y hablar como un Angel sin tener Caridad: entiendo asimismo, que se puede poseer todas las ciencias humanas y divinas, y no tener Caridad; pero no comprendo, que se pueda hacer pasar los montes de un sitio á otro, en fuerza de una fé muy grande; distribuir todos los bienes á los pobres; y arrojar su cuerpo á las llamas por el nombre de Jesucristo sin tener caridad.

Tálida. A la verdad, esto es dificil de comprender; mas no por eso es menos cierto; puesto que el Espíritu Santo nos asegura así por boca de su Apóstol.

Rogata. Eso es bien digno de reflexionarse maduramente y muy despacio.

Serápia. A eso mismo te exhortamos, para que no seas del número de aquellas necias Vírgenes, que se hallaron con la puerta del cielo cerrada: y que oyeron de boca del mismo Jesucristo aquella terrible sentencia "Idos, idos no os conozco."

Rogata. Supuesto este principio indubitable, ¿no se podrá nunca saber si se tiene ó no caridad?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tálida. No; no se puede sin particular revelación.

Rogata. ¡Cosa bien triste es, en verdad, pasarse así toda la vida en esta incertidumbre!

Serápia. Pero cosuelate con que hay ciertas señales, por donde se puede venir en conocimiento de si se tiene caridad ó no.

Rogata. ¿Acaso podrá haber otras mejores, que el hablar en todas lenguas; tener tanta elocuencia como los Angeles; poseer todas las ciencias; transportar los montes distribuir todos sus biene entre los pobres, y entregar su cuerpo al fuego por Jesucristo.

Tálida. Sí; las hay porque todo eso se puede hacer por motivo de vanagloria; y conservando todavía dentro del corazón algun odio secreto; como ha acaecido á algunos hereges.

Rogata. Decidme, pues, ¿qué señales son esas, que vosotras reputáis por mejores?

Serápia. No he de ser yo quien te las diga; sino el propio Apóstol (1): "La caridad es paciente, es suave "y bienechora; la caridad no es envidiosa; no es te- "meraria, ni precipitada; no se hincha de orgullo ni "es ambiciosa; no es esquiva; no busca sus propios "intereses no es jactanciosa, ni se irrita por cosa al- "guna; no sospecha mal de nadie; no aplaude ni se ale- "gra de la injusticia, pero se regocija de la verdad: "lo tolera todo; lo cree todo; lo espera todo; y lo su- "fre todo."

1 Ibid á. v. 4. seqq.

Rogata. Conozco ya, que verdaderamente estas señales son mejores y mas seguras que las otras; pero no las entiendo todas bien.

Tálida. Justo será explicártelas de forma que las entiendas. La Caridad es *paciente*; quiere decir, que sabe soportar, sin rezongar, y sin rebelarse ni entonarse interior ni exteriormente, todos los males que la sobrevienen de parte de Dios ó del projimo, por el amor con que les mira.

Rogata. Explicame á ese modo todas las demas cualidades de la Caridad.

Serápia. Fuerza será obedecerte. La Caridad es *suave y bienhechora;* quiere decir, es afable, benigna. compasiva y liberal; no contentándose con palabras solamente, sino acompañándolas con los efectos ó con las obras.

Rogata. Todo eso lo entiendo bien: continuad, si gustáis.

Tálida. La Caridad no es *envidiosa;* es decir, que se alegra tanto del bien que sucede á otros, como de el que la resulta á ella misma; y se entristece igualmente del mal ageno, como del suyo propio.

Rogata. Bellísimamente me parece todo eso.

Serápia. La Caridad no es *temeraria* ni *precipitada* esto es, no se expone temerariamente á peligro de ofender á Dios; y en asuntos pertenecientes á la salvacion, nada hace inconsideradamente; sino que antes bien, se conduce con la mayor madurez.

Rogata. No cabe explicar mejor todas estas cosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tálida. La Caridad no se *infla con orgullosa presuncion*, ni es *anbiciosa*; es decir, que no se gloria ni se envanece jamás en sí misma del bien que hace, ó de las buenas cualidades que la adornan; porque sabe que toda la gloria es debida á solo Dios; esto es, mas quiere ella humillarse, que engreirse; y antepone el servir á los demás, á lo que es mandarles.

Rogata. Mucho gusto tengo en oir eso.

Serápia. La Caridad no es *desdeñosa;* es decir, que á nadie menosprecia interior ni exteriormente, porque no se detiene de propósito á mirar ningun defecto; y solo abre los ojos para ver y aplaudir las buenas prendas que advierte en cada uno.

Rogata. Yo admiro to lo eso, y me parece una maravilla.

Tálida. La Caridad *no busca sus intereses propios*: esto es, sacrifica siempre sus intereses á los de Dios y el prójimo; lejos de sacrifi ar á los suyos los de Dios y los del prójimo.

Rogata. Infinito sentiría yo haberme quedado sin saber toda esta explicacion, tan útil como agradable.

Serapia. La Caridad *no se jacta con insolencia ni se exaspera por nada*; porque no conoce á la ira ni á la venganza; y solo estas dos pasiones son capaces de hacer preciarse insolentemente y de irritarse por nonada.

Rogata. Mientras mas váis diciendo, mas aumentaís el precio grande de todas estas cosas.

Tálida. La Caridad *no sospecha mal de nadie;* porque es incapaz de atreverse á pensar de nadie mal.

Rogata. Al paso que os oigo, mas crece mi regocijo.

Serapia. La Caridad *no aplaude ni se alegra de la injusticia*, pero sí recibe gusto con la verdad; por que solamente puede agradarla lo que honra á Dios, y lo que se encamina á su gloria.

Rogata. No faltan ya mas que cuatro palabras; acabad, por vuestra vida.

Tálida. La Caridad *tolera todo* cuanto se puede tolerarar sin perjuicio de su conciencia; aguardando pacientemente la ocacion y coyuntura favorables, para hacer últimamente la correccion *fraternal*. La Caridad *cree todo* lo que contribuye al honor de Dios, y al bien y provecho del prójimo. La Caridad *lo espera todo* (lo que es de parte de Dios) para el cual nada hay imposible. La Caridad *lo sufre todo*, cuando el asunto es, adelantar por este medio la gloria de Dios, y la salvacion del prójimo.

Rogata. Bastante siento yo, que se haya concluido ya todo lo que había que decir acerca de los admirables caractéres de la Caridad.

Serápia. Mira si te queda aún alguna dificultad sobre ellos.

Rogata. De tal modo los habeis explicado todos que no cabe estar mas satisfecha de lo que yo estoy.

Talida. Nosotras nos alegramos infiníto de que nuestra explicacion te haya agradado tanto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rogata. Con que culquiera que practicáre todas estas cosas, ¿tendrá verdadera Caridad?

Serapia. Sí por cierto, segun el Apostol.

Rogata. ¿Y podrá vivir con esta seguridad?

Tálida. Sí; en cuanto puede tenerse en esta vida.

Rogata. ¿Luego no habrá ya que hacer mas que echarse á dormir?

Serápia. No, eso no, es necesario que esté siempre con algun género de recelo de si la tiene, ó no; porque en esta vida no se puede estar seguros, ni tener certeza de eso, á no ser por revelacion.

Rogata. Yo por mí, recelo mucho el que no tengo Caridad; porque no soy paciente, ni afable, ni amiga de hacer bien; soy harto envidiosa, y bastante temeraria y precipitada; me inflo soberbiamente con facilidad, y me alimento con pensamientos de ambicion: soy sumamente desdeñosa: no quiero ceder ni un ápice en punto de intereses, aun cuando medie en ello la gloria de Dios y la salvecion del prójimo: me impaciento y me irrito facilmente: tengo una extremada ligereza para sospechar y juzgar mal: me alegro mucho mas del mal, que del bien: no soy capaz de tolerar ni disimular nada: me cuesta no poco trabajo creer, que los demás tengan cosa buena; ni mucho menos, que se pueda esperar de ellos nada bueno: en fin, yo no sé sufrir nada.

Tálida. Pues conoces el grave mal de que adoleces, procura remediarle prontamente; porque de no hacerlo así, tienes sobrada razon para temerlo todo.

Rogata. Ya lo veo y lo experimento demasiado.

Serápia. Es que no te has de quedar en solo eso; es menester que hagas por corregirte sin dilación

Rogata. ¿Qué? Si yo no me hallase con todas estas disposiciones á la hora de la Muerte ¿me, perdería sin recurso?

Tálida. Indubitablemente, si llegaras á morir sin Caridad, tu suerte sería infeliz, lo mismo que la de las Vírgenes necias.

Rogata. Os aseguro que esto me atemoriza.

Serápia. Haces muy bien de temer ínterin esto tiene todavía remedio; porque una vez que la Muerte hubiere, llegado, no le habrá, no.

Rogata. Ya estoy enteramente resuelta á ello.

Tálida. Para fortalecer mas y mas esa tu resolución, imagínate, que estado será el de una alma que muere sin caridad; y concibe, si puedes, qué estraño sobresalto, y qué cruel desesperación no será la suya.

Rogata. Tanto es lo que yo temo esto, que me extremezco y horrorizo.

Serápia. No es posible comprender bien la situación que es esa; tan ¡espantosa es!

Rogata. Pues ya que yo no puedo comprenderla bien, desearía á lo menos, saberla temer debidamente, para no caer en ella.

Tálida. Figúrate, que esta alma, al primer paso que da, luego que se aparta del cuerpo, se ve repentinamente cercada de la inmesidad de Dios; y que al primer rayo de su luz descubre, que ella se halla desti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuida de Caridad, y por consiguiente, que está réproba y précita para siempre jamás.

Rogata. Yo creía, que el alma primeramente sería presentada ante el tribunal de Jesucristo, que es á quien el Eterno Padre, tiene dado todo el poder para juzgar. (1)

Serápia. Crees muy bien en eso; pero en un mismo instante es acusada juzgada, y condenada sobre la falta de Caridad, y sobre una infinidad de pecados, desconocidos hasta entónces, que ella ha cometido por defecto de Caridad.

Rogata. ¿Quiénes son los ejecutores de esta sentencia eterna?

Tálida. Los demonios; los cuales arrebatando violentamente á esta pobre alma, la precipitan en los insondables abismos; y cuando los demonios no lo hiciesen, ella misma se despeñaría por sí sola en ellos como en su propio centro; pues solo aquel lugar conviene á las almas que están desnudas y faltas de Caridad.

Rogata. Con esto que acabas de decir, se duplica mi estremecimiento.

Serápia. No has de contentarte solo con temblar; aprovéchate de estos avisos, para precaver una situación tan formidable.

Rogata. Y ¿qué es lo que se necesita para eso?

1 Jonn. 5. 22. etc. 27., etc. Act. 10 42

Tálida. Hacer todas las cosas en Caridad y por Caridad.

Rogata. ¿Qué quieres dar á entender con estas palabras, *en Caridad y por Caridad?* ¿son por ventura dos cosas muy diferentes?

Serápia. Sí; muy diferentes son.

Rogata. Muéstrame en qué está la diferencia.

Tálida. Esto es muy fácil obrar en Caridad, es obrar con amor de Dios dentro del corazon; y obrar por Caridad, es obrar por motivo de este amor.

Rogata. ¿Se requiere, que este motivo sea actual?

Serápia. Lo mejor sería eso; pero no es necesario.

Rogata ¿Con qué, pues, os contentaréis?

Tálida. Nos contentaremos con que por la mañana cuides de hacer ó dirigir la intencion; y con que la renueves al comenzar cada acción principal, ó mas notable.

Rogata. ¿Luego no pedís, que se haga esto mismo al principio de todas las demás acciones, que no son de consecuencia?

Serápia. No; porque así como el comercio y trato de la vida civil sería una cosa sumamente incómoda el andar pesando los cuartos y ochavos, así también sería una cosa igualmente molesta en el comercio de la vida espíritual, el verse obligadas á pesar cada menuda acción, refiriendola actualmente á Dios.

Rogata. Y ¿por qué no es necesaria tanta proligidad?

Tálida. Porque Dios, que ve claramente nuestro co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

razón, y que lee nuestra voluntad se contenta con eso.

Rogata. Yo celebro mucho el saberlo, para obviar toda pena y toda cangoja de Espíritu.

Serápia. Bien puedes contar seguramente con que en esto te no engañamos.

Rogata. Conozco y se ciertamente, que sois demasiado instruidas, para que pudieséis engañarme.

Tálida. Procura practicar exactamente esto mismo; y de esa manera harás todas las cosas en Caridad y por Caridad.

Rogata. ¿Luego la Caridad nada tendrá que temer en aquel último momento?

Serápia. Nada; porque la Caridad cubre y borra la multitud de pecados. (1)

Rogata. Hoy, pues, me resuelvo á ello: ya de hoy mas, no quiero vivir sino entre los amorosos brazos de esta virtud, para morir tambien entre ellos.

Tálida. Tu resolución no puede ser mas prudente. Persevera constante en ella hasta la muerte, y te ganaras la corona de la Gloria. (2)

---

1 Petr. 4 8., etc. poverb. 10. 12.
2. Apoc. 2. 10.

Conversacion LXXVII

Sobre los Cielos y los Astros. (1)

Asteria. Inquietas estamos por saber, si acaso desaprobarás el deseo que tenemos de instruirnos en lo perteneciente á cosas, que están encima de nuestras cabezas.

---

1 Aunque el sistema que el Autor se propone y sigue aquí, no es en todas sus partes el de los Astrónomos y Filósofos modernos, ni por lo mismo el que en estos últimos tiempos ha llegado á adoptarse casi generalmente, pero sí el que de muchos siglos á esta parte fué mas comunmente recibido, y quizá no es menos á propósito para excitar á la Juventud á que se eleve frecuentemente su consideración al Supremo Hacedor de Cielos y Tierra, y le alabe y bendiga en sus maravillosas obras: que es el objeto principal de la presente Conversación, prescindiendo ahora de opinionos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

razón, y que lee nuestra voluntad se contenta con eso.

Rogata. Yo celebro mucho el saberlo, para obviar toda pena y toda cangoja de Espíritu.

Serápia. Bien puedes contar seguramente con que en esto te no engañamos.

Rogata. Conozco y se ciertamente, que sois demasiado instruidas, para que pudieséis engañarme.

Tálida. Procura practicar exactamente esto mismo; y de esa manera harás todas las cosas en Caridad y por Caridad.

Rogata. ¿Luego la Caridad nada tendrá que temer en aquel último momento?

Serápia. Nada; porque la Caridad cubre y borra la multitud de pecados. (1)

Rogata. Hoy, pues, me resuelvo á ello: ya de hoy mas, no quiero vivir sino entre los amorosos brazos de esta virtud, para morir tambien entre ellos.

Tálida. Tu resolución no puede ser mas prudente. Persevera constante en ella hasta la muerte, y te ganaras la corona de la Gloria. (2)

---

1 Petr. 4 8., etc. poverb. 10. 12.
2. Apoc. 2. 10.

Conversacion LXXVII

Sobre los Cielos y los Astros. (1)

Asteria. Inquietas estamos por saber, si acaso desaprobarás el deseo que tenemos de instruirnos en lo perteneciente á cosas, que están encima de nuestras cabezas.

---

1 Aunque el sistema que el Autor se propone y sigue aquí, no es en todas sus partes el de los Astrónomos y Filósofos modernos, ni por lo mismo el que en estos últimos tiempos ha llegado á adoptarse casi generalmente, pero sí el que de muchos siglos á esta parte fué mas comunmente recibido, y quizá no es menos á propósito para excitar á la Juventud á que se eleve frecuentemente su consideración al Supremo Hacedor de Cielos y Tierra, y le alabe y bendiga en sus maravillosas obras: que es el objeto principal de la presente Conversación, prescindiendo ahora de opinionos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. ¿Qué es lo que queréis significar con esa expresión?

Elpida. No ignoramos nosotras, que las mujeres no han nacido para las ciencias; por lo mismo no pretendemos instruirnos simplemente para saber, sino para elevarnos á Dios por este medio.

Benigna. Yo tengo por muy loable ese motivo; y celebraría infinito poder satisfaceros; pero ¿qué es lo que queréis dar á entender en eso de *que está encima de vuestras cabezas?*

Asteria. Queremos decir los *Cielos* y los *Astros:* y deseamos saber el número de ellos, la diferencia entre sí, y su distancia de la Tierra.

Benigna. Demasiado preguntar es eso, particularmente á mí, que jamás he estudiado á fondo estas materias: así, os diré solamente lo que he aprendido de personas muy hábiles y muy versadas en esta ciencia.

Elpida. ¿Cuántos Cielos se cuentan? Dí, si gustas.

Benigna. Hay algunos que cuentan tres, y otros, doce; pero unos y otros coinciden en una misma cosa.

Asteria. Dinos cómo se nombran.

Benigna. Aquellos que cuentan tres, llaman al primero de ellos el Cielo de los "Planetas;" al segundo el Cielo de las "Estrellas;" y el tercero el "Empíreo," que es donde moran los Bienaventurados.

Elpida. Con eso ¿no está ya dicho todo? ¿Hay por ventura algo mas en el asunto?

Benigna. Los que cuentan doce, los nombran así: el Cielo de la "Luna," que está sobre el aire y las nubes; el de "Mercurio," el de "Venus," el del "Sol," el de "Marte," el de "Júpiter," el de "Saturno," el de las "Estrellas fijas," que se llama "Firmamento;" el primer "Cielo Cristalino;" el "segundo Cristalino;" el que nombran "primer Móbil," y el "Cielo Empíreo." Pero ya veis que estos doce Cielos no vienen á ser otra cosa que aquellos otros tres, divididos según los diversos círculos ú órbitas, que recorren estos diferentes Astros.

Asteria. Nosotras habiamos creido hasta ahora, que no había mas que un Cielo, que es el Empíreo, donde residen los Binaventurados.

Benigna. Solo éste es el que por su excelencia merece propiamente el nombre de Cielo, á causa de ser él en donde Dios hace resplandecer su gloria y su grandeza en presencia de los Santos: mas esto no quita que se cuenten otros muchos, antes que él.

Elpida. Pero nosotras no comprendemos lo que significan los nombres de estos doce Cielos.

Benigna. Yo no me espanto de eso; pero muy presto vais á entenderlos.

Asteria. Eso mismo estamos esperando.

Benigna. Para esto, convendrá sepáis, que los Astros se dividen en "Estrellas fijas," y "Estrellas errantes," que se llaman Planetas.

Elpida. Ya hemos oido esos nombres; pero no entendemos que es lo qué significan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. Con un poco de paciencia que tengáis, lo percibiréis: poco á poco se va lejos.

Asteria. Pues no desperdicíes ni un momento; porque nuestro deseo de saberlo es muy grande.

Benigna. Hay siete Planetas grandes, ó Estrellas errantes, que se llaman: Saturno, Júpiter, Marte, el Sol, Venus, Mercurio, y la Luna; y nueve pequeños, que llaman Satélites: cuatro de los cuales giran ó dan su vuelta al rededor de Júpiter, y los otros cinco al rededor de Saturno.

Elpida. Ahora ya lo entendemos; pero ¿por qué les han dado esos nombres?

Benigna. No os canséis en buscar misterio en estos nombres, pues no lo tienen; y solamente los han nombrado así para distinguir unos de otros.

Asteria. Pero ¿por qué los llaman Estrellas errantes?

Benigna. Es porque están siempre en movimiento; y por que no conservan entre sí una misma distancia como las Estrellas que se llaman fijas.

Elpida. ¿Son luminosas esas Estrellas errantes, ó Planetas?

Benigna. No hay entre todas estas Estrellas errantes ó Planetas, otro que sea luminoso y brillante, mas que el Sol; ó (si queréis que me explique de otro modo,) que de suyo tenga luz y claridad; todos los demás son por sí unos cuerpos opacos ó no transparentes, sobre poco mas ó menos, como la Tierra; y todos, igualmente que ella, reciben su luz del Sol, que los

ilumina, y despues la reverberan, esto es, la esparecen hacia nosotros.

Asteria. Todo eso nos parece hermoso á todas luces; y tanto mas hermoso, por cuanto para nosotras es cosa nueva: dinos que son Estrellas *fijas*.

Benigna. Son unos cuerpos luminosos ó trasparentes como el *Sol*, y que brillan por sí mismos, sin necesidad de mendigar la luz del Sol, como los que se llaman Planetas ó Estrellas errantes.

Elpida. ¿Dónde están colocadas las Estrellas *fijas*?

Benigna. Ya os dije, que en el octavo Cielo, llamado por otro nombre el *Firmamento*.

Asteria. ¿Son muchas en número?

Benigna. Tanto es el numero de ellas, que solo Dios lo sabe. y así, se dice en la Eucaristía, que el es quien las llama por sus nombres. (1)

Elpida. ¿Con que los hombres no saben el número de estas estrellas?

Benigna. Aunque tienen, noticia de muchas de ellas y aun pretenden determinar á punto fijo su número, no tiene esto visos de ser muy cierto: puesto que de tiempo en tiempo descubren otras nuevas, que jamás se habían visto antes.

Asteria. ¿Y por qué se llaman fijas?

Benigna. Porque no mudan de sitio en el Firmamen-

1 Psaem. 146. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to; y también, porque estan á igual distancia unas de otras.

Elpida. Ahora es cuando ya entendemos todas estas cosas, y las admiramos aun mas de lo que se puede ponderar. Pero ¿por qué colocas á la Luna en el primer cielo?

Benigna. Porque es el astro mas cercano á la Tierra, y al propio tiempo el mas pequeño.

Asteria. No obstante, parece mayor que todas las demas Estrellas, y casi tan grande como el Sol.

Benigna. ¡Qué! aun la Tierra es mayor que la Luna: y así, la Luna es todvía mucho mas pequeña, que todas las demas Estrellas.

Elpida. ¿Gustarás de decirnos el tamaño de la Tierra y de la Luna?

Benigna. Con muchísimo gusto: la Tierra tiene tres mil leguas de latitud ó de anchura, segun la comun opinión; y la Luna solamente tiene la cuarta parte, ó poco mas; es decir, setecientas cincuenta leguas.

Asteria, Has dicho que la Luna es el astro mas inmediato á la Tierra: ¿podrás con facilidad decirnos cuanto dista de ella?

Benigna. No dista mas de cien mil leguas; y esta corta distancia, en comparación con la del Sol y demas Estrellas, la hace aparecer mas grande.

Elpida. ¿Tiene que andar mucho cada dia para recorrer su círculo?

Benigna. El camino que tiene que andar la Luna, es casi nada en comparación de la gran vuelta que da el

Sol por los vastos espacios del cielo: siendo cosa cierta, que la Luna no anda cada dia, mas que quinientas y cuarenta mil leguas, que viene á salir por hora á veintidos mil y quinientas leguas; y por cada minuto á trecientas y setenta y cinco leguas.

Asteria. Increible nos parece eso.

Benigna· Vosotras decis bien, que os parece; pero no es así; porque los inteligentes lo dan por muy cierto.

Elpida. Siendo ello así, es cosa muy admirable.

Benigna. Mas os maravillaréis todavía; cuando os hable del Sol.

Asteria. Pues date priesa que para luego es tarde.

Benigna. Comenzaré por su enorme magnitud: el Sol, pues, es cien veces mayor que la Tierra: así que la Tierra tiene tres mil leguas de latitud, en el comun sentir como os he dicho, el Sol tiene trescientas mil. Por ahí podéis hecer juicio de cuanta podrá ser su superficie y solidez.

Elpida. Ya no nos causa admiración lo que nos dijiste de la Luna; porque esto es mucho mas maravilloso aún.

Benigna. Haceos bien, cargo de tan basta extención; y así comprenderéis, que juntos en uno cien globos térraqueos, como el nuestro, no serían de mas grueso que el sol.

Asteria. Pues ¿por qué este no parece casi mayor que la luna, no siendo esta en su grueso mas que una cuarta parte del grueso de la tierra?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. Eso consiste en su mucha distancia; pues está ya averiguado por demostración, que no puede haber menos de treinta millones de leguas desde la Tierra al Sol.

Elpida. Mucho tiempo se necesitaría para bajar desde el Sol á la Tierra.

Benigna. Para que os podáis imaginar en alguna manera perceptible, suponed, que una piedra de molino fuese arrojada y cayese del Sol á la Tierra: dadla cuanta mas velocidad sea ella capaz de recibir; de forma, que cada dos minutos ande una legua; en cada hora treinta; y cada un dia, setecientas y veinte; pues teniendo que atravesar treinta millones de leguas antes de llegar á la Tierra; necesitaba forzosamente, para hacer este largo viaje, cuatro mil ciento sesenta y seis dias, que componen algo mas de once años.

Asteria. Yo me acuerdo ahora, que el Sol lo colocaste en el cuarto cielo: siendo esto así, las Estrellas que situaste en el octavo estarán mucho mas remotas de nosotros.

Benigna. Tú lo has dicho ya; Saturno que es uno de los siete Planetas grandes ó estrellas errantes, y que está en el septimo cielo, dista de la tiera por lo menos, diez veces mas que el Sol: que es deciros, que su distancia pude ser poco menor de trescientos millones de leguas.

Elpida. Segun eso, si la tal piedra hubiese de bajar desde Saturno á la Tierra, tardaría mucho mas tiempo en llegar.

Benigna. Gastaría mas de mil años en su descenso ó viaje.

Asteria. ¿Esa estrella nombrada Saturno, que está en el septimo Cielo; da todos los días vuelta entera?

Benigna. La da indefectiblemente: concebid ahora si podéis, qué inmensidad de camino es el que tiene que andar cada dia: El círculo ú órbita, que ella describe ó traza, tiene mas de seiscientos millones de leguas de latitud; y por consiguiente, mas de mil y ochocientos millones de circunferencia. Un caballo Inglés, aunque caminase diez leguas por hora, necesitaría estar corriendo veinte mil, quinientos, cuarenta y ocho años; para dar esta vuelta.

Elpida. ¿Y el Sol que es uno de los siete Planetas garandes, anda otro tanto cada dia?

Benigna. No tiene que andar tanto como Saturno; pues por estar situado en el cuarto Cielo, su órbita no es tan grande; pero si anda mucho mas, que la Luna, aunque apenas se echa de ver: en su curso es mucho menos rápido y veloz que el de la Luna, no obstante que es menor que el de Saturno; porque tiene mucho menos que andar.

Asteria. Eso es una idea incomprensible.

Benigna. Pues aun no he dicho todo lo que hay sobre el milagro y obra grande de este Mundo; dejaos instruir de lo que es la omnipotencia de vuestro Dios.

Elpida. ¿Qué mas puedes ya decir, que lo que nos has dicho?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. Habéis de saber que esta gran distancia de treinta millones de leguas, que hay desde la Tierra al Sol, y los trescientos millones desde la Tierra hasta Saturno; son una cosa tan corta, en comparacion de la distancia que hay desde la Tierra a las Estrellas, que se pude afirmar que es casi nada.

Asteria. ¿Y no se puede decir á punto fijo, cuanta es la distancia que hay desde la tierra á las Estrellas fijas?

Benigna Nó; porque es (si así se puede explicar) *inmensurable;* no admite medidas; de forma que, si alguno pudiera subirse ó ponerse en cualquiera de las Estrellas, este Sol que vemos, esta Tierra, y los treinta millones de leguas que les separan, le perecerían nada mas que un punto. Es cosa que está demostrada.

Elpida. Siendo así, que absolutamente no se puede asegurar de fijo, que distancia hay desde la Tierra á las Estrellas; ¿se podrá decir cuanta es la distancia de una Estrella á otra?

Benigna. Tampoco, porque no se sabe; y aunque parece que están muy cerca unas de otras, sinembargo, su distancia es inmensa.

Asteria. ¿Cómo es creible que tengan entre sí una distancia tan enorme, y un tamaño tan desmedido, cnando á nuestra vista parecen no mas que á manera de unas chispas ó centellitas?

Benigna. Admiremos mas bien. cómo desde una altura tan prodigiosa pueden conservar siempre una

misma apariencia; y como es, que no las perdemos todas de vista.

Elpida. Al oír lo que dices, la Tierra, que antes nos parecía tan vasta, y de tan extraordinaria extensión, ahora ya no nos parece mas que como un átomo, cotejada con esos grandes cuerpos que estan colocados en los Cielos.

Benigna. Tenéis razon : y así, no debemos considerar la Tierra, comparada con los Astros, mas que como un granito de arena que de nada está asido, sino como colgado y suspenso en el aire: y no obstante eso, hay casi una infinidad de globos de fuego, de una magnitud inexplicable, y de una altura que sobrepuja nuestros pensamientos, que giran en redondo, y ruedan sin cesar al rededor de este mismo granito de arena; y atraviesan todos los días sin interrupcion, de mas de seis mil años á esta parte, esos dilatados é inmensos espacios de los Cielos.

Asteria. Cosas muy grandes y muy maravillosas ciertamente, son las que nos has referido.

Benigna. Pues pasad mas adelante; y representaos todavía, que si de esos globos, de esos cuerpos inmensos, que están en continuo movimiento despues de tantos siglos; que no se embarazan ni estorban unos á otros; que no se tropiezan, ni se descomponen nunca; llegase alguno, aunque fuese el mas pequeño, á desgajarse, y se encontrara con la Tierra, ¿qué sería de ella?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Elpidia. Mientras mas cosas nos dices, mas aumentas nuestra admiración.

Benigna. Sigamos. pues, hasta el cabo: esos grandes cuerpos, lejos de desorden .rse antes por el contrario, manteniéndose firmes en el orden que les está prescrito, y siguiendo el camino que les está señalado pero tan pacifica y silenciosamente para con nosotros que no hay quien tenga el oido bastante fino y perspicaz para poder percibir que andan; y de tal modo que la gente vulgar ó menos instruida, ni aun piensa siquiera, que tal maravilla suceda ni haya en el Mundo.

Asteria. No dices cosa que no escuchemos con la mayor satisfaccion.

Benigna. Ved aún otra maravilla, que á mi me encanta; y es, que esos grandes cuerpos son tan esactos y tan costantes en su camino, en sus revoluciones ó movimientos, y en todas sus correspondencias, que un hombre cualquiera, puesto, aunque sea desde el mas remoto rincon del Mundo, despues de hacer cuidadosamente sus observaciones acerca de esto; puede muy bien formarse un método infalible de predecir ó pronosticar, á que punto de su curso se hallarían todos estos Astros, de hoy en dos, ó en cuatro, ó en veinte mil años.

Elpida. No estamos nosotras menos encantadas que tú, al oir una cosa como esa; ¿que será, pues, un hombre, comparado con todo eso?

Benigna. Si la Tierra toda entera, no es mas que

un átomo y un grano de arena, puesta en cotejo con todos esos grandes cuerpos; es preciso, que el hombre sea una cosa muy pequeña y muy limitada; porque no es muy grande el lugar que él acupa en el Mundo: y de ahí yo concluyo, cuan poco debe estimarse á sí mismo, y á todo lo que le pertenece.

Asteria. Sin embargo, aunque el hombre sea tan pequeño, y por mas despreciable que deba considerarse; todo eso ha sido hecho para él.

Benigna. Mirando el hombre por esta parte; sí es grande; pero esa grandeza es tal, que no puede conservarla, sino estimándose en muy poco, ó mas bien, no contemplándose mas que como nada, segun lo que dice el Apóstol.

Elpida. Yo no hago memoria de que el Apóstol diga tal cosa.

Benigna. Oid sus palabras: "Si alguno jusgare que "es algo, se engaña á sí mismo, porque es nada. (1)"

Asteria. Esas son unas palabras demasiado positivas y terminantes, para osar contradecirlas. Pero siendo de tanta extención todos los demas Cielos, el último, que es el Empireo, ¿cuánto mayor será?

Benigna. Sin duda no se necesita mas que un poco de reflección para conocerlo.

Elpida. Eso mismo nos hace creer, que el número de los Santos que le ocupan, será muy grande.

1 Ad. Galat. 6. 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. Verdad es: no obstante, en comparación de los llamados, nos asegura el Evangelio, que el número do los Escogidos es muy corto (1).

Asteria. Ya veo claramente, por lo que dices, que es necesario trabajar con la mayor seriedad para llegar al Cielo.

Benigna. No se yo que haya cosa, que mas anime á esto, que el considerar la grandeza de las obras de Dios, grandeza que nos hace comprender, que Dios es todavía mucho mayor incomparablemente.

Elpida. Nos retiramos ya para ir á meditar todas estas grandezas; y te damos mil gracias por las luces que nos has comunicado, y en toda nuestra vida olvidaremos,

1 Matth. 20. 16., etc. 22; 14.

Conversacion LXXVIII

SOBRE EL CIELO, Y SOBRE EL ESTADO DE LOS SANTOS EN EL

Asteria. En la última conversación no has explicado y hecho ver todas las maravillas de los Cielos y los Astros: ahora quisieramos que nos manifestases también todas las de ese Cielo, que se llama Empireo.

Benigna. Es demasiado lo que me pedís, y muy superior á lo que yo puedo daros.

Elpida. Y ¿por qué dices eso?

Benigna. Porque no hay hombre alguno, cuyos ojos hayan visto, ni cuyos oidos hayan escuchado, ni cuyo entendimiento haya comprendido las maravillas de aquella feliz morada (1).

1 I Cor, 2. 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. Verdad es: no obstante, en comparación de los llamados, nos asegura el Evangelio, que el número do los Escogidos es muy corto (1).

Asteria. Ya veo claramente, por lo que dices, que es necesario trabajar con la mayor seriedad para llegar al Cielo.

Benigna. No se yo que haya cosa, que mas anime á esto, que el considerar la grandeza de las obras de Dios, grandeza que nos hace comprender, que Dios es todavía mucho mayor incomparablemente.

Elpida. Nos retiramos ya para ir á meditar todas estas grandezas; y te damos mil gracias por las luces que nos has comunicado, y en toda nuestra vida olvidaremos,

1 Matth. 20. 16., etc. 22; 14.

Conversacion LXXVIII

SOBRE EL CIELO, Y SOBRE EL ESTADO DE LOS SANTOS EN EL

Asteria. En la última conversación no has explicado y hecho ver todas las maravillas de los Cielos y los Astros: ahora quisieramos que nos manifestases también todas las de ese Cielo, que se llama Empireo.

Benigna. Es demasiado lo que me pedís, y muy superior á lo que yo puedo daros.

Elpida. Y ¿por qué dices eso?

Benigna. Porque no hay hombre alguno, cuyos ojos hayan visto, ni cuyos oidos hayan escuchado, ni cuyo entendimiento haya comprendido las maravillas de aquella feliz morada (1).

1 I Cor, 2. 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asteria. No pedimos nosotras que nos digas lo que nadie sabe, y ni aun es capaz de saber; sino solamente lo que Dios haya revelado en este, punto, y lo que se pueda decir.

Benigna. Justo es, que os contentéis con eso; pues el mismo San Pablo, que había sido arrebatado hasta el tercer Cielo, no podía decir lo que allí había visto y oído (1).

Elpida. Tampoco nosotras te pedimos mas; y no dejamos de conocer, que sería imprudencia pedir alguna cosa fuera de esto.

Benigna. Siendo eso así, voy á ver, si puedo satisfaceros y agradaros.

Asteria. Comienza ya, si gustas.

Benigna. Detengámonos primeramente á reflexionar lo que fué revelado al discípulo amado de Jesús, segun él mismo lo refiere en su Libro del Apocalípsis (2).

Elpida. ¿Qué fué, pues, lo que este Apóstol vió en el Cielo?

Benigna. Vió allí colocada una silla ó trono, en el cual estaba uno sentado, cuyo color era semejante al jaspe y á la piedra sardónica.

Asteria. ¿Y podrás decirnos, quién era el que estaba sentado en aquel trono?

1 2. Cor. 12. 4.
2 Apocal. 4. á v. 2. seqq.

Benigna. Era Dios, que había tomado esta figura corporal y vicible, matizada con los colores de aquellas dos piedras preciosas, para dejarse ver así con todo este brillo á los ojos del Apóstol.

Elpida. ¿Sobre qué se apoyaba ó se levantaba la magestad de este Trono.

Benigna. La levantaba, y le servía de realce un hermoso Arco Iris, semejante al color de esmeralda, que rodeaba el Trono; y siete lámparas ardiendo delante del Trono mismo.

Asteria. ¿Y no había mas Trono que éste?

Benigna. Había además otras veinticuatro sillas al rededor de este primer Trono; sobre las cuales estaban sentados otros tantos veinticuatro Ancianos, vestidos en trages blancos, y con coronas de oro en la cabeza.

Elpida. ¿Qué es lo que representan estos veinticuatro Ancianos?

Benigna. Representan á los doce Patriarcas, y á los doce Apóstoles.

Asteria. ¿Y qué hacían estos veinticuatro Ancianos, ó en qué se empleaban?

Benigna. Se postraban delante de Aquel, que estaba sentado sobre el principal Trono, y arrojaban sus coronas á sus piés.

Elpida. ¿Qué es lo que eso querían dar á entender?

Benigna. Manifestaban, que de Dios habían recibido la grandeza que tenían; y que solamente Dios es grande por sí mismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asteria. Ese hecho encierra una instruccion muy grande.

Bedigna. Sí, por cierto; y esto nos enseña á reconocer en todas las cosas la grandeza de Dios, á cuya libertad debemos todo lo que somos y todo cuanto poseemos.

Elpida. ¿No vió San Juan mas que esto que nos han dicho?

Benigna. Vió tambien enmedio del Trono un Cordero, como degollado y puesto en pie.

Asteria. ¿Qué representa este Cordero en esa disposición?

Benigna. Representa á Jesucristo, que murió por nosotros. La mansedumbre de aquel Cordero significa la de Jesucristo, que en toda su Pasión no manifestó la menor queja; (1) la blancura de aquel Cordero indica la inocencia y la pureza de Jesucristo, en quien no se halló jamás ni aun la mas leve mancilla. (2) Se dice *como degollado y puesto en pie*, para denotar, que despues de haber muerto, resucitó; y que goza de una vida gloriosa é inmortal.

Elpida. ¿Los veinticuatra Ancianos hacian algunos honores al Cordero?

Benigna. Postrábanse tambien delante de él, con

1 Isaí 53. 7. etc. Act. 8. 32. Matth. 26. 63. etc. Marc. 14. 61.

2 Isaí. ubi paul. super. v. 9.; I. Petr. 2. 22., etc. I. Joann. 3. 5.

harpas en las manos, y con pomos de oro llenos de perfumes, que son las oraciones de los Santos.

Asteria. ¿Qué significa eso de *harpas, y de pomos de oro con perfumes, que son las oraciones de los Santos?*

Benigna. Significa las alabanzas y las acciones de gracias que estos dan á Jesucristo por todos los beneficios y mercedes, que recibieron, en virtud de los méritos de este Señor.

Elpida. ¿De qué estaba cercado este Trono?

Benigna. De gran multitud de Angeles, cuyo numero era millares de millares.

Asteria. ¿Qué ocupaciones son las de estos Angeles?

Benigna. Alabar á Dios continuamente, y ejecutar sus órdenes.

Elpida. ¿Son iguales en dignidad todos los Angeles?

Benigna. Hay tres distintas Gerarquias; cada una de las cuales se compone de tres Coros.

Asteria. Con que ¿cúantos Coros de Aageles hay?

Benigna. Nueve; que son: *Angeles, Arcangeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines*, que son los que sobresalen en la ciencia; y *Serafines*, que se señalan por su abrasado amor.(1)

1 Véase á Santo Tomás, Primera parte quest. 108. bien entendido, que el Angélico Maestro, siguiendo á san Dio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Elpida. ¿Qué quiere decir la palabra *Gerarquía?*

Benigna. Un cierto número de Angeles, que están subordinados á algun otro Angel superior, como á Jefe y Príncipe suyo.

Asteria. Y la palabra *Coro* ¿qué significa?

Benigna. Quiere decir un número de Angeles, que son de un mismo orden y clase.

Elpida. Nosotras pensábamos, que en el Cielo todo era igual, y estaba excento de todas estas subordinaciones que se observan acá en la Tierra.

Benigna. No, por cierto; no todo es igual; antes bien, reina allí una perfecta subordinación, pero exenta de las inperfecciones y defectos de las que se ven en el Mundo.

Asteria. Este modo con que explicas las cosas, al propio tiempo que nos instruye, nos deleita.

Benigna. Vió á sí mismo San Juan además de aquella prodigiosa multitud de ángeles, una muchedumbre innumerable de Santos de todas las Naciones, de todos los pueblos, y de todas las lenguas, que estaban en

---

nisio, hace la asignacion ó graduacion de los Coros y Gerarquías Angélicas en un orden inverso, respecto del que aquí se expresa, colocado en la primera ó suprema Gerarquía á los Serafines, como primeros ó mas principales despues á los Querubines y últimamente á los Tronos Segunda Gerarquía ó de enmedio las dominaciones. Virtudes y potestades. La tercera é ínfima, los princípados Arcángeles y Angeles: (Lease el Artíc. 6.)

pié delante del trono y en presencia del cordero; los cuales iban vestidos de blanco y con palmas en las manos.

Elpida. Y ¿qué significa esta multitud innumerable de Santos de toda Nación, de todo Pueblo, y de toda Lengua?

Benigna. Que no hay persona de cualquiera Nación, Pueblo, ó Idioma, que sea excluida de la salvación eterna.

Asteria. El estar vestidos de blanco ¿qué denota?

Benigna. la pureza y santidad que se requiere para entrar en el cielo.

Elpida. ¿De dónde han sacado, ó de dónde les viene á los Santos esta pureza y santidad?

Benigna. De la sangre del Cordero, en que se lavarón, y con que blanquearón sus vestiduras.

Asteria. Pero ¿quién ha visto ni oido jamás, que la sangre sea á propósito para lavar, y mucho menos para poner blanca la ropa?

Benigna. Es que no habéis de tomar aquellas palabras á la letra y como suenan; pues esto no quiere decir otra cosa, sino que por los méritos de la Sangre de Jesucristo, que es el Cordero inmaculado, los Santos conservarón, ó recobrarón la pureza y santidad que recibieron en el Santo Bautismo.

Elpida. Y ¿por qué tienen palmas en las manos?

Benigna. En señal de la victoria que aquí en la tierra alcanzarón del demonio, mundo y carne.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asteria. ¿De qué se ven libres los Santos en este dichoso estado?

Benigna. De todas cuantas tribulaciones tuvierón que padecer en esta vida.

Elpida. ¿Luego todo género de males estará desterrado para siempre de aquella morada feliz?

Benigna. Sí; pues ni allí tendrán nunca hambre, ni sed; y ni calor del Sol, ni ninguno otro les incomodará; porque el Cordero de Dios, que está enmedio del Trono, será su Pastor.
y los conducirá á las fuentes de aguas vivas, y Dios mismo enjugará las lágrimas de sus ojos.

Asteria. ¿Cómo deben entenderse estas últimas palabras?

Benigna. Lo que quieren decir, es, que los Santos, enmedio de la plenitud de gozos de que allí gustarán, no se acordarán ya de los pasados males, ni temerán les vengan otros nuevos.

Elpida. ¿Son iguales en gloria todos los Santos?

Benigna. Acordaos de lo que os dije, hablando de los Angeles; pues lo propio sucede en los Santos.

Asteria. Juzgábamos nosotras, que todos eran iguales.

Benigna. No estéis en eso, no; pues así como una Estrella, dice San Pablo, (1) se diferencía de otra Estrella en claridad; así los Santos se diferencian en

1 1. Cor. 15. 41.

gloria. Esto mismo nos dió á entender Jesucristo cuando dijo, segun nos refiere el Evangelio, (1) que "en la Casa de su Padre hay muchas viviendas ó moradas." Y no obstante esta variedad y diferencia de gloria que hay entre ellos, todos están contentos, y ninguno tiene envidia de la gloria de los demás.

Elpida. Y ¿de dónde proviene esta diferencia de gloria en los Santos?

Benigna. De la diversidad de sus méritos; porque el que hubiese amado mas, será mas recompesado.

Asteria. ¿No hay también algunos Santos, que, además de la gloria que es comun á todos, tengan sus diademas ó coronas peculiares?

Benigna. Sí; los Mártires, los Doctores, y las Vírgenes.

Elpida. Y ¿por qué es eso? Dí, si gustas.

Benigna. Por haber obtenido en el mundo particulares víctorias: los Mártires, superando los tormentos que les hicieron padecer; los Doctores, conservando con su doctrina la ciencia de la salvacion, en sí y en los demás; y las Vírgenes, venciendo generosamente todos los asaltos de la carne y la sangre.

Asteria. Esto es ciertamente muy capaz de animar, aun á los corazones mas cobardes, á la conquista del Cielo.

Benigna. Dejaos imbuir y apoderar bien de estas

1 Joann. 14. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grandes verdades, para que así podáis alcanzar no solamente la comun corona de los Santos, sí tambien algunas de las otras auréolas ó coronas particulares.

Elpida. Con todo nuestro corazón lo deseamos: mas continúa; porque es mucho lo que nos agrada oirte.

Benigna. Además de todo lo dicho, vió San Juan la Ciudad Santa, la Jerusalén Celestial, circundada de un espacioso y elevado muro, cuyos cimientos estaban decorados con todo género de piedras preciosas.

Asteria. ¿De qué era el edificio de este muro?

Benigna. Era de piedra jaspe.

Elpida. ¿Cuántas puertas ó entradas tenía?

Benigna. Tenía doce puertas, custodiadas por otros tantos Angeles; y estas doce puertas eran doce perlas, de suerte, que cada puerta era una perla.

Asteria. ¿De qué era la Platea ó Plaza de esta Ciudad?

Benigna. Era de oro puro, y transparente como si fuese de cristal.

Elpida. ¿Se cierran todos los días las puertas de esta Ciudad?

Benigna. No hay necesidad de cerrarlas, por cuanto allí nunca es de noche.

Asteria. Pues ¿qué es lo que alumbra á esta Ciudad?

Benigna. No es ni el Sol, ni la Luna; sino la gloria de Dios.

Elpida. Segun eso, muy amable y muy apetecible es preciso que sea esta morada.

Benigna. Lo es en efecto, y muchísimo; pero nada impuro y mancillado entrará en ella; ni ninguno de los que hicieren cosas execrables, y gustaren de la mentira.

Asteria. ¿Con qué es necesario ser muy puros para tener allí entrada?

Benigna. Cuando se os dice que nada que esté mancillado entrará en aquella ciudad, bastante se os da á entender, que la menor y mas ligera mancha cierra la puerta, ó por lo menos retarda el entrar en ella.

Elpida. Palabras son esas que merecen meditarse bien: pero sigue adelante; y dinos, ¿qué ocupación es la de todos los santos en el cielo?

Benigna. Ver á Dios y contemplar sus perfecciones.

Asteria. ¿Cómo le ven?

Benigna. Manifiestamente, cara á cara, y tal como él es sin velos y sin enigmas (1).

Elpida Y ¿no se cansan de ver, y de estar contemplando siempre un mismo objeto?

Benigna. No, por cierto; antes, mientras mas le ven y le contemplan, más desean verle y contemplar en El.

Asteria. ¿Cómo puede ser eso? Pues acá en la tie-

(1) 1.cor.13.12. etc 1.Joann:3.2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rra presto cansa, aun aquello que es mejor y mas hermoso.

Benigna. Es porque en un objeto infinito, cual es Dios, siempre hay que ver y que contemplar sin fin; y en esta vista y contemplación se encuentran unas bellezas de que jamás llegan á verse saciados, aunque las estan gustando siempre. Eso de fastidiarse tan pronto en la tierra, aun de lo que es mejor y mas hermoso, consiste en que nada de ello es un bien infinito, sino limitado.

Elpida. ¿Hay alguna cosa en la tierra que se acerque, ó que se parezca á esta vista y contemplación?

Benigna. No; puesto que aquí no vemos á Dios sino por entre la obscuridad y velos de la fé y obras maravillosas de este Señor, las cuales son como otros tantos espejos que nos representan solamente algunos rayos ó vislumbres de sus perfecciones infinitas.

Asteria. ¿Qué efecto produce en los santos esta vista y esta contemplación de Dios y de sus Perfecciones?

Benigna. Producen en ellos amor; pero un amor, que, excluyendo tada división y toda tibieza, los pone en un Santo enagenamiento.

Elpida. Y esta tal enagenación, que se nos figura será de las mas vehementes, ¿no les perturba la razón?

Benigna. No; antes con eso está su razón mas despejada, y mas limpia y expedita, porque este enage-

namiento nada tiene que huela á debilidad y flaqueza de los que acontecn en esta vida; pues al propio tiempo que es de los mas fuertes, es tambien de los mas suaves y apacibles.

Asteria. ¿Qué efectos son los de un amor de esta naturaleza?

Benigna. Alabanzas sin interrupción, ni distracciones; muy diferentes de las de esta vida, que ni pueden ser continuas, ni dejar de padecer sus distracciones.

Elpida. En medio de esta santa enagenación ¿qué es lo que los santos dicen.

Benigna. "Santo, Santo, Santo, es el Señor, Dios "Omnipotente, que era, y que es, y que será siem- "pre. Vos sois digno, oh Señor, de recibir gloria, ho- "nor, y poder; porque vos criastéis todas las cosas, "y por vuestra volutad subsisten, así como por ella "fueron criadas (1)."

Asteria. ¿Y se ciñen á alabar solamente al Criador?

Benigna. También se extienden á alabar al Salvador, diciéndo en alta voz: "El cordero que ha sido de- "gollado, es digno de recibir el poder, la divinidad, "la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria, y la "bendición."

Elpida. ¿Para concluir dinos ¿cómo poseen los Santos á Dios en el cielo?

1 Apocal. 4. S. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. No le poseen como ahora, solamente por la gracia que aunque introduce á Dios en el corazón de los Justos, no se les muestra claramente; pero en el cielo le poseen cercado todo de la claridad y resplandor de su gloria.

Asteria. Y ¿por cuánto tiempo le poseeran de esta suerte?

Benigna. Para siempre jamás y eternamente: y no como aquí en la tierra, con el triste recelo de perderle á cada paso; sino con una plena y entera confianza de poserle sin fin.

Elpida. ¡Qué cosas tan buenas y tan agradables nos pones hoy delante de los ojos!

Benigna. Lo que yo deseo es, que esos propios ojos las contemplen algun dia en su misma fuente.

Asteria. Muchas cosas nos quedan aun, que preguntarte sobre el estado del cuerpo de los Santos en el cielo; y sobre el modo conque los Santos se conducen y manejan entre sí: pero tememos fatigarte demasiado.

Benigna. Nunca podréis vosotras llegar á fatigarme; mas como hago juicio de que por la presente, basta lo que hemos dicho; si deseáis que prosiga, lo dejaremos para otra ocasión.

Elpida. Mañana, si te parece y á la misma hora.

Benigna. Yo, por mi, con todo gusto: y quedemos eso.

Conversacion LXXIX

CONTINÚA LA CONVERSACION SORRE EL CIELO,
Y EL ESTADO DE LOS BIENAVENTURADOS

Asteria. Con todo apresuramiento venimos á la hora señalada.

Benigna. Yo me regocijo de ver, cuanto es vuestro celo: por mi parte, nunca he temido faltar á una palabra que haya dado.

Elpida. Mucho gusto es el haber de tratar con personas, cuya palabra y ejecución son una misma cosa.

Benigna. Aun no se me ha olvidado, que sobre lo que deseabáis que hablasemos hoy, acerca del estado de los cuerpos de los Santos despues de la Resurrección.

Asteria. Todavía nos falta eso, para quedar enteramente instruidas por lo tocante al cielo, y al estado de los Bienaventurados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. No le poseen como ahora, solamente por la gracia que aunque introduce á Dios en el corazón de los Justos, no se les muestra claramente; pero en el cielo le poseen cercado todo de la claridad y resplandor de su gloria.

Asteria. Y ¿por cuánto tiempo le poseeran de esta suerte?

Benigna. Para siempre jamás y eternamente: y no como aquí en la tierra, con el triste recelo de perderle á cada paso; sino con una plena y entera confianza de poserle sin fin.

Elpida. ¡Qué cosas tan buenas y tan agradables nos pones hoy delante de los ojos!

Benigna. Lo que yo deseo es, que esos propios ojos las contemplen algun dia en su misma fuente.

Asteria. Muchas cosas nos quedan aun, que preguntarte sobre el estado del cuerpo de los Santos en el cielo; y sobre el modo conque los Santos se conducen y manejan entre sí: pero tememos fatigarte demasiado.

Benigna. Nunca podréis vosotras llegar á fatigarme; mas como hago juicio de que por la presente, basta lo que hemos dicho; si deseáis que prosiga, lo dejaremos para otra ocasión.

Elpida. Mañana, si te parece y á la misma hora.

Benigna. Yo, por mi, con todo gusto: y quedemos eso.

Conversacion LXXIX

CONTINÚA LA CONVERSACION SORRE EL CIELO,
Y EL ESTADO DE LOS BIENAVENTURADOS

Asteria. Con todo apresuramiento venimos á la hora señalada.

Benigna. Yo me regocijo de ver, cuanto es vuestro celo: por mi parte, nunca he temido faltar á una palabra que haya dado.

Elpida. Mucho gusto es el haber de tratar con personas, cuya palabra y ejecución son una misma cosa.

Benigna. Aun no se me ha olvidado, que sobre lo que deseabáis que hablasemos hoy, acerca del estado de los cuerpos de los Santos despues de la Resurrección.

Asteria. Todavía nos falta eso, para quedar enteramente instruidas por lo tocante al cielo, y al estado de los Bienaventurados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. Comenzaré diciéndoos, que los Santos tendrán en el cielo los mismos cuerpos que tubieron en esta vida.

Elpida. Pero siendo de Fé, que estos cuerpos se convierten en polvo (1); ¿cómo podrá ser, que se conozca distintamente el polvo de cada uno de los cuerpos que ha habido desde el principio del mundo, señaladamente de los que hubieren sido quemados y echados al aire, ó arrojados en el mar, ó comidos de las fieras?

Benigna. Sobre esto no tenéis que fatigaros: esos son asuntos del Todopoderoso; el cual en los tesoros de su infinita sabiduría tiene señales ciert..s para no equivocarse en aquella grande operación (2).

Asteria. En llegando á fijar la vista sobre la Omnipotencia de Dios, es claro, y ya sabemos que no solamente no hay cosa alguna imposible, sino que todo es fácil.

1 Genes. 3.19.

2 Sobre este delicado punto es muy digno de leerse el Padre San Crisóstomo homil. 65. sobre los Evang; San Agust. Lib. de Catechiz. rud. cap. 25. y 27. y el Angélico doctor Santo Tomás, especialmente en el Suplem. de la tercera parte desde la quest 75. y siguientes donde trata con su aconstumbrada solidez y claridad, de todo el Dogma de la "Resurrección Universal:" pero, por lo tocante al insinuado punto, véanse los tres Aticul. de la quest. 78, los tres de la 79, y el 4. y 5. de la 80.

Benigna. Verdad es que nuestro débil entendimiento no pude imaginar bien, cómo pueda ser eso mas, nos basta saber, que asi es porque el Espíritu Santo lo ha dicho (1) Fuera de que habría el inconveniente grande de que ya no serián los mismos cuerpos de los Santos los que resucitarían y serían recompensados, si hubiesen entónces de tomar unos cuerpos formados del polvo ó cenizas de otros cuerpos distintos: lo que ni se puede decir, ni aun pensarse; puesto que han de ser ciertamente los mismos cuerpos los que han de resucitar, y los que han de ser remunerados.

Elpida. A una autoridad de tanto peso, nos sujetamos gustosas: ¿mas en qué estado resucitarán los cuerpos de los Santos?

Benigna. A proporción de los espantosos y horribles que serán á la vista los cuerpos de los condenados; serán al contrario, de los Santos, muy hermosos, resplandecientes y perfectos.

Asteria. No dudamos que será así, en cuanto á su hermosura y resplandor; pero ¿qué es lo que pretendes dar á entender con la palabra *Perfectos?*

Benigna. Que los Santos todos resucitarán en un estado de perfección y entereza, con todos sus miembros cabales, sin tener ninguna deformidad; y todos en la estatura de hombres perfectos, y en un ajuventud floreciente (2).

1 Job. cap. 19 v. 25. 26. 27.

2 Epíst. ad Ephes IV 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Elpida. Pues ¡qué ¿Hasta los niños se verán entónces en esa edad; y también todos los que padecían alguna deformidad en su cuerpo, ó que tenian algun miembro menos?

Benigna. Sí; porque Dios dará á los cuerpos de los Santos todo cuanto puede formar un cuerpo perfecto y cabal.

Asteria. No sabíamos esta primera maravilla; y por cierto, nos admira y encanta.

Benigna. Pues esto es todavía nada, en comparación de las que vais á oir.

Elpida. Dínoslas en amistad.

Benigna. Lo primero; todos estos cuerpos, ya resucitados así, se encaminaran con la mayor velocidad y presteza (1) hacia Jesucristo por los aires, inmediatamente que se deje ver ó se manifieste en el dia del Juicio.

Asteria. ¿Qué será de ellos, después que la última sentencia fuere pronunciada?

Benigua. Se elevarán al cielo, por la virtud que Dios habrá comunicado á sus cuerpos para reinar allí enteramente con Jesucristo.

Elpida. Haznos ver ahora las cualidades que adornarán á sus cuerpos en aquel reino admirable.

Benigna. Una vez entrados allí, no estarán ya su-

1 I. Thessalonic. 4.16.

jetos á la muerte, ni á ninguna enfermedad (1) que pudiera ocasionársela; y conservarán esta vida *inmortal* eternamente, sin necesidad de alimentos.

Asteria. Sin embargo de eso, se dice en el Evangelio, que los Santos estarán sentados á la mesa en el Cielo con Abrahan, Isaac, y Jacob.(2)

Benigna. Eso es verdad; pero en esta mesa no se servirán viandas corruptibles, como en la tierra; sino manjares incorruptibles, que no serán otra cosa, que la Verdad y la Justicia; ó (si queréis que así os lo diga) El mismo Dios.

Elpida. ¡Qué manjares esos, tan exquisitos y tan excelentes!

Benigna. Son unos manjares proporcionados al estado enteramente celestial de los Santos en la gloria.

Asteria. No es posible oir lo que es esto, sin desear participar de aquel dichoso estado.

Benigna. Á él sois llamadas, y para El estáis destinadas: no nos ha criado Dios para otra cosa; pero *este mismo Dios, que os ha criado sin vosotras, no os salvará sin vosotras* [3]; es decir que sin que vosotras cooperéis á ello por vuestra parte, y seáis muy fieles en corresponder á su devina gracia.

Elpida. Continúa si gustas; pues todas estas cosas son muy dignas de oirse.

1 Apoc. 21. v. 4.
2 Matth. 8. 11.
(3) Es una sentencia bien sabida de S. Agustin.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. No solamente serán inmortales los cuerpos de los Santos; sino tambien impasibles.

Asteria. Explícanos esa palabra si quieres.

Benigna. Lo que quiere decir es, que tampoco estarán sujetos á ningun dolor ni molestia; sino que disfrutarán una salud robusta y vigorosa; ninguna salud cabal y perfecta, incapaz de una alteración ni quebranto.

Elpida. Y ¿de dónde les sobrevendrá tan féliz disposición?

Benigna. De la incorruptibilidad de los humores, de que se compondrán sus cuerpos; porque serán unos humores del todo celestiales, é incapaces de corromperse nunca: juntad á esto, que en aquella dichosa morada de la gloria no habrá exteriormente; cosa que pueda disminuir la paz de su corazón la serenidad de su semblante, ni la salud de su cuerpo.

Asteria. Ese es un estado bien apetecible, y bien acreedor á que no se perdone diligencia alguna por llegar á él.

Benigna. A eso mismo os exhorto yo con todas mis fuerzas; mas no quiero echar en olvido el deciros, que la incorruptibilidad misma de estos humores celestiales exhalará una fragrancia tan agradable, que el olor de todas cuantas flores y perfumes hay en este mundo, juntos todos, aun no llegarán á aquel, ni con mucho.

Elpida. Jamás habiamos oido nosotras decir semejante cosa.

Benigna. Pues eso es muy fácil de concebir; porque así como la corrupcion de los humores, que componen nuestros cuerpos hoy, despide un olor ingrato; así de la incorrupcion de aquellos otros humores celestiales saldrá un olor sumamente agradable.

Asteria. Ahora ya comprendemos eso, sin que pueda menos de causarnos admiración.

Benigna. Oid otra cosa, que aún os admirá mas; y es la *claridad* y resplandor de estos cuerpos, pues serán brillantes y resplandecerán como el Sol, segun lo aseguró el mismo Jesucristo. (1)

Elpida. Siendo eso así, como desde luego no dudamos, no se les podrá mirar de hito en hito; así como no se puede mirar de fijo al Sol.

Benigna. Eso lo diréis vosotrar en chanza.

Asteria. Nos perdonarás en eso; que no es chanza, no; y la razon que para ello nos asiste, nos parece muy fundada.

Benigna. Lo sería, cuando los ojos de los Santos quedasen con la debilidad que tenían cuando estaban acá en la tierra; pero en el Cielo, fortificados vigorosamente sus ojos, verán sin deslumbrarse, aquella gran claridad y resplandor.

Elpida. Dios nos conceda la gracia de que lo veamos.

Benigna, No se necesita para eso, mas que aprove-

1 Matth. 14. 33.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

charse de las gracias que continuamente os hace el Señor, y corresponder fielmente á ellas.

Asteria. Á eso estamos ya determinadas, en virtud de lo que te oimos ahora decir; y esto mismo nos anima extraordinariamente á ejecutarlo.

Benigna. Añadid á todo lo dicho, que los cuerpos de los Santos podrán en un instante pasarse de un lugar á otro, con mayor *agilidad* y prontitud que el Aguila, cuyo vuelo es tan rápido; y que además de eso, podrán *penetrar* y atravesar los cuerpos mas duros y mas sólidos, sin hacerse daño á sí mismos, ni hacérsele tampoco á ellos.

Elpida. lo primero facilmente comprendemos, que pueda ser; mas no así lo segundo.

Benigna. Vedlo, si no, verificado en Jesucristo al salir del Sepulcro, y traspasando la gran losa que le cubría: ni el Señor se hizo mal á sí mismo, ni tampoco se le hizo á la piedra: lo propio sucedió en aquella aparición en que se manifestó á sus Apóstoles el dia mismo de su Resurreccion: ni se hizo daño á sí propio, entrando en aquel lugar donde ellos estaban juntos; ni tampoco se le hizo á las puertas por donde entró, aunque estaban a la sazón y se mantuvierón cerradas.(1)

1 Joan. 20. 19. ; etc. alib. saepe in Evang. etc. I. cor. 15. 5. Véase el Padre S. Gregorio Magno en la homilía 26. sobre los Evangelios.

Asteria. No cesamos de admirar todas esas maravillas, incomprensibles á nuestro espíritu.

Benigna. Bien me parece eso; pero no os habéis de quedar en solo admirarlas; pasad mas allá; manos á la obra; para que así merezcáis algun dia ver, y tener parte en todas estas maravillas.

Elpida. Á hacerlo así, estamos muy determinadas.

Benigna. Os he dicho ya todo cuanto deseabáis saber acerca del estado de los cuerpos de los Santos en la gloria; ¿qué mas deseáis saber?

Asteria. Quisiéramos todavía saber, ¿cómo se portan y cómo se gobiernan los Santos, unos con otros, en el Cielo?

Benigna. Eso no es difícil de entender; y lo sabréis á poca costa.

Elpida. Dinos primeramente, ¿si los Santos se conocen unos á otros?

Benigna. Esa no es una dificultad seria; ni sé yo cómo ha podido ocurriros cosa semejante.

Asteria. Con todo eso, nos consta, que hay muchísimas personas que lo dudan.

Benigna Yo me admiro de una duda de esta naturaleza: digo que sí; que los Santos se conocen mutuamente en el Cielo, y mucho mejor todavía que nos conocemos nosotras acá en la tierra.

Elpida. ¡Qué! ¿El padre conoce á sus hijos; el marido á su mujer; el hermano á su hermano; el amigo á su amigo; y así de los demás?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigna. No solamente se conocen todos estos entre sí; sino que tambien conocen á todos los demas Santos que hay en el Cielo; y saben de que Nación, de que Lugar, de que profesión ó estado ha sido cada uno y por que camino ha sido llevado al Cielo.

Asteria. Es cosa muy maravillosa, ciertamente.

Benigna. Añadid; y muy cierta: y con eso habréis dicho cuanto hay que decir sobre esto.

Elpida. Y ahora, los Santos que están en el Cielo ¿ven y saben lo que pasa aquí en la tierra?

Benigna. Ven todo aquello que puede contribuir á su felicidad: un Rey ve todo lo que pasa en su reino, un Obispo lo que pasa en su diócesis; y así á proporción todos los demas Santos.

Asteria. Supuesto lo que acabas de decirnos, ya creemos que los Santos se conocen recíprocamente; pero ¿se hablan tambien?

Benigna. No tenéis que dudarlo; se comunican con indecible gozo, todo aquello que les puede complacer.

Elpida. pensábamos nosotras, que no se empleaban mas que en una sola cosa; que era, en ver á Dios.

Benigna. Esa grande y principal ocupación no les impide la mútua comunicación de unos con otros; pero es de una manera, que todo cede en loor de Dios; proporcionándose mútuamente inefables consuelos.

Asteria. ¡Qué cosas todas tan hermosas y tan nuevas para nosotras!

Benigna. Yo celebro infinito poder contribuir á descubríroslas; mas espero que la meditación de ellas, os las hará todavía mas hermosas y de mayor consuelo

Elpida. Antes de dar fin (y cierto, desearíamos no darle nunca,) dinos, si gustas, ¿si los Santos se dan tambien recíprocos testimonios ó muestras de amistad?

Benigna. Si la caridad, con ser tan débil en esta vida, nos obliga á dar señales de amistad al projino, aunque diversamente, segun la diversidad de personas; ¿cuánto mas les moverá á esto mismo á los Santos la caridad, que será consumada y perfectísima en ellos?

Asteria. Pero las demostraciones de amistad denotan familiaridad y llaneza; y esto no parece que conviene al estado de los Santos en la gloria.

Benigna. Ya veo yo que vosotras medís lo que pasa en el Cielo, segun las ideas que tenéis de lo que acontece aca en la tierra; pero corregid esas ideas groseras, que no pueden servir de regla para el Cielo.

Elpeda. ¿Qué es lo que quieres decir con eso?

Benigna. Lo que quiero decir es, que en este mundo, aun lo que hay mejor, está todo cercado de defectos y de imperfecciones; y que lo que se encuentra de bueno en la Tierra, se hallará tambien en el Cielo, pero sin defectos ni imperfecciones.

Asteria. Explícate un poco, mas si gustas.

Benigna. Quiero decir, que la amistad que los Santos tendrán reciprocamente en el Cielo, será del todo noble, celestial y divina: y que las demostraciones que de ella harán, serán de la misma especie y de igual naturaleza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Elpida. Jamás dejaremos olvidar ninguna de estas verdades; con cuyo socorro, nada nos parecerá penoso en esta vida, por llegar á tan sublimes recompensas.

Benigna. Cualquiera que tuviese siempre en la memoria estas verdades, miraría como cosa muy leve todo cuanto hay que hacer y que sufrir, para alcanzar aquella ventajosa remuneración.

Asteria. Ciertamente, que es tener muy poco ánimo, el acobardarse á la menor dificultad que se encuentre en el camino que guía á la posesión de unos bienes tan inmensos.

Benigna. Yo, por mí, me avergüenzo cada instante y no ceso de admirar, que sea tanta la flojedad que se vé en personas, que hacen profesión de creer y esperar todas estas cosas.

Elpida. Renunciemos para siempre nuestra desidia; y si por ventura tuvieremos que hacer ó que sufrir alguna cosa difícil, acordémonos, para alentarnos y movernos, que todos nuestros trabajos y penas no han de durar mas que cuatro instantes; en lugar que una bienaventuranza inexplicable y sin fin, será la recompensa y corona (1).

Benigna. Son unos sentimientos esos tan prudentes, como justos: haced lo que decis, dentro de muy poco será vuestra la Eternidad.

1 Rom. 8. etc. 2. Cor. 4. 17.

CONVERSACION LXXX

SORRE EL DESEO DEL CIELO.

Bertila. Quisiera yo saber en qué consiste, que tengamos tanto apego á la Tierra, y que nos cueste tanto trabajo y repugnancia el dejarla.

Celiña. Esa curiosidad tuya me parece que está muy en su lugar; y no es menos loable el deseo de inquirir la causa de ese apego, que has insinuado.

Valentina. Tambien yo gustaría de saber la razón de esto; porque se encuentran muy pocas personas que sean verdaderamente desprendidas.

Celiña. Esta es una de las consecuencias de nuestra ceguedad, y de las tinieblas que nos rodean.

Bertila. Yo creí que ibas á decir, que era esto, porque la vida es amable, y porque en ella se encuentran muchos atractivos, y se goza de mil suaves delicias.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Elpida. Jamás dejaremos olvidar ninguna de estas verdades; con cuyo socorro, nada nos parecerá penoso en esta vida, por llegar á tan sublimes recompensas.

Benigna. Cualquiera que tuviese siempre en la memoria estas verdades, miraría como cosa muy leve todo cuanto hay que hacer y que sufrir, para alcanzar aquella ventajosa remuneración.

Asteria. Ciertamente, que es tener muy poco ánimo, el acobardarse á la menor dificultad que se encuentre en el camino que guía á la posesión de unos bienes tan inmensos.

Benigna. Yo, por mí, me avergüenzo cada instante y no ceso de admirar, que sea tanta la flojedad que se vé en personas, que hacen profesión de creer y esperar todas estas cosas.

Elpida. Renunciemos para siempre nuestra desidia; y si por ventura tuvieremos que hacer ó que sufrir alguna cosa difícil, acordémonos, para alentarnos y movernos, que todos nuestros trabajos y penas no han de durar mas que cuatro instantes; en lugar que una bienaventuranza inexplicable y sin fin, será la recompensa y corona (1).

Benigna. Son unos sentimientos esos tan prudentes, como justos: haced lo que decis, dentro de muy poco será vuestra la Eternidad.

1 Rom. 8. etc. 2. Cor. 4. 17.

CONVERSACION LXXX

SORRE EL DESEO DEL CIELO.

Bertila. Quisiera yo saber en qué consiste, que tengamos tanto apego á la Tierra, y que nos cueste tanto trabajo y repugnancia el dejarla.

Celiña. Esa curiosidad tuya me parece que está muy en su lugar; y no es menos loable el deseo de inquirir la causa de ese apego, que has insinuado.

Valentina. Tambien yo gustaría de saber la razón de esto; porque se encuentran muy pocas personas que sean verdaderamente desprendidas.

Celiña. Esta es una de las consecuencias de nuestra ceguedad, y de las tinieblas que nos rodean.

Bertila. Yo creí que ibas á decir, que era esto, porque la vida es amable, y porque en ella se encuentran muchos atractivos, y se goza de mil suaves delicias.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Celiña. No; yo estoy muy lejos de alegar esa razon: porque no puedo persuadirme á que sea amable una vida, pue solo esta llena de pesar y de amargura, una vida, que es un conjunto de todo género de males y de miseria; una vida, sobre la cual no puede una contar con que la ha de poseer un momento despues; una vida, en fin, que forzosamente ha de acabarse, tarde ó temprano; por el suplicio de la muerte.

Valentina. Convenimos desde luego en que mirada por este lado, nada tiene de amable.

Celiña. Decidme, pues, ¿por cuál lado hallais que lo sea?

Bertila. Pero últimamente hay infinitas personas que pasan una vida sin pesar ni amargura; y que parece están exentas de los males y miserias que oprimen á los demas.

Celiña. ese retrato (permitidme que os lo diga así) no se halla mas que en vuestra imaginación; porque nadie hay que sea como vosotras decís, aun sin exceptuar los ricos y los poderosos del siglo.

Valentina. Yo me figuraba á esos hombres, como superiores á todos los infortunios de la vida.

Celiña. Pues yo te digo, que un pobre artesano, que sea hombre de bien; que gasta buena salud; y que gane la vida con el sudor de su rostro, vive aún mas contento que aquellos.

Bertíla. Hé aquí, pues, á lo menos, segun tu modo de pensar, unos hombres que viven contentos.

Celiña. No me hagais decir lo que yo no he dicho:

lo que sí digo es. que viven mas contentos; no que absulatamente lo vivan: porque á la verdad, ¿cómo se ha de reputar por feliz una vida, en la cual no se puede adquirir lo necesario, sino padeciendo todo el rigor de las estaciones.

Valentina. ¿Segun eso, todos los hombres son infelices?

Celiña. Credme, que es así; unos mas, otros menos: porque ninguno hay, que no tenga mucho que sufrir; y si el sufrir es ser desgraciados, en este sentido digo, que todos los hombres lo son.

Bertila. Y ¿cuál es la causa de todo eso?

Celiña. No busqueis otra que el pecado. Todos los hombres, antes del pecado, estaban destinados á vivir felices en este mundo; y un solo pecado les hizo infelices á todos, en el sentido que ya hemos dicho, y aun en todo sentido.

Valentina. ¿Luego, en tu juicio, no hay hombre alguno sobre la tierra, que sea dichoso?

Celiña. Perdona, te digo que no es así: aquellos son dichosos, en cuanto se puede ser en este mundo, que sobrellevan con sumision, paciencia y buen ánimo todos los trabajos, aguardando y suspirando por otra mejor vida.

Bertila. ¡Que! ¿Tiénes tú por felices esos hombres?

Celiña. Lo son, conforme acabo de explicaros, en cuanto pueden serlo en este mundo, por la esperanza que tienen de ser algun dia verdaderamente felices.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Valentina. Mas al fin, se disfrutan á interválos las dulzuras de este mundo.

Celiña. Vosotras decis bien, que á *interválos*; y aun estos muy cortos y muy rápidos.

Bertila. Convenimos en que sean cortos; pero por esa palabra *rápidos* ¿qué es lo que quieres decir?

Celiña. Quiero decir, que en el momento mismo que se les ve empezar, se les vé tambien desvanecerse, para que entre en su lugar el sinsabor y la amargura.

Valentina. Pero ¿eso es verdad en rigor?

Celiña. Yo no quiero otro fiador para esto, que la experiencia.

Bertila. ¿con qué no se puede contar con gustar de ninguna dulzura en esta vida?

Celiña. No digo yo eso; lo que digo es, que esta tal dulzura es muy rara, muy corta y muy veloz.

Valentina. Sin embargo, hay muchísimas personas que se divierten bien y por largo tiempo.

Celiña. Esas diversiones, ó son inocentes, ó pecaminosas; si son inocentes, jamás son largas ni duraderas; si son pecaminosas, despedazan al alma á cada momento que se goza de ellas.

Bertila. Pues eso no se echa de ver en el semblante de las tales personas.

Celiña. ¿Sabéis á quién comparo yo esas personas, que se regocijan de una manera culpable? Las comparo á un hombre que metido en lo mas obscuro de un calabozo, y cargado de prisiones, se divirtiese con estar aguardando á que vinieran por él, para llevale al suplicio.

Valentina. ¿Y es adecuada esta comparación?

Celiña. Lo es muchísimo; porque lo mismo que este reo, se ven ellas atormentadas interiormente, en medio de sus mayores diversiones, con la expectativa de una muerte funesta.

Bertila. Pero á veces se ha visto, que algunos reos se divierten bastante, olvidando del todo, lo que les iba á suceder de allí á un momento.

Celiña. Creedme; semejantes hombres no estaban interiormente, como aparentaban por defuera; por mas desatinados que fuesen y por mas que quisieran disimular, siempre habían de pasar malísimos ratos.

Valentina. ¿Con qué no hay que darle vueltas? Absolutamente no hay que aguardar el poder gustar de lleno, dulzura ninguna en esta vida.

Celiña. Yo, por mí, no se que haya otra, que la de tener una buena conciencia.

Bertila. ¿Luego ese es el único partido que debe tomarse?

Celiña. Eso es lo que debéis hacer, si queréis ser prudentes; pero, además de esto, os habéis de desprender cada dia mas de este mundo, en que no sois ni debéis contemplaros sino como desterradas y expatriadas, y como un reo condenado á muerte.

Valentina. Si esto es así, podemos tener esperanzas de que nuestras miserias den algun dia fin.

Celiña. Ya se ve; cuando hubiéreis llegado á vuestra Patria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bertila. ¿Y cuál es esa Patria que dices?

Celiña. El Cielo; aquella tierra, ó mancion, de la cual están desterrados todos los males; y en donde se ven reunidos todos los bienes.

Valentina. Pero es necesrio sufrir mucho, y ademas de eso, morir, antes de llegar á ella.

Celiña. Con tal que la consigáis debéis contar todo eso por nada.

Bertila. No por cierto, no contamos por nada unas cosas como esas.

Celiña. Pues si fuese grande vuestra fé deberéis regocijaros al pensar en aquel término feliz, que borrará en vosotras hasta la memoria de los trabajos.

Valentina. Ruega tú al Señor, que aumente nuestra fé (1), para enterarnos bien en este cristiano modo de pensar.

Celiña. Un viandante, un peregrino, un desterrado, ¿cuénta, ni estima por cosa grande todos los trabajos y fatigas que padece de vuelta á su Patria, cuando considera el gusto que tendrá, luego que ya esté en ella?

Bertila. Eso es decirnos, que imitemos este ánimo y este valor.

Celiña. Ya lo habéis dicho vosotras; esa era mi intención; y no pudieráis hacer otra cosa mejor en toda vuestra vida.

1 Esta era la petición que los Apóstoles hacian á su divino Maestro. Luc. 17 5.

Valentina. Mas para ir á su Patria, es preciso dejar sus Parientes, Amigos, y todo cuanto se posee.

Celiña. No os de cuidado lo que hay que dejar, pues todo ello es nada; pensad sí, en lo que volveréis á encontrar, luego que hubiréis llegado allá.

Bertila. ¿Qué es lo que volveremos á hallar.

Celiña. Una multitud de Parientes y Amigos vuestros, que partieron allá antes que vosotras y que con los brazos abiertos salen ya á recibiros y obsequiaros,

Valentina. Todo eso es muy á propósito para inspirarnos valor y ánimo.

Celiña Allí no encontraréis, como aquí en la Tierra, de aquellos Parientes ni de aquellos Amigos, que suelen no amaros, mas que por ellos mismos, y no por vosotras.

Bertila. ¿Qué quieres decir con eso?

Celiña. Lo que yo quiero decir es, que en este mundo las mas veces no se ama sino por algún interes propio; mas en el Cielo á nadie se amará de esta suerte, por que allí no hay nesecidad de cosa alguna, como que se poseen de lleno todos los bienes; sino únicamente por Dios.

Valentina. Mientras mas vas hablado, mas inflamas nuestros deseos.

Celiña. Echad no mas que una ojeada sobre los inmensos bienes, de que allí seréis saciadas (1) col-

1 Psalm. 16. 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

madamente; y así se inflamará todavía mas vuestro deseo.

Bertila. ¡He, por tu vida! ¿Qué bienes son esos?

Celiña. Una vida á la cual jamás veremos el fin; una salud que nada, nada, será capaz de alterarla; un gozo, una paz y un contento, que sobre puja á todo lo que se puede ponderar (1).

Valentina. ¿Y todo se reduce á esto?

Celiña. Una sociedad, íntima y familiar con los Angeles y los santos; sin eceptuar á la Santísima Vírgen, que es la Reina de esta morada feliz de los Vienaventurados.

Bertila. Has dicho ya cuanto tenías que decir?

Celiña. Todo esto es nada, en comparación de aquellas soberanas celestiales delicias, que gustaréis, anegandoos felizmente en el oceano mismo de la divinidad.

Valentina. Nosotras quisieramos nos explicases ¿cómo son estas delicias?

Celiña. Un Angel ó alguno de los Santos pudiera tal vez deciros algo; pero yo no tengo voces para explicar dignamente una felicidad, que aun para mí es incomprensible.

Bertila. Esa es una cosa que hace desear vivamente el cielo, y al propio tiempo despreciar la tierra.

1 Epist. ad Philipp. 4. 7.

Celiña. "¡Oh, decía un gran Santo, qué desagrada-"ble me parece la tirra, cuando miro al cielo!"

Valentina. Sin ser santas, decimos ya nosotras otro tanto.

Celiña. Buena señal es esa, y un buen presagio, siempre que de resulta de lo que me habéis escuchado, procuréis poneros en tan felices disposiciones.

Bertila. Pues no dudes, que es verdad lo que decimos; y así te suplicamos que lo creas: pues no queremos ya emplear nuestra vida en otra cosa, que en suspirar con el mayor ahinco por nuestra Celestial Patria.

Celiña. Haced efectivamente esto que decís; y sin falta ninguna conseguiréis llegar á ella.

Valentina. ¿Con que no se nesecita mas que suspirar, para llegar allá?

Celiña. Ademas de eso, es menester vivir ya aquí en la Tierra como Ciudadanos del Cielo.

Bertila. Todo eso lo haremos con la gracia de Dios; pues estamos fuertemente resueltas á hacer cuanto pudiéremos por llegar á donde dstá este Señor.

Celiña. ¡Ojalá nos encontremos allá, donde sin duda nos acordaremos de esta amable Conversación; y entónces, sí, que sabremos explicarnos harto mejor que ahora!

Valentina. Dios nos conceda esta gracia.

Celiña. Así sea.

—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONVERSACION LXXXI

SOBRE LA SANTA VIOLENCIA QUE ARREBATA EL CIELO.

Emelia. Con nuestra acostumbrada satisfacción acudimos á tí, para pedirte nos expliques cierto pasage del Evangelio, que nosotras no podemos entender.

Macrina. Bien pudieráis para eso dirigiros á algun sugeto mas hábil y mas instruido que yo y os saldria mucho mejor la cuenta.

Lampadia. De esa manera se habla, cuando se tiene tanta modestia como tienes tú.

Macrina. No hablo yo asi, precisemente por modestia; sino por el conocimionto práctico que tengo de mi corta capacidad.

Emelia. El lugar que nos ha dejado, paradas es este: "*El Reino de los Cielos se toma por violencia; y los violentos son los que le arrebatan*" (1)

1 Matth. 11 10.

Macrina. Por solo complaceros, quiero probar antes, si os lo podre explicar; y si acaso acertare á hacerlo, será por un efecto del socorro de lo Alto.

Lampadia. Á nosotras no nos importa el cómo te compondrás para eso, con tal que lo hagas.

Macrina. Suponed desde luego, que se trata aquí nada menos, que de conquistar el Cielo: conquista de las mas importantes y mas útiles.

Emelia. Cabalmente eso es lo que enciende en nosotras un vivo deseo de instruirnos acerca de este punto.

Macrina. Todo el que no hiciere esta conquista, no puede esperar otra cosa mas, que una eternidad de desventuras.

Lampadia. Enséñanos tú á evitar una tal desgracia, y á tomar el camino que conduce al Cielo; porque nosotras comprendemos sin dificuliad, que en este particular no hay medio.

Macrina. Pues para eso es necesario hacerse una violencia contínua y hacercela seriamente, y por todos los dias de la vida; porque el que cesare de combatir; aunque no sea mas que un momento, muy presto será vencido.

Emélia. Resueltas estamos a ejecutarlo así, á cualquier precio que sea, y cueste lo que costáre.

Macrina. Siendo eso como decís, contad con que os hallais ya bien adelantadas; porque cualquiera que forma semejante resolución, tiene ya andado la mitad del camino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lampadia. Y ¿por dónde es necesario empezar? Dí, si gustas.

Macrina. Es menester comenzar peleando hasta derramar la sangre, por no dar jamas entrada en el alma el pecado mortal.

Emelia. Ya comprendemos cuanta necesidad hay de hacerlo así.

Macrina. Bien sabéis que no se necesita mas que un solo pecado mortal, para perder todo cuanto hay de mas precioso; quiero decir, la gracia y amistad de Dios y todos los demas dones que son inseparables de ella.

Lampadia. La sola idéa y representación de una pérdida como esta nos espanta.

Macrina. Una vez que eso es así, como yo creo, armaos, pues, para esta santa guerra; por que no solo tenéis que combatir contra unos hombres de, carne y sangre como quiera; sino contra los Principados, contra los Príncipes de este mundo; es decir, de este siglo tenebroso; contra los espíritus malignos esparcidos, por el aire (1).

Emelia. ¡En verdad, son muchos enemigos, y estos enemigos formidables!

Macrina. Cierto que sí; pero en teniendo valor, y ayudadas de la gracia de Dios, fácilmente triunfaréis, con tal que no abandonéis jamás la santa resolución que habéis formado.

1 Ephes. 6.12.

Lampadia. Nosotras esperamos vencer en Aquel y por Aquel, que nos conforta (1), y nos da fuerzas.

Macrina. Para conseguirlo, es necesario guardar mucho todas las avenidas, por donde el enemigo puede entrar; y estar alerta dia y noche, como vigilantes centinelas.

Emelia. Y ¿qué avenidas son las que principalmente es necesario guardar?

Macrina. Vuestra imaginación, vuestros ojos, vuestros oídos, vuestra lengua; pues estas son las puertas por donde el enemigo se introduce hasta el corazón: estas son las que mejor deben guardarse y defenderse, por que son las mas fuertemente acometidas.

Lampadia. Preciso es, que un trabajo como este, sea grande y penoso.

Macrina. Nunca pudiera ser demasiado grande ni penoso, cuando el asunto es la conquista de la eternidad. Fuera de que, aun cuando fuese grande y penoso, no sería muy largo; puesto que á cada momento nos abrimos paso para entrar en la eternidad.

Emelia, Estas palabras, cierto, nos animan: ¿no hay qué hacer mas que esto?

Macrina. También es menester combatir vigorosamente contra los pecados veniales.

Lampadia. ¿Y nos pides también que no los cometamos?

1 Philipp. 4. 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Macrina. Eso sería pediros un imposible: lo que si os pido y quiero solamente, es, que no cometáis ninguno con propósito deliberado, ni con voluntad y afecto de cometerle.

Emelia. Gran seguridad y alientos nos inspira eso.

Macrina. Debéis estar en la inteligencia de que todo pecado venial desagrada á Dios, y por coniguiente toda voluntad y afecto de cometerle, sea el que fuere este afecto, sería una resolución positiva de querer desagradar á Dios; lo cual no sería tolerable en una alma, que está determinada á arrebatar elCielo por violencia.

Lampadia. Mas, al fin, estos pecados no son tan temibles como los pecados mortales.

Macrina. Convengo en eso; pero siempre son de temer; y el que no lo hiciere así, está á peligro de cometer los mortales (1); porque solamente á fuerza de temer las culpas leves, se evitan las graves.

Emelia. Pero los pecados veniales no quitan la gracia, ni hacen perder la amistad de Dios, como los que son mortales.

Macrina. Es verdad; pero debilitan la gracia, y debilitándola, disminuyen las fuerzas del alma; y una alma enferma, es prontamente vencida.

Lampadia. ¿Con qué en esta vida no hay que pensar en hacer treguas, ni en descansar nunca?

1 Eccli 19. 1.

Macrina. Tu lo has dicho ya: siempre es necesario estar alerta: siempre es necesario combatir: solamente en la muerte se puede y es permitido dejar las armas de la mano.

Emelia. Segun eso, la vida es una cosa muy pesada y muy molesta.

Macrina. Yo me alegro, que penséis de ese modo: y esto era lo que hacía que los Santos suspirasen con tanto ahinco, por verse libres de este cuerpo de muerte, para ir á reunirse con Jesucristo en el Cielo (1).

Lampadia. Lo que es por este lado, puede una muy bien animarse; pero por el otro, no puede menos de verse muy cansada y fatigada.

Macrina. Solamente las almas cobardes y desidiosas se dejan amilanar del trabajo; pues las almas dotadas de fortaleza, al considerar la brevedad del trabajo, y la larga duración del premio, se alimentan y animan sin cesar(2).

Emelia. Imitemos, pues, á estas almas valerosas; y no queramos ser del número de las cobardes y tímidas.

Macrina. Yo tengo mucho consuelo en oíros explicar de esa suerte; y en ver que tomáis ese partido.

Lampadia. Lo dijimos antes, y ahora volvemos á

1 Ad Rom. 7. 24. etc. ad Philipp. 1. 23.
2 Ad Rom. 8. 18. etc. II. Cor. 4. 17.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

repetirlo; que estamos resueltas á emprender con el mayor brio la conquista del Cielo, á cualquier precio, y cueste lo que cueste.

Macrina. Continuad, perseverad en esta resolución; y algun dia gustaréis de la dulzura que ella os acarreará.

Emelia. ¿Y es esto únicamente á lo que limitas todo lo que exiges de nosotras?

Macrina. Es menester, despues de eso, trabajar sin interrupción en destruir las imperfecciones que son el origen de tantas caídas como se experimentan en el camino del Cielo.

Lampadia. ¿Qué entiendes por estas imperfecciones?

Macrina. Lo que entiendo es, que cietas inclinaciones aunque no sean pecados, no dejan á veces de ocasionarlos cuando nose tiene cuidado de reprimirlas.

Emelia. Danos, si gustas, algun ejemplo, que nos haga comprender esto mejor.

Macrina. Me conformo. Hay unas personas que son inclinadas á la ira; otras á la tristeza; estas á la ociosidad é indolencia; aquellas á la inmortificación, unas al amor propio; otras á la envidia; estas á la curiosidad; aquellas á la vanidad y presunción; unas al zelo amargo y excesivo, que á nadie perdona; y otras á una mole indulgencia, que lo deja pasar todo.

Lampadia. Ahora ya te entendemos: mas ¿qué remedio para destruir todas esas inclinaciones, que están tan arraigadas en nosotras?

Macrina. Por mas arraigadas que esten, es preciso que lo hagáis, y os lo aconsejo con las mayores veras.

Emelia. Pero en suma tu dices que estas inclinaciones no son pecado.

Macrina. Verdad es eso; se entiende, mientras no fueren voluntarias; pero ¿no veis cuántos pecados son capaces de hacer cometer, en llegando una vez á descuidarse con ellas?

Lampadia. Esa es ya una tercera operación, y por cierto, no pequeña, que no esperabámos.

Macrina. Pues por vuestra vida, ya podéis pensar en ella, si es que deseáis vivir en esta continua violencia que arrebata el Cielo y á que os manifestáis tan resueltas.

Emelia. Segun las apariencias yo discurro has dicho cuanto había que decir, y que nada mas te queda que ya pedirnos.

Macrina. No os enfadéis aun no lo he dicho todo. Es necesario trabajar tambien, y sin desistir ni acobardaros, desde la mañana hasta la noche, en cumplir con las obligaciones de vuestro estado.

Lampadia. En eso ya estábamos nosotras, antes que tu nos lo dijeras.

Macrina. Pero contáis desde luego con la violencia que es necesario hacerse incesantemente, para ejecutar todas las cosas en su debido tiempo, lugar y modo sin torcer ni desviarse á la derecha ni á la izquierda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Emelia. ¿Se necesita hacerse mucha violencia para eso?

Macrina. ¿Qué duda tiene? Pues de otra manera, vuestra conducta no seria mas que un contínuo trastorno del orden: hariáis por la tarde lo que debia hacerse por la mañana; dejariáis para mañana lo que puede evacuarse hoy; ejecutariáis en un lugar, lo que era mas propio para otro; hariáis de mala gana, lo que debia hacerse de buena; en una palabra: nada hariáis cuando donde, ni como era necesario.

Lampadia. Y ¿qué importa eso, con tal que todo se haga?

Macrina. Vivid persuadidas de que no basta eso; y que para hacer bien cada cosa, es necesario hacerla en su tiempo, lugar y modo.

Emelia. ¿Podrás citarnos algun ejemplo sobre eso mismo que das por sentado?

Macrina. Yo no os citaré otro que el de Jesucristo; el cual no solamente observaba, hasta el mas mínimo ápice, todo cuanto su Celestial Padre le había ordenado, sino que tambien se sujetaba á hacerlo en el tiempo lugar y modo que su mismo padre le había prescrito: no respira otra cosa el Evangelio todo por donde quiera que se lea.

Lampadia. ¿Será por ventura muy malo el hacerlo de otro modo?

Macrina. Es no querer imitar ni semejarse enteramente á Jesucristo es no querer vivir en esta santa violencia que es propia de los hijos de Dios; es no querer vivir con un espíritu de orden y método; y es exponerse á perder aquella gracia que está aligada ó anexa á cada momento, para hacer bien cada acción.

Emelia. No se puede menos de subscribir y conformarse con todas estas razones.

Macrina. Me alegro infinito de veros ya convencidas con la fuerza de la verdad. Pero antes de acabar, tengo todavia una cosa que pediros.

Lampadia. Háblanos francamente; pues no pudieras hacer cosa que mas nos agrade.

Macrina. Es que temo ya sobrecargaros demasiado.

Emelia. No por cierto no tengas tal recelo.

Macrina quisiera yo tambien que os ejercitaseis en la mortificación de vuestras repugnancias naturales; que algunas veces dieséis de mano á vuestras inclinaciones, aun aquellas que son buenas y arregladas; y que hicieséis todas vuestras acciones, y soportaséis todos vuestros trabajos segun el espíritu de Jesucristo, y no por un espíritu puramente natural.

Lampadia. Confesamos ingenuamente, que hasta ahora siempre hemos hecho todo lo contrario.

Macrina. Pues seguramente no habéis hecho en eso mejor.

Emelia. Pero es que nosotras desechábamos todo lo que nos repugnaba.

Macrina. Los Paganos y los Infieles harían tambien otro tanto.

Lampadia. Asimismo, sin formar escrúpulo alguno,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

satisfaciamos todas aquellas inclinaciones nuestras, que nos parecia que no eran malas.

Macrina. Convenid en que para eso no se necesita tener una grande virtud; ó mas bien, que no es menester ninguna absolutamente.

Emelia. Nosotras no atendíamos á que espíritu era el que nos guaiba para obrar, ó para sufrir nuestros trabajos y penas.

Macrina. Pues persuadios á que todo aquello que no se hace y se tolera por Dios y por el espíritu de Dios, no sirve de mérito alguno para el Cielo.

Lampadia. ¿Luégo hasta aquí hemos perdido muchísimo nosotras?

Macrina. A vuestra discreción lo dejo eso, para que lo penséis despacio.

Emelia. Ya lo hemos pensado bien; y estamos íntimamente convencidas de que así ha sido.

Macrina, Tenéis razón; pues á cada paso habéis perdido tesoros inmensos para el Cielo.

Lampadia. De hoy mas, queremos ya llevar mayor cuenta y razon con estas pérdidas.

Macrina. Haréis en eso muy bien, á todas luces.

Emelia. Pero para esto será menester una atención y una vigilancia continua.

Macrina. Verdad es: pero cuando al fin de eso es arrebatar el Cielo por violencia; ¿os parece se podrá hacer nunca demasiado, por mas que se haga?

Lampadia. Bien vemos, cuan preciso es hacerlo así; y que no podemos negarnos á eso.

Macrina. Una vez que hecháis ya de ver la necesidad de hacerlo, no dilatéis el llegar cuanto antes á la ejecución.

Emelia. ¿Por ventura consiste esto en que toda acción, por muy buena que sea, si se hace nada mas que naturalmente, y sin la mira á Dios, no merece ninguna recompensa?

Macrina. Yo no digo eso; sí digo solamente, que no puede merecer el cielo.

Lampadia. ¿Luego, por lo menos, la concedes algun premio temporal, como es la salud, una larga vida, riquezas y gloria temporal?

Macrina. Os doy todo eso de barato: pero ¿y de qué sirve todo eso, si al fin se ha de perder el cielo?

Emelia. El caso es, que el cielo es el que nosotras queremos conquistar, y el es todo el objeto de nuestros deseos.

Macrina. Pues si eso es así, como yo me lo persuado, haced todo cuanto acabo de decir, sin omitir nada de ello.

Lampadia. Cierto que el plan que nos has trazado hoy, es bien grande, y no es menor la obra que tú has levantado; mas no por eso nos acobardamos;

Macrina. No os pido yo tampoco, que lo hagáis todo á un tiempo; sino una cosa hoy y mañana otra: con el tiempo y el socorro de la gracia, os saldréis seguramente con todo; y á proporcion que vayáis arrimando el hombro, veréis como todo se allana y se os hace fácil.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Emelia. Con hablarnos de esa manera, es increible lo qne nos animas; y ya nos parece, que todo lo hemos de hacer sin que nos cueste trabajo.

Macrina. Yo lo deseo así, y ruego al Señor os conceda esta gracia.

CONVERSACION LXXXII

SOBRE LA FELICIDAD DE LAS VIRGENES CRISTIANAS.

Demetria. Es tanto lo que se puede aprovechar contigo, que ja nas se cansa una de estarte oyendo.

Eufrasia. Muy cortés eres ciertamente; y yo quisiera poder corresponder á tus esperanzas.

Olimpia. Estamos bien persuadidas de que lo harás sin dificultad.

Eufrasia. Lo deseo, en verdad, para vuestra satisfacción: indicadme, pues, que es lo que queréis de mí.

Demetria. Quisiéramos saber ¿qué se debe discurrir acerca del estado de las Vírgenes cristianas?

Eufrasia. Uu deseo muy loable es ese: entre los estados es el mas santo y el mas feliz.

Olimpia. Haznos palpable esto mismo que propones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Emelia. Con hablarnos de esa manera, es increible lo qne nos animas; y ya nos parece, que todo lo hemos de hacer sin que nos cueste trabajo.

Macrina. Yo lo deseo así, y ruego al Señor os conceda esta gracia.

CONVERSACION LXXXII

SOBRE LA FELICIDAD DE LAS VIRGENES CRISTIANAS.

Demetria. Es tanto lo que se puede aprovechar contigo, que ja nas se cansa una de estarte oyendo.

Eufrasia. Muy cortés eres ciertamente; y yo quisiera poder corresponder á tus esperanzas.

Olimpia. Estamos bien persuadidas de que lo harás sin dificultad.

Eufrasia. Lo deseo, en verdad, para vuestra satisfacción: indicadme, pues, que es lo que queréis de mí.

Demetria. Quisiéramos saber ¿qué se debe discurrir acerca del estado de las Vírgenes cristianas?

Eufrasia. Uu deseo muy loable es ese: entre los estados es el mas santo y el mas feliz.

Olimpia. Haznos palpable esto mismo que propones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eufrasia. De muy buena gana. La santidad y felicidad de este Estado consiste en la libertad ó desembarazo, que da á las Vírgenes Cristianas, para que se ocupen en las cosas del Señor; y en el cuidado de agradarle, para ser santas de cuerpo y espíritu (1).

Demetria. No descubro cosa mas excelente que esa.

Eufrasia. Yo creo que no hay quien no piense del mismo modo.

Olimpia. Explícanos, como son santas en el cuerpo.

Eufrasia. Porque por la Virginidad conservan sus cuerpos en el estado de entereza en que Dios los crió.

Demetria. Dí ¿cómo son santas de espíritu, ó de alma?

Eufrasia. Porque por la Virginidad conservan su espíritu exento y libre de todo aquello que pudiera obscurecer y mancillar su santidad.

Olimpia. ¡Honrosos y grandes privilegios, por cierto!

Eufrasia. ¡Ah! Os puedo asegurar, que esto es ya como vivir en el Cielo.

Demetria. Todavía no nos has dicho nada sobre la santidad de su corazón.

Eufrasia. ¿Por ventura se puede dejar de ser santas de corazón, en siendo lo de cuerpo y de espíritu?

Olimpia. Eso bien pudiera suceder.

Eufrasia. Sí, absolutamente hablando; porque si

1 I Cor. 7. 34.

estas Vírgenes llegasen á perder la Caridad, su santidad de cuerpo y de espíritu de nada les serviría delante de Dios; pero se debe pensar, que esto acontece muy rara vez.

Demetria. Y ¿por qué? Dí.

Eufrasia. Porque la santidad de cuerpo y la de espíritu ayudan y conducen en gran manera para adquirir, ó conservar la santidad del corazón.

Olimpia. Los Casados ¿pueden tener estas ventajas?

Eufrasia. No; á lo menos en igual grado, porque por razón de su estado están divididos entre Dios y el mundo; entre Jesucristo y su consorte; entre los cuidados del Cielo y los de la Tierra (1).

Demetria. Sobrada razón tienes para decir, que el estado de Virginidad es el mas santo, y el mas feliz de todos.

Eufrasia. Por lo mismo á las Vírgenes se les compara á los Angeles y se llaman Angeles de la Tierra así como á los Angeles se les llama Vírgenes del Cielo.

Olimpia. ¡Muy gloriosa es para ellas una comparación semejante!

Eufrasia. Es verdad; sinembargo, no dice nada de mas; puesto que las Vírgenes conservan, á pesar de una carne que está sujeta á corrupción, la pureza eterna é incorruptible de aquellos bienaventurados

1 Ibidem v. 33. etc. 34.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Espíritus; y porque imitan su vida del todo celestial, en un cuerpo mortal y terrestre.

Demetria. Todo eso realza infinito á la Virginidad.

Eufrasia. ¿Qué dirás, si yo te aseguro, que en este punto sobrepujan de algún modo las Vírgenes á los Angeles mismos?

Olimpia. Diré, que no comprendo, como pueda ser eso.

Eufrasia. Pues no obstante, es bien fácil comprenderlo; por que las Vírgenes, sinembargo de que están cercadas de un cuerpo de frágil barro conservan una virtud, que solo conviene propiamente á unos Espíritus dotados de tanta pureza, como son los Angeles.

Demetria. Ahora sí, que estoy convencida de lo que has dicho. Y ¿quién puede dar una tal virtud á las Vírgenes?

Eufrasia. Dios solo, por un efecto de su misericordia.

Olimpia. ¿Conqué según eso, esta virtud trae su origen del Cielo?

Eufrasia. Sí; del seno del mismo Dios es de donde salió; y Jesucristo fué quien la trájo consigo á la Tierra.

Demetria. Pues ¿qué? ¿Esta virtud era desconocida, antes que Jesucristo viniese al mundo?

Eufrasia. De todo punto no lo era; pues vemos que algunos la observaron, como la Santísima Virgen, San

Juan Bautista, y algunos otros, aunque en corto número.

Olimpia. Y ¿cuándo empezó á dejarse ver con todo su esplendor esta virtud en el mundo?

Eufrasia. Despues de la venida de Jesucristo, que es el Príncipe y Esposo de las Vírgenes Cristianas.

Demetria. Según eso ¿las Vírgenes seran en la Iglesia de Jesuhristo un tesoro muy precioso y un ornamento muy grande?

Eufrasia. Tienes razón. Así que, las Vírgenes en todos tiempos han sido miradas como preciosas joyas de Jesucristo; como flores que adornan y matizan el ameno Jardín de la Iglesia; y como la porción mas ilustre del rebaño de Jesucristo (1).

Olimpia. Cuanto mas nos vas diciendo, tanto mas excitas nuestra admiración.

Eufrasia. Contempladlas por un momento en el Cielo; y os maravillaréis todavía mas.

Demetria. Mucho celebraremos poder considerarlas allá; porque esperamos verlas algún dia rodeadas de un resplandor muy grande.

Eufrasia. No os engañáis en eso. Oíd como se explica el mismo Dios: "Yo les daré, dice, en mi Ca-"sa y dentro del recinto de mis muros, un lugar se-"ñalado, y mucho mas honorífico y distinguido, que

1 Con estos honrosos epítetos las distinguen San Cipriano y San Ambrosio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el que los demás Hijos é Hijas mias: les daré un nom-
"bre eterno, que jamás será echado en olvido" (1)

Olimpia. Y ¿qué vendrá á ser ese lugar mas honorífico, y ese nombre eterno?

Eufrasia. Ha de ser una gloria particular, y mas excelente que la de otros Santos.

Demétria. Haznos, si gustas, una pintura de ella.

Eufrasia. Así como los Mártires y los Doctores tendrán una corona ó diadema peculiar: así "estas "cantarán un nuevo cántico, y seguirán al Cordero, "que es Jesucristo, á donde quiera que fuere." (2)

Olimpia. ¿Por qué razón han de tener las Vírgenes esa corona particular?

Eufrasia. Para dar de ese modo á su Virginidad toda la gloria que merece una tan hermosa virtud.

Demetria. Y ¿por qué han de cantar ese nuevo cántico, que dices?

Eufrasia. Para tributar á Dios repetidas acciones de gracias por un don tan precioso.

Olimpia. ¿Por qué dices, que irán en pos del Cordero á donde quiera que el fuese?

Eufrasia. Esto será en recompensa de haberle seguido constantemente sobre la Tierra, en la practica de esta virtud.

Demetria. ¿Qué? ¿No todos los Santos tendrán estos mismos privilegios?

---

1 Isai. 56. 5

2 Apocal. 14. 4.

Eufrasia. No; solamente los que, perseverando Vírgenes, hubieren seguido á Jesucristo, caminando sin deslustrar ni ajar la belleza y esplendor de la Virginidad.

Olimpia. Conque ¿será muy grande el gozo que tendrán en el cielo?

Eufrasia. Sí, grandísimo; pues no se ocuparán en otra cosa, que en regocijarse inefablemente de Jesucristo en Jesucristo y con Jesucristo, junto á Jesucristo, y por Jesucristo. ¡Qué gozo mayor y mas puro!

Demetria. ¿Gustarán todas las Vírgenes en el cielo de este gozo, en igual grado?

Eufrasia. Las Vírgenes, cristianas y no otras.

Olimpia. Pues ¿qué? ¿Hallas tú diferencia entre Vírgenes y Vírgenes cristianas?

Eufrasia. Sí por cierto; y muy grande.

Demetria. Dínosla, si quieres.

Eufrasia. Está la diferencia en que yo no coloco en la clase de Vírgenes Cristianas, mas que aquellas que hubieren renunciado al mundo por amor de Jesucristo, y que hubieren hecho voto y consagrado su Virginidad á Dios, con la mira de entregarse únicamente á este Señor.

Olimpia. Segun eso, ¿no basta ser vírgenes como quiera para participar de esa gran gloria de que gozan las Vírgenes en el cielo?

Eufrasia. No; porque la virginidad que no ha sido consagrada á Jesucristo, ni guardada por amor de Jesucristo no es digna de tan grande recompensa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A vista de unos bienes como estos, ¿ya no habrá mas que añadir?

Eufrasia. Perdona, que sí hay algo todavía; porque aun desde esta vida logran las que son Vírgenes, unas ventajas, que solas ellas pueden tenerlas.

Olimpia. La curiosidad nos incita ya á saber cuales son.

Eufrasia. El pasar esta vida, con todo ser tan miserable, en paz, tranquilidad y reposo.

Demetria. ¿Por ventura no pueden todos, si quieren, vivir tambien así?

Eufrasia. No; porque el Apóstol San Pablo (1) sentencia á los casados á la pena de parecer las tribulaciones de la carne.

Olimpia. ¿Qué tribulaciones de la carne son esas?

Eufrasia. Todos los trabajos y sinsabores, que son inseparables de su estado.

Demetria. Refiérenoslos si gustas.

Eufrasia. Es todo aquello, que los consortes tienen que sufrirse mutuamente mientras vivan ambos, y con especialidad á la hora de la muerte, en la cual uno de los dos necesariamente ha de estar inconsolable, si es que se tuvieron unamor sincero; todo aquello que tienen que sufrir por parte de sus hijos, principalmente si estos estan destituidos de buena índole ó de Religión: todo aquello, que tiene que sufrir en su estado mismo, por lo tocante al comercio y trato de la vida.

1 I Cor. 7. 28.

Olimpia. Muy en compendio nos has dicho todo eso: ¿es porque temes asustarnos con una relación mas individual?

Eufrasia. Lo hago por dar lugar á que allá vosotras lo meditéis despacio; porque especificarlo todo por menor, sería nunca acabar. Paso tambien en silencio los peligros que en punto de la salvación se encuentran en este estado.

Demetria. ¿Qué? ¿No era ya bastante, que tuviese las penalidades que acabas de referirnos?

Eufrasia. Pues ademas de eso los peligros tocante á la salvación son él muchos y graves.

Olimpia. Con eso sí, que nos espantas de una vez.

Eufrasia. ¿Ignoráis acaso, que los consortes están encargados reciprocamente de su salvación; y que entrambos tienen que responder con su alma, de la salvación de sus hijos; sin hablar ahora de los diferentes escollos que se hallan en la profesión de cada uno de ellos?

Demetria. De esa manera, mas vale no casarse.

Eufrasia. Bien dirías en eso, si la virginidad no fuese un don de Dios. Creedme; no todos son capaces de llevar adelante una resolución como esta; y por lo mismo Jesucristo decía (1), hablando de la Vir-

1 Matth. 19 12. etc, vid, d. Thom. hic.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ginidad: "El que se sintiere con firme voluntad y "fuerzas para guardar continencia, guárdela, y no "se retraiga de hacerlo."

Olimpia. Pues yo le pediré á Dios este don con tantas instancias, que llegue por fin á conseguirle.

Eufrasia. No pudieras hablar mas sabia ni mas cristianamente: has eso que dices, y verás como te sales con ello.

Demetria. Pero si todos, todos guardasen Virginidad; ¿no se pudiera temer, que el mundo se acabara muy presto?

Eufrasia. ¿Y tan gran mal se te figura este?

Olimpia. Por lo que toca á mi, yo no lo reputo por tal; pero quizá no faltaría quien así lo juzgase.

Eufrasia. No, no; antes bien; de este modo, mas presto daría fin el Reino del pecado; los demonios serían para siempre desterrados al abismo; y los Santos se incorporarían en el Cielo con Jesucristo, que es su Divino Jefe, donde Dios será todo en todos.

Demetria. Pues no es posible evadir la fuerza de tus razones; enséñanos el modo de conservar el precioso don de la Virginidad.

Eufrasia. Cuanto mas elevado y sublime es este Estado, tanto mas deben humillarse todas las personas que le abrazan, si quieren hallar gracia delante de Dios.

Olimpia. Y ¿qué especie de humildad les pides?

Eufrasia. Una humildad proporcionada á la grandeza y excelencia de este Estado.

Demetria. Y ¿por qué razón así?

Eufrasia. Porque mientras mayor fuese la elevación en que se está, tanto mayor será la caída que se diere; porque Dios no pone su consideración sino en las cosas humildes, ni mira mas que de lejos las que son elevadas (1); porque el Espíritu Santo no puede reposar donde no encuentre lugar para ello; y solamente lo encuentra en los corazones humildes; nunca en las almas soberbias.

Olimpia. Y ¿en qué se conoce á punto fijo, que una alma es soberbia?

Eufrasia. En el espíritu de envidia.

Demetria. ¿Cómo es eso? Dí.

Eufrasia. Porque la soberbia produce como necesariamente el espíritu de envidia; y este vicio es como una hija y compañera inseparable de aquella.

Olimpia. ¿Luego no puede haber humildad donde reina el espíritu de la envidia?

Eufrasia. Esa es nna verdad, que nos enseña el Apóstol cuando nos dice, que la Caridad no es envidiosa, porque no se hincha de orgullo (2).

Demetria. ¿Qué deben hacer, pues, las Vírgenes Cristianas, para mantenerse en humildad?

Eufrasia. Deben contemplar incesantemente á su Divino Esposo, anonadado hasta lo profundo de la

1 Psalm. 137. 6.
2 I Cor. 13. 4

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tierra, llamándose á sí mismo, gusano vil, y no hombre (1).

Olimpia. Y ¿que lección deben tener siempre muy presente?

Eufrasia. La que les da su Celestial Esposo, diciéndo (2): *Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón*: pues en esto quiso cifrar todos los tesoros de sabiduría y de ciencia que depositaba en sí.

Demetria. ¿Es eso todo lo que las pides?

Eufrasia. Tambien les pido, que no tengan puesto el pesamiento ni el deseo en los enlaces ó amistades del mundo; porque el no casarse, por oposición ó por indiferencia á este Estado; ó porque no se halla con quien; ó porque, aun cuando se encuentre, se teme el *¿qué dirá el mundo?*; eso no es ser Vírgenes de Jesucristo.

Olimpia. ¿Qué otra cosa las pides aun?

Eufrasia. Que no sean bachilleras, ni amigas de saberlo y verlo todo; perdiendo el tiempo en hablar de cosas que no debieran.

Demetria. ¿No les pides alguna otra cosa mas?

Eufrasia. Deseo así mismo, que nunca se esmeren en querer agradar por su buen parecer, ó por el nimio aseo y limpieza de su trage, ni por los peinados

1 Pslam. 21.7.
2 Matth.11.29.

ó adornos demasiadamente prolijos y afectados de su cabeza.

Olimpia. ¿Te limitas precisamente á esto?

Eufrasia. Es necesario además, que vivan siempre retiradas, y en una mortificación continua.

Demetria. Y ¿por qué siempre retiradas?

Eufrasia. Porque no debeu hallar gusto en cosa ninguna de este mundo, al cual no deben tenar amor.

Olimpia. ¿No se podrá tampoco buscar la compañía de las gentes, con la mira de esparcirse y desenfaderse un poco?

Eufrasia. Pues ¿cómo es posible fastidiarse, ni que el tiempo se haga largo, estando en compañía de un Esposo todo Celestial y Divino, que encierra en sí todos cuantos gustos son imaginables?

Demetria. Y ¿por qué dices, que han de vivir en una continua mortificación?

Eufrasia. Para que de esta forma puedan siempre tener su cuerpo sujeto al espíritu.

Olimpia. Y ¿por qué mas?

Eufrasia. Para que vivan siempre á los ojos de Dios; porque si la Viuda que vive en delicias, está ya muerta para Dios (1); cuanto mas lo estaría una Doncella que así viviese?

Demetria. Acaba de formarnos el cuadro de las Vírgenes cristianas.

1 I.Tim.5.6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eufrasia. Es necesario, que su semblante no se deje nunca perturbar de ningun mal humor; que sus ojos no anden esparcidos ó derramados; que su lengua no sea sobradamente libre en hablar; que nunca hablen de sí mismas sin necesidad; que á nadie difamen ó desacrediten; que no se ensalcen sobre las demás; que nada se note de inmodesto en sus risas: nada de burlesco ni irrisorio en sus discursos; nada de indecente en su exterior; nada de altivez ni procasidad en su modo de andar; que no sean vengativas, volviendo mal por mal, ni ultraje por ultraje; que esten siempre llenas de una caridad tan grande que se hallen dispuestas á dar la vida por sus prójimos: y que, añadiendo todas las demas virtudes á la virginidad que conservan, hagan ver al mundo en su persona unas constumbres angelicales; viviendo ya sobre la tierra de una manera semejante á la en que vivien aquellos soberanos espíritus en el cielo.

Olimpia. Todo eso lo juzgamos muy justo y muy racional; y así, nos conformamos con ello de todo nnestro corazón; y nos faltan ciertamente palabras para darte gracias segun mereces.

CONVERSACION LXXXIII

PARA INSPIRAR EMULACION A LOS NIÑOS.

Respondedme con toda naturalidad: ¿vuestra memoria es tal y tan feliz, que pueda bastar á aprender todo lo que sé señala de lección?

Dorotea. Cualquiera que te oiga eso, ¿no pensará que se nos den cuantos libros hay en el mundo, para que estudiemos todos á un tiempo?

Constancia. Bien puede suceder que eso no sea así; mas con todo, yo ni mas ni menos lo he oido decir.

Dorotea. Yo bien creo, que así lo habréis oido decir; pero no puedo persuadirme á que hayáis creido nada de eso.

Angela. El rumor ha cundido ya tanto, que casi, casi estoy tentada por creelo.

Dorotea. A este tal rumor no le falta mas que el que fuese verdad, para que nos hiciese mucho honor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eufrasia. Es necesario, que su semblante no se deje nunca perturbar de ningun mal humor; que sus ojos no anden esparcidos ó derramados; que su lengua no sea sobradamente libre en hablar; que nunca hablen de sí mismas sin necesidad; que á nadie difamen ó desacrediten; que no se ensalcen sobre las demás; que nada se note de inmodesto en sus risas: nada de burlesco ni irrisorio en sus discursos; nada de indecente en su exterior; nada de altivez ni procasidad en su modo de andar; que no sean vengativas, volviendo mal por mal, ni ultraje por ultraje; que esten siempre llenas de una caridad tan grande que se hallen dispuestas á dar la vida por sus prójimos: y que, añadiendo todas las demas virtudes á la virginidad que conservan, hagan ver al mundo en su persona unas constumbres angelicales; viviendo ya sobre la tierra de una manera semejante á la en que vivien aquellos soberanos espíritus en el cielo.

Olimpia. Todo eso lo juzgamos muy justo y muy racional; y así, nos conformamos con ello de todo nnestro corazón; y nos faltan ciertamente palabras para darte gracias segun mereces.

CONVERSACION LXXXIII

PARA INSPIRAR EMULACION A LOS NIÑOS.

Respondedme con toda naturalidad: ¿vuestra memoria es tal y tan feliz, que pueda bastar á aprender todo lo que sé señala de lección?

Dorotea. Cualquiera que te oiga eso, ¿no pensará que se nos den cuantos libros hay en el mundo, para que estudiemos todos á un tiempo?

Constancia. Bien puede suceder que eso no sea así; mas con todo, yo ni mas ni menos lo he oido decir.

Dorotea. Yo bien creo, que así lo habréis oido decir; pero no puedo persuadirme á que hayáis creido nada de eso.

Angela. El rumor ha cundido ya tanto, que casi, casi estoy tentada por creelo.

Dorotea. A este tal rumor no le falta mas que el que fuese verdad, para que nos hiciese mucho honor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Constancia. Pero ¿qué? ¿No es cierto, que si no todos cuantos libros hay, á lo menos, son muchísimos los que se os dan para que los estudiéis?

Dorotea. El hecho es este: se nos señala cada semana cosa de doce lineas, poco mas ó menos para que las aprendamos; que vienen á ser dos renglones cada día; y cada hora que sale por una ó dos palabras. ¿Es asunto este para tanto ruido?

Angela. Por mí te confieso con toda verdad, que si esto poco oprime y quebranta las memorias, según dicen por ahí; bien es menester, que semejantes memorias sean tan pequeñas como unas hormigas.

Dorotea. Yo no sé ni entiendo de andar con embustes; lo cierto es, que no nos señalan mas lección que la que he dicho.

Constancia. Pero no os encarga tambien el Catecismo; la Epístola y el Evangelio del día?

Dorotea. ¿A qué viene ahora burlarse de nosotras? Eso de Catecismo se da solamente á los muchachuelos: nosotras como le sabemos desde edad de cinco años, ya no tenemos mas trabajo que el de repasarle de cuando en cuando.

Angela. Por lo menos, ¿no tenéis todavía que estudiar Epístola, y el Evangelio?

Dorotea. Sí cuando llegó nuestro turno; pero apenas suele acontecer esto una vez en tres meses.

Constancia. Si yo no tuviera bien reconocida tu rectitud y sinceridad, con mucha dificultad te creyera, después de tanto como he oido decir por ahí

Dorotea. Yo no quito ni pongo en esto cosa alguna; todo es precisamente, según y como te he dicho; y si acaso dudas todavía, estoy pronta á que hagas la prueba.

Angela. No obstante eso de algunas muchachas ya grandes, se yo, que se les hace insoportable este yugo.

Dorotea. A esas tales probablemente las mides tú por el cuerpo y no por el espíritu: siendo así que la verdadera grandeza se ha de regular por el espíritu y no por el cuerpo.

Constancia. De otras se yo también que se aferran y obstinan; no alegando otra razón para no aplicarse, que la cortedad de su memoria.

Dorotea. Yo las tendría por felices, si su entendimiento no fuese mas flaco y débil que su memoria.

Angela. ¿Qué remedio, pues, para una dolencia de esta especie?

Dorotea. Todo el mundo lo sabe;.....y así dispensadme de que me explique mas claro.

Constancia. Ya te entiendo; y me avergüenzo de que semejantes niñas den lugar á eso.

Dorotea. Mas me admiro yo de que tú te sonrojes de esto cuando ellas mismas no tienen vergüenza: inspíralas algo de pundonor que á tí te sobra, y quizá muy presto las veremos á ellas ponerse coloradas como tú.

Angela. Bastante necesidad tenía yo de que me explicasen bien todas estas cosas, para desengañarme: y voy al punto á desengañar á otras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dorotea. Si logras desengañar á estas mismas ganarías sin duda mucho mas.

Constancia. Conque ¿tú las juzgas incapaces de convertirse?

Dorotea. Absolutamente inconvertibles ó incorregibles, no, eso no; pero ordinariamente hay muy poco que esperar de los espíritus preocupados y tercos.

Angela. Tu corta esperiencia llega á ponerme en cuidado; y así, yo no me separaré de tí, mientras no vea que mudas de modo de pensar.

Dorotea. Yo seré siempre dócil á todo cuanto quisieres de mí; pero cabalmente la experiencia me ha hecho convencerme de lo que estoy diciendo.

Constancia. Ea: pues yo quedo encargada de hacerlas entrar en el camino; y para en adelante yo salgo por fiadora de ellas.

Dorotea. Bien necesitan para eso de una autoridad como la vuestra; yo, por mí, nada he adelantado con ellas, y me he cansado en valde; y os tendré por dichosas, si no os sucediere lo mismo á vosotras.

Angela. Cuenta de seguro conque no solamente lo haremos, sino que saldremos bien con nuestra empresa.

Dorotea. El Señor lo quiera así. Adios; y espero me déis noticia de lo que sobre esto ocurriere.

CONVERSACION LXXXIV.

SOBRE EL GOZO DE SER PENSIONARIAS (1)

Ozana. Hé aquí, que he llegado al término de mis deseos, y conseguido todo cuanto apetecía.

Rénula. Y ¿qué es lo que quiereis decir con eso?

Ozana. Que he alcanzado de mis padres el ser *Pensionaria.*

Rénula. Yo alabo el que conozcas y tengas esto por una fortuna.

Ozana. En efecto, es felicidad.

Rénula. Dime, de modo que yo lo entienda, en que está esa dicha tan grande.

Ozana. ¡Oh! En que se tiene unas compañeras muy amables, con quienes se pueden pasar bellísimos ratos.

1. En el Real Monasterio de la visitación dé Madrid se da á las niñas el nombre de educandas, que en substancia viene á ser lo mismo, que Pensionarias; pues contribuyen con cierta pensión ó cantidad para su educación y alimentos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rénula. No se nesecita ciertamente mas que verlas, para pensar esto mismo.

Ozana. Y ¿qué? ¿No es esta una cosa muy agradeble?

Rénula. Sí; pero, y vuestras Maestras, que es regular quieran siempre ser bien obedecidas, ¿no cercenarán algo de esta satisfacción?

Ozana. No; porque nos mandan y gobiernan de una manera tan atenta, suave y cortesana, que tomamos sus órdenes; mas bien como una súplica, que como unos preceptos.

Rénula. De ese modo, yo no me admiro de que estés tan gozosa de ser Pensionaria.

Ozana. ¿Y si te digo, que por lo tocante al cuerpo, estamos perfectamente bien?

Rénula. Explícate un poco mas.

Ozana. Quiero decir, que la comida es buena y abundante; y fuera de esto, hay tambien las suficientes recreaciones y desahogos.

Rénula. Todo eso bueno es; pero ¿es esto lo que á tí te lleva mas la atención?

Ozana. He querido empezar por lo que mira al cuerpo, para acabar por lo respectivo al espíritu.

Rénula. Ya; porque si no hubieses de hallar aquí otras ventajas, que las que has dicho no te felicitaría yo por ellas, no.

Ozana. Tendrías mucha razón: mas, por lo tocante al espíritu, tenemos aquí todo cuanto se pudiera desear.

Rénula. Y ¿á qué se reduce? Dí, si gustas.

Ozana. Ante todas cosas, aquí se encuentra buen ejemplo.

Rénula. En ese buen ejemplo ¿qué es lo que mas impresión te hace?

Ozana. La unión y buena harmnonía, que las Maestras guardan entre sí; el espíritu de piedad que se hecha de ver en todas sus palabras y en todas sus acciones

Rénula. Yo te considero feliz, en lograr tales Maestras.

Ozana. Pues no es eso todo: escriben, y hablan á la perfección; y enseñan á todo grandamente.

Rénula. Y ¿qué es lo que os enseñan?

Ozana. Todo cuanto puede aprender una niña bien nacida.

Rénula. ¿Y qué mas?

Ozana. A leer, escribir y contar, á tener cortesía; el Catesismo, y todo lo perteneciente á religión: sin hablar ahora de economía y buen gobierno: cosa tan útil para cuando una niña joven llegue á tomar estado.

Rénula. Tienes muchísima razón para estar tan contenta en esta casa.

Ozana. Despues de haberte referido las ventajas que yo encuentro aquí, quisiera me digeses tú, en pago de esto, ¿qué deberé hacer para aprovecharme de ellas?

Rénula. Una sola cosa tengo que decirte; y es, que procures con todo esmero aventajarte á todas tus Compañeras en todas las cosas.

Ozana. Q ¿no sería esto demasiado orgullo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rénula. No por cierto; es una loable emulación.

Ozaná. Y ¿qué quiere decir *en todas las cosas*?

Rénula. Quien dice *todo*, no exceptúa nada.

Ozana. Pero yo desearía me hicieses una individual relación de todas estas cosas.

Rénula. Es necesario que procures aventajarte á todas en amor de Dios; en mirar con amor y veneración á tus Maestras; en la aplicación al estudio en la pied..d, respeto y devocion en la Iglesia; en el ardiente deseo de tu adelantamiento; en la felicidad en guardar la regla y constituciones de la casa; en la docilidad y obedeciencia á todo lo que te manden; en la modestia por todo el exterior; en la circunspección en toda la conducta; y generalmente en todas las virtudes que convienen á tu edad.

Ozana. Mucho me parece ya esto.

Rénula. Cuando se tiene celo y buenos deseos, no se encuentra nada, que paresca mucho.

Ozana. Aunque digo, que eso me parece mucho, no pretendo decir que sea demasiado.

Rénula. Tampoco yo presumo tal cosa de tí, por el buen concepto que me mereces.

Ozana. Puedes contar seguramente con que nada, nada omitiré de cuanto acabas de insinuarme.

Rénula. Como así lo hagas, llegarás á ser el modelo de todas tus compañeras.

Ozana. Ya me contentaría yo con poder siquiera imitarlas en algo.

Rénula Pues para hacer lo que has ofrecido, es menester poner la mira no menos alta, que lo que ya te he dicho.

Ozana. Haré antes la prueba, y no perdonaré diligencia alguna por salir con ello.

Rénula. Yo me regocijo de antemano con la esperanza de que tendrás acierto en esa parte.

Ozana. Ese es todo mi deseo, ciertamente.

Rénula. Si así lo practicares, colmarsa de gozo á tus Padres y tú te adquirirás mucha gloria.

Ozana. No pudieras animarme á ello de una manera mas agradable ni mas gustosa.

Rénula. Tu misma, sí que eres bien agradable y bien contenta.

Ozana. Reconozco, que no soy capaz de manifestarte bastantemente mi agradecimiento.

Nota.—En el capítulo LXXVII que trata sobre los cielos y los astros, conforme á los adelantos de la Astronomía del tiempo en que se escribió la obra; no quisimos hacer ninguna innovación por no ser infieles al original, que está escrito con la mayor buena intención y con la invariabilidad de las doctrinas de nuestra augusta religión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

Conversación. LXII Sobre la Oración..... 5
LXIII. Sobre la elección de Confesor..... ... 16
LXIV Sobre diferir la primera Comunión... 26
LXV Sobre la felicidad de la primera Comunión..... 32
LXVI Sobre la frecuencia de Sacramentos.. 37
LXVII Sobre la Confesión..... 43
LXVIII Sobre la Comunión..... 57
LXIX Sobre el deseo de Comulgar..... 66
LXX Sobre la Comunión de cada ocho dias. 72
LXXI Sobre la Medicina..... 81
LXXII Sobre la Salud 84
LXXIII Se continúa la antecedente sobre la Salud..... 93
LXXIV Sobre la Muerte..... 102
LXXV Sobre la buena Muerte..... 117
LXXVI Sobre la mala Muerte..... 129
LXXVII Sobre los Cielos y los Astros..... 142
LXXVIII Sobre el Cielo, y sobre el estado de los Santos en él..... ...156

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXXIX Continúa la conversación sobre el Cielo, y el estado de los Bienaventura los... 170
LXXX Sobre el deseo del Cielo..... 182
LXXXI Sobre la santa violencia que arrebata el Cielo..... 191
LXXXII Sobre la felicidad de las Vírgenes Cristianas..... 204
LXXXIII Para inspirar emulación á los Niños..... 218
LXXIV Sobre el gozo de ser Pensionaria... 222

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

